

Gente Negra en Colombia

Dinámicas Sociopolíticas en Cali y el Pacífico

Olivier Barbary
Fernando Urrea
Editores



Editorial Lealon
CIDSE / UNIVALLE - IRD -
COLCIENCIAS

Olivier Barbary: Estadístico, investigador del Ird. Con residencia en Marsella, Francia, este investigador ha realizado diferentes estudios en África (Senegal) y América Latina (Colombia y Ecuador) en el campo de los procesos de movilidad espacial y dinámicas rural-urbanas y urbanas-urbanas, en relación con las lógicas residenciales y de los mercados de trabajo. A partir de su participación en el proyecto Cidse-Ird/Colciencias, coordinando el componente cuantitativo del mismo, ha trabajado en la dimensión estadística de la variable “étnico-racial” y su interacción con las demás variables sociodemográficas y socioeconómicas, incorporando los análisis de movilidad espacial. En la actualidad continúa trabajando en esta dirección, con énfasis en los procesos de segregación espacial y discriminación por factores “étnico-raciales” en contextos urbanos y es el coordinador de una red recién constituida de investigadores e institutos de estadística sobre el uso de las estadísticas y estudios cualitativos “étnico-raciales” en cuatro países (Brasil, Colombia, Francia y México).

GENTE NEGRA EN COLOMBIA
Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico

GENTE NEGRA EN COLOMBIA
Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico

Olivier Barbary
Fernando Urrea
Editores

EDITADO POR:

El Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle (Cali), CIDSE, L'Institut de Recherche pour le Développement, de Francia (antiguo Orstom), IRD, y el Instituto para el Desarrollo de la Ciencia y Tecnología de Colombia "Francisco José de Caldas", COLCIENCIAS

Primera edición: marzo de 2004

Cidse-Ird-Colciencias 2003-098-28

ISBN: 958-670-328-2

Edición, armada electrónica,
impresión y encuadernación
por Editorial Lealon, Medellín

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

TABLA DE CONTENIDO

<i>PREÁMBULO</i> , O. Barbary, F. Urrea	17
<i>INTRODUCCIÓN</i> , O. Barbary, F. Urrea	21
1. Un acercamiento diferente a la población afrocolombiana: elementos para un debate científico	22
• <i>Espacios y herramientas de la investigación</i>	24
• <i>De la mirada culturalista a una perspectiva materialista de los procesos “étnico-raciales”</i>	30
• <i>Aspectos metodológicos y ordenamiento del libro</i>	33
2. Primera parte: Los componentes “materiales”	35
3. Segunda parte: La construcción de identidades “étnico-raciales”	41
4. Un acercamiento estadístico a la “visibilidad” de la población afrocolombiana	50
• <i>El poblamiento negro y las categorías étnico raciales en Colombia</i>	51
• <i>El debate sobre las categorías étnicas y raciales</i>	53
• <i>En busca de “estadísticas afrocolombianas”: de lo étnico a lo socio-racial</i>	58
• <i>Las categorías fenotípicas de las encuestas Cidse-Ird (1998) y Cidse-Banco Mundial (1999)</i>	61
• <i>Las ambigüedades de las políticas “étnico-raciales” en Colombia</i>	64

PRIMERA PARTE: LOS COMPONENTES MATERIALES

1. <i>PERFILES CONTEMPORÁNEOS DE LA POBLACIÓN AFROCOLOMBIANA</i> , O. Barbary, H. F. Ramírez, F. Urrea (coord.), C. Viáfara	69
1. La población afrocolombiana y su distribución regional	71
• <i>Nuevos estimativos de la población afrocolombiana a comienzos del milenio</i>	75
2. Estructuras y condiciones de vida de los hogares afrocolombianos	80
• <i>Características de los hogares afrocolombianos en cuatro zonas analizadas</i>	81
• <i>Indicadores de condiciones de vida y distribución del ingreso</i>	89
3. Inserción en el mercado de trabajo de la población afrocolombiana	94
• <i>Indicadores del mercado laboral</i>	95

• <i>Inserción en las ramas de actividad</i>	97
• <i>Inserción según posición ocupacional</i>	102
Conclusiones	105
2. <i>LA COSTA PACÍFICA Y CALI, SISTEMA DE LUGARES,</i> O. Barbary, O. Hoffmann	113
• <i>De la migración de individuos a la movilidad de unidades colectivas</i>	115
• <i>Un análisis de la movilidad a partir de dos lugares de observación</i>	116
1. Las dinámicas migratorias y sus impactos en los espacios de salida y llegada	117
• <i>Evolución de la cuenca migratoria de Cali</i>	118
• <i>El impacto demográfico en Cali de los flujos migratorios recientes</i>	120
• <i>¿Qué pasa en los lugares de emigración? El ejemplo de Tumaco</i>	122
• <i>Comportamientos migratorios diferenciados según el género y los estratos socio-económicos</i>	125
2. La gran región Pacífica, ¿un espacio migratorio contemporáneo?	129
2.1 <i>Los ríos, Tumaco, Cali: causas y efectos de la movilidad a escala local, municipal y regional.</i>	131
• <i>Los espacios de nupcialidad: alianzas y territorialidad</i>	131
• <i>Lugares, trayectorias y funciones de la movilidad</i>	135
2.2 <i>Los inmigrantes del Pacífico en Cali: la difícil igualdad de oportunidades</i>	141
• <i>Desde el Pacífico hacia Cali, un sistema migratorio amplio e intenso</i>	141
• <i>Alto capital educativo mal convertido en el plano socioeconómico</i>	144
2.3 <i>Cali y la costa Pacífica, el ejemplo de un sistema de lugares</i>	147
Conclusiones	150
3. <i>EL COMPONENTE SOCIO-RACIAL DE LA SEGREGACIÓN RESIDENCIAL EN CALI,</i> O. Barbary	157
1. Tres dimensiones de la polarización del poblamiento en Cali	163
• <i>Comparación nacional e internacional</i>	163
• <i>Una organización socio-espacial en grandes bloques</i>	167
• <i>La mezcla social limitada a los espacios-fronteras</i>	171

• <i>Localización residencial, estructuras por edad y composición de los hogares</i>	172
• <i>Concentración espacial de los grupos de migrantes</i>	175
2. El componente racial de la segregación en Cali	178
• <i>El factor racial en la geografía del poblamiento</i>	180
• <i>La intensidad de la segregación racial en Cali en el contexto internacional y en comparación con otros factores socio-demográficos</i>	185
• <i>Las escalas de la segregación racial</i>	189
Conclusiones	190
4. <i>ESPACIOS Y REGIÓN EN EL PACÍFICO SUR: ¿HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD REGIONAL?</i> , O. Hoffmann	195
1. El dispositivo fluvial-ribereno: la cuestión del territorio	200
2. La modernización en el Pacífico sur (años 1950-70)	206
3. Tiempos de movilización étnica: vuelve el territorio	211
<i>Hacia la construcción de una sociedad regional</i>	216
<i>Los factores de fragmentación social, política y territorial</i>	217
Conclusión: el devenir ya es pasado, una región hacia la anomia	218
SEGUNDA PARTE: LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES “ÉTNICO-RACIALES”	
5. <i>ESENCIALISMO ÉTNICO Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA: TENSIONES EN LAS RELACIONES ENTRE SABER Y PODER</i> , E. Restrepo	227
1. El constructivismo en los estudios de la etnicidad	229
2. Perturbando esencialismos étnicos: ¿la postmoderna prosa de la contransurgencia?	232
3. Las “políticas de la verdad”: ¿una contransurgente prosa de la insurgencia?	236
Conclusiones	242
6. <i>IDENTIDAD Y CIUDADANÍA AFROCOLOMBIANA EN EL PACÍFICO Y CALI</i> , O. Barbary (coord.), H. F. Ramírez, F. Urrea	245
Introducción: hacia una perspectiva contemporánea de la cuestión negra en Colombia	245
1. La pregunta étnica del censo de 1993: un fracaso a escala nacional... muy heurístico	248

2.	Variaciones de la afirmación de “identidad negra”: datos, métodos e hipótesis	251
3.	Un modelo “étnico-territorial” eficiente en el Pacífico	253
	1) <i>Análisis de varianza</i>	256
	2) <i>Estimación de los parámetros</i>	257
4.	Un modelo de “reivindicación socio-racial” en Cali	260
	• <i>Diferentes modelos de etnicidad</i>	266
	• <i>La percepción de las discriminaciones socio-raciales en Cali</i>	267
	Conclusión	277
7.	<i>GUAPI: SOCIEDAD LOCAL, INFLUENCIAS GLOBALES,</i> C. E. Agudelo	283
1.	Construcción histórica local y regional	284
	• <i>El poblamiento negro</i>	287
	• <i>Dinámica social y económica</i>	289
2.	La Iglesia y la educación en el Pacífico	294
	• <i>Un actor protagónico en el Pacífico: la Iglesia</i>	294
	• <i>Límites y adaptaciones de la evangelización</i>	296
	• <i>La iglesia en Guapi: imprescindible</i>	297
	• <i>La educación: precariedad crónica pero...</i>	299
	• <i>... factor de movilidad social y acción política</i>	301
	• <i>Los nuevos retos de la educación en el Pacífico</i>	305
3.	Movimientos negros y etnización	307
	• <i>Movilización étnica en Guapi: comenzando el camino</i>	309
	• <i>Llega la Ley 70. Surge Cococauca</i>	312
	• <i>Las rupturas</i>	313
	• <i>Las organizaciones de mujeres: lo más sólido</i>	318
	A manera de conclusiones	321
8.	<i>AMBIENTALISMO Y SURGIMIENTO DE NUEVOS ACTORES</i> <i>ÉTNICOS EN EL PACÍFICO SUR,</i> N. Y. Rivas	327
	Introducción	327
1.	La normatividad ambiental: creación de las reservas forestales y los parques naturales	330
	• <i>Algunas leyes ambientales, una revisión histórica</i>	330
	• <i>Los giros de fin del siglo XX: lo étnico y lo ambiental</i>	333
2.	Algunas resignificaciones del territorio en el Pacífico	336

• <i>Historia, memoria y territorio de las comunidades negras de la zona Norte de Mosquera</i>	336
• <i>Usos y derechos de la comunidad</i>	339
• <i>El Parque Natural Nacional Sanquianga, la promulgación de la Ley 70 y la constitución del Consejo Comunitario Odemap. Mosquera Norte</i>	343
3. De organización a institución: discursos y prácticas de Odemap	345
• <i>Encuentros y rupturas entre el Parque Natural Nacional Sanquianga y la Organización Odemap-Mosquera Norte</i>	347
Conclusión	351
9. <i>POLÍTICAS Y MOVIMIENTO SOCIAL NEGRO AGRARIO EN EL NORTE DEL CAUCA</i> , T. Hurtado, F. Urrea	359
Introducción	359
1. Historia de la movilización de los pueblos negros nortecaucanos frente a la gran propiedad	361
• <i>Primeras manifestaciones de luchas campesinas</i>	361
• <i>Adscripción política al partido liberal como forma de expresión de la autonomía social</i>	364
• <i>El proletariado agroindustrial y la movilización sindical en la comarca</i>	368
• <i>Los movimientos populares de los años ochenta y el fortalecimiento de la sociedad civil en organizaciones populares</i>	370
2. La nueva movilización étnico-territorial en el norte del Cauca	374
• <i>Articulación del norte del Cauca a los movimientos afrocolombianos</i>	375
• <i>La recuperación de predios agrícolas en la comarca nortecaucana y la invención de territorios étnicos de “comunidades negras”</i>	378
• <i>La industrialización por Ley Páez en conflicto con el proyecto étnico territorial</i>	383
• <i>Conflictos inter-étnicos para el acceso a la tierra en el norte del Cauca</i>	385
Algunas consideraciones finales	388
10. <i>POLÍTICA, CULTURA Y AUTOPERCEPCIÓN: LAS IDENTIDADES EN CUESTIÓN</i> , M. Agier, P. Quintín	397
• Política	397
• Percepción de sí (y del otro)	400

- Cultura 402
- La conciencia identitaria, ¿para qué? El papel de los intelectuales, el rol de los investigadores 406

ANEXO

METODOLOGÍA DE LAS ENCUESTAS , O. Barbary, F. Urrea	413
1. Las encuestas biográficas sobre la movilidad	413
1.1. Encuesta Cidse-Ird: “Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas” (Cali - 1998)	413
1.2. Las encuestas y entrevistas Cidse-Ird en Tumaco (1996-1999)	417
2. Las otras fuentes de información	419
2.1. Encuesta Cidse-Banco Mundial-Alcaldía de Cali: “Acceso y percepción de los servicios ofrecidos por el municipio de Santiago de Cali” (1999)	419
2.2. Las entrevistas y registros de observaciones de terreno en espacios barriales de Cali	420

BIBLIOGRAFÍA	423
Estadísticas	453
Otra documentación y fuentes orales y escritas	454
Documentos	454
Entrevistas referidas capítulo 7	455
Entrevistas referidas capítulo 8	455
Entrevistas líderes norte del Cauca	456
Otras fuentes	456

ÍNDICE TEMÁTICO	457
------------------------	-----

AUTORES	473
----------------	-----

ÍNDICE DE CUADROS, RECUADROS, FIGURAS, MAPAS, FOTOS E ILUSTRACIONES

INTRODUCCIÓN

Mapa 1: Geografía física de los cuatro departamentos del Pacífico	25
Mapa 2: División político-administrativa de la costa Pacífica	26
Mapa 3: Barrios de la ciudad de Cali	27
Figura 1: Espacio, herramientas y temáticas de la investigación	29

PRIMERA PARTE: LOS COMPONENTES MATERIALES

1. PERFILES CONTEMPORÁNEOS DE LA POBLACIÓN AFROCOLOMBIANA

Mapa 1: Asentamientos más importantes de la población afrocolombiana hasta mediados del siglo XX	74
Cuadro 1a: Población afrocolombiana, estimativos y distribución urbano-rural por regiones para junio del 2001	78
Cuadro 1b: Población afrocolombiana según auto-percepción del color de la piel en 13 áreas metropolitanas	79
Cuadro 2: Tipología de composición de los hogares según región y zona	82
Cuadro 3a: Índices sociodemográficos y de condiciones de vida por regiones y zona y en la ciudad de Cali	84
Cuadro 3b: Tasas de jefatura femenina en tres grupos de edad de los jefes de hogar por tipo de hogar en Cali	86
Cuadro 4: Distribución de la población total por quintiles de ingreso, (% col.)	92
Cuadro 5: Tasa de ocupación, tasa de participación y tasa de desempleo	96
Cuadro 6: Distribución de la población ocupada rural por rama de actividad económica, según género (% col.)	98
Cuadro 7: Distribución de la población ocupada urbana por rama de actividad económica, según género (% col.)	100
Cuadro 8: Distribución de la población ocupada rural por posición ocupacional según género (% col.)	102
Cuadro 9: Distribución de la población ocupada urbana por posición ocupacional según género (% col.)	104
Imágenes de poblaciones afrocolombianas	109
Imágenes de inserción laboral	111

2. LA COSTA PACÍFICA Y CALI, SISTEMA DE LUGARES	
Cuadro 1: La inmigración de toda la vida en Cali, evolución de las estructuras por edad y sexo según el lugar de nacimiento	121
Cuadro 2: Los principales tipos de itinerarios de quienes migran a Cali observados en 1998 (Cidse/Ird)	126
Recuadro 1: Los lugares de la región Pacífica	130
Mapa 1: Lugares de origen de los cónyuges de nativos de Bellavista	132
Cuadro 3: Lugares de residencia actual de los nativos de Bellavista	136
Cuadro 4: Las etapas de migración y sus destinos	137
Mapa 2: Cuenca migratoria de Cali según municipio de nacimiento de los inmigrantes en 1993	142
Imágenes de migración en el Pacífico Sur	155
3. EL COMPONENTE SOCIO-RACIAL DE LA SEGREGACIÓN RESIDENCIAL EN CALI	
Recuadro 1: Medir la segregación residencial a partir de censos o encuestas	162
Cuadro 1: Índices de segregación (raíz cuadrada de Hutchens), Cali, 1993	164
Cuadro 2: Índices de segregación, Bogotá, 1985 y 1993	165
Cuadro 3: Evolución de la densidad en Cali (1945-1993)	167
Mapa 1: Densidades de población por sector censal, Cali (1993)	169
Mapa 2: Condición social de los hogares, Cali (1993)	170
Mapa 3: Población de menos de 15 años, de más de 60 años y hogares unipersonales por sector censal, Cali (1993)	173
Recuadro 2. Sumatoria de encuestas para medir la segregación racial en Cali	179
Mapa 4: Estimación de la proporción de hogares afrocolombianos por sector censal, Cali (1993)	181
Mapa 5: Población negra por sector censal, Cali (1998)	183
Cuadro 4: Factores de segregación residencial en Cali (índices de Hutchens, 1998-1999)	184
Cuadro 5: La segregación de las poblaciones minoritarias en Cali (1998-1999) y Estados Unidos (1980), índices de disimilaridad	187
Imágenes de segregación residencial en Cali	193
4. ESPACIOS Y REGIÓN EN EL PACÍFICO SUR: ¿HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD REGIONAL?	
Figura 1: Los espacios del Pacífico, un juego de escalas	198
Figura 2: el dispositivo fluvial-ribereno	204

Figura 3: el dispositivo de la modernización	209
Figura 4: ¿el dispositivo de la integración o de la fragmentación?	214
Mapa 1: Los cambios en la tenencia de la tierra con la Ley 70	215
Imágenes de espacios y región en el Pacífico Sur	223

SEGUNDA PARTE: LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES “ÉTNICO-RACIALES”

5. ESENCIALISMO ÉTNICO Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA: TENSIONES EN LAS RELACIONES ENTRE SABER Y PODER	
6. IDENTIDAD Y CIUDADANÍA AFROCOLOMBIANA EN EL PACÍFICO Y CALI	
Recuadro 1: Indigenismo, ruralismo y estudios afrocolombianos, las premisas de la ley de Negritudes	247
Cuadro 1: Distribución de respuestas a la pregunta étnica del censo, según lugares de nacimiento de la personas censadas en Cali	249
Recuadro 2: Regresiones logísticas sobre los tipos de afirmación de “identidad negra”	252
Mapa 1: Tasas de auto percepción de pertenencia a “comunidades negras” en la región del Pacífico (censo de población de 1993)	256
Cuadro 2: modelo logístico para las respuestas a la pregunta étnica del censo	256
Cuadro 3: efectos significativos sobre las respuestas a la pregunta “¿cual es su color de piel?” (modelo logístico sobre 1.256 respuestas)	264
Cuadro 4: efectos cruzados sobre las respuestas a la pregunta “¿cual es su color de piel?” (1.256 respuestas)	265
Recuadro 3: Regresiones logísticas sobre la percepción de discriminaciones sociales y raciales	267
Imágenes de identidades y ciudadanía afrocolombiana	282
7. GUAPI: SOCIEDAD LOCAL, INFLUENCIAS GLOBALES	
Figura 1: Evolución de los límites político-administrativos de la región Pacífico desde 1764	285
Recuadro 1: La elite ha emigrado, la “colonia Guapireña” en Cali	292
Imágenes de la educación en Guapi	324
Imágenes de movilización y organización	325
Imágenes de representantes elegidos a la Cámara...	326

8. AMBIENTALISMO Y SURGIMIENTO DE NUEVOS ACTORES ÉTNICOS EN EL PACÍFICO SUR	
Cuadro 1: Veredas del Consejo Comunitario Odemap-Mosquera Norte	337
Imágenes de ambientalismo y etnicidad	357
9. POLÍTICAS Y MOVIMIENTO SOCIAL NEGRO AGRARIO EN EL NORTE DEL CAUCA	
Imágenes movimiento social negro y materiales educativos	393
Imágenes de algunas actividades laborales urbanas en el norte del Cauca	395
Imágenes de prácticas culturales urbanas norte del Cauca	396
10. POLÍTICA, CULTURA Y AUTOPERCEPCIÓN: LAS IDENTIDADES EN CUESTIÓN	
Imágenes de cultura y autoaceptación afrocolombiana en Tumaco y Cali	409
ANEXO	411
Cuadro 1: la muestra por rangos de edad y estructura por edades en (Bellavista, río Mejicano, 1998)	418
Cuadro 2: lugares de residencia en 1998 de los nativos (Bellavista, río Mejicano, 1998)	419

PREÁMBULO

El libro *Gente negra en Colombia. Dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico* se inscribe en los logros de dos proyectos sucesivos de investigación en los cuales colaboraron el Cidse¹, el Ird² y Colciencias³. El primero, titulado “Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del Pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización”, fue aprobado por Colciencias en 1995 y tuvo su comienzo oficial en el primer semestre de 1996. El segundo, “Segregación, ciudadanía y dinámicas urbanas en América Latina: poblaciones negras en contextos urbanos”, iniciado en el 2000 entre el Cidse y el Ird, con una duración de cuatro años, profundiza y amplía algunas de las líneas del anterior. El equipo de investigación estuvo conformado colectivamente entre investigadores del Cidse y del Ird. Por el Cidse: Fernando Urrea (sociólogo), Pedro Quintín (antropólogo), Héctor Fabio Ramírez (estadístico) y Alfredo Vanín (escritor). Por el Ird: Michel Agier (antropólogo), Olivier Barbary (estadístico) y Odile Hoffmann (geógrafa). Los coordinadores de estos proyectos fueron, por el Ird, Michel Agier (1996-1999) y Olivier Barbary (2000-2003) y, por el Cidse, Fernando Urrea (1996-2003). Además, este proyecto reunió a otros participantes. Ellos fueron: Olivier Pissoat (geógrafo, estudiante de doctorado, Ird) —editor de la mayor parte de los mapas sobre el Pacífico y la ciudad de Cali en el libro—; Stéphanie Bruyneel (estadística, cooperante Ird); Carlos Efrén Agudelo (sociólogo) y Alexander Estacio (ingeniero electrónico), ambos estudiantes de doctorado en Francia con becas del Ird; Eduardo Restrepo y Manuela Álvarez (los dos antropólogos, participantes por el convenio Cidse-Ird-Icanh); Teodora Hurtado (socióloga); Nelly Y. Rivas (socióloga, estudiante de D.E.A. en Francia con beca del Ird); Virginia Robayo (economista); Lewinson Palacios (estudiante de sociología de Univalle); Fernando Murillo y Antonio Murillo (miembros de la Organización Etnoeducativa Ashanty). Varios de los citados tienen contribuciones en el libro. Por otra parte, independientemente del proyecto, se ha contado con la participación de Carlos Viáfara (economista) como coautor del primer capítulo.

1. Centro de Investigación y Documentación Socioeconómica, de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle (Cali).

2. Institut de Recherche pour le Développement, de Francia (antiguo Orstom).

3. Instituto para el Desarrollo de la Ciencia y Tecnología de Colombia “Francisco José de Caldas”.

Es importante señalar algunas manifestaciones, productos del trabajo de investigación emprendido en 1996 por los miembros de este equipo, que precedieron la presente publicación. El seminario internacional “Identidades y movibilidades en el Pacífico colombiano”, Proyecto Cidse-Ird, Cali, 9-11 de diciembre de 1998, y la participación de parte de los miembros del equipo en 15 eventos nacionales e internacionales con ponencias. Un intenso y copioso proceso de publicaciones entre 1997 y 2003, que comprende 15 Documentos de Trabajo Cidse-Ird, serie roja, y hasta el 2003, 18 artículos publicados en revistas colombianas, francesas y dos brasileras y 15 capítulos de libros y CD-ROMs colectivos en Colombia, Francia, Brasil, México y Perú. En junio del 2000, con una actualización en diciembre del 2001, el proyecto Cidse-Ird elaboró un CD-ROM, titulado *Proyecto movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas* (edición: Univalle-Ird-Cidse-Colciencias), con los 15 Documentos de Trabajo Cidse-Ird, dos informes completos de investigaciones vinculadas al proyecto y la documentación metodológica completa de las dos encuestas de hogares que realizó el proyecto en Cali en 1998 y 1999, además de las ponencias producidas entre los años 2000 y 2001 por miembros del equipo.

Este libro, producto entonces de una experiencia colectiva de un equipo de antropólogos, estadísticos, geógrafos y sociólogos, conformado por investigadores de tres nacionalidades, senior y jóvenes, que contó con el decisivo apoyo financiero de Colciencias, constituye la entrega de los principales resultados de la investigación empírica, cuantitativa y cualitativa, llevada a cabo durante estos siete años⁴, así como un importante esfuerzo de síntesis y coherencia en la interpretación de los mismos, realizados por los dos editores científicos, en aras de llegar a conclusiones que, si bien no pretenden ser definitivas, pensamos que merecen ser comunicadas al público.

• ***Reconocimiento de otros actores que han contribuido al estudio***

Diversos actores han estado presentes bajo varias modalidades en la producción de los resultados aquí entregados. Nos interesa insistir particularmente sobre la participación de la organización afrocolombiana etno-educativa Ashanty de la comuna 13 de Cali (Distrito de Aguablanca). La relación del proyecto Cidse-Ird con este actor local se materializó en una participación activa en el interior del mismo equipo del proyecto. Esto se dio conservando cada grupo la independen-

4. Este es el segundo libro en español producido en el contexto de estos proyectos de cooperación; el primero es: Agier, Michel; Alvarez Manuela; Hoffmann, Odile y Restrepo, Eduardo. 1999. *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad*. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, 286p. Con elementos procedentes de esta misma investigación, Michel Agier ha publicado también en francés el libro: *L'invention de la ville. Banlieues, townships, invasions et favelas*. Éditions des archives contemporaines, Paris (1999).

cia o autonomía en el tipo de actividades específicas (investigación científica por parte del equipo Cidse-Ird y liderazgo local apoyado en un discurso étnico-racial en el caso de Ashanty). La cooperación recíproca, compartiendo una serie de recursos, sin confundir los papeles de cada grupo, permitió avanzar sin tropiezos no sólo en el levantamiento de la información estadística y etnográfica de terreno para el equipo Cidse-Ird en Cali, sino en la misma discusión e interpretación en determinados niveles de la misma, contando con la participación de los miembros de Ashanty. Para la organización afrocolombiana los beneficios se manifestaron en varias vías: un proceso de capacitación técnica en recolección y procesamiento de datos; una información “étnico-racial” desagregada por áreas en Cali y su análisis científico avalado por una entidad académica, la cual permitía ofrecer un perfil de las desigualdades sociales controlando el factor socio-racial; y un respaldo “técnico-científico” para las reivindicaciones de las poblaciones afrocolombianas en Cali, fortaleciendo la capacidad de interlocución de la organización Ashanty en el conjunto de las demás organizaciones y ante las autoridades locales y regionales.

Las fotografías del libro han sido el trabajo de dos profesionales, el mexicano Manuel González y el caleño Carlos Arias, quienes colaboraron en los dos territorios de la investigación dentro del proyecto Cidse-Ird; el primero en Tumaco, Cali y Puerto Tejada, el segundo en Cali. Además, el libro contiene ilustraciones y fotos cedidas por uno de los investigadores asociados, Carlos Efrén Agudelo, recogidas en su tesis doctoral (Agudelo, 2002)⁵.

La bibliografía de la introducción y los diferentes capítulos, incluso del anexo, está agrupada al final, conformando un solo cuerpo. Toda la producción intelectual de los miembros del equipo del proyecto Cidse-Ird-Colciencias de tipo empírico y conceptual, al igual que la de otros investigadores relacionados al mismo, que constituya parte de la argumentación empírica y analítica en los respectivos capítulos está detalladamente referenciada. Esto es igualmente válido para otros investigadores ya clásicos en los temas que trata la obra.

Olivier BARBARY y Fernando URREA,
Cali el 15/10/2003

5. En las labores de edición (revisión del texto, paginación, manejo de fotos en archivos digitales y construcción del índice temático) colaboraron los estudiantes de sociología de la Universidad del Valle, Jorge Mario Cardona, Alexander Castañeda y Hernán Darío Herrera.

INTRODUCCIÓN

Olivier BARBARY, Fernando URREA

Este libro va dirigido a múltiples audiencias. Desde el sector científico académico, incluyendo docentes, investigadores y estudiantes, hasta las organizaciones sociales y políticas orientadas a impulsar procesos de transformación de las condiciones de vida de las poblaciones afrocolombianas, y luchar contra el racismo y la discriminación en sus diversas manifestaciones; sin olvidar por supuesto los responsables de instituciones públicas, privadas u Ong, encargados de manejar información y tomar decisiones de planeación y acción económicas, sociales y culturales, con distintos niveles de responsabilidad técnica o política. Sabemos que su contenido es polémico, tanto en términos de la perspectiva científica asumida, como en las consecuencias éticas y políticas que puedan desprenderse de algunos de sus análisis. Sin embargo, a pesar de estas implicaciones, el objetivo del libro es ante todo científico, como ha sido el de los dos proyectos de investigación de los cuales resulta. En ese sentido, en ningún momento hicimos parte de los discursos políticos de los movimientos sociales y las organizaciones étnicas, los cuales si bien poseen una legitimidad propia a partir de los procesos objetivos y subjetivos que los generan y en los cuales también, a veces, los académicos e investigadores toman cierto papel protagónico en su producción, no pueden configurar ellos mismos el análisis científico. Este último requiere de una dosis permanente de crítica reflexiva, que permita tomar distancia respecto a los discursos de los actores, para poder, primero, estudiar los procesos contemporáneos “objetivos”, sociodemográficos y socioeconómicos, que caracterizan esas poblaciones y, luego, conocer mejor las lógicas sociales de la emisión de tales discursos, de la elaboración de sus contenidos y los contextos específicos en los que se inscriben.

Obviamente, los grupos o sectores sociales que se desempeñan como actores individuales y colectivos de dichos movimientos y organizaciones, no necesariamente basan su reflexión y acción en una elaboración científica consciente, ni se puede tampoco pretender que ello sea así (ver al respecto los capítulos 5 a 10, y su discusión en la sección 3 de la presente introducción): las elaboraciones ideológicas y valorativas de los discursos étnico-raciales tienen su legitimidad en el campo de la acción política, que no se puede cuestionar solamente desde una perspectiva científica. En esto el aporte de la investigación es más bien contribuir, con elementos analíticos apoyados en la recolección rigurosa de informaciones empíricas, a que se problematicen las visiones facilistas del sentido co-

mún y los discursos fundamentalistas que corren el riesgo de producir nuevos racismos, y de esta manera ayudar modestamente a sofisticar el discurso ideológico y reformular las propuestas políticas, por ejemplo, en materia de combatir la discriminación racial y conquistar los derechos de ciudadanía plena. Pero, si esta postura es la que nos ha permitido conservar la independencia y la capacidad crítica necesarias al avance de las ciencias sociales, condición indispensable del trabajo intelectual responsable, no nos ha impedido, por otro lado, mantener un constante diálogo con las organizaciones étnico-raciales de distinto nivel y llevar los resultados a sectores de las poblaciones afrocolombianas, además de integrar en el equipo a jóvenes investigadores e investigadoras afrocolombianos(as), que se configuren como potenciales intelectuales, incluyendo el nivel de los liderazgos locales con o sin formación universitaria. Al concluirse la experiencia, seguimos considerando que nuestro trabajo, en una perspectiva weberiana, es de tipo científico, pero que también ha logrado, como se verá a lo largo de todo el libro, no eludir las implicaciones y debates políticos.

Esta introducción se compone de cuatro grandes secciones. La primera, apunta a resaltar las características analíticas y metodológicas de los artículos del libro que lo diferencian de otros estudios afrocolombianos. La segunda, hace la presentación de la primera parte del libro, los capítulos que estudian los procesos “objetivos”, sociodemográficos y socioeconómicos. La tercera, introduce los capítulos más dedicados a las temáticas identitarias, que conforman la segunda parte del libro. La cuarta sección aborda el acercamiento estadístico de la variable “étnico-racial”. El contenido de esta sección, de corte teórico y metodológico, se hubiera podido integrar a la primera, pero preferimos presentarla aparte. La razón de esta ubicación un poco extraña, además de facilitar la lectura de un texto extenso y un poco técnico, es que en esta sección se discuten asuntos que han sido objetos de una constante reflexión a lo largo de nuestra investigación y cuyo resultado final, presentado aquí, es de mucha importancia para la comprensión del conjunto del libro; por ello, nos pareció mejor que el lector asimile su contenido justo antes de abordar los diferentes capítulos. A modo de síntesis, los párrafos finales esbozan las ambigüedades de las políticas “étnico-raciales” en Colombia.

1. Un acercamiento diferente a la población afrocolombiana: elementos para un debate científico

Presentamos aquí un producto colectivo que no es simplemente el agregado de una colección de artículos sueltos, solamente referidos a una misma temática. Más bien, es el resultado de una selección y adecuación de textos, algunos que

han sido elaborados especialmente para el libro; otros ya preexistentes pero que no habían sido difundidos de manera amplia anteriormente en Colombia y que para esta entrega se les incluyen nuevos aspectos, entre ellos un soporte empírico fotográfico; y finalmente los que estaban en francés y cuya traducción ha sido la ocasión de un importante trabajo de reescritura para lograr un conjunto articulado de manera que, a nuestro juicio, forme un todo coherente.

La principal característica del texto de modo global es que todos los capítulos, comenzando por la introducción, apuntan a ciertos núcleos temáticos centrales alrededor de la problemática de las poblaciones negras en la sociedad colombiana contemporánea, en diferentes dimensiones sociodemográficas, socioeconómicas, culturales y políticas. El título del libro hace clara referencia a nuestro tema de estudio en la sociedad colombiana —la población negra—, al tiempo que establece el marco geográfico en el que se llevó a cabo el programa de investigación Cidse-Ird, el cual explica el énfasis empírico e interpretativo puesto sobre el eje espacial Cali-Pacífico sur y otras regiones que intervienen en la dinámica de movilidad espacial alrededor de ese eje, con epicentro en la ciudad de Cali y su entorno metropolitano (los capítulos 1, 2, 4 y 7 muestran, en diferentes planos y escalas, el conjunto de esa gran “región Pacífica”). Todos los capítulos, con excepción del primero y el quinto¹, se mueven primordialmente en el análisis empírico de los espacios que conforman ese eje en sus diferentes dimensiones urbanas o rurales, locales, micro regionales o regionales. No obstante ese énfasis, que también le da un carácter de estudio regional, el libro desarrolla además un análisis más amplio y ambicioso a escala nacional en una perspectiva comparativa, en la medida en que ya coloca una serie de pistas para entender la problemática de la población afrocolombiana en otras regiones del país. Por eso podemos decir de entrada que nuestro “objeto regional” también juega afortunadamente como pretexto para repensar la situación y las dinámicas contemporáneas de las poblaciones afrocolombianas a escala del país. De esta manera, si se quiere un estudio comparativo con poblaciones negras de otros países latinoamericanos, especialmente Brasil, Venezuela y el Caribe, los resultados empíricos y analíticos aquí reunidos constituyen buenas bases sobre su situación en Colombia.

Ubicado su marco geográfico y problemático general, puede decirse que es un libro trabajado para mostrar un enfoque analítico y metodológico novedoso que pretende abrir varias discusiones. El debate teórico y metodológico sobre el estatuto de la cuestión “étnica y racial” en las sociedades contemporáneas, por

1. El capítulo 1 aporta elementos demográficos contextuales a nivel urbano-regional y nacional, insistiendo especialmente en las características del eje regional Cali-Región Pacífica, pero sin entrar en un análisis en el interior del mismo. El capítulo 5 es de corte más teórico.

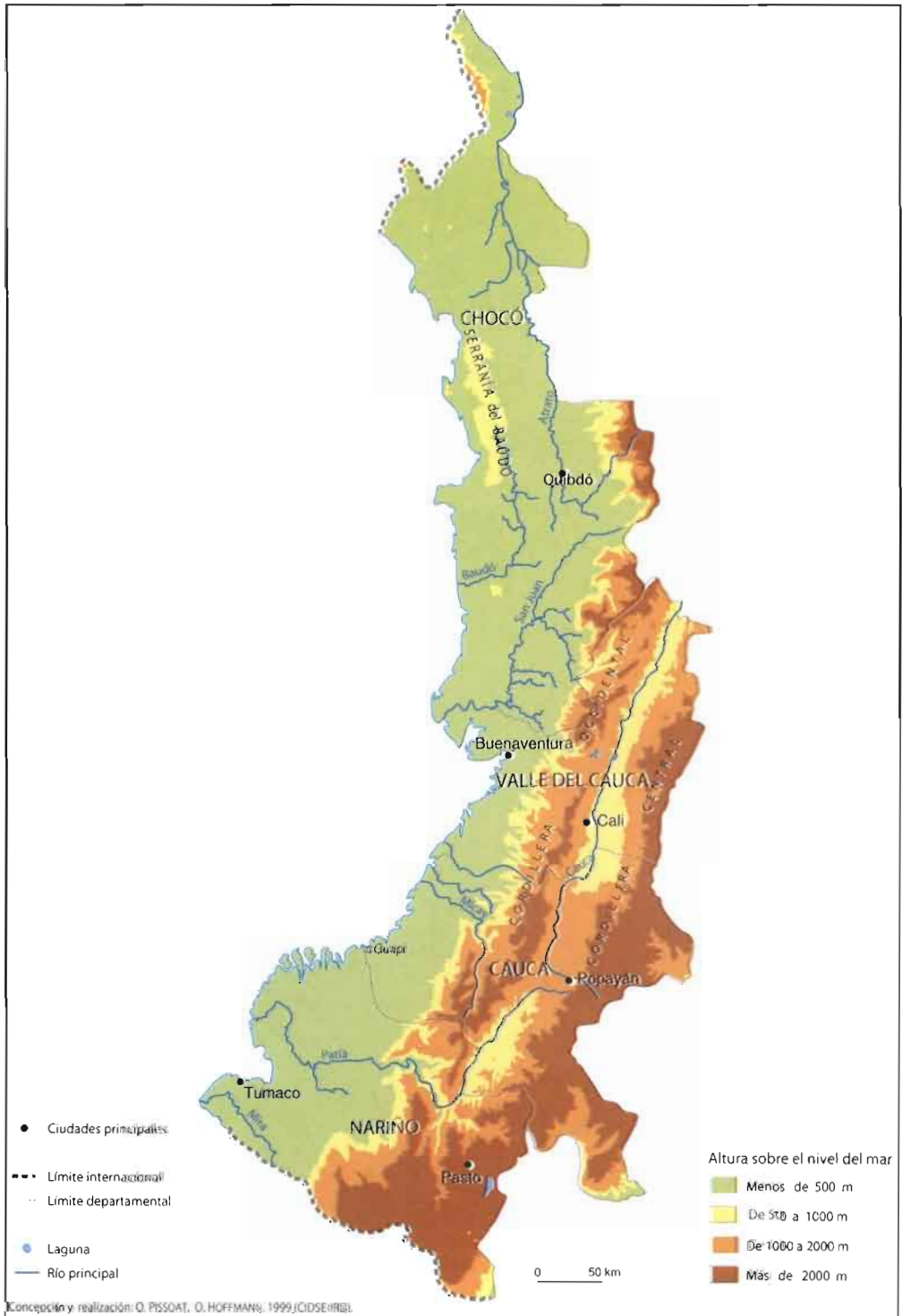
ejemplo, atraviesa la obra con discusiones de diversa índole: algunas más teóricas, como las de Restrepo en el capítulo 5, con el que los editores no suscribimos todos los puntos de vista expresados; y otras de corte más metodológico en la misma introducción o empírico a lo largo de los capítulos 1, 3, 6 y 10, las cuales sí conforman una interpretación más compartida en el interior del equipo de investigación. Pero se trataba que afloraran matices conceptuales e, incluso, elementos de polémica sobre el tema de quizás mayor importancia del estudio. El libro contiene también desarrollos teóricos relacionados con los problemas de clase, raza y etnicidad en la sociedad colombiana y regional, al igual que hay una mirada de los procesos de urbanización y formación de dinámicas regionales, los cuales deben ser sometidos al debate académico.

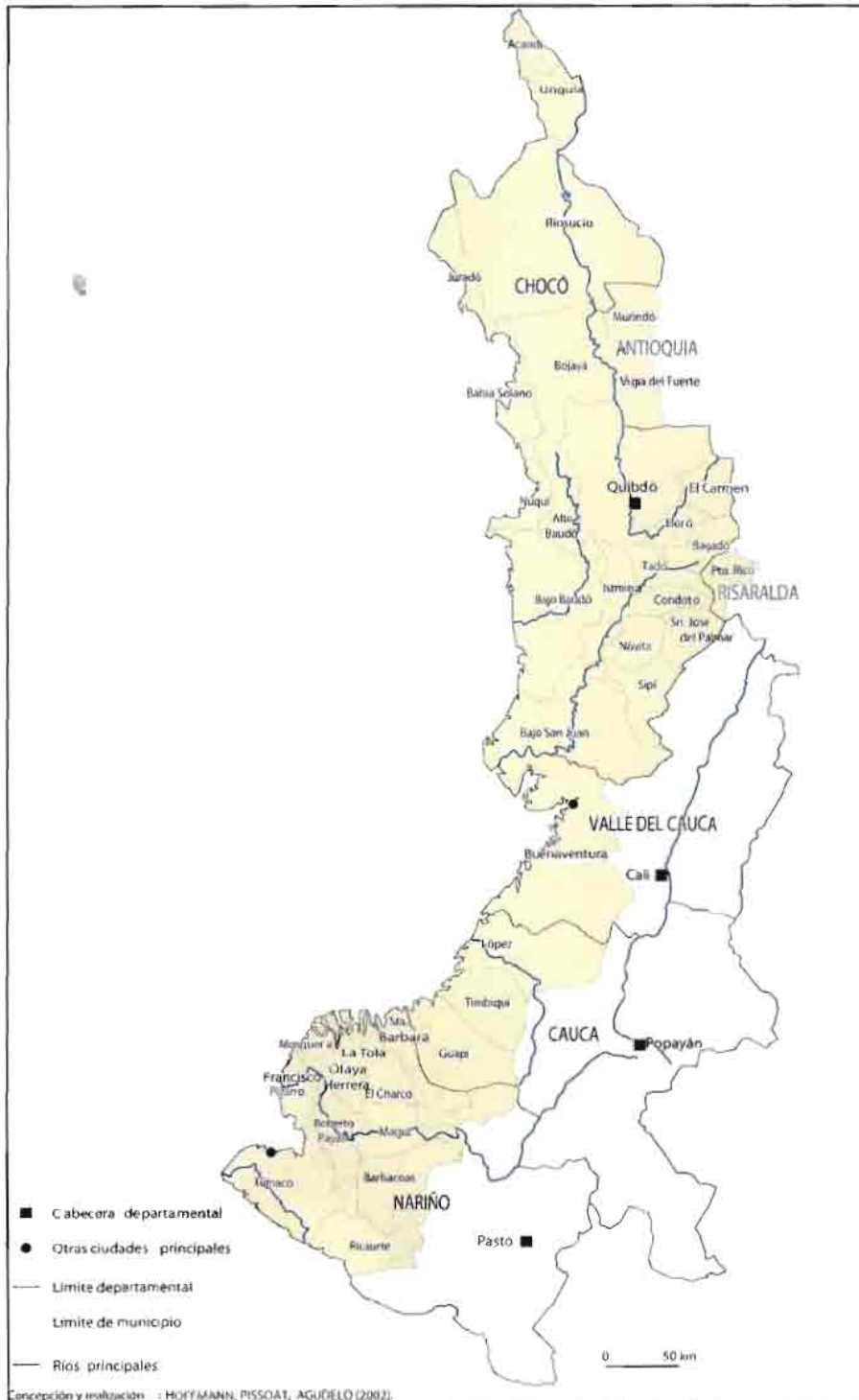
- ***Espacios y herramientas de la investigación***

La figura 1, presentada más adelante, recoge en forma sintética los espacios geográficos y las temáticas del proyecto Cidse-Ird y este libro, así como las principales fuentes de información utilizadas. Como lo hemos dicho, el eje geográfico principal Tumaco-Cali se enmarca en el contexto más amplio del Pacífico sur, incluyendo otros territorios conectados a este eje por importantes flujos migratorios, como la región del Patía y la del norte del Cauca, los centros urbanos de Buenaventura y Guapi, el Departamento del Chocó y, en conjunto, los territorios “rurales” de los ríos en el Pacífico sur. De modo complementario, para visualizar mejor el eje Cali-Pacífico sur en el marco de los tres Departamentos en los cuales se extiende (Valle del Cauca, Cauca y Nariño que conforman la llamada región del suroccidente, incluyendo a la vez el Pacífico sur), incluimos los mapas de la geografía física del Pacífico (mapa 1) y la división político-administrativa de la Costa Pacífica (mapa 2). Respecto a la ciudad de Cali, epicentro de la migración de poblaciones afrocolombianas procedentes del Pacífico sur, norte del Cauca, sur y centro del Valle del Cauca, y en menor escala del Pacífico norte (Departamento del Chocó), el lector puede orientarse por el mapa de barrios de la ciudad (mapa 3), en donde se señalan algunos de alta concentración de población afrocolombiana, particularmente en los que realizamos un trabajo de terreno intensivo. Ellos están situados en la región más oriental de la ciudad, delimitada por la Avenida Simón Bolívar, que constituye el conjunto de comunas del Distrito de Aguablanca (comunas 13, 14, 15) más el área de expansión de la urbanización Desepaz (comuna 21)².

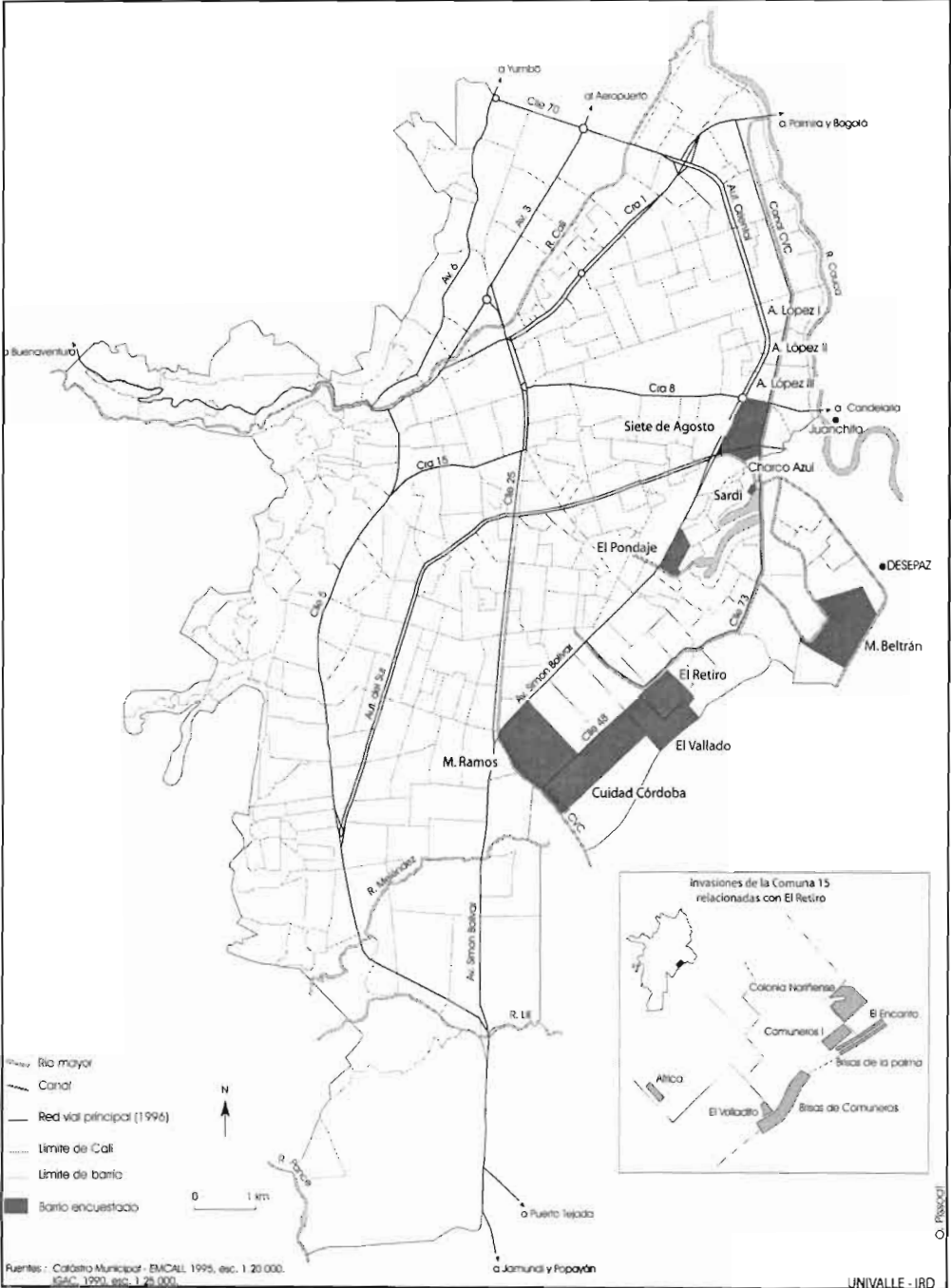
2. En realidad, la región oriente de la ciudad cubre también otras comunas en la parte norte: 6 y 7, y la 16 en la parte sur. En todas ellas se presentan importantes concentraciones de población afrocolombiana. Como segunda área de presencia de esta población se encuentra la región centro-oriente, correspondiente a las comunas 4, 5, 8, 11 y 12 y barrios en la parte norte de la comuna 9.

Mapa 1: Geografía física de los cuatro departamentos del Pacífico



Mapa 2: División político-administrativa de la Costa Pacífica

Mapa 3: Barrios de la ciudad de Cali

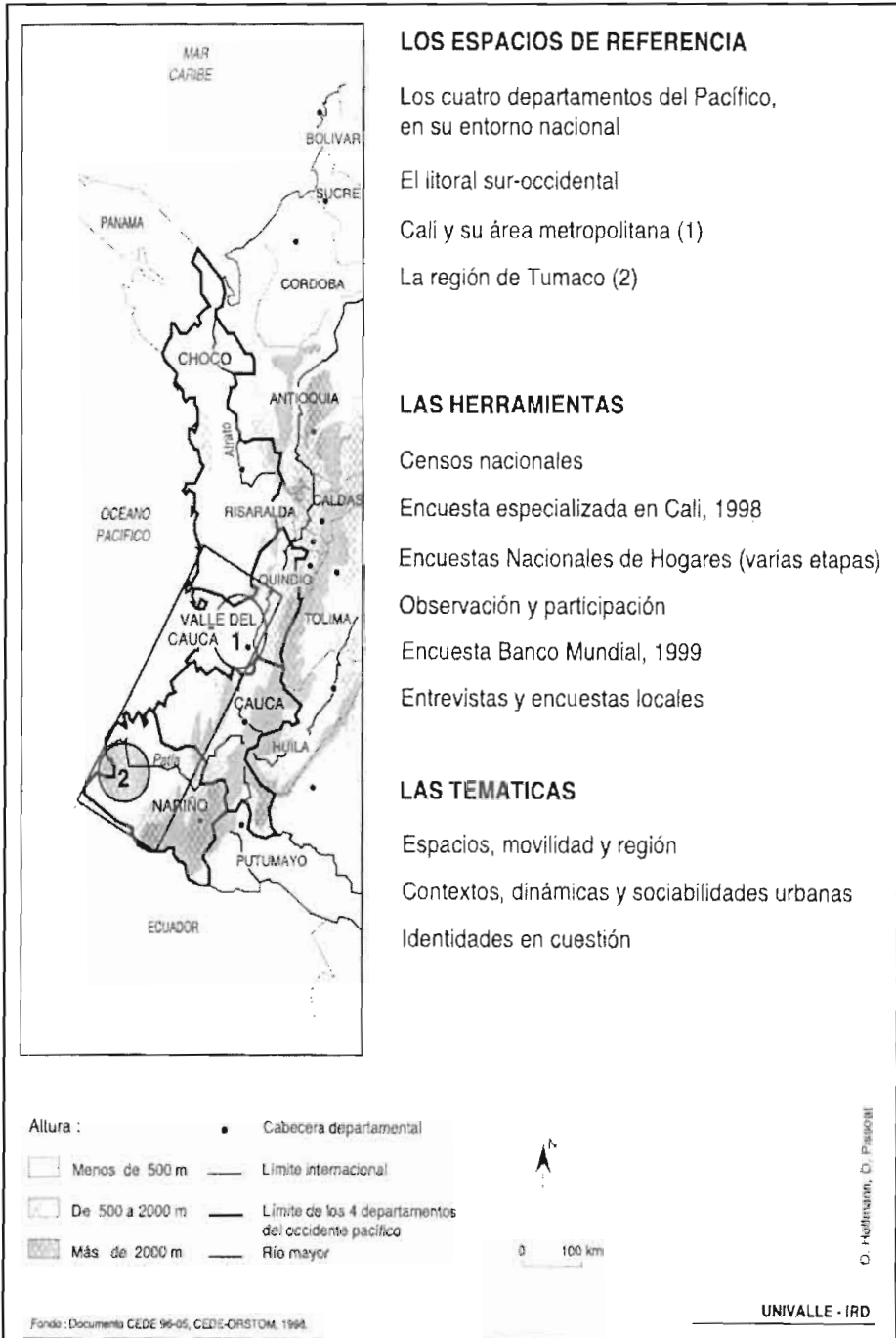


Las herramientas con las que se trabajaron a lo largo del programa de investigación han sido cuantitativas y cualitativas. En las primeras se señalan los censos de población, especialmente el de 1993, la encuesta especializada Cidse-Ird, aplicada en Cali entre mayo y junio de 1998, las encuestas de hogares del Dane (varias etapas), y la encuesta especializada del Cidse-Banco Mundial en Cali para septiembre de 1999. En las herramientas cualitativas sobresalen la observación y participación etnográfica, entrevistas en profundidad y encuestas locales semiabiertas.

Las tres temáticas (figura 1) agrupan los principales resultados de los capítulos del libro con los siguientes tópicos:

- Patrones demográficos y socioeconómicos de las poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas urbanas y rurales; se presenta una perspectiva comparativa entre Cali y otras zonas del país con alta concentración de población negra y el total nacional urbano (capítulo 1).
- La movilidad espacial y social de las poblaciones afrocolombianas en el eje geográfico Pacífico-Cali (ríos-ríos, ríos-ciudad de Tumaco, ríos-Cali, Tumaco-Cali, ríos o Tumaco hacia otras áreas) y las formas de inserción en Cali (capítulo 2).
- Segregación residencial de la población afrocolombiana en Cali (capítulo 3).
- Dinámicas territoriales, espacios y conformación de una sociedad regional en el Pacífico sur (capítulo 4).
- Prácticas culturales y procesos de construcción de nuevas identidades “étnico-raciales” en poblaciones afrocolombianas rurales y urbanas (capítulos 6, 7, 8, 9 y 10).
- Procesos de organización étnica-territorial y participación política a partir de los nuevos discursos identitarios y la legislación multicultural existente (capítulos 4, 7, 8, 9 y 10).

Figura 1. Espacios, herramientas y temáticas de la investigación



- ***De la mirada culturalista a una perspectiva materialista de los procesos “étnico-raciales”***

De entrada, es importante señalar que la perspectiva analítica que orientó el trabajo científico fue un acercamiento diferente a la orientación teórica que tenían los modelos culturalistas predominantes en las ciencias sociales colombianas. Estos modelos, mediante diversas nociones de la categoría de cultura derivadas de la tradición culturalista norteamericana dominante hasta los años 60 en el país, han construido grupos sociales homogéneos en términos de comportamientos colectivos y diferenciados para cada grupo, que se orientan por una normatividad valorativa (normas, valores, cosmovisiones, etc.). Estos comportamientos y normatividad proceden a su vez de una identidad esencialista de los grupos que pervive a lo largo de la historia, apoyada en dos elementos sustantivos: a) una ancestralidad a-histórica, el supuesto que los descendientes sucesivos de un grupo humano van conservando comportamientos relativamente “puros” a lo largo de la historia; y b) la difusión cultural, entendida por Herskovits (1941) como el fenómeno de difusión de esos comportamientos y normas a través de quienes la comparten trasladándola a otros espacios territoriales, en la medida en que ellos se desplacen voluntaria o involuntariamente. En el caso de las poblaciones afro americanas, las condiciones de ancestralidad y difusión cultural se dan independientemente de otros procesos socio-históricos, y como anotan Agier y Quintín (capítulo 10), mediante el mantenimiento, en el Nuevo Mundo, de “culturas en conserva” procedentes del continente africano³. De esta forma es sobre valorada la dimensión cultural en la organización social. En Colombia y América Latina, la noción de grupo étnico, como grupo social que comparte homogéneamente unas características culturales permanentes a lo largo de la historia, tiene en cierto modo como principales fuentes conceptuales las de estas corrientes culturalistas.

Los resultados presentados en este libro contradicen este modelo culturalista, ubicándose en una línea más cercana a la antropología social urbana inglesa y la sociología y antropología de las prácticas sociales de Bourdieu. El énfasis ha sido puesto en los procesos sociales contemporáneos, siempre rastreando sus componentes sociohistóricos. Se recupera lo cultural pero formando parte de prácticas sociales ubicadas en sus contextos históricos y que ponen siempre en juego dimensiones objetivas y subjetivas. Asumimos el determinismo social de estas prácticas y una visión materialista compleja de la organización social. El

3. Pero esta es la misma lógica argumentativa respecto a las culturas amerindias, al suponer que, en términos socio-culturales, los pueblos de las sociedades prehispánicas hayan conservado un sustrato esencial relativamente puro o no modificado por las importantes transformaciones que se dieron en las sociedades colonial y republicana.

conocimiento científico, si bien está condicionado por este mismo determinismo, tiene posibilidad de producir análisis sobre la sociedad y las prácticas sociales. Mediante la crítica reflexiva de sus propios conceptos y la investigación empírica rigurosa, las ciencias sociales pueden superar el sentido común y los discursos ideológicos de los agentes envueltos en los procesos, para captar las lógicas de los agentes, sus prácticas y los procesos individuales y colectivos. En tal sentido, como se verá en el comentario del capítulo 5, discrepamos con posiciones postmodernas relativistas aunque en ellas hay interesantes acercamientos sobre la etnicidad. Por otra parte, una visión materialista no reduccionista, a diferencia del economicismo predominante en la tradición marxista convencional, conduce a valorar considerablemente los componentes sociodemográficos y socioculturales al lado de los socioeconómicos e institucionales. El conjunto de estos factores objetivos y subjetivos se articulan intrínsecamente, de suerte que la etnicidad, en cuanto depende, como hemos dicho, de los comportamientos colectivos de los grupos sociales y sus prácticas culturales, está inmersa en condiciones sociodemográficas y socioeconómicas históricas y heterogéneas: las clases sociales, el género, el ciclo de vida, la edad y otros factores (por ejemplo, la orientación sexual), entran en la producción de ella y en su segmentación. Los discursos fundamentalistas culturales, en cambio, parten del supuesto de la homogeneidad de estas condiciones para plantear, de forma trascendente a los contextos históricos, comportamientos puros y normatividades ancestrales en las “culturas originarias”; aunque la observación empírica los desmiente.

Nuestra orientación analítica observa las dinámicas culturales bajo el supuesto que ellas resultan de continuos procesos de fusión o mezcla, sin que pueda hablarse de culturas puras u originarias, no contaminadas por otras. En los diferentes contextos históricos hay producciones culturales que se rehacen y transforman continuamente con nuevos sentidos valorativos. Si pudiera señalarse lo primordial de tal enfoque, que podemos denominar “materialista complejo”, es su particular énfasis por el análisis concreto de las situaciones o contextos nacionales, regionales y locales de la sociedad colombiana en las que está inserta la población negra, sin buscar un sentido esencialista o de orígenes que enfatiza más la tradición cultural como permanente en el tiempo. Así, en el libro se resaltan los procesos históricos de construcción y transformación permanentes que experimenta la población negra, la heterogeneidad de su composición socioeconómica y de sus prácticas culturales y políticas identitarias, en adecuación a las situaciones históricas existentes en una sociedad mestiza y también a las variaciones regionales y locales que matizan el juego de las apariencias fenotípicas. Por ello mismo, también señalamos las importantes continuidades sociodemográficas y socioeconómicas que tiene la población negra respecto al conjunto de la población del país, en el actual nivel de desarrollo de la sociedad

capitalista colombiana. En esta dirección, más que diferencias culturales que marcan comportamientos distintos, observamos en los resultados empíricos tendencias similares consolidadas mediante los procesos de modernización y modernidad⁴ impuestos a todos los grupos poblacionales del país por el desarrollo del capitalismo a lo largo del siglo XX, y más especialmente después de los años 50.

Ahora bien, como resultado de un largo proceso histórico, las relaciones sociales en la sociedad colombiana contemporánea, al igual que otras sociedades mestizas latinoamericanas (por ejemplo, la brasilera), se encuadran en una jerarquía social racializada, la cual, a pesar de variaciones temporales y regionales, se concretiza casi sistemáticamente en fenómenos de discriminación socio-racial de distintos tipos: residencial, económico y social, cultural y político, etc. El punto de vista común en los diferentes capítulos es una perspectiva de análisis de este componente racial de la organización social colombiana, tomando además en cuenta nuevas lógicas étnicas de identificación y diferenciación de las poblaciones que el discurso multiculturalista oficial ha impuesto recientemente en Colombia, primero a través de la Constitución de 1991 y luego, en el caso particular de las poblaciones negras, a través de la Ley 70 de 1993, o Ley de negritudes.

En varios de los capítulos del libro, el factor racial como generador de desigualdades sociales es resaltado y analizado (capítulos 1 al 4 y 6). Dicho factor interactúa casi siempre con las dimensiones de clase, género y edad para producir desigualdades socio-raciales. Aunque en algunos contextos y ocasiones particulares, se puedan observar discriminaciones específicamente raciales (capítulos 1, 3 y 6), hay que advertir que, por lo general, las lógicas raciales, sociales, de origen migratoria, de edad y género, etc, que entran a constituir la fábrica de desigualdades son relativamente inextricables. El “motor racial de la desigualdad” no puede tomarse de manera aislada de los factores ya mencionados, pero tampoco es un factor marginal, ya que como lo muestran Barbary en el capítulo 3, y Barbary, Ramírez y Urrea en el capítulo 6, pueden observarse efectos discriminatorios raciales en múltiples espacios de la vida social en la ciudad de Cali, comprobados por diferencias estadísticamente significativas entre las ca-

4. Por modernización entendemos los procesos “objetivos” que acompañan el capitalismo como la urbanización e industrialización, al lado de transformaciones institucionales. La modernidad hace en cambio referencia a los procesos “subjetivos” de producción de individuos, a partir de un contexto de relaciones impersonales, en las esferas de la vida cotidiana, pública y privada, con sus manifestaciones en prácticas culturales “modernas” en la vida familiar, en el orden afectivo y erótico, etc. En una dirección similar véase Macionis y Plummer (1999); también Giddens, Bauman et al., Beriaín (comp., 1996), y, por supuesto, Elias (1994 [1987]; y 1997 [1977, 1979]) en sus análisis sobre la sociedad de individuos y la individuación.

racterísticas residenciales y socioeconómicas de las poblaciones afrocolombiana y no afrocolombiana, y más aún entre poblaciones negras, mulatas, mestiza y blanca⁵.

En resumen, este libro no pretende en ningún momento ser una suma o, incluso, ser representativo del estado actual de los estudios afrocolombianos, sino presentar un nuevo enfoque sobre las dinámicas de las relaciones socio-raciales en Colombia, como sociedad mestiza, y en particular la región del Pacífico sur y la ciudad de Cali, el cual recoloca el debate de la etnicidad y el multiculturalismo en relación con otros factores como los de clase, edad y género, origen migratorio, etc. Se trata de analizar los diversos componentes de las dinámicas antes mencionadas, a partir de una óptica contemporánea y contextualizada social y geográficamente de esta población, diferenciándose claramente de los estudios afrocolombianos clásicos y otros más recientes, que van en una dirección teórica muy diferente.

- *Aspectos metodológicos y ordenamiento del libro*

El libro recoge la importancia de la medición y el análisis estadístico en la investigación de los fenómenos “étnico-raciales”. Una aproximación sociodemográfica y socioeconómica de todo tipo de población requiere poder diferenciarla mediante el uso riguroso de categorías estandarizadas, al igual que variables como el sexo, la edad, el lugar de nacimiento, el nivel de escolaridad, etc., categorías que se presten al ejercicio de medición estadística. Sin resolver este aspecto central no es posible un estudio científico de la llamada etnicidad en términos de observar sus interacciones con el conjunto de las variables sociodemográficas y socioeconómicas en una sociedad concreta, especialmente si se quieren estudiar los fenómenos de desigualdad social y discriminación y en ellos el papel del factor “étnico-racial”. Por esta razón, hay un énfasis metodológico sobre la construcción de variables, sus formas de uso y técnicas de análisis, y la presentación de resultados cuantitativos que concierne a la sección cuarta de esta introducción, al igual que a los capítulos 1, 2, 3 y 6, y el anexo metodológico. Como veremos en detalle más adelante, la solución al problema de la categorización socio-racial de la población que desarrolló el equipo, reposa sobre una aproximación novedosa en el país: la caracterización fenotípica de la población de los hogares incluidos en las dos encuestas especializadas realizadas en Cali en 1998 y 1999. De esta manera, se dispone primero de una clasificación “racial” individual, y segundo de la composición racial de los hogares, sintetizada en los con-

5. Ver primero en la introducción la discusión metodológica y las definiciones de estas expresiones étnico-raciales que se usan para la recolección y el análisis de la información.

ceptos operativos de hogares “afrocolombianos” y “no afrocolombianos”. Además, para una submuestra compuesta de un individuo en cada hogar, se cuenta con la respuesta a una pregunta abierta de auto declaración de su color de piel, la cual nos proporciona la variable de auto caracterización fenotípica, analizada en el capítulo 6⁶. El conjunto de estas informaciones permite un acercamiento bastante completo al fenómeno del mestizaje. A estos datos, productos del mismo proyecto, se añade el análisis de la encuesta de hogares del Dane del año 2000, para 13 áreas metropolitanas, que también incluyó un módulo de auto caracterización del color de piel (ver capítulo 1 y anexo metodológico). No sobra añadir que este esfuerzo de cuantificación, que ha constituido una parte sustantiva del trabajo intelectual del proyecto Cidse-Ird, es la marca de un enfoque que reconoce el determinismo sociológico a través de su puesta en evidencia estadística.

Varios de los capítulos del libro han conllevado la utilización de técnicas cuantitativas y cualitativas y una perspectiva multidisciplinaria integrada en la definición de sus objetos y problemáticas, como en la producción empírica. En ellos, se tenía como preocupación la articulación de datos cuantitativos a partir de censos o encuestas de hogares por muestreo con estudios cualitativos apoyados en encuestas de terreno etnográficas, trabajo de archivo y análisis documental. Las entrevistas en profundidad con actores individuales y un trabajo etnográfico riguroso de observación de terreno, además de fuentes documentales y de archivo, fueron básicas en los estudios que apuntan más a las dimensiones socio-culturales y políticas (capítulos 7, 8, 9 y 10) o en el capítulo 4 que analiza las estructuras socio-espaciales del Pacífico sur. Pero la interdisciplinariedad entre enfoques estadísticos y socioantropológicos ha sido común tanto en los estudios sociodemográficos como en los socioculturales (producción de identidades). Quizás los ejemplos más acabados de combinación de los abordajes cuantitativos y cualitativos se encuentran en la construcción de la variable “étnico-racial”, ya sea para su implementación estadística o la construcción del dato etnográfico sobre un tipo de identidad urbana de los afrocolombianos en Cali versus la identidad rural en la región del Pacífico (capítulos 2 y 6).

En el armazón de los capítulos del libro se refleja este carácter de obra colectiva que conjuga diversas aproximaciones a la problemática del estudio. El libro se divide en dos partes que agrupan los 10 capítulos. La primera, con 4 capítulos, se titula *los componentes materiales*, y apunta a los factores “objetivos” que caracterizan los procesos sociodemográficos y las estructuras sociales y regio-

6. Para la discusión y justificación de cada unas de estas categorías individuales o de hogares y sus definiciones exactas, ver el numeral cuarto de esta introducción; para la descripción detallada de las encuestas, ver el anexo metodológico.

nales. En esta parte interesan las relaciones entre las estructuras socio-espaciales y los comportamientos y estrategias de los agentes, particularmente en lo que concierne a su movilidad espacial y social. Usando los términos de Bourdieu, podríamos decir que se busca la “objetivación” de estas relaciones y procesos dialécticos entre estructuras y “habitus” de los agentes. En la segunda parte, *la construcción de identidades “étnico-raciales”*, compuesta de 6 capítulos, nos interesan las dinámicas sociopolíticas en los contextos urbanos y rurales locales, regionales y nacional, y proponemos distintas miradas reflexivas sobre la construcción de varios tipos de identidades étnicas, raciales o culturales. Contrastando con la primera parte, aquí más se hace referencia a los procesos “subjetivos”, siempre envueltos en los “objetivos”, pero colocando el énfasis en la dimensión política e ideológica. Las dos partes se completan con un anexo metodológico sobre las encuestas en Cali y Tumaco y otras fuentes de información cualitativa utilizadas, y una bibliografía conjunta a la que remiten todas las referencias citadas en la obra. Además de cuadros y mapas, se incluyeron, en la mayor parte de los capítulos, fotografías e ilustraciones seleccionadas en el fondo documental constituido por el equipo de investigación a lo largo de los proyectos Cidse-Ird-Colciencias (1996-2000) y Cidse-Ird (2000-2004), de acuerdo con la temática pertinente, las que entran a formar parte de la argumentación empírica en los diversos capítulos⁷.

2. Primera parte: los componentes “materiales”

Los componentes “objetivos” o “materiales” de los procesos sociodemográficos, de los cuales las poblaciones afrocolombianas son a la vez agentes y actores, se trabajan en los cuatro primeros capítulos. Como se ha dicho, ellos apuntan en esta dirección sobre los resultados empíricos alrededor de la movilidad y las dinámicas regionales: dinámicas sociodemográficas nacionales y regionales, estructuras sociales y regionales, fenómenos de segregación residencial. Estos procesos son observados a través del eje Cali-Pacífico sur y el conjunto de regiones que están articuladas a Cali como epicentro de la gran región del sur occidente, al tiempo que esta ciudad se constituye en un objeto específico de estudio con el fenómeno de la segregación residencial. Todos estos factores “materiales” son leídos en relación con la variable “étnico-racial”. De modo colateral, aunque cuantificar la población afrocolombiana no era el objetivo central del proyecto Cidse-Ird, la información disponible a través de tres encuestas de hogares que incluyeron el uso de una categoría socio-racial nos permite entregar unas esti-

7. Son en total 73 fotos e ilustraciones.

maciones poblacionales realistas para el país y diversas regiones urbanas y rurales (ver capítulo 1). Veamos.

El capítulo 1, *Perfiles contemporáneos de la población afrocolombiana*, por Olivier Barbary, Héctor Fabio Ramírez, Fernando Urrea (Coord.), y Carlos Viáfara, combina una primera estimación de la población afrocolombiana en el país para comienzos del siglo XXI con un análisis de los diferenciales socio-demográficos y socioeconómicos en Cali y tres zonas del país con alta concentración de población negra-mulata (Pacífico, Urabá antioqueño y Departamento de Bolívar). Se buscan resaltar los contrastes así como las similitudes entre los cuatro espacios y respecto al total nacional, distinguiendo poblaciones urbanas y rurales; en Cali este ejercicio se repite entre las poblaciones de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos comparados respecto al total urbano nacional.

El primer elemento novedoso reside en la estimación, por primera vez sustentada estadísticamente, de la población afrocolombiana, que permite acercarse a su distribución geográfica y sus niveles de urbanización, demostrándose así su alta concentración en las principales áreas metropolitanas de país, con una tasa de urbanización idéntica al promedio nacional. Pero, como era de esperar, su distribución espacial difiere del patrón general colombiano que tiene como primer centro urbano a Bogotá. Los centros de mayor concentración de afrocolombianos en el país son Cali y Cartagena, con sus entornos próximos, mientras Bogotá, Medellín y Barranquilla siguen después.

Otro punto interesante son las desigualdades regionales y urbano-rurales que evidencian las encuestas en cuanto a la condición económica de los hogares. Las zonas de mayor concentración de población negra-mulata, en particular la región Pacífica y sobre todo sus áreas rurales, se encuentran en condiciones de mayor pobreza, con diferencias sobresalientes en los indicadores⁸ respecto a los promedios nacionales urbanos y rurales. Sin embargo, la comparación de los indicadores sociodemográficos⁹ entre las zonas de alta concentración de gente negra y el total nacional, al controlar por área de residencia y quintiles de ingreso, revela más similitudes que diferencias. Esto es observado nuevamente al comparar las poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas en Cali con el total nacional urbano cuando se controla por quintiles de ingreso: no se presentan variaciones importantes entre las dos poblaciones, incluso en un indicador

8. Índice de hacinamiento, líneas de pobreza e indigencia, distribución del ingreso, estructura socio ocupacional.

9. Fecundidad, tasa de dependencia, índice de masculinidad, tamaño, jefatura y composición de los hogares, etc.

tan relacionado con la condición económica como es el nivel educativo. En primer lugar, estos hallazgos son concluyentes del escaso poder explicativo que tiene el factor cultural para explicar supuestas diferencias demográficas entre las dos poblaciones. Por otra parte, la indiscutible desigualdad socio económica entre población afrocolombiana y no afrocolombiana tampoco tiene su explicación en diferenciales de características socio demográficas como serían una mayor fecundidad, un mayor tamaño de los hogares, una mayor jefatura fémina, una mayor carga sobre los económicamente activos u otros argumentos de este tipo. En realidad, son los factores ligados a la desigualdad en el desarrollo regional y a la inserción racialmente jerarquizada en el dispositivo de las clases sociales, que forman parte del proceso de modernización capitalista de la sociedad colombiana en su larga historia, los que tienen aquí el peso más sobresaliente.

El capítulo 2, *La Costa Pacífica y Cali, sistemas de lugares*, por Olivier Barbary y Odile Hoffmann, aborda el fenómeno de la integración de los amplios espacios migratorios de la región Pacífica, de la cual Cali se ha convertido, en varios aspectos, en el epicentro. El estudio se apoya en la observación de varias formas de movilidad espacial (espacios matrimoniales, comportamientos y trayectorias migratorias, migraciones temporales o alternantes), desarrolladas de manera paralela en los espacios de origen y de destino de los migrantes (el área rural de la ensenada de Tumaco y Cali) y a diferentes escalas espaciales y temporales. El concepto central del texto es el de “sistema de lugares”, definido como el generado por la suma de las interacciones entre lugares, gracias a la circulación de personas y bienes materiales y simbólicos. Estas interacciones constituyen primero un “sistema” desde el punto de vista espacial (de los lugares). Segundo, ellas traen a su vez la determinación recíproca de las dinámicas demográfica, socioeconómica, cultural y política de los diferentes lugares, hasta integrarlos en un espacio de movilidad que opera como un dispositivo en las estrategias (y los obstáculos) de los diferentes actores, formando así un “sistema” desde el punto de vista de los individuos y los grupos sociales.

Barbary y Hoffmann, corroboran que el principal rasgo de la evolución reciente de la cuenca migratoria de Cali (desde 1993) es el fuerte aumento de la contribución de la región Pacífica en los flujos recientes. Constatan una fuerte diferenciación del tipo de trayectoria según las características demográficas y socioeconómicas de los migrantes. La movilidad residencial alternada entre Cali y el lugar de origen es la primera ilustración de este acceso socialmente diferenciado a ciertos tipos de movilidad: el fenómeno se concentra en los dos extremos de la escala social, raramente tocando a las clases medias. También, los originarios del Pacífico presentan las trayectorias más largas, amplias y geográficamente diversificadas de todos quienes migran hacia Cali, lo que refuerza su especificidad, tanto para hombres como para mujeres. Esto confirma el resultado de nu-

merosos estudios antropológicos clásicos que enfatizan la intensidad y gran amplitud de la movilidad espacial en el Pacífico. Según los autores, el fenómeno corresponde a la generalización del carácter plurilocal de los sistemas de reproducción económica y social de los individuos y grupos familiares vía la movilidad. O sea, en todos los lugares de consideración, los sistemas de acceso a los recursos económicos y sociales se caracterizan cada vez más por escalas espacio-temporales de movilidad variadas, al mismo tiempo que se observan profundas desigualdades en las condiciones socioeconómicas de acceso a esta movilidad. La particular intensidad y diversidad de la movilidad espacial en toda la región Pacífica tiene que ver, desde mucho tiempo atrás, con su condición de marginalidad geográfica, económica y política en la nación. Pero, sin lugar a duda, el fenómeno se agudizó durante las últimas décadas a raíz de varios procesos contemporáneos como son la fragilización de los dispositivos tradicionales de reproducción económica en el Pacífico, su integración progresiva en los mercados de la economía nacional y globalizada y la penetración de su territorio por los actores del conflicto armado y del narcotráfico (ver también capítulo 4).

Contrariamente al estereotipo propagado en Cali sobre el bajo nivel educacional de la población afrocolombiana, el capital educativo de los migrantes del Pacífico en el momento de la encuesta es netamente superior al de otros inmigrantes. Sin embargo, esta ventaja relativa no logra convertirse en el campo de la inserción residencial y socioeconómica en la ciudad, en donde al contrario se encuentran en clara situación de inferioridad respecto a las poblaciones de otros orígenes migratorios. Quedan entonces colocadas, con una serie de matices, las preguntas de la segregación de la población inmigrante del Pacífico en los mercados residencial y laboral de la capital del Valle, que se vislumbraban desde las conclusiones del primer capítulo y se examinarán más en detalle en capítulos ulteriores.

Finalmente, se comprueba el papel decisivo de la comunidad de origen en las dinámicas migratorias y dentro de las configuraciones espaciales urbanas. Se establecen durante la migración grupos de solidaridad (paisanaje) que adquieren, primero, un papel de cohesión social, y, segundo, un rol de mediación entre los migrantes y la sociedad urbana.

El componente socio-racial de la segregación residencial en Cali (capítulo 3), por Olivier Barbary, tiene como objetivo comprender lo mejor posible dicho fenómeno a partir de los datos disponibles (censo de 1993 y las dos encuestas especializadas de hogares Cidse-Ird y Cidse-Banco Mundial) y el uso de métodos estadísticos rigurosos (índice de disimilaridad de Duncan y Duncan, 1955, e índice de la raíz cuadrada de Hutchens, 2001). Además, el estudio se enmarca en una perspectiva original de comparación nacional —con los resultados de los mismos cálculos aplicados a la ciudad de Bogotá— e internacional —con base

en los estudios empíricos de Massey y Denton (1988, 1989, 1996) sobre la segregación racial en las principales ciudades de los Estados Unidos—. Se examina la dialéctica entre las lógicas demográfica, socioeconómica y racial de la concentración espacial de la población, para localizar progresivamente el papel propio del factor racial, su intensidad relativa, y las escalas espaciales en que opera como motor de segregación residencial.

El autor analiza primero, a partir de los datos del censo de 1993, la dimensión sociodemográfica de la segregación residencial, comparando Cali con Bogotá y resultados disponibles de otras ciudades. Aunque la geografía social del espacio urbano caleño tenga su historia propia y sus especificidades, que también son examinadas, se destaca cómo los niveles de diferenciación demográfica y social de los hogares según zona de residencia son similares a los de otras ciudades, concluyendo que la situación de la capital de Valle no tiene nada de excepcional en el contexto colombiano y latinoamericano, que se caracteriza en general por una fuerte segmentación socio-espacial de los ámbitos urbanos.

Mediante la agregación de las dos encuestas realizadas en Cali, se desarrollan luego los cálculos de índices de segregación para los diversos componentes fenotípicos de la población en Cali. Los resultados demuestran que en Cali no existe un “ghetto racial” a escala del conjunto de la ciudad, o sea como división del espacio urbano en grandes áreas de poblamiento homogéneo. Si bien, a nivel global, el proceso de concentración residencial de las poblaciones en ciertas áreas de la ciudad produce una diferenciación socio racial del espacio, ella no se parece en nada con la existente en las grandes aglomeraciones estadounidenses. La concentración residencial de las poblaciones negra y blanca en barrios específicos prueba ser 2,4 veces superior, en promedio, en las ciudades norteamericanas que en Cali.

No obstante esta primera conclusión, dentro de las grandes áreas sociales de la ciudad, la estratificación del hábitat introduce un nivel adicional en la especialización del poblamiento. En el conjunto de los barrios populares del occidente, por ejemplo, la segregación racial opera sobre todo a escala micro de los barrios y a nivel de las viviendas, conformando “manchas residenciales” de varias calles o manzanas donde la población negra se encuentra concentrada, ocupando además, muy a menudo, viviendas de peores condiciones. A la inversa, en los barrios socialmente mezclados de clases medias y en los barrios más burgueses, la organización del poblamiento en áreas raciales homogéneas es más marcada. Cuando se consideran niveles sociales equivalentes, los negros tienen iguales condiciones de vivienda que los blancos, pero se encuentran agrupados en determinados espacios. Así, contraria a la segregación socioeconómica, caracterizada por una estructura en grandes bloques a escala macro, la segregación racial

en Cali funciona en varias escalas y la “dosificación” entre sus diferentes niveles puede invertirse de una área social a otra: segregación a escala “meso” en los barrios de clases media y alta, segregación a escala micro en los barrios populares. Pero estos mecanismos de segmentación residencial no pueden ser analizados únicamente como el producto endógeno de un orden social racialmente segregado, pues son igualmente resultado de estrategias y de oportunidades propias de las redes migratorias de las poblaciones de diferentes orígenes geográficos (por ejemplo, de la Costa Pacífica sur) y sociales. Finalmente, aparece evidente que las desigualdades en el acceso al espacio residencial de los diferentes grupos de población no son el único determinante de la “segregación socioeconómica”, entendido en un sentido más general no estrictamente residencial, ya que este proceso se relaciona también con las oportunidades desiguales en el acceso a los otros bienes materiales y simbólicos ofrecidos por la ciudad (mercados del empleo, de los servicios públicos, consumo culturales, etc), las cuales no solamente son determinadas por el lugar de residencia.

Espacios y región en el Pacífico sur: ¿hacia la construcción de una sociedad regional? (capítulo 4), por Odile Hoffmann. A partir de un estudio de caso local en Tumaco, la autora nos presenta tres modelos socio-espaciales de organización económica y territorial de la región del litoral Pacífico de Nariño. Estas tres configuraciones son separadas para el propósito analítico, pero sin que ello signifique darles el sentido de tres “etapas de desarrollo” que se sucederían en el tiempo, sino más bien, de patrones de análisis que funcionan, y eventualmente coexisten, en distintos contextos históricos y políticos, y a diferentes escalas locales y regionales. A través de la conjugación de estos diferentes tiempos y espacios, el estudio logra identificar el papel que distintos actores sociales, económicos y políticos juegan en el proceso de transformación acelerada que afecta este territorio y la población que en él reside. En el primer modelo, según las disposiciones de la nueva carta magna de 1991, las “comunidades negras” son entendidas como etnia, noción que se fundamenta en el argumento de la especificidad agraria y étnica de los habitantes del Pacífico; es decir, en la existencia de una configuración socio-espacial muy peculiar, calificada como “dispositivo fluvial ribereño tradicional”. El segundo dispositivo —el de la “modernización”—, hace énfasis, al contrario, sobre una tendencia a la indiferenciación de las sociedades locales, insertas, en mayor o menor grado, en procesos globales de articulación a los mercados y las dinámicas nacional e internacional. Por último, el dispositivo de la “movilización político-étnica” corresponde a la emergencia reciente de configuraciones nuevas, resultados del cruce de los dos primeros modelos e integrando múltiples elementos nuevos.

Siguiendo el hilo de la dialéctica social, espacial y política entre los tres modelos, en la perspectiva de des-particularizar el Pacífico y rechazando las deter-

minaciones ligadas a una supuesta “especificidad cultural” negra, Hoffmann formula la esperanza de que este proceso desemboque en una oportunidad que siempre le ha sido negada al Pacífico: la construcción de una sociedad regional. Dicho proyecto, dado sus antecedentes históricos y las dinámicas sociales, económicas y políticas que se producen en el contexto actual, no puede basarse sino en la complementariedad de los dos “pilares” de estas dinámicas —los territorios negros y el sector agro-industrial— y, por lo tanto, en soluciones negociadas entre ambos. Desafortunadamente, las evoluciones recientes tienden más bien a la generalización y agravación de los conflictos sociales, económicos y políticos en la región, lo cual compromete fuertemente la probabilidad de una salida favorable. Es importante subrayar que lo que se juega en torno a esta problemática aparentemente regional desborda ampliamente las fronteras “naturales” de las regiones costeras, en particular en dirección de Cali y otras grandes ciudades del país, en donde ahora se concentra gran proporción de la población afrocolombiana. Por esta razón, en cuanto espacio histórico y simbólico de origen de esta población, el Pacífico y su porvenir no pueden dejar de ocupar un lugar central en el debate político de la “cuestión negra” en Colombia.

3. Segunda parte: la construcción de identidades “étnico-raciales”

Los seis capítulos de esta segunda parte abordan las diversas dinámicas sociopolíticas en el campo del debate teórico (capítulo 5) y en los contextos empíricos urbanos y rurales, locales, regionales y nacional (capítulos 6 al 10). El capítulo 5 es una propuesta de interpretación de tipo constructorista de las ideologías “étnicas” que orientan los movimientos negros en Colombia. Los otros cinco capítulos están referidos a los nuevos procesos identitarios “étnicos” en las poblaciones afrocolombianas, a través de casos empíricos tomados en Cali, el Pacífico sur y el norte del Cauca, aunque con observaciones analíticas válidas para el conjunto del país. Un interrogante que tiene una importante repercusión política atraviesa toda esta parte: ¿cómo se relacionan la emergencia actual de nuevas identidades afrocolombianas y sus manifestaciones sociales, culturales y políticas (auto percepciones individuales y colectivas, nuevas producciones culturales “negras”, nuevas reivindicaciones y estructuraciones políticas) con las desigualdades y las discriminaciones socio-raciales, la lucha contra el racismo y el acceso a la ciudadanía? Desde esta perspectiva, pensamos que estos seis estudios cuestionan, cada uno a su manera, el proyecto de sociedad multiculturalista desarrollado por la nueva constitución y la reelaboración del modelo de ciudadanía que conlleva.

El capítulo 5, *Esencialismo étnico y movilización política: tensiones en las relaciones entre saber y poder*, por Eduardo Restrepo, como ya lo señalamos, es un artículo teórico. Este texto ha sido solicitado al autor por los editores para referir los procesos étnicos afrocolombianos a la luz del debate contemporáneo sobre el tema, en particular su vertiente anglosajona, teniendo en cuenta la enorme tradición de los movimientos políticos negros y su estudio desde las ciencias sociales en Estados Unidos. No debe sorprender, entonces, que el grueso de los autores que le permiten a Restrepo armar su argumentación pertenezca a la línea constructivista anglosajona. La pregunta central que coloca el autor es si hacer una crítica de la construcción y del uso de la etnicidad, tanto por los movimientos negros en Colombia como por los que producen un “conocimiento experto” sobre ella, significa socavar las identidades étnicas y negar el empoderamiento de la gente negra y sus organizaciones. Esta preocupación surge de la necesaria relativización de las interpretaciones étnicas en relación con la “realidad social”. ¿Qué tan “verdaderos” son los discursos étnicos y el mismo “conocimiento experto” que sobre la etnicidad se produce?

El artículo parte de las posturas teóricas “postmodernas” que deconstruyen la etnicidad y lo que denomina el autor “esencialismo étnico”, entendido como la “explicación” de la existencia de los grupos e identidades étnicas mediante un irreducible y primario “ser” biológico o cultural, o como la asunción de una necesaria y directa correspondencia entre un sujeto trascendental y unas identidades sociales y expresiones políticas. A su vez, Restrepo destaca lo que él considera esencialismo étnico de tipo “instrumentalista”, analizándolo como la expresión de una estrategia, a la manera de una suerte de “recurso” o “capital simbólico” instrumentalizado en el posicionamiento de unos sectores sociales en relación con otros. En esta perspectiva, las narrativas de la etnicidad y la identidad étnica no son a menudo otra cosa que un enmascaramiento o falsa conciencia de las dinámicas y relaciones sociales primarias de las cuales emanan. La argumentación se funda en la perspectiva no-esencialista y constructivista para la cual la etnicidad o etnia en singular no existen. Lo que han existido son etnicidades en plural, con puntos de emergencia, sentidos, dispersiones y trayectorias específicas, siendo las etnias un efecto de superficie de las mismas.

La segunda y tercera parte del texto analizan los roces y conflictos entre esta posición constructivista y las actuales exigencias políticas de los movimientos afrocolombianos respecto al conocimiento experto y sus agentes, los intelectuales, las Ong y los técnicos del Estado. Por ejemplo, a los ojos de muchos activistas afrocolombianos, la investigación académica es una modalidad de saqueo y explotación, basada en relaciones verticales y de dominación, de suerte que las poblaciones locales y sus organizaciones no encuentran un beneficio concreto. Para ellos, el enfoque constructivista no es compatible con el proyecto político

de las organizaciones que representan. Pero para Restrepo, el conocimiento experto, así sea instrumentalizado al servicio del movimiento social de los grupos subalternos, en cuanto discurso de contra poder favorable a sus intereses, nunca pierde, sin embargo, su condición de ejercicio de poder, denominado por el autor “violencia epistémica”. Además, no existe una automática y directa apropiación o rechazo por parte de los grupos dominantes o subalternos de los conocimientos expertos que favorezcan las condiciones de reproducción de la dominación o, al contrario, la subversión de ella.

Si bien, en la argumentación de Restrepo hay aportes interesantes para el análisis de la producción de identidades étnicas, queremos advertir, como editores del libro, que este enfoque corre el riesgo, a nuestro juicio, de caer en un relativismo ambiguo, característico de las posturas postmodernas en las ciencias sociales. En primer lugar, no estamos de acuerdo con él en confundir el conocimiento científico y otros tipos de “conocimiento experto” en una suerte de “caja negra”, peligrosamente indiferenciada, en donde se mezclan elaboraciones ideológicas y conocimiento científico. De ser así, todo tipo de “narración” —como se dice en el argot postmoderno— tendría la misma validez de “verdad”, negando el carácter particular de la producción científica. Aunque, al igual que las ideologías, las ciencias sociales están sujetas a las condiciones sociales de producción y construcción de sus objetos y teorías, esto no impide que el conocimiento científico use un método reflexivo y crítico que le permite explicitar estas mismas condiciones sociales (Bourdieu, 1997), lo que precisamente lo distancia de los discursos ideológicos. Tampoco estamos de acuerdo con la idea de disolución de los procesos “materiales” en las construcciones discursivas, a pesar de los efectos prácticos de éstas. Para nosotros es necesario diferenciar las estructuras “objetivas” de una sociedad y, en el caso que nos ocupa, las que caracterizan la población afrocolombiana, de las elaboraciones “narrativas” en los discursos identitarios que determinados sectores de ella producen. Esta distinción es parte fundamental de un materialismo científico que, como se ha dicho antes, reivindicamos para analizar las causalidades de los fenómenos sociales vía su medición e interpretación rigurosa.

En esta misma dirección, polemizamos con la manera como Restrepo critica el “esencialismo estratégico”. Para el autor, todo enfoque instrumental de la identidad caería en otro tipo de esencialidad del sujeto social y tendría una valoración cínica de la relación social. Si bien reconocemos que no todas las relaciones sociales se basan en juegos de intereses, no puede desconocerse que un conjunto importante de ellas sí remiten a prácticas estratégicas no conscientes de los agentes, afectando toda la vida social. Por lo tanto, no es necesario imputar una intencionalidad (ni cínica ni encubierta) a los comportamientos de los agentes para analizarlos. Desconocer una instrumentalidad estratégica, en cambio, sig-

nifica abandonar el análisis de las relaciones entre clases sociales y, en general, de todo tipo de relaciones de poder y dominación, entre las cuales se ubican precisamente las relaciones “étnico-raciales”. Un asunto es que los intereses “objetivos” individuales y colectivos tengan manifestaciones complejas, pero de ahí a asumir que todo análisis de estrategias supone sujetos “esenciales” y agentes colectivos homogéneos, hay un paso que nos parece inadecuado.

El capítulo 6, *Identidad y ciudadanía afrocolombiana en el Pacífico y Cali*, por Olivier Barbary (Coord.), Héctor Fabio Ramírez y Fernando Urrea, pone en evidencia la importancia de la migración y la urbanización de la población afrocolombiana en las dinámicas de construcción de nuevas “identidades étnicas” y de reivindicación ciudadana, y en su diferenciación según los contextos locales y regionales.

Aprovechando dos tipos de fuentes estadísticas —el censo de 1993, para la región del Pacífico, y la encuesta especializada Cidse-Ird de 1998 en Cali, que se someten a regresiones logísticas—, así como datos cualitativos socioantropológicos, los autores realizan una interpretación de las determinaciones que induce el contexto territorial, económico y social sobre los niveles y modalidades de la auto afirmación de una “identidad afrocolombiana” en las poblaciones de Cali y la región Pacífica. La conclusión principal es que las formas de afirmación de identidad son radicalmente diferentes para la población de la región Pacífica y la población de Cali. Se trata, en el primer caso, de una reivindicación étnico territorial (ampliamente analizada en otros capítulos del libro), mientras en el segundo, lo que está en juego es el acceso, en igualdad de oportunidades, a los mercados residenciales y laborales, y la denuncia de la discriminación socio-racial. A la luz de estos resultados, el problema de la adecuación del marco jurídico de la Ley 70 con las necesidades y aspiraciones a la integración ciudadana de la población afrocolombiana, se coloca en nuevos términos, particularmente en la sociedad urbana.

Los hallazgos cuantitativos y cualitativos sobre la percepción de la discriminación racial en Cali, permiten afirmar que ella es generalizada en diferentes espacios urbanos: mercado de trabajo, transporte público, arbitrario y maltrato policial, desiguales oportunidades escolares y en el acceso a servicios de salud, recreación, etc. Sin embargo, los autores muestran que hay marcadas diferencias en esas percepciones de acuerdo a una serie de características de la población negra; en ese sentido resaltan la heterogeneidad sociodemográfica y socioeconómica de la misma. Por ello, factores tales como el origen geográfico de los inmigrantes a Cali, el nivel de escolaridad y la posición socio-ocupacional, así como la edad y el género, son determinantes en la percepción de la discriminación racial y las modalidades de ella. En síntesis, se trata de una com-

binación de factores de clase social con origen socio geográfico, grupos étnicos y género. Este texto, concurrente y complementario a la vez del enfoque de Restrepo en el capítulo 5, describe las interacciones entre condiciones “materiales” y producción de identidades urbanas y rurales diferenciadas, además del papel que hayan podido tener la nueva constitución y la Ley 70 en las dinámicas político-culturales del Pacífico. De esta forma se hacen visibles las determinaciones sociales de las identidades étnicas.

El capítulo 7, *Guapi: sociedad local, influencias globales*, por Carlos Efrén Agudelo, hace el recorrido del proceso histórico de construcción de la sociedad local en Guapi, mediante la incidencia de factores como la presencia de la Iglesia, el impacto de la educación y finalmente el surgimiento de un movimiento social y político étnico. Pero el ejemplo del municipio de Guapi permite trabajar más ampliamente algunos aspectos de las dinámicas sociales, políticas y culturales del Pacífico.

La riqueza del artículo consiste en una descripción novedosa de los procesos de construcción e interacción de las sociedades del Pacífico, en los que se cruzan de forma intermitente lógicas locales, regionales y globales. Aunque el Pacífico se haya desarrollado históricamente como región periférica en la sociedad colombiana, su aislamiento y marginalidad contrasta con la presencia recurrente de procesos económicos, políticos, sociales y culturales nacionales e incluso transnacionales. A través del análisis de la presencia de la Iglesia, del papel del sistema educativo y los fenómenos políticos, en medio de los impactos de la inversión extranjera y nacional en minería, agricultura y pesca, de la urbanización y expansión de consumos culturales desde mediados del siglo XX, el autor obtiene varias claves importantes para identificar algunos agentes de los procesos de modernidad en el Pacífico y entender sus estrategias y comportamientos.

En el caso de la acción de la Iglesia el autor describe su papel como impulsora y ejecutora de políticas de desarrollo y educación en el siglo pasado, y finalmente, hasta hoy en día, dinamizadora de procesos organizativos y políticos alternativos en la región. De otro lado, la educación se constituye, a pesar de las carencias que ha padecido el Pacífico en este aspecto, en el factor más importante de integración, reconocimiento y movilidad social para las poblaciones negras, resultado que va en la misma dirección que los hallados en los capítulos 1, 2 y 3, pero aquí visto desde el punto de vista de los actores regionales y sus prácticas locales. Agudelo muestra muy bien el papel protagónico contemporáneo del movimiento social y político afrocolombiano en Guapi y el Pacífico. La dinámica de construcción de este actor en el plano local de Guapi también revela la incidencia de problemáticas y fenómenos inducidos desde espacios regionales y nacionales. El autor hace aquí un cuidadoso análisis de la presencia de los nue-

vos movimientos étnicos en Guapi, diferenciándola de otros casos en la gran región Pacífica. Esto es importante para entender las particularidades y las desigualdades de un proceso que a simple vista pudiera pensarse como homogéneo.

Según el autor, la competencia por recursos y espacios de representación ha generado fragmentaciones que debilitan las expresiones del movimiento étnico negro en su correlación de fuerzas con el Estado y con los actores políticos tradicionales que manejan el poder institucional. Este análisis revela la complejidad de los movimientos étnicos y lo indispensable que es, para su comprensión, observar las estrategias de los actores envueltos en ellos. Sin caer en una interpretación simplista o cínica, logra demostrar la instrumentalización de los recursos económicos y del capital simbólico en los juegos de poder alrededor de la representación. Pero lo más importante es que se logra un panorama claro de los actores políticos locales-regionales de tipo étnico y cómo ellos han añadido un nuevo elemento a la dinámica política local de Guapi y la región Pacífica, insertándose ahora en un complejo proceso de transformación. Ciertamente el devenir social y político del Pacífico va a depender de su futura incidencia.

Ambientalismo y surgimiento de nuevos actores étnicos en el Pacífico sur (capítulo 8), por Nelly Rivas, es un texto que gira en torno a una región, el Pacífico sur, una ley étnica que contempla la titulación colectiva de tierras (Ley 70), una ley ambiental —la de los parques naturales nacionales y sus sucesivas reformas—, y una comunidad rural ubicada en la zona norte del municipio de Mosquera (Pacífico nariñense), compuesta por 23 veredas en donde ha comenzado a operar, en conformidad con la Ley 70, un consejo comunitario. La autora describe cómo los nuevos discursos ambientales globales, en el presente dominantes en el Pacífico colombiano, implican resignificaciones en el orden de lo local. De esta forma, lo que en un principio era una limitación (las antiguas leyes ambientales que defendían grandes reservas naturales), se convierte ahora en una posibilidad de recuperación y legalización del territorio, pero también de reconocimiento político para comunidades campesinas que antes eran olvidadas y sin derechos territoriales. En este cambio han jugado un papel clave los líderes locales, que hoy en día integran el discurso ambiental en sus luchas políticas, identitarias y territoriales.

Rivas sostiene que para el caso del consejo comunitario Odemap de Mosquera norte, a diferencia de otros consejos comunitarios en donde la cuestión ambiental era solamente un medio (ella da el contra ejemplo del consejo comunitario Acapa), la cuestión ambiental es el principio, el medio y el fin. El discurso combina en efecto la reivindicación del territorio, su apropiación y titulación, con la importancia de “rescatar” prácticas culturales supuestamente tradicionales. Según la autora, la idea de conservación ambiental y la de legalización del territo-

rio se entremezclan tanto que parecen confundirse. Así, las obligaciones legales de conservación ambiental van juntas con los imperativos locales de recuperación territorial, para armar, en el discurso de los líderes comunitarios, un dispositivo de defensa de los intereses comunitarios con el fin de conservar el medio ambiente y el territorio para el futuro de sus hijos y demás generaciones. El nexo fuerte entre conservación del medio ambiente y sobrevivencia campesina refleja la nueva conciencia “ecológica”: los recursos se hacen más escasos generación tras generación y, por lo tanto, es importante cuidarlos. Esta nueva conciencia se relaciona directamente con los discursos mundiales sobre el medio ambiente y el desarrollo sostenible, e implica una apropiación discursiva de la naturaleza por parte de los actores locales, que tienen como objetivo final el manejo autónomo del territorio y sus recursos naturales.

La autora observa que van desapareciendo formas “tradicionales” de apropiarse la naturaleza, que en su momento permitieron una persistencia del recurso, pero cuya legitimidad técnica y ecológica ya no son suficientes en el marco del “conservacionismo” que rige el sistema de parques naturales nacionales, uno de los cuales es Sanquianga. Las nuevas prácticas de conservación de los recursos naturales en el largo plazo, requieren de una tecnificación y aprendizaje de su “buen uso”. Mientras los discursos se van “naturalizando”, los campesinos y otros actores se van tecnificando con base en los nuevos conceptos de desarrollo sostenible, biodiversidad, prácticas tradicionales de producción, etc., produciéndose una suerte de “campesinización” del discurso técnico. Sin embargo, Rivas señala que las decisiones políticas en torno a esta “tradicionalización” del manejo de los recursos, siguen siendo prerrogativas de los biólogos e ingenieros forestales. Así, la negociación ideológica y técnica se inscribe en relaciones de poder que terminan legitimando el saber de afuera. Finalmente, el ejemplo del consejo comunitario de la Odemap muestra cómo la articulación de la problemática ambiental a las luchas por mayor autonomía y participación política en el Pacífico sur es parte de un proceso más amplio que se viene dando en diversos movimientos étnicos y campesinos de toda América Latina.

El capítulo 9, *Políticas y movimiento social negro agrario en el Norte del Cauca*, por Teodora Hurtado y Fernando Urrea, es un estudio empírico que analiza el proceso de movilización étnico-territorial entre los asalariados y campesinos negros de la región de Guachené, en zona rural del norte del Cauca, en alianza con campesinos indígenas Páez, quienes conjuntamente invadieron la hacienda de propiedad privada “El Pílamó”. El episodio se desarrolla entre mediados de los años 80, cuando se encontraban en pleno apogeo los movimientos cívicos y las luchas campesinas lideradas por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc). La hacienda de 3.000 hectáreas se encuentra en tierras agrícolas de la mejor calidad en el sur del valle geográfico del río Cauca y, en el

momento de ser invadida, estaba dedicada a la ganadería extensiva. Para entonces los movimientos sociales rurales en la región eran luchas campesinas sin particularidades étnicas: tanto los indígenas Páez como la gente negra actuaban como campesinos sin tierra, sin diferenciarse aparentemente entre ellos.

Más adelante, la estrategia de las organizaciones negras que ya existían en la región durante los años ochenta fue combinar la reivindicación agraria con la étnica. Con el Artículo Transitorio 55 de la Constitución de 1991 y luego con la Ley 70 de negritudes, en donde se configura el concepto de “comunidades negras”, las organizaciones lanzan como reivindicación que se les reconozca esta forma étnica. La respuesta del Estado a través del Incora ha sido rechazar que la hacienda forme parte de los territorios de comunidades negras, bajo el amparo de la Ley 70, y por lo mismo no se acepta al consejo comunitario como mediador. El norte del Cauca es un territorio por fuera de la jurisdicción de dicha Ley y aceptar las demandas podría significar una bola de nieve que se extendería en toda la región, incluyendo el sur del Valle, en donde se encuentran algunas de las mejores tierras del país con cultivos industriales de caña de azúcar, afectando los intereses del gran capital.

El movimiento “proceso de recuperación de territorios” en el norte del Cauca, se desarrolla hoy en día a nombre de la Organización Comunitaria de Sociedades Negras de El Pílamó (también denominada “Palenque El Pílamó”). Como muestran los autores, los pobladores negros de la hacienda son diferentes, en términos socioeconómicos, a los campesinos indígenas Páez y a los campesinos negros en las zonas rurales de la costa Pacífica. Se trata de familias que residen en el casco urbano, que aún poseen pequeños predios rurales productivos en los municipios de Caloto, Puerto Tejada y Villarrica, aunque los ingresos que de ellos perciben sean en general menores a los que obtienen en sus actividades urbanas. Son así familias que adicionalmente a su doble residencia, a diferencia de las poblaciones rurales de la costa Pacífica, sostienen una relación de circulación constante entre el campo, el poblado y centro urbano. Vale la pena aclarar que esta región en su conjunto ya forma parte del área metropolitana de Cali, y que sus habitantes se desplazan cotidianamente en el interior del área metropolitana para realizar actividades laborales, educativas, comerciales, culturales, políticas y sociales.

Hurtado y Urrea advierten que la dirigencia afrocolombiana que lidera el experimento de El Pílamó tiene una percepción crítica de la industrialización en la región, por cuanto se estarían desestabilizando aún más las familias campesinas negras, y se agudizarían los efectos perversos de la agroindustria azucarera, la cual en los últimos 50 años generó una proletarización en la zona plana de esa región. Por consiguiente, perciben con preocupación la expansión de los nuevos

empleos urbanos y, detrás de ellos, los cambios en los consumos culturales de la población, que se hacen más y más urbanos. En este sentido, el movimiento social negro alrededor de El Pílamó aparece como una especie de símbolo de resistencia étnico-territorial frente al desarrollo capitalista en la región.

El capítulo 10, *Política, cultura y autopercepción: las identidades en cuestión*, por Michel Agier y Pedro Quintín, es un artículo que, apoyándose en ejemplos concretos, ofrece un análisis del contexto de valoración sociopolítica de las identidades étnicas y territoriales y de las nuevas producciones culturales en el cual operan las dinámicas de estructuración de las identidades sociales, culturales y políticas de las poblaciones negras y mulatas en Colombia. Los autores muestran cómo el campo cultural hace referencia directa a la dimensión política identitaria, además de configurar una práctica de vida con implicaciones económicas para sus participantes más activos. Ellos indagan, así, en qué forma se ha construido la alteridad en los juegos de identidades de los afrocolombianos en los últimos años, aludiendo, a lo largo del artículo a múltiples problemas y resultados, pero en una perspectiva diferente a la de Restrepo (capítulo 5), aunque parten también de una distancia crítica frente a las posturas esencialistas en las ciencias sociales.

Si bien los dos autores recogen elementos del análisis construccionista, no comparten el absoluto relativismo postmoderno, ya que se enmarcan en una perspectiva más cercana a un determinismo social de tipo situacionista que reconoce la posibilidad de un pensamiento científico “objetivo”. Como ellos lo advierten, la idea de una cultura de los lugares (en el sentido de una serie de situaciones presentadas y observables en un marco concreto) permite a los investigadores des-substancializar la relación entre identidad y cultura. Entonces, la relación entre identidad y cultura no es dada o definitiva, sino, al contrario, problemática. Además, un territorio es siempre fabricado, de ahí que es necesario des-esencializar las relaciones entre un grupo social y el espacio en el que reside. En síntesis, este artículo ofrece una perspectiva analítica para el estudio de las poblaciones afrocolombianas compartida en el equipo del proyecto: ella es a la vez diferente a la culturalista, que supone que un principio esencial de identidad étnica se duplica en la cultura y la política, y al relativismo radical que considera solamente múltiples narraciones “subjetivas”.

Agier y Quintín apoyan su análisis de los procesos políticos identitarios sobre varios resultados del equipo del proyecto que provienen del trabajo de campo en el municipio de Tumaco, en la ciudad de Cali y en el norte del Cauca, pero sus interpretaciones trascienden estos contextos y el país y procuran pensar comparativamente respecto a otros contextos nacionales. El artículo termina con una reflexión sobre las fronteras entre la práctica del investigador y la de los actores

de los movimientos sociales étnicos. Hay que reconocer la existencia de tensiones, las cuales son parte de la dinámica social y de la producción de conocimientos. Pero, por otro lado, la delimitación de los espacios no significa que no sea posible una comunicación y cooperación útiles para los dos actores. La experiencia del proyecto Cidse-Ird lo demostró.

4. Un acercamiento estadístico a la “visibilidad” de la población afrocolombiana¹⁰

Hasta el principio de la década de los noventa, el debate académico y político sobre el tema “étnico-racial” tenía lugar en medio de una “invisibilidad histórica” de la población negra en Colombia que contrasta con su focalización en las poblaciones indígenas. A pesar de las denuncias y esfuerzos de los pioneros de los estudios afrocolombianos, como de N. de Friedemann y J. Arocha, dicha invisibilidad se extendía desde la esfera jurídica y política hacia la producción estadística nacional y local, y por consiguiente, con pocas excepciones, a la investigación demográfica y sociológica. Indiscutiblemente, este contexto se ha modificado radicalmente en los diez últimos años, tanto a escala nacional, con la inclusión de preguntas de auto-identificación étnica en el censo de 1993 y por el color de piel en la encuesta nacional de hogares de 2000, como a escala local con programas de investigación y encuestas específicas, de corte demográfico o socio-antropológico, especialmente en grandes ciudades (Cali, Bogotá, etc.). El fin de esta invisibilidad, más allá de su primer resultado —la estimación confiable de los pesos demográficos nacionales y locales de la población negra y mulata (entre un 20 y 22% de la población total del país como se verá en el primer capítulo)—, tiene impactos profundos sobre la estructuración teórica y metodológica del campo de los “estudios afrocolombianos” y, más generalmente, de las ciencias sociales en Colombia. Como vamos a ver, este nuevo contexto lleva a repensar toda la producción científica y estadística sobre la cuestión “étnico-racial” en Colombia.

El problema de la visibilidad estadística de la población afrocolombiana no es un asunto fácil y mucho menos “neutral”. Como cualquier categoría de uso estadístico, y quizás todavía más en este caso, calificar y clasificar una población con base en sus características étnicas o raciales tiene fuertes implicaciones históricas, socioantropológicas y políticas. Respecto a este problema, nos ubicamos en una perspectiva sociológica relativamente novedosa en el país, orientada a estu-

10. Esta cuarta sección incorpora múltiples elementos de los artículos de Urrea, Ramírez y Viáfara (2002: 155-203), Barbary (2001a: 89-102 y 108-118) y Barbary (2001b: 773-778 y 783-788).

diar los procesos de desigualdad social relacionados con la dimensión racial, a partir de informaciones estadísticas basadas en una clasificación de la población bajo criterios fenotípicos. Explicitar y justificar lo anterior implica partir de algunas consideraciones históricas y sociológicas, y sus implicaciones metodológicas, para señalar las diferencias entre nuestra aproximación estadística y los enfoques “culturalistas” que han predominado en el país.

- *El poblamiento negro y las categorías étnico raciales en Colombia*

La presencia de la población negra-mulata en el contexto nacional, que hoy en día se denomina afrocolombiana, se remonta al siglo XVI, período en el que se empiezan a establecer los primeros enclaves coloniales regionales del imperio Español (Díaz, 1993). La participación de hombres y mujeres negros(as) en el poblamiento del país, desde este primer momento hasta comienzos del XIX, estuvo marcada por su transplante, en condición de mano de obra esclava, procedentes de diversas regiones del continente africano, y fue distribuida de acuerdo a su importancia económica para el sistema colonial: en especial como fuerza de trabajo en la minería, la hacienda y la servidumbre. Durante la esclavitud se extendieron uniones entre individuos provenientes de diversas sociedades del continente africano, al tiempo que en la sociedad colonial se fue construyendo, bajo diferentes modalidades de relaciones sociales, una estructura interracial jerarquizada según los colores de piel. En este contexto se produce el mestizaje entre personas negras, blancas e indígenas, el cual se prolonga con importantes variaciones regionales hasta hoy en día. Este largo proceso socio-histórico se ha dado en contextos regionales diferenciados. Mientras en la región Pacífica colombiana y ecuatoriana y en algunas áreas de la Costa Caribe (zonas aledañas de Cartagena) el mestizaje fue reducido, por lo menos hasta una época reciente, en otras regiones de Colombia este proceso se ha venido produciendo desde los mismos siglos XVII y XVIII. De todos modos en el Pacífico colombo-ecuatoriano y en las áreas más “negras” de la Costa Caribe se han dado procesos de mestizaje importantes, sobre todo en los contextos urbanos. En Colombia, la población mestizada negra tiene la designación étnica de “mulata”, con toda la ambigüedad que esto adquiere, dadas la complejidad y las múltiples variaciones locales en la diferenciación fenotípica¹¹. El fenómeno del mestizaje ha estado acompañado de complejas relaciones interétnicas entre los diferentes grupos

11. En Colombia el término “mestizo” hace referencia a la mezcla del “blanco” con el “indígena”; por ello diferenciamos el “mulato” del “mestizo”. El primero es el resultado de la mezcla negro-blanco, negro-mestizo, negro-indígena. No sobra advertir que estas son clasificaciones arbitrarias que conocen importantes variaciones regionales. No hay una frontera clara entre “mulato” y “mestizo” en ninguna situación empírica, ni siquiera bajo consideraciones exclusivamente étnicas.

amerindios, la población negra y los grupos mestizos y blancos, que han conllevado, durante diferentes períodos históricos, posiciones ambivalentes entre el rechazo y la aceptación, y han pasado por cambios políticos e institucionales de la sociedad colombiana desde la Colonia hasta nuestros días.

En este libro se utiliza la denominación de poblaciones *afrocolombianas* en forma equivalente a la de poblaciones *negras-mulatas*, como términos descriptivos, independientemente de un determinado nivel de identidad colectiva o individual que ellas hayan adquirido. En ambos casos estamos aludiendo, en la sociedad colombiana contemporánea, a las poblaciones que de algún modo son descendientes, a través de múltiples generaciones y dinámicas de mestizaje, de los antiguos esclavos africanos, muchos de ellos inicialmente libertos por sí mismos (compra de su libertad o manumisión), mediante cimarronaje o concesión de la libertad por participar en los ejércitos libertadores, y luego en 1851 por la abolición de la esclavitud¹². Hacia finales del siglo XIX, esta población se había transformado, en su gran mayoría, en un campesinado y un artesanado negro-mulato urbano (Aprile-Gnisset, 1994). Posteriormente, con las profundas transformaciones demográficas y socioeconómicas de la sociedad colombiana durante el siglo XX, la gente negra ha conformado un importante grupo poblacional de nuestra sociedad, que comprende hoy en día desde zonas rurales en donde históricamente había alcanzado la mayor concentración, hasta asentamientos urbanos en las grandes ciudades del país al igual que en ciudades intermedias. Se trata de una población, como a continuación podremos demostrar, que presenta patrones de comportamientos demográficos, urbanización e integración a la estructura de clases colombiana similares a los del conjunto de la población; aunque su inserción social está afectada por mecanismos de diferenciación y discriminación colectiva, vía la segregación residencial urbana, el origen migratorio y el color de piel, proceso que de alguna manera, como también lo veremos, forman parte del orden social.

Por ello, no obstante su carácter completamente arbitrario, el “tipo racial” nos interesa porque actúa como dispositivo socio-histórico de exclusión social, la cual es más intensa cuando la clasificación émica designa con el término de “negro-a” a un grupo poblacional entero. Este tipo de exclusión opera bajo un dispositivo de racismo particular en la conformación de la sociedad colombiana que incluye el mestizaje como ideal para favorecer el “blanqueamiento” de la población y la supuesta igualdad de derechos y deberes entre todos los ciudadanos sin distinciones de raza (Wade, 1993, 1997). Así, los términos émicos “negro” y “mulato” han estado asociados a la representación que se tiene de unas ca-

12. En este sentido, también para nosotros son equivalentes los términos afrodescendiente y afrocolombiano, sin que signifiquen como tal una entidad “étnica” fija.

racterísticas raciales particulares que conllevan una alteridad social en contradicción con la figura “mestiza” idealizada. Tal representación constituye el soporte, la mayoría de las veces, de los comportamientos racistas¹³. En este sentido, nos interesa desarrollar en este libro una aproximación descriptiva y socio-histórica de la categoría *afrocolombiano* y de su contenido racial. Si bien, en una perspectiva de larga duración, la gente negra es afrodescendiente (en la medida en que las primeras poblaciones negras llegaron del África), no es válido desde una mirada reflexiva de las ciencias sociales convertir este fenómeno histórico en un modelo étnico fijo, por fuera de los procesos sociohistóricos, y por lo mismo de corte culturalista o esencialista. Hoy en día, como lo mostraremos a continuación, una tal perspectiva étnica culturalista se vuelve muy problemática desde un doble punto de vista: primero porque la historia, la sociología y la antropología contemporáneas la descalifican científicamente; segundo porque, a pesar de los discursos que la animan para llevar a cabo una “política correcta”, ella acarrea paradójicamente un efecto contrario a la visibilidad de la población negra en el campo de la producción estadística y científica, con repercusiones “no deseadas” que dificultan las políticas de integración económica y social de las poblaciones afrocolombianas.

Por estas razones históricas y sociológicas consideramos que, sobre todo para efectos estadísticos, la forma más adecuada de enfrentar el fenómeno de la alteridad que discrimina, en los procesos de la vida cotidiana, a una población según el color de piel, pasa por utilizar las clasificaciones “raciales” étnicas más frecuentes. De este modo es factible evaluar los impactos de ese mecanismo discriminatorio en diferentes dimensiones de la vida de los individuos y hogares.

- ***El debate sobre las categorías étnicas y raciales***

El concepto de “etnia” ha evolucionado considerablemente a partir de sus orígenes en las campañas coloniales, cuando constituía un instrumento de clasificación de las poblaciones consideradas “salvajes”, “exóticas” o “tradicionales”. En los años 60 los trabajos de Fredrik Barth (1969), dieron un vuelco completo al cuadro analítico culturalista dominante hasta entonces. Para Barth, un grupo étnico es un tipo de grupo social definido no a través de una serie de características objetivas o “naturales”, sino en función de fronteras fluidas y cambiantes, de tipo lingüístico, social, territorial y, en algunos casos, religioso y político, que en determinados períodos históricos pueden asociarse a distinciones arbitrarias fenotípicas. Cuando se solapan las “marcas” culturales con variaciones fenotípicas o raciales en determinados grupos poblacionales, entonces las diferencias cons-

13. Esto es desarrollado en extenso por Barbary, Ramírez y Urrea, en el capítulo 6 de este libro.

truidas aparecen de manera más visible. Las “marcas” o fronteras no derivan “naturalmente” de las diferencias fenotípicas o raciales, sino que han sido históricamente generadas por los mismos actores colectivos, como dominantes y dominados, envueltos unos con otros en procesos de interacción de múltiples formas. De esta manera, la supuesta asociación “natural” entre un determinado grupo de población y una denominación “étnica” se relativiza y la etnicidad se observa como un proceso social relacional y dinámico, o sea, histórico.

En Colombia, la tradición antropológica mayoritaria ha asociado el término grupo étnico a las poblaciones nativas amerindias, denominadas también poblaciones autóctonas o indígenas, refiriéndose a los diversos pueblos que habitaban en el territorio antes de la llegada de los españoles, y a partir de allí a sus descendientes hasta la actualidad, en cuanto éstos presentan unas características culturales reconocidas que los diferencian de la sociedad nacional en su conjunto. Tales características establecerían así un nexo de continuidad entre estas poblaciones contemporáneas y las existentes antes de la llegada de los españoles, a pesar de las fuertes transformaciones demográficas, culturales y sociales que hayan vivido a lo largo de la historia del país.

A lo largo de los amplios debates que antecedieron a la Constitución de 1991, y en el texto de la misma, algunas poblaciones negras y mulatas colombianas fueron caracterizadas como grupo étnico de modo equivalente al de los indígenas, es decir con base en dos criterios: la ancestralidad en la ocupación de determinados territorios y la presencia de rasgos específicos en su organización socioeconómica y cultural (ver también recuadro 1 del capítulo 6)¹⁴. Hay que añadir que esta reciente construcción étnica de las “comunidades negras”, busca además resolver el viejo problema de la categoría “raza”, claramente cuestionada por el conocimiento científico desde los años 50; así supuestamente, al descartarse el factor fenotípico como el clasificador, se superaría la naturalización “biologista” del color de la piel y otras características fenotípicas por unos atributos culturales esenciales.

Sin embargo, la categoría “raza” continúa estando presente en otros contextos nacionales, como es el caso en las ciencias sociales anglosajona y brasilera. Ambas tradiciones de los estudios raciales son bien conocidas y difícilmente hoy en día podrían ser acusadas de reificación de las “razas” en términos biológicos¹⁵. El

14. Recientemente sucedió lo mismo con el reconocimiento en el país del pueblo “Rom” o “Gitano”.

15. Por el contrario, en la tradición francesa de las ciencias sociales la categoría “raza” es muy polémica y poco utilizada, pero también acontece lo mismo con la de grupo étnico o “etnia”, basada en atributos culturales. En ambos casos, se presenta en Francia un importante rechazo por los análisis multiculturalistas o de relaciones interraciales y sus consecuencias políticas, las cuales pondrían en entredicho un modelo universalista de integración social y política (Simon y Stavo-Debaugé, 2002).

énfasis en esta línea de estudios es el marcador del color de piel como componente de las desigualdades sociales producidas históricamente, sin que se pueda sustituir por el de grupo étnico, ya que las variaciones culturales no logran hacer desaparecer los factores de distinción social (conscientes o inconscientes) existentes en la vida cotidiana bajo expresiones émicas y asociados a los atributos fenotípicos en las diferentes sociedades. Esto último es particularmente cierto en Brasil y los otros países de América Latina en los que el racismo, sobre todo después de la abolición de la esclavitud, a diferencia de Estados Unidos, no conservó un carácter político institucional. En ese sentido, todos los ciudadanos son iguales ante la Ley, sin distinción de colores de piel, como se esboza en las legislaciones postesclavistas latinoamericanas, en oposición al caso norteamericano y al de otras sociedades (p.ej. Suráfrica), ya que el contexto socio histórico pasado y presente de discriminación racial ha sido diferente respecto del modelo anglosajón.

Si la categoría “raza” es una construcción social, entonces no son las diferencias físicas “objetivas” las que la crean sino las que son producidas por el imaginario colectivo. Este último concepto, caro a la obra de Halbwachs (1950), es el que convierte las clasificaciones émicas raciales en fenómenos socialmente significativos y operantes, con una capacidad de incidir en múltiples procesos de la vida social (Schnapper, 1998). Por esta razón, la raza interesa a las ciencias sociales y requiere de un análisis específico, en cuanto ella interviene subjetiva y objetivamente en la producción de estatus y distinciones entre los individuos y los grupos humanos y, de ese modo, genera prácticas sociales específicas¹⁶. En efecto, sus impactos sociológicos no se confunden con los que genera, por ejemplo, la clase social, si bien, como muestran la mayor parte de los estudios ambas categorías están imbricadas en buena parte de los casos. Lo mismo sucede con los llamados grupos étnicos: la etnicidad, generadora también de estatus, no puede verse separada del componente de la clase social¹⁷ y tampoco se confunde con ella.

Por otro lado, existe un paralelo interesante entre raza y género/sexo. La categoría “raza”, al igual que las categorías de género/sexo (en la tradición anglosajona o la tradición francesa de representaciones sociales de los sexos), está en el corazón de la reflexión sobre las relaciones entre lo social y lo biológico

16. Al respecto, véase en Weber, en su análisis sobre las comunidades étnicas, las temáticas de la “raza”, el nacimiento de los caracteres raciales y su relación con la comunidad política (1964: 315-327).

17. Por supuesto, también entran en juego otras dimensiones sociológicas que afectan tanto lo racial como lo étnico, además de la clase, en la medida en que las relaciones entre hombres y mujeres (relaciones de género), las generaciones y grupos etéreos y las orientaciones sexuales inciden a la vez en los grupos étnicos, raciales y en las mismas clases sociales.

(Guillaumin, 1992; Bonniol, 1992). En ambos casos se trata de nociones que remiten a los mecanismos inconscientes de naturalización de lo biológico a partir de clasificaciones estereotipadas, ya sea meditante las diferencias sexuales o las fenotípicas, produciendo relaciones de dominación entre hombres y mujeres.

El sustituir la noción de raza por la de etnia, afirmando los factores o atributos culturales en lugar de los fenotípicos, no resuelve el problema en el caso colombiano y latinoamericano porque existe un solapamiento ineludible de lo cultural con lo racial, además del riesgo que comporta la naturalización o esencialización de las diferencias culturales (ver al respecto, el capítulo 5). Esto puede conducir a ciertas formas de “racismo cultural” subrepticamente escondidas en algunos de los discursos multiculturalistas radicales¹⁸. Por lo tanto, es más saludable mantener una perspectiva reflexiva que, primero, no confunda las dimensiones racial y étnica, ni pretenda eliminar una en provecho de la otra; segundo, que desnaturaliza y des-esencializa tanto los grupos étnicos como las clasificaciones raciales, abordando la producción de las diferencias “étnico-raciales” como procesos históricos, con fronteras fluidas y móviles que tienden a interpenetrarse, ya que no existen grupos socioculturales “puros” ni poblaciones fenotípica o biológicamente “puras”. Todo lo contrario, son múltiples culturas en complejos procesos sociales de fusión e integración recíproca y una variación continua de colores de piel a partir de aportes biológicos diversos, a medida que los seres humanos se relacionan unos con otros a lo largo de varias etapas de la humanidad. Nosotros consideramos entonces que las dos nociones, etnia y raza, aluden a dos dimensiones de la vida social altamente relacionadas pero no idénticas. La primera está más relacionada con la construcción de manifestaciones socioculturales que distinguen a una población respecto a otra; la segunda, con las clasificaciones fenotípicas arbitrarias que también establecen diferencias entre los individuos y grupos humanos. En este sentido, ambas nociones son objeto legítimos de análisis cuando se estudian las poblaciones indígenas y afrocolombianas, eso sí advirtiendo los riesgos de caer en un esencialismo cultural (al asumir la cultura como atributo natural y puro de una población determinada) o racial (como resultado de la reificación de las categorías étnicas).

18. Este fenómeno es frecuente en el campo político e ideológico de los movimientos sociales “étnico-raciales”, al hacer una inversión opuesta del estereotipo dominante racista, dándole un valor de afirmación positivo, a través de un mecanismo de naturalización, que excluye los fenotipos o las manifestaciones culturales que se apartan de un canon de pureza arbitrario (racial o cultural) del grupo subalterno. Curiosamente estas manifestaciones ideológicas radicales comparten elementos en común con aquéllas que asignan atributos culturales, como un fenómeno de naturaleza humana, a determinados grupos humanos, según características fenotípicas, de origen geográfico o creencia religiosa, los cuales serían incompatibles con los de los grupos poblacionales mayoritarios, tesis predominantes en los discursos de la extrema derecha europea. En ambos casos las “culturas” o las “razas” son manifestaciones irreductibles y por los mismo irreconciliables.

Lo anterior, nos conduce, además, a distinguir la discriminación *indirecta* de la *directa*, como dos expresiones del racismo¹⁹. La discriminación “étnico-racial” *indirecta*, en contraste con la *directa* (apoyándonos en Simon y Stavo-Debaugé, op.cit.), no tiene como soporte una intencionalidad individual o colectiva explícita (por ejemplo, jurídico-institucional), sino que su sostén son las “costumbres” y “tradiciones”, conceptualización de gran utilidad para analizar el fenómeno de los países latinoamericanos. En otras palabras, se trata de un imaginario colectivo que opera inconscientemente y afecta los distintos espacios de la vida cotidiana y pública, no obstante el enunciado del principio universal de igualdad de tratamiento y oportunidades, que ha sido consignado en la mayor parte de las constituciones republicanas de estos países a lo largo de los siglos XIX y XX. Nuestra hipótesis es que en países como Colombia y Brasil, a partir de la abolición de la esclavitud, este tipo de discriminación ha sido la predominante, sin excluir eventos de discriminación directa, pero siendo éstos más afines con los contextos norteamericano o del *apartheid* sudafricano. Así, el concepto de discriminación indirecta permite valorar mejor las desigualdades acumuladas a lo largo de la historia de las estructuras sociales colombianas. El aislamiento territorial de las poblaciones negras e indígenas, en el contexto de una geografía y jerarquías sociales racializadas (Wade, op. cit.), heredadas de los períodos esclavista colonial y republicano²⁰, ha sido el soporte de una discriminación indirecta, cobijada en la ideología del mestizaje. Por ello, el color de piel o una determinada orientación cultural o de origen territorial tienen, hasta hoy en día, debido a la acumulación histórica de carencias de capital patrimonial, cultural, escolar, social y simbólico, un efecto discriminatorio. Su análisis no requiere entonces del supuesto de una intencionalidad racista de los actores. Es el resultado de un proceso histórico mediante el cual, los que condensan las mayores carencias de recursos y capitales acumulados, como es la situación de los grupos étnico-raciales subordinados, enfrentan a la vez una mayor discriminación indirecta.

19. Por racismo entendemos el dispositivo colectivo de naturalización arbitraria de las diferencias físicas o culturales, mediante los procesos de percepción y representación social, que degradan o envilecen a un grupo humano respecto a otro con distintos grados de severidad (las diversas modalidades de exterminio, con base en criterios racistas, que conoce la humanidad son las más extremas). La estigmatización individual y colectiva “étnico-racial” es el corazón del racismo y sus prácticas discriminatorias. La mayor parte de las veces, el racismo combina, no necesariamente de forma consciente, la apariencia física con un origen étnico, este último a partir de atributos culturales, que se suponen diferentes a los del conjunto de la población en una sociedad. En este sentido, el racismo está asociado a la existencia de estereotipos de sentido común, que son también las raíces de la discriminación indirecta en la que hay ausencia de intencionalidad.

20. En Brasil serían las etapas esclavistas colonial y monárquica. Es durante el imperio de Pedro II que se da la abolición de la esclavitud (1888). El pronunciamiento de la república en 1890 tiene que ver, entre otros factores, con el levantamiento de las elites terratenientes contra el compromiso de la monarquía con las posturas abolicionistas.

• ***En busca de “estadísticas afrocolombianas”: de lo étnico a lo socio-racial***

Como lo hemos señalado anteriormente, al modelo multicultural de la Constitución colombiana de 1991, corresponde el término “comunidades negras” acuñado en la Ley 70. Se trata, exclusivamente en principio, de comunidades negras de las zonas rurales ribereñas de la cuenca del Pacífico, las cuales son caracterizadas como descendientes de los “pueblos de libres” y de negros cimarrones refugiados en la selva húmeda del Pacífico colombiano²¹. Sin embargo, como veremos ahora, el término étnico-territorial de comunidad negra será hecho extensivo a los demás territorios de la sociedad nacional para captar poblaciones urbanas y rurales que supuestamente se identificasen con una identidad ancestral.

En efecto, debido a este interés político reciente, ha aparecido muy rápidamente una nueva demanda de información estadística que tome en cuenta el componente “étnico” afrocolombiano; y así va a emerger dicho componente en los datos estadísticos en Colombia. Así, en el mismo año de la emisión de la Ley 70 el censo de 1993 lo introdujo en la pregunta de auto declaración étnica para toda la población, al lado de los grupos indígenas²². Con ello se buscaba resolver el problema de su invisibilidad estadística a partir de unas características territoriales y culturales que supuestamente configurarían una etnia. En este primer intento de acercamiento a la auto declaración de pertenencia étnica²³, como lo reconoce el propio Dane (2000: 19) : “*Hubo un sesgo hacia los indígenas, influido*

21. Aunque la región del litoral Pacífico colombiano ha sido históricamente una de las más aisladas geográficamente, manteniéndose una población negra menos mestizada que en otras regiones del país, no pueden desconocerse los procesos de mestizaje a lo largo de su historia, por ejemplo, entre poblaciones indígenas autóctonas y la gente negra esclava y “libre”, configurando el tradicional “zambaje” (mestizaje racial negro-indígena), generalizado en algunas zonas del Pacífico, o el que se dio con alguna población blanca y mestiza del interior del país en menor escala.

22 La pregunta fue la siguiente: “¿Pertenece...a alguna etnia, grupo indígena o comunidad negra? 1. Sí. ¿A cuál? 2. No”. Ver Formulario Censal 1 (Dane 1993: 58-61; 2000: 19).

23. El mismo censo de 1993 y algunos de los censos anteriores tenían un formulario particular únicamente para poblaciones indígenas en zonas rurales, organizadas en formas colectivas territoriales (resguardos), ya que lo étnico estaba asignado exclusivamente a lo indígena y lo rural. La tradición colonial, sobre todo en el siglo XVIII, clasificaba a la población con categorías raciales diversas, en las que la noción de “indio” constituía una de ellas. En la etapa colonial dichas categorías estaban combinadas con la condición de libertad (en el caso de antiguos esclavos que la habían obtenido, comprado o asumido en forma de cimarronaje), a través del término “libres”, amén de las expresiones émicas del mestizaje elaboradas en ese período. Curiosamente, algunas de estas categorías, sin ya la referencia al término de “libres”, se reproducen en el censo de 1918, durante la primera hegemonía del partido conservador en el siglo XX, 65 años después de la abolición de la esclavitud. Pero a partir de los años 20 desaparece definitivamente todo vestigio de referencias fenotípicas en los datos estadísticos nacionales y sólo después de los años 50 surge un paulatino esfuerzo por contar las poblaciones indígenas, ya asumidas como grupos étnicos gracias a la influencia de la naciente antropología nacional.

por los cambios constitucionales y sociopolíticos recientes, los cuales enfatizaban en la necesidad de su reconocimiento. Para aquellos que contestaron afirmativamente, pero no especificaron si pertenecían a un grupo indígena o negro, no se pudo establecer su diferencia. El modo como se formuló y codificó la pregunta no permitió diferenciar entre negros e indígenas. **Muchos negros no se consideran como grupo étnico...** (negrillas nuestras)". El resultado ya conocido es que la población censada como "negra" por el Dane fue de 502.343 personas, apenas un 1.52% del total (Dane, op. cit.: 14-15)²⁴. El mismo documento citado asume el fracaso de la pregunta étnica en el caso de las poblaciones afrocolombianas, al mismo tiempo que mantiene una ambigüedad casi sistemática entre caracterización étnica y fenotípica de dicha población. Advierte, por ejemplo, de una manera que nos parece ingenua: "*a pesar de que en municipios como Puerto Tejada (departamento del Cauca), donde podría considerarse que una gran proporción es negra, ningún habitante se autorreconoció como negro...* (negrillas nuestras)" (op. cit.: 20). No sobra añadir que la pregunta no indagaba precisamente la auto declaración del color de piel.

Pero es que, según la Dirección de Censos del Dane, la auto clasificación por color de piel o características fenotípicas, presupone una naturalización de la "raza" (Dane, op. cit.: 17). Sin embargo, el Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística (Ibge), ha conservado este uso en los censos de población y en las encuestas de hogares (en portugués: *preto, pardo, branco, amarelo, indio, outro*)²⁵. Las categorías "raciales" en las estadísticas del Brasil se remontan a 120 años, desde la época imperial, manteniéndose con variaciones a lo largo del siglo XX²⁶. A partir de 1980, su utilización ha cobrado una importancia creciente en la sociedad brasilera (Hasenbalg, 1996). De esta forma, por ejemplo, las diferentes organizaciones negras en ese país, centros de investigación académica en los campos de la demografía, sociología, antropología, economía, historia y geografía, amén de los organismos gubernamentales, y las mismas entidades

24. Como veremos en el capítulo 1, entre un 20 y 22% de la población del país hacia el 2001 (alrededor de 8.5 millones de personas), se estima que corresponde a población afrocolombiana, lo cual muestra la gravedad del sesgo en esta medición censal.

25. En Brasil por el tipo histórico predominante de mestizaje, con una población indígena reducida y el dominio de la mixtura de "blanco" y "negro", el término *pardo* hace referencia a ambas modalidades *mulato* y *mestizo*, distinguidas en otras sociedades como la colombiana. La otra designación étnica frecuente en Brasil para designar gente "mestiza" es el término *caboclo*, pero sin uso estadístico.

26. Es claro que, en la época contemporánea, no se trata de la "raza" como atributo natural de orden biológico, sino de captar la construcción social de las diferencias fenotípicas a partir de categorías socio-históricas que proceden desde el período de la sociedad esclavista, y se han "conservado" en la larga duración de las memorias y representaciones colectivas. Para un análisis detallado sobre la tradición estadística brasilera de la variable "raza", véase Petruccelli (1993, 2000 y 2002).

privadas de encuestas de opinión pública y mercadeo, han demandado la permanencia de estas categorías y propuesto modificaciones y adiciones para su estandarización. Una de las principales razones que aducen los investigadores brasileros y los líderes del movimiento negro es que ha sido la única forma estadística de captar la desigualdad socio-racial (Hasenbalg, op. cit.).

Las limitaciones del enfoque “étnico” en el contexto colombiano son ampliamente analizadas por Barbary [1999a: 8-10] y Barbary, Ramírez y Urrea en el capítulo 6 del presente libro. Sobre los resultados del censo de 1993, estos autores concluyen: “estos dígitos demuestran el fracaso del enfoque étnico para medir la importancia demográfica de la población negra o mulata en Cali (y más generalmente en Colombia —sólo el 4.1% respondió la pregunta, apenas el 3.3% declaró pertenecer a alguna ‘etnia, grupo indígena o comunidad negra’, y únicamente el 1.5% a una ‘comunidad negra’—): no existe a escala nacional en la sociedad colombiana de hoy, un sentimiento de pertenencia étnica compartido y libremente declarado por grupos significativos de población”. Según los resultados del censo en Cali, por ejemplo, solamente un 0.5% de las personas se declararon pertenecientes a una “comunidad negra”, cuando por lo menos había alrededor de 116.000 inmigrantes provenientes de municipios con mayoría de población negra, o sea, para ese año el 7% de la población total de la ciudad. Estas últimas cifras llegaron entonces a constituirse en la única aproximación estadística disponible de la población afrocolombiana en la ciudad, antes de que lleváramos a cabo nuestro estudio específico.

Para el próximo censo de población, la Dirección de Censos del Dane pretende mantener los mismos criterios de identidad cultural con nuevas categorías “étnicas” y un orden nuevo en la pregunta²⁷. En realidad, la nueva pregunta combina criterios “étnicos” con fenotípicos. La categorías *indígena*, *raizal del archipiélago*, *afrocolombiano* o *afrodescendiente* y *gitano*, son de corte “étnico”, mientras *negro-a*, *mestizo-a* y *blanco-a* son de corte fenotípico, así se quiera presentar bajo la modalidad “étnica”. Esta combinación, aunque pueda corregir parcialmente la subestimación de la gente negra que no se autoidentifica como “comunidad étnica”, seguramente no la suprimirá totalmente. De hecho,

27. La pregunta de pertenencia étnica en el nuevo formulario versa así: “¿...se considera: 1. Indígena. 2. Raizal del archipiélago. 3. Afrocolombiano(a), afrodescendiente. 4. Negro(a). 5. Gitano(a). 6. Mestizo(a) ó blanco(a). 7. Otro.

En caso de responder la opción 1 (indígena) se le pregunta entonces, “¿A cuál grupo o etnia indígena pertenece...?”.

(Ver Formulario para Hogares Particulares, Censo Experimental - Rionegro (Antioquia), Dane, octubre del 2001).

se pretende de nuevo visibilizar a las poblaciones negras de la misma forma que las poblaciones indígenas, cuando es poco probable que los habitantes urbanos negros (alrededor del 70% de la población afrocolombiana) se identifiquen masivamente con esta construcción étnica²⁸. El error analítico y metodológico que comete este tipo de acercamiento es intentar eliminar la dimensión racial —la apariencia física que como vimos antes tiene un peso específico en la construcción social de las diferencias—, en provecho de la dimensión étnica o cultural; es decir, a nuestro criterio, caer en una especie de reduccionismo cultural.

En síntesis, es difícil que los afrocolombianos puedan llegar a ser visibilizados en términos demográficos bajo una perspectiva de grupos étnicos, sobre todo porque el componente fenotípico es el que opera, particularmente en los contextos urbanos, mientras la dimensión “étnica” es una construcción contemporánea, todavía artificial o confusa para amplios segmentos de la población negra²⁹, fenómeno bien diferente al de las poblaciones indígenas.

- ***Las categorías fenotípicas de las encuestas Cidse-Ird (1998) y Cidse-Banco Mundial (1999)***

Alrededor de las identidades “étnicas” y “raciales”, productos híbridos de elaboraciones culturales, sociales y políticas, se juegan así procesos de interacción, de simbiosis o de confrontación entre diversos actores sociales. Las encuestas realizadas en Cali durante 1998 y 1999 buscaban una caracterización estadística de los actores de estos procesos, en particular los que se identificaban como negros y mulatos.

28. Por otra parte, esta ambigüedad entre identificación étnica y fenotípica es muy difícil que sea controlada y explicada al público por empadronadores no profesionales en un complejo dispositivo censal. Además, la pregunta tropezará con dificultades empíricas. En efecto, si bien no puede desconocerse que los términos de afrocolombiano-a o afrodescendiente (como afirmaciones identitarias de “negritud” participando de un proceso de autoestima y autoreconocimiento), son comunes a la dirigencia de las organizaciones afrocolombianas (conformada en general de profesionales con estudios superiores), sin embargo, la mayor parte de la gente negra que vive en ciudades y en zonas rurales no necesariamente asume este tipo de autoidentificación, con todo que el país lleve 10 años de Ley 70, la cual además tiene una circunscripción territorial muy específica.

29. Los brasileros ya han llevado a cabo múltiples evaluaciones al respecto, algunas de ellas sugeridas por organizaciones del movimiento negro, introduciendo criterios más de identidad “étnica” (por ejemplo, con la acepción de *negro-a* en lugar de *preto-a* y reuniendo en un solo grupo clasificatorio *negro* y *pardo*, bajo la consideración que el término étnico de “pardo” es despectivo), con el resultado que en las pruebas piloto la gente negra termina siendo subregistrada porque no se reconoce como un grupo “étnico negro” y tampoco todos se asimilan como “negros” o “preto” sino que prefieren la acepción de pardos (en Colombia el equivalente más cercano es el de mulato-a), o sea, simplemente la gente autopercebe las diferencias de “colores de piel”, sin asociarlas con una identidad cultural o, incluso, una “raza” determinada.

Algunas poblaciones se definen a sí mismas mediante clasificaciones arbitrarias émicas —en determinados contextos históricos— con base en su apariencia física que terminan o no elaborando como pertinencia racial. Pero esta auto percepción depende interactivamente de la percepción que las poblaciones no negras tienen a su vez de las primeras, en la medida en que con mucha frecuencia tienden a definir las colectivamente como “negras”. Este juego de percepciones colectivas no está ajeno, además, a las condiciones económicas y sociales propias de los diferentes grupos poblacionales, en el contexto de unas relaciones de dominación. Estas tendencias sociales —válidas en diferentes sociedades— nos condujeron a aplicar a los individuos encuestados (y a lo que los individuos se aplicaban ellos mismos) una caracterización fenotípica en lugar de étnica. Por supuesto, esto no significa que nosotros le estemos dando a lo racial un substrato biológico o cultural, sino simplemente que buscamos captar, a partir de nuestras categorías de observación, las construcciones empíricas y semánticas soportadas en los fenotipos, que fabrican las divisiones, jerarquías y segregaciones de la población en los contextos sociales concretos.

La unidad principal de observación y análisis de las dos encuestas es el hogar. Por otro lado, necesitamos de una información equivalente para la población afrocolombiana y no afrocolombiana. Cada una de las dos encuestas, entonces, tiene una muestra compuesta de dos submuestras seleccionadas en dos poblaciones disjuntas, a las cuales se les aplica el mismo formulario. En la práctica, la distinción entre las dos categorías de hogares (afrocolombianos y no afrocolombianos) reposa en las siguientes definiciones:

1. Hogares afrocolombianos: hogares en los cuales, según la apreciación del encuestador, **al menos una persona del núcleo familiar principal** (el jefe del hogar, su cónyuge, uno de los hijos-as de los dos, o del jefe o cónyuge), **presenta características fenotípicas negras o mulatas.**
2. Hogares no afrocolombianos (u hogares de control): hogares en los cuales ninguna persona del núcleo familiar principal presenta características fenotípicas negras o mulatas.

Estas definiciones ameritan algunos comentarios. En primer lugar, no se trata, como en el censo de 1993, de auto percepción de pertenencia étnica, ni de una categorización del origen geográfico, a partir de los lugares de nacimiento de los individuos o de sus parientes. Nosotros partimos de una caracterización *fenotípica visible*, aplicada por los encuestadores, cuyo carácter arbitrario es el costo a pagar para acercarse a las categorías raciales del lenguaje común o émico. De otra parte, clasificamos la población a partir de una característica del hogar y no del individuo, con una definición bastante amplia de “hogar afrocolombiano”. Queremos así extender el análisis a una extensa gama de situaciones de mestiza-

je (hogares mixtos³⁰). Pero, más allá de su uso para definir el universo de referencia en las dos muestras, la caracterización de los hogares no es atribuible mecánicamente a los individuos o miembros de esos hogares. De hecho no lo es, ya que todas las personas presentes en el momento de la visita del encuestador son caracterizadas individualmente por éste, asignándole al encuestado un fenotipo entre cinco categorías que presentan un amplio consenso semántico en Cali: *negro*, *mulato*, *indígena*, *mestizo*, *blanco*³¹. Además, se dispone para una submuestra representativa de la población adulta de los hogares³², de su respuesta a una pregunta abierta de auto declaración del color de piel, la cual permite análisis cruzados con la caracterización de los encuestadores, así como la comparación con la auto declaración de pertenencia étnica en el censo de 1993 (ver capítulo 6).

El reconocimiento de los grupos étnicos en una sociedad como la colombiana no debe subsumir la presencia de otra desigualdad de tipo socio-racial, la cual no puede ser detectada y analizada sino a través de categorías estadísticas. Por otra parte, lo que hoy se denomina “grupo étnico” por lo general también esconde un componente fenotípico, asociado o no a elementos culturales. La forma de combatir la discriminación racial, que también han sufrido las poblaciones de ascendencia amerindia, y avanzar en una sociedad en donde todos seamos ciudadanos con igualdad de oportunidades consiste también en conocer cómo operan los mecanismos de la desigualdad a través de las clasificaciones raciales arbitrarias y los fantasmas colectivos que las animan. No debido a que existan “razas” biológicas sino porque en las sociedades operan mecanismos o dispositivos colectivos conscientes o inconscientes que discriminan a los individuos según su apariencia física. En el caso de la población negra la dimensión socio-racial es un factor histórico que hoy en día sigue gravitando negativamente para alcanzar una ciudadanía plena en el país. Esta problemática, sin que se niegue también su incidencia en las zonas rurales de mayor concentración histórica de

30. En la mayor parte de estas situaciones de mezclas (todas aquellas que se dan en el seno del núcleo familiar principal), el hogar es clasificado como afrocolombiano; lo cual hay que tomar en cuenta como otro aspecto arbitrario en el transcurso del análisis.

31. Los adjetivos *negro* y *mulato* en su acepción fenotípica expresan una ascendencia africana, dominante en el primer caso, combinada con una ascendencia indígena o europea en el segundo. La categoría *indígena* se aplica a los *indios* “puros” (hoy en día bastante minoritarios en Colombia). La expresión *mestizo* cubre el conjunto de mezclas de población indígena, europea y africana, sin que los trazos específicos de una u otra dominen (es la categoría racial más numerosa). La expresión *blanco* está reservada a los fenotipos europeos. Sólo se permite esta asignación si el encuestador ha podido observar visiblemente a los miembros del hogar, los ausentes al momento de la visita se quedan sin información.

32. Un individuo de 18 años de edad o más en cada hogar, el cual contesta la parte biográfica de la encuesta (véase la descripción del contenido del cuestionario en el anexo metodológico).

poblamiento negro, es predominante en los contextos urbanos. Por lo mismo, la visibilidad de la gente negra, cada vez más urbana, pasa por darle al factor “color de la piel” una utilidad estadística y sociológica para acercarse al fenómeno de la desigualdad social.

- ***Las ambigüedades de las políticas “étnico-raciales” en Colombia***

La movilización social y política en sectores afrocolombianos de los últimos 10 años ha tenido lugar en un contexto geográfico, socioeconómico e institucional profundamente modificado por la veloz integración de los llamados territorios afrocolombianos del Pacífico a la economía global, bajo modalidades económicas nacionales e internacionales y la expansión de los diferentes consumos culturales de los medios masivos de comunicación. Por otra parte, la urbanización masiva de estas poblaciones, procedentes de la región Pacífica y de otras regiones de asentamientos de población negra en el país, coloca esa movilización y las reivindicaciones que conlleva en una cierta tensión entre dos paradigmas: por una parte, el respeto de una especificidad económica y cultural y la protección territorial y ecológica de la región del Pacífico (elementos consignados en la Ley 70 de 1993); por otra parte, la lucha contra el racismo y por el derecho a la igualdad de acceso a los diferentes mercados, en particular urbanos, de residencia, educación, trabajo, etc. (ver capítulos 1 y 6). En el estado actual la Ley 70 privilegia obviamente la dimensión étnica-territorial y sólo puede tener un desempeño en determinados espacios rurales, mientras el grueso de la población afrocolombiana vive en las ciudades (ver capítulo 1).

A pesar de que ha sido históricamente su espejo, hoy en día la etnicidad de los grupos indígenas juega un papel menor como referente político en la construcción identitaria de las “comunidades negras”. En Colombia, contrariamente a otros países latinoamericanos (México, Guatemala, Bolivia, Ecuador, por ejemplo), los indígenas no han desempeñado un papel importante como actores sociales urbanos. Las dos principales razones son su débil peso demográfico a nivel nacional (estimado en menos del 3%, ver capítulo 9) y el hecho que mantienen la residencia en sus territorios rurales “ancestrales”, de tal modo que las principales reivindicaciones a partir de los años 70 han sido la recuperación de territorios y la autonomía de los mismos como bases de la identidad étnica indígena³³.

33. Aunque esto puede estar cambiando recientemente con la organización de cabildos indígenas en varias ciudades de Colombia, entre ellas Bogotá, Medellín y Cali, debido a la presencia de contingentes indígenas de diversas procedencias en actividades urbanas y su inserción progresiva en las universidades públicas y privadas. Así, a lo largo de los años 90, el aumento de la presencia urbana de poblaciones indígenas, incluso ecuatorianas, ha venido impulsando poco a poco reivindicaciones típicamente urbanas: educación, salud, vivienda en algunos casos, etc.

En cuanto a las poblaciones afrocolombianas, algunas organizaciones urbanas tímidamente han comenzado a demandar reivindicaciones pertinentes al acceso en el sistema educativo a los niveles secundario y universitario, y programas de salud y vivienda, pero aún se está distante de un discurso que combine claramente la problemática de integración, a través de la conquista de los derechos de ciudadanía plena versus las formas empíricas de exclusión social, resultantes de la discriminación por el color de piel que soportan en los diferentes mercados. Pensamos que muchos de los resultados presentados en este libro ilustran la necesidad de reformular este debate en términos nuevos y buscar una solución al desequilibrio del dispositivo constitucional y legal entre los contextos rurales y urbanos y, sobre todo, entre dos problemáticas, la del respeto de la diversidad étnica y cultural articulada con la protección territorial y ecológica, actualmente dominante, y la que, si bien no es nueva ni nada específica del contexto colombiano, nos parece todavía insuficientemente debatida y explícita: la de la integración de las “minorías étnico-raciales” en los espacios concretos de la sociedad colombiana, en igualdad de condiciones y oportunidades de acceso a los recursos.

Primera parte:
Los componentes materiales

PERFILES CONTEMPORÁNEOS DE LA POBLACIÓN AFROCOLOMBIANA*

*Olivier BARBARY, Héctor Fabio RAMÍREZ,
Fernando URREA (Coord.), Carlos VIÁFARA*

Este capítulo tiene como objetivo hacer una presentación de los perfiles demográficos y socioeconómicos de las poblaciones afrocolombianas en la sociedad colombiana contemporánea, a partir de las últimas estadísticas disponibles. Se trata de un ejercicio comparativo a nivel urbano-rural y para algunas regiones con el conjunto del país, de forma que permita hacer un balance del peso demográfico de la población negra, sus características socioeconómicas y laborales y algunos indicadores de sus condiciones de vida.

Sin embargo, como se ha visto en la introducción del libro, el problema de la visibilidad estadística de la población afrocolombiana no es un asunto fácil y mucho menos “neutral”. Al igual que el conjunto de las categorías de uso estadístico, desde las más “objetivas” hasta las asociadas a preguntas de percepción y opinión, clasificar y calificar estadísticamente una población tiene fuertes implicaciones históricas y socioantropológicas, además, éticas y políticas en sus relaciones con el Estado y los otros grupos de la sociedad. Sin retomar la abundante argumentación al respeto, desarrollada en la introducción, sólo queremos recordar que, de partida, nos ubicamos en una perspectiva sociológica relativamente novedosa en el país, orientada a estudiar los procesos de desigualdad social relacionados con la dimensión racial, a partir de informaciones estadísticas basadas en una clasificación de la población bajo criterios fenotípicos.

En esta perspectiva diferente a la “étnica” se han llevado a cabo en el país tres significativas experiencias de recolección estadística que han captado la población afrocolombiana mediante una aproximación de la autopercepción y percepción del color de piel. Dos de ellas fueron las llevadas a cabo por el proyecto Cidse-Ird ya mencionado: a través de una encuesta de hogares especializada de mayo-junio de 1998, “Encuesta movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas”; y la segunda, la encuesta de hogares Cidse-Banco Mundial, “Encuesta de acceso y percepción de los servicios ofrecidos por el

* Este capítulo se apoya en el artículo de Urrea, Ramírez y Viáfara (op. cit.).

municipio de Santiago de Cali” de septiembre de 1999. En la primera se hizo un interesante ejercicio de clasificación fenotípica para todos los miembros del hogar en forma visible de parte del encuestador y autclasificación de color de piel (la pregunta abierta se aplicó sólo a uno de los miembros del hogar de 18 y más años de edad), mientras en la segunda se hizo sólo el primer ejercicio de clasificación en forma visible del miembro del hogar presente en el momento de la encuesta¹. La tercera experiencia fue realizada por el Dane, Dirección de Encuesta Nacional de Hogares, conjuntamente con el Cede (Centro de Estudios de Desarrollo Económico de la Universidad de Los Andes), a través de la Enh, etapa 110, diciembre del 2000, en 13 áreas metropolitanas del país. En el módulo universal aplicado a todos los hogares de la muestra, el miembro del hogar que respondía la encuesta tuvo que seleccionar entre cuatro fotografías la que se acercaba más a su fenotipo y así mismo para los otros miembros del hogar sobre los que él aportaba información².

En síntesis, estas tres experiencias, mediante encuestas de hogares por muestreo y con personal de recolección debidamente entrenado, se han dirigido a recoger en las poblaciones urbanas un dato estadístico en cada uno de los hogares, de individuos que se autperciben o son percibidos como “negros” o “mulatos” por el color de su piel; a diferencia del modelo “étnico” en las preguntas del censo de 1993 y la del futuro censo. Estos tres ejercicios estadísticos se acercan más a la rica experiencia histórica brasilera, sobre todo las dos primeras encuestas del Cidse-Ird y Cidse-Banco Mundial aplicadas en Cali, en el sentido de que asumen el mismo enfoque de lo “racial” (construcción social de las apariencias fenotípicas) del Ibge (Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística).

En este capítulo algunos de los principales resultados de las tres encuestas van a ser colocados³. En primer lugar, permiten una cuantificación estimada de la pobla-

1. Sobre estas dos experiencias consúltese en anexo la metodología y la bibliografía sobre sus resultados en Barbary y Ramírez (1997); Barbary (1998; 1999a; 1999b); Barbary, Bruyneel, Ramírez y Urrea (1999); Barbary (2001); Quintín, Ramírez y Urrea (2000); Barbary, Ramírez y Urrea (op. cit. En este libro, capítulo 6).

2. Las cuatro fotografías a color eran la de un hombre negro; la de una mujer negra-mulata; la de una mujer que podría caer en un fenotipo “mestizo”; y la de una mujer de fenotipo “blanco”. Los cuatro personajes (el hombre y las tres mujeres), todos en el mismo rango de edad entre 20 y 30 años, bien vestidos y atractivos, podrían identificarse con perfiles de profesionales. Las fotografías estaban señaladas con números de 1 a 4, con la opción 5 para quien decidía que ninguna de las cuatro fotos se acercaba a su apariencia fenotípica. La tasa de respuesta en este módulo en las 13 áreas metropolitanas en su conjunto fue superior al 95%, lo cual indica la eficacia del procedimiento utilizado. Por supuesto, esto se debe también a la capacitación del personal de la Enh que realiza el Dane: se trata de un personal profesionalizado en la aplicación de encuestas, muy diferente a una experiencia censal con un personal de otro perfil.

3. En el caso del módulo de la Enh del Dane, etapa 110, solamente se presentarán, para las 13 áreas metropolitanas, los resultados más globales de las magnitudes de la población que en los hoga-

ción afrocolombiana en las principales áreas urbanas y rurales del país. Además, se pretenden analizar algunos diferenciales sociodemográficos y socioeconómicos de la población negra respecto al conjunto de la población colombiana, al comparar los resultados de las dos encuestas sobre Cali con los de otras encuestas nacionales de hogares del Dane, que han incluido en sus muestras municipios de la costa Pacífica y de otras regiones geográficas con alta concentración de población negra. El capítulo se divide en tres partes. En la primera, con base en una compilación de la bibliografía y la información estadística disponible, presentamos una estimación actualizada de los efectivos de población afrocolombiana en el país y su distribución en el territorio nacional: concentración regional, repartición entre población urbana y rural; así como un esquema de su evolución histórica. La segunda parte examina dos preguntas a partir de los resultados de las tres encuestas mencionadas. ¿Se aparta significativamente del promedio nacional el perfil sociodemográfico del conjunto de la población afrocolombiana o no? ¿Cuáles son las diferencias entre los perfiles de la población afrocolombiana en (i) Cali, (ii) la región Pacífica y (iii) otras regiones? Finalmente, en la tercera parte intentamos aportar algunos elementos estadísticos para responder un interrogante que atraviesa, en formas distintas, buena parte de este libro: ¿Existe, para el conjunto de las poblaciones afrocolombianas en Cali, una desigualdad de inserción residencial, económica y laboral en relación a la población no afrocolombiana?

1. La población afrocolombiana y su distribución regional

Los afrocolombianos al igual que el conjunto de la población colombiana presentan diferenciales sociodemográficos según patrones regionales, los cuales tienen que ver con las estructuras sociales de las diferentes regiones del país y sus transformaciones a lo largo del siglo XX vía la urbanización.

Los asentamientos afrocolombianos históricos más importantes se encontraban ubicados en cuatro grandes regiones geográficas (Mapa 1), por lo menos hasta mediados del siglo XX. Estas regiones son: a) las tierras del Litoral Pacífico, además de las cuencas completas de los ríos San Juan y Atrato y el Urabá

res seleccionó las opciones fotográficas 1 y 2, o sea, la foto del hombre negro y la mujer mulata, que para este caso se han tomado como población afrocolombiana (ver cuadro 1b). Un análisis más detallado de esta encuesta es presentado por Medina (2001). Veremos más adelante cómo los resultados de las tres encuestas son bastante similares en cuanto a las magnitudes de población afrocolombiana para el caso de Cali, sobre todo entre la encuesta del Cidse-Ird y la del Dane, no obstante la primera ser de mayo-junio de 1998 y la segunda de diciembre de 2000. Esto revela la consistencia de la metodología empleada, lo que a su vez permite una relativa alta confiabilidad de los datos entregados.

chocoano-antioqueño, y que se extienden hacia la región de Esmeraldas en el Ecuador, la que conforma históricamente una zona de poblamiento negro con redes familiares extendidas en el Pacífico sur colombiano y norte ecuatoriano⁴; b) la región del valle geográfico del río Cauca y que hoy en día corresponde al norte del Cauca y la zona plana del Valle del Cauca; c) las áreas ribereñas del Bajo y Medio Magdalena y del Bajo Cauca y d) el Litoral Atlántico y las llanuras y sabanas adyacentes al mismo, al igual que las regiones cenagosas de los principales ríos que desembocan en el Mar Caribe.

Como centros urbanos de poblamiento negro desde el siglo XVI se encuentran Cartagena, por lo demás el principal puerto de ingreso de esclavos negros hasta comienzos del siglo XIX, Mompós y Santa Marta. Ya en el siglo XIX los centros urbanos con un poblamiento negro que aparecen son Quibdó, Barranquilla, Cali y Buenaventura⁵ y más adelante Tumaco, manteniendo Cartagena su importancia como la ciudad con mayor concentración de población negra.

La mayor parte de las regiones de poblamiento negro hasta comienzos del siglo XIX se conformaron alrededor de una economía fluvio-minera y de haciendas ganaderas, y a lo largo de este siglo, cuando se descompone la hacienda ganadera-minera, sobre todo en el valle geográfico del río Cauca, aparece un campesinado negro. Después de la abolición de la esclavitud, este fenómeno de campesinización de la población negra se generaliza en todo el Pacífico y la región Caribe. Estos dos fenómenos socio-históricos marcaron en la larga duración las estructuras sociales regionales de asentamiento negro, hasta que se introducen cultivos agroindustriales en diferentes períodos desde finales del siglo XIX y a lo largo del XX (caña de azúcar, banano, palma africana) y se producen procesos de urbanización e industrialización acelerados. Sin embargo, en algunas de ellas, como ha sido el caso de la región del Pacífico, incluyendo en ella la cuenca del río Atrato, esta dinámica no tuvo lugar ya que los procesos de modernización/modernidad⁶ fueron circunscritos en forma de enclaves (Buenaventura y Quib-

4. Región también denominada Chocó biogeográfico. Sobre los asentamientos en la región Pacífica véase el excelente estudio de Aprile-Gnisset (1993), y respecto a un primer balance socio-demográfico de esta región el estudio de Rueda (1993).

5. Debe advertirse que estos centros urbanos hacia comienzos del siglo XX no pasaban de 100.000 habitantes, los de mayor pujanza (Barranquilla, Cartagena, Cali y Quibdó), véase Zambrano (1994: 58; censo de población de 1918). Popayán hasta mediados del siglo XIX también tuvo una importante población negra vinculada a las actividades de servidumbre de las familias de hacendados esclavistas, al igual que en actividades artesanales, particularmente los manumisos. Sin embargo, a raíz de la descomposición de la hacienda esclavista y la abolición de la esclavitud la ciudad pierde población negra, debido a su desplazamiento hacia otras regiones, posiblemente norte del Cauca, hacia zonas mineras en el Pacífico y seguramente hacia la ciudad de Cali, la cual ya comenzaba a tener una mayor pujanza que Popayán.

6. Sobre estas dos categorías ver la introducción.

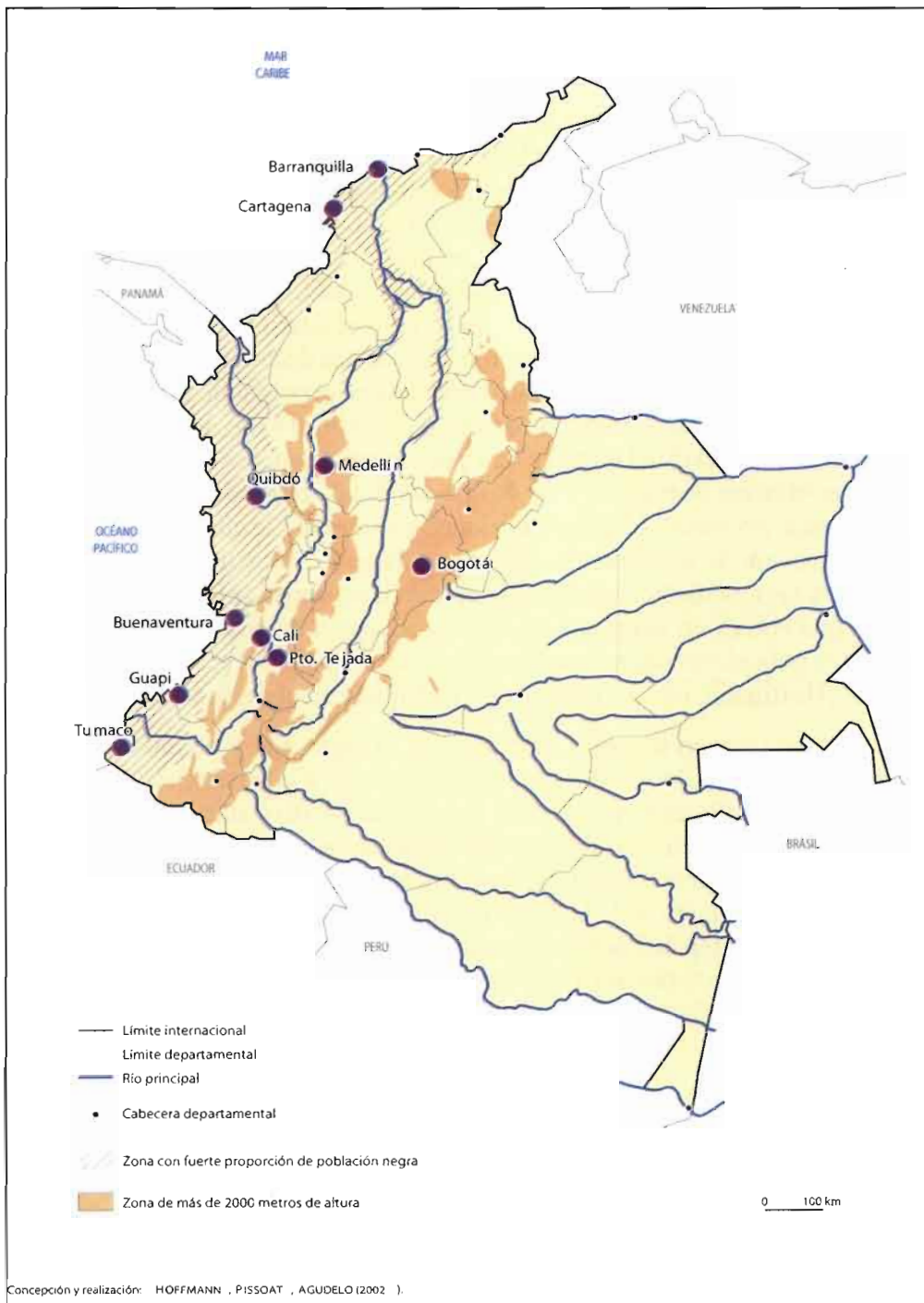
dó). En el caso de la región Pacífica estas tendencias se tradujeron en un poblamiento con reducido mestizaje, debido a las particulares condiciones de aislamiento que ha vivido dicha región respecto al resto de la sociedad colombiana, sobre todo desde mediados del siglo XIX hasta entrada la década del cincuenta en el siglo XX (véase Wade, [1993] 1997; Hoffmann, 1997).

En la perspectiva anterior, el análisis sociodemográfico de las poblaciones afrocolombianas debe tomar en cuenta los contextos socio-históricos regionales y las dinámicas contemporáneas de modernización-modernidad, especialmente generadas a través de la urbanización. Mientras en la costa Caribe alrededor de las tres ciudades principales (Barranquilla, Cartagena y Santa Marta) y al lado de otros centros urbanos que se consolidan (Montería y Valledupar), ya desde los años cincuenta, hay una dinámica de integración con el interior del país, en el caso de la región del Pacífico, al darse ella como mínimo una década más tarde, se mantiene un rezago prolongado de ruralidad centrada en el poblamiento clásico fluvial y, por lo mismo, el aislamiento geográfico respecto al resto del territorio nacional⁷. En este “atraso” del Pacífico van a pesar enormemente las actividades económicas mineras de enclave y las de tipo artesanal, las modalidades de explotación forestal artesanal y la pesca tradicional. Es indiscutible que la forma extractiva de explotación de los recursos del bosque húmedo, las actividades mineras de aluvión y las modalidades de agricultura móvil a lo largo de los ríos permitieron, hasta que entran en agotamiento, la reproducción de sociedades campesinas entre los pobladores negros que se mantenían aisladas del resto del espacio nacional (Hoffmann, op. cit. y Barbary y Hoffmann en el capítulo 2 del libro).

Sin embargo, ya en los años cincuenta en el siglo XX y de ahí en adelante, migrantes del Pacífico se dirigen hacia diferentes ciudades (Cali, Medellín) y áreas de desarrollo capitalista (valle geográfico del río Cauca), formando parte de los flujos migratorios rurales-urbanos y urbanos-urbanos que caracterizan la sociedad colombiana a partir de ese período. Por supuesto, este fenómeno no debe verse de manera aislada de las inversiones capitalistas que desde los años 50 se darán en la región Pacífica, vía capitales extranjeros, antioqueños, vallunos, pero también bogotanos, en diversas actividades: camaricultura, palma africana, turismo, pesca industrial, ganadería y hoy en día coca (Barbary y Hoffmann, capítulo 2 del libro).

7. Si bien, no puede desconocerse que tanto en la región Caribe como en el Pacífico se dieron procesos urbanos modernos en las primeras décadas del siglo XX; también es cierto que no alcanzaron a incluir en forma estable grandes sectores de población negra, restringiéndose en una buena medida a las elites blancas. Por otro lado, centros urbanos que crecieron desde 1950, el caso de Buenaventura, aunque eran espacios de modernidad, funcionaban como enclaves con poca capacidad de irrigar “progreso” al entorno del Pacífico, al igual que las actividades mineras extranjeras que operaron en el Pacífico en el siglo XIX y principios del XX.

Mapa 1: Asentamientos más importantes de la población afrocolombiana hasta mediados del siglo XX



En los últimos cuarenta años el mapa histórico de asentamientos negros en Colombia, como podremos ver más adelante en el Cuadro 1a, se ha modificado substancialmente. De un poblamiento más rural hasta la década del cincuenta, a pesar de contar en ese período con centros urbanos mayoritariamente negros (Cartagena, Quibdó, Buenaventura) y con asentamientos en otros centros urbanos más mestizos (Barranquilla, Cali, Montería), se habría producido un vuelco sustantivo en la segunda mitad del siglo XX hacia un poblamiento mayoritariamente urbano, en forma similar al conjunto de la población colombiana.

- ***Nuevos estimativos de la población afrocolombiana a comienzos del milenio***

Para construir nuevos estimativos de la población afrocolombiana del país y su distribución urbano-rural, hemos procedido a la construcción empírica de 18 grandes regiones que cuentan con niveles significativos de concentración de población negra, para lo cual el Mapa 1 ha sido fundamental⁸. Los datos de población provienen, primero, de los resultados preliminares de la encuesta de hogares del Dane etapa 110, aplicada a 13 áreas metropolitanas (diciembre de 2000) y de las dos encuestas realizadas en Cali por el Cidse-Ird y el Cidse-Banco Mundial en 1998 y 1999; y segundo, en estimaciones arbitrarias nuestras de porcentajes de población afrocolombiana en los municipios en donde no se disponen de fuentes estadísticas. Para estas últimas, hemos tomado en cuenta los patrones históricos de mayor o menor poblamiento negro de acuerdo con el Mapa 1. Obtuvimos de esta manera una primera aproximación de la población afrocolombiana urbana y rural, a nivel agregado del país y por regiones. Los resultados, resumidos en el Cuadro 1a, permiten establecer las siguientes tendencias:

1) Sobre el total de la población colombiana (43.035.394 habitantes a junio de 2001, según proyecciones Dane) los afrocolombianos representan el 18,6% (7.990.049 personas). De la población urbana colombiana, también el 18,6% son afrocolombianos (5.714.339 personas) y de la rural el 18,5% (2.275.710 personas). En el contexto de la información disponible actualmente sobre el tema, estas cifras tienen un soporte estadístico relativamente confiable a través de las tres encuestas mencionadas. Sin embargo, nuestros resultados pueden

8. Como se puede ver en el cuadro 1a, hemos incluido la región metropolitana de Bogotá en ellas, debido al peso que ha adquirido progresivamente la población afrocolombiana en la capital del país, que hoy en día no es nada despreciable (cerca del 8% del total).

aparecer relativamente conservadores frente a otros estimativos de la población afrocolombiana⁹. Posiblemente el peso porcentual de esta población se mueva entre el 20% y el 22% de la población total (entre 8,6 y 9,5 millones de personas hacia junio de 2001), debido a la expansión de su crecimiento en áreas geográficas del país tradicionalmente “no afrocolombianas”, como veremos más adelante, de las cuales apenas se tienen registros estadísticos parciales de algunas ciudades con la encuesta del Dane, sin contar la carencia de información de una parte significativa de las áreas rurales del país. De todos modos, este peso demográfico hace que Colombia sea el segundo país de América Latina con mayor número de gente negra, después de Brasil que cuenta con aproximadamente 75 millones de afroamericanos (alrededor del 50% del total de la población¹⁰). Por otro lado, el 71,5% de los afrocolombianos viven en áreas urbanas, con un patrón similar al conjunto de la población colombiana (71,4%).

Las regiones con mayoría de población afrocolombiana, en orden de importancia, son las siguientes: región Pacífica, 83%; norte del Cauca, 62%; Cartagena y su entorno, 60%; Urabá antioqueño y San Andrés y Providencia, 55%, cada una. Las que, muy por encima del promedio nacional, tienen entre un 30% y 50% de afrocolombianos: Departamentos de Córdoba y Sucre y otros municipios de Bolívar, Departamento del Magdalena y los municipios de los Departamentos de Antioquia y Santander (cuena del río Cauca y los del Magdalena Medio), Barranquilla y área metropolitana, Cali y su entorno metropolitano, y la región del norte y centro del Valle del Cauca. Esta distribución geográfica muestra que, a pesar de los cambios, tienden a mantenerse los patrones históricos de asentamientos de población negra en el país.

9. La Comisión para la Formulación del Plan Nacional de Desarrollo de la Población Afrocolombiana (1998), conformada por un grupo de consultores de organizaciones afrocolombianas en el Departamento Nacional de Planeación, Programa Bid-Plan Pacífico, 1998, elaboró el documento “Plan Nacional de Desarrollo de la Población Afrocolombiana 1998-2002”. En este documento la población afrocolombiana es estimada por el orden del 26% del total de la población en el país (cerca de 10,6 millones hacia 1998), y claro, con valores para diferentes ciudades del país, bien por encima de nuestros resultados. Si esos estimativos fuesen ciertos, por ejemplo, en el caso de Cali, para 1998 un 54% de su población sería afrocolombiana (alrededor de 1,1 millón de personas). Estos datos difieren considerablemente de los hallazgos empíricos nuestros con muestras estadísticamente representativas en las tres encuestas: un 25% de población afrocolombiana en la encuesta de 1998, un 32% en la de 1999 y un 26,5% en la Enh del Dane, en diciembre del 2000. Aunque es posible que nuestros estimativos sean conservadores, diferencias de esta magnitud plantean serias dudas sobre la confiabilidad de las fuentes utilizadas por el mencionado documento. De hecho, los funcionarios del Dnp manifiestan informalmente que estos datos no se respaldan en una fuente estadística confiable y esta publicación no salió en forma oficial por esta entidad. Ver también, diario *El Tiempo*, domingo, 26 de agosto, 2001: “Plan Nacional de Desarrollo de la Población Afrocolombiana”.

10. Flórez, Medina y Urrea (2001).

2) Aproximadamente el 49% de los afrocolombianos reside en concentraciones urbanas de más de 700 mil habitantes (con sus áreas metropolitanas o entornos próximos). A su vez, siete de las trece áreas metropolitanas (Cali, Cartagena, Bogotá, Medellín, Barranquilla, Bucaramanga y Cúcuta, ver Cuadro 1b) concentran 2,8 millones de afrocolombianos (el 87% de la población afrocolombiana de las 13 áreas). Las magnitudes poblacionales de gente negra en las cinco primeras, superan las otras concentraciones regionales mayores de gente negra en el país (región Pacífica, Sucre y Bolívar, Magdalena), lo que de nuevo ratifica un proceso de concentración en las mayores aglomeraciones de Colombia. La única diferencia respecto al conjunto de la población colombiana es que esa concentración tiene por cabeza las ciudades de Cali y Cartagena (respectivamente cerca de 900 mil y 600 mil afrocolombianos), mientras Bogotá, Medellín y Barranquilla disputan el tercer lugar (aproximadamente 500 mil afrocolombianos cada una). Este fenómeno debe verse como parte del epicentrismo dominante que han ejercido históricamente Cali¹¹, Cartagena, Medellín¹² y Barranquilla sobre las regiones del Pacífico, norte del Cauca, Córdoba y otros departamentos de la costa Caribe, pero también sobre otras regiones de concentración negra en los departamentos del Valle (sur y centro del Valle) y Antioquia (por ejemplo, región del Bajo Cauca). Hay que destacar que la región de Cali tiene la primera concentración urbana afrocolombiana en el país, ya sea como región (Cali-área metropolitana con el sur del Valle) o como ciudad entre las 13 áreas metropolitanas. Por ello, no es arbitrario que hoy en día Cali sea vista como la “capital del Pacífico”, en el imaginario colectivo de todo el Pacífico, el norte del Cauca, sur del Valle, y la región de Esmeraldas en el Ecuador.

11. Cali fue un municipio con mayoría de gente negra, al igual que la mayor parte de municipios del valle geográfico del río Cauca, por lo menos hasta 1920.

12. Medellín, a pesar del imaginario del “paisa blanco”, contó a su vez con una población negra y mulata entre sus sectores populares a lo largo de los siglos XVIII y XIX, dedicada a labores de servidumbre doméstica y en actividades artesanales. No debemos olvidar que en Antioquia la esclavitud había perdido importancia en el siglo XVIII y que la población negra antioqueña dedicada a la minería fue siempre importante.

Cuadro 1a: Población afrocolombiana, estimativos y distribución urbano-rural por regiones para junio de 2001

Regiones afrocolombianas según concentración y distribución de la población afrocolombiana*	Población total por regiones									Población afrocolombiana por regiones									Porcentaje de población negra sobre el total			Jerarquía ordinal de concentración población afrocolombiana		
	Cabezera	Resto	Total	Cabezera	Resto	Total	Cabezera	Resto	Total	Cabezera	Resto	Total	Cabezera	Resto	Total	Cabezera	Resto	Total	Cabezera	Resto	Total	Cabezera	Resto	Total
	Valor Absoluto	Valor Absoluto	Valor Absoluto	%Fila	%Fila	%Fila	%Col	%Col	%Col	Valor Absoluto	Valor Absoluto	Valor Absoluto	%Fila	%Fila	%Fila	%Col	%Col	%Col	%Fila	%Fila	%Fila	Urbana	Rural	Total
Piedras (Piedras Blancas, Cauca y Valle y Dpto. del Cauca**)	562 123	637 603	1 199 726	46,9	53,1	100,0	1,8	5,2	2,8	449 698	541 962	991 660	45,3	54,7	100,0	7,9	23,8	12,4	80,0	85,0	82,7	7	1	1
Norte del Cauca (zona plana)	133 408	162 486	295 894	45,1	54,9	100,0	0,4	1,3	0,7	82 693	101 285	183 978	44,9	55,1	100,0	1,4	4,5	2,3	62,0	62,3	62,2	16	9	14
Cali Área metropolitana y sur del Valle	2 634 289	172 678	2 806 967	93,8	6,2	100,0	8,6	1,4	6,5	901 027	66 899	967 927	93,1	6,9	100,0	15,8	2,9	12,1	34,2	38,7	34,5	1	11	2
Norte-centro Dpto. Valle I (zona plana)	127 994	85 084	213 078	60,1	39,9	100,0	0,4	0,7	0,5	41 003	28 195	69 198	59,3	40,7	100,0	0,7	1,2	0,9	32,0	33,1	32,5	17	14	17
Norte-centro Dpto. Valle II (zona plana)	282 106	53 202	335 308	84,1	15,9	100,0	0,9	0,4	0,8	22 568	2 666	25 234	89,5	10,5	100,0	0,4	0,1	0,3	8,0	5,0	7,5	19	18	19
Pericla Área metropolitana (incluye Cartago)	728 532	95 065	823 597	88,5	11,5	100,0	2,4	0,8	1,9	87 424	4 753	92 177	94,8	5,2	100,0	1,5	0,2	1,2	12,0	5,0	11,2	15	17	16
Medellán y demás municipios del Valle de Aburrá	2 794 447	156 366	2 950 813	94,7	5,3	100,0	9,1	1,1	6,9	505 795	28 302	534 097	94,7	5,3	100,0	8,9	1,2	6,7	18,1	18,1	18,1	5	13	7
Urabá Antioqueño	233 527	247 02	480 547	48,6	51,4	100,0	0,8	2,0	1,1	116 764	148 232	264 996	44,1	55,9	100,0	2,0	6,5	3,3	50,0	60,0	55,1	13	7	12
Municipios de Antioquia, cuenca Cauca y Magdalena-Medio (incluye Dpto. Santander)	441 697	220 652	662 349	66,7	33,3	100,0	1,4	1,8	1,5	154 594	99 293	253 887	60,9	39,1	100,0	2,7	4,4	3,2	35,0	45,0	38,3	12	10	13
Dpto. Córdoba	657 145	680 265	1 337 410	49,1	50,9	100,0	2,1	5,5	3,1	230 071	306 119	536 190	42,9	57,1	100,0	4,0	13,5	6,7	35,0	45,0	40,1	10	3	5
Dpto. Sucre y otros municipios Dpto. Bolívar	852 784	686 929	1 539 713	55,4	44,6	100,0	2,8	5,6	3,6	298 474	309 118	607 592	49,1	50,9	100,0	5,2	13,6	7,6	35,0	45,0	39,5	8	2	4
Cartagena y 12 municipios Dpto. Bolívar (zona norte)	1 104 584	208 858	1 313 442	84,1	15,9	100,0	3,6	1,7	3,1	607 521	177 529	785 050	77,4	22,6	100,0	10,6	7,8	9,8	55,0	85,0	59,8	2	5	3
San Andrés y Providencia	64 232	21 213	85 445	71,9	28,1	100,0	0,2	0,2	0,2	29 828	11 667	41 495	71,9	28,1	100,0	0,5	0,5	0,5	55,0	55,0	55,0	18	16	18
Barranquilla área metropolitana	1 412 162	26 684	1 438 846	98,1	1,9	100,0	4,6	0,2	3,3	494 257	12 008	506 265	97,6	2,4	100,0	8,6	0,5	6,3	35,0	45,0	35,2	6	15	8
Otros municipios Dpto. Atlántico	311 19	112 439	423 629	71,5	26,5	100,0	1,0	0,9	1,0	108 987	50 598	159 584	68,3	31,7	100,0	1,9	2,2	2,0	35,0	45,0	37,7	14	12	15
Dpto. Magdalena	842 61	465 882	1 308 494	64,4	35,6	100,0	2,7	3,8	3,0	294 914	209 647	504 561	58,4	41,6	100,0	5,2	9,2	6,3	35,0	45,0	38,6	9	4	9
Dpto. Cesar	619 933	159 551	779 484	61,3	36,7	100,0	2,0	2,9	2,3	154 983	125 829	280 812	55,2	44,8	100,0	2,7	5,5	3,5	25,0	35,0	28,7	11	8	11
Bogotá-Soacha	6 842 811	21 054	6 863 865	99,7	0,3	100,0	22,3	0,2	15,9	533 739	1 642	535 381	99,7	0,3	100,0	9,3	0,1	6,7	7,8	7,8	7,8	4	19	6
Total área de influencia negra	20 635 974	4 412 998	25 048 972	82,4	17,6	100,0	67,1	35,9	58,2	5 114 339	2 225 710	7 340 049	69,7	30,3	100,0	89,5	97,8	91,9	24,8	50,4	29,3			
Resto municipios del país	10 109 099	7 877 329	17 986 428	56,2	43,8	100,0	32,9	64,1	41,8	600	50	650	92,3	7,7	100,0	10,5	2,2	8,1	5,9	0,6	3,6	1(***)	6	10
Total Nacional	30 745 073	12 290 319	43 035 392	71,4	28,6	100,0	100,0	100,0	100,0	5 714 339	2 275 710	7 990 049	71,5	28,5	100,0	100,0	100,0	100,0	18,6	18,5	18,6			

* El orden de las regiones está dado por criterios de distribución geográfica: primero, toda la región Pacífica, luego, de sur a norte, empezando por el norte del Cauca, se sigue con Cali, sur del Valle, centro y norte del Valle, etc., hasta llegar a las regiones en la costa Caribe y finalmente, en esta forma de occidente a oriente se incluyen a Bogotá-Soacha y el resto de municipios del país. Hasta Bogotá- Soacha se tiene un subtotal de área de influencia negra.

** Se incluyeron dos municipios del Chocó antioqueño y dos del Dpto. de Risaraldá

*** Agregado de varias ciudades tradicionalmente “no afrocolombianas” (Cúcuta, Bucaramanga, Ibagué, Villavicencio, Pasto, Manizales). Tomado de Enh, Dane, etapa 110.

Fuente: Proyecciones de población Dane 1995-2005; Enh, Dane, etapa 110, diciembre 2000; y estimativos del proyecto Cidse-Ird-Colciencias, con base en estudios de población afrocolombiana para Cali e información histórica que permitió establecer cálculos preliminares en otras regiones del país.

Cuadro 1b: Población afrocolombiana según auto-percepción del color de la piel en 13 áreas metropolitanas (en miles)

Áreas Metropolitanas	Población total	Población afro	Peso porcentual pobl. afrocol. por ciudad % fila	Distribución de la pobl. afrocol. en las 13 áreas metropolitanas % col	Rango de concentración de población afrocolombiana por área metropolitana
Medellín-Valle de Aburrá	2.837	512	18,0	16,0	2
Barranquilla	1.564	505	32,3	15,8	3
Bogotá D.C. (incluye Soacha)	6.473	503	7,8	15,7	4
Cartagena	838	415	49,5	12,9	5
Manizales	374	56	14,9	1,7	11
Montería	254	88	34,7	2,8	8
Villavicencio	284	42	14,9	1,3	12
Pasto	344	57	16,5	1,8	10
Cúcuta	771	135	17,5	4,2	6
Pereira	591	99	16,7	3,1	7
Bucaramanga	928	135	14,6	4,2	6
Ibagué	400	70	17,6	2,2	9
Cali	2.209	588	26,6	18,3	1
Total 13 áreas metropolitanas Dic.2000	17.868	3.204	17,9	100,0	
Cali (Cidse/Bco.Mundial) Sep.1999	2.069	662	32,0	-	-
Cali (Cidse/IRD) Junio 1998	2.020	505	25,0	-	-

Fuentes: tabulado preliminar de la Enh, Dane, etapa 110, diciembre 2000; encuesta Banco mundial-Cidse/ Univalle, Sept. 1999, Cali; encuesta Cidse/Ird (antiguo Orstom), Mayo-Junio 1998, Cali.

De otro lado, el 10,5% de la población negra y mulata urbana reside en ciudades de otros Departamentos históricamente “no afrocolombianos”; en cambio, el Pacífico tiene apenas el 7,9% del total de la población afrocolombiana urbana en Colombia, aún agregando las ciudades de Tumaco, Buenaventura y Quibdó, con los demás cascos urbanos de los municipios del Pacífico. Esto muestra la importancia creciente de concentraciones de población negra en ciudades que históricamente eran de fuerte predominio mestizo-blanco: Manizales, Cúcuta, Bucaramanga, Villavicencio, Pasto, Ibagué (Cuadro 1b), y probablemente en ciudades como Neiva, Tunja, Duitama (de las cuales no se tiene información), o el caso de Popayán (también sin información), que hasta mediados del siglo XIX fue un centro urbano importante de población esclava negra.

3) De todos modos, a pesar de la expansión de la población afrocolombiana en áreas históricamente “no afrocolombianas”, se observa una alta concentración geográfica de los afrocolombianos en el país, ya que el 92% de ellos residen en las 18 regiones del país con influencia afrocolombiana, en las cuales reside solamente el 58% del total de la población colombiana. La primera concentración poblacional afrocolombiana del país la tiene la muy extensa región del Pacífico

con el 12,4% de toda la población negra-mulata. En esta región el 55% de los afrocolombianos reside en la zona rural, incluso presentando una ligera mayor ruralidad que el conjunto de la población (el 53%). La segunda gran concentración de población negra-mulata en Colombia la tiene Cali y su área metropolitana que incluye el sur del Valle y el norte del Cauca (12,1% del total de población afrocolombiana); la tercera, Cartagena y 12 municipios de la zona norte del Departamento de Bolívar (9,8%); seguidas sucesivamente por el Departamento de Sucre y otros municipios de Bolívar; y el Departamento de Córdoba. Estas cinco regiones suman el 48,6% de la población afrocolombiana del país. En las cuatro últimas regiones el 70% de los afrocolombianos son urbanos, a diferencia de la región Pacífica.

En síntesis, los afrocolombianos hoy en día, a diferencia de 40 años atrás, son predominantemente urbanos, y una mayoría de ellos reside en aglomeraciones superiores al millón de habitantes (en las ciudades y sus coronas de municipios metropolitanos de Cali, Cartagena, Bogotá, Medellín y Barranquilla). Esto quiere decir que —como era de esperar— su patrón urbano es similar al del conjunto de la población colombiana y, por lo mismo, diferente al de los grupos indígenas. En estos últimos, a pesar de la presencia creciente de poblaciones identificadas como amerindias en las ciudades, todavía su mayor concentración es predominantemente rural en determinadas regiones del país.

2. Estructuras y condiciones de vida de los hogares afrocolombianos

Para efectos del análisis sociodemográfico a seguir, en términos regionales, hemos organizado la información estadística disponible en cuatro zonas: la costa Pacífica, la región del Urabá antioqueño, el Departamento de Bolívar y la ciudad de Cali. En las tres primeras zonas se hace la diferenciación urbana y rural. El criterio de clasificación en cuatro zonas tiene que ver, primero, con la posibilidad de agregación geográfica a nivel estadístico para las tres primeras de ellas, ya que ofrecen una alta concentración histórica de población negra, y segundo, que a la vez permitiese la comparación con Cali, ciudad mestiza de gran tamaño. Para ello se tiene el soporte empírico de tres bases de datos de encuestas relativamente equivalentes: a) la encuesta nacional de hogares urbano-rural del Dane (varias etapas, desde marzo 1999 hasta septiembre 2000); b) la encuesta Cidse-Ird en Cali sobre población afrocolombiana en 1998; y c) la del Cidse-Banco Mundial sobre pobreza y acceso a los servicios en 1999.

En las tres zonas diferentes a Cali, los estimados de concentración de población negra son (Cuadro 1a): la costa Pacífica con un 80% en la zona urbana y 85% en la rural; el Urabá antioqueño, con un 50% en la zona urbana y 60% en la rural;

y el Departamento de Bolívar con un 55% en el área urbana y 85% en la rural para Cartagena y 12 municipios contiguos, mientras en el sur del Departamento la concentración de población negra se estima en un 35% en las cabeceras y un 45% en la zona rural. En el caso de Cali, ciudad mestiza por excelencia, tenemos la ventaja de distinguir entre población de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos¹³, permitiendo así un ejercicio comparativo en un período equivalente (1998 y 1999). Así, es posible presentar un análisis de tipo regional que muestra patrones de ruralidad y urbanidad muy marcados y diferentes en las primeras tres zonas, y permite observar las tendencias de continuidad o discontinuidad sociodemográfica entre ellas, y respecto al conjunto de la población urbana y rural del país. También, se podrán analizar las diferencias entre poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas en Cali, en relación con la población urbana de las otras tres zonas y el total nacional urbano. Con las advertencias del caso (véase al respecto el anexo metodológico), consideramos válido, para hacer un análisis comparativo entre las cuatro zonas, el recurso metodológico de combinar encuestas que identifican personas y hogares según características socio-raciales en Cali, con encuestas nacionales de hogares sin ese tipo de información, pero que conciernen a las tres zonas del país con mayores concentraciones de población afrocolombiana. O sea, estamos comparando hogares e individuos de tres zonas del país, en su mayor parte afrocolombianos, con dos poblaciones urbanas en Cali, que sí han sido diferenciadas como afrocolombianas y no afrocolombianas. Más precisamente, las poblaciones que se compararan con la población afrocolombiana son, para el caso de Cali, la población no afrocolombiana; y para el Pacífico, Urabá y Bolívar, el total nacional urbano y rural.

De esta manera, intentaremos acercarnos a los procesos de desigualdad social en el país y evaluar en qué medida las poblaciones negras están más afectadas por ellos comparativamente con el conjunto de la población colombiana. Fenómenos como la urbanización y la expansión de la escolaridad y su incidencia en las características de los hogares (tipología, tasas de dependencia, tamaño, etc.) y algunos indicadores de condiciones de vida y de distribución del ingreso, serán nuestros puntos de entrada para determinar las tendencias predominantes, las similitudes y discontinuidades de la población afrocolombiana respecto al total del país.

- ***Características de los hogares afrocolombianos en las cuatro zonas***

En las cuatro zonas y a nivel nacional, en los espacios urbanos y rurales, el hogar nuclear completo es el que tiene un mayor peso porcentual, con cerca de la mitad de los hogares en el promedio nacional, aunque con algunas variaciones

13. Ambas categorías tales como se definieron en la introducción del libro.

regionales importantes (Cuadro 2). En el área rural, para las tres zonas —del Pacífico, Urabá y Bolívar—, los hogares tienen un perfil de composición similar al perfil nacional rural. En estas tres zonas con poblaciones predominantemente negras o mulatas, no existe entonces especificidad particular en término de estructura de los hogares.

Al contrario, las zonas urbanas del Pacífico, Urabá y Bolívar y la ciudad de Cali, en esta última tanto para la población afrocolombiana como no afrocolombiana, a pesar del mayor peso absoluto y porcentual de los hogares nucleares completos se observa una relativa importancia de los hogares extensos completos y, en menor medida, extensos incompletos, estos últimos sobre todo en los casos de Urabá y de los hogares no afrocolombianos en Cali. Este resultado debe ser leído en una doble perspectiva: por una parte el impacto de la crisis que habría obligado a una reestructuración de los hogares hacia mayor agrupación de las unidades familiares extensas en busca de compartir ingresos y ahorrar gastos de vivienda, alimentación, etc. (muy palpable en el caso de Cali, sobre todo en los años 1999-2000); en segundo lugar, en el caso del Urabá antioqueño y el Pacífico —el fenómeno es común al conjunto de toda la región Caribe— puede obedecer más a factores históricos de estructura social y de las relaciones de parentesco que al efecto del ciclo económico¹⁴. Además, siempre en los casos del Urabá y el Pacífico, no se puede dejar por fuera el impacto, cada vez más drástico, de la violencia armada sobre la composición de los hogares: separaciones forzadas de familias, albergue de viudo(a)s, huérfano(a)s, familiares o allegados desplazados.

Es importante señalar que en la ciudad de Cali no se presentan diferencias importantes de composición entre los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, sólo que los primeros conforman ligeramente más hogares nucleares completos (43% respecto a 39%) y menos extensos incompletos (15% frente a 19%). Esto dice mucho en contra de ciertos estereotipos, ya que los hogares afrocolombianos son tan “modernos” como los hogares no afrocolombianos. También en ellos porcentualmente es ligeramente mayor el peso de los hogares extensos completos (21% frente a 19%). Estos fenómenos posiblemente tienen que ver con dos factores (Urrea, 1999): a) la población afrocolombiana en una ciudad como Cali —y quizás sea este el patrón dominante para esta población en las grandes ciudades— tiende a conformar relativamente más hogares nucleares completos debido a un mayor número de uniones precoces (antes de 25

14. En los diferentes estudios con base en los censos de población y encuestas de hogares los Departamentos del Caribe colombiano y el Departamento del Chocó, presentan mayores pesos porcentuales de los hogares extensos, ya sean completos o incompletos, lo cual obviamente incide en tamaños promedio de los hogares superiores al resto urbano y rural del país. Sin embargo, es preciso matizar esta afirmación, en el sentido de que el fenómeno es un poco menos fuerte en la región Pacífica, ya desde los censos de 1985 y 1993.

Cuadro 2: Tipología de composición de los hogares según región y zona

REGIÓN	ZONA	TIPOS DE HOGAR (EN % DEL TOTAL DE HOGARES DE CADA FILA)							TOTAL
		UNI- PERSONAL	NUCLEAR COMPLETO	NUCLEAR INCOMPLETO	EXTENSO COMPLETO	EXTENSO INCOMPLETO	COMPUESTO COMPLETO	COMPUESTO INCOMPLETO	
Pacífico	Urbano	7,4	38,6	12,8	20,8	16,4	0,5	3,6	100,0
	Rural	8,2	50,2	7,7	20,3	12,4	0,5	0,7	100,0
Urabá	Urbano	7,9	36,1	7,6	18,2	25,6	3,0	1,6	100,0
	Rural	5,4	47,0	7,4	23,8	12,6	2,9	1,0	100,0
Bolívar	Urbano	3,5	45,6	7,9	23,7	17,0	1,2	1,2	100,0
	Rural	9,4	47,7	5,5	24,3	9,0	2,9	1,3	100,0
Total	Urbano	7,0	47,2	11,2	16,5	15,0	1,4	1,7	100,0
Nacional	Rural	7,3	51,2	7,2	20,7	11,7	1,1	0,8	100,0
Cali ¹	Hog. Afro.	6,5	42,6	11,6	20,9	15,0	1,6	1,8	100,0
	Hog. No Afro.	7,3	39,4	12,5	19,1	19,2	1,5	1,0	100,0

Fuente: Encuesta Nacional de Hogares, Dane. Etapas Marzos y Septiembres. 1999 y 2000

1/ Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse/Univalle, Sept. 1999, Cali

años); b) en el período de crisis económica la reestructuración de los hogares ya mencionada (reagrupamientos de unidades familiares extensas) se ha dado con más frecuencia entre la población afrocolombiana, la cual, como veremos más adelante, se ubica globalmente en estratos socioeconómicos inferiores a la población no afrocolombiana y, por lo tanto, se ve más afectada por los efectos sociales de la crisis.

Cali presenta un patrón similar de hogares unipersonales respecto al total nacional urbano. Los hogares afrocolombianos unipersonales tienen un ligero menor peso porcentual (6,5% versus 7,3% de los no afrocolombianos), lo cual es posiblemente explicado por el efecto de la crisis económica antes comentado, que en este caso tiene como resultado una relativa mayor recurrencia en la población afrocolombiana, que personas solteras o separadas vayan a establecerse con otros hogares (padres, familiares, etc.) para compartir residencia y gastos domésticos. El mismo factor económico explica los pesos porcentuales un poco mayores de hogares compuestos completos e incompletos entre los afrocolombianos respecto a los no afrocolombianos, pero en este caso también se puede pensar que existe una incidencia de los grupos de migrantes parientes y no parientes de una misma región, especialmente del Pacífico, que comparten una misma vivienda en Cali.

Así, las diferencias de composición de los hogares entre poblaciones afrocolombiana y no afrocolombiana no se pueden interpretar en términos de comporta-

mientos “culturales” específicos de una o otra población, sino que reflejan principalmente la desigualdad socioeconómica entre ambas poblaciones; sea a escala regional, entre las regiones de poblamiento negro-mulato (Pacífico, Urabá, Bolívar) y el resto del país, o en la ciudad de Cali, entre los ámbitos sociales que ocupan las dos poblaciones. Esta interpretación se confirma, como vamos a ver, al observar las tasas de dependencia, índices de masculinidad, tasas de jefatura fémina y tamaños de los hogares (Cuadros 3a y 3b).

Las tasas de dependencia total y juvenil (menores de 20 años), urbanas y rurales, para el Pacífico, Urabá y Bolívar son superiores a los totales nacionales urbano y rural, como es de esperar tratándose de regiones con estructuras poblacionales más jóvenes que el conjunto del país y tamaños promedio de los hogares superiores. No sobra recordar que estas regiones urbanas y rurales se encuentran en condiciones de atraso socioeconómico considerable respecto al conjunto del país. En el caso de Cali, la población afrocolombiana insertada en la ciudad presenta un patrón muy similar al total nacional urbano. Sin embargo, en la tasa de dependencia juvenil, se observa un diferencial importante entre la población afrocolombiana y no afrocolombiana (0.8 versus 0.6). Esto indica una desigualdad sociodemográfica importante entre los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos en Cali sobre la cual volveremos en detalle.

Los índices de masculinidad —total y juvenil— en las tres regiones territoriales son similares en lo urbano y rural al total nacional: por debajo de la unidad para la zona urbana y por encima para la rural, con valores casi idénticos, con excepción de Bolívar rural, en donde es superior mostrando así un mayor desdoblamiento femenino que en Urabá y Pacífico rurales. Cali registra masculinidades menores como era de esperar por tratarse de una ciudad de tamaño importante, marcada por una importante inmigración femenina, al igual que las otras grandes ciudades del país (ver capítulo 2); esto es válido en los dos tipos de hogares, sin variaciones entre ambos, lo cual reafirma que en una serie de comportamientos demográficos estamos en presencia de poblaciones muy similares.

En cuanto a las tasas de jefatura femenina, observamos primero que son superiores en el área urbana respecto a la rural en todas las zonas y para el total nacional; esa tendencia general no sorprende dados los índices de masculinidades significativamente inferiores que se observan en las áreas urbanas. Por otra parte, el Urabá urbano, el Pacífico urbano y Cali, en este orden, tienen las mayores tasas de jefatura femenina. Sin embargo, a simple vista no puede decirse que se trate de un rasgo específico de la población afrocolombiana, ya que en Cali la no afrocolombiana tiene el mismo valor (cerca de 33%). Los porcentajes para Pacífico y Urabá urbanos pasan ligeramente los de Cali (35 y 37%). En estas dos regiones esto puede tener que ver con las estructuras social y de organización

Cuadro 3a: Índices sociodemográficos y de condiciones de vida por regiones y zona y en la ciudad de Cali

Tres regiones y total nacional por zona urbano-rural, y la ciudad de Cali por población en hogares afrocolombianos y no afrocolombianos	Tasa de dependencia		Índice de Masculinidad		Tasas de jefatura femenina	Tamaño de hogar			Índice de Hacinamiento				Clima Educativo Promedio			Porcentaje de inasistencia escolar			Línea de indigencia	Línea de pobreza		
	Total	Juvenil	Total	Menores de 20 años		Hogares en el primer quintil de ingresos	Hogares en el quinto quintil de ingresos	Total hogares	Hogares en el primer quintil de ingresos	Hogares en el segundo quintil de ingresos	Hogares en el quinto quintil de ingresos	Total hogares	Hogares en el primer quintil de ingresos	Hogares en el segundo quintil de ingresos	Hogares en el quinto quintil de ingresos	Total hogares	5-11	12-17			18-25	
Pacífico urbano	1,4	1,2	0,9	1,1	34,7	5,6	3,5	4,7	2,5	1,9	0,9	1,7	5,0	6,0	9,3	7,0	10,1	20,5	80,3	19,6	49,7	
Pacífico rural	1,5	1,3	1,0	1,1	19,7	5,1	2,7	4,6	2,3	1,7	0,6	2,0	3,1	3,6	8,7	3,6	19,5	45,7	91,7	49,4	85,7	
Urabá urbano	1,2	0,9	0,9	1,0	36,6	5,2	3,8	4,6	2,6	2,1	1,5	1,9	4,4	7,5	8,7	7,5	8,3	19,5	79,5	15,0	47,8	
Urabá rural	1,5	1,3	1,0	1,0	20,0	5,6	2,0	5,1	2,8	2,8	1,2	2,7	3,5	3,7	11,0	4,1	24,9	42,4	90,6	45,8	86,8	
Bolívar urbano	1,1	0,9	0,9	1,1	25,9	5,7	3,8	4,8	2,2	1,8	1,0	1,6	5,2	6,3	10,7	7,4	9,5	19,1	75,7	15,4	49,8	
Bolívar rural	1,2	1,0	1,3	1,3	12,1	5,6	2,1	4,7	2,2	1,8	0,7	1,8	3,1	3,8	8,5	4,1	18,5	43,7	89,4	44,5	83,7	
Total nacional Urbano	1,0	0,8	0,9	1,0	28,1	4,9	3,3	4,2	2,2	1,9	1,2	1,7	5,8	6,5	10,6	7,9	7,6	17,8	71,1	11,5	42,8	
Total nacional rural	1,2	1,0	1,1	1,1	17,3	4,9	2,7	4,5	2,1	1,9	0,9	1,8	3,7	4,2	7,6	4,2	17,7	40,2	88,4	39,7	76,2	
Cali urbano¹																						
Población Afro.	0,9	0,8	0,9	0,9	32,8	5,0	3,7	4,4	2,5	2,5	1,2	2,1	8,0	8,4	12,0	9,3	3,2	18,5	76,1	14,2	47,6	
Población No Afro.	0,8	0,6	0,9	0,9	33	4,5	3,5	4,2	2,2	1,9	1,2	1,7	8,4	8,5	12,4	9,9	2,2	15,0	71,9	12,8	43,0	

Fuente: Encuesta Nacional de Hogares. Etapas Marzos y Septiembrs. 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogenizar los datos en las 4 etapas.

1. Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse/Univalle, Sept. 1999, Cali.

familiar o doméstica y los roles de género (veremos más adelante las altas tasas de participación laboral de las mujeres en el Pacífico y Urabá urbano). Pero, a su vez, estos comportamientos no se explican principalmente por una supuesta “tradicción cultural”, sino que están estrechamente relacionados con las dinámicas socioeconómicas e históricas en estas regiones. Es preciso mencionar al respecto dos fenómenos que se analizarán más en detalle en el libro para el caso de la región de Tumaco (capítulos 2 y 4), pero que se repiten en general en todo el Pacífico y Urabá. El primero es la inmigración urbana de mujeres adultas con sus hijos en busca de oferta escolar inexistente o muy deficiente en sus lugares rurales de origen, mientras los hombres, en cambio, se quedan a menudo en las zonas rurales por razones de trabajo. En este caso, la fragmentación de la unidad familiar es el precio a pagar para el acceso de los hijos a la educación. El segundo es el impacto cada vez mayor del conflicto armado y la violencia sobre los flujos migratorios campo-ciudad y su composición demográfica. Los desplazamientos forzados conllevan en efecto hacia una población con estructura por sexo y edad muy desequilibrada: abundancia de mujeres adultas, niños y ancianos, y déficit de hombres jóvenes y adultos, víctimas privilegiadas de las masacres y del enrolamiento voluntario o forzado en los diferentes ejércitos.

En el caso de Cali, es preciso ir más allá de las tasas globalmente similares de jefatura femenina en los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, porque éstas marcan fuertes diferenciales según la edad de los jefes de hogar (Cuadro 3b).

Cuadro 3b: Tasas de jefatura femenina en tres grupos de edad de los jefes de hogar por tipo de hogar en Cali

Tipo de Hogar	Grupo de Edad	% de mujeres en hogares con Jh de 12 a 39 años (*)	% de mujeres en hogares con Jh de 40 a 59 años	% de mujeres en hogares con Jh de 60 años y más	% de mujeres en el total de los hogares
Hogares Afrocolom.		22,2	35,4	47,5	32,8
Hogares No Afrocolom.		18,5	36,4	42,4	33,0
Total		20,0	36,1	43,9	32,8

(*) Para las jefaturas de hogar menores de 20 años en los hogares afrocolombianos el porcentaje de mujeres jefe es superior al 50%, mientras en los hogares no afrocolombianos es inferior al 20%.

Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse/Univalle, Sept. 1999, Cali.

De hecho, la población afrocolombiana registra tasas de jefatura femenina superiores entre los hogares con jefatura de jóvenes (12-39 años): el 22% mujeres en

hogares afrocolombianos versus 18,5% en hogares no afrocolombianos. Esta diferencia es más marcada todavía para los hogares con jefes menores de 20 años. Por el contrario, entre los rangos de 40 a 59 años los promedios son muy similares para las dos poblaciones (alrededor del 36%); mientras es ligeramente superior en los hogares con jefaturas de 60 años y más para los hogares afrocolombianos (el 47,5% versus 42%). Estas cifras señalan, primero, el fenómeno esperado de que a mayor edad de la jefatura del hogar mayor jefatura femenina, debido al doble efecto de las separaciones conyugales y viudez y de la mayor independencia que adquieren las mujeres con la edad. La excepción interesante de los jefes de hogares menores de 20 años, que muestra tasas de jefatura femeninas muy altas entre los hogares afrocolombianos puede relacionarse con el fenómeno ya mencionado de alta conformación prematura de hogares en la población afrocolombiana, asociado con uniones más tempranas y, posiblemente, separaciones frecuentes. A su vez, aquellas tendencias marcadas entre los hogares afrocolombianos deben interpretarse tomando en cuenta su peso relativo más importante en los sectores más pobres de la ciudad, en donde las uniones precoces entre adolescentes se asocian con bajos niveles de escolaridad y alta deserción escolar. Por otro lado, el porcentaje un poco más alto entre los hogares afrocolombianos en las edades de jefaturas de 60 años y más puede tener que ver con la importancia que tiene, en las redes de migrantes afrocolombianos de la costa Pacífica, las mujeres en edades adultas mayores como jefes de hogar y ejes de esas redes (Urrea, Arboleda y Arias, 1999). Sin embargo, si se exceptúa el caso de la población afrocolombiana joven de los sectores más desfavorecidos de la ciudad, la tendencia general es que las tasas de jefatura femenina crecen, por una parte, como se ha visto, con la edad, y por otra parte con la clase social, siendo mayores entre las clases medias y altas, independientemente si son poblaciones afrocolombianas o no afrocolombianas (Urrea, 1997; Urrea y Ortiz, 1999). Otra vez, a pesar de diferencias que se explican principalmente por las desigualdades socioeconómicas, este resultado muestra que, en términos de comportamientos demográficos, ambas poblaciones son muy similares.

Las fotografías 1 a 6 permiten observar figuras de niños-as y mujeres afrocolombianas en dos contextos urbanos del estudio, las ciudades de Tumaco y Cali. Dichas fotos podrían ser similares a las que se obtienen en otros contextos urbanos del país de la población afrocolombiana, en esos rangos de edad, especialmente de la costa Pacífica, la costa Caribe y el norte del Cauca. Con excepción de la fotografía 1, los rostros de dos niñas en Tumaco, las otras cinco fotografías expresan muy claramente las condiciones precarias del hábitat urbano de residencia de las poblaciones afrocolombianas, pero lo más importante de señalar es el gran peso de la población joven, asociado a determinados niveles de pobreza urbana, como más adelante se mostrará a través de diversos indicadores sociales.

En síntesis, con el proceso de urbanización, los diferentes grupos de población, independientemente de su origen y color de piel, tienden a homogeneizar y adaptar globalmente sus comportamientos demográficos. Conforme a este fenómeno, en Cali se registra un patrón más “moderno” (menor tamaño promedio de los hogares, menores tasas de dependencia, mayores tasas de jefatura femenina) que en las ciudades del Pacífico, Urabá y Bolívar: a mayor tamaño de ciudad, mayor impacto global de la “modernidad”. Pero al mismo tiempo, esto conlleva a la diferenciación social, como el factor discriminante más potente de dichos comportamientos demográficos; y eso, como vamos a ver ahora, se verifica tanto en el ámbito rural, como en ciudades pequeñas y medianas o en las grandes metrópolis. Este impacto de la clase social puede observarse, por ejemplo, en las variaciones importantes del tamaño de los hogares por quintiles de ingreso, tanto en Cali como en las áreas urbanas y rurales de las otras tres zonas.

Considerando ahora el tamaño promedio de los hogares como un indicador sintético de estos procesos de adaptación de los comportamientos demográficos y residenciales a los cambios estructurales o coyunturales en las condiciones de reproducción familiar¹⁵, las cifras del Cuadro 3a aportan elementos fundamentales para nuestra problemática. Observamos, en efecto, que la variabilidad del tamaño del hogar según el quintil de ingreso es inmensamente superior a las diferencias que separan los cuatros ejemplos regionales, los contextos rurales y urbanos o, en Cali, la población afrocolombiana y no afrocolombiana. Mientras las diferencias según los contextos de conjunto poblacional no pasan del 20% en relación al promedio nacional (5.1 personas por hogar en la población rural de Urabá versus 4.3 como promedio nacional), cualquier sea este contexto, los hogares del primer quintil de ingreso (los 20% más pobres) tienen un tamaño 1.5 veces superior a los del quinto quintil (los 20% más ricos), en promedio nacional para las poblaciones urbanas, y 1.8 veces superior para las poblaciones rurales. En estas últimas, la diferencia alcanza un factor de 2.8 en el Urabá rural (5.6 personas en el primer quintil versus 2 personas en el quinto). Relativamente a estos contrastes muy marcados, la excepción la constituye Cali, en donde el tamaño de los hogares más pobres es solamente de un 14% más elevado que el de los hogares más ricos para la población afrocolombiana y un 7% más para la población no afrocolombiana. No sobra subrayar al respecto que, cualquier sea el contexto, los diferenciales fuertes en el tamaño y la estructura de los hogares

15. Como lo hemos sugerido repetidamente en los comentarios precedentes, y es ampliamente demostrado en todos los estudios sociodemográficos modernos, el tamaño y la composición del hogar, como parámetros centrales de las estrategias de ajuste de la fuerza de trabajo y los gastos domésticos a las condiciones de reproducción económica, juegan un papel determinante en las variaciones de los otros indicadores sociodemográficos considerados en este capítulo (dependencia, hacinamiento, clima educativo, indigencia y pobreza, etc.).

se polarizan en los dos extremos de la jerarquía social, mientras en los tres quintiles intermediarios, o sea el grueso de la clase media baja y media, no aparecen variaciones importantes.

En primer lugar, estos resultados demuestran que la desigualdad de acceso a los recursos económicos se ha convertido en un determinante más potente de los comportamientos sociodemográficos que aquellos ligados al contexto socio histórico regional o a los orígenes raciales de la población, lo que seguramente no ha sido siempre el caso en Colombia. Probablemente este importante cambio estructural debe relacionarse con la difusión de un modelo familiar y residencial cada vez más universal, pero acompañándose la supuesta “modernización”, que representa un indiscutible y considerable aumento de las desigualdades socio económicas, con las tensiones y contradicciones que esa doble dinámica genera. En segundo lugar, como lo decíamos antes, las cifras muestran que la urbanización no solamente tiende a provocar una baja del tamaño promedio de los hogares, sino que reduce también su heterogeneidad, mermándose los diferenciales de comportamientos entre las clases sociales, especialmente para las clases medias.

Finalmente, en la ciudad de Cali hay diferencias importantes del tamaño promedio de los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos en los dos quintiles observados, siendo mayores en ambos casos los de los hogares afrocolombianos. Al igual que las diferencias de composición de los hogares analizadas a partir del Cuadro 2, este resultado se relaciona con el más fuerte impacto de la actual crisis social en dicha población, con un consiguiente aumento del tamaño de los hogares a causa de sus recomposiciones. Como Ramírez, Quintín y Urrea (2000) lo advierten al comparar los resultados de las dos encuestas de hogares Cidse-Ird (1998) y Cidse-Banco Mundial (1999), esta tendencia se acentuó recientemente: se produjo entre las dos fechas una fuerte recomposición en todos los hogares caleños, pero mucho más en los de la población afrocolombiana, debido a la agudización de la crisis económica en 1999.

Como se verá a continuación el proceso de diferenciación socioeconómica tiene más relevancia, ante todo cuando se trata de analizar los diferenciales en las condiciones de vida y, por supuesto, en la distribución del ingreso.

- ***Indicadores de condiciones de vida y distribución del ingreso***

Los indicadores de condiciones de vida, como el hacinamiento promedio en los hogares, el clima educativo promedio, la inasistencia escolar y las líneas de indigencia y pobreza (Cuadro 3a), ponen de relieve una serie de diferenciales entre las tres zonas y las poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas en Cali.

En general, los índices de hacinamiento no son mucho más altos en las tres zonas con amplia mayoría de población afrocolombiana (Pacífico, Bolívar y Urabá) que el promedio nacional, con excepción sin embargo de las zonas rurales de Urabá y, en menor grado del Pacífico (respectivamente 2.7 y 2.0 personas por cuarto frente a un promedio nacional rural de 1.8), lo que se relaciona con la mayor pobreza en estas regiones. En las tres regiones se amplía la diferencia entre el hacinamiento urbano y el rural, este último siempre mayor, lo que se observa con menor intensidad a nivel de los promedios nacionales. Como es de esperar, a mayor quintil de ingresos menor hacinamiento en las tres zonas, tanto a nivel urbano como rural, al igual que en la ciudad de Cali. Nuevamente, lo impactante es la magnitud de la desigualdad entre los dos extremos de la escala social, con un hacinamiento en el quintil más pobre que fluctúa entre 1.8 y 2.8 veces el hacinamiento en el quintil más rico, para las tres zonas urbanas y Cali (1.8 como promedio nacional urbano), mientras este factor multiplicativo sube a 2.3 en la zona rural de Urabá (mismo valor del promedio nacional rural), para alcanzar 3.1 en Bolívar rural y 3.8 en el Pacífico rural. Esta mayor desigualdad social en las condiciones de alojamiento de las poblaciones rurales se debe relacionar con la que ya mencionamos en los tamaños de hogares. Pero el tamaño de las viviendas influye también en el hacinamiento; por eso los más altos índices se alcanzan para los primeros quintiles de ingresos de la población urbana del Pacífico y de la población afrocolombiana de Cali (2.5 personas por cuarto), solamente superados en el primer quintil de ingreso de la población rural de Urabá (2.8 personas por cuarto). Así, en Cali, los efectos combinados del tamaño de los hogares y de las viviendas resultan en un hacinamiento superior para los hogares afrocolombianos, particularmente en el primero y segundo quintiles. Sin embargo, los diferenciales que introduce la característica racial de la población, cuando se razona en igualdad de condición económica, son muy inferiores a los que se deben a los niveles de ingreso en ambas poblaciones.

Los indicadores de clima promedio educativo del hogar y de inasistencia escolar siguen el mismo patrón de desigualdad regional y según el origen racial de las poblaciones que el hacinamiento: peores condiciones en las tres regiones con importante población negra y mulata respecto a los promedios rurales y urbanos nacionales, y para la población afrocolombiana en Cali respecto a la no afrocolombiana. Además, aparecen diferencias muy fuertes en todas las regiones, entre los ámbitos urbanos y rurales y según el tamaño y jerarquía funcional de las ciudades. Así, en las tres zonas del Pacífico, Urabá y Bolívar, como en el promedio nacional, el clima educativo promedio rural es inferior a casi el 50% al dato promedio urbano y las tasas de inasistencia escolar hacen más que duplicarse en relación a las tasas urbanas. Al inverso, estos indicadores son significativamente mejores en Cali, para ambas poblaciones afrocolombiana y no

afrocolombiana, que en el promedio nacional urbano y en los ámbitos urbanos del Pacífico, Urabá y Bolívar. Como se observaba para el hacinamiento, las diferencias según el origen regional y racial de las poblaciones son ampliamente dominadas por las desigualdades socioeconómicas. En todos los contextos estudiados, el clima educativo promedio en la población del quintil más rico supera en más del 50% el del quintil más pobre. Es el caso en Cali, para ambas poblaciones, en donde esta diferencia es la menor. En efecto, se alcanza un factor de 1.8 entre los promedios nacionales urbanos de los dos quintiles, 2.1 entre los promedios nacionales rurales, y se ubican, para las tres zonas, entre 1.9 (Pacífico urbano) y 3.1 (Urabá rural).

Nos parece importante insistir sobre estos diferenciales socioeconómicos tan fuertes, como fue también el caso con el hacinamiento, porque muestran que las tres regiones con mayor peso de población afrocolombiana no solamente se caracterizan por una mayor pobreza global, sino también por una mayor inequidad social. No cabe duda, tratándose de regiones claves en la alimentación de la inmigración afrocolombiana en Cali (sobre todo el Pacífico), de que estas condiciones en los lugares de origen repercuten en el proceso de inserción económica y social de dicha población en Cali.

De hecho, los datos sobre líneas de indigencia y pobreza¹⁶ muestran que las tres zonas están por encima de los porcentajes de hogares pobres e indigentes respecto a los totales nacionales urbanos y rurales. En el caso de Cali, tanto los hogares afrocolombianos como los no afrocolombianos presentan porcentajes superiores en indigencia y pobreza, comparándolos con el total nacional urbano; pero marcadamente más altos para los hogares afrocolombianos. Este mayor deterioro de las condiciones económicas de los hogares caleños se corresponde a la particular intensidad de la crisis económica en Cali y el Valle entre los años 1998 y 2000 con un efecto más intenso, como se ha anotado antes, para los hogares afrocolombianos.

Ahora bien, ¿cómo es el patrón de desigualdad en términos de la distribución de ingresos en las tres zonas Pacífico, Urabá y Bolívar, y la ciudad de Cali? El Cuadro 4, sobre la distribución de la población total por quintiles de ingreso apunta a este tema.

16. Definidas según un monto de canasta familiar e ingresos del hogar para cubrirla. El cálculo de los ingresos para satisfacer dicha canasta se construyó con base en estimativos para la década del 90, de acuerdo a un tipo de hogar urbano-rural promedio, a partir de la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos, 1994-1995. Los rangos de ingresos para las dos líneas pueden a su vez expresarse en un monto de salarios mínimos históricos (estimado para el período 1994-1995): indigencia, si los ingresos monetarios no llegan siquiera a medio salario mínimo, y pobreza, cuando son inferiores a un salario mínimo y medio.

De entrada, hay que volver sobre un hecho ya clásico en todos los análisis de la distribución del ingreso y la pobreza a escala nacional en Colombia: los contrastes muy fuertes entre los ingresos de las poblaciones rurales y urbanas y, por lo mismo, la magnitud de la pobreza rural en el país. Este problema se fundamenta claramente en la repartición tremendamente inequitativa del ingreso entre ambas poblaciones: mientras en promedio nacional, cerca del 80% de la población rural se concentra en los dos primeros quintiles de ingreso y más de la mitad en el primero (versus respectivamente 38% y 16% de la población urbana), solamente un 9% se ubica en los dos quintiles superiores (versus 40% de la población urbana). En los cuatro contextos geográficos de nuestro interés se reproducen este mismo esquema nacional de desigualdad socioeconómica entre poblaciones rurales y urbanas. Sin embargo, respecto a nuestra problemática sobre las poblaciones negras y mulatas, es importante señalar algunas diferencias.

Cuadro 4: Distribución de la población total por quintiles de ingreso, (% col.)¹⁷

QUINTILES	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total Nacional		Cali ^{1/}	
	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Urbano	Rural	Hogar Afro	Hogar No Afro
Quintil 1	24,4	64,7	14,3	55,4	21,9	54,4	15,7	52,2	23,1	18,1
Quintil 2	26,7	22,5	20,2	32,7	27,1	28,6	22,1	25,4	22,9	18,2
% acumulado quintiles 1 y 2	51,1	87,2	34,5	88,1	49,0	83,0	37,8	77,6	46,0	36,3
Quintil 3	22,1	8,0	36,3	7,8	20,9	9,0	22,2	13,6	22,2	19,1
Quintil 4	15,2	3,9	14,9	3,1	18,0	6,2	21,2	6,4	17,9	21,2
Quintil 5	11,7	0,9	14,3	0,9	12,1	1,8	18,8	2,4	14,0	23,9
% acumulado quintiles 4 y 5	26,9	4,8	29,2	4,0	30,1	8,0	40,0	8,8	31,9	45,1
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Encuesta Nacional de Hogares. Etapas marzo y septiembre de 1999, 2000

1/ Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse/Univalle, Sept. 1999, Cali.

La población rural de las tres zonas (Pacífico, Urabá y Bolívar) se concentra entre el 83% y el 88% en los dos primeros quintiles de ingreso, por encima del

17. Dos distribuciones de referencia sirven para establecer los quintiles entre los cuales se clasifican las distintas poblaciones. En el caso de las zonas del Pacífico, Urabá y Bolívar, a nivel urbano y rural, se trata de los ingresos promedios nacionales, urbano y rural, obtenidos con la agregación de las cuatro etapas de la Enh, marzo y septiembre, años 1999 y 2000 (los del año 2000 se deflactaron a pesos de 1999). En el caso de Cali es el ingreso promedio del conjunto de la población de la ciudad, según la encuesta Cidse-Banco Mundial (septiembre de 1999, a pesos corrientes de ese año).

promedio total nacional rural (78%), sobre todo en los casos del Pacífico y Urabá. En el primer quintil de ingresos, entre los más pobres rurales, se encuentra el 65% de la gente en la zona rural del Pacífico, el 55% de Urabá y el 54% del Departamento de Bolívar, lo cual es consistente con los datos de indigencia y pobreza. En el área urbana la situación es más heterogénea. El Pacífico seguido de Bolívar tienen un 50% de su población urbana concentrada en los dos primeros quintiles. En Urabá urbano hay una mejor distribución del ingreso: un poco menos del 35% se concentra en los dos primeros quintiles (sólo un 14,3% en el primer quintil), 36% en el tercer quintil y casi un 30% en los quintiles cuarto y quinto, lo cual refleja el peso de sectores medios asalariados y administradores de fincas bananeras, además de propietarios y sus respectivas familias con ingresos per cápita más altos que en las otras dos zonas.

La distribución de la población afrocolombiana en Cali por quintiles de ingreso se aproxima más al caso del Pacífico y Bolívar urbanos que a Urabá, ya que un 46% de ella se encuentra en los dos primeros quintiles y un 23% en el primer quintil. Es decir, en una buena parte —un poco menos del 50%— es una población pobre (ya se había observado ello en el Cuadro 3a, con un 48% de ésta en situación de pobreza y un 14% en indigencia). Pero, por otro lado, se tiene un 32% en los dos quintiles superiores, por encima de las regiones Pacífica, Urabá y Bolívar urbanos, aunque todavía muy por debajo del promedio nacional urbano (40%). Lo contrario resulta con la población no afrocolombiana caleña, con una concentración menor en los dos primeros quintiles, ligeramente por debajo del promedio total urbano (36% versus 38%) y por encima de éste en los dos quintiles superiores (45% versus 40%). Esto conlleva a un patrón de desigualdad en la distribución del ingreso según características raciales en Cali, con una sobrerrepresentación relativa de la población afrocolombiana en los grupos más pobres (quintiles 1 y 2) y los sectores de clases medias bajas (tercer quintil), mientras se observa al contrario una subrepresentación significativa de ellas en las clases medias-medias y medias-altas (quintiles 4 y 5). Sin entrar en el análisis de la segregación socio-espacial en Cali y la incidencia del factor racial en ella, lo cual se desarrolla en el capítulo 3, es importante señalar, tanto para complementar el análisis de las condiciones de vida de los hogares afrocolombianos que acabamos de presentar como para contextualizar los desarrollos ulteriores sobre su inserción en el mercado laboral, que la situación de inferioridad que la afecta en su conjunto en términos de ingresos, se traduce por un patrón de concentración residencial en los espacios más populares, particularmente en las zonas del oriente de la ciudad¹⁸ (véase el Mapa 4 del capítulo 3).

18. En el estudio realizado por Urrea y Ortiz (1999) se hace una agregación de la ciudad en grandes conglomerados geográficos con similares características sociodemográficas y socioeconómicas.

En síntesis, las tres zonas del Pacífico, Urabá y Departamento de Bolívar, en donde hay una importante concentración de población afrocolombiana, presentan condiciones de vida significativamente inferiores a las condiciones promedias nacionales urbanas y rurales, y con mayor desigualdad social en ellas. O sea, existe en la geografía del país una relación entre espacios de concentración de pobreza e inequidad social y presencia de población afrocolombiana, lo cual tiene que ver con los procesos socio históricos de desarrollo de esos espacios (véase el caso del Pacífico sur en el capítulo 4). Por otra parte, en el caso de la población afrocolombiana en Cali, con excepción del indicador de clima educativo promedio, los indicadores denotan unas condiciones de vida inferiores respecto a la población no afrocolombiana de la ciudad. Curiosamente en este caso, a pesar de tener niveles educativos cercanos en cada quintil de ingresos, las dos poblaciones registran diferencias significativas en otras dimensiones de la calidad de vida y del impacto de la pobreza, que permiten señalar un mayor efecto de la crisis económica, tanto en los sectores más populares de la población afrocolombiana como en las clases medias negras y mulatas.

3. Inserción en el mercado de trabajo de la población afrocolombiana

El anterior análisis de los diferenciales socioeconómicos entre las distintas poblaciones que concentran nuestro interés debe relacionarse con los principales indicadores del comportamiento del mercado de trabajo en los cuatro espacios estudiados y la inserción sociolaboral de sus poblaciones. La primera hipótesis que aquí planteamos, para precisarla más adelante, es que el perfil sociolaboral de los afrocolombianos en el caso de Cali y el de la población de las otras tres zonas con predominio de población afrocolombiana, reproduce por supuesto las tendencias estructurales nacionales, pero también se caracteriza por el impacto de las diferencias socioeconómicas regionales.

cas. La ciudad se dividió en cuatro grandes zonas: 1) Zona oriental (comunas 6,7,13,14,15,16 y 21); 2) Zona de ladera (comunas 1,18,20); 3) Zona centro-oriente (comunas 4,5,8,11,12, y barrios nororientales de la comuna 9); 4) Zona corredor (comunas 2,17,19 y barrios en el suroeste de la comuna 9). La zona oriental al igual que la zona de ladera está conformada en su mayoría por barrios de estratos bajo-bajo y bajo; en la zona centro oriente se observa gran heterogeneidad entre los estratos de los barrios, y aunque se presentan barrios de estrato bajo, predominan los estratos medio y medio-bajo; y por último, la zona corredor, la cual se caracteriza por tener en su mayoría barrios de estratos medio, medio-alto y alto. Para un estudio sobre la relación histórica entre población afrocolombiana y barrios populares de la zona oriental de Cali, consúltese Urrea y Murillo (1999).

- **Indicadores del mercado laboral**

El Cuadro 5, presenta los indicadores estándar del mercado laboral: tasas de ocupación, de participación laboral y de desempleo¹⁹ para las tres zonas en las que la población afrocolombiana constituye la mayor parte, por área urbano-rural, comparadas con el total nacional, y en el caso de Cali según el tipo de hogar afrocolombiano o no.

Nuevamente, las cifras revelan dos mercados de trabajo con comportamientos diferenciados, el urbano y el rural. Mientras en el ámbito rural la tasa de ocupación pasa, para el total nacional, del 56%, en el urbano a duras penas alcanza un 50%. La tasa de participación laboral sigue el mismo comportamiento (62% como promedio nacional rural versus un 55% urbano). En cuanto al desempleo, las tasas promedias son dos veces superiores en las áreas urbanas (cerca del 19% como promedio urbano versus un 9% rural), pudiéndose observar, en las regiones que nos interesan, que a mayor urbanización esas tasas aumentan, superando así el 20% en Cali. Por supuesto, otra dicotomía atraviesa todo los contextos geográficos, separando en los tres aspectos los mercados de trabajo masculino y femenino, con tasas de ocupación y participación masculinas que casi duplican las femeninas y, por lo contrario, un desempleo mucho mayor entre las mujeres (23% y 17,5% como promedios urbano y rurales versus 15% y 5,5% para los hombres). Además, para los tres indicadores, y más que todo para el desempleo, las diferencias según género se ensanchan en los ámbitos rurales, mientras, al inverso, se reducen en los contextos urbanos. No obstante, estas tendencias generales, aparecen especificidades regionales muy interesantes.

De las tres zonas geográficas, Urabá y Bolívar tienen tasas de ocupación rurales menores al promedio nacional (51% y 52%), lo contrario para la zona Pacífica, que cuenta con una tasa bastante elevada (64,5%). En el sector urbano, Pacífico y Urabá tienen tasas similares al promedio nacional mientras Bolívar urbano (con un alto peso de Cartagena) presenta un patrón más parecido al de Cali, con tasas por debajo del promedio nacional urbano. Las altas tasas de ocupación en la zona Pacífica, sobre todo a nivel rural, se deben principalmente a que las mujeres presentan tasas muy superiores al promedio nacional; volveremos en eso más adelante. Cali tiene las tasas más bajas de ocupación entre las cuatro regiones urbanas, 6% por debajo del promedio nacional urbano! Es una diferen-

19. Tasa de ocupación (TO): el porcentaje de población ocupada sobre la población en edad de trabajar (PET); tasa global de participación laboral (TGP): el porcentaje de población económicamente activa (PEA: ocupados más desocupados) sobre la PET; tasa de desempleo (TD): el porcentaje de población desocupada sobre la PEA. Debe señalarse que son datos transversales promedio de tendencia para el período 1999-2000, a nivel nacional y de las tres zonas, mientras para Cali son de septiembre de 1999.

cia fuerte, directamente relacionada con el fuerte impacto de la crisis económica en esta ciudad y el Departamento entre 1998 y 2000²⁰. En ese aspecto muy poco se diferencian las poblaciones afrocolombiana y no afrocolombiana, pero sí en cambio, los géneros, con una tasa de ocupación masculina doble de la femenina en ambas poblaciones, en conformidad pues con el patrón nacional.

Cuadro 5: Tasa de ocupación, tasa de participación y tasa de desempleo

Zonas rurales y urbanas y tipo de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos en Cali	Tasa de ocupación			Tasa de participación			Tasa de desempleo		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
Pacífica urbano	58,4	44,7	51,0	70,7	57,2	63,4	17,4	21,8	19,6
Pacífica rural	80,8	46,6	64,5	82,8	53,8	68,9	2,4	13,3	6,5
Urabá urbano	64,0	39,3	50,2	77,0	48,0	60,8	16,8	18,0	17,4
Urabá rural	75,1	26,2	51,2	78,6	34,9	57,2	4,4	25,0	10,6
Bolívar urbano	60,5	30,8	45,2	67,3	39,2	52,9	17,5	23,4	19,5
Bolívar rural	75,5	19,6	51,7	77,4	22,7	54,1	10,1	21,5	14,5
Total Nal. urbano	61,8	39,4	49,8	72,7	47,4	55,2	15,0	23,1	18,7
Total Nal. rural	78,0	32,3	56,4	82,5	39,2	62,1	5,5	17,5	9,1
Cali urbano ¹									
Pobl. Afro.	59,7	31,3	43,9	77,9	49,7	59,3	25,8	25,5	23,1
Pobl. no Afro.	57,8	33,0	44,2	73,9	50,5	57,3	24,0	23,2	21,3

Fuente: Encuesta Nacional de Hogares. Etapas Marzoy y Septiembrés. 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogeneizar los datos en las 4 etapas.

1. Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse/Univalle, Sept. 1999, Cali. Se establecieron equivalencias en el módulo de empleo con la Enh-Dane para ser comparables los datos. La población de Cali a septiembre de 1999 era estimada en alrededor 2.100.000 habitantes (excluyendo a Yumbo), de la cual aproximadamente el 33% estaría entre las categorías "raciales" negro-mulato, cerca de 700.000 personas.

La zona Pacífica tiene, tanto en el área urbana como rural, tasas de participación muy altas para las mujeres (57% en la zona urbana y 54% en la rural), fenómeno interesante que la caracteriza sobremedera. En efecto, Urabá urbano es la única otra zona con altas tasas de participación femenina (ligeramente superiores al total nacional urbano), mientras que Bolívar urbano y rural y Urabá rural registran tasas bien bajas, inferiores a los promedios nacionales, especialmente en el

20. Buenaventura, como ciudad del Valle del Cauca, ha tenido una crisis muy fuerte al lado de Cali. No obstante, a pesar de caer la ciudad de Buenaventura en la muestra urbana de la Enh nacional urbano-rural del Dane, en el conjunto de la población urbana de la región Pacífica, se registra una ocupación por encima de Cali. Esto hace pensar en el alto peso del empleo informal (rebusque) en ciudades como Quibdó, Buenaventura y Tumaco, que inflan los datos de ocupados; pero este fenómeno es común a todas las áreas urbanas diferentes a las grandes ciudades.

caso de las mujeres. Para los hombres urbanos esta tendencia se revierte, presentando el Pacífico tasas menores a las de Bolívar urbano y del total nacional urbano. Por el contrario, en el área rural del Pacífico se presentan las tasas masculinas más altas, muy por encima de las obtenidas en las demás zonas y respecto al total nacional rural. Cali no presenta diferenciales importantes de participación laboral entre hogares afrocolombianos y no afrocolombianos, a no ser una diferencia de cuatro puntos a favor de los hombres afrocolombianos (78% versus 74%), que se explica probablemente por un mayor desempleo o el rebusque. Por lo demás, las mujeres en Cali, afrocolombianas y no afrocolombianas, tienen tasas de participación superiores al promedio nacional urbano, seguramente debido a dos factores: un mayor nivel promedio de escolaridad en las mujeres, y una presión mayor en Cali que en otras ciudades del país para responder ante la crisis económica, con un aumento de participación femenina en todos los segmentos del mercado laboral.

Debido al mismo impacto de la crisis durante el período considerado, Cali tiene las tasas de desempleo más altas, para afrocolombianos y no afrocolombianos, mujeres y hombres. Sin embargo, hay tasas un poco más altas entre los afrocolombianos, mujeres y hombres (en el promedio para ambos sexos, 23% versus 21%), lo cual indica que, durante este período de crisis, de algún modo el factor socio-racial pudo incidir en condiciones desiguales en el mercado laboral²¹. Pacífico y Bolívar urbanos presentan tasas por encima del promedio nacional urbano y Urabá urbano ligeramente por debajo. En todas las zonas las mujeres registran tasas mucho más altas a las de los hombres, consistentes, como se ha visto, con el patrón nacional.

- ***Inserción en las ramas de actividad***

La inserción sociolaboral en el Pacífico, Urabá, Bolívar y Cali se registra primeramente a través de la distribución de la población ocupada por rama de actividad. Observemos primero el caso de la población rural (Cuadro 6).

21. En un estudio detallado Urrea y Ramírez (2000) tratan este asunto sobre las condiciones desiguales de empleabilidad en el mercado laboral caleño controlando el factor racial.

Cuadro 6: Distribución de la población ocupada rural por rama de actividad económica, según género (% col.)

Rama de actividad	Región							
	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total nacional	
	Género		Género		Género		Género	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.
Agri., gan., silvi., pesca, caza, minería, carbón	75,4	34,9	84,2	16,1	82,9	6,9	78,0	33,8
Extracción de minerales metálicos y otros min.	2,3	6,4	0,0	0,0	0,0	0,0	1,1	1,3
Industria y manufacturas	8,3	17,0	1,4	5,0	1,7	5,0	4,2	12,2
Electricidad, gas, vapor, agua	0,0	0,4	0,4	0,0	0,0	0,0	0,2	0,1
Construcción	1,9	0,3	1,9	0,0	1,4	0,0	2,7	0,1
Comercio, ventas, hoteles	4,9	13,9	5,8	41,7	5,7	40,3	5,1	22,3
Transporte y comunicaciones	2,5	1,0	0,8	1,1	1,9	0,0	2,4	0,7
Sector financiero, seguros, inmuebles	0,2	0,0	0,0	0,0	0,4	0,0	0,3	0,1
Servicios públicos y privados sociales, de saneamiento, diversión; actividades de defensa	3,0	11,2	4,0	13,8	4,0	23,2	3,7	12,0
Servicios personales de los hogares	1,5	14,9	1,5	22,1	1,9	24,6	2,4	17,0
Organizaciones internacionales y otros	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0	0,0
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Encuesta Nacional de Hogares. Etapas Marzos y Septiembrs. 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogeneizar los datos en las 4 etapas.

En las tres zonas se presenta una participación diferenciada por género, sobre todo en agricultura, ganadería, caza, pesca, silvicultura, etc. En este sector económico, el patrón de la población masculina no varía mucho del promedio nacional. Sin embargo, es mayor su peso porcentual en Urabá y Bolívar, por encima del 80%, mientras en el Pacífico es del 75%, debido a una mayor diversificación en los Departamentos del Chocó y el municipio de Buenaventura en la extracción de minerales metálicos y otros minerales (2,3% de los hombres en esta actividad) y también en industria manufacturera (8,3%). Pero lo que más sobresale en el Pacífico rural es la alta participación de la mujer, sobre todo en el sector primario, en agricultura, ganadería, caza, pesca, silvicultura, etc., muy diferente a las otras dos zonas, con el 35% del empleo femenino y ligeramente por encima del promedio nacional rural, al igual que en las ramas de extracción de minerales metálicos y otros minerales con un peso porcentual relativo mayor al de los hombres (6,4%), pero también en la manufactura (17%)²². Por el contra-

22. Se trata de actividades en cestería y fabricación de redes para pesca; al igual que en la transformación y producción de alimentos (selección y preparación de mariscos y pescado para empresas frigoríficas y de conservas de pescado y mariscos; fabricación de dulces artesanales y bebidas alcohólicas tradicionales), con mano de obra femenina y masculina.

rio, Urabá y Bolívar rurales tienen una menor participación de la mujer en actividades de agricultura y ganadería, etc., especialmente en Bolívar en donde es muy baja esa participación (apenas del 7%), lo cual se explica por el peso de la actividad ganadera, en donde la mano de obra masculina domina. En cambio en estas dos zonas, es considerable la importancia del empleo femenino en las ramas de comercio, ventas y hoteles, por encima del 40%, mientras que a nivel nacional alcanza solo el 22%. También tienen más peso, en el empleo femenino rural en estas dos regiones, los servicios personales a los hogares y los servicios públicos y privados sociales, de saneamiento, etc.

El Pacífico urbano presenta una mayor diversificación de actividades que Urabá y Bolívar urbanos, para ambos géneros (Cuadro 7). A pesar de que la concentración del empleo urbano en el sector primario llega en el Pacífico al 19% para los hombres, muy por encima del promedio nacional urbano (11%), esa cifra sigue muy inferior a la de las otras dos regiones (25% y 19,5% respectivamente). Además, en el sector primario, es significativa en el Pacífico la rama de extracción de minerales metálicos y otros minerales con un 3,3% de los hombres ocupados y un 2,7% de las mujeres. Esto es una característica que diferencia al Pacífico con las otras dos zonas, ya que cuenta con una población urbana —especialmente en el Chocó y Buenaventura— que trabaja en minería (extracción en aluviones de oro y platino). Las actividades de industria manufacturera tienen un 10% para ambos géneros; sin embargo, las de mayor peso porcentual para hombres y mujeres son comercio, ventas y hoteles (24% y 36%), y servicios públicos y privados sociales, etc. (17% y 27%); además para las mujeres los servicios personales a los hogares (20%). La construcción para los hombres todavía es importante (11,5%), con una participación por encima del promedio nacional urbano.

Cuadro 7: Distribución de la población ocupada urbana por rama de actividad económica, según género (% col.)

Rama de actividad	Región											
	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total Nacional		Cali			
	Género		Género		Género		Género		Pob. Afro		Pob. no Afro	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	
Agri., gan., silvi., pesca, caza, minería, carbón.	15,5	1,0	25,4	0,0	19,5	0,2	10,4	1,5	1,0	1,9	2,1	0,9
Extracción de minerales metálicos y otros minerales.	3,3	2,7	0,0	0,0	0,0	0,0	0,4	0,2	0,0	0,0	0,0	0,0
Industria y manufacturas	9,6	10,1	0,0	4,1	9,7	8,9	14,8	14,2	24,8	18,5	16,7	17,0
Electricidad, gas, vapor, agua	0,1	0,0	0,0	0,0	1,2	0,3	0,7	0,2	0,9	0,0	1,4	0,1
Construcción	11,5	0,1	4,2	0,0	11,1	0,5	8,8	0,6	8,9	0,8	6,5	0,5
Comercio, ventas, hoteles	24,0	36,3	35,5	38,8	23,2	29,8	24,4	31,5	18,9	29,4	28,0	31,2
Transporte y comunicaciones	7,5	0,9	8,3	0,0	10,2	0,9	10,4	1,8	9,2	1,9	11,1	2,2
Sector financiero, seguros, inmuebles	6,5	1,5	0,0	0,0	3,2	3,5	6,7	5,5	4,9	1,9	6,3	5,0
Servicios públicos y privados sociales, etc.	16,6	27,3	16,5	33,4	9,9	21,8	12,7	21,0	13,0	15,7	12,4	19,5
Servicios personales hogares	5,4	20,0	10,1	23,6	11,9	34,3	10,3	23,2	15,7	27,1	12,1	18,7
Organizaciones internacionales y otros	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	2,7	2,8	3,3	4,8
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Encuesta Nacional de Hogares. Etapas Marzos y Septiembrés. 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogeneizar los datos en las 4 etapas.

1. Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse/Univalle, Sept. 1999, Cali.

El Departamento de Bolívar urbano tiene una alta participación de hombres que trabajan en agricultura y ganadería, etc. (19,5%): aquí hay una serie de empleos en labores de ganadería y pesca que explican este porcentaje. Al igual que la zona Pacífica urbana, Bolívar tiene actividades de industria manufacturera (10% de los hombres y 9% de las mujeres), especialmente en Cartagena. También la construcción mantiene importancia para los hombres (11%). Las ramas de mayor participación para hombres y mujeres son: comercio, ventas y hoteles (23% y 30%), cercano al promedio nacional; servicios personales a los hogares (12% para hombres y 34% para mujeres); y servicios públicos y privados sociales, etc. (10% y 22%).

El Urabá urbano tiene la mayor participación masculina en agricultura y ganadería (25%), explicable por la vinculación a las fincas bananeras de la mano de obra de los barrios de Apartadó, Turbo y Chigorodó, pero también la que reside en las áreas peri-urbanas, en campamentos de fincas cercanas a los cascos urbanos. Pero las actividades de mayor empleo masculino y femenino urbano en Urabá son comercio, ventas y hoteles (36% y 39% respectivamente), por encima del promedio nacional, servicios públicos y privados (16,5% y 33%) y servicios personales a los hogares (10% y 24%). En esta última rama el empleo masculino tiene a menudo que ver con labores de jardinería y mantenimiento de las fincas bananeras y ganaderas. Las mujeres que trabajan en industria (4%) están también vinculadas a actividades de procesamiento del banano.

Cali, como era de esperar, tiene una distribución de actividades diferente a las otras áreas urbanas. Pero lo más importante para nuestro estudio es la desigual estructura del empleo que se puede observar entre la población afrocolombiana y la no afrocolombiana, lo cual repercute en los ingresos de los hogares, ya antes analizados. En esta dirección, sobresale el peso de las actividades manufactureras, por encima del promedio nacional urbano, sobre todo para hombres y mujeres afrocolombianos (25% y 18,5% versus 17% y 17% para los no afrocolombianos); el segundo grupo en importancia es comercio, ventas y hoteles, pero a diferencia del anterior con una participación mayor de hombres y mujeres no afrocolombianos (28% y 31% en no afrocolombianos versus 19% y 29% en afrocolombianos). Siguen dos actividades de servicios con montos porcentuales que dependen del tipo de hogar y del género: los servicios personales a los hogares con una presencia de hombres y mujeres afrocolombianos superior (16% y 27% de afrocolombianos versus 12% y 19% de no afrocolombianos), mientras en los servicios públicos y privados sociales, etc., las participaciones son similares en los dos tipos de hogares, aunque ligeramente mayor para mujeres no afrocolombianas (13% y 16% en afrocolombianos y 12% y 19,5% en no afrocolombianos). También en Cali ya aparecen otras actividades (organizaciones internacionales y otros servicios especializados), con presencia de población afrocolombiana y no afrocolombiana, pero con más peso porcentual de esta última, lo cual va en la misma tendencia general advertida.

Las fotografías 7 y 8 son representativas de actividades laborales rurales y urbanas en el municipio de Tumaco. La mujer trabajando en cestería, foto 7 y el campesino de Tumaco, foto 8, son figuras típicas de personas adultas afrocolombianas en todo el Pacífico. Hay que advertir que la cestería es una actividad importante en esta región como trabajo femenino, rural y urbano. Por el contrario, las fotos 8 y 9 son más urbanas, y aunque corresponden a la ciudad de Cali, sobre todo la segunda (la peluquería “Afro”, foto 10) es una actividad observable en diversas ciudades de distinto tamaño (además de Cali, Medellín, Bogotá,

Buenaventura, Tumaco, Quibdó), con diferentes niveles de concentración de población afrocolombiana. La fotografía 9 (mujer lavando al lado de un caño urbano en un barrio de invasión) también revela las condiciones de vida precarias en las ciudades de la población negra, pero a la vez la fuerte asociación entre roles domésticos y pobreza urbana.

• ***Inserción según posición ocupacional***

Una segunda dimensión de la inserción sociolaboral es la posición ocupacional de la población empleada. A continuación se procede a la lectura del Cuadro 8 para la población rural del Pacífico, Urabá y Bolívar, y del Cuadro 9 para la urbana (incluyendo a Cali), destacando las principales tendencias.

Cuadro 8: Distribución de la población ocupada rural por posición ocupacional según género (% col.)

POSICION OCUPACIONAL ACTIVIDAD PRINCIPAL	Región							
	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total Nacional	
	Género		Género		Género		Género	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.
Trab. familiar sin remuneración	9,5	21,1	5,7	5,0	5,2	4,4	7,6	16,6
Obrero empleado sector privado	18,7	2,6	54,6	29,8	12,0	1,1	33,6	9,1
Obrero empleado sector público	4,9	11,6	3,6	3,9	20,4	19,5	10,3	14,1
Empleado doméstico	0,0	4,9	0,0	10,7	0,0	15,0	0,5	9,1
Trab. cuenta propia	63,0	58,2	31,4	48,1	59,7	58,8	42,4	48,0
Patrón o empleador	3,9	1,6	4,6	2,5	2,8	1,2	5,7	2,8
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Encuesta Nacional de Hogares. Etapas Marzo y Septiembre. 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogeneizar los datos en las 4 etapas.

La posición de asalariado del sector privado es predominante en Urabá para los hombres (55%) y mujeres (30%), cifras superiores a los promedios nacionales y que sobrepasan mucho las de las dos otras regiones rurales en donde, al contrario, son muy bajas sobre todo para las mujeres (en el Pacífico, 19% de los hombres y 3% de las mujeres, y en Bolívar, respectivamente 12% y 1%). De nuevo aparece aquí el peso de la actividad bananera en Urabá, incluso con proletarización de la mujer rural, contrastando con la reducida oferta de trabajo asalariado en las zonas rurales del Pacífico y Bolívar. En el caso del Pacífico, el mínimo peso del trabajo asalariado interroga fuertemente la capacidad de las inversiones ca-

pitalistas recientes en el sector agropecuario, principalmente en palma africana y camaroneras, de vincular directamente la mano de obra rural o de generar actividades económicas colaterales con oferta de trabajo suficiente, a menos que se haya producido un proceso de relativa proletarización de la población en los asentamientos peri-urbanos, coexistiendo todavía con una economía campesina que aún se reproduce en los ríos. Este último fenómeno es el observado en el caso de la región de Tumaco, como se verá en el capítulo 4, ya que la mayor parte de la mano de obra asalariada de las empresas capitalistas reside en las aglomeraciones de Tumaco y Barbacoas y a lo largo de la carretera Tumaco-Pasto, beneficiándose así el sector empresarial del alto desempleo urbano nutrido de la migración rural-urbana. Finalmente, vale la pena advertir que en el total nacional rural pesa más porcentualmente el empleo público asalariado que en el urbano para ambos géneros (10% y 14% versus 9% y 13%, Cuadros 8 y 9). De las tres zonas rurales, la más dependiente del empleo público es Bolívar, con el 20% para los hombres y 19,5% para las mujeres, seguida de lejos por el Pacífico con el 5% para los hombres y 12% para las mujeres. Urabá, como era de esperar, es la menos dependiente del empleo público, con 4% para hombres y mujeres.

Con excepción de Urabá, cuya particularidad ya se comentó, el trabajo por cuenta propia en zonas rurales (léase campesinos) es preponderante tanto en hombres como en mujeres: en el Pacífico el campesinado es ampliamente mayoritario (63% de los hombres y 58% de las mujeres), en Bolívar la situación es similar, con 60% de los hombres y 59% de las mujeres. Estos valores son muy superiores a los del total nacional (42% para hombres y 48% para mujeres). En síntesis, Pacífico y Bolívar rurales son regiones campesinas, mientras Urabá rural es más proletaria, aunque con un peso de mujeres campesinas de 48%, conforme al promedio nacional.

En las tres regiones rurales el peso de la categoría patrón o empleador es inferior al total nacional rural, lo cual se debe a dos factores: a) una mayor desigualdad en la propiedad de la tierra y otros recursos rurales; b) los propietarios no necesariamente viven en la zona rural, sobre todo si se trata de hacendados y dueños de fincas bananeras o palmicultores, o de empresarios mineros y forestales. Finalmente, el empleo doméstico femenino es importante en Bolívar con un 15% y Urabá con un 11%, mientras en el Pacífico apenas llega al 5%.

Ahora bien, al comparar la ciudad de Cali con las áreas urbanas de las otras tres zonas y el promedio nacional (Cuadro 9), el perfil urbano de la posición ocupacional en Cali muestra para hombres y mujeres una mayor participación de asalariados del sector privado, incluso superior al promedio nacional urbano. Debe señalarse aquí que los hombres afrocolombianos y no afrocolombianos no muestran diferencias al respecto, mientras las mujeres no afrocolombianas tienen un

mayor asalariamiento en el sector privado, el 48% de ellas versus un poco más del 40% en las afrocolombianas. Es claro que la zona urbana de Urabá tiene el mayor peso del empleo asalariado privado masculino (52%), explicable por la enorme influencia del sector bananero en esa región; mientras las zonas Pacífico y Bolívar presentan pesos porcentuales de asalariamiento privado por debajo del 30% para los hombres y entre un 12% y 21% para las mujeres.

Cuadro 9: Distribución de la población ocupada urbana por posición ocupacional según género (% col.)

POSICION OCUPACIONAL ACTIVIDAD PRINCIPAL	Región											
	Pacífico		Urabá		Bolívar		Total Nacional		Cali 1			
	Género		Género		Género		Género		Hogar afro		Hogar no afro	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.	%Col.
Trab. fam. sin remuneración	1,6	5,8	3,0	0,0	0,6	2,2	1,5	3,8	1,0	2,0	1,7	2,6
Obrero empl. sector privado	25,7	12,4	52,0	18,8	27,6	21,0	44,2	35,7	46,3	41,7	46,7	48,0
Obrero empl. sector público	14,5	29,4	6,5	29,9	7,0	14,8	8,9	12,6	6,6	7,9	6,3	9,3
Empleado doméstico	0,2	8,4	0,0	10,6	0,3	17,4	0,4	11,4	1,6	9,9	1,2	8,0
Trab. cuenta propia	53,5	41,4	38,5	40,7	60,3	42,1	40,1	34,1	38,8	35,1	37,4	29,3
Patrón o empleador	4,4	2,7	0,0	0,0	4,3	2,6	5,0	2,5	5,6	3,6	6,4	2,9
Total	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Encuesta Nacional de Hogares. Etapas Marzos y Septiembres. 1999 y 2000. Se hicieron ajustes para homogeneizar los datos en las 4 etapas.

1. Fuente: Encuesta Banco Mundial-Cidse/Univalle, Sept. 1999, Cali.

Respecto al empleo asalariado público se dan tendencias inversas a las del privado, ya que tiene un peso importante para las mujeres en el Pacífico, Urabá y Bolívar. En Cali, por el contrario, el empleo público pesa mucho menos para los dos tipos de hogares que en el promedio nacional urbano, particularmente entre las mujeres (un poco más de 6% para los hombres y entre 8% y 9% para las mujeres). El contraste es bien fuerte al comparar Cali con las otras tres zonas urbanas. En el Pacífico, por ejemplo, el empleo público asalariado es el 15% del empleo masculino y para las mujeres casi el 30%.

Se observa una enorme importancia del servicio doméstico femenino en las áreas urbanas de Bolívar (17%), por encima del promedio nacional (11%). En Urabá es similar su peso al promedio nacional, mientras en el Pacífico pesa mucho menos (8%), posiblemente debido a una menor presencia en el área urbana de esta zona de clases medias y altas que demandan servicios personales. Si bien en

Cali el empleo doméstico tiene un peso porcentual menor al del promedio nacional, lo cual es consistente con el patrón de las grandes ciudades, se observa que para las mujeres afrocolombianas el 10% de los empleos es en esta categoría, mientras para las no afrocolombianas el 8%. Estos dos puntos de diferencia indican posiblemente prácticas de discriminación laboral en otros sectores de empleo que generan desventajas para la población afrocolombiana femenina, especialmente con menores niveles educativos, dificultando su incorporación en actividades asalariadas o por cuenta propia diferentes al empleo doméstico.

La categoría trabajo por cuenta propia es preponderante en Bolívar para hombres y mujeres (60% y 42%), seguida del Pacífico (53,5% y 41%); en tercer lugar Urabá (38,5% para los hombres y 41% para las mujeres). En el caso de Cali es un poco más importante para los hombres afrocolombianos (39% versus 37%) y mucho más para las mujeres afrocolombianas (35% versus 29%), lo cual puede indicar, sobre todo para las mujeres, una alternativa ante menores opciones de asalariamiento en el sector privado, como vimos antes con el caso del empleo doméstico. En la categoría patrón o empleador, llama la atención su ausencia en Urabá, lo cual puede significar que los pequeños propietarios trabajan por cuenta propia, mientras que los grandes y medianos no residen en la región sino en Medellín y otras ciudades. En Cali, por el contrario, la participación en esta categoría está por encima del total nacional para ambos géneros y tipos de hogar. Vale la pena aquí resaltar el caso de las mujeres afrocolombianas, que tienen un mayor peso porcentual que las no afrocolombianas, lo cual indica la existencia de una capa empresarial de mujeres negras en pequeños negocios. En sentido inverso, el porcentaje de hombres afrocolombianos en esta categoría es inferior al de los no afrocolombianos.

Conclusiones

La población afrocolombiana como se ha podido analizar en este capítulo es predominantemente urbana, viviendo la mayor parte de ella en aglomeraciones superiores a los 500.000 habitantes. Al comparar una serie de indicadores sociodemográficos entre hogares afrocolombianos y no afrocolombianos para la ciudad de Cali y los disponibles para tres zonas geográficas con participación mayoritaria de población negra (Pacífico, Urabá antioqueño y Bolívar) con el conjunto de la población colombiana urbana y rural, se observan más continuidades que diferencias entre las dos poblaciones. Los afrocolombianos-as están integrados a los procesos de modernización/modernidad, que conllevan de por sí producción de heterogeneidades sociales y de fragmentación en los espacios urbanos y rurales con dinámicas de individuación creciente, al igual que el conjunto

de la población colombiana. En este sentido, los resultados y su interpretación nos han permitido una lectura sobre las características sociodemográficas de las poblaciones afrocolombianas en los cuatro contextos geográficos distinta a la de los enfoques culturalistas. Estos últimos presuponen a menudo, por ejemplo, el predominio entre la gente negra de un modelo de familia extensa con residencia compartida y olla en común (hogar), cuando los datos ilustran lo contrario. Por lo demás, no hay que olvidar que se da una dinámica de reestructuración de hogares (entre nucleares y extensos) en relación con el ciclo económico, según cómo afecta éste las economías domésticas, tanto en zonas urbanas como rurales, sin que necesariamente medie una condición cultural. La prueba es que en Cali, bajo las condiciones recientes de aguda crisis social, este fenómeno es ampliamente compartido por las dos poblaciones, aunque por razones de diferenciación socioeconómica, su impacto sea más fuerte en los hogares afrocolombianos.

En efecto, las diferencias sí aparecen al controlar los indicadores por clase social (por ejemplo, medida a través de quintiles de ingreso) y según los contextos urbano y rural. Para las tres zonas en las cuales la mayor parte de la población es afrocolombiana, los datos indican a nivel urbano como rural una sobre participación en los dos primeros quintiles del ingreso, y particularmente en el primero, lo cual repercute en las tasas de pobreza e indigencia, superiores a los promedios nacionales. Sin que se pueda desconocer la presencia de élites afrocolombianas en esas áreas al lado de mestizas y blancas, el grueso de la población más pobre es seguramente afrocolombiana. Además, la pobreza es superior en las áreas rurales de esas zonas, en donde la participación demográfica de gente negra es mayor, sobre todo en el Pacífico. En síntesis, estos datos ponen de relieve una geografía de desigualdad socio-racial a escala nacional. En segundo lugar, el mismo patrón de desigualdad socio-racial se reproduce, en alguna medida, en la ciudad de Cali: mientras la población afrocolombiana registra una participación en los quintiles primero y segundo por encima del promedio nacional urbano, la no afrocolombiana tiene un patrón inverso, con sobre participación en los cuarto y quinto quintiles.

En la medida en que las continuidades y discontinuidades entre las dos poblaciones no tienen relación con condiciones culturales sino que muestran que son afectadas diferencialmente, en términos socioeconómicos, por la actual crisis social que se vive en Cali, entonces las desigualdades no parecen explicarse únicamente por factores de clase sino que también actúa, como handicap agregado, un componente racial que genera la dinámica de discriminación negativa, en la cual, claro está, el color de la piel es difícilmente separable del componente de clase. En esta dirección, la población afrocolombiana respecto a la blanca-mestiza, se encuentra en dos situaciones que afectan negativamente su integra-

ción en los procesos de modernidad y su acceso pleno a la ciudadanía. La primera es el fenómeno de sobre concentración poblacional, en condiciones de mayor pobreza, en las regiones geográficas de asentamiento histórico de gente negra, en las ciudades de dominio demográfico negro y enfrentando en Cali una relativa segregación residencial (sin que pueda hablarse de ghetto o espacio residencial negro homogéneo, como se verá en el capítulo 3); situación intraurbana que probablemente se produce también en otras grandes ciudades del país. La segunda, con el surgimiento y consolidación de clases medias negras urbanas en las últimas cuatro décadas, se presenta la dificultad de movilidad social ascendente para ellas, con una participación aún reducida en los sectores medios y altos de las ciudades colombianas, lo cual se explica por estructuras sociolaborales distintas en las poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas, que muestran una desventaja relativa de oportunidades laborales y de ingresos para los afrocolombianos en Cali (esto será objeto de análisis en el capítulo 6).

Por otra parte, estas situaciones deben verse a la luz de las características sociohistóricas de las regiones con mayoría demográfica afrocolombiana y las transformaciones socioeconómicas allí ocurridas, incluyendo los procesos migratorios hacia las grandes ciudades. De esta manera, hoy en día estamos en presencia de grupos sociales heterogéneos urbanos y rurales de gente negra con una distribución residencial completamente diversificada, desde las zonas rurales de economías campesinas en los ríos de la región Pacífica hasta las grandes aglomeraciones del país. Por supuesto, la migración rural-urbana y urbana-urbana y las modalidades de la inserción en el interior de las ciudades con patrones segregativos, han modificado considerablemente el panorama en las últimas cinco décadas para la gente negra (procesos que serán detenidamente analizados en los capítulos 2 y 3). Como ya lo hemos manifestado, estos procesos de modernización/modernidad afectan de manera similar el conjunto de los grupos raciales y étnicos en la sociedad colombiana. Las diferencias aparecen en las modalidades de la diferenciación social y en las formas de desigualdad y exclusión urbana y rural que se han construido y se siguen construyendo a través de una jerarquía social racializada en desventaja para la gente negra e indígena.

Entre algunas de las particularidades resultantes del tipo de estructura social y de actividad económica predominante en la región Pacífica, y en menor medida en Urabá urbano, los datos han revelado una vez más la importancia del componente de género. Las altas tasas femeninas de participación laboral y de ocupación, urbanas y rurales, así como la presencia significativa de mujeres en calidad de campesinas o asalariadas en varias actividades económicas rurales y urbanas en el Pacífico, son bien diferentes al conjunto de otras regiones y áreas urbanas del país, incluyendo la ciudad de Cali. Respecto al tipo de estructura de reproducción socioeconómica predominante en el Pacífico, en zonas rurales como

urbanas, debemos detenernos en la organización de los hogares en redes familiares en donde las mujeres disponen de una gran autonomía en el manejo de los recursos económicos, que se manifiesta en su alta participación laboral y también en otros factores (puede heredar, decidir sobre los bienes que acumula sin injerencia del hombre, etc.)²³. Es posible que los procesos de modernización durante la última década, con impactos diversos en las sociedades de la región Pacífica, hayan acentuado aún más la participación económica de las mujeres como muestran los datos en las ciudades y zonas rurales para esa región. En esta dirección la crisis económica, sobre todo en las ciudades de la costa Pacífica (Buenaventura, Quibdó, Tumaco, Guapi), también habría sido un factor de aumento de la participación femenina en actividades de rebusque. Sin embargo, en contextos urbanos por fuera de la región Pacífica, como la ciudad de Cali, las tasas de participación laboral femenina no son muy diferentes entre la población afrocolombiana y no afrocolombiana. Aquí ya entran en juego la escolarización femenina, que en clases medias negras como en los sectores populares, alcanza niveles similares a la de las mujeres blancas y mestizas, lo cual incide en una menor participación laboral en grupos etéreos entre los 15 y 25 años.

Para comprender las transformaciones sociales relacionadas con la diversidad socio-racial o étnica en la sociedad colombiana, se requiere entonces acercarse a las diferencias regionales urbanas y rurales en las características de las poblaciones, pero teniendo en cuenta a la vez las continuidades de los perfiles sociodemográficos y socioeconómicos entre las diversas poblaciones, lo cual es el resultado de los procesos de modernización del conjunto de la sociedad. Los diferenciales entre grupos de población tienen como contexto las estructuras sociales y productivas urbano regionales y las desigualdades sociales resultado de factores de clase, color de piel, relaciones de género y otras dimensiones colectivas (entre ellas la construcción étnica). Es indiscutible que la dialéctica entre estos factores, en la cual se conjugan los efectos de la segregación geográfica territorial y socio-espacial urbana, produce exclusión de la población afrocolombiana más pobre y dificultades de movilidad social para las clases medias negras. Así, la jerarquía social en la sociedad colombiana integra las percepciones y autopercepciones fenotípicas con estereotipos que, no obstante la dinámica histórica del enorme mestizaje interracial, conservan el poder de producción de diferencias.

23. Este fenómeno es generalizable a otras regiones geográficas de poblamiento negro como el norte del Cauca y sur del Valle, en donde se desarrollaron economías campesinas alrededor del cacao, tabaco, café y cultivos de pan coger prósperas después de la abolición de la esclavitud. Aún hoy en día sobreviven capas de campesinado negro en los municipios de la zona plana nortecaucana, a pesar del avance de la agroindustria cañera, la hacienda ganadera y cultivos comerciales (véase al respecto el capítulo 9).

IMÁGENES DE POBLACIONES AFROCOLOMBIANAS



Foto No. 1: Retrato de adolescente (M. González, Tumaco, 1999)



Foto No. 2: Señora cocinando en fogón de leña (C. Arias, Cali, 1999)



Foto No. 3: Niños bailando, barrio Sardi (C. Arias, Cali, 1999)



Foto No. 4: Niños saltando al mar, barrio La Isla de Tumaco (M. González, Tumaco, 1999)



Foto No. 5: Mujer joven bailando el Currulao (M. González, Tumaco, 1999)



Foto No. 6: Madre e hijo, barrio Sardi (C. Arias, Cali, 1999)

INSERCIÓN LABORAL



Foto No. 7: Señora trabajando en cestería (M. González, Tumaco, 1999)



Foto No. 8: Campesino al lado de un árbol frutal, Río Mejicano (M. González, Tumaco, 1999)



Foto No. 9: Mujer en el lavadero (C. Arias, Cali, 1999)



Foto No. 10: La peluquería Afto, barrio Charco Azul (M. González, Cali, 1999)

LA COSTA PACÍFICA Y CALI, SISTEMA DE LUGARES*

Olivier BARBARY, Odile HOFFMANN

Las poblaciones juegan un papel esencial, en interacción con otras categorías de fenómenos, en las dinámicas territoriales y los procesos urbanos en Colombia, a través de su movilidad espacial y los movimientos de bienes que les son propios. De hecho, desde hace unos veinte años, asistimos en la totalidad del territorio nacional, a una diversificación de los destinos, los ritmos y las formas de la movilidad (cf. Dureau, Barbary, Gouëset, Pissoat, 2004). La gran región Pacífica, en el sentido en el que más tarde la definiremos (recuadro 1), no es la excepción: la intensificación y la complejización de la movilidad permiten que se relacionan allí, de una nueva manera, diferentes tipos de lugares, urbanos y rurales, transformando sus poblaciones y estructuras demográficas, económicas, sociales y espaciales. Resumiendo¹, la región Pacífica, habitada desde la Colonia por una población negra en condición de esclavitud y manumisión, vive desde hace unos treinta años un éxodo rural persistente. Pero, a partir de comienzos de los años 90, su rápida integración al espacio económico nacional e internacional ha tenido por corolario la intensificación y la diversificación de flujos migratorios cuyos motores son exógenos: plantaciones de palma africana, empresas camaroneras, cultivos de coca, etc. Ciertamente, estas nuevas dinámicas económicas están acompañadas del recrudecimiento de los conflictos sociales y militares, que generan a su vez desplazamientos importantes de población.

En este capítulo, apoyándonos sobre varios ejemplos de observación de la movilidad en sus diferentes formas (comportamientos y trayectorias migratorias, migraciones temporales o alternantes), desarrollada de manera conjunta en los

* Aquí se retoman y complementan los elementos que se refieren a la costa Pacífica y Cali del capítulo "Mobilités et système des lieux", escrito por O. Barbary, F. Dureau y O. Hoffmann (2004: 69-122), como parte de una obra colectiva sobre las recomposiciones urbanas en Colombia (Dureau, Barbary, Gouëset, Pissoat, 2004). Una primera versión sirvió como conferencia en el Congreso Europeo de Americanistas de Amsterdam (Ceisal, 4 - 6 de julio de 2002).

1. Para una presentación más detallada de este contexto regional, ver los capítulos 4, 7 y 8 en este libro y el estudio de Hoffmann y Pissoat (1999).

espacios de origen y de destino de los migrantes (el área rural de la ensenada de Tumaco y Cali) y a diferentes escalas espaciotemporales, queremos ilustrar este fenómeno de integración de espacios migratorios amplios y compuestos a escala de la región Pacífica, de la cual Cali se ha convertido, en varios aspectos, en su centro.

Esta evolución suscita diversas preguntas. ¿De qué forma la movilidad espacial de la población afecta el sistema de los lugares que ésta conecta, es decir, cómo se modifican la organización territorial y las relaciones de intercambio, desiguales y desequilibradas, entre estos lugares? ¿Acaso estas transformaciones se dirigen hacia una no diferenciación del espacio o, al contrario, hacia su especialización? Y este cuestionamiento “geográfico” acerca de los efectos de la intensificación de la movilidad va a la par con un cuestionamiento sobre las funciones y las condiciones sociales de esta movilidad. ¿Cuáles son las condiciones y las oportunidades de reproducción económica y social de los individuos, los hogares o los grupos familiares, que corresponden a esa movilidad? La movilidad es cada vez más una condición de acceso a recursos económicos, sociales y culturales distribuidos de manera sumamente desigual en el espacio, pero ella a la vez es un recurso que no le es ofrecido a todos por igual. Partiendo de este fenómeno, ¿no se convierte entonces en un nuevo factor que acentúa las desigualdades sociales?

Como lo anuncia el título del capítulo, abordaremos nuestro cuestionamiento a partir de la noción de “sistema de lugares”, para la cual proponemos dos acepciones complementarias:

- (i) Un sistema de lugares se conforma con la suma de las interacciones entre lugares, generada por la circulación de personas y bienes materiales y simbólicos; la cual constituye un “sistema” desde el punto de vista espacial (de los lugares);
- (ii) Estas interacciones traen a su vez la determinación recíproca de las dinámicas demográfica, socioeconómica, cultural y política de los diferentes lugares, hasta integrarlos en un espacio de movilidad que opera como un dispositivo en las estrategias (y los obstáculos) de los diferentes actores, formando así un “sistema” desde el punto de vista de los individuos y los grupos sociales.

Así, esta noción intenta federar una serie de avances teóricos y metodológicos recientes en el campo de los estudios sobre la movilidad, aplicados en el corpus de encuestas y análisis reunido aquí, y que presentaremos de manera rápida.

• ***De la migración de individuos a la movilidad de unidades colectivas²***

Para comprender las construcciones y recomposiciones territoriales que las movibilidades ocasionan, éstas deben ser aprehendidas en sus diferentes escalas espaciotemporales y sociales: se trata de considerarlas como un sistema articulador de diferentes tipos de desplazamiento, a nivel de los individuos y de las unidades colectivas de las que hacen parte.

En el plano espaciotemporal, un enfoque de este tipo se aparta considerablemente de la concepción tradicional en la demografía, en donde las prácticas son analizadas a través del prisma de una residencia única, el lugar que la persona “acostumbra habitar” (Henry, 1981:105). En América Latina, durante los años 60 y 70, cuantiosos estudios fueron dedicados a la migración, considerada como “un hecho de carácter definitivo, un desplazamiento geográfico que implicaba una separación irreversible del migrante de su lugar de origen” (Reboratti, 1986:11). Después, numerosos autores señalaron el carácter bastante parcial de este enfoque y resaltaron la importancia de otras formas de movilidad, temporales o circulares, excluidas del análisis demográfico por no implicar un cambio de residencia, y que, sin embargo, “tienen a menudo un efecto tan importante sobre el equilibrio de una región, incluso de un país, como los desplazamientos definitivos” (Courgeau, 1988:29). Dentro de la reorientación del enfoque de la movilidad, los trabajos de los antropólogos y geógrafos han jugado un rol esencial: pusieron en evidencia la complejidad de las relaciones con el espacio y el carácter multilocal de las prácticas de las poblaciones en contextos geoculturales diversos. Como podrá apreciarse, estos principios se aplican perfectamente al caso del Pacífico colombiano.

En lo que concierne a las unidades sociales, las categorías estadísticas tradicionales (individuos, viviendas, hogares) se revelan inadaptadas para la descripción de las realidades trabajadas; los investigadores propusieron entonces nuevas nociones: J. Balán y J. Dandler (1987) introdujeron en América Latina la noción de “hogar confederado”, compuesto de segmentos cuya localización obedece a una lógica de reproducción multipolar de la familia, que retoma aquella de “sistema residencial familiar”, propuesta en las ciudades africanas para denominar “al conjunto articulado de los lugares de residencia de una misma familia” (Le Bris et al., 1987). El paso de una unidad de análisis individual a una unidad colectiva (más a menudo la familia, y a veces la comunidad campesina) juega un papel esencial pues conduce a la consideración de la circulación de los individuos entre diferentes lugares (o polos)³.

2. Esta sección resume algunas ideas desarrolladas en Levy et Dureau (ed.), 2002: 355-382.

3. Dupont y Dureau, (1984:805). Ver igualmente el coloquio sobre migraciones temporales llevado a cabo en Quito en 1986 (Reboratti ed., 1986) y el realizado en Bogotá en 1992 (Dureau ed., 1995) sobre las nuevas formas de movilidad en América Latina.

Las nociones de “espacio de vida” o “espacio vivido” (Frémont, 1976:219), las de “área de acción migratoria”, centrada sobre una “residencia-base”, y de “reversibilidad de la migración” (Domenach y Picouet, 1987) o la de “densidad de residencia” (Dureau, 1987:564), participan en este cambio de escala espaciotemporal y social del estudio de las movilidades en el cual se inspiran los análisis a seguir.

• ***Un análisis de la movilidad a partir de dos lugares de observación***

Siguiendo estos avances conceptuales, un cierto número de innovaciones metodológicas fueron desarrolladas, de las cuales nos inspiramos en las encuestas realizadas en Cali (1998) y en el municipio de Tumaco (1997 y 1998)⁴, cuyos resultados son la base de este capítulo. Nos apoyaremos sobre dos tipos de informaciones empíricas que nutren enfoques conceptuales y temáticos diferentes:

- La estimación de los efectivos y las características de los migrantes de toda la vida y de los migrantes recientes, a partir de preguntas sobre el lugar de nacimiento y el de residencia anterior que figuran en nuestras propias encuestas o en fuentes de información secundarias (censos de 1985 y 1993 y Encuesta Nacional de Hogares en Cali, datos del informe CVC-Plaidecop de 1988 y, para el período reciente, del servicio de erradicación de la malaria y del Sisben en Tumaco). Este enfoque corresponde a la noción ‘tradicional’ de migración entendida como el cambio duradero de un lugar de residencia que se supone único. Esto nos permitirá esbozar el panorama general de las dinámicas migratorias regionales en el Pacífico.
- Las trayectorias migratorias observadas por las encuestas específicas efectuadas en 1998 en Tumaco y Cali, y su análisis tipológico, a partir de las cuales aprehenderemos la continuidad espacio-temporal de las formas de movilidad, para analizar el funcionamiento, a diferentes escalas espaciales y sociales, de los sistemas de lugares contemporáneos en el Pacífico.

Estas encuestas simultáneas en Cali y Tumaco permiten un análisis del conjunto de las prácticas de movilidad en los diferentes espacios regionales que ellas cubren. Pero, por otra parte, todo sugiere una oposición evidente entre Cali —la metrópoli, debido a su tamaño y sus funciones económicas—, y el espacio urbano y rural del Pacífico, ilustrado aquí por el municipio de Tumaco. ¿Qué puede esperarse de la puesta en perspectiva de contextos geográficos y económicos tan diferentes? Ciertamente no un análisis comparativo, de tipo similitudes-di-

4. Las principales características de estas encuestas son presentadas en el anexo.

ferencias, entre estos dos lugares. La idea es más bien, a través de ejemplos, mostrar la variedad de espacios, prácticas y desafíos (individuales, familiares, sociales) que se articulan alrededor de la movilidad, para captar los determinantes de estos movimientos de personas y bienes y los diferentes impactos que tienen sobre los lugares, tomados de manera individual, pero más que todo considerados como un sistema.

La primera parte adopta de manera alternada el punto de vista de los lugares de salida y de llegada de la migración: se observará primero cómo la extensión y la configuración de la cuenca migratoria de Cali ha evolucionado al mismo tiempo que las prácticas, las trayectorias y las características socioeconómicas de los migrantes. Estas dinámicas migratorias tienen evidentemente impactos demográficos y sociales importantes y diferenciados sobre los lugares de inmigración y emigración (de los cuales un ejemplo claro es el área rural de Tumaco).

En la segunda parte, proponemos un estudio “sistémico” del espacio de circulación que constituye la gran región Pacífica. Intentaremos entonces una interpretación global del funcionamiento polimorfo de esta región como espacio que integra la circulación de seres humanos y bienes. Nos interesaremos por las diferentes modalidades por las cuales la movilidad hace que se relacionen los lugares. La diversidad de las prácticas migratorias y residenciales a diferentes escalas espaciales y temporales será relacionada con los tipos de recursos económicos o sociales utilizados en cada lugar por los individuos y los grupos familiares. Si su generalización, a diferentes escalas, tiende a hacer de la movilidad una “opción” de reproducción económica y social, ella opera, sin embargo, en condiciones bastante desiguales que desembocan, como se verá en Cali, en la cuestión de la “igualdad de oportunidades” para la inserción urbana.

Propuesto como una ilustración, a escala regional, de la noción de sistema de lugares, debemos advertir que este análisis no es completo. Nuestro comentario se mantiene restricto voluntariamente al espacio regional objeto del libro, mientras que sabemos que la movilidad contemporánea de las poblaciones del Pacífico lo sobrepasa ampliamente.

1. Las dinámicas migratorias y sus impactos en los espacios de salida y llegada

Las tendencias generales del crecimiento urbano en Colombia y los roles respectivos de los saldos migratorios y del crecimiento vegetativo han seguido una evolución importante en los últimos cincuenta años (Gouëset, 1998; Mesclier,

2002). Después de la “explosión urbana” que caracterizó el período inter-censal 1951-1964 (la población urbana aumentó entonces a un ritmo de 5,6% por año), el conjunto de las grandes ciudades del país entró, desde el comienzo de los años 70, en una fase de “transición urbana” caracterizada, de una parte, por una desaceleración sensible de su ritmo de crecimiento (baja regular de las tasas y tendencia a su estabilización progresiva entre el 2 y 3% anual), de otra, por el primado del crecimiento vegetativo sobre el saldo migratorio: en el período 1973-1985, menos de un tercio del crecimiento de la población urbana puede imputársele a la migración (Dureau y Flórez, 1996: 148). No obstante, si la intensidad de los flujos ha disminuido en proporción de la población de las ciudades de destino, la evolución de los espacios y de los comportamientos migratorios continua modelando fuertemente, a diferentes escalas temporales, las estructuras espaciales, demográficas y socioeconómicas de los lugares de emigración e inmigración y los sistemas de movilidad que se constituyen en ellos. Este es el caso particular de la región suroeste del país y su metrópoli, Cali.

- ***Evolución de la cuenca migratoria de Cali***

Considerando la información del censo de 1973 y las encuestas de hogares de 1980 y 1989, V. Gouëset (1998: 56-57) resaltaba, a pesar del cambio en la intensidad del proceso migratorio, la estabilidad de las cuencas migratorias de las cuatro principales ciudades colombianas (Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla). Señalaba también el carácter relativamente “impermeable” de estas cuencas migratorias y la inercia de la geografía de la migración en Colombia, al menos en lo concerniente a los movimientos de origen rural. Estudios más recientes, realizados por Jaramillo (1998) y Barbary, Dureau y Hoffmann (2004), evidencian situaciones nuevas, o a menudo ignoradas, que toman relativo este modelo de división en cuatro cuencas migratorias “estancadas”. Por ejemplo, la composición de la cuenca migratoria de Bogotá conoce importantes cambios desde principios de los años 90: el proceso de metropolización se afirmó de un lado, con la transformación de la migración desde Cundinamarca hacia Bogotá, de ser una inmigración de origen rural a una movilidad multidireccional dentro del área metropolitana y, de otro lado, con la polarización acrecentada hacia la capital de los flujos inter-urbanos a escala nacional e internacional.

Contrariamente a lo que se podría esperar, dado su peso demográfico y económico muy inferior al de la capital, una fuerte dispersión geográfica caracteriza históricamente la cuenca migratoria de Cali en contraste con la concentración de la bogotana. En efecto, la migración a Cali se origina en una región de influencia

vasta que comprende tres núcleos importantes de poblamiento sin competencia de otras grandes ciudades (Gouëset, 1998; Jaramillo y Cuervo, 1987; Dureau y Flórez, 1996): el sur de la zona cafetera, el altiplano de Cauca y Nariño y el litoral de la costa Pacífica desde Buenaventura hacia el sur). Es así como, en el censo de 1985, mientras aproximadamente un 55% de inmigrantes a Bogotá son originarios de departamentos vecinos (Cundinamarca y Boyacá) y que las migraciones lejanas provienen en su mayoría de las capitales departamentales, la estructura de flujos migratorios hacia Cali es mucho más diversificada, cubriendo cuatro áreas geográficas desiguales en importancia. El hinterland rural y urbano de Cali, compuesto de municipios de los Departamentos del Valle (excluyendo a Cali) y del norte del Cauca, contribuye con un 35% de los orígenes migratorios. El segundo espacio, que agrupa más o menos un 45% de los orígenes, muestra que la influencia regional de la ciudad se extiende por todo el suroeste de la dorsal andina, desde el sur de Antioquia hasta Nariño y Putumayo; esta gran extensión de la cuenca regional de Cali contrasta fuertemente con la concentración de la de Bogotá. La migración urbana de larga distancia hacia Cali (región central y nororiental del país, costa Atlántica y extranjero, aproximadamente un 7% del total), prueba ser un fenómeno antiguo, relativamente limitado y bastante estable en el tiempo (otra gran diferencia con Bogotá, en donde al contrario, las migraciones urbanas de larga distancia crecen continuamente en importancia relativa desde hace veinte años).

El cuarto espacio lo constituye la región Pacífica, ciertamente un espacio aparte, tanto desde el punto de vista económico y demográfico, como en lo concerniente a su dinámica migratoria hacia Cali. En efecto, a mediados de los 80, a pesar de la existencia de migraciones antiguas desde Buenaventura, Tumaco, Barbaçoas y el sur del Chocó, este territorio no contribuye sino con un 13% al total de las migraciones acumuladas durante el período de “explosión urbana” de Cali, cifra que se reduce al 11% en el censo de 1993. El mayor rasgo de la evolución de la cuenca migratoria de Cali desde 1993 **es el fuerte aumento de la contribución de la región Pacífica en los flujos recientes** (un 30% de los inmigrantes recientes llegados entre 1993 y 1999). Esta progresión se debe en parte al mantenimiento o al aumento regular de flujos provenientes de áreas de atracción “tradicional” de Cali (Tumaco, costa Pacífica del Cauca, Buenaventura, Sur del Chocó), pero sobre todo a “empujones” migratorios muy fuertes que proceden de espacios predominantemente rurales, como el valle del Patía entre 1993 y 1996 (11.000 inmigrantes aproximadamente), la costa Pacífica de Nariño (sin incluir Tumaco y Barbaçoas) y el norte del Chocó desde 1996 (entre 2.000 y 1.000 inmigrantes respectivamente). Tales fenómenos “de expulsión” desde regiones alejadas no se encuentran apartados de los trastornos territoriales, económicos y militares sufridos por estos territorios desde la llegada de los actores

del conflicto social y político y de sus “brazos armados” (inversionistas agroindustriales, traficantes de droga, guerrilla y milicias paramilitares). En un contexto así, los parámetros de la distancia geográfica y de las oportunidades de empleo no son por supuesto los únicos determinantes de la emigración. Dentro de la lógica de actores con un capital económico y profesional bajo o medio, la “distancia” que gobierna sobre la decisión migratoria es a la vez un condicionamiento fuerte y multidimensional: incluye tanto la evaluación de los riesgos inherentes al viaje (comparados a aquellos de quedarse) como las oportunidades de acceso a la seguridad, educación y salud (lo mismo que a un empleo) y también la del capital social y cultural más o menos estructurados que se deja en comparación con el que espera encontrarse en los lugares de destino. Sobre esto volveremos para el caso de la costa de Nariño.

- *El impacto demográfico en Cali de los flujos migratorios recientes*

Además de su reorientación geográfica, podemos presenciar cambios notorios en la composición demográfica de las recientes migraciones hacia Cali (Cuadro 1)⁵. A imagen de una tendencia general para la mayoría de los países de América Latina (Chackiel y Villa, 1993), la migración con destinación urbana en Colombia es **predominantemente femenina, de jóvenes adultos** y más a menudo individual (y no familiar). El carácter netamente femenino de la migración con destino urbano se remonta a los años 50 y se incrementó durante los años 70 (Yepes y Arias, 1976: 207; Flórez, 2000:70). Según Urrutia (1990), la feminización del éxodo rural debe relacionarse con la mecanización de la agricultura que generó un desplazamiento de la mano de obra femenina dado su carácter “secundario” o ligado a la agricultura de subsistencia. Pero existen, como lo veremos, otros factores económicos, demográficos y psicosociales que llevan a la emigración de las mujeres hacia las ciudades.

5. Debido a la inercia en el tiempo de las estructuras de población en las grandes ciudades, no es sorprendente que las cifras del Cuadro 1, calculadas sobre la población de los inmigrantes de toda la vida, no muestren cambios drásticos. Sin embargo, estas evoluciones corresponden a modificaciones importantes de las estructuras demográficas en los flujos entre 1993 y 1999.

Cuadro 1. La inmigración de toda la vida en Cali, evolución de las estructuras por edad y sexo según el lugar de nacimiento

Fuentes: Lugares de nacimiento:	Censo de 1993					Encuesta Cidse/Bm 1999				
	Indice de masculinidad	Rangos de edad			% del total de inmigrantes de toda la vida	Indice de masculinidad	Rangos de edad			% del total de inmigrantes de toda la vida
		0-19 años % línea	20-59 años % línea	60 años y + % línea			0-19 años % línea	20-59 años % línea	60 años y + % línea	
Costa Nariño	75	23	69	8	4	66	13	72	15	5
Costa Cauca y Patía	60	23	68	8	2	60	18	57	25	2
Buenaventura	79	31	65	4	3	90	16	73	11	4
Chocó	63	21	69	10	2	78	20	65	15	2
Total Pacífico	71	25	68	7	11	74	16	68	16	13
Norte del Cauca	71	22	68	10	4	79	19	67	14	4
Sur del Valle	81	21	67	12	8	72	11	70	19	9
Norte del Valle	83	16	73	11	21	80	12	68	20	20
Total hinterland Cali	81	18	71	11	33	77	13	68	19	33
Interior Cauca	69	22	67	11	7	64	15	67	18	8
Interior Nariño	87	18	68	14	5	72	6	70	24	5
Tolima, Huila, Caquetá, Putumayo	81	16	66	18	8	73	12	62	26	10
Antioquia y Viejo Caldas	89	15	69	16	19	70	11	63	26	19
Total distancia media	84	17	68	15	39	70	12	64	24	42
Región oriental y Bogotá	93	28	60	12	9	75	25	54	21	9
Costa Atlántica	91	29	63	7	1	81	39	55	6	3
Extranjero	105	49	37	14	1	N.S.	N.S.	N.S.	N.S.	N.S.
No respuestas	79	36	56	8	6	-	-	-	-	0
Total Larga distancia	89	32	58	10	17	77	28	54	18	12
Total inmigrantes	82	21	67	12	47	73	15	65	20	42
Nacidos en Cali	97	54	43	3	53	97	50	46	4	58
Total	89	38	54	7	100	86	35	54	11	100

Fuentes: Censo 1993, Dane. Encuesta Cidse/Bm, Cali 1999, N.S.: datos no significativos.

Según el censo de 1993 en Cali, la relación de masculinidad entre la población migrante era de 82 hombres por cada 100 mujeres, mientras que para la población nativa era de 97 hombres por cada 100 mujeres. La migración más femenina se asociaba a espacios predominantemente rurales (costa del Cauca y Valle del Patía, interior del Cauca, costa de Nariño y Chocó) o a ciudades cercanas

(Buenaventura, norte del Cauca), mientras que las migraciones urbanas de distancia más larga tenían estructuras más equilibradas. La encuesta de 1999 pone en evidencia una **muy fuerte feminización de la migración** (73 hombres por cada 100 mujeres entre la población migrante) y la generalización del fenómeno para casi toda la totalidad de orígenes. Así, una explotación más detallada de los datos de la encuesta de 1999 muestra que, entre los flujos de inmigración en fuerte progresión, sólo aquellos provenientes de Buenaventura, Chocó y Norte del Cauca se masculinizaron; en todas las otras partes el cociente de masculinidad cayó (de 84 a 70 en promedio) a causa de una progresión del número de mujeres inmigrantes en un 45%, mientras que el de los hombres no progresaba sino en un 12%. Podría imaginarse hasta qué punto las estructuras por sexo de los flujos recientes se desequilibraron para producir cambios de tal magnitud en los stocks de inmigrantes de toda la vida.

Según la encuesta Cidse/Ird, en Cali el 62% de los inmigrantes con menos de cinco años de llegada a Cali eran mujeres y de ellas un 60% tenían entre 15 y 35 años. Aún, si el impacto demográfico directo del flujo migratorio ha disminuido desde 1980, a causa de la baja del número de inmigrantes, el aporte por migración de una población masivamente femenina y concentrada en las edades de mayor fecundidad modela fuertemente la estructura por edades del conjunto de la población. Contribuye primero a engrosar la masa de jóvenes adultos en el conjunto de población y, por otro lado, aumenta la tasa global de natalidad. De esta manera, las estructuras por edad de las poblaciones nativa y no nativa de Cali son opuestas en todos sus puntos. En 1999, la población de migrantes se concentraba en edades adultas (65% tiene entre 20 y 59 años) y comprende a una franja importante de personas mayores de 60 años (20%). En la población nativa sucede lo contrario, los niños y adolescentes ascienden a la mitad del total (50% menores de 20 años), mientras que los mayores de sesenta no constituyen sino un 4%. En total, el aporte migratorio y el excedente de nacimientos que engendra desaceleran de manera significativa el envejecimiento del conjunto de la población de Cali, que en 1999 todavía incluye un 35% de menores de 20 años y solamente un 11% de mayores de 60.

- *¿Qué pasa en los lugares de emigración? El ejemplo de Tumaco*

En todo el país, el carácter femenino de los flujos migratorios con destinación urbana genera desequilibrios importantes, contribuyendo a una sobre representación de los hombres en el medio rural. El fenómeno se agudiza en las zonas de colonización agrícola reciente, como son la Amazonía, los Llanos, la costa Pacífica, y el interior de la región Caribe (Mesclier, 1999:76). El ejemplo de Tumaco permite examinar más adelante procesos bastante comunes a los de otras regio-

nes colombianas marcadas por el envejecimiento de la población campesina y su masculinización⁶.

El municipio de Tumaco, en el extremo suroeste del país, abriga unos 200 caseríos y pueblos, más la ciudad misma que contiene aproximadamente la mitad de la población total (115.600 hab.). Más de la mitad de los caseríos, con un seguimiento regular por los servicios de salud, presentan tasas negativas de crecimiento anual para el período 1994-1996, de las cuales veinte son inferiores al -10%. Se trata entonces de una **emigración muy fuerte**, aún si se encuentra repartida de manera desigual en el territorio municipal. De hecho, casi un tercio de los caseríos presenta al contrario un crecimiento demográfico sostenido (tasa anual >3,5%); éstos son sobre todo los pueblos localizados en cercanías a la vía Tumaco-Pasto, caracterizados por un dinamismo económico más fuerte que el promedio (comercio, venta de madera, trabajo asalariado en plantaciones vecinas). Otras dos pequeñas zonas conocen igualmente un crecimiento demográfico: el alto Chagú (zona de producción de coca desde hace unos diez años) y la costa norte de Tumaco (San Juan), activa particularmente alrededor del negocio maderero.

Variable de una localidad a otra, la emigración es igualmente selectiva, generando modificaciones importantes en las estructuras de edad y sexo. Según el censo de 1993, las poblaciones de los diez municipios del litoral pacífico de Nariño sufren todas de un claro déficit de mujeres, sobre todo en las zonas rurales. La pirámide de Tumaco rural, siendo la menos “desequilibrada” de todas, muestra una clara ruptura entre las mujeres a partir del rango de edad 15-19 años. Las pirámides más asimétricas conciernen a los centros urbanos de Roberto Payán, Barbacoas y, en menor medida, Iscuandé; éstas son zonas de conflicto armado en la región, con presencia de guerrilla desde principios de los 90: déficit importante de hombres adultos (desde los 25 o 30 años) y débil presencia de niños. Sumados a los factores económicos y sociales, como lo veremos, los problemas de orden público repercuten rápidamente en los comportamientos migratorios, impuestos en su mayoría por la fuerza (huida, desplazamiento). Los datos de diferentes monografías concuerdan con las cifras. En 1991, la zona de las riberas (cinco riberas al norte de Tumaco, que reúnen unos 30 caseríos o pueblos y aproximadamente unos 8.000 habitantes) presenta una tasa de masculinidad adulta de 117 hombres por cada 100 mujeres⁷ y esta tendencia se extiende a la totalidad del municipio de Tumaco: en 1994-1996, la tasa de masculinidad es de 88 en medio urbano por 108, en promedio, en el medio rural, en donde casi un

6. Para una descripción de conjunto a escala nacional, ver Mesclier (1999: 74-77).

7. N.d.C. Angulo Paredes, O.M. Saya y J.J. Riascos Torres, 1991.

cuarto de los pueblos presentan tasas superiores a 122⁸. **La feminización de la migración adulta hacia Tumaco tiene como corolario la masculinización del área rural del municipio.** Se llega entonces a la situación inversa de aquella descrita por Whitten en los años 60, en la que señalaba la propensión de los hombres a migrar (Whitten, 1992:11). De la misma manera, Motta mostraba que en Salahonda, municipio próximo a Tumaco, la emigración femenina era bastante inferior a la masculina (Motta 1975: 67 y 69). Parece que la ruptura se sitúa a mediados de los años 80⁹, y que posteriormente el movimiento de migración se amplificó en el curso de los años 90, de manera más notable después de la caída del cartel de Cali que influía en toda la región.

Los datos del Sisben (1994-1996) permiten, a partir del análisis comparado ciudad-campo, comprender algunos efectos y motores de las migraciones hacia las ciudades. El impacto sobre las estructuras familiares y de los hogares es evidente: en promedio, los hombres no representan sino un 55% de los jefes de hogar en la ciudad, contra un 78% en el campo. Por otra parte, los jefes de hogar solteros son bastante más numerosos en la ciudad que en el campo (48% contra 30%), y se trata la mayoría de veces de mujeres (85% de jefes solteros en la ciudad, 65% en el campo). Estas marcadas diferencias de las estructuras familiares están acompañadas de diferencias importantes en términos de capital escolar: en la ciudad, casi un tercio de los jefes de hogar no tienen ninguna escolaridad, un cuarto terminó sus estudios primarios y eventualmente continuó educándose. En el medio rural, son cerca del 50% quienes no poseen ninguna escolaridad, y sólo un 5% culminó el ciclo de educación primaria. **La ausencia de oferta de escolaridad de calidad en el medio rural explica en gran parte la emigración hacia la ciudad.** Todas las entrevistas lo confirman: la emigración de mujeres atañe a las solteras que parten en busca de trabajo (hacia Cali), pero también y sobre todo a las madres de niños en edad escolar (hacia Tumaco). Estas últimas se instalan en la ciudad con sus hijos, el marido permanece eventualmente en el pueblo o realiza constantemente viajes de ida y vuelta (bi-residencias o migraciones alternadas). Todo parece indicar que la carga de la manutención familiar en la ciudad —incluyendo educación y salud— recae sobre las mujeres. Entre tanto, el desempleo de los jefes de hogar llega a un 17% en la ciudad (9% en el campo), pero cerca de un 75% de los adultos declaran el “no tener trabajo”, contra un 55% en el campo.

8. Datos de las encuestas del Sisben (*Sistema Integrado de Subsidios para el Bienestar Social*), 1994-1996, sobre una muestra de un cuarto de la población municipal, tanto en medio urbano como en pueblos y riberas.

9. En 1987, un reporte de la CVC sobre las cinco riberas mencionadas, muestra una tasa de masculinidad media de 96, es decir relativamente equilibrada, pero que recupera situaciones con amplio contraste, señalando por lugar el inicio de las migraciones femeninas hacia Tumaco y Cali (Saneamiento Básico Integral. CVC-Plaidecop, Cali, 1988).

- **Comportamientos migratorios diferenciados según el género y los estratos socio-económicos**

Más allá del volumen y la composición socio-demográfica de la migración de toda la vida o de los flujos recientes, hasta el momento analizados, se hace necesario considerar las trayectorias migratorias en su globalidad. Su identificación y caracterización son esenciales para comprender las lógicas de la migración e interpretar las estrategias migratorias, producto de la experiencia y de las formas de capital acumuladas en los diferentes lugares de residencia. Un análisis tipológico de los datos biográficos obtenidos en Cali (1998)¹⁰ permite, sobre la base de tres indicadores simples¹¹, sacar ciertas diferencias, así como algunas regularidades, que podríamos llamar las “invariantes” de los trayectos migratorios hacia Cali.

En promedio los inmigrantes observados en la encuesta de 1998, han conocido 1,75 lugares diferentes de residencia antes de su primera llegada a Cali¹². Más de la mitad de las migraciones (57%) se hace directamente desde el lugar de nacimiento y los migrantes indirectos conocen, en conjunto, unas dos etapas migratorias antes de su entrada a la ciudad (2,75 lugares de residencia en total). El resultado importante que se desprende de este resumen del itinerario migratorio hasta la llegada a Cali tiene que ver con la variabilidad del número de etapas y del porcentaje de migración directa según el **sexo y las características socioeconómicas de los migrantes**. Globalmente, la migración femenina es más directa que la migración masculina (59% contra un 55% para los hombres) y comprende un menor número de etapas residenciales antes de la llegada a la ciudad (2,5 para las inmigrantes indirectas contra 3 para los hombres). Esta menor complejidad de las trayectorias femeninas debe relacionarse con la desigualdad de oportunidades de inserción escolar y profesional de las mujeres y verse como el producto de las estrechas relaciones entre migración y actividad económica. Una parte de las migraciones femeninas “dependientes” del cónyuge no se realizan sino cuando en efecto el hombre parte primero y se asienta en un

10. La herramienta empleada para el análisis tipológico de las trayectorias individuales es el Análisis Armónico Cualitativo, método de estadística descriptiva de los procesos aleatorios propuesto por J.C. Deville y G. Saporta en 1982 y adaptado para la clasificación de los datos biográficos por O. Barbary en 1995 (Deville, 1982; Barbary y Pinzón, 1999). Para responder a las necesidades del estudio de las migraciones entre Cali y el Pacífico, se considera una desagregación detallada de los lugares de origen, lo cual implica un número importante de clases: 34 para un total de 1.175 inmigrantes observados.

11. El número de etapas antes de la primera entrada al lugar de inmigración, el porcentaje de inmigrantes directos y la duración promedio de las trayectorias de los inmigrantes indirectos.

12. Es decir, su lugar de nacimiento y, frecuentemente, una etapa residencial anterior a su llegada a Cali.

lugar de residencia estable donde puede asegurar el sostenimiento económico de la familia. Sin embargo, que la migración de las mujeres sea más directa no es siempre sinónimo de migración dependiente; a veces ésta se explica, por el contrario, por un proyecto migratorio específicamente femenino, ligado directamente a los recursos típicos del medio urbano: empleos “femeninos”, educación y salud (para ellas mismas, o para sus hijos), y también por la atracción del “modelo” urbano de condición femenina (independencia económica y social; o sea, el efecto del proceso de modernidad); un ejemplo de esto lo vimos en Tumaco.

Cuadro 2. Los principales tipos de itinerarios de quienes migran a Cali observados en 1998 (Cidse/Ird)

INDICADORES ⁽²⁾ :	PROPORCIÓN DE MIGRANTES DIRECTOS ⁽³⁾						
	Sexo		Total (%)	Total (Obs.)			
LUGAR DE ORIGEN ⁽¹⁾ :	Hombre (%)	Mujer (%)					
Pacífico rural lejano	45,2	63,3	55,3	141			
Pacífico urbano lejano	50,0	58,8	55,4	195			
Buenaventura	51,3	60,3	57,0	107			
Hinterland rural de Cali	52,4	61,6	58,3	115			
Hinterland urbano de Cali	65,0	70,6	68,2	239			
Distancia media rural	60,0	56,4	58,1	74			
Distancia media urbana	69,0	69,1	69,1	181			
Larga distancia	40,9	57,1	50,0	50			
Migrantes mayores de todos los orígenes	0,0	2,2	1,4	73			
Total	53,1	59,8	57,1	1175			
INDICADORES:	TRAYECTORIA DE LOS MIGRANTES INDIRECTOS ⁽⁴⁾						
LUGAR DE ORIGEN:	Número promedio de etapas			Duración promedio de la trayectoria en años			Total (Obs.)
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total	
Pacífico rural lejano	5,6	3,9	4,9	18	11	15	63
Pacífico lejano urbano	3,7	3,0	3,2	9	8	8,5	87
Buenaventura	4,8	3,0	3,6	24	11	16	46
Hinterland rural de Cali	2,8	4,2	3,5	13	16	14	48
Hinterland urbano de Cali	3,1	2,7	2,9	9	16	13	76
Distancia media rural	3,4	3,2	3,3	9	24	19	31
Distancia media urbana	3,5	2,6	2,9	13	12	12	56
Larga distancia	5,7	3,7	4,3	23	16	18	25
Migrantes mayores de todos los orígenes	5,3	5,8	5,5	18	22	20	
Total	4,1	3,4	3,7	14,1	15,5	14,9	504

(1): Reagrupamiento de la tipología de las trayectorias en 34 clases.

(2): Las estadísticas son calculadas ponderando las observaciones por los factores de extrapolación del muestreo. Las últimas columnas dan, a título indicativo, el número de observaciones.

(3): En porcentaje del conjunto de inmigrantes (número de inmigrantes de los dos sexos en la última columna).

(4): Desde el lugar de nacimiento hasta la última entrada a Cali (número de inmigrantes indirectos de los dos sexos en la última columna).

Los indicadores sintéticos considerados hasta aquí para el conjunto de los migrantes esconden importantes variaciones de las trayectorias y las características de los individuos que las realizan: examinando los resultados, se manifiesta **la diversidad de recorridos** seguidos por los inmigrantes (Cuadro 2¹³).

El porcentaje de migración directa varía según el origen geográfico de los flujos, pero no existe una relación sistemática con la distancia entre Cali y el lugar de nacimiento (del tipo: migración próxima = alto porcentaje de migración directa). Por lo general, las proporciones más elevadas de migración directa se observan para los flujos de origen urbano, aun cuando son de larga distancia, mientras los más bajos corresponden a inmigrantes rurales, incluyendo los de orígenes cercanos. Sin embargo, esta oposición urbano/rural no es sistemática y lo sugerido por las cifras es más bien una **fuerte diferenciación del tipo de trayectoria según las características demográficas y socioeconómicas de los migrantes**. Así, la migración directa a Cali es particularmente frecuente entre las mujeres de origen urbano cercano, con bajo nivel de escolaridad (primaria o secundaria incompleta); al contrario, se encuentra muy escasamente entre los hombres de origen rural que, a la fecha de la encuesta, han logrado constituir un capital escolar más elevado (secundaria o estudios superiores).

Para los migrantes indirectos, el número de etapas entre el lugar de nacimiento y Cali, que tiene en cuenta la totalidad de la movilidad residencial hasta la última entrada a Cali, se relaciona más sistemáticamente con la distancia del lugar de origen: se establece en un promedio de 3,7 etapas, pero cae a 2,9 para los provenientes de ciudades cercanas o a distancia intermedia de Cali, mientras que llega a 4,3 para los migrantes de larga distancia (casi todos de origen urbano) y 4,9 para aquellos del Pacífico rural (sin incluir el municipio de Buenaventura). Aquí el número de etapas parece ligarse directamente a la accesibilidad determinada por la distancia en kilómetros, los obstáculos geográficos y la infraestructura de transporte. Pero una vez más, tal determinación no es uniforme y las trayectorias complejas cubren realidades diferentes según las características socioeconómicas de los inmigrantes. Por ejemplo, la complejidad de los itinerarios no se explica de la misma manera para los originarios de Tumaco (4,6 etapas para los migrantes rurales, 4,3 para los urbanos), o los migrantes rurales de la costa Pacífica del Cauca y del valle del Patía (5,7 etapas en promedio) que para los inmigrantes, generalmente de edades mayores, salidos de los barrios acomodados de Buenaventura¹⁴ (4,8 etapas migratorias en promedio). En el primer caso, se trata bien

13. No se detallarán aquí los resultados obtenidos para las 34 clases de la tipología. El Cuadro 2 describe los grandes tipos de itinerarios hacia Cali, agrupados según las principales zonas de origen con la ayuda de indicadores que resumen sus características promedias.

14. Dado nuestro interés particular por la relaciones entre Cali y las ciudades del litoral Pacífico, la biografía residencial de la encuesta comprende, para todas las etapas ubicadas en Cali, Tumaco y

del importante costo relativo de una migración de larga distancia sumado a la fuerte necesidad de emigrar, lo que produce recorridos por etapas sucesivas o tentativas repetitivas de inserción residencial y económica en Cali. En el segundo, es la acumulación económica durante largos períodos de residencia en Cali la que genera residencias alternadas entre Cali y Buenaventura, según se vayan modificando las aspiraciones y las oportunidades a lo largo del ciclo vital.

De manera más general, **la movilidad residencial alternada entre Cali y el lugar de origen** es buena ilustración del acceso socialmente diferenciado a ciertos tipos de movilidad residencial. El fenómeno se concentra en efecto en los dos extremos de la escala social, raramente tocando a las clases medias. Los residentes de los sectores más populares de Cali (47% de quienes la practican) son en su mayoría originarios del hinterland rural o urbano de la ciudad (Valle y norte del Cauca), donde mantienen su “residencia-base” (baja densidad de residencia en Cali para la totalidad del período). De manera inversa, los habitantes de barrios acomodados (48%), con orígenes más lejanos y variados, residen la mayoría del tiempo en la metrópoli. El caso de los originarios de Buenaventura es un ejemplo de esta segmentación social. Entre ellos, los que salen de los barrios acomodados del gran puerto del Pacífico tienen los medios económicos para una movilidad frecuente entre Cali y su ciudad de origen, estrategia que se ajusta, como le venimos viendo, a los azares de la coyuntura, a su situación familiar y posición en el ciclo de vida, en fin, a los imperativos de su reproducción económica, social o familiar. En su caso, esta alternancia residencial se conjuga a menudo con una ascensión social en Cali (paso de barrios de clase media a barrios de clases acomodadas). Al inverso, las trayectorias más simples de los originarios de la zona rural o de los barrios populares de Buenaventura (menos de tres etapas en promedio), corresponden a una movilidad con motivo principalmente económico, y que se encuentra limitada por la baja acumulación de capital económico y social.

En conclusión, debe recordarse primero la importancia del impacto demográfico que las migraciones ejercen sobre todas las categorías de lugares (metrópolis, pequeñas ciudades y espacios rurales), a través de la modificación del efectivo y de la composición de su población. Las ciudades pequeñas y los espacios rurales ven a sus poblaciones modificarse en corto plazo de manera radical, en volumen, estructuras por edad y sexo, e igualmente en la composición socioeconómica: los flujos migratorios son siempre selectivos. En Tumaco, la disminución de las poblaciones rurales marginadas económica y geográficamente y la

Buenaventura, la identificación de la vereda (del río o del pueblo) en la parte rural del municipio, y del barrio en la parte urbana. Dicha información, cuando se cruza con la estratificación socioeconómica de las tres ciudades, nos ha permitido la calificación detallada del entorno socioeconómico de estas etapas residenciales.

alteración de sus estructuras demográficas (masculinizadas y envejecidas) son fenómenos que se tornan muy brutales con la irrupción del conflicto armado en la región. En las metrópolis los efectos demográficos tienen una temporalidad más lenta, pues la importancia de los efectivos aumenta la inercia de las estructuras de población. Pero, como lo vimos en Cali, el aporte por migración de una población en su mayoría femenina y concentrada en las edades de mayor fecundidad merma de manera significativa el envejecimiento de la población.

Debe decirse enseguida que la visión de conjunto que nos da la encuesta en Cali confirma el resultado de numerosos estudios que enfatizan la gran intensidad de la migración en el Pacífico (en particular, De Friedemann, Arocha, Motta, Losonczy, Restrepo, etc.): los originarios del Pacífico presentan el más fuerte ritmo de movilidad promedio de todos quienes migran hacia Cali, lo que refuerza su especificidad, tanto para hombres como para mujeres. Volveremos sobre este tema en lo que sigue del capítulo.

En fin, las dos tendencias fuertes y recientes que actualizan los datos recogidos en Cali y Tumaco, son la intensificación, desde comienzos de los años 90, de la migración del Pacífico hacia Cali y su feminización. Desde este punto de vista asistimos a un “alineamiento”, con unos 20 o 30 años de retraso, de los comportamientos migratorios en el Pacífico sur con el “modelo” nacional. ¿Será éste un signo de integración de esta región históricamente marginada? En todo caso, ello no tiene solamente consecuencias positivas como lo muestra el aumento multiforme de la violencia en el Pacífico.

Las prácticas migratorias, su diversidad según el origen geográfico de los flujos, su composición demográfica y socioeconómica, sus motivos y los obstáculos en su desarrollo, tienen entonces múltiples consecuencias sobre las estructuras espaciales y sociales de los lugares que relacionan. Ahora bien, más allá de una lectura demográfica o macroeconómica de la migración y sus impactos, debemos interrogarnos acerca de la importancia de la movilidad espacial para las unidades familiares y los grupos sociales, y la manera en que ella participa en sus lógicas de reproducción microeconómica y social. Tal enfoque implica, como lo veremos, un análisis que articule las prácticas de movilidad a escala global de la región Pacífica.

2. La gran región Pacífica, ¿un espacio migratorio contemporáneo?

Queremos ahora ensanchar la perspectiva ubicándonos en el cuadro más amplio de la evolución del “sistema de lugares” constituido por las localidades de partida, de paso y de inmigración, de las redes y más extensamente de los espacios de

vida y de reproducción de los migrantes, para poder comprender cómo las movilidades se apoyan sobre valorizaciones diferentes del espacio (así, de los recursos localizados), y cómo en respuesta, las funciones del espacio regional se modifican bajo el efecto de la movilidad. Para este ejercicio disponemos, en la gran región Pacífica, de observaciones en los lugares de salida —rurales en este caso— y en uno de los principales lugares de llegada, Cali. Apoyándonos en el análisis de las trayectorias de emigrantes e inmigrantes, buscaremos integrar, dentro de la interpretación de los resultados, el conjunto de lugares que éstas relacionan. Los datos provienen de dos fuentes principales, a saber, la encuesta de 1998 en Cali —en particular la tipología de las trayectorias migratorias evocada anteriormente, explotada aquí de manera específica para los inmigrantes del Pacífico— y una encuesta realizada en el pueblo de Bellavista, en la ribera del Mejicano, en el municipio de Tumaco en 1997 y 1998¹⁵ (ver la metodología de las encuestas en el anexo metodológico). El recuadro 1 precisa la terminología de los espacios a los cuales se hará alusión¹⁶.

Recuadro 1. Los lugares de la región Pacífica

La “*gran región Pacífica*” reúne los cuatro departamentos del suroeste colombiano: Chocó, Valle del Cauca, Cauca y Nariño. Sin embargo, a lo largo del texto, se hablará también de ‘*región Pacífica*’, para referirse solamente a la franja litoral de estos departamentos, que fue poblada históricamente por descendientes de esclavos negros antes y después de la abolición de la esclavitud (1851) y que abriga hoy en día una población mayoritariamente negra.

La “*región de Tumaco*” se entiende como el conjunto de las riberas de la llanura del Pacífico en esa región geográfica y la ciudad, y corresponde a grosso modo al municipio del mismo nombre. En este cuadro, las migraciones “*lejanas*” son aquéllas que sobrepasan este espacio regional “*tumaqueño*” y el término de “*local*” se aplica a los espacios rurales de la ribera del Mejicano o a las riberas inmediatamente próximas (Mapa 1).

Finalmente, la expresión “*Pacífico lejano*”, resulta comprensible desde Cali: ella excluye de la región del litoral Pacífico el municipio de Buenaventura, gran puerto situado a dos horas de camino, que mantiene relaciones demográficas y económicas bastante estrechas con la capital del Departamento del Valle del Cauca.

En primer lugar, tomaremos el punto de vista de los espacios rurales de salida (Bellavista), interesándonos, por una parte, en la extensión del universo de reproducción familiar a través de los espacios de nupcialidad, y por otra, en la distribución de los destinos de los emigrantes y sus recorridos migratorios. Se

15. El conjunto de informaciones recogidas en Bellavista pudo obtenerse gracias a la colaboración de N. Rivas, quien presentó sus principales resultados en su memoria de sociología (Rivas, 1999).

16. Ver también el capítulo 4 de esta obra y Hoffmann y Pissoat (op. cit., 1999).

busca de esta manera caracterizar las diferentes funciones que toman los lugares de circulación y emigración. En un segundo tiempo, el análisis se desplazará a las trayectorias y las características de los inmigrantes a Cali provenientes del Pacífico y, particularmente, del municipio de Tumaco. La pregunta se encuentra entonces en la especificidad de las condiciones de inserción urbana de esta población y, en particular, en los obstáculos que frenan la valorización de su capital educativo. Finalmente, se propone como conclusión una interpretación global del espacio del Pacífico en tanto que “sistema de lugares”, integrado y jerarquizado, de circulación de personas y bienes.

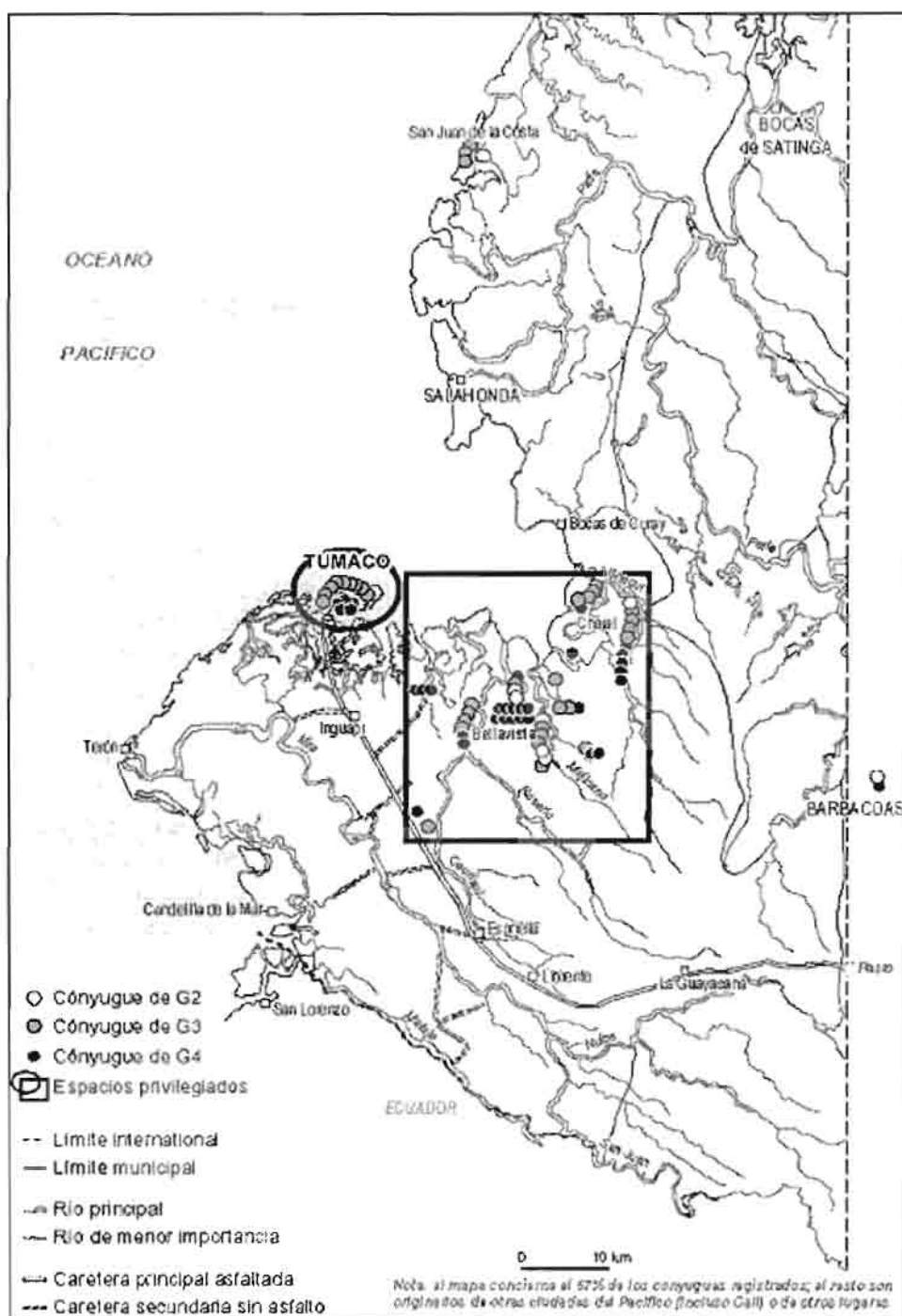
2.1 Los ríos, Tumaco, Cali: causas y efectos de la movilidad a escala local, municipal y regional.

- ***Los espacios de nupcialidad: alianzas y territorialidad***

La evolución de los espacios de nupcialidad en Bellavista nos permitirá explorar un primer aspecto del rol que tiene la movilidad en la “puesta en sistema” de los lugares, aunque no directa ni exclusivamente relacionado con la lógica económica. En la bahía de Tumaco, a unas cuatro horas de la ciudad en piragua a motor, el río Mejicano cuenta actualmente en sus orillas con cinco pueblos consolidados, con una población entre 100 y 600 habitantes cada uno y un hábitat disperso a lo largo del río. Al igual que los demás ríos cercanos, su poblamiento se inició desde comienzos del siglo XX por individuos oriundos de la región vecina de Barbacoas, región aurífera que se encontraba en esos momentos en decadencia y sometida a fuertes turbulencias durante la Guerra de los Mil Días (ver igualmente el capítulo 8). La zona litoral de Tumaco estaba entonces poco poblada; los grupos indígenas originarios habían sido masacrados o expulsados desde la Conquista y los pocos que quedaban a la llegada de los campesinos negros se retiraron río arriba. Por su parte, los colonos blancos o mestizos no habían aún llegado a esta zona y permanecían únicamente en los centros de población “urbanos” (Tumaco y Barbacoas).

El relato local afirma que el pueblo de Bellavista fue fundado por Balbina de la Cruz, una mujer oriunda de la costa ecuatoriana vecina. Tuvo dos esposos seguidos, ambos oriundos de Barbacoas y considerados igualmente como “fundadores”. La información recolectada cubre la totalidad de sus descendientes residentes sobre tres generaciones, además de otras familias que se instalaron tiempo después. Resultan interesantes los espacios de nupcialidad en vista de que permiten observar correspondencias entre lógicas sociales de alianzas y filiación, y lógicas espaciales. En otros términos, ¿es posible descubrir recurrencias en las estrategias de alianzas que tendrían significaciones espaciales y territoriales? ¿En qué medida se relacionan entonces con las prácticas migratorias o de movilidad?

Mapa 1. Lugares de origen de los cónyuges de nativos de Bellavista



El espacio de nupcialidad, que para los primeros habitantes se limitaba a los pueblos del río Mejicano o del río Gualajo vecino, se diversifica a partir de la segunda generación con cónyuges provenientes de ríos más alejados (Rosario, Caunapí, Chagú), de Tumaco, de grandes ciudades del país, e incluso, en algunos casos, del extranjero. Esta tendencia se intensifica en la siguiente generación, cuando los cónyuges se reparten equitativamente según su proveniencia de la región o de fuera del Pacífico. Sin embargo, la diversidad de orígenes de los cónyuges no está equitativamente repartida entre los sexos: en promedio, las mujeres se involucran con cónyuges oriundos de regiones más lejanas y sobre todo de otras ciudades del país, mientras que los hombres parecen decidirse por unirse con mujeres de la región, y preferiblemente de origen rural. Estamos lejos, en todo caso, de un modelo de comunidad cerrada o restringida en la región. No obstante, al dar vuelta al argumento, podríamos resaltar que, a pesar de la aceleración de las migraciones desde hace veinte años, el 43% de los cónyuges de la generación actual siguen siendo oriundos del mismo río y en muchas ocasiones del mismo pueblo. Por ello, el análisis de los comportamientos según las ramas familiares (es decir, el conjunto de núcleos familiares descendiente de un mismo ancestro) conduce a identificar tres estrategias matrimoniales principales.

Como en otros lugares del Pacífico, no ha existido en Bellavista prescripción alguna ni reglas preferenciales en materia de alianza matrimonial, al menos no explícitamente, y por supuesto, tampoco en la actualidad¹⁷. Desde luego, es imposible hablar en términos de endogamia o exogamia social o espacial. Sin embargo, el análisis de las prácticas matrimoniales revela comportamientos privilegiados. En el vecino Chocó, por ejemplo, Losonzy (1997b) describe una “estrategia matrimonial ideal” que valoriza tres tipos de comportamientos: las alianzas con los primos, el cruce de alianzas entre colaterales y la diversificación geográfica de las alianzas. En Bellavista, se observa también que el esquema común consiste en establecer relaciones con cónyuges de otros ríos de la región —antes que con los pueblos del mismo río—, con repetición de uniones entre hermanos y hermanas. Existió en efecto, desde las primeras generaciones que privilegiaron las uniones con los vecinos inmediatos, una diversificación espacial de la red de alianzas. Como fue dicho, los comportamientos no se diferencian entre los núcleos familiares sino según las ramas familiares. Así, es posible identificar prácticas matrimoniales recurrentes al nivel de las doce ramas fami-

17. No se encontró más que una sola alusión a estrategias explícitas de alianzas, en Perea (1990), quien menciona la existencia de uniones “por encargo anticipado” entre los padres, incluso desde el nacimiento de los futuros esposos. Esta autora cita la frase de un anciano según el cual, “uno no se casaba solamente con la mujer, la relación comprometía también a los viejos (los padres)”.

liares estudiadas que muestran **esquemas de alianzas no aleatorias combinando el origen geográfico y social**. Se distinguen primero las ramas familiares en las que la mayoría de los cónyuges son oriundos de los ríos y a menudo de los mismos pueblos y las mismas familias (7 casos de 12). Un segundo caso concierne a las ramas familiares donde la mayoría de los cónyuges son provenientes de las ciudades del Pacífico (Tumaco, Cali, Buenaventura, 3 casos de 12). Finalmente, dos grupos familiares presentan combinaciones sin recurrencia evidente en los lugares de origen de los cónyuges (Mapa 1). Estas tres estrategias atestiguan una **transición entre un “modelo tradicional”** restringido para la región próxima —la primera— y un **esquema que traduce la ampliación completa del espacio de nupcialidad** —la última— la segunda, intermedia, reflejando las primeras fases de migración y el brusco ensanchamiento de la esfera de nupcialidad hacia las ciudades.

En el primer caso, la precariedad generalizada de los recursos lleva a diversificar las alianzas locales, multiplicando de esta manera las posibilidades de acceso a la tierra o a otros recursos, y estableciendo solidaridades que se movilizan en caso de presentarse un problema mayor (pérdida de territorio, enfermedad, etc.). Se trata todavía de un abanico restringido de recursos, localizados en el espacio rural más cercano. Pero estas lógicas de supervivencia pierden su importancia al mejorar estas condiciones extremas con la introducción de otro tipo de recursos (el trabajo asalariado, el pequeño comercio urbano). Resulta entonces posible disociar las estrategias matrimoniales de las estrategias familiares de reproducción relacionadas con el espacio local. Estudios más profundos (Hoffmann, 1999a y b) muestran que actualmente no es posible encontrar, en el río Mejicano, una correspondencia entre los tipos de alianzas y las modalidades de acceso a los recursos localizados. El hecho de contar con un cónyuge oriundo de tal pueblo no implica que la nueva pareja reside en ese pueblo, ni tampoco la explotación de recursos materiales ubicados en dicho pueblo (acceso a la tierra fundamentalmente). En otros términos, no parece que los individuos y sus familias capitalicen, en un momento dado, el potencial de recursos materiales que ofrece la diversificación de sus redes de alianza. De este modo, en este nuevo contexto, la alianza de tipo “local” deja de privilegiar los recursos materiales del lugar de origen del cónyuge, para valorar más bien la relación en sí, es decir, la inclusión en una red de reconocimiento mutuo¹⁸. Esa red permite la reafirmación de una “territorialidad” común, la del mundo de los ríos, que sobrepasa el pueblo o el río de origen, y comprende toda la bahía de Tumaco.

18. Es necesario entonces matizar considerablemente las interpretaciones funcionalistas que veían en el sistema de parentesco del Pacífico un conjunto de estrategias basadas en el control del acceso a los territorios (De Friedemann, 1969 y 1974; Motta, 1975).

Sin embargo, con la aceleración de las migraciones lejanas y sobre todo de la urbanización, los recursos estratégicos para la reproducción individual y colectiva como el trabajo, el acceso a la educación y la salud, las redes de información, etc., dejaron de situarse exclusivamente en la región y pasaron a ubicarse en las ciudades. Es preciso recordar que, en este nuevo contexto como en el anterior, aún si existen estrategias matrimoniales, la escogencia del cónyuge depende ante todo de las redes de sociabilidad cotidiana. Una movilidad importante fuera de la región favorece entonces las uniones fuera de ella, sin prejuzgar, a pesar de esto, la instalación “definitiva” de los nuevos hogares lejos de la región. De hecho, algunas cifras nos recuerdan la complejidad de los movimientos: actualmente el 46% de los cónyuges no son oriundos de la región de Tumaco (37% de los cónyuges de los hombres, 55% de los de las mujeres), pero “solamente” el 34% de los nativos de Bellavista no residían en la misma región a la fecha de la encuesta (41% hombres, 27% mujeres). **El ensanchamiento del espacio de nupcialidad se articula así a los fenómenos de migración y de urbanización, participando en la construcción de un nuevo “sistema de lugares”** que depende de nuevas movilidades. Este sistema es estructurado por nuevos recursos, en su mayoría urbanos, pero cuyo valor no es equivalente para todos los proyectos individuales o colectivos, ya que depende, como lo veremos, del género, del ciclo de vida y del capital acumulado de los individuos que permanecen o migran, lejos o solamente hacia la ciudad de Tumaco, en busca de un trabajo eventual o para adelantar estudios, etc.

- *Lugares, trayectorias y funciones de la movilidad*

“Anda andando”, “anda viajando”: siempre se está en disposición de viajar. Como la iniciación casi ritual en la adolescencia, que Losonczy (1997b) describió en el Chocó, el viaje es la experiencia más compartida del Pacífico en la que se confunden hombres y mujeres, como bien lo expresó Vanín (1999). Aquí buscaremos describir los espacios y las trayectorias que cubren estos “viajeros”¹⁹.

19. A partir del “cuadro genealógico” del conjunto de los habitantes, elaborado para el estudio de la nupcialidad, seleccionamos 30 informadores que vivían para 1998 en Bellavista, Tumaco y Cali, y se les pidió que reconstruyeran sus propias trayectorias migratorias, y las de sus allegados (padres, hijos, en ocasiones los colaterales, mayores de 15 años y aún con vida), ya sea que vivieran o no en el pueblo al momento de la encuesta. Pudimos de esta manera recolectar informaciones sobre los presentes y ausentes en 1998 (142 personas en total), con una repartición por sexo y segmentos de edad equilibrada.

Cuadro 3. Lugares de residencia actual de los nativos de Bellavista

	% hombres	% mujeres
Bellavista	37	24
Otras riberas	7	6
Tumaco	21	39
Cali	25	15
Otras ciudades del Pacífico	7	6
Otros (Venezuela, Meta, ejército)	3	10
Subtotal región próxima	65	69
Total	100	100

Fuente: encuesta Bellavista, Cidse-Ird 1998 (142 personas mayores de 15 años).

Antes que nada, se confirma la importancia de las migraciones (Cuadro 3): 76 % de las mujeres y 63% de los hombres nativos²⁰ de Bellavista ya no residían allí en el momento de la encuesta. Pero también se constata que alrededor de los dos tercios de los nativos viven aún en la región cercana: en el pueblo, los ríos vecinos o la ciudad de Tumaco. La migración lejana no concierne pues más que a un tercio de la población de origen. Los lugares de residencia fuera de la región no son muy variados: principalmente la ciudad de Cali (actualmente, alrededor de 20% de los nativos de Bellavista viven en esta ciudad), el puerto de Buenaventura y las ciudades industriales de Venezuela. Para los habitantes de los ríos del Pacífico, el espacio de migración es en su mayoría limitado por lugares conocidos de tiempo atrás, hacia donde se implementaron las redes migratorias, ya sea en la región cercana o en las dos ciudades principales de la gran región del Pacífico.

La ciudad de Tumaco es el primer lugar de emigración desde Bellavista, permitiendo el establecimiento y activación de redes de circulación permanente de personas, productos e informaciones entre los ríos y la ciudad; retomaremos más adelante este punto. Pero los lugares cobijados por las redes de nativos de los ríos se expande más allá de la región cercana de Tumaco, para constituir una estructura discontinua de espacios de diferentes "cualidades" que atraen una migración selectiva en función del sexo, de la edad y de la escolaridad de los individuos. El espacio más cercano corresponde al "país de los ríos" que abraza actualmente alrededor de un tercio de la población de origen: una población relativamente mayor en términos de edad que el promedio, con bajo nivel esco-

20. Daremos un uso abusivo de este término, asimilando a esta categoría algunas personas no nativas que residieron durante largo tiempo en Bellavista antes de emigrar (se trata de cónyuges de personas nativas).

lar y una leve mayoría masculina. En el nivel inmediatamente superior, la ciudad de Tumaco, polo regional, es el lugar de destino de los hombres con estudios secundarios, y sobre todo de mujeres adultas que vienen en busca de educación para sus hijos. Más lejos, Cali recibe fundamentalmente hombres jóvenes y, cada vez más, mujeres jóvenes que cursan o ya terminaron la secundaria y que a menudo aprovechan (sobre todo las mujeres) para adelantar sus estudios. Los destinos más alejados atraen personas de más edad, que encuentran un trabajo especializado acorde con capacidades adquiridas anteriormente, o que se reúnen de nuevo con sus hijos (las mujeres sobre todo). Tendríamos entonces un dispositivo espacial de múltiples funcionalidades, un espacio aparentemente abierto y accesible para los emigrantes en función de sus necesidades y expectativas, gracias a las redes de padres y vecinos que garantizan “el aterrizaje” en los lugares de llegada. Un análisis de las trayectorias migratorias permite precisar este modelo.

Cuadro 4. Las etapas de migración y sus destinaciones

<i>Destinación al completar la etapa migratoria</i>	Etapa 1	Etapa 2	Etapa 3
Vuelven al pueblo o a la región próxima	62	35	27
Permanecen en un mismo lugar, fuera de la región próxima	20	29	0
Continúan viajando, fuera de la región próxima	49	9	8
Total de población migrante, por etapa	131	73	35

Fuente: encuesta Bellavista, Cidse-Ird 1998 (142 personas mayores de 15 años, de las cuales 131 han migrado al menos una vez).

Prácticamente todos los nativos de Bellavista abandonaron el pueblo al menos una vez por un período superior a un año (92% de los hombres y 95% de las mujeres). Un poco menos de la mitad no se han marchado más que una vez, ya sea que hayan regresado al pueblo definitivamente, o que se hayan quedado en el lugar de migración. Un poco más de la mitad efectúa una segunda etapa de migración y a su vez la mitad de ésta, una tercera etapa (Cuadro 4)²¹. Las primeras salidas se presentan siempre antes de los 25 años, en búsqueda de trabajo o de la continuación de estudios, pero también para “buscar la vida” y “abrirse su

21. Una minoría de personas conoció incluso otras etapas, hasta cinco. En promedio, en el momento de la encuesta, los emigrantes lejanos habían efectuado 1,9 etapas migratorias. Este valor concuerda con los obtenidos en la encuesta de 1998 en Cali, que procura un número promedio de etapas antes de la última llegada a Cali de 2,5 para los oriundos de la zona rural de Tumaco, 1,6 para la zona rural de Barbacoas y 1,8 para las zonas rurales de otros municipios de la costa de Nariño.

camino”. Los motivos de las migraciones ulteriores son fundamentalmente la búsqueda de trabajo, para los hombres, la educación y la escolaridad de los menores, al igual para las mujeres. El análisis detallado de las trayectorias (destino, edad del emigrante, duración, motivos) permite esclarecer el proceso regional de movilidad. Se desprenden cinco modalidades principales:

- Un primer grupo, muy minoritario (8%) agrupa los “sedentarios” que nunca han viajado; abarca fundamentalmente los “mayores”, cuatro de los cuales asumen un rol importante en la jerarquía social local: son descendientes de la familia fundadora del pueblo, se encuentran entre los más pudientes en el plano socio-económico y cumplen en ocasiones funciones de autoridad a nivel interno (resolución de conflictos menores) o con la sociedad regional (mediación). Para ellos, el hecho de no emigrar no es ningún factor de marginalización: sus hijos viven, o han vivido, en el exterior.

- Por oposición, los “emigrados” (30%) se marcharon con un destino lejano (Buenaventura, Cali, el extranjero, etc.) en donde aún residían al momento de la encuesta. Entre ellos, los más jóvenes se fueron hace menos de 10 años y posiblemente no han finalizado su ciclo de migración. La migración definitiva, si la definimos arbitrariamente como aquella con duración mayor a 10 años, concernía a 43 emigrantes, lo que corresponde al 31% de la población encuestada. Este tipo de migración afecta principalmente a las mujeres (28 por cada 15 hombres). En el caso de los hombres, los emigrantes que más lejos se han ido presentan dos perfiles “clásicos” en la región: por un lado, los jóvenes que van a trabajar de raspadores en las plantaciones de coca en las llanuras amazónicas durante el tiempo necesario para acumular alguna pecunia e irse más lejos o devolverse (esta etapa no es, por lo general, de larga duración); por otro lado, están los que prueban suerte en las zonas industrializadas —principalmente petroleras— de Venezuela. En ambos casos, el objetivo económico es determinante: acumular y enviar (o traer consigo) plata para la familia.

- Más de la mitad de las personas (54%) se encuentran en situaciones intermedias: todas emigraron, pero sus partidas no significan en absoluto una ruptura con las redes familiares, por el contrario, las extienden en espacios de amplitud variable. Algunos (14%), persiguen el esquema tradicional de la movilidad de los ríos en un universo que integra las ciudades del Pacífico. Otros (19%), en una versión moderna del viaje de iniciación, realizan una etapa en Tumaco, luego una travesía por Cali antes de devolverse a vivir en Tumaco, con la riqueza de la experiencia de “la gran ciudad”. En adelante más valorizada que el mundo rural, la gran ciudad es el paso obligado de los jóvenes antes de regresar a vivir en Tumaco. Se trata de conocer la metrópoli, de trabajar en ella el tiempo necesario para recuperar lo invertido en el viaje y comprar algunos rega-

los para el regreso, pero no implica necesariamente ir más allá de eso. El horizonte de vida sigue siendo la región de origen, que puede eventualmente ampliarse si la ocasión se presenta (la mitad de los que llegan a Cali en segunda etapa, se quedan), pero sin premeditación. Los contactos establecidos en Cali por los emigrantes tumaqueños pueden convertirse en redes de acción entre las dos ciudades. Un ejemplo particularmente conocido es el conformado por hombres jóvenes “ociosos”, estigmatizados en Tumaco bajo el vocablo *aletosos* (Restrepo, 1999b), que van a “aprender” en Cali las técnicas básicas de supervivencia ilegal (atracos, hurtos diversos, asaltos). Entre ellos hablan de “los grandes” que tienen casa propia en Cali y vienen eventualmente a Tumaco para buscar refugio cuando las cosas se ponen difíciles en Cali.

- Las salidas de individuos directamente hacia Cali —seguidas eventualmente de regresos a la región— son naturalmente menos comunes (15%) y responden más que todo a motivos económicos y expectativas precisas (trabajo, estudios o instalación definitiva, incluso si ésta no concierne en definitiva más que a la mitad de los individuos).

- Finalmente, algunos (6%) se alejan de las destinaciones “tradicionales”, como son Tumaco y Cali, para recorrer diversos lugares antes de regresar al pueblo: ellos “buscan la vida” y desean “ver el mundo”, un tanto a la manera de sus antepasados que recorrían los ríos del Pacífico. Expanden cada vez más lejos las fronteras de su universo; son los “retornantes” descritos por Vanín (1999), que adquieren estando lejos un prestigio que enseguida aprovechan en el mundo de los ríos.

Igual que en otros lugares de América Latina, la mayoría de estas movilidades residenciales no constituye una ruptura con la región de origen²² y los recursos del caserío o pequeño poblado son solicitados frecuentemente para ayudar a la persona que emigra; la mujer joven puede dejar a sus hijos o enviar a los recién nacidos donde sus abuelos, las hermanas menores toman rumbo hacia Cali para ayudar a sostener la casa, sin contar los regresos imprevistos en casos de fuerza mayor. De manera recíproca, la ciudad definitivamente integra los espacios de vida de los habitantes rurales; es en particular el caso de Tumaco que “funciona”, en las prácticas de movilidad, de varias maneras: destino estable, etapa transitoria antes de partir con rumbo lejano, o lugar de residencia compartido con una vereda rural (en donde el hombre se queda generalmente mientras que la mujer y los niños viven en Tumaco). Si dejáramos de considerar los hogares y

22. Esta conclusión concuerda en efecto con los análisis recopilados en las actas del coloquio realizado en Quito “Se fue a volver” (Reboratti, ed., 1986) o, recientemente con lo expuesto por Guillermo Cortés en Bolivia (2000).

tomáramos en cuenta grupos familiares más extensos, nos daríamos cuenta sin lugar a dudas que las formas de movilidad se articulan de tal manera que garanticen la reproducción tanto del núcleo local como de los individuos de mayor movilidad²³.

Tumaco se convirtió en el polo regional donde se concentra y circula, a través de los migrantes, la información estratégica de orden familiar, económico o político. Con esta circulación, los pueblos ribereños nutren su capacidad de mantenerse “al corriente” e integrarse en las dinámicas regionales para dejar de ser “olvidados” cuando surgen programas de infraestructura o desarrollo local. Hoy en día, el medio rural no puede reproducirse socialmente sin los emigrantes urbanos. El espacio regional se constituye entonces como sistema a partir de la articulación de las diferentes modalidades de migración, sin olvidar a quienes no migran. La circulación de personas y de bienes materiales y simbólicos funciona precisamente por la presencia de individuos sedentarios, mientras otros emigran por largos períodos o practican un sistema de movilidad con regreso. En consecuencia, los alarmantes diagnósticos sobre la disminución de la población rural, sobre todo cuando se presenta la emigración masiva de mujeres, no deben conducir a conclusiones apresuradas en términos de “decadencia”. Sin embargo, señalan una recomposición espacial que afecta considerablemente las maneras de pensar y apropiarse los recursos en los espacios rurales. Los registros “tradicionales” de legitimidad, fundados en gran medida sobre la residencia y el trabajo, deben ahora adaptarse a nuevas condiciones: los aldeanos-urbanos (que alternan residencia en Tumaco y en el poblado rural) o los emigrantes que retornan, disponen de nuevos recursos materiales o no materiales (como la legitimidad adquirida en la ciudad, principalmente por la escolaridad o la integración en las redes de poderes locales); ellos pueden ponerlos a disposición del colectivo (la familia, la parentela extendida, el poblado) o por el contrario, utilizarlos con fines más individualistas.

Las fotografías 1 a 7, a través de los personajes allí retratados, constituyen ejemplos de espacios de movilidad y sistemas de lugares: el río (fotos 1, 2 y 3) y su importancia en la región del Pacífico con sus vehículos (lanchas y piraguas), además de espacio de identidades masculinas y femeninas (fotos 2 y 3); los espacios domésticos rurales y urbanos y las figuras femeninas o masculinas, niños y adultos, uno de ellos migrante (fotos 4 y 6); y el espacio “público” del puente de madera que como callejuela da acceso a las casas, lleno de niños en la ciudad de Tumaco (foto 5). Pero también está la fotografía de la ceremonia en otro espa-

23. En la misma dirección concluye el estudio de Urrea, Arboleda y Arias (1999), en el que analizan la inserción urbana en Cali de redes familiares procedentes del Pacífico.

cio público, el cementerio de Tumaco, enterrando a un pariente, antiguo migrante (foto 7).

2.2 Los inmigrantes del Pacífico en Cali: la difícil igualdad de oportunidades

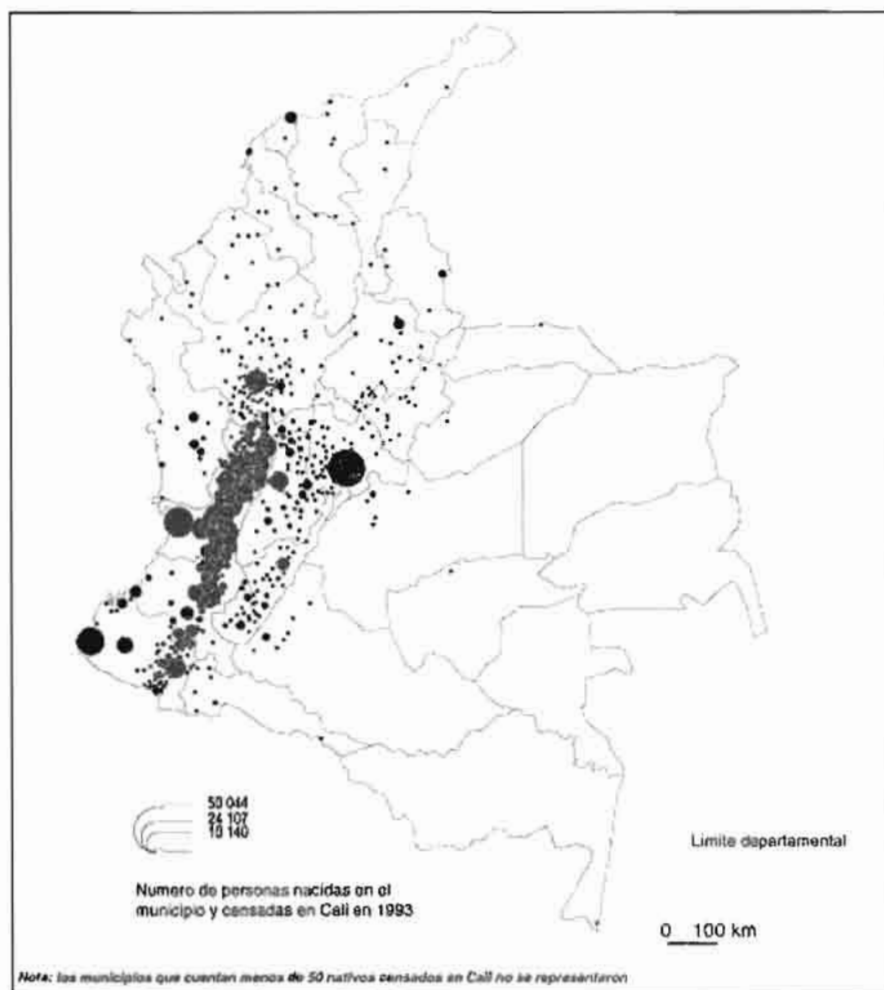
Dirigiendo ahora la mirada sobre la metrópoli de llegada, presentaremos una descripción a grandes rasgos de los inmigrantes del Pacífico en Cali. Sus itinerarios residenciales y sus características demográficas y socioeconómicas hacen de esta una población a la vez particular y muy heterogénea, que enfrenta, globalmente, dificultades específicas de inserción urbana. Utilizaremos aquí la tipología de las trayectorias de inmigrantes elaborada a partir de la encuesta realizada en Cali en 1998 (ya mencionada anteriormente), en la cual los oriundos de la región Pacífica (18% del total de los inmigrantes de toda la vida en Cali) se agrupan en 14 clases²⁴. Para remitirnos a las problemáticas de la sección anterior, intentaremos despejar, mediante la tipología, lo que distingue a los oriundos de la costa del Departamento de Nariño y particularmente los del municipio de Tumaco.

- *Desde el Pacífico hacia Cali, un sistema migratorio amplio e intenso*

Las trayectorias que van del Pacífico con rumbo a Cali se originan en cuatro grandes espacios (Mapa 2). El primer grupo en importancia (34% de los inmigrantes del Pacífico en Cali) está constituido de individuos oriundos de la costa de Nariño de los cuales 61% son nativos de Tumaco, 25% de Barbacoas y 38% de origen rural. La costa del Departamento del Cauca y el valle del Patía son el origen del segundo flujo (31% de los inmigrantes del Pacífico), compuesto en un 42% por individuos rurales. Los nativos del municipio de Buenaventura constituyen, ellos solos, casi un cuarto de los inmigrantes del Pacífico en Cali y son la mayoría de origen urbano (82%); proceden por lo general de los barrios acomodados de la ciudad (53% de los urbanos). Finalmente el Chocó, cuya población diversificó años atrás sus destinos migratorios entre Medellín, Buenaventura, Cali, Bogotá, etc., no coloca más que un 11% de los inmigrantes del Pacífico en Cali, con el 63% de origen urbano.

24. 10 clases de migrantes provienen de lo que denominamos “el Pacífico lejano”, a las cuales deben adicionarse 4 clases de migrantes del municipio de Buenaventura.

Mapa 2. Cuenca migratoria de Cali según municipio de nacimiento de los inmigrantes en 1993



Fuente: DANE, matrices de migrantes de toda la vida, censo 1993.

Edición: O. Pissot

Concepción y realización: E. Mesclier, V. Gouéset, 2002

Si nos limitamos a unos indicadores sintéticos (proporción de migrantes directos, número promedio de etapas, duración promedio de las etapas), las trayectorias de los migrantes del Pacífico se diferencian poco de aquéllas de los demás inmigrantes que llegan a Cali (Cuadro 2). En particular, la proporción de migración directa es estable alrededor de su promedio (57%) para el conjunto de los migrantes de la región Pacífica. En cambio, al descartar las migraciones directas, las prácticas migratorias de los habitantes del Pacífico lejano (Nariño, Cauca, Chocó) **se distinguen fuertemente por tres características:**

- **la frecuencia elevada de la movilidad residencial:** un cambio de residencia cada tres años, en promedio, en comparación a los cuatro años y medio para el conjunto de las demás regiones;

- **la gran amplitud espacial de las trayectorias dentro y fuera de la región Pacífica:** las trayectorias que provienen de la región del Pacífico lejano, a las que debe incluirse las de los oriundos de los barrios populares de Buenaventura, abarcan casi todas numerosas migraciones de larga distancia, ya sea en el seno de la gran región sur-oeste del país (por ejemplo, desde la costa de Nariño hacia Buenaventura, Cali, el interior del Cauca, el sur del Valle o la región de Antioquia) o bien más lejos, en el resto del país, incluso hasta en el extranjero (Panamá, Ecuador y Venezuela);

- **la intensidad de las relaciones migratorias con Cali:** la elevada frecuencia de episodios residenciales en Cali anteriores al momento de la encuesta, es una característica específica de los migrantes del municipio de Tumaco (tanto urbanos como rurales) y, en menor medida, de la zona rural del Chocó. Esta experiencia migratoria hacia Cali (seguida por un regreso o por otra migración), tiene una duración variable según los individuos y se adquiere a lo largo de un periodo de tiempo también variable, alcanzando en algunos casos los veinte años. En total, considerando esta rotación entre los individuos, más de la mitad de los migrantes de Tumaco y de Chocó habían vivido algún tiempo en Cali antes de su estadía en curso al momento de la encuesta. Estos episodios residenciales se ubicaban fundamentalmente en los barrios populares orientales, particularmente en el Distrito de Aguablanca; es el caso para todos los migrantes de origen rural (Tumaco y Chocó) y la gran mayoría de los oriundos de los barrios de precaria autoconstrucción en Tumaco (viviendas sobre pilotes y barrios de invasión recientes); mientras que una parte de los nativos de los barrios consolidados residieron, durante su paso por Cali, en barrios de mejores condiciones.

Las trayectorias de larga distancia de los inmigrantes del Pacífico lejano, contrastan particularmente, en un contexto comparable desde el punto de vista de la distancia hacia Cali, con aquéllas de los migrantes provenientes de la zona andina de la región sur-oeste (interior del Cauca y Nariño, Antioquia, Tolima y Huila). En estas regiones, la migración se caracteriza en efecto por la importancia de las migraciones directas hacia Cali, así como las trayectorias migratorias limitadas a las ciudades de los Departamentos en donde nacieron o aquéllas situadas cerca de Cali (ausencia —con pocas excepciones— de migración hacia el exterior de la región sur-oeste del país) y la escasez de episodios residenciales anteriores en Cali. El sistema migratorio de la población del Pacífico lejano se opone igualmente a aquél de los migrantes de orígenes cercanos a Cali (Buenaventura y el resto del Valle, norte del Cauca, Viejo Caldas) que, sin sorpresas, se desarrolla

esencialmente en el seno de este espacio regional. En este último grupo, las trayectorias, comúnmente reducidas a una migración directa, en ocasiones precedida por una etapa en las ciudades medias de la conurbación del Valle del Cauca y norte del Cauca (Tuluá, Buga, Cartago, Palmira, Santander de Quilichao, etc.), acarrear, de manera sorprendente, menos alternancias residenciales entre Cali y los lugares de origen que las de los migrantes de Tumaco y del Chocó rural (la única excepción notable, que ya fue tratada anteriormente, concierne a los individuos oriundos de los barrios de familias pudientes en Buenaventura).

Estas observaciones estadísticas en Cali confirman los resultados de la sección anterior así como los de otros estudios antropológicos llevados a cabo en Cali o en los lugares de origen de los migrantes (Quintín, 1999; Vanín, 1999; Urrea, Arboleda y Arias, 1999): existe así todo un conjunto de argumentos estadísticos y antropológicos como apoyo para la considerable intensidad y especificidad del sistema migratorio de la población del Pacífico. Es el caso igualmente en lo concerniente a las modalidades particulares de su inserción urbana en Cali.

- *Alto capital educativo mal convertido en el plano socioeconómico*

Es necesario recordar que el perfil particular de movilidad de los habitantes del Pacífico va acompañado por una fuerte singularidad “racial” y social por parte de este grupo de migrantes²⁵.

Los migrantes del Pacífico constituyen, como ya lo dijimos, 18% del total de la población inmigrante de Cali. Entre ellos, cerca del 80% son afrocolombianos. Así, los migrantes del Pacífico representan el 58% de los migrantes negros y el 21% de los mulatos, mientras que por el contrario contribuyen débilmente con las poblaciones de migrantes blancos y mestizos (9% y 6% respectivamente). Las características fenotípicas de los migrantes del Pacífico varían según sus lugares de origen. Del 85% al 100% de población negra para el conjunto de los flujos provenientes de la costa de Nariño y del Chocó (exceptuando, sin embargo, los nativos de los barrios más precarios de Tumaco, en donde 31% son mulatos y 24% mestizos), pasamos a una composición mucho más mezclada en el caso de Buenaventura (más de un tercio de la población no-negra para la totalidad del municipio e incluso 37% de población blanca para los nativos de los barrios acomodados de la ciudad) y sobre todo para la costa del Cauca (en

25. Considerando el reducido tamaño de la muestra observada, nos limitaremos al análisis estadístico de tres variables: el fenotipo de los individuos, su nivel de educación y su estrato socio-económico de residencia en Cali. Para análisis más detallados de los efectivos y las características socio-económicas de los migrantes afrocolombianos en Cali, ver los capítulos 1, 3 y 6 del presente libro e, igualmente: Agier et al. (2000), Barbary (2001a y b), Barbary et al. (1999), Barbary, Ramírez, Urrea (1999b), Urrea y Ramírez (2000).

este caso los blancos y mestizos son mayoría: respectivamente 70% y 75% en los flujos de origen rural y urbano). Considerando el conjunto de sus orígenes, a pesar de las variaciones locales, la singularidad racial de lo inmigrantes del Pacífico en Cali es considerable: 58% negros y 21% mulatos, contra un 15% y un 10% respectivamente para el total de la población de Cali.

Contrariamente al estereotipo propagado en Cali sobre la desventaja de nivel educacional de la población afrocolombiana, **el capital educativo de los migrantes del Pacífico en el momento de la encuesta es netamente superior al de muchos otros inmigrantes.** Este diferencial es certificado para el conjunto del Pacífico con relación al promedio de los migrantes: 54% de nivel secundario o superior para ellos, contra un 51% en promedio. La ventaja relativa de los oriundos del Pacífico se acentúa y deviene sistemática cuando se comparan con otros migrantes, controlando al mismo tiempo la distancia hacia Cali y el origen rural o urbano. De esta manera, para los migrantes rurales, el 42% de los de la costa Pacífica de Nariño tienen un bagaje educativo secundario o superior mientras que este es el caso para sólo el 9% de los migrantes rurales procedentes del interior del Departamento de Nariño. Los contrastes son generalmente menos fuertes para los migrantes de origen urbano, pero siguen siendo casi siempre en provecho de los oriundos del Pacífico, alcanzándose incluso, en el caso de la ciudad de Buenaventura (79% de secundaria o superior), una ventaja considerable en comparación de los migrantes de las demás ciudades del Departamento del Valle (62% de secundaria o superior en promedio).

Las observaciones realizadas en Tumaco sugieren que es necesario asociar esta constatación con un proceso de emigración muy selectivo en la zona rural del Pacífico: solamente los individuos dotados de un mejor capital educativo emprenderían la migración hacia Cali. Pero este tipo de migración selectiva no es en absoluto específico del Pacífico. Para explicar la diferencia con los otros orígenes regionales, es necesario recurrir a la hipótesis de una sobre-inversión colectiva de las poblaciones del Pacífico en educación, percibida como la condición necesaria para su inserción económica en Cali. Vale la pena preguntarse si este comportamiento significa que existe alguna conciencia de una desventaja racial que es necesario sobrepasar. De cualquier forma, es dudoso que esta inversión pueda realizarse en los lugares de origen de los migrantes, dada la insuficiencia crónica de oferta escolar que presentan. Lo más probable es que ésta haya tenido lugar en el transcurso de la trayectoria migratoria y probablemente, en gran medida, entre la fecha de la primera llegada a Cali y la de la encuesta. Como sea, la cuestión es saber si esta ventaja relativa de capital educativo es convertida en términos de inserción socioeconómica. En 1998, la encuesta desmiente esta expectativa con resultados a menudo contrarios a tal encadenamiento "lógico".

El estudio de la segregación residencial de la población afrocolombiana en Cali no es aquí nuestro propósito (es el tema del capítulo 3). Por el momento, es suficiente señalar que a través de análisis diversos, tanto por las fuentes²⁶ como por los métodos²⁷, hemos comprobado la existencia de una segregación residencial de la población negra en Cali, sin embargo moderada si la comparamos, por ejemplo, con las grandes ciudades de los Estados Unidos²⁸. No obstante, independientemente de este contexto de segregación espacial y sin tomar en cuenta la localización en la ciudad, podemos considerar el estrato socio-económico de residencia como un indicador de la inserción económica de los inmigrantes en Cali. Como fue hecho anteriormente para el nivel de educación, compararemos los grupos de migrantes de un mismo contexto de origen (rural/urbano y Departamental).

Si tomamos el ejemplo de los migrantes rurales de la costa de Nariño versus los del interior del departamento, a pesar de su ventaja en términos de capital educativo, los primeros están, en una proporción muy superior a la de los segundos, acantonados en los estratos de hábitat popular (estratos 1, 2 y 3): de 80 a 100% según los orígenes mientras que al mismo tiempo, casi la mitad de los migrantes del interior pudieron hacerse a una vivienda en los tres estratos superiores. Este patrón muy desigual se repite para los migrantes rurales del Chocó y, en menores proporciones, para los del Pacífico procedentes del Cauca y Buenaventura, frente a la inserción socioeconómica que logran sus homólogos de las zonas rurales del interior (Antioquia y el Viejo Caldas rural, interior del Departamento del Valle, norte del Cauca y del Valle). En el momento de la presentación de esos resultados a un grupo de pobladores del barrio El Retiro en Cali, una joven estudiante resumió en un frase su reacción: “*A nosotros los negros nos dejan en paz mientras estamos bien jodidos o ya cuando somos futbolistas profesionales, pero cuando se busca salir adelante es que a uno lo ponen a sudar...*”.

Por el contrario, la inserción residencial de los migrantes urbanos procedentes del Pacífico no se muestra globalmente menos buena que la de los migrantes urbanos del interior y, en algunos casos, puede llegar a ser comparativamente mejor. Es el caso de los migrantes urbanos de Barbacoas, de las ciudades de la costa del Cauca, como lo muestra el ejemplo de la *Colonia Guapireña* de Cali

26. Censo de 1993, encuestas de hogares del Dane de 1996 a 2001, encuesta Cidse/Ird de 1998 y encuesta Cidse/Banco Mundial de 1999.

27. Cartografía y estudios estadísticos de las áreas de residencia, cálculos de índices de segregación, estudio antropológico de barrios y de la percepción de la segregación residencial, etc.

28. Ver capítulo 3 e, igualmente, Barbary et al. 1999: 37-41, 53-61 y 71-76, Urrea y Ortiz 1999, Dureau, Barbary y Lulle 2002: 42-49.

(ver capítulo 7), o de los migrantes de los barrios de clase alta de Buenaventura, que se trataron anteriormente²⁹.

La cuestión de las desigualdades socio-raciales en lo relativo al acceso a los recursos económicos en la ciudad se formula entonces de una manera demostrable, pero con una serie de matices. Para los migrantes rurales, no hay duda de que los oriundos del Pacífico están considerablemente afectados en su ascenso social por discriminaciones en el acceso a los empleos y a las remuneraciones, no obstante su ventaja relativa de capital educativo respecto a otros migrantes. La existencia en Cali, en algunos segmentos del mercado laboral, de una discriminación propiamente racial hacia la población afrocolombiana está confirmada por estudios cualitativos (Urrea 1997: 155; Quintín, Ramírez y Urrea 2000: 23; y Agier et al. 2000: 50-53), así como por la fuerte percepción de la discriminación por parte de la población de Cali (ver al respecto el capítulo 6; al igual en Barbary 2001a; y Barbary 2001b: 794-798). Sin embargo, concluir sobre su importancia estadística y su papel en las desigualdades de inserción socio-económica es un tema aparte. La heterogeneidad de las condiciones sociales según los orígenes regionales y sobre todo la oposición entre migrantes rurales y urbanos, deja claro que el proceso no es uniforme ni tan simple. El componente racial tiene un peso variable en interacción con otros criterios de diferenciación: lugares y tiempo de residencia en Cali, género, posición en el ciclo de vida, trayectoria profesional, etc. Queda por hacer un estudio estadístico riguroso del fenómeno introduciendo otras variables que interactúan con el factor racial, ya que la educación no puede por sí sola dar cuenta de las desigualdades en la acumulación de las diferentes formas de capital que condicionan el acceso a los recursos. El análisis desarrollado en este libro tiene sobre todo el mérito de trasladar el debate sobre la desigualdad racial en Cali del terreno más “convencional” de la segregación residencial, mediatizado por el discurso ideológico a través de la figura de un supuesto ghetto racial —que los resultados de la investigación empírica demuestran que no existe (ver capítulo 3)—, hasta colocarlo en la cuestión crucial de las desigualdades en el acceso al conjunto de los bienes y servicios urbanos.

2.3 Cali y la costa Pacífica, el ejemplo de un sistema de lugares

Los datos recolectados en la región de Tumaco y en Cali ilustran bastante bien la tesis defendida en este capítulo sobre el sistema de lugares. Las formas diferenciadas de migración y circulación identificadas tanto en los emigrantes de

29. En este último caso, como se observó antes, con un importante componente de migrantes blancos y mestizos.

Bellavista como en los inmigrantes del Pacífico en Cali, concurren, en conjunto, a la puesta en relación de una serie de espacios que se extienden a la totalidad de la región Pacífica e incluso más allá. Desde luego, la densidad e intensidad de las relaciones materiales y simbólicas que se establecen entre estos lugares varían fuertemente según las direcciones y las distancias, dejando grandes “vacíos” que por cierto se colmarían en gran medida si se generalizara la observación en otros lugares del Pacífico con emigración o inmigración³⁰. Más que una estructura concéntrica, se trata de un esquema reticular que organiza este espacio migratorio a lo largo de las “rutas” en donde se concentra la movilidad. En el caso del eje Bellavista/Tumaco/Cali, se dibujan alrededor de cinco espacios cardinales: (i) Bellavista, (ii) el espacio de los ríos de la bahía de Tumaco, (iii) la ciudad de Tumaco, (iv) las ciudades de Cali y Buenaventura, (v) otros destinos fuera de la región Pacífica. Pero en total, la sumatoria de estas prácticas migratorias engendra un sistema de circulación que se proyecta en toda la “gran región Pacífica”, e incluso la sobrepasa. Los flujos de personas y de bienes, materiales y simbólicos, que lo componen, varían según diferentes escalas temporales, espaciales y sociales.

Con el tiempo, los flujos varían a escala “histórica”, con la reorientación y diversificación de los destinos de los emigrantes desde sus zonas de origen y, como corolario, la expansión y recomposición de las cuencas migratorias de las grandes ciudades. Pero en la escala del ciclo de vida de los migrantes, las formas de movilidad se diferencian igualmente, produciendo composiciones demográficas y socioeconómicas específicas para cierto tipo de flujos: viajes de “iniciación”, migraciones durables con motivos económicos o familiares, instalaciones en los lugares de inmigración, regresos a los lugares de origen o desplazamientos forzados³¹. Vimos la importancia de los impactos de estas nuevas dinámicas migratorias sobre las estructuras socio-demográficas de los lugares de origen y destino. Por otra parte, los recursos explotados por los individuos y los grupos familiares se sitúan en diferentes lugares y no adquieren valor sino por su combina-

30. Fundamentalmente, las relaciones privilegiadas Tumaco-Buenaventura, Guapi-Buenaventura y Guapi-Popayán, así como las relaciones entre las costas de Nariño y del Cauca y las zonas agroindustriales y las ciudades intermedias del norte del Cauca y del sur del Valle (ver al respecto los capítulos 4, 7 y 9). El caso del Chocó, más complejo a causa de las estrechas relaciones con Medellín y la costa Caribe, atestigua la ruptura entre las partes norte y sur de la región Pacífica, constatada en diversos aspectos (lingüísticos, culturales, políticos, etc.).

31. Este último caso concierne una época reciente (2000-2002) pero presenta una dinámica excepcional, resultado de la ofensiva paramilitar en toda la región del Pacífico (Sánchez, 2001). Al terrorismo sobre las poblaciones rurales instaladas en las zonas consideradas como estratégicas por alguno de los actores armados, se suma la eliminación o el desplazamiento de las “élites” ligadas al campo social y político local (Ong para la defensa de los derechos humanos, movimiento étnico, sindicatos, Iglesia Católica, etc.), lo que modifica profundamente la capacidad de acción y adaptación de estas sociedades frente a los cambios de orden nacional o global.

ción: el hombre se queda en el poblado rural mientras que su mujer parte hacia la ciudad para asegurar la escolaridad de sus hijos; pero también a la inversa, la mujer joven que parte hacia Cali y sólo puede quedarse porque su madre cuida a sus hijos en el poblado, o incluso el hombre que parte hacia el Putumayo para recoger coca y regresa para montar su propio taller de mecánica en Tumaco. No faltan los ejemplos de complementariedad en tiempo y espacio. Resulta entonces imposible atribuirle a tal o cual dispositivo espacial un rol preciso dentro de la reproducción social, sin importar el nivel social considerado (individuo, familia, comunidad aldeana). Sin embargo, todos los espacios contribuyen con esta reproducción, de manera desigual, cierto, mas no aleatoria, sino de manera diferenciada según la edad, el género y la posición en el ciclo de vida de los migrantes del grupo social en cuestión.

En un primer momento, podríamos observar en estas dinámicas un proceso de indiferenciación espacial, es decir, un proceso en el cual las unidades espaciales “tradicionales” (el poblado, el río, la ciudad) perderían sus funciones primarias (respectivamente: residencia, afiliación territorial, unión con la sociedad global) en beneficio de una recomposición general del territorio regional. Puede presentarse ahora una disociación entre el lugar de residencia y el lugar de afiliación territorial (el que emigró a Cali y continúa calificándose como “*tumaqueño*”, pero también el que se percibe totalmente como “*caleño*”) o entre residencia y trabajo (los bi-residentes en la ciudad y el poblado rural). De cierta forma, los lugares pierden su autonomía al adquirir cada uno nuevas funciones interdependientes con las de otros. El Pacífico se integra de esta manera, con un cierto retraso en comparación con las demás regiones del país, a las dinámicas migratorias y las recomposiciones territoriales que induce la nueva distribución de funciones en los lugares.

En el nuevo “sistema de lugares”, los puntos de partida y de llegada de cada “ruta” tienen posiciones y funciones relativas que determinan los volúmenes y las características de los flujos migratorios. Desde Bellavista, por ejemplo, Tumaco es el destino preferencial para las mujeres que buscan un acceso real a la educación y a la salud de sus hijos, aún si debe producirse la segmentación del espacio de reproducción económica y social del hogar; en efecto, los hombres conservan en ocasiones su inserción residencial y laboral rural o buscan en Cali, Buenaventura o incluso más lejos, mejores oportunidades de empleo. Con la migración directa hacia Cali, las mujeres jóvenes, por su parte, buscan la independencia económica y las condiciones necesarias para seguir con sus estudios. Pero las prácticas migratorias de las poblaciones del Pacífico muestran que el conjunto de estas elecciones residenciales individuales o familiares se inscribe casi siempre en lógicas más colectivas (redes en ocasiones muy extensas constituidas por originarios del mismo pueblo, del mismo río, del mismo municipio,

etc., comunidades más amplias construidas alrededor de la identidad territorial regional, incluso de la identidad étnica-racial). Otros estudios han ilustrado el rol de las “colonias”, como en Cali los *Guapireños* (ver capítulo 7) o en Bogotá los *Robleños*; estas “comunidades de origen” se instituyen en la migración y adquieren en primer lugar un rol de cohesión social, luego de mediación entre los migrantes y la sociedad urbana³². Las referencias rurales del origen común explican y legitiman a menudo las acciones colectivas en el medio de llegada.

Sin lugar a duda, en el caso del Pacífico, el sentimiento de comunidad de origen se encuentra reforzado por la doble discriminación unánimemente denunciada por los migrantes: discriminación geográfica (el Pacífico como “región abandonada por el Estado central”) y discriminación racial (el Pacífico como “región negra”). La desigualdad en el acceso a los recursos urbanos, que nuestros análisis comprobaron en varias ocasiones, provee a esta denuncia argumentos concretos. Las recientes dinámicas políticas fundadas sobre el reconocimiento de una “identidad” étnica y territorial propia de las poblaciones del Pacífico, refuerzan aún más el vínculo entre zonas de origen y lugares de migración. En efecto, la identidad afrocolombiana y los derechos asociados, inicialmente concedidos exclusivamente a las poblaciones rurales, han sido en adelante reivindicados por numerosos sectores negros urbanos, sean inmigrantes, descendientes de inmigrantes o nativos de las ciudades. En este proceso, la referencia a un territorio de origen forma parte de un nuevo discurso que se ajusta a las disposiciones legislativas, pero en busca de su ampliación. Aquí aparece un nuevo aspecto de los factores migratorios de “integración regional” del Pacífico. Ampliamente discutidas en la segunda parte de este libro (capítulos 5 a 10), estas cuestiones nos recuerdan de qué forma las relaciones establecidas en y por la movilidad de las personas y los bienes, entre los grupos sociales y entre los espacios, sobrepasan de lejos el registro socio-económico para integrarse en lógicas globales de reproducción política de los espacios considerados.

Conclusiones

Antes que nada hay que destacar las constantes que existen en los comportamientos migratorios contemporáneos en el interior de la región Pacífica, que no le son seguramente específicos. Estas constantes trascienden en efecto las diferencias contextuales entre los lugares y los calendarios históricos o coyunturales.

32. Agudelo, 1998; Arboleda, 2001.

- La fuerte diferenciación de las trayectorias migratorias según el género: mayor frecuencia de la migración directa para las mujeres, menor número de etapas en la migración indirecta femenina pero la duración de la trayectoria es igual o superior, en promedio, a la de los hombres. En total, una mayor “estabilidad” residencial de las mujeres, no obstante, el hecho de que la migración hacia las ciudades en general (pequeñas y grandes) es mayoritariamente femenina.
- El tipo de itinerario de los migrantes de un origen dado (proporción de migración directa, número de etapas, duración de las trayectorias, frecuencia de regresos a los lugares de origen) no está simplemente determinado por la distancia entre el lugar de origen y la ciudad de destino. En realidad, se explica más por las características demográficas y socio-económicas de los flujos que por la localización o incluso las características de los lugares de origen (rurales, urbanos de diferente tamaño). Más que la distancia o los efectivos de población en juego, son los tipos de población y las dinámicas económicas y sociales en los espacios de emigración lo que diferencia los recorridos migratorios, en relación con las funciones que los migrantes asignan a sus desplazamientos.
- La importancia de los impactos de la movilidad sobre la dinámica demográfica y la estructuración socio-económica de los espacios de inmigración y emigración. En primer lugar, la recomposición de las cuencas migratorias de las grandes ciudades, pero también la modificación de sus estructuras por sexo y edad, marcadas por cohortes sucesivas de inmigrantes que contribuyen, directamente y a través del excedente en los nacimientos, a mantener un crecimiento vegetativo sostenido y un aumento del número de hogares; en total, la migración frena de manera significativa el envejecimiento de las poblaciones urbanas. Recíprocamente, se observan efectos inversos en muchos espacios rurales de emigración (masculinización y envejecimiento acelerado de la población).
- La confirmación del carácter plurilocal de los sistemas de reproducción económica y social de las poblaciones. Cualquiera que sea el lugar de consideración, estos sistemas se caracterizan cada vez más por escalas espacio-temporales de movilidad variadas: los individuos y las unidades familiares utilizan diferentes registros de movilidad y los articulan de diversa manera en los diferentes momentos del ciclo de vida.

Al comprobar la generalización de la movilidad espacial en tanto que medio de acceso a los recursos económicos y sociales, muchos análisis tienden a sobrevalorizar la movilidad. Si sus múltiples formas constituyen en efecto opciones de reproducción económica y social y si la migración es, en ciertos casos, inclu-

so con un costo alto, la única alternativa frente a la degradación de las condiciones de vida locales, no se debe, por lo tanto, idealizar la movilidad como solución a la repartición desigual de las oportunidades de empleo, vivienda, educación, etc., ni mucho menos como un derecho de acceso a la ciudad para todos. Esta tendencia, actualmente notable en los discursos políticos y de gestión, podría resultar peor que la situación anterior, cuando se negaban las prácticas plurilocales del espacio. En efecto, no hay que olvidar:

- Por una parte, el papel de los sedentarios. Porque, sea a una escala regional o de mayor amplitud, el espacio no constituye un sistema sino a partir de la articulación de diferentes modalidades migratorias, sin olvidar aquéllos que no parten. La circulación de personas y bienes materiales y simbólicos en el espacio funciona precisamente porque permanecen individuos sedentarios, y otros que realizan migraciones de larga duración, mientras que la mayoría evoluciona en un sistema de movilidad con retornos: los “sedentarios” y los “emigrados” constituyen las categorías “extremas” del sistema, que hacen posibles otras modalidades de movilidad.
- Por otra parte, las condiciones profundamente desiguales de acceso a esta movilidad. No debe ocultarse que todo el mundo no cuenta con el mismo acceso a este recurso. La pregunta de fondo es: ¿un modo de funcionamiento basado sobre una desigual distribución espacial de los recursos, que supone una disponibilidad previa para acceder a estos, no resulta más desigual que una situación de menores desequilibrios espaciales donde el acceso a los recursos no es filtrado por la movilidad?

Finalmente, hoy en día, los intereses políticos alrededor de la construcción y eventualmente de la oposición, de diferentes identidades locales, regionales, culturales y étnicas, están fuertemente ligados a la movilidad de las poblaciones, tanto en Colombia como en muchos otros países de América Latina³³. Se comprueba el papel decisivo de la comunidad de origen en las dinámicas migratorias y dentro de las configuraciones espaciales urbanas. Se establecen durante la migración grupos de solidaridad (paisanaje) que adquieren, primero, un papel de cohesión social, segundo, un rol de mediación entre los migrantes y la sociedad urbana. La alteridad social que se construye de esta manera es corrientemente reforzada por diversos tipos de discriminación, como se observa en Cali, con la estigmatización de las poblaciones negras originarias del Pacífico. En el proceso en curso en la gran región del Pacífico, la “integración” dentro de un sistema de diferentes lugares relacionados a través de las migraciones, sólo adquiere realidad política, en cuanto proyecto idealizado, mediante la construc-

33. En el caso de México, consúltese Lartigue y Quesnel (2003).

ción social de un territorio colectivo. Por esta razón, en los movimientos sociales contemporáneos en la región como en otras³⁴, la referencia al territorio de origen es usualmente utilizada para construir este discurso de integración. Recurso rural por excelencia, el territorio no adquiere un valor político (y potencialmente económico) hasta que no se complete su construcción como “territorio colectivo”. Comúnmente, esta construcción se hace por medio de la intervención de actores urbanos —sean o no nativos del territorio—, que se apoyan sobre legitimidades en gran parte externas a sus lugares de origen y conseguidas en las ciudades (el registro político y legal). Pero cualquier sea su proceso de construcción social en el Pacífico y en Colombia, así como en otros lugares, el discurso sobre la “integración” y el “territorio”, si quiere dejar de ser sólo retórico, debe desembocar en el reconocimiento y la valoración concreta del aporte de los diferentes componentes étnico-raciales, socio-económicos y culturales de la población concernida.

34. Como se verá en el capítulo 9, en la región del norte del Cauca.

MIGRACIÓN EN EL PACÍFICO SUR



Foto 1: Lanchas y piraguas en el embarcadero de Bellavista, Río Mejicano (M. González, Tumaco, 1999)

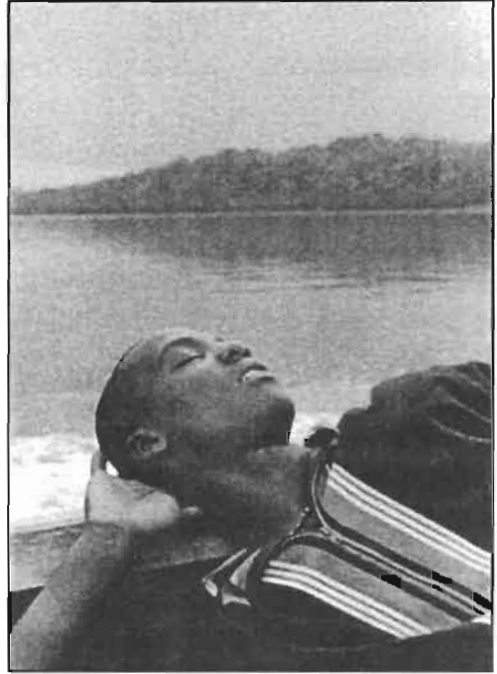


Foto 2: En lancha en la ensenada de Tumaco (1) (M. González, Tumaco, 1999)



Foto 3: En lancha en la ensenada de Tumaco (2) (M. González, Tumaco, 1999)



Foto 4: Niña en casa, Bellavista, Río Mejicano (M. González, Tumaco, 1999)



Foto 5: Niños en el callejón de un barrio sobre palafitos de Tumaco
(M. González, Tumaco, 1999)

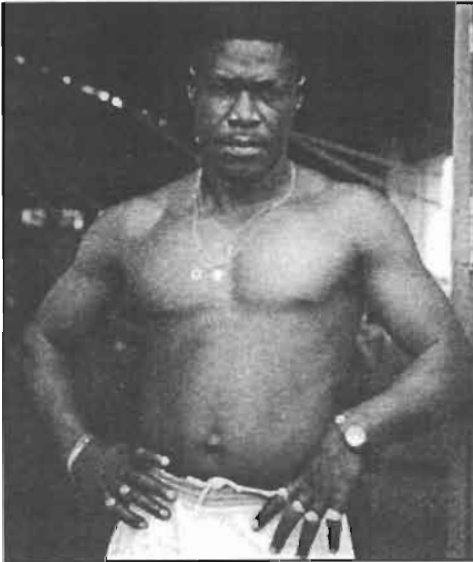


Foto 6: Emigrante de regreso a Tumaco
(M. González, Tumaco, 1999)



Foto 7: Entierro en el cementerio de Tumaco
(M. González, Tumaco, 1999)

EL COMPONENTE SOCIO-RACIAL DE LA SEGREGACIÓN RESIDENCIAL EN CALI*

Olivier BARBARY

Desde sus inicios, hace casi un siglo con la Escuela de Chicago, la reflexión sobre la segregación étnica y racial en la ciudad, en contextos contemporáneos, está marcada por dos paradigmas. En primer lugar, el del “ghetto negro”, cuyos fundamentos de estudio fueron expuestos por L. Wirth, lo que se convertiría más tarde en un concepto tanto heurístico como polémico. En segundo lugar, la distinción entre identificaciones étnica y racial, la primera reservada para los inmigrantes de origen europeo (italianos, polacos, etc.), la segunda para las poblaciones negras y asiáticas, cuya integración no se reduce a una cuestión cultural sino que se remite sobre todo a una diferencia de rasgos físicos interpretados socialmente (Park, 1952). En este capítulo nos concentraremos en la segregación racial, en el sentido atribuido por Park, de conformidad con una de las tesis principales defendidas en este libro: la de la preponderancia del criterio fenotípico sobre los criterios étnicos o culturales en las lógicas de diferenciación y de división social en la Colombia urbana de hoy (ver la introducción general y los capítulos 1, 5 y 6). En cuanto a la figura del “ghetto negro”, tomaremos efectivamente como referencia el caso de las grandes ciudades de los Estados Unidos, para mostrar, por el contrario, lo inadecuado de este concepto en el análisis de la segregación socio-racial en Cali.

Por otro lado, los análisis de la segregación étnica y racial están inmersos en la polisemia que caracteriza el término de “segregación social” desde su surgimiento en el campo de los estudios urbanos. Sus múltiples definiciones teóricas y métodos de medición han gastado buena tinta. Uno de los ejes de esta variabilidad semántica pasa de los estudios de geografía y ecología urbana, donde la segregación es vista a través de la descripción y la evolución de las divisiones sociales y funcionales de los espacios metropolitanos, a un tipo de análisis más

* Este capítulo retoma numerosos elementos del capítulo 3, “Dynamiques de peuplement et ségrégations métropolitaines”, de F. Dureau, O. Barbary y T. Lulle, en Dureau (coord.), Barbary, Gouëset, Pissoat (2004: 123-182). Aquí analizamos de manera más detallada la segregación residencial socio-racial en Cali.

sociológico o socioeconómico que, partiendo de la constatación de las profundas desigualdades de ingresos en una sociedad, coloca en primer plano la cuestión del acceso a los recursos, no necesariamente relacionada con la distribución espacial de las poblaciones. No es este el lugar para adentrarse en un debate tan vasto¹. Deseamos simplemente precisar la posición adoptada en este texto, la de una “acepción puramente empírica y descriptiva de la distinción espacial entre las áreas de residencia de los grupos de población que viven en una misma aglomeración” (Brun, 1994: 22). Por ende, insistiremos de manera deliberada sobre uno de los factores de la división social del espacio: la segregación residencial.

El carácter marcado de la segregación residencial es unánimemente reconocido en Colombia; sin embargo, en muchas ocasiones, es más supuesto que demostrado y poco contextualizado. El diagnóstico del fenómeno y el análisis del proceso resultan insuficientes, como lo denuncia Brun en el caso francés: “en la representación —incluyendo la representación académica— (...), la percepción de los problemas sociales asociados a una forma juzgada como patógena tiene más importancia que el análisis exacto de esta forma” (Brun, 1994: 40). Este caso se presenta con mayor fuerza al tratarse de la segregación racial en Colombia. Una producción científica poco abundante y textos periodísticos generalmente mal documentados alimentan ambigüedades e ideas preconcebidas que retoman a menudo los actores políticos. Por eso, es necesario desmontarlas si se desea situar el debate donde debería estar, es decir, en las verdaderas modalidades de la segregación residencial y social de las “minorías étnicas” en Colombia. Se trata de un desafío importante dentro del contexto multiculturalista afirmado constitucionalmente, como es descrito en la introducción, ya que indiscutiblemente éste refuerza las connotaciones morales relacionadas con el tema y radicaliza las oposiciones políticas e ideológicas. En el caso colombiano, la falta de análisis de los procesos de segregación socio-racial se explicaba ante todo, en capítulos precedentes, por la ausencia de datos estadísticos fiables.

Por vez primera en Colombia, con las encuestas realizadas en Cali en 1998 por el Cidse y el Ird, y en 1999 por el Cidse y el Banco Mundial, existen fuentes demográficas fiables que permiten el cálculo de índices de segregación residencial para los diversos componentes fenotípicos del poblamiento de una metrópoli (recuadros 1 y 2). Por otra parte, los archivos de información individual del censo de 1993 autorizan un detallado análisis de la distribución espacial de las poblaciones en Cali, según diferentes categorizaciones. Finalmente, las encuestas biográficas sobre la movilidad espacial, realizadas en Cali (Cidse-Ird 1998),

1. Es posible encontrar una buena síntesis en J. Brun y C. Rhein, 1994.

y las observaciones antropológicas asociadas a ellas, dan cuenta de las prácticas de movilidad residencial y las percepciones de diferentes dimensiones de la segregación socio-espacial en la ciudad². Al cuerpo de información reunido en Cali, le adjuntaremos resultados de estudios sobre Bogotá, Santiago de Chile y las grandes ciudades de Estados Unidos, con el fin de poner nuestro diagnóstico en perspectiva con otras aglomeraciones. El enfoque de la segregación socio-racial que desarrollaremos a partir de esos datos, puede caracterizarse con tres expresiones claves: objetivación estadística, contextualización nacional e internacional y segregación pluridimensional.

La objetivación estadística, que busca aproximar al fenómeno de la distribución racial de una población en el espacio como un “hecho social” a partir de la tradición durkheimiana, se vuelve una prioridad al tratarse del primer estudio de este tipo permitido en Colombia gracias a las dos encuestas realizadas en Cali. Pero, como bien lo dijimos, es también crucial para la argumentación del debate público de la “cuestión negra”, desencadenado por la reforma constitucional de 1993. La primera condición de tal objetivación es la puesta en marcha, en las dos encuestas, de una caracterización fenotípica de los hogares y de los individuos (hogares afrocolombianos, población negra, mulata, mestiza y blanca; retomaremos más adelante estas definiciones) que, para ser cuidadosamente discutida y justificada en varias partes del libro (cf. introducción general, introducción del capítulo 1 y capítulo 6) y en otras publicaciones³, no deja de ser en cierta medida arbitraria, incluso si pensamos haber seguido el precepto de Bourdieu (1978), según el cual, “la objetivación de la relación subjetiva al objeto hace parte de las condiciones de la objetividad”. Sin embargo, es necesario advertir al lector que este ejercicio estadístico no pretende alcanzar una “objetividad” ideal, y que, aunque se creyera realmente necesario, no podría ser suficiente. No alcanza su propio valor sino porque frecuenta en este libro análisis sobre el mismo tema, o temas similares, desarrollados desde diversos puntos de vista, en particular a través de encuestas sociológicas y antropológicas (ver los capítulos 4, 6 y 10).

2. Las fuentes de información, los censos y las encuestas son presentados como anexos. Los resultados de los trabajos antropológicos utilizados aquí son los de M. Agier (1995, 2000), Quintín (1999), Quintín, Ramírez y Urrea (2000), Urrea y Murillo (1999), Urrea y Quintín (2000), Urrea, Arboleda y Arias (1999). Estos resultados contribuyen significativamente con los comentarios e interpretaciones desarrollados en la cuarta y quinta secciones de la primera parte y en menor medida, en la tercera sección de la segunda parte. Además, estos estudios son ampliamente utilizados en los capítulos 6 y 10 del libro y de algún modo en el capítulo 2, al observar las prácticas de inserción urbana en Cali por las redes de migrantes del Pacífico.

3. Barbary, 1999a y b, 2000; Barbary, 2001 a y b; y Barbary, Ramírez y Urrea, 1999.

La voluntad de comparar Cali con otros contextos nacionales e internacionales siguió inmediatamente la posibilidad de objetivación por las cifras. ¿Qué es en efecto una ciudad más o menos segregada? ¿Qué nos dice, en sí, el valor de un índice de segregación racial para el conjunto de Cali? Desde luego, estas cifras sólo tienen un valor relativo, comparadas con otras cifras obtenidas por medio de la misma metodología a partir de datos similares. El objetivo de comparación dirigió la elección de los temas de análisis, de los métodos estadísticos y cartográficos (ver los recuadros 1, 2 y 3) y de presentación de los resultados. De este modo, en la medida en que fuera posible, los indicadores fueron establecidos para las mismas variables en dos o más ciudades.

Tanto en Cali como en cualquier otra ciudad, no es posible fundar un diagnóstico de la segregación racial y el análisis de los procesos que la soportan únicamente sobre el factor racial de la segregación residencial. Las lógicas de concentración o de mezcla residencial, según la pertenencia racial, no se desarrollan independientemente de otras dimensiones sociodemográficas y socioeconómicas del proceso de segregación. Veremos hasta qué punto, en Cali, las dimensiones socio-económica y racial de la segregación residencial son indisociables. La ambición de este capítulo es la de aprehender lo más completamente posible, a partir de los datos disponibles y los métodos que hemos podido aplicarles, la dialéctica de estas diferentes dimensiones para localizar progresivamente el factor socio-racial, su intensidad relativa y las escalas espaciales en que opera. Además de la dimensión étnica o racial (frecuentemente desarrollada en los países anglo-sajones) y la dimensión socio-económica (objeto de los análisis más corrientes en el resto de Europa y en Colombia), deben también considerarse otros componentes del proceso de segregación, los cuales tienen que ver con la identificación de diferencias sociodemográficas en los espacios urbanos, en el sentido amplio del término, que conducen a la formación de culturas y modos de vida particulares. De esta forma, en este capítulo, tomaremos igualmente en cuenta el origen migratorio, a través de la localización residencial de diferentes grupos de inmigrantes que se instalaron en Cali (y en Bogotá), y la dimensión demográfica de la segregación caracterizada por la edad de los individuos y el tamaño de los hogares.

Designar bajo el mismo término de “segregación” diversas formas de diferenciación social del espacio no significa que procedan de un mismo sistema causal. Por el contrario, este enfoque multidimensional de la segregación permite justamente abordar “el problema de la imbricación entre los diferentes registros de la distancia social” (Grafmeyer, 1994: 105), inevitablemente desechado en los análisis que consideran por separado las dimensiones socio-económica o socio-racial de la segregación. Intentaremos también evitar el escollo de los estudios

basados únicamente en la escala global de la ciudad donde se desarrollaría la segregación según el paradigma del ghetto, gran espacio homogéneo y aislado. En efecto, un diagnóstico pertinente de la dimensión socio-racial de la segregación en Cali —donde las distancias social y espacial practican, como lo veremos, un juego sutil— no es posible sin un análisis preciso de la población y de la geografía social de los espacios metropolitanos. Este enfoque estadístico, comparativo y pluridimensional de la configuración socio-espacial de Cali, será desarrollado en dos tiempos.

La primera parte está relacionada con el marco general de división social del espacio urbano. La diversidad de las dimensiones de la segregación da forma a una estructura de exposición según tres factores de diferenciación de los espacios: la condición social de los hogares, sus características demográficas (estructura por edades y tamaño de los hogares) y el origen geográfico de los inmigrantes. Luego de haber comparado, en la primera sección, los niveles de segregación social y demográfica en Cali con otros contextos nacionales (Bogotá) e internacionales (Santiago de Chile), las cuatro secciones siguientes detallan sucesivamente las reparticiones espaciales de las poblaciones según los factores socio-económico, demográfico y migratorio, considerando distintas escalas espaciales, desde la ciudad entera, su división administrativa en comunas, hasta los barrios y los segmentos del parque habitacional. Estas reparticiones serán interpretadas desde la perspectiva de los comportamientos residenciales fuertemente diferenciados de las diversas categorías de población y sus articulaciones con la historia urbana.

En la segunda parte, consagrada a la dimensión racial de la segregación en Cali, empezaremos a describir el papel de ese factor en la distribución espacial de las poblaciones, considerando el mestizaje afro-americano: la población negra será distinguida de la población afrocolombiana en su conjunto. Utilizando el índice de disimilaridad, efectuaremos enseguida una comparación con los Estados Unidos, que permite alcanzar uno de los principales resultados del estudio; en Cali no existe una concentración residencial de las poblaciones negras y mulatas comparable con aquéllas de los ghettos de las grandes ciudades norteamericanas. Finalmente, nos preguntaremos acerca del peso del factor racial entre las demás dimensiones del proceso segregativo, particularmente a la escala micro de los barrios y las viviendas.

Recuadro 1: Medir la segregación residencial a partir de censos o encuestas

El debate teórico y metodológico sobre la medición de la segregación residencial, que se inició en los años veinte en el seno de la Escuela de Chicago, no ha cesado desde entonces. No es este el lugar para entrar en él. Se trata simplemente de resumir los métodos utilizados en este capítulo.

Las bases de datos desagregadas (archivos de individuos y hogares), procedentes del censo de 1993 y del cúmulo de las encuestas realizadas en 1998 y 1999 en Cali (ver recuadro 2), fueron utilizadas para producir estadísticas que suman, **a nivel de los sectores censales** (330 en Cali), los efectivos de población caracterizada por los diferentes criterios correspondientes a las dimensiones del fenómeno segregativo: demográfico (categorías de edad, peso de hogares unipersonales), social (indicador de condición social de los hogares), según el origen migratorio (regiones de origen, población nativa de Cali) y racial (hogares afro colombianos, caracterización fenotípica de los individuos). Se practican entonces dos acercamientos de la segregación a diferentes escalas.

La cartografía por sector censal permite resaltar los patrones de distribución espacial de diferentes categorías de población en distintas escalas y apreciar las oposiciones o las coincidencias espaciales que manifiestan. Puestos en perspectiva con otras estructuras espaciales, históricas, económicas, de infraestructuras, etc., que las determinan eventualmente, estos mapas autorizan una interpretación de las situaciones y de las lógicas de concentración de la población que se desarrollan en la ciudad. Pero no permiten, en cambio, apreciar la intensidad de la segregación de cada categoría ni, para una categoría dada, juzgar su variación en el interior de la ciudad o de una ciudad a otra.

Con este fin, se usan **índices de segregación a nivel del conjunto de la ciudad y para cada una de las 20 comunas de Cali**; en ambos casos, el cálculo se hace sumando los datos agregados por sectores censales. Escogimos dos índices entre la multitud propuesta por la literatura. El primero, el **índice de disimilaridad**, que se convirtió en un clásico luego de su inauguración a manos de Duncan y Duncan en 1955, el cual fue seleccionado porque permite una comparación internacional (ver recuadro 3). El segundo proviene de una reciente publicación (Hutchens, 2001). Bautizado por el autor "**índice de la raíz cuadrada**", este índice reúne siete propiedades matemáticas importantes en el plano teórico; algunas hacen falta en los índices utilizados con mayor frecuencia (disimilaridad e índice de Gini), lo que alimenta, desde hace más de cuarenta años, una controversia metodológica en las revistas especializadas⁴. Actualmente no tenemos conocimiento de alguna aplicación de este índice sobre datos empíricos (Hutchens tan sólo utiliza una simulación). Teníamos entonces una buena ocasión para comenzar. Por otro lado, el ejercicio de simulación de Hutchens, así como nuestra aplicación, muestran a la vez la buena coherencia del índice de la raíz cuadrada con el de disimilaridad y la superioridad del primero en razón de su sensibilidad frente a una redistribución de la categoría de población considerada entre zonas de sobre (o sub) representación. Estos dos índices tienen las expresiones siguientes:

4. Para una síntesis de este tema, ver Massey y Denton (1998) y, en español, Barbary y Ramírez (2002).

Disimilaridad:

$$D = \frac{1}{2} \sum_{i=1}^I \left| \frac{n_{1,i}}{N_1} - \frac{n_{2,i}}{N_2} \right|$$

Raíz cuadrada:

$$R = 1 - \sum_{i=1}^I \sqrt{\frac{n_{1,i}}{N_1} \times \frac{n_{2,i}}{N_2}}$$

Donde i , que varía entre 1 e I , describe los sectores de censo en la ciudad (o en la comuna); N_1 y N_2 son las poblaciones totales de las categorías de población 1 y 2 en la ciudad (o la comuna); $n_{1,i}$ y $n_{2,i}$ son las poblaciones totales de las categorías 1 y 2 en la unidad i . Los dos índices varían entre 0 y 1, tomando:

–el valor de 0 cuando todas las unidades tienen la composición promedio (invarianza = segregación nula),

–el valor de 1 cuando las dos categorías no comparten ninguna unidad (“cada uno donde sí” = segregación total).

Para la aplicación en el estudio de la segregación en Cali, siempre consideramos como categoría 2 el complementario de la categoría 1 en la población total, es decir un indicador de la segregación **absoluta** de la categoría 1. Otros estudios de segregación se basan, por el contrario, sobre medidas **relativas** donde las categorías 1 y 2 son dos subpoblaciones disjuntas, por ejemplo, en los Estados Unidos: segregación de los “*Black*” o de los “*Hispanic*”, versus “*Non Hispanic Whites*” (ver recuadro 3).

1. Tres dimensiones de la polarización del poblamiento en Cali

Un diagnóstico global de la segregación residencial en Cali debe apoyarse en la diversidad de sus dimensiones para rendir cuenta, como lo dice Simon (2000: 302), de su carácter “multiforme”. Articularemos entonces la dimensión social con otras dos dimensiones, esenciales en metrópolis jóvenes que cuentan con numerosos inmigrantes: la dimensión demográfica (estructura por edad y tamaño de los hogares) y el origen regional de los migrantes. Basándonos sobre la localización residencial observada en los censos, intentaremos, siguiendo el método descrito en el recuadro 1, dilucidar por medio de mapas y de índices de segregación, las imágenes de las configuraciones socio-espaciales que permiten describir el fenómeno de la polarización de la población en Cali, según las categorías sociales, las estructuras por edades y el origen geográfico. Las indicaciones cuantitativas autorizan la comparación entre las tres dimensiones de la segregación.

- *Comparación nacional e internacional*

Antes de entrar en el análisis de estas dimensiones, querríamos aprovechar un estudio más general sobre la segregación urbana en Colombia realizado recientemente (Dureau, Barbary, Lulle, 2004: Op. cit.), para ubicar los niveles de segre-

gación social y demográfica en Cali dentro del contexto nacional e internacional. Nos apoyaremos para esto, por un lado, en la comparación de los índices de Hutchens calculados por una misma batería de indicadores en Bogotá y en Cali (Cuadros 1 y 2), por otra parte, en la comparación de los índices de disimilaridad observados para la segregación social en 1993 de Cali y Bogotá con aquellos calculados en 1991 para Sabatini y Arenas para Santiago de Chile. A continuación, resumiremos las enseñanzas de este ejercicio comparativo, completamente desarrolladas en Dureau, Barbary y Lulle (op. cit.).

Cuadro 1: Índices de segregación (raíz cuadrada de Hutchens), Cali, 1993

	Valor para el conjunto de la ciudad*	Promedio de valores por comuna**	Ratio R***
Condición social del hogar:			
1 ^{er} cuartil	0,15	0,07	0,43
2 ^o cuartil	0,05	0,02	0,31
3 ^{er} cuartil	0,03	0,02	0,52
4 ^o cuartil	0,16	0,04	0,24
Características demográficas:			
Individuos < 15 años	0,01	0,00	0,26
Individuos >= 60 años	0,03	0,01	0,25
Hogares unipersonales	0,03	0,03	0,39
Lugar de nacimiento de los individuos:			
Nativos de Cali	0,01	0,01	0,70
Migrantes de la zona de pob. afrocolomb.	0,03	0,01	0,31
Migr. int. deptos. Valle, Cauca, Nariño	0,00	0,00	0,81
Migr. deptos. Antioquia, Viejo Caldas	0,01	0,00	0,74

Fuentes: Censo de población y viviendas, Dane de 1993, cálculos de O. Barbary a partir de archivos individuales.

Notas: * Número total de sectores : 330. ** Número de comunas en Cali: 20. *** Ratio R: Promedio de los valores por comuna / valor conjunto de la ciudad. Este coeficiente se interpreta como un indicador de la intensidad de la segregación en el interior de las comunas con relación a la intensidad global en la ciudad.

Cuadro 2: Índices de segregación, Bogotá, 1985 y 1993

	Valor para el conjunto de la ciudad*	Promedio de valores por alcaldías menores**	Ratio R
Condición social del hogar (1993):			
1 ^{er} cuartil	0,14	0,09	0,64
2 ^o cuartil	0,05	0,03	0,66
3 ^{er} cuartil	0,03	0,02	0,56
4 ^o cuartil	0,16	0,08	0,48
Características demográficas (1985):			
Individuos < 15 años	0,01	0,01	0,51
Individuos >= 60 años	0,03	0,01	0,43
Hogares unipersonales	0,07	0,04	0,58
Lugar de nacimiento de los individuos (1985):			
Nativos de Bogotá	0,02	0,02	1,04
Migrantes de Antioquia	0,08	0,06	0,74
Migrantes de Boyacá	0,02	0,01	0,74
Migr. de Cundinamarca	0,05	0,05	1,07
Migrantes de Tolima	0,02	0,02	0,81
Migrantes del extranjero	0,47	0,38	0,81

Fuentes: censos Dane de 1985 y 1993; cálculos de O. Barbary a partir de archivos individuales.

Notas: * Número total de sectores en 1985: 537 y 1993: 599. ** Número de alcaldías menores en Bogotá: 19.

La intensidad del proceso segregativo —medida por el índice de Hutchens—, varía a la vez según el contexto urbano y según la dimensión considerada. Así, al mismo tiempo que diferencian Bogotá y Cali, los índices establecen una neta jerarquía entre los factores de segregación:

- en ambas ciudades, la dimensión socio-económica, reflejada en el indicador de condición social de los hogares⁵ se afirma incontestablemente como el primer factor en importancia de la diferenciación en el poblamiento;

5. El indicador mantenido es la suma de los años de estudio de los miembros del hogar mayores de 15 años, dividida por el número de personas por pieza en la vivienda. Este indicador resulta

- la intensidad de diferenciación de los espacios urbanos es del mismo orden tanto en Bogotá como en Cali, en cuanto a la condición social de los hogares en 1993 y la composición por edad;
- en cambio, el tamaño de la familia y el origen migratorio introducen diferencias más marcadas en Bogotá que en Cali.

A propósito de las divisiones sociales de los espacios urbanos de Bogotá y Cali, la importante visibilidad que les confiere su organización en grandes zonas (ver en la sección siguiente el caso de Cali), conduce generalmente a los analistas hacia la constatación intuitiva de espacios “muy fuertemente segregados”. ¿Acaso esta afirmación se verifica al situar el nivel de segregación social de las dos ciudades colombianas en la escala internacional? Nuestra única referencia estadística latinoamericana concierne a Santiago de Chile (Sabatini y Arenas, 2001). Los valores estimados⁶ del índice de disimilaridad para los seis estratos de condición social de los hogares considerados en la capital chilena varían de 0,53 (para el estrato “extreme lower” que representa 8% de la población) a 0,71 (para “higher”, 11% de la población), según una curva que pasa por el mínimo de 0,26 para el estrato más numeroso (“lower midle” 45% del total). Los valores observados para el mismo índice en Cali y en Bogotá, pero con categorías de pesos porcentuales iguales (cuartiles del indicador de condición social), son lógicamente un poco inferiores (0,43 y 0,42 para el primer cuartil, 0,46 en las dos ciudades para el último). Sin embargo, se conservan a la vez el orden de tamaño de las cifras y la forma de la distribución, con valores inferiores para las clases medias, un poco más elevados para los pobres y aún mayores para los hogares más favorecidos.

La similitud de los valores en Cali y Bogotá para 1993 es destacable, así como la similitud de los órdenes de tamaño y de las formas de las curvas al compararlas con Santiago. **Parece entonces que la situación colombiana no tiene nada de excepcional en el contexto latinoamericano que se caracteriza por una fuerte segmentación socio-espacial de los ámbitos urbanos.** Estas similitudes resaltan

pertinente en el contexto de las ciudades colombianas, donde es posible constatar una estrecha asociación estadística de los niveles de educación y hacinamiento en la vivienda con los niveles de renta (no disponibles en el censo).

6. La fuente estadística utilizada es una encuesta Origen-Destino realizada en 1991 sobre una muestra de hogares repartida en 510 zonas del censo. Desafortunadamente, los autores no proveen ninguna información relativa al diseño de la muestra, ni siquiera su tamaño. En cambio, sabemos que la población promedia de las 350 zonas encuestadas es de 3.530 individuos, comparable entonces, con aquellas de los sectores censales en Cali. Por lo tanto, hay que tomar con precaución los resultados de este estudio y su comparación con los datos obtenidos en Cali y en Bogotá, porque es posible que los intervalos de confianza que acarrearán las estimaciones por zona en Santiago, aumenten los valores del índice (ver Recuadro 2); no obstante, esperamos que la importancia de la encuesta garantice la fiabilidad de las estimaciones.

el interés por extender y sistematizar los enfoques comparativos del fenómeno, con la condición, como lo veremos ahora, de no limitarse a los indicadores globales ni a la dimensión socio-económica de la segregación. Dicho lo anterior, la homogeneidad social se impone como la lógica dominante de concentración residencial, respecto a otras lógicas ligadas a la posición en el ciclo de vida o al origen geográfico. Es entonces por la dimensión social que iniciaremos el análisis.

• **Una organización socio-espacial en grandes bloques**

En la linde del siglo XXI, los espacios residenciales de las diferentes clases sociales en Cali se distribuyen siguiendo una organización en grandes zonas o “corredores” que se distinguen igualmente por su densidad (Cuadro 3 y Mapas 1 y 2)⁷. La población pobre está fuertemente concentrada en dos bandos periféricos: los barrios de la franja oriental y las extensiones sobre las laderas montañosas del occidente. Este conjunto de zonas, que agrupa a la mayoría de los núcleos de más fuerte densidad residencial, reagrupaba hacia 1998 el 55% de la población total de la ciudad (Urrea y Ortiz, 1999: 7). En oposición al esquema anterior, el espacio residencial de las categorías más pudientes se extiende sobre los barrios menos densamente poblados, con un vasto dominio territorial a lo largo de un corredor norte-sur. Las clases medias viven en el centro y en las comunas peri centrales; en la parte oriental del sector central, ellas comparten con las clases más pobres el espacio de mayor densidad de la ciudad.

Cuadro 3: Evolución de la densidad en Cali (1945-1993)

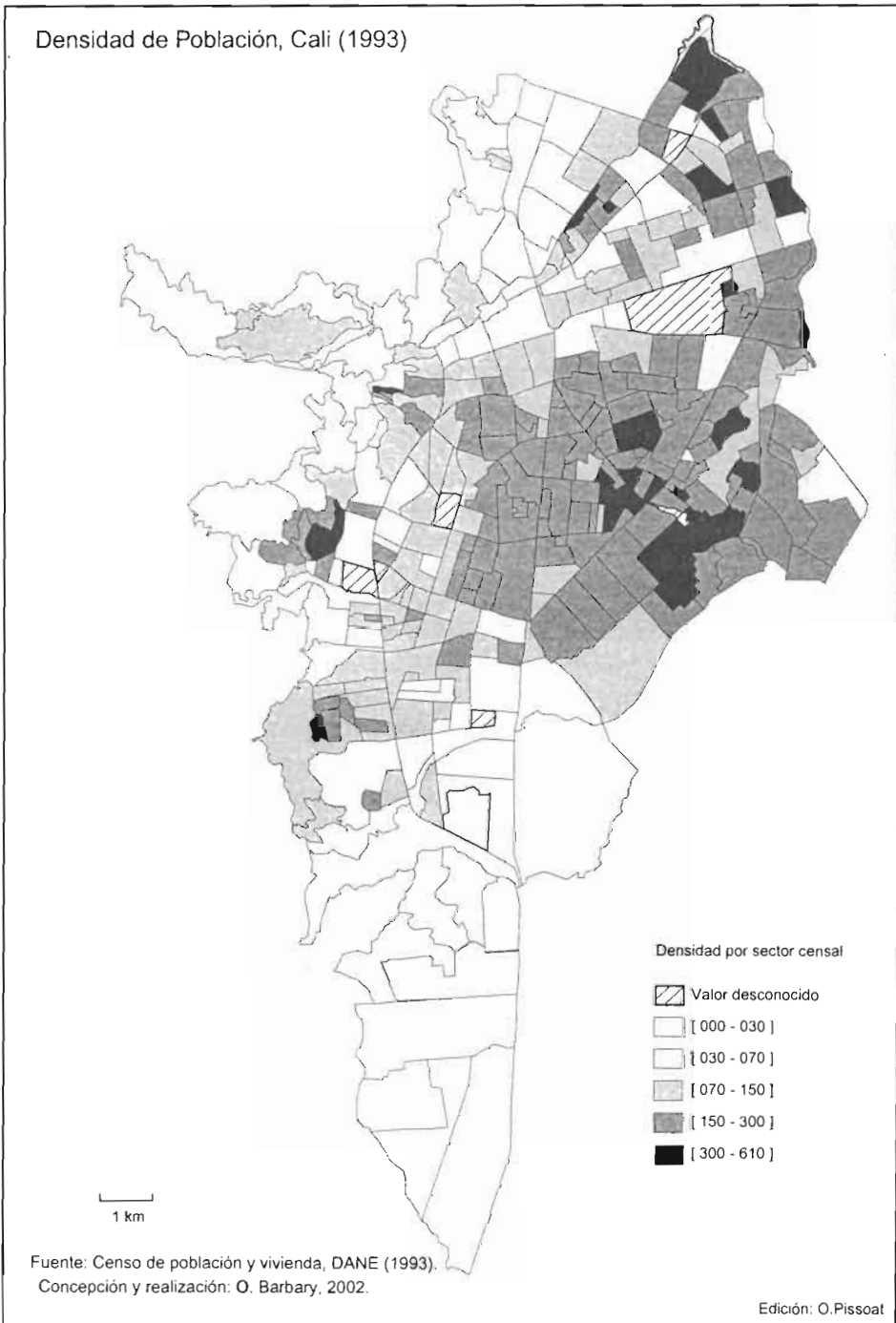
	1945*	1958*	1970*	1993 ajustada**
Población urbana	154. 860	455. 070	846. 045	1. 809. 054
Área urbanizada (ha)	730	1.850	3. 900	11. 939
Densidad bruta (habitants/ha)	212	246	217	152

Fuentes: *: Vásquez, 2001: 270. **: Censos Dane.

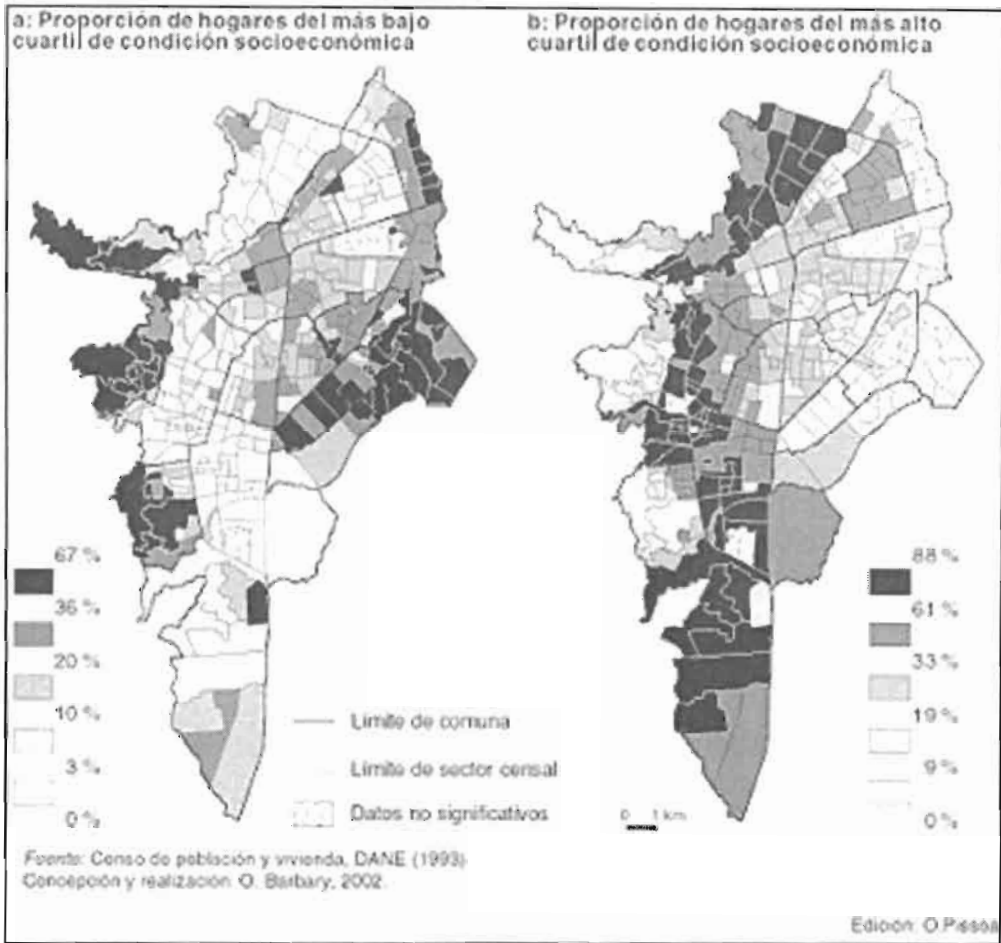
7. En el censo de 1993, la densidad media en Cali era de 152 habitantes/hectárea. Las apreciaciones hechas sobre la densidad de las ciudades en Colombia se invirtieron recientemente. Durante mucho tiempo juzgada de “muy baja”, la densidad es ahora “muy elevada”. Por ejemplo el Pot (Plan de Ordenamiento Territorial) de Bogotá insiste bastante sobre la densificación de Bogotá y los problemas engendrados por fuertes densidades. De hecho, estas apreciaciones no soportan las comparaciones internacionales. En 1990, según la base *Geopolis* (Moriconi-Ebrard, 1994), las densidades brutas de Bogotá y Cali son en efecto inferiores a las de Lima (225 hab/ha) y de otras grandes ciudades del continente, mas son del mismo orden que aquéllas observadas en Buenos Aires (144), Guadalajara (153), y ampliamente superiores a las de São Paulo (92), Rio de Janeiro (81) o Montevideo (72). La misma fuente sitúa la media de las densidades observadas en 21 ciudades latinoamericanas de más de un millón de habitantes, en 206 hab/ha.

La variación paralela de las características sociales y de la densidad de población no es fortuita: el manejo del suelo y la segmentación de las formas de producción de la vivienda explican en gran medida este dispositivo de poblamiento y la amplitud de las desigualdades sociales que lo caracterizan. Siguiendo los trabajos de Aprile-Gnisset y Mosquera (1990 y 1999a), es necesario insistir sobre la importancia de dos factores que marcan la dinámica de expansión de la ciudad para el período 1945-1990. A pesar, que una buena parte de las extensiones de tierras periurbanas cayesen, desde el siglo XVII, en la figura hispano-colonial de ejidos (tierras de la municipalidad), la apropiación completa a través de grandes haciendas, de la tierra que rodea el casco urbano de Cali por la elite caleña y vallecaucana, empezada durante los siglos XVII y XVIII, se mantiene hasta nuestros días con algunas variaciones en el siglo XIX y a lo largo del XX. Las sucesivas tentativas de recuperación del control del suelo por parte de las administraciones municipales fracasaron en su totalidad, hasta decisiones de justicia recientes.

Mapa 1: Densidades de población por sector censal, Cali (1993)



Mapa 2: Condición social de los hogares, Cali (1993)



Bajo la presión de las elites locales, estas tierras son progresivamente integradas al perímetro urbano. Los terrenos mejor ubicados son objeto de operaciones de promoción inmobiliaria dirigidos a las categorías de población más pudiente y se convierten en el centro de importantes especulaciones en propiedad raíz (corresponden al corredor norte-sur mencionado anteriormente, donde el sostenimiento de densidades relativamente bajas hace parte de esta estrategia inmobiliaria que se dirige a las clases superiores); en oposición, los terrenos que no permiten obtener una renta importante son confiados a proyectos de vivienda social o de auto-construcción y su densidad aumenta al ritmo de las etapas de consolidación de estos barrios populares⁸. Destaquemos que los programas de

8. Para una descripción de este proceso en el bando Este de la ciudad, véase Urrea y Murillo (1999).

vivienda social juegan un papel fundamental en la expansión horizontal de la ciudad (tendencia general hasta los años 70), luego, progresivamente, en el aumento de las densidades de barrios cada vez más periféricos. El espacio residencial padece entonces de manera global, a pesar de algunas excepciones, una segmentación social según la distancia al centro.

- ***La mezcla social limitada a los espacios-fronteras***

Las variaciones entre los índices por comuna (Cuadro 4) atestiguan situaciones contrastadas entre los barrios de Cali⁹. Un primer grupo de comunas, con población muy homogénea (reducidos valores del índice), integra al mismo tiempo barrios de hábitat popular y otros de clase media. La homogeneidad del parque habitacional (barrios de invasión auto-construidos y programas de vivienda social), así como localizaciones apartadas de las áreas sociales más favorecidas de la ciudad, explican la uniformidad de la población, que implica a su vez la ausencia de “fronteras sociales” internas o con las comunas vecinas: se trata ya sea de comunas periféricas situadas a lo largo del actual frente de urbanización, o de comunas empotradas en el seno del gran espacio residencial de capas medias y populares que cubre el oriente de la ciudad.

Un segundo grupo se caracteriza por una heterogeneidad interna media; reagrupando los barrios populares menos empotrados, los demás barrios centrales y peri centrales de clase media, así como la extensión Sur del corredor de los barrios acomodados. En cada uno de estos espacios, la importante diversidad del parque habitacional, según el estatuto de ocupación, el tamaño y la categoría de las viviendas, genera directamente la especialización social de la población a escala de los barrios.

Finalmente, las zonas de contacto entre áreas sociales opuestas (ricos/pobres), situadas a lo largo de las franjas orientales y occidentales del eje de los barrios acomodados, constituyen los lugares de mayor polarización local (los valores de índice más elevados). En términos de geografía social, es necesario distinguir dos situaciones. Por un lado, está la de las poblaciones pobres, minoritarias en el corredor central acomodado, confinadas en los enclaves constituidos por el segmento más degradado del parque locativo (cuartos, inquilinatos), ubicado al margen de las comunas 3, 8 y 17. Por otro lado, el caso de la comuna 18, atravesada por la frontera entre los barrios populares de auto-construcción de la ladera montañosa (Meléndez) y los barrios residenciales acomodados que ocupan el territorio plano.

9. Sin embargo, los contrastes son menos importantes que en Bogotá.

En resumen, es posible afirmar que en Cali, los pocos ejemplos de fuerte mixtura en el interior de las tres grandes áreas sociales que componen la ciudad, se explican por una heterogeneidad social limitada a algunos espacios-fronteras situados a sus márgenes.

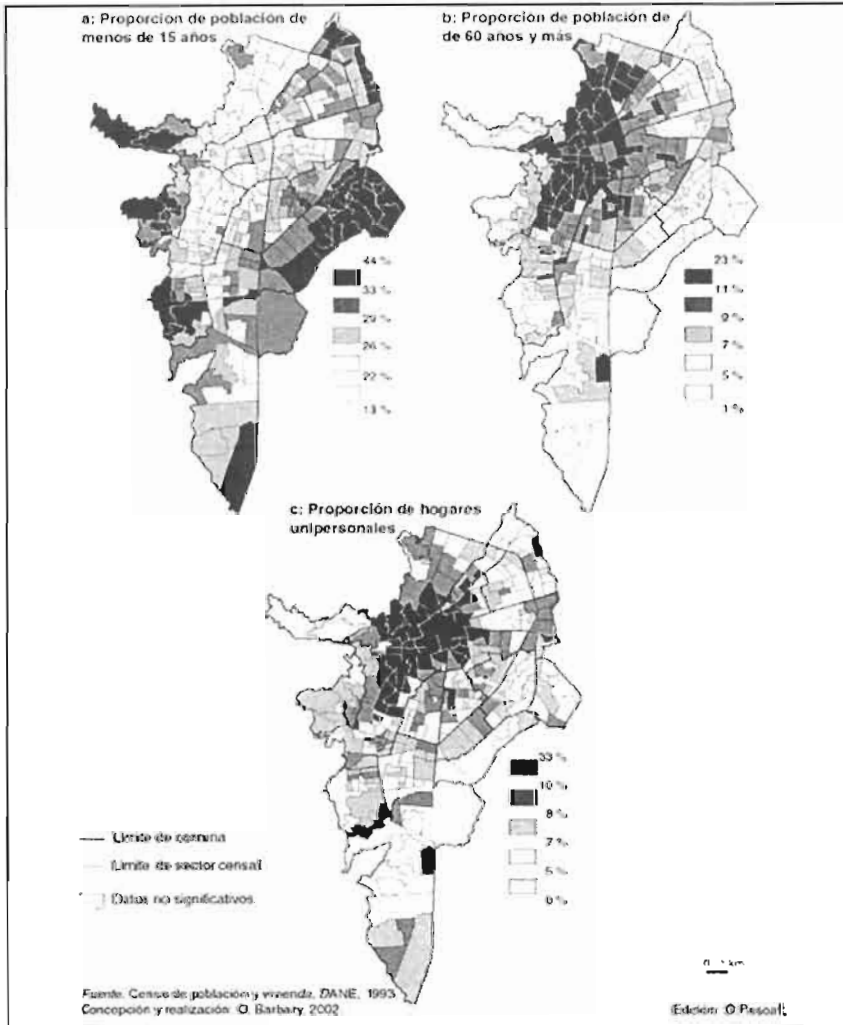
- ***Localización residencial, estructuras por edad y composición de los hogares***

A menudo, el ciclo de vida interviene de manera importante en la diferenciación social de los espacios metropolitanos¹⁰. Los valores de índices (Cuadros 1 y 2, Mapa 3) muestran efectivamente que tanto en Cali como en Bogotá, los barrios presentan diferencias significativas en cuanto a la estructura por edad (segregación moderada en los dos casos) y al tamaño de los hogares (segregación más fuerte, sobre todo en Bogotá).

La especialización del poblamiento según la posición en el ciclo de vida parece producirse en forma independiente de la composición social de los barrios. Lo anterior es corroborado por las muy distintas formas de distribución espacial observadas según uno u otro criterio: en aureolas toscamente concéntricas en lo concerniente a la segmentación demográfica (el tamaño de los hogares aumenta con la distancia al centro y, al mismo tiempo, la estructura por edad se torna más joven); y en sectores o bandos, como lo pudimos ver, en el caso de la polarización social. Sin embargo, los dos dispositivos presentan algunas coincidencias; por ejemplo, la distribución espacial periférica de las poblaciones más jóvenes corresponde aproximadamente a la de los barrios populares, mientras que los hogares unipersonales se concentran sobre localizaciones centrales y peri-centrales, socialmente mezcladas.

10. Ver por ejemplo, en "*Métropoles en mouvement*" (Dureau et al, 2000), los casos de París (Simon: 303-306) y Montreal (Dansereau: 289-295).

Mapa 3: Población de menos de 15 años, de más de 60 años y hogares unipersonales por sector censal, Cali (1993)



Constataciones similares fueron realizadas en otros lugares¹¹: estamos aquí en presencia de tendencias bastante universales de la estructuración demográfica y social del medio urbano, respecto a las cuales de nuevo Cali no se singulariza fuertemente. No obstante, para poner al día los comportamientos de los actores que participan en la producción de estos dispositivos espaciales, es interesante entrar un poco más en detalle.

11. Por ejemplo, en París (Simon, 2000: 303-306), Santiago de Chile (Paquette, 2000: 310-315) y Montreal (Dansereau, 2000: 289-295).

La expansión espacial de Cali se ve reflejada en la composición por edad de los habitantes de sus barrios. Mientras que la población mayor se concentra en los barrios antiguos, las periferias cuentan con una importante proporción de niños (Mapa 3): edad de los habitantes y edad del barrio van de la par. Varias características de las prácticas residenciales explican estas configuraciones. Por un lado, con la edad y, sobre todo, el acceso a la propiedad, los cambios de vivienda se tornan menos frecuentes; por otra parte, la movilidad residencial intra-urbana se efectúa de seguido sobre cortas distancias¹², lo que tiende a mantener la población en el barrio o la zona donde inició su recorrido residencial autónomo.

Para los hogares que cuentan con los medios de ajustar su vivienda a su composición familiar, los recorridos intra-urbanos traducen claramente la evolución de las aspiraciones residenciales en el transcurso del ciclo de vida. La fuerte homogeneidad de las viviendas de los “conjuntos cerrados”, la solución más preciada para los hogares con hijos de clase media superior, conduce a un poblamiento particularmente uniforme: familias nucleares compuestas por los dos padres con niños de corta edad, con una situación profesional estable y una renta confortable, además de ser propietarios de su vivienda. A menudo, ambos padres trabajan, lo que asegura un rápido reembolso de los préstamos inmobiliarios. A esta homogeneidad demográfica de los conjuntos residenciales recientes, se opone la mixtura de los grandes alojamientos para las clases pudientes más antiguos, a menudo ocupados por propietarios de cierta edad que acogen periódicamente a sus propios hijos y a su descendencia: en caso de divorcio o pérdida del empleo, la vivienda de los padres constituye a menudo un recurso dentro de un contexto de crisis económica donde las solidaridades familiares son fuertes. En estos barrios, la familia crecida puede cohabitar sin molestias: estas grandes viviendas hacen parte integrante entonces de los itinerarios residenciales de los hogares, las cuales se movilizan frente a sucesos que marcan el desarrollo del ciclo de vida.

Evidentemente, los más pobres no disponen de la misma libertad de elección residencial, ni en términos del estatuto de ocupación, ni en términos de localización. Como arrendatarios, están sometidos al nomadismo residencial para escapar del plazo del arriendo, huir de los conflictos con sus vecinos —problema frecuente en los inquilinatos superpoblados— o abandonar a su cónyuge. Como propietarios, están asignados a esa residencia, ya que sus recursos no les permiten repetir la adquisición de una vivienda. En estas condiciones, la diferenciación demográfica de las zonas de hábitat popular refleja ante todo el proceso de formación del barrio: su fecha de creación, su modo de producción y la etapa de

12. Ver el análisis cuantitativo de la movilidad residencial en Bogotá presentado en Delaunay y Dureau (2003: 87-106).

consolidación en que se encuentra. Los barrios populares del peri-centro (comunidades 3, 9, y 10) concentran la mayoría de la población de ancianos con bajos ingresos. Los adultos que acceden a la autonomía residencial en los años 1960 y 1970 se vieron a menudo obligados a exiliarse en la periferia para conseguir una vivienda autónoma. Esta movilidad centrífuga aceleró el envejecimiento de los barrios peri-centrales, mientras que las periferias se poblaban con jóvenes adultos.

En total, en esta joven ciudad los barrios son fuertemente diferenciados en el plano demográfico. Las características del parque habitacional y las prácticas residenciales, ambas muy segmentadas según las clases sociales, dibujan configuraciones contrastadas aún marcadas por la dinámica de expansión espacial. Más que las posiciones en el ciclo de vida y las trayectorias residenciales asociadas, las configuraciones espaciales de la segregación demográfica traducen la historia reciente de Cali y el período de instalación de sus habitantes. Sin embargo, con la crisis económica que padece la ciudad desde mediados de 1990 surgen nuevas dinámicas. Para una parte importante de la población, la movilidad residencial de ajuste de la vivienda a las características de la familia es imposible; por ello, el hacinamiento en la vivienda es el siguiente paso para la mayoría de familias de las clases populares. Estas situaciones de promiscuidad se multiplican en los barrios más pobres: la exclusión masiva de los jóvenes del mercado de trabajo —en particular de los hombres— retrasa significativamente la salida del domicilio paterno¹³. El regreso a este domicilio se hace igualmente más frecuente en los hogares de clase media con viviendas poco espaciosas, en razón de la crisis del sistema de financiamiento de vivienda Upac (Unidad de Poder Adquisitivo Constante)¹⁴. De esta manera, aparecen a finales de los años 90 nuevas cohabitaciones intergeneracionales. De proseguir, esta dinámica traerá sin lugar a dudas importantes inflexiones a las configuraciones espaciales de poblamiento, favoreciendo la mixtura demográfica.

- ***Concentración espacial de los grupos de migrantes***

Aparte del flujo de personas de origen rural o de ciudades más pequeñas, que procede esencialmente de su cuenca migratoria regional, Cali atrae una población citadina que viene de municipios de talla mediana y capitales departamentales más alejadas. De orígenes mezclados, la población que migra hacia la capital del Valle es bastante heterogénea en cuanto a sus características sociales, su modo de inserción y su impacto sobre la dinámica urbana. Esta heterogeneidad se ve traducida en su patrón de inserción espacial y social: los no nativos se

13. Fuente: encuestas del Cidse/Ird 1998 y Cidse/Banco Mundial 1999.

14. Sistema creado en 1972 para permitir la compra de vivienda a crédito.

encuentran en todos los segmentos del mercado de la vivienda y su espacio residencial se extiende al conjunto de la urbe. El desplazamiento de los barrios de recepción de inmigrantes, ligado a la expansión de la urbanización y a la aparición de ofertas locativas en la periferia, ha traído, a lo largo de varias décadas, la generalización de la presencia de migrantes en todo el territorio metropolitano.

El análisis de las distribuciones geográficas de ciertos grupos de migrantes confirma una articulación esperada con los procesos de segregación social. El acceso a los diferentes barrios de la ciudad de los grupos de migrantes está en gran parte determinado por su capital educativo y su composición social: la selectividad de la migración se lee directamente en su localización residencial. En Cali, la distribución residencial de quienes provienen de la zona de poblamiento afrocolombiano, por ejemplo, cuya desventaja histórica se traduce en un bajo capital económico y social de los migrantes a su llegada (ver la sección 3 del capítulo 2), contrasta con aquella de quienes provienen de Antioquia y del Viejo Caldas, con características espacial y social exactamente inversas de los primeros.

Sin embargo, la polarización social del espacio urbano no explica completamente la geografía residencial de los migrantes. Para algunos grupos, existen esquemas de implantación espacial específicos dentro de los cuales la geografía, los sistemas de transporte interdepartamental y, a veces, ciertos factores socioculturales, tienen un papel. Entre categorías sociales comparables, los migrantes de la costa Pacífica se encuentran más concentrados en los barrios del oriente de la ciudad que quienes vienen del altiplano andino (Departamentos del Valle, Cauca y Nariño), localizados de manera preferencial en los barrios de invasión de las laderas de la cordillera occidental.

Un cambio de escala pone en evidencia otra dimensión clásica de las prácticas residenciales de los migrantes: la propensión de ciertos grupos a una fuerte agregación residencial local que favorece la heterogeneidad del poblamiento dentro de ciertas comunas. Aún, en sectores próximos, las proporciones de personas originarias de un mismo departamento pueden ser bastante variables. La densidad de las redes de información y ayuda entre originarios de una misma región, su papel determinante en el acceso a la primera vivienda, juegan un rol decisivo en la trayectoria residencial de los migrantes dentro de Cali. Es el caso a partir del domicilio de los padres para quienes han nacido en la ciudad, ya que es a partir de la primera vivienda en Cali como se define el espacio de movilidad intra urbana de los migrantes. Por otra parte, *“el barrio juega un papel importante en la recepción, el reagrupamiento y la instalación de las comunidades de la provincia y en la integración a la vida urbana; estas corrientes migratorias moldean a su vez las características físicas y sociales de los barrios”* (Jiménez

Mantilla, 1998: 66). Sociabilidad, organización y participación popular se definen entonces en esta unidad espacial del barrio. Es particularmente importante el caso en los barrios del Distrito de Aguablanca, marcados por la presencia de población afrocolombiana, o en el otro bando de poblamiento popular, en los barrios de invasión de las laderas occidentales donde dominan los migrantes del altiplano de Nariño, Cauca y Valle.

Tenemos entonces las dos explicaciones principales de la reproducción, a lo largo de las trayectorias de los individuos, de una lógica de concentración residencial de los miembros de una misma región o localidad de origen. Los migrantes no escapan, de una parte, a los factores de localización residencial del conjunto de la población: segregación social, historia de la ciudad, aspiraciones residenciales. Los análisis realizados tanto en Cali como en Bogotá, confirman las similitudes entre las trayectorias residenciales de migrantes y nativos. Pero, de otra parte, persiste una cierta variabilidad de los comportamientos residenciales según el origen regional, que no puede ser reducida a los efectos de estos factores generales, y está ligada a la importancia de las redes en el acceso de los migrantes a la vivienda, que refuerza su concentración espacial. ¿Cuáles son las consecuencias de esta lógica de agregación espacial sobre la intensidad y la escala de los procesos segregativos?

Más claramente que en el caso de la segregación social, para la cual se ha constatado la imposición y la inercia de grandes agregados sociales relativamente homogéneos en la escala de la ciudad entera, la agregación según el origen geográfico opera en diferentes escalas más detalladas y específicas. Este hecho modera, por supuesto, su impacto en términos de “exclusión” relativa de las poblaciones concernidas. Por ello, la concentración residencial de poblaciones con un mismo origen no es vista, en Cali, como un “problema social”, exceptuando sin embargo, como lo veremos, aquella de los migrantes del Pacífico en el Distrito de Aguablanca, para quienes la pertenencia racial influye de manera innegable. Aquí se toca un paradigma muy discutido de los estudios sobre la segregación urbana, que relaciona o al contrario disocia las nociones de distancia espacial y proximidad social¹⁵. La escala en la cual se da la polarización residencial es obviamente un parámetro determinante en la percepción de la segregación. Tomando la ciudad entera como escala, la presencia de grandes bloques homogéneos y divididos espacialmente da paso a una lectura de la exclusión de grupos sociales dominados y espacialmente segregados, que desprecia a menudo la posibilidad de movilidad espacial de los ciudadanos. Pero, al contrario, mientras la mezcla social es señalada como solución a la cuestión de la

15. Ver por ejemplo: Chamboredon y Lemaire (1970), o el artículo de Y. Graffmeyer en la obra editada por Brun y Rhein en 1994.

integración y el énfasis se hace en la dimensión espacial del problema, se ignoran otros mecanismos de distanciamiento social. En todo caso, es importante para la instrucción del debate, que la etapa de diagnóstico de las modalidades de segregación no implante un punto muerto en la escala de expresión de los fenómenos. Por ello, los índices calculados para unidades espaciales diferentes se convierten en informaciones útiles. En Cali, la escala del proceso de agregación de los grupos de migrantes es indudablemente distinta de aquéllas referentes a las dimensiones sociales y demográficas de la segregación. Esto se muestra en los valores de los índices por comuna (ratio R del Cuadro 1): el origen migratorio generalmente introduce en el seno de las comunas una heterogeneidad local que no tiene equivalencia en la composición social, las estructuras de edad y el tamaño de los hogares. Existe, sin embargo, una notable excepción cuando se trata de migrantes de zonas de poblamiento afrocolombiano, para los cuales el escaso valor del indicador ($R= 0,30$) demuestra un esquema inverso: concentración global en las comunas del Distrito de Aguablanca y distribución homogénea en su interior. Como podrá verse en la sección siguiente, esta cuestión de la escala de concentración de las poblaciones y de las percepciones más o menos “patológicas” que ella determina, toma una importancia fundamental en el caso de la segregación racial.

2. El componente racial de la segregación en Cali

A pesar de la importancia demográfica de la población afrocolombiana — aproximadamente un 19% de la población del país¹⁶ —, Colombia debió esperar una iniciativa política — la introducción de la multiculturalidad en la constitución de 1991 —, para que el factor étnico-racial emergiese en los estudios urbanos (ver la introducción de esta obra y los análisis de la segunda parte del libro). Rápidamente, este reciente interés ha generado una nueva oferta de información que se basa en este criterio. El censo de 1993 intentó una primera aproximación con una cuestión de autodeclaración de pertenencia étnica (excluyendo el enfoque racial) que no arrojó buenos resultados en las poblaciones urbanas (sección 1 del capítulo 6). El Cidse, encabezando las iniciativas de investigación sobre este tema, realizó en 1998 y 1999, dos encuestas que desarrollan una clasificación

16. De acuerdo con estimaciones basadas en los datos disponibles, pero, como se anota en el capítulo 1, es factible que al tomar en cuenta las áreas geográficas del país históricamente “no afrocolombianas”, donde en los últimos 20 años ha habido un indiscutible aumento del poblamiento afrocolombiano, la población negra y mulata se mueva entre el 20 y 22% de la población total del país (capítulo 1). Acerca de la medición estadística de la composición étnica y racial de la población en Colombia, ver la introducción y los capítulos 1 y 6, además el anexo metodológico.

fenotípica de la población por el encuestador, en cinco tipos principales: negra, mulata, indígena, mestiza, blanca¹⁷.

La encuesta de 1998 estimó que la población de los hogares afrocolombianos en Cali representaba un 27,5% del total (es decir, más de 540.000 personas) y que se contaba con un 25% de personas caracterizadas como negra o mulata. La segunda encuesta realizada en septiembre de 1999 confirmó el orden de magnitud de las cifras: 37% de la población pertenecía a hogares afrocolombianos y 31% se caracterizaba como negra o mulata¹⁸. Recordemos que los hogares afrocolombianos son aquéllos donde el encuestador caracteriza como negra o mulata, es decir, como poseedora de rasgos fenotípicos africanos, a por lo menos una persona dentro del núcleo familiar del jefe del hogar. Esta definición permite constituir una categoría estadística que exprese la realidad del mestizaje afroamericano en Cali en sus dos aspectos: histórico (el mestizaje “biológico” de los individuos en el transcurso de las generaciones) y contemporáneo (los hogares mixtos). De esta manera, al hablar de la población de “hogares afrocolombianos”, o de “hogares no afrocolombianos”, se hace referencia a agregados estadísticos donde sólo un 48% de los individuos fueron caracterizados como negros en el primero de los casos y un 63% como blancos en el segundo.

Recuadro 2: Sumatoria de encuestas para medir la segregación racial en Cali

Los cálculos de los índices de segregación a partir de las encuestas de 1998 y 1999 plantean ciertos **problemas metodológicos ligados a la imprecisión de las estimaciones por sondeo** de la composición de la población a escala micro. Los índices de disimilaridad y de Hutchens (recuadro 1) son precisamente mediciones de la variabilidad local en la composición poblacional (a nivel de sectores censales). Ahora bien, si los diseños de muestreo de las dos encuestas son concebidos para objetivos de representatividad a nivel de toda la ciudad o de las comunas, las estimaciones por sectores censales sufren en cambio intervalos de confianza importantes, de aquí la fuerte varianza de las proporciones de población por sectores y el **aumento de los valores de los índices de segregación**. No siendo funciones lineales, los estimadores de la varianza de estas dos estadísticas están sesgados y, en consecuencia, no existe una solución analítica para corregir la sobreestimación de los índices. Para sobrepassar esta dificultad no se puede sino emprender un acercamiento empírico.

17. Sobre la definición de las categorías étnicas, fenotípicas y raciales en Colombia y dentro del contexto del debate teórico y metodológico internacional sobre este tema, ver la introducción general, el capítulo 1 y la introducción al capítulo 6.

18. La diferencia con la encuesta de 1998 es explicada por la cifra bastante superior de población mulata (19% contra un 10% en la encuesta Cidse/Ird), en detrimento de la población mestiza (22% contra 28%). Estas diferencias señalan la importancia de la formación de los encuestadores y de un consenso semántico sobre las categorías fenotípicas.

Aprovechando la disponibilidad de dos encuestas desarrolladas con la misma metodología, con intervalo de un año —período lo suficientemente corto como para ignorar los cambios—, efectuamos la sumatoria de las dos muestras (1.880 hogares en la encuesta Cidse/Ird y 1.982 en la encuesta Cidse/Bm), llevando de esa manera la muestra total a unos 16.706 individuos repartidos en 201 sectores censales (dentro un total de 330 en Cali), es decir un promedio de 83 observaciones por sector (en el censo de 1993, la población promedio de los sectores en Cali era de 5.035 personas). La comparación de los valores de los índices de segregación obtenidos a partir de la sumatoria con aquéllas obtenidas con el censo de 1993 (para el conjunto de indicadores utilizados en la sección precedente) muestra que **subsiste una sobreestimación importante**. Escogimos evaluarla a partir de las tres dimensiones de la especialización del poblamiento más estables durante este período: el tamaño de los hogares, la estructura por edad y la proporción de población nativa de Cali. Este estudio empírico conduce a los coeficientes de **ajuste de los valores estimados** a partir de la sumatoria de encuestas: 0,65 para el índice de disimilaridad y 0,355 para el índice de Hutchens.

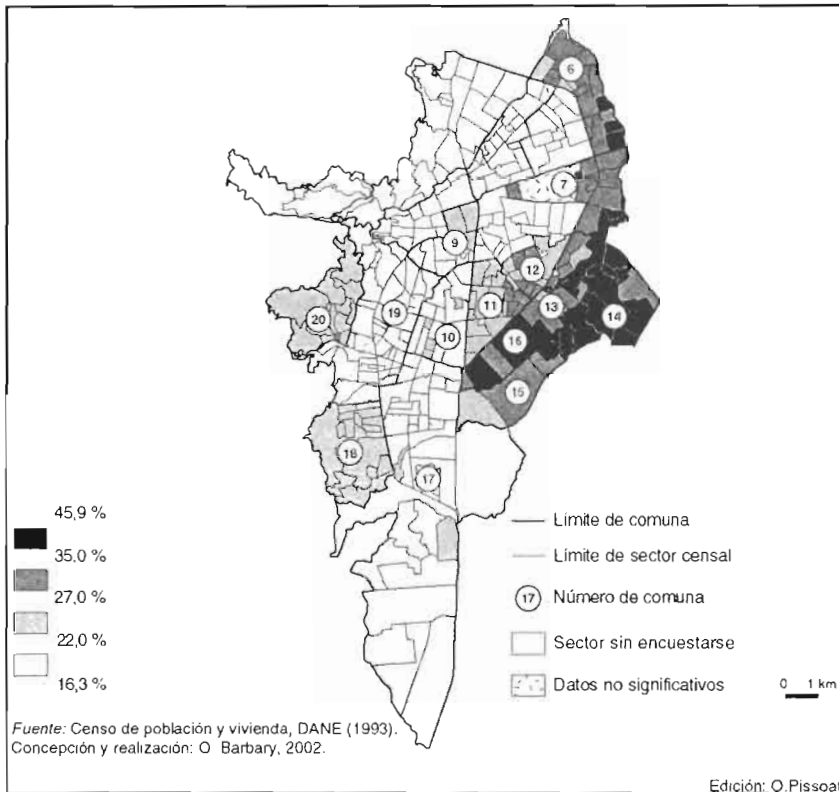
Vamos a describir, primero, la distribución espacial de las poblaciones y la geografía socio-racial del dispositivo residencial en Cali, teniendo en cuenta el mencionado mestizaje: para esto deberemos distinguir la población negra de la población afrocolombiana en su conjunto. Sobre la base de los índices de segregación, nos dirigiremos luego a establecer una comparación con los Estados Unidos, donde la segregación racial es a la vez mejor conocida empíricamente y ocupa desde mucho tiempo un lugar importante en el debate sociológico y político (recuadro 3). El análisis de los datos estadísticos alcanzará un resultado importante: las cifras certifican que en Cali no existe un “ghetto racial”. No obstante, el constatarlo no significa la inexistencia de un efecto propio del factor racial en la segregación residencial; la cuestión está en situar su peso dentro de los diversos componentes del proceso de segregación, particularmente a escala detallada de los barrios y las viviendas; este aspecto se tratará en la última parte del capítulo.

- *El factor racial en la geografía del poblamiento*

El patrón general de segmentación social del espacio urbano en Cali, descrito en la primera parte del capítulo, pesa fuertemente en la distribución residencial de la población negra y su segregación dentro del conjunto de barrios populares. Esta segregación no puede ser apreciada sino en comparación con el dispositivo residencial del conjunto de la población afrocolombiana (Mapa 4). Aunque el índice de segregación global para la población de los hogares afrocolombianos (Cuadro 4) muestra una distribución residencial relativamente equilibrada entre los sectores censales, el análisis de su repartición en las grandes áreas sociales de la ciudad evidencia, sin embargo, una concentración relativa en las zonas más

pobres, producto de un proceso complejo de segregación residencial que solamente resumimos aquí (ver análisis detallado en Barbary et al. 1999: 37-39; 71-76).

Mapa 4: Estimación de la proporción de hogares afrocolombianos por sector censal, Cali (1993)



El 75% de la población afrocolombiana vive en las nueve comunas que concentran casi todo el hábitat popular en Cali¹⁹, mientras que sólo un 65% de la población no afrocolombiana se reagrupa en ellas. De manera inversa, los barrios de clases media y alta²⁰ no acogen sino a un 15% de los afrocolombianos, versus un 24% de los no afrocolombianos. Estas cifras no demuestran una segregación residencial masiva hacia los afrocolombianos, pero a medida que se entra en detalle en el análisis, las diferencias se acentúan de acuerdo a un mecanismo sutil

19. Comunas 6,7, 13, 14, 15, 16, 18,20 y 21.

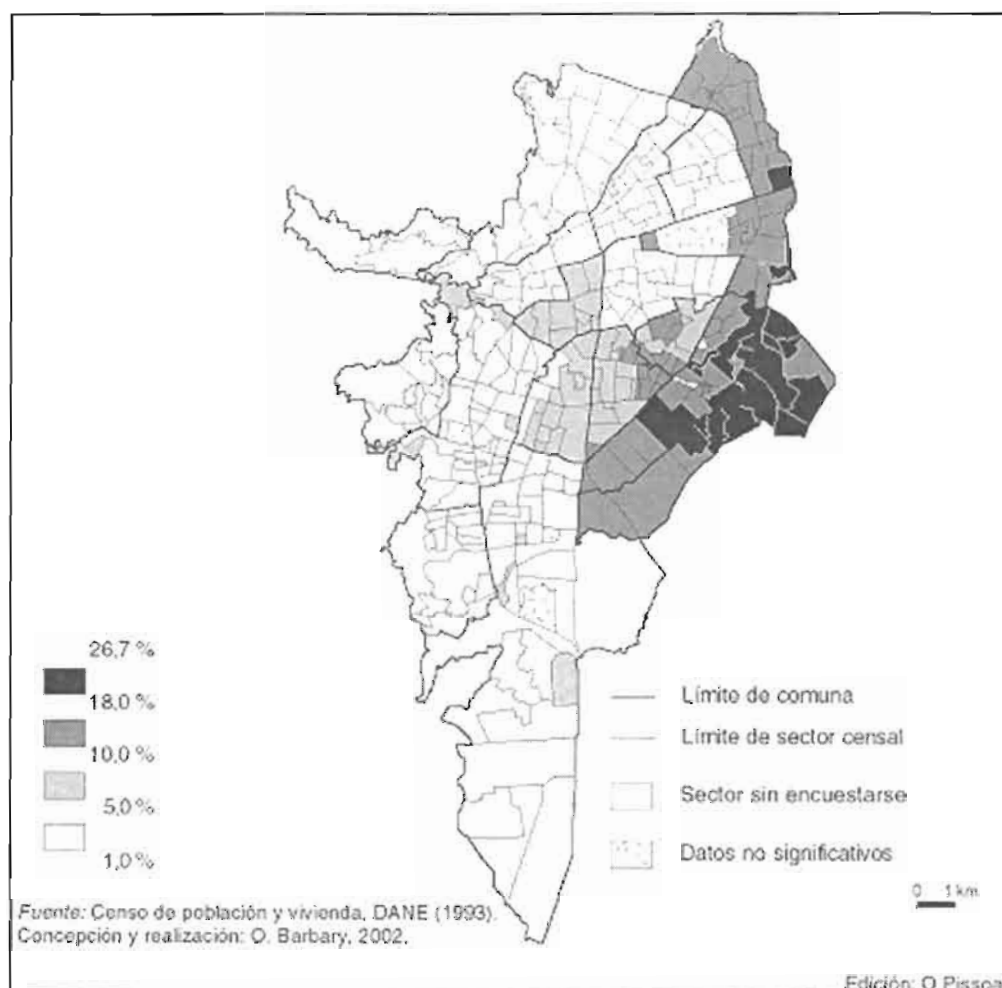
20. Sur de la comuna 9 y comunas 2, 10,17 y 19.

en el cual los factores económico y racial no son los únicos en juego. Habíamos mencionado, por ejemplo, la tendencia de los migrantes de la costa Pacífica a concentrarse residencialmente en los barrios populares del oriente de la ciudad más que en aquellos localizados en las laderas de la cordillera occidental. Esta tendencia se verifica igualmente para el conjunto de los afrocolombianos en Cali, incluidos los nativos: 62% vive en el Distrito de Aguablanca y las dos comunas del extremo nororiental (versus un 47% de los no afrocolombianos) y puede evidenciarse una concentración relativa más marcada todavía en los barrios de la comuna 15, corazón histórico de la inserción residencial de quienes llegan de la costa Pacífica (10,5% de afrocolombianos, versus un 5,5% de no afrocolombianos). Aquí tenemos una nueva ilustración del carácter local de la movilidad residencial de los hogares, mantenida a través del paso de generaciones.

Hasta ahora se han comparado las lógicas de segregación dicotómica entre afrocolombianos y no afrocolombianos; dos poblaciones con una composición bastante heterogénea, según se ha podido observar. Para centrarnos en la acepción admitida comúnmente de la noción de segregación racial, debe entonces evaluarse el papel propio del color de piel individual dentro de la diferenciación de los dispositivos residenciales. A nivel global en la ciudad de Cali, el proceso de concentración residencial de las poblaciones parece seguir una jerarquía racial estricta asociando sistemáticamente los contextos urbanos más pobres a mayor oscuridad en el tono de piel de la población (Mapa 5). Los barrios populares del oriente, donde vive la mitad de la población total de Cali, reúnen un 74% de población negra, 52% de población mulata, pero sólo un 49% de población mestiza y un 47% de población blanca; por el contrario, los barrios de clases media y alta (19% del total de la población) alojan a un 24% de blancos, un 19% de mestizos, un 18,5% de mulatos, pero solamente a un 7,5% de negros. Cabe notar con estas cifras, que las diferencias que oponen a las poblaciones mulata, mestiza y blanca entre ellas (y en comparación al promedio) son reducidas²¹, comparadas a las diferencias entre aquellas y la población negra. La conclusión estadísticamente válida, confirmada por los valores del índice de Hutchens (Cuadro 4), es entonces que existe de manera global una segregación de la población negra pero que no puede decirse lo mismo de las poblaciones blanca, mestiza y mulata.

21. Y, en algunos casos, no son significativas si se tienen en cuenta los intervalos de confianza del muestreo.

Mapa 5: Población negra por sector censal, Cali (1998)



Cuadro 4: Factores de segregación residencial en Cali (índices de Hutchens, 1998-1999)

Comunas	Indicadores							
	Número sectores cens. 93	Índice de la raíz cuadrada (x 100)						
		Pob. < 15 años	Pob. > 60 años	1º cuartil de c.s.i.*	2º cuartil de c.s.i.	3º cuartil de c.s.i.	4º cuartil de c.s.i.	Pob. de los hogares afrocolombianos
Comunas con baja segregación racial								
01	3	0	0	1	1	0	3	2
06	11	0	2	1	2	1	5	1
13	17	0	3	3	1	2	3	1
14	7	0	1	1	0	0	1	1
15	6	0	3	1	1	1	4	1
16	5	0	1	0	0	0	1	0
Comunas con alta segregación racial								
03	6	1	6	9	8	1	11	8
08	10	0	1	4	3	1	2	4
17	8	2	3	12	6	4	3	4
18	11	1	7	1	2	1	8	3
Estadísticas globales								
Pro. Com.		0,8	2,5	3,8	3,0	1,4	3,4	2,9
Total Cali	201	1,1	3,4	4,9	3,0	1,7	6,4	3,0
R***		0,75	0,74	0,79	1,00	0,78	0,54	0,97
Comunas	Indicadores (continuación)							
	Número sectores cens. 93	Índice de la raíz cuadrada (x 100)						
		Pob. nacida en Cali	Migrantes de la zpa	Migrantes Inter. de V.C.N**	Migrantes Antio. Viejo Caldas	Población negra	Población mulata	Población mestiza
Comunas con baja segregación racial								
01	3	0	6	0	1	4	2	1
06	11	1	1	1	3	1	2	3
13	17	1	1	1	5	2	2	6
14	7	0	0	0	2	1	1	2
15	6	0	0	1	1	2	0	0
16	5	0	0	0	1	1	1	1
Comunas con alta segregación racial								
03	6	0	10	1	1	15	6	4
08	10	1	7	2	4	11	6	4
17	8	1	8	7	10	10	1	1
18	11	1	5	1	4	9	3	6
Estadísticas globales								
Pro. Com.		0,8	4,0	1,8	3,9	5,4	3,1	3,9
Total Cali	201	0,9	3,8	1,9	3,9	5,8	3,0	4,5
R***		0,85	1,08	0,93	1,00	0,94	1,04	0,86

Fuentes: encuestas Cidse/Ird (1998) y Cidse/Banco Mundial (1999). Cálculos O. Barbary a partir de archivos individuales.

Notas: * Indicador de la Condición Social de los individuos (nivel educativo / número de hogares por vivienda). ** Interior de los Departamentos de Valle, Cauca y Nariño. *** Ratio R: Promedio de los valores por comuna/Valor total para la ciudad.

La distribución espacial de la población negra se caracteriza por el gradiente fuerte y regular del occidente hacia el oriente, según el cual varía su importancia demográfica relativa. Las tasas más bajas se encuentran en los barrios de las laderas occidentales (entre 1% y 4%) y en el conjunto de barrios de clase acomodadas del eje norte-sur (menos del 5%). Al contrario, en los barrios orientales del Distrito de Aguablanca y de la ribera del río Cauca, las tasas de población negra sobrepasan siempre el promedio para el conjunto de la ciudad (15%), hasta llegar a una concentración máxima en el estrato socio-económico más bajo de estos mismos barrios (34% en promedio para el estrato 1). Concentraciones cercanas al promedio caracterizan a los barrios menos favorecidos del oriente (estratos 3 y 4) y la totalidad de los barrios socialmente mixtos del centro y peri centro. Finalmente, más que para los hogares afrocolombianos, la segregación de la población negra en los más bajos segmentos del mercado de vivienda se produce en todas las áreas sociales de la ciudad. La frecuencia relativa de población negra en los estratos socioeconómicos más bajos de cada área es siempre notablemente superior a la frecuencia promedia del conjunto de la población del área: 74% en los estratos 1, 2 y 3 para los barrios populares del oriente (versus 62% en promedio), 95% en los mismos estratos para los barrios de invasión occidentales (versus 84% en promedio), 61% en los estratos 1 a 4 de los barrios centrales y peri centrales (versus 44% en promedio) y 72% en los estratos 3 a 5 de los barrios de clases acomodadas (versus 58% en promedio).

- ***La intensidad de la segregación racial en Cali en el contexto internacional y en comparación con otros factores socio-demográficos***

Entre los trabajos recientes sobre segregación racial en Estados Unidos, los realizados por el equipo del *Population Research Center* de la Universidad de Chicago, reunido alrededor de Massey y Denton, son sin lugar a duda un punto de referencia. De su importante producción, se extrajeron tres artículos de síntesis (Massey y Denton, 1988 y 1989; Massey, White y Phua, 1996) sobre los cuales se apoyará este ejercicio de comparación con Cali. Los datos, obtenidos del censo americano de 1980, y el método, presentados en el primero artículo, son similares en los tres artículos. Los resultados empíricos son reagrupados y discutidos en el segundo artículo, mientras el tercero propone una actualización de las cifras a partir del censo de 1990. La comparación se basará sobre un mismo índice de segregación (recuadro 3).

Recuadro 3: Comparación con los estudios de Massey y Denton en Estados Unidos

El estudio del *Population Research Center* trata sobre las 50 ciudades norteamericanas más pobladas y sus suburbios, a las que se añadieron 10 centros urbanos escogidos por su importante población de origen "hispanico". Los autores se interesan por cinco dimensiones del proceso de segregación residencial de las minorías étnicas de las cuales retendremos aquí sólo la primera, denominada *unevenness* (desigualdad) y que es **medida por el índice de disimilaridad**. Sólo ella, en efecto, corresponde a la aproximación de la segregación desarrollada aquí, en términos de desigual repartición espacial de las categorías de la población. La unidad espacial que sirve de base al conjunto de medidas es el *Census Tract*, o sector censal, que reagrupa una población que puede variar entre las 3.000 a 6.000 personas (un promedio aproximado de 4.000); se trata entonces de un orden de tamaño que **garantiza la comparabilidad** con las medidas basadas en los sectores censales colombianos.

De acuerdo al tono bastante politizado del debate norteamericano sobre la segregación racial, Massey y Denton enfocan su atención sobre la cuestión de la "hiper segregación" de los afroamericanos, definida como la desigualdad de condición residencial padecida por esta minoría en comparación a la categoría étnica mayoritaria (*Non Hispanic Whites*) y a la otra minoría importante (*Hispanics*)²². Su demostración se apoya entonces sobre los índices de segregación **relativa** de estas dos minorías en comparación a la mayoría blanca y no sobre la medida de su segregación **absoluta** en comparación con el resto de la población, como lo hemos hecho en los cuadros 1, 2 y 4, (según las definiciones de índices dadas por el recuadro 1).

Para las necesidades comparativas, se adoptará temporalmente el punto de vista de Massey y Denton en la elaboración del Cuadro 5. A partir de los datos de caracterización fenotípica obtenidos de las encuestas de 1998 y 1999, se considerarán entonces las tres poblaciones "minoritarias" importantes de Cali —**negra** (11% del total de la población), **mulata** (18%) y **mestiza** (20%)— para calcular su índice de segregación de manera relativa a la población **blanca** (41%)²³. Los resultados se examinarán con algunas cifras extraídas de Massey y Denton (1989: 379-389; 384-385): los índices para las cinco primeras metrópolis del país y la aglomeración de New Orleans (cuyo tamaño puede compararse al de Cali), así como los valores mínimo, máximo y el promedio para las 60 aglomeraciones de los Estados Unidos.

22. Acerca de las definiciones, la evolución histórica y el debate crítico contemporáneo sobre las categorías étnicas en el censo estadounidense, ver el excelente estudio comparativo de P. Simon (1997). Massey y Denton no dan cuenta de la importancia de estas poblaciones en las ciudades que estudian. De acuerdo al estudio histórico de Lynch, citado por Meyer (2000: 232-233), la "minoría" afroamericana representaba en el censo de 1970, aproximadamente un 33% de la población de Chicago, 18% en Los Angeles, 23% en Miami y 21% en New York; pero llegaba a un 41% en Saint Louis, 46% en Baltimore y 51% en Atlanta.

23. La minoría indígena (menos del 1% del total de la población en Cali) plantea problemas insolubles para la estimación de los valores del índice de disimilaridad a partir de las encuestas: razón por la cual no está incluida en este estudio.

Cuadro 5: La segregación de las poblaciones minoritarias en Cali (1998-1999) y Estados Unidos (1980), índices de disimilaridad

Cali (% población total)*	Negra (11%)	Mulata (18%)	Mestiza (20%)
Cali**	0,29	0,22	0,25
Estados- Unidos ***	Negra		Hispanica
Chicago	0,88		0,63
New York	0,82		0,66
Los Ángeles - Long Beach	0,81		0,57
Miami	0,78		0,52
San Francisco - Oakland	0,72		0,40
New Orleans	0,68		0,25
Mínimo	0,35		0,21
Máximo	0,91		0,72
Promedio 1980	0,69		0,44

Fuentes: * Encuesta Cidse-Banco Mundial 1999, ** Encuestas Cidse-Ird 1998 y Cidse-Banco Mundial 1999, *** Massey y Denton (1989: 378-379; 384-385).

Considerando los valores de la disimilaridad, la segregación racial en Cali no tiene medida común con la de las grandes aglomeraciones estadounidenses. La concentración residencial de las poblaciones negra y blanca en barrios específicos prueba ser 2,4 veces superior, en promedio, en las ciudades norteamericanas que en Cali; es el caso por ejemplo en New Orleans, mientras que en las cinco primeras ciudades del país, la diferencia se ahonda hasta llegar a un factor 3 en Chicago, la gran metrópoli con mayor segregación (Cuadro 5). Si consideramos además, como lo afirma Simon (1997), que la regla de la “gota de sangre” es la que se aplica en la identificación étnica en los Estados Unidos, lo correcto sería comparar la segregación de la población negra de este país con la de las poblaciones negra y mulata en Cali: la intensidad menor de la segregación racial en Cali se encontraría reforzada por el hecho que la población mulata de esta ciudad muestra una especificidad más débil en su área residencial que la población negra.

La segunda diferencia importante entre los dos contextos es la ausencia en Cali de aquello que Massey y Denton llaman “la hiper segregación de los afro-americanos”, cuando son comparados a la población hispánica, cuyo índice promedio de disimilaridad (0,44) es de un 40% inferior²⁴. En Cali, la diferencia entre las poblaciones negra y mulata no sólo es reducida, sino que además la población mestiza tiene un nivel de segregación intermedia. De esta manera, se desmiente, en el caso colombiano, la observación que hacen los especialistas norteamericanos de una segregación que crece proporcionalmente a la oscuridad del color de piel. Con estas cifras se entiende por qué los antropólogos urbanos de la Escuela de Chicago, como Frazer y su alumno Pierson, tras conocer en la década de 1930 el contexto de Salvador de Bahía, tan diferente a la de la ribera del Míchigan, sostuvieron la idea de un modelo suramericano de coexistencia y “democracia” racial (véase al respecto, Pierson, [1942] 1971).

Estos resultados conducen pues a dos conclusiones: un nivel moderado de concentración residencial de las poblaciones negra y mulata y una débil diferenciación entre los diversos componentes fenotípicos de la población. Puede entonces afirmarse que no existe un “ghetto racial” en Cali, por lo menos como división del espacio urbano en grandes áreas de poblamiento homogéneo. Pero más allá de esta intensidad moderada a escala de la ciudad entera, ¿puede concluirse que el factor racial no juega sino un papel secundario frente a las otras dimensiones del proceso de segregación residencial?

Se llega a una conclusión diferente cuando se retoma el índice de Hutchens para comparar la intensidad de la segregación, esta vez absoluta, inducida respectivamente por las divisiones demográfica, social, de acuerdo al origen regional y el color de piel. Las intensidades de la segregación racial y de la segregación social son del mismo orden. Sin embargo, cuatro grupos de población se distinguen por una segregación más fuerte (índices superiores a 0,045 equivalente a una disimilaridad superior a 0,25): las categorías socioeconómicas de los dos extremos de la escala social (1^{er} y 4^o cuartiles del indicador de condición social), la población negra y la población mestiza (cuadro 4). De manera más general, los fuertes niveles de segregación (índices superiores a 0,03) corresponden casi siempre a categorías de población definidas de manera directa o indirecta a partir de criterios socioeconómicos o fenotípicos. Este es el caso del segundo cuartil de condición social; de las poblaciones mulata y de los hogares afrocolombianos; de la población de migrantes de Antioquia y del Viejo Caldas, en su mayoría blancos, cuyo origen urbano y capital económico o profesional es superior al promedio; y también de la de los migrantes de las zonas de población afroco-

24. Ver la totalidad del argumento en Massey y Denton (1989: 383–389), donde son tenidos en cuenta otros cuatro índices.

lombiana, con características inversas a las precedentes. La hipótesis sugerida por estas cifras es que existe en Cali un factor socio-racial de concentración y diferenciación de la población. El análisis detallado de la geografía socioeconómica y racial de la ciudad apoya esta tesis y muestra la interacción de las dos dimensiones a diferentes escalas espaciales.

- ***Las escalas de la segregación racial***

Dentro de algunas grandes áreas sociales, la estratificación del hábitat²⁵ introduce un nivel suplementario en la especialización del poblamiento. En los barrios populares del oriente, por ejemplo, existe una importante sobre representación de la población de los hogares afrocolombianos en los tres estratos socioeconómicos más bajos (69% de los afrocolombianos contra un 58% de los no afrocolombianos); en una menor medida, también es el caso en los barrios de auto construcción de la ladera occidental²⁶. En cambio, esta división racial no tiene lugar, a escala micro, en las comunas centrales y peri centrales, bastante mixtas socialmente, ni en las del corredor Norte-Sur ocupado por las clases medias y superiores.

La intensidad de la segregación a una escala que denominaremos “*meso*” (ver los índices de Hutchens calculados entre sectores censales de una misma comuna en el cuadro 4), permite precisar la observación. En las comunas de barrios populares, donde la intensidad de la segregación de los afrocolombianos a esta escala es baja, no existe estructura de grandes bloques raciales homogéneos. La segregación opera sobre todo a la escala micro de los barrios y a nivel de las viviendas, conformando “manchas residenciales” de varias calles o manzanas donde la población negra se encuentra concentrada en viviendas de peores condiciones. En este patrón, la precariedad socioeconómica parece dominar la diferenciación racial. Al respecto, son ilustrativas las fotografías 1 a 7, sobre las características de un hábitat en condiciones de extrema pobreza urbana en el Distrito de Aguablanca en Cali, donde se presenta una alta concentración de población negra: a) las fotos 1 y 2, dos panorámicas de los barrios Charco Azul y Sardi; b) las fotos 3, 4 y 6, que muestran calles y una pequeña plaza de estos barrios; y c) las fotos 5 y 7, del patio interior que une a varias casas de madera

25. Se trata de la estratificación socioeconómica de tarifas de los servicios públicos, utilizada también para estratificar la muestra de la encuesta realizada en Cali en 1998, lo cual nos permite este análisis.

26. Como se ha visto, esta sobre-representación en el hábitat de más baja calificación socioeconómica es más fuerte para la población negra que para el conjunto de la población de los hogares afrocolombianos.

con niños jugando y la puerta de acceso a una casa desde la calle con niños en ella.

A la inversa, en los barrios socialmente mezclados del centro y el peri centro y en los barrios más burgueses, la organización del poblamiento en áreas raciales homogéneas es más marcada. Cuando se consideran niveles sociales equivalentes, los negros tienen iguales condiciones de vivienda que los blancos, pero se encuentran agrupados en determinados espacios: la segregación espacial les recuerda que, aún si pertenecen a las clases medias, continúan siendo “diferentes”. Así, contraria a la segregación socioeconómica caracterizada, tal como se ha visto, por su escala macro, la segregación racial en Cali funciona en varias escalas y la “dosificación” entre sus diferentes niveles puede invertirse de una área social a otra: segregación a escala “*meso*” en los barrios de clases media y alta, segregación a escala micro en los barrios populares.

La distribución espacial y social de sus lugares de residencia en las diferentes escalas espaciales (comuna, barrio, vivienda) tiene, por supuesto, repercusiones concretas importantes en las condiciones de vida de los hogares afrocolombianos en Cali. La segregación se traduce en efecto con indicadores de hacinamiento, de acceso a los servicios públicos y de equipamiento del hogar frecuentemente menos favorable a los hogares afrocolombianos (Barbary et al. 1999). Un análisis detallado muestra que el proceso complejo que conduce a estas situaciones varía mucho con otros factores de división socioeconómica. Bruynel y Ramírez (Ibid, 53-61) muestran, por ejemplo, que para la promiscuidad en la vivienda, la desventaja relativa que tienen los hogares afrocolombianos es sistemática a lo largo de la escala social (Ibid, 56), mientras que para el acceso a servicios y bienes, la desventaja se concentra en los niveles sociales intermedios y, en cambio, los hogares afrocolombianos más pobres y los más ricos se encuentran en igual condición que sus homólogos no afrocolombianos (Ibid, 58-59).

Conclusiones

¿Qué debe concluirse a partir de estos desarrollos sobre la diferenciación de los dispositivos residenciales de las poblaciones afrocolombiana y negra en comparación a otras poblaciones? ¿Existe, en el proceso de segregación urbana en Cali, un componente racial irreducible? Es posible, particularmente a la escala meso y micro de los estratos de hábitat y del parque habitacional. Así, tanto en los barrios de clase media y acomodada como en las áreas populares, aunque, como se ha visto, el fenómeno opera a escalas distintas, se observan altas concentraciones locales de viviendas de gente negra, conformando núcleos de po-

blación no sólo más homogéneos en términos de color de piel sino de lugares de procedencia de los inmigrantes (por ejemplo, de la costa Pacífica sur o de Buenaventura). Pero estos mecanismos de segmentación residencial no pueden ser analizados únicamente como el producto endógeno de un orden social racialmente segregado, pues son igualmente resultado de estrategias y de oportunidades propias de las redes migratorias de las poblaciones de diferentes orígenes geográficos y sociales (Ibid, 41, 49, 87 y 88, véase también Urrea, Arboleda, Arias, 1999: 208-210). El papel de estos orígenes, como factor de diferenciación de la población afrocolombiana, como también de su heterogeneidad interna, reviste una enorme importancia. Desde luego, el análisis de la división geográfica, económica y cultural del conjunto complejo de orígenes y trayectorias que determinan la segregación socio espacial en Cali se vuelve un desafío central (sobre este tema, ver la sección 2 del capítulo 2). Además, ligado a la diversidad de factores que determinan las lógicas de concentración residencial en la ciudad (el acceso a la vivienda, y particularmente a su propiedad, el origen regional, algunos factores culturales, el papel de las redes migratorias y de las estrategias de proximidad familiar o social, etc.), está el juego de escalas múltiples en las cuales esta concentración se produce, contribuyendo al entrelazamiento inextricable de las lógicas demográfica, social y racial en el armado del rompecabezas de la segregación urbana.

A nivel metodológico y teórico, no sobra repetir, como el caso de la población negra en Cali lo ilustra, las comparaciones basadas solamente sobre los valores globales de los índices de segregación resultan insuficientes para una aprehensión completa del fenómeno. Aún, rigiéndose por el diagnóstico estadístico, la aproximación debe necesariamente diversificar las escalas espaciales (ciudad entera, comuna, barrio, etc.) y los niveles estadísticos de observación de las poblaciones (individuos, hogares, y probablemente, lo cual no ha sido hecho aquí, redes familiares, migratorias y sociales). En cuanto al proceso productor del espacio urbano segregado y recíprocamente, del sistema que constriñe los comportamientos individuales y colectivos, pensamos haber mostrado que su comprensión debe abarcar simultáneamente sus componentes demográfico, social, racial y según el origen migratorio: todos ellos concurren en sugerirnos preguntas e hipótesis. Algunas han sido objeto de verificaciones estadísticas en el texto, otras quedan por comprobarse.

Para referirnos a la principal, aquella ligada al papel propio del factor racial en el resultado de las determinaciones demográficas, socio-económicas y culturales de la segregación residencial, podemos preguntarnos, en definitiva, cuáles son los motores de la segregación racial objetiva que se constata en todos sus matices en Cali. ¿Se encuentra la población afrocolombiana segregada en la medida exacta de la desventaja del capital económico, social y simbólico que trae de sus

regiones de origen, en condiciones de abandono y marginación histórica²⁷? La hipótesis coloca nuevamente el debate en la cuestión de la integración territorial, económica, cultural y política del espacio nacional colombiano. ¿O subsiste también en la sociedad *caleña* contemporánea (y en todo el país), como parecen mostrarlo los resultados aquí obtenidos, un factor de discriminación directamente relacionado con un orden social racista, como componente de la dialéctica de causas y consecuencias de la segregación? Para verificar esta segunda hipótesis, los límites de nuestra aproximación de la segregación a través del filtro de la vivienda, aparecen como evidentes: las desigualdades en el acceso al espacio de los diferentes grupos de población no se limitan solamente al campo residencial. Hemos dejado de lado otra dimensión, “que enfatiza no tanto sobre las distancias socio-espaciales entre los grupos como tales, sino mucho más sobre sus *oportunidades desiguales en el acceso a los bienes materiales y simbólicos ofrecidos por la ciudad*” (Grafmeyer, 1994: 89²⁸). En esta perspectiva, el análisis desarrollado aquí tiene, sin embargo, el gran mérito de desplazar el debate sobre la desigualdad racial en Cali de su terreno “tradicional” y mediatizado, el de la segregación residencial, que conduce frecuentemente hacia la denuncia de un supuesto ghetto racial. Siendo demostrada su inexistencia por nuestros resultados, nos parece mucho más oportuno centrarlo en la cuestión crucial de las desigualdades de ingresos y, por lo tanto, del acceso al conjunto de los recursos urbanos. Queda entonces por desarrollar, con un enfoque de inferencia estadística que deberá recurrir a la modelización econométrica, el estudio de las interacciones entre las diferentes dimensiones de la segregación que no actúan, como lo hemos visto, de manera independiente. Para la interpretación de estos resultados, será fundamental la integración del diagnóstico y el análisis estadístico con los datos antropológicos sobre la percepción de la segregación y la discriminación racial por los diferentes actores. Hemos intentado mantener esta apuesta inicial del programa de investigación interdisciplinario en la segunda parte del libro.

Ahora bien, muchas preguntas quedan abiertas. Sin embargo, es claro que los afrocolombianos de Cali sumergidos, como el resto de la población, en la combinación de factores y escalas del proceso segregativo, deben asumir una característica suplementaria y específica, cuya intervención en las relaciones interpersonales y sociales es indudable: su color de piel y los numerosos estigmas que él arrastra.

27. Ver desarrollos al respecto en varios apartes de los capítulos 1, 2, 4, 7 y 8.

28. La cursiva es del autor.

SEGREGACIÓN RESIDENCIAL EN CALI

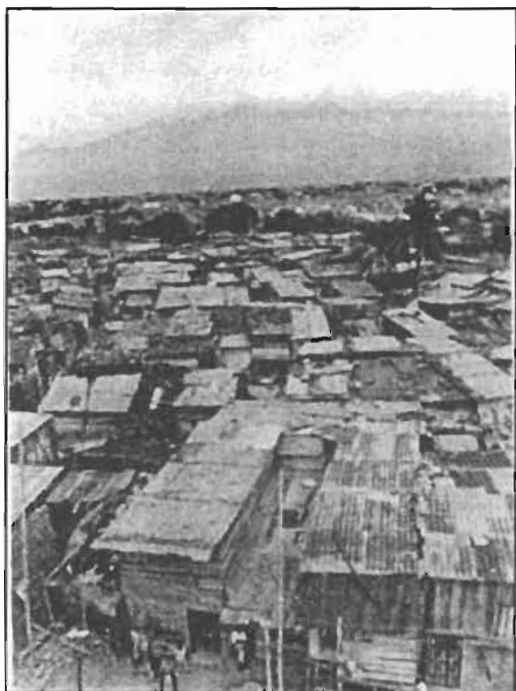


Foto 1: Vista panorámica de Sardi y Charco Azul
(C. Arias, Cali, 1999)

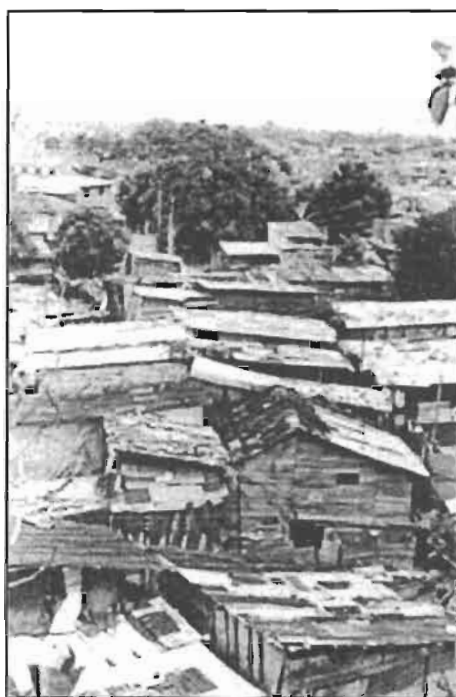


Foto 2: Techo y paredes en el barrio Sardi
(C. Arias, Cali, 1999)



Foto 3: Niños y adultos en el barrio Sardi
(C. Arias, Cali, 1999)



Foto 4: Evento social en el barrio Charco Azul
(C. Arias, Cali, 1999)

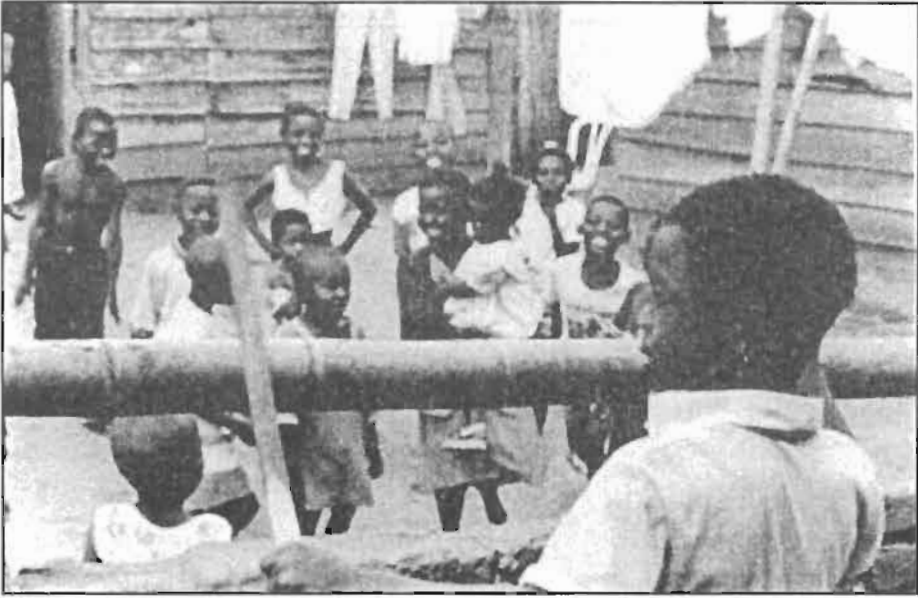


Foto 5: Niños jugando en el patio, barrio Sardi (C. Arias, Cali, 1999)



Foto 6: Niños jugando en el callejón, barrio Sardi (C. Arias, Cali, 1999)

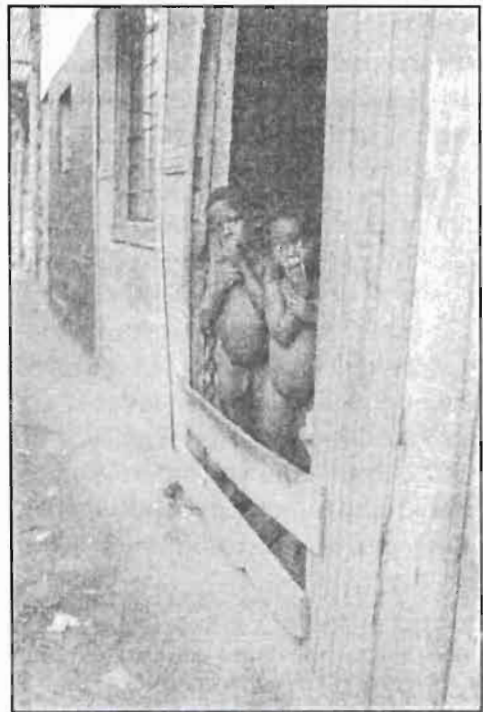


Foto 7: Pareja de niños, barrio Sardi (C. Arias, Cali, 1999)

ESPACIOS Y REGIÓN EN EL PACÍFICO SUR: ¿HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA SOCIEDAD REGIONAL?*

Odile HOFFMANN

En Colombia los cambios constitucionales y legislativos hacia una aceptación del multiculturalismo (1991 y 1993) llevaron a reconocer la existencia de un nuevo actor social, las comunidades negras, con nuevos derechos asociados. Entre ellos, los más significativos en cuanto propiciaron una movilización política extensa, son los derechos territoriales. La Ley 70 de 1993 permite a los campesinos negros organizados en “consejos comunitarios” reclamar título colectivo sobre sus “territorios ancestrales”, los que vienen ocupando sin título legal, en tierras de la Nación, desde varias generaciones atrás. En su vertiente territorial, la Ley cubija a las poblaciones *rurales, ribereñas, del Pacífico*: tres características que son restricciones serias, ya que cubren una proporción muy reducida de las poblaciones negras en el país. Sólo 13% de la población negra nacional vive en el Pacífico y la mitad de ellos residen en las cabeceras, o sea, en medio urbano. Conocidas estas limitaciones y los debates y estudios que merece (Cf. los capítulos 1 y 6 del libro), queda interesante observar las transformaciones que conocen cerca de medio millón de personas y sobre todo una región muy extensa, a raíz de una dinámica étnica y territorial nueva a partir de 1991.

En el presente capítulo, ponemos el espacio en el centro del análisis, viendo en éste tanto una construcción social como una dimensión que orienta lo social. Es decir, el espacio es consubstancial a la vida social y política, es producto y productor de sentido social. Los cambios en el espacio geográfico traducen y revelan, mas no corresponden automáticamente a las transformaciones sociales, económicas, culturales o políticas de una región dada. Intervienen múltiples procesos

* Este análisis se enmarca dentro del proyecto de investigación llevado a cabo por el Cidse y el Ird entre 1996 y 2000. En este capítulo me refiero básicamente a resultados obtenidos por N. Rivas, C. Agudelo y yo. Otros investigadores aportaron elementos, a los cuales menciono en el texto. Una primera versión de este texto ha sido publicado como artículo de la revista brasilera *Estudos Afro-Asiáticos* (revista do Centro de Estudos Afro-Asiáticos-Ceaa e do Centro de Estudos Afro-Brasileiros-Afro, Universidade Candido Mendes), Rio de Janeiro, Ano 25, Jan.Abr. 01, 2003: 43-74; Barbary y Urrea (editores, 2003).

de inercia, de feed-back o de autonomización entre los distintos campos de la vida en sociedad y entre los distintos niveles geográficos —escalas— considerados. La aproximación espacial busca subrayar los procesos de cambio, las rupturas y las continuidades en los dispositivos socio-geográficos. Para esto, a partir de un estudio de caso regional en el litoral Pacífico (Tumaco, Nariño), analizamos tres patrones espaciales —“dispositivos socio-espaciales”— que nos permiten resaltar los principales motores del cambio social, económico y político en la región.

Aquí, un punto de conceptualización se impone. No se trata de describir la evolución de un espacio regional, que iría cambiando con el paso del tiempo. O sea, no suponemos una relación cronológica entre los tres dispositivos socio-espaciales estudiados, menos una evolución lineal en el tiempo de uno a otro. Tampoco, describir “etapas de desarrollo”, en un sentido normalizado, de cuya secuencia hubiéramos sacado tres momentos. Hoy en día los tres dispositivos o modelos coexisten en el Pacífico sur y veremos cómo los tres incluyen elementos “tradicionales” y “modernos”, es decir, calificados como tales en la etapa actual.

Sin embargo, es imprescindible recordar que un espacio sólo existe en el tiempo, que hereda y forja memoria social, que nunca puede analizarse “independientemente” de su contexto histórico. Algunas configuraciones espaciales tienen antecedentes históricos más lejanos que otras, o van perdiendo fuerza o importancia mientras otra se impone, desde lógicas externas o endógenas, etc. Lejos de ser imágenes “fieles” de la realidad, las configuraciones analizadas aquí son ensamblajes de elementos dinámicos que fijamos por medio del análisis, como “representación” de realidades múltiples de las cuales sólo rescatamos algunas facetas. Representan unas perspectivas, unas maneras de ver y comprender el mundo, que no excluyen en absoluto otras perspectivas igualmente válidas, pero que remiten cada una a lógicas distintas de organización del espacio y la sociedad. No habrá pues contradicción en el hecho de que los dos o los tres modelos coexistan en el tiempo, como tampoco se pueden soslayar los procesos de evolución de una o más características espaciales, debido a procesos mayores que transforman radicalmente la estructura geográfica de la región (la apertura de una carretera, de un canal, la desaparición de fuentes de empleo, etc.). Los términos de “dispositivos”, “configuración”, “patrón” o “modelo” pretenden traducir esta complejidad socio-espacio-temporal, sin predominio de una u otra dimensión sobre las demás. Asumiendo estas opciones analíticas, pensamos que la aproximación espacial permite una visión global de los procesos pertinentes localmente; “global” en cuanto no disocia lo político de lo económico y éstos de lo cultural, etc. Para cada configuración nos obligaremos a cierta disciplina, viendo

sistemáticamente los aspectos económicos, territoriales, políticos y sus relaciones mutuas. Pero “local”, en cuanto concierne una extensión espacial determinada y la población que en ella reside: la región sur del Pacífico colombiano.

La Ley 70 de 1993 tiene una doble dimensión, territorial y étnica (Hoffmann, 2001a). Territorial, en cuanto pretende legitimar derechos agrarios —títulos de propiedad— a sus ocupantes históricos en una porción precisa del país. Étnica, en cuanto subordina estos derechos a la pertenencia de los beneficiarios a las “comunidades negras”, entendidas éstas como etnia, al lado de los indígenas. En ambas vertientes, las innovaciones legislativas se basaron en el reconocimiento de una “especificidad” agraria y étnica de los habitantes del Pacífico, es decir, en la existencia de una configuración socio-espacial muy peculiar, que se podría calificar como “dispositivo fluvial-riberaño”. Veremos cómo, aislada y enfatizada por medio de la reconstrucción conceptual de los legisladores y asesores, esta “especificidad” conforta una imagen “ideal típica” de las comunidades negras rurales en el Pacífico.

El segundo dispositivo analizado aquí —el de la “modernización”—, al contrario, pone el acento en los procesos de indiferenciación y universalidad de las sociedades locales, insertas en procesos globales de escolarización, urbanización y proletarianización. A veces se combina con el anterior, a veces le es opuesto, pero los dos siempre se mantienen cercanos y con múltiples nexos familiares, políticos, económicos.

Finalmente, el tercer dispositivo socio-espacial —el de la “movilización político-étnica”—, evidencia la emergencia de configuraciones nuevas, resultados de cruces múltiples entre los anteriores y algunos nuevos, según un proceso de “mestizaje” tal y como lo entiende Gruzinski (1999): una combinación distinta, nueva, elaborada a partir de elementos tomados de patrones originales diferenciados.

Nuestra argumentación seguirá lógicamente este hilo. Después de una rápida contextualización geográfica regional, analizaremos en tres partes sucesivas los tres dispositivos para responder las siguientes preguntas principales: ¿cómo se transforman las estructuras espaciales, territorios, redes, lugares nodales?, ¿cómo intervienen los distintos niveles o escalas, desde lo local hasta lo nacional, en estas transformaciones?, ¿cuáles son los actores que intervienen en estos procesos? y ¿con qué recursos y medios y qué tipo de interacción presentan unos con otros?

“El Pacífico” cubre la franja occidental de Colombia, frente al océano (Fig. 1). Admirablemente descritas por West (1957), las “tierras bajas” del Pacífico son

Figura 1: Los espacios del Pacífico, un juego de escalas



En la llamada “*región biogeográfica del Chocó*”, que se extiende desde Panamá y el golfo de Urabá hasta el Ecuador, se distinguen claramente dos unidades por criterios fisiográficos, climáticos, de vegetación y geológicos:

- El Chocó propiamente dicho, al norte.
- El Pacífico sur, al sur de Cabo Corrientes.

Esta división corresponde además a una diferenciación en las modalidades de poblamiento, así como a las divisiones político-administrativas.

El Pacífico sur se extiende sobre tres departamentos: Valle del Cauca, Cauca y Nariño. Sin embargo, las condiciones geográficas (esencialmente climáticas, fisiográficas, así como las redes hidrográficas) y los patrones de poblamiento y explotación permiten diferenciar dos grandes unidades:

- Al norte, la que comprende la costa Pacífica de los Departamentos del Valle y del Cauca (cuyo principal centro urbano es Guapi), con la ciudad de Buenaventura como polo de atracción.
- Al sur, el espacio que cubre las partes bajas del Departamento de Nariño, siendo Tumaco la ciudad de importancia de esta área.

El Pacífico Nariñense se divide a su vez en tres pequeñas regiones, diferenciadas de nuevo por condiciones geográficas y por los flujos de productos y población que se dan en cada una (influenciadas por las redes de comunicación).

- La región norte (maderera) está volcada hacia Buenaventura, mientras el sur y el centro establecen relaciones privilegiadas con Cali.
- La región de Tumaco (el sur) se dedica más a la agricultura, por sus condiciones climáticas (menor pluviometría), fisiográficas (planicie) y sobre todo históricas (tipo de poblamiento)
- Barbacoas, región anteriormente minera que se encuentra en profunda crisis.

El área sur se confunde con el **municipio de Tumaco**, cuyas características ecológicas, de producción y de comunicación se subdividen en 5 subáreas: una urbana (la ciudad de Tumaco) y cuatro rurales (conocidas bajo el genérico de “los ríos”):

El área sur, del río Mira hasta la frontera con Ecuador, es aislada y con grandes plantaciones —haciendas— de palma africana y ganadería; “la carretera”, a lo largo del eje Tumaco-Pasto, es área de plantaciones de palma (y camaronicultura en la parte baja) y de agricultura; la ensenada comprende cinco ríos principales y una población campesina-pesquera. La costa norte sigue predominantemente pesquera y agrícola.

separadas del interior del país por la cordillera occidental que funge como un obstáculo a la circulación de seres humanos y mercancías. Hasta hoy apenas dos vías de comunicación terrestre relacionan el litoral con el mundo andino, al centro y al sur de la región: las carreteras Cali-Buenaventura y Pasto-Tumaco. Fuera de éstas, la circulación es fluvial o marítima. Cubiertas de bosques y con una pluviometría que se acerca a los mayores niveles del mundo (7.000 mm anuales en Chocó), estas tierras eran de poblamiento indígena (Embera y Waunana al norte, Awa al sur) hasta la llegada de algunos colonos atraídos por la riqueza aurífera de los ríos (desde el siglo XVI, pero sobre todo en los dos siglos siguientes). Las minas, con su organización social esclavista, sembraron las bases de un nuevo tipo de poblamiento. Después de la emancipación legal de los esclavos (1851) y con la caída de la actividad minera en la zona (fines del siglo XVIII), migraciones importantes de población negra, venida desde el interior del país y los piedemontes mineros, contribuyeron a poblar los ríos, mientras los grupos indígenas se retiraban hacia las cabeceras de los ríos. Así, nació una organización social y geográfica original, constituida por pequeños poblados negros distribuidos a lo largo de los ríos, sobre tierras “baldías”, al margen de la norma jurídica y en muchos aspectos de la sociedad nacional.

La zona sur del Pacífico siguió estas mismas pautas, pero conoció a fines del siglo XIX y primeras décadas del XX un auge comercial basado en la explotación silvestre del caucho, la tagua y más tarde la madera. Así, se instalaron algunos negociantes no-negros en el puerto de Tumaco, que se desarrolla desde entonces, con mucha dificultad, hasta volverse una ciudad de 12.000 habitantes en 1951 y 45.000 en 1973.

El análisis concierne a esta región de Tumaco, que corresponde grosso modo al municipio del mismo nombre (120.000 habitantes en 1993, de los cuales la mitad viven en la misma ciudad). Mantiene nexos estrechos con los demás municipios del litoral nariñense, o sea del Departamento de Nariño (cuya capital, Pasto, se ubica en la cordillera) y con la ciudad de Cali, metrópoli regional del occidente del país, segunda ciudad del país (2,2 millones de habitantes) y tercera entre las áreas metropolitanas.

1. El dispositivo fluvial-riberaño: la cuestión del territorio

Uno de los interrogantes más apremiantes en la actualidad del Pacífico tiene que ver con las aplicaciones y las implicaciones de la Ley 70 de 1993 con respecto a la organización territorial. Una primera etapa de la investigación consiste en el análisis de las configuraciones territoriales vigentes antes de la Ley 70. En la zona de estudio esta fase se llevó a cabo con base en un intenso trabajo de campo en el río Mejicano, ensenada de Tumaco (1997-1999). Este río, a unas cuatro horas de Tumaco en canoa, cuenta con cinco veredas principales, de 100 a 600 habitantes, establecidas desde finales del siglo XIX con la instalación de pobladores negros originarios de Barbacoas, ciudad minera vecina (Rivas, 1999a).

Las modalidades de manejo y apropiación de los espacios en este río, muestran algunas características similares a las señaladas para todo el Pacífico en la literatura especializada. Los habitantes explotan los recursos naturales combinando tiempos y espacios: cultivos de vega y de colinos (coco, cacao, arroz), explotación maderera en los interfluvios forestales, pesca en los ríos o en los esteros, cacería, además de una artesanía doméstica (canastas, herramientas). En algunas zonas también perdura una actividad de minería de oro por mazamorreo. Según las temporadas en el año, algunas actividades son más importantes que otras, y no todas son realizadas por todos: hombres y mujeres participan al cultivo, pero la cacería y el trabajo de la madera (y en general todas las actividades realizadas en el bosque) son exclusivamente realizadas por los hombres. Las mujeres se encargan de las labores domésticas. A este sistema polivalente habría que añadir trabajos de extracción silvestre con fines de comercialización, desde por lo menos fines del siglo XIX. En efecto, los habitantes de los ríos, que son campesinos, pescadores y cazadores, trabajaban también para los negociantes establecidos en la ciudad, para abastecerles en materia prima exportable como la madera fina, el caucho o la tagua (una nuez de palma, también llamada marfil vegetal). Ellos integraban así, al realizar la extracción primaria, las redes internacionales de explotación del medio forestal tropical. Estos negocios se agotaron con la competencia de materias derivadas del petróleo (años 1930-40); sólo sigue la extracción de madera, ya no madera fina cuya exportación fue prohibida en los años 1940, sino de construcción para el mercado nacional (Del Valle y Restrepo, 1996).

La organización social y económica muestra así mismo rasgos compartidos por el conjunto de los pobladores del litoral del Pacífico, debido en gran parte a su historia común de migración y de constitución "reciente" (uno o dos siglos) de los pueblos en él asentados. Tres aspectos han sido particularmente subrayados en los estudios. En el Pacífico las redes de parentesco jugaron un papel preponderante en la construcción de las veredas y siguen estructurando parte de la vida

social local¹; el espacio regional se organiza alrededor de la unidad espacial “río”, que funge como lugar de reconocimiento social y político, tanto individual como colectivamente (Losonczy, Anne-Marie, 1997b; y Oslender, 1998); la combinación flexible de actividades económicas supone unas relaciones ambiguas de inserción/dependencia de las producciones campesinas frente a los mercados externos nacionales e internacionales, desde el siglo XIX hasta hoy (por ejemplo con la madera y el coco). Recordemos que se trata de localidades asentadas en terrenos legalmente considerados como “baldíos”, es decir que no gozaban, en su gran mayoría, de títulos de propiedad. Las normas locales y tradicionales de apropiación son las que rigen el derecho de unos y otros a usar y trabajar las tierras.

A este panorama ya conocido y descrito, la investigación llevada a cabo en Tumaco ha podido aportar precisiones y matices, ya que encontramos fenómenos hasta entonces poco explorados por los estudiosos.

Si bien, “el río” aparece como la unidad fundamental de organización y percepción del espacio social, existe una multiplicidad de espacios de referencia a escalas inferiores —la vereda, el estero, el colino— o superiores —la ensenada, la “región” (de Tumaco en este caso), o la gran región del Pacífico—. Se evidenciaron distintas modalidades de adscripción y legitimación en un territorio y su combinación para construir una noción compleja de “pertenencia”, que está basada en tres pilares fundamentales: el parentesco, la residencia y el trabajo. Según los contextos locales, será uno u otro registro de legitimación el que será activado, las más de las veces en combinación con los demás. Este sistema polivalente, abierto, integra la flexibilidad de las prácticas migratorias y matrimoniales que amplían singularmente los espacios de convivencia e intercambio (ver el capítulo 2 y también, Hoffmann, 1999b).

En el mismo orden de ideas, se nota la flexibilidad de las normas de apropiación y transmisión de las tierras en los ríos (ver capítulo 8 y Rivas, 1999): a cada lugar o espacio corresponden ciertas normas locales de apropiación, que pueden variar en el tiempo y en función de los usos y objetivos asociados a los mismos (recolección, cultivos de autoconsumo o de renta, cacería, explotación maderera)². Por un lado, se pueden diferenciar reglas de acceso a los “colinos” (parcelas cultivadas por un individuo o una familia) o al “centro” (zona boscosa, de uso colectivo de los habitantes del río), bajo el criterio de la apropiación individual o colectiva. Pero otros matices aparecen, cuando, por ejemplo, se reconoce como legítima la recolección de ciertos productos (silvestres o hasta

1. Cf. el modelo aldeano parental de Gilma Mosquera y Jacques Aprile-Gnisset, 1999.

2. Estas características también se habían recalcado, desde otro punto de vista, en el trabajo de Restrepo en la costa norte de Nariño (Del Valle y Restrepo, op. cit.).

frutos cultivados como el banano o el coco) en terrenos ajenos, siempre que se trate de recolección para autoconsumo familiar, mientras la misma práctica es socialmente sancionada para otros productos (madera) u otros fines (venta). El criterio de la “subsistencia” se impone al de la apropiación, sin acabar en una propiedad colectiva: existen así mecanismos locales de regulación y los abusos se ven reprimidos por la comunidad.

Otro de los hallazgos concierne con la gran variabilidad de las prácticas matrimoniales y familiares de los habitantes rurales. No encontramos un modelo privilegiado de alianza matrimonial ni de tipo de hogares³ que sería “específico” de las sociedades negras del Pacífico. La matrifocalidad y los hogares extensos no son regla y ni siquiera son frecuentes. Encontramos, al contrario, una amplia gama de situaciones (hogares nucleares o compuestos, uniones estables o sucesivas, etc.) que coexisten en una misma vereda, o en el seno de una misma familia, sin que se puedan reconocer regularidades o patrones de comportamiento socialmente valorados. Se resaltan incluso procesos de consolidación y estabilización en las composiciones de los hogares, que se observan sobre todo en las veredas de cierta importancia demográfica⁴ (Hoffmann, 1999b). Esta tendencia se verifica tanto en los hogares afrocolombianos de la capital vallecaucana, Cali, como en los de Tumaco y de los pueblos grandes donde predominan los hogares unifamiliares y nucleares, con promedio de 4 a 5 miembros por hogar y cierta estabilidad de las uniones (ver capítulo 1 y Urrea, 1999).

La aproximación multi-escala (la región, el río, la localidad, la familia) pone en evidencia la inserción de los territorios ribereños en espacios regionales de diversa amplitud. Cualquiera sea la perspectiva adoptada (desde la reproducción económica, las normas de apropiación del espacio, las formas de adscripción territorial, las prácticas matrimoniales o familiares), vemos cómo el universo de los ríos se construye en interacción con otros, a la vez que conserva o adquiere rasgos propios y distintos a los vecinos. Si bien, existen fuerzas que tienden al aislamiento y marginación de los ríos (a nivel económico principalmente), también existen prácticas que apuntan a la comunicación y a veces la integración regional, por ejemplo, mediante las migraciones circulares y, de forma mucho más anclada en la cultura del Pacífico, la movilidad de las poblaciones (capítulo 2 y Vanín, 1999).

La descripción de este dispositivo fluvial-ribereño “tradicional” llevó a cuestionar algunos estereotipos que durante mucho tiempo pesaron sobre los estudios

3. Al contrario de lo que encontró Nancy Motta, por ejemplo, en Salahonda de los años 1970, lo que la llevó a interpretar las dinámicas familiares en términos de matrifocalidad y alta movilidad matrimonial, Motta (1975).

4. Coincidiendo con lo encontrado por Mosquera y Aprile-Gnisset (1999).

y los mismos habitantes del Pacífico, como son las supuestas especificidades de las poblaciones negras en cuanto a las uniones múltiples, la matrifocalidad, la migración pendular, la propiedad colectiva, etc⁵. En el Pacífico, las prácticas y las normas de apropiación del espacio, entendidas en su sentido amplio como unas “maneras de estar en el mundo”, conforman efectivamente un “sistema” distinto al de las poblaciones andinas, por ejemplo. Pero son resultado de construcciones sociales, en tiempos y espacios concretos, sin que reflejen una especificidad “cultural” inmutable y perenne.

Este debate sobre la “especificidad cultural” se refleja en las categorías analíticas usadas en las descripciones. Tomaremos el ejemplo del término “campesino”, que sigue suscitando polémica entre los estudiosos del tema. Desde hace varios años, Aprile-Gniset (1992a y 1992b) y Mosquera (2000) ya han descrito el modelo de poblamiento ribereño que asocia el hábitat lineal, a lo largo de los ríos, con un uso y control del espacio rural productivo organizado en “colinos” y “lotes” apropiados individualmente, según una lógica “campesina” de explotación de los recursos naturales. Sin embargo, otros estudiosos refutan esta interpretación, arguyendo sobre la alta movilidad y precariedad de los asentamientos en el Pacífico, resaltando además el manejo colectivo del espacio (los “centros”). Planteamos que no existen contradicciones entre ambas interpretaciones. Los pobladores negros son campesinos en cuanto tienen una relación privilegiada con el campo, del cual sacan medios de subsistencia y reproducción y el cual modelan en función de lógicas sociales de negociación y control del espacio, combinando modalidades individuales y colectivas. Es menester aclarar que para nosotros, dado el contexto sociogeográfico del litoral, “ser campesino” supone obviamente combinar las actividades de agricultura con las de pesca, recolección y cacería, así como cada vez más, el trabajo asalariado permanente o temporal, en los campos o en la ciudad. Se puede explicar la reticencia de ciertos académicos a usar la categoría de “campesinos” por la voluntad de tomar distancia frente a la tradición andina e indígena que tradicionalmente se asocia a ésta. Traduce el afán de “particularizar” la situación de los pobladores negros con el fin de contrarrestar la “invisibilidad” de las comunidades negras por parte de los políticos y de las instancias gubernamentales como el Incora⁶. Sin embargo, en el plano académico, esta postura conlleva el riesgo de “esencializar” una identidad negra “culturalmente distinta” y de soslayar una dimensión socio-económica que los mismos habitantes negros reivindican al nombrarse “campesinos” o “agricultores”.

5. Este cuestionamiento también se dio, en el proyecto, desde otro enfoque, con las miradas antropológicas de Quintín (1999) y las de Vanín (1999) sobre migración.

6. Instituto Colombiano de Reforma Agraria.

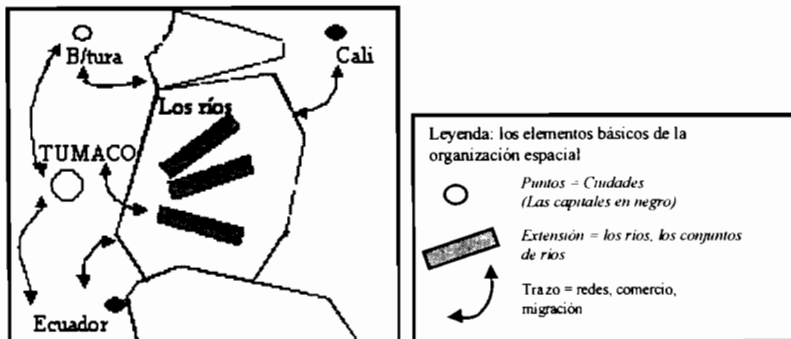
Como se puede constatar, esta descripción del dispositivo fluvial-ribereño enfatiza la diversidad y la flexibilidad en las formas de acceso, apropiación y manejo del espacio, así como en las características sociodemográficas de las poblaciones. Estamos frente a lógicas de funcionamiento que no admiten límites fijos ni compartimentos —ni en el espacio ni en la sociedad—, menos aún normas rígidas y fijas en el tiempo. Al contrario, este dispositivo permite la integración y circulación de hombres y mujeres, así como de ideas y valores, en un espacio globalmente organizado alrededor del río pero no restringido a él⁷. Podemos reconocer una *territorialidad* asociada a este modelo, que combina y articula varias escalas (ver figura 2):

- El nivel del río y los ríos vecinos (en el caso del Mejicano este conjunto lo representa la ensenada de Tumaco) en el que se da la movilidad de proximidad; es el espacio de nupcialidad privilegiado en un primer momento histórico, después de la fundación de las veredas, donde se construyen las primeras redes de parentesco (ver capítulo 2); es también el espacio de relaciones sociales e intercambios diarios (de comida, bienes, servicios, trabajo e informaciones).
- Este ámbito interactúa fuertemente con la ciudad de Tumaco, que se conecta con los ríos al formar parte del espacio de nupcialidad en las generaciones siguientes, pero sobre todo en cuanto lugar de migración, de trabajo, de acceso a servicios públicos (educación y salud) y a veces de doble residencia.

Figura 2: el dispositivo fluvial-ribereño

Los referentes espaciales en el suroccidente del Pacífico

(en las tres situaciones se mantienen lazos con el exterior de la gran región, no representados en los esquemas)



1. El dispositivo fluvial-ribereño:
 - El río y los ríos vecinos.
 - Algunos puntos exteriores.
 - Movilidad de proximidad en la articulación con Tumaco ciudad.

7. Es por esta razón que no usamos el término "territorio" en esta configuración socio-espacial; en cambio, será fundamental en el tercer modelo analizado, el de la movilización política, que se construyó en gran parte sobre esta noción.

- Más allá de esta bi-polaridad (ríos - ciudad de Tumaco), el espacio ribereño siempre mantuvo nexos estrechos con ciertos lugares exteriores a la región inmediata, que fungen como polos de atracción adentro de la gran región del Pacífico (las ciudades de Buenaventura o Cali, o la costa norte de Ecuador). Sea para el comercio o para viajes más duraderos, la movilidad entre estos lugares contribuye a construir y mantener un espacio amplio de referencia, propio de las poblaciones negras, donde se reconocen “en familia”.
- Finalmente, no se debe olvidar que los ríos se conectan al ámbito exterior más lejano desde por lo menos el siglo XIX, aunque sea casi siempre en condición subalterna y de discriminación. Este nexo representa el acceso al mercado global y “la modernidad”, ambos muchas veces hasta recientemente en manos de foráneos. Las relaciones entre ambos espacios son esencialmente reguladas por el mercado (negocio de productos de extracción de la selva como la tagua, el caucho, la madera).

Este dispositivo espacial escalonado, desde lo micro local hacia lo regional, se asocia a un dispositivo de control político marcado por la fragmentación entre múltiples jefes políticos locales, cada uno manejando los espacios locales de los ríos, integrados a redes laxas del partido liberal (por razones históricas, el partido conservador nunca alcanzó grandes fuerzas en el Pacífico sur; cf. capítulo 7 y Agudelo, 1999b). En el plano económico, traduce la yuxtaposición y en ocasiones la combinación, entre distintas lógicas de producción y acumulación, de autoconsumo y sobrevivencia asociadas a actividades de extracción y monetarización, estando las primeras en posición de subordinación sistemática frente a las segundas. El sistema regional de poder político conforta esta marginación de “los ríos” que se sobrepone a la diferenciación socio-étnica: las poblaciones negras están asociadas al espacio local rural; los blancos urbanos, deciden y se encargan de las relaciones con la esfera global. Es de notar que esta configuración traduce un sistema de dominación pero no corresponde a realidades de segregación espacial desde por lo menos medio siglo: hoy la ciudad de Tumaco es predominantemente habitada por moradores negros (hasta un 90% según informes municipales de 1998). Hasta los años 1990, se puede decir que nadie del exterior se interesa por el Pacífico rural, ni el Estado y sus instancias de gobierno, ni el sector político nacional que lo deja todo en manos de algunos poderes locales, ni siquiera la Iglesia que empieza a movilizarse a fines de los años 1980.

Este “modelo” socio-espacial, con todas las riquezas socioculturales que significa para las veredas negras, por un lado, y todas las frustraciones que implica para sus poblaciones rurales marginadas, por otro, era generalizado en el litoral Pacífico hasta los años 1950. Sigue vigente y dominante en la mayor parte de la

región hasta hoy. Retomando aspectos parciales del mismo, e interpretándolos bajo la luz de las “especificidades culturales” de las poblaciones negras, varios académicos y militantes lucharon por el reconocimiento de derechos territoriales en el Pacífico, dando paso a la formulación de la vertiente territorial de la Ley 70 (Arocha, 1999; Wade, 1994; Hoffmann, 1998b; Agudelo, 1999a y b). Querían así prevenir un acaparamiento de tierras y un despojo de territorio que se venían dando en algunas partes con gran celeridad, como lo vemos en el segundo modelo propuesto.

2. La modernización en el Pacífico sur (años 1950-70)

A partir de los años 1940-60, la llegada de capital agroindustrial foráneo a la región del litoral, sea bogotano, valluno o de los Llanos Orientales (además de algunos extranjeros que históricamente siempre han estado ahí), conlleva nuevas formas de explotación de los recursos locales y del trabajo: intensificación del asalariado, proletarización del o la trabajador(a) y su familia. Explotación masiva de la madera en terrenos “baldíos” dados en concesión a grandes empresas, haciendas ganaderas, plantaciones de palma africana y piscinas de camaronicultura contribuyen a trastornar el paisaje del litoral, sobre todo en los alrededores de la ciudad de Tumaco.

Esta dinámica está apoyada por el Estado en dos vertientes principales: la asistencia técnica y la regularización en la tenencia de la tierra. La primera se traduce por la implantación de una estación agronómica en Tumaco, destinada a difundir las tecnologías apropiadas a los sistemas “modernos” de producción (semilla mejorada, pesticidas y fertilizantes), sobre todo para el arroz por el lado campesino y la palma africana por el empresarial. La “regularización” de la propiedad está a cargo del Incora. Esta institución procede a entregar títulos individuales de propiedad sobre algunos predios campesinos, muchas veces asociando la entrega del título al otorgamiento de créditos agrícolas por la antigua Caja Agraria para “cultivos tecnificados” (arroz principalmente). Los fracasos técnicos llevan en numerosos casos al no reembolso de créditos, seguido de embargos por parte de la Caja Agraria que vende los predios a los grandes empresarios ganaderos o agrícolas. Así, la “modernización agrícola” en esta zona se traduce en pérdida de tierras y de recursos para los campesinos (Agier, 1999a), y en el desarrollo espectacular de haciendas ganaderas y de palma africana alrededor de la carretera Pasto-Tumaco (años cincuenta y sesenta).

En otras partes del litoral nariñense intervinieron también razones “naturales” para socavar la viabilidad del sistema anteriormente descrito: una plaga afectó los cultivos de coco desde Timbiquí hasta la frontera, en 1972-74, pero sobre

todo el maremoto de 1979 dejó muertos y tierras cubiertas de aguasal, inservibles por muchos años, provocando salidas y migraciones hacia las cabeceras municipales y a veces hacia el exterior (Tumaco y Cali).

Mención especial se debe a un fenómeno “socio-natural”: la apertura del “canal Naranjo”, en 1979, en la parte central-norte del litoral nariñense. Ese año, un negociante decidió abrir un canal pequeño entre los ríos Sanquianga y Patía, para facilitar el transporte de sus trozos de madera hacia el norte, sin contar con un desnivel de varios metros entre las dos extremidades del canal y con la fuerza de las aguas que modificaron drásticamente sus cursos. El río Patía, el más importante de la zona, cambió de rumbo, reorientando de esta manera los flujos de mercancías, actividad y dinero hacia el norte. Los pueblos instalados sobre el viejo río perdieron su medio de comunicación y sus recursos haliéuticos, mientras las pequeñas localidades del norte se convirtieron brutalmente en pueblos nodales para la actividad económica (extracción forestal). Los compradores de madera llegaron, con su cortejo de trabajadores, comerciantes, prostitutas, aventureros y otros menos bienvenidos (narcotraficantes, paramilitares). Estos cambios en la configuración espacial y socioeconómica regional provocaron la ruptura de los lazos de la zona norte Nariño con el puerto de Tumaco y su acercamiento al de Buenaventura⁸. También, significaron trastornos ecológicos (agotamiento de recursos marinos) y físicos (en las intensidades y direcciones de las corrientes fluviales y marítimas) que amenazan a pueblos enteros.

Estas décadas representan entonces, en tiempos y por factores variados, según los lugares, años de transformación drástica para los campos del Pacífico sur. El modelo de campesinado móvil y multi-recursos (caza, pesca, madera) se vuelve insostenible y éste se inserta cada vez más, en condición de dependencia aguda, ya que no dispone de capital ni asistencia técnica, en las nuevas estructuras de producción, trabajo y comercialización impulsadas por el capital agroindustrial y maderero⁹.

Los patrones de territorialidad evolucionan también bajo el impulso de otras dimensiones de la modernización: la generalización de la escolaridad, la difusión de medios masivos de comunicación y la aceleración de la emigración que llega a superar, en intensidad, a la tradicional movilidad y circulación de proximidad. El tríptico identificado anteriormente como fundamento de la pertenencia territorial: parentesco, residencia, trabajo, se desbarata ya sea brusca o paulatinamente, según los casos.

8. A tal punto que hoy los municipios del norte reclaman su secesión de Nariño para acogerse al Departamento del Valle (*El País*, 2 de julio de 1999).

9. En la ensenada de Tumaco, Arocha (1999).

Los sistemas de residencia incluyen ahora nuevas modalidades, como la doble residencia (río-Tumaco) y la emigración de hombres y sobre todo mujeres jóvenes a Tumaco y Cali mientras se debilitan los lazos entre los ríos. Paralelamente las redes de nupcialidad se distienden y abarcan nuevos espacios o puntos (los de emigración), modificando profundamente las relaciones de parentesco que solían estructurar los espacios rurales. Tercer pilar del modelo anterior, el trabajo mismo ya no es suficiente para asegurar la reproducción social, ni siquiera familiar, en el río (agotamiento de las buenas tierras y problemas de producción ya evocados).

Producto de estas dinámicas, la ciudad de Tumaco conoce un crecimiento demográfico sin precedente (dobla su población entre 1960 y 1973). Familias enteras, o mujeres con sus hijos van a la ciudad en busca de mejores opciones para la escolaridad y la salud. Los jóvenes encuentran trabajo en los aserraderos que por estos años (1960-70) se multiplican (Restrepo, 1997a) o en las plantaciones de palma africana recién instaladas. Las jóvenes salen del campo, preferencialmente para Cali o las grandes ciudades del país, muchas veces para emplearse en el servicio doméstico. La población de la ciudad de Tumaco cambia con estas olas de migración —algunos hablan de la “recolonización negra” de la ciudad, anteriormente dominada por las elites blancas—, pero las infraestructuras (agua, luz, viviendas) no siguen el ritmo, desembocando en una fisonomía urbana fragmentada y altamente marginada (Restrepo, 1999a).

Este franco abandono de la región sureña se debe entender también a la luz del sistema político regional que impera en estos años; a saber, un gamonalismo exacerbado (Helfrich, 1998) liderado por Alberto Escrucería —conocido como Beto—. Este jefe político liberal logra tener un casi monopolio político en esta región durante 30 años (1950-80), con base en un clientelismo muy personalizado, por un lado, y el apoyo pasivo de los grupos liberales a escala nacional, por el otro. La “edad de oro” del “betismo” aprovecha la modernización y el crecimiento de Tumaco para consolidar su feudo, logrando adhesión popular al enaltecer la “identidad tumaqueña”, explotando de esta manera los viejos antagonismos geopolíticos entre el litoral —población negra, liberales— y la sierra vecina —población andina, conservadores (Hoffmann, 1999a).

Frente a las innovaciones económicas y territoriales arriba mencionadas, muchos nativos rurales mencionan los procesos traumáticos de ruptura que vivieron, frente a la pérdida de sus tierras o de su autonomía. Pero no existen, en aquella época, formas de expresión colectiva que traduzcan este malestar. El dispositivo político está bloqueado por el “betismo” y las movilizaciones populares todavía no se desarrollan. Sin embargo, empiezan a elaborarse estrategias de adecuación a las nuevas lógicas. Al principio son individuales, pero anuncian

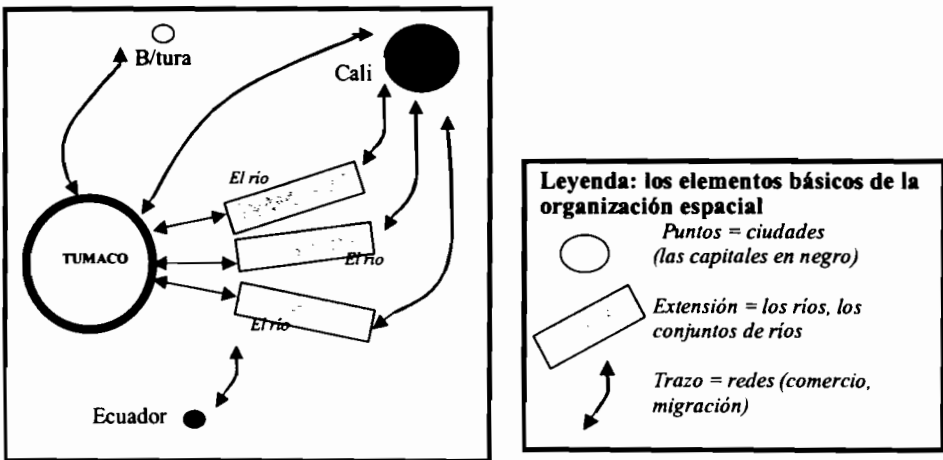
cambios culturales y sociales que tienen implicaciones sobre la configuración regional. Así, por ejemplo, se notan nuevas solidaridades entre el campo y la ciudad, en las que las redes de parientes juegan un rol decisivo. Son ellas las que, en un primer momento, permiten la instalación de los nativos de los ríos en la ciudad —migración— o más puntualmente les abre los espacios urbanos que necesitan (salud, escuela, diligencias administrativas). Los campesinos se van apropiando de la ciudad y empiezan a dejar su huella, en las viviendas por ejemplo (Álvarez, 1999). Se construye así una nueva identidad tumaqueña que incluye a los migrantes de origen rural. La “especificidad” rural se desvanece; los habitantes de los ríos experimentan una diversificación de sus modelos de territorialidad y se acentúa cada vez más la combinación de actividades rurales y urbanas. En esta dinámica el polo urbano de Tumaco funge como el referente principal de los habitantes de la región, tanto rurales como urbanos. Se vuelve “ciudad” verdadera hacia la década del noventa, aún si todavía no logra consolidarse como modelo urbano complejo y acabado (cf. Agier, 1999b).

La configuración espacial que resulta de estos procesos políticos, económicos y territoriales se distingue de la anterior por sus tendencias a la fragmentación y dislocación espacial, a la vez reflejo y factor de dispersión de los actores locales (figura 3). Los “territorios” locales, rurales, cambian de morfología, a la vez que las redes se reorientan en el espacio geográfico y social. Veamos.

Figura 3: el dispositivo de la modernización

Los referentes espaciales en el suroccidente del Pacífico

(En las tres situaciones se mantienen lazos con el exterior de la gran región, no representados en los esquemas)



2. El efecto de la modernización:

- Se encogen los espacios locales.
- Irrupción de agentes externos potentes.
- Sube en importancia Tumaco y sobre todo Cali.
- Se multiplican redes de migrantes.

- Se encoge el espacio local ribereño. Las relaciones entre ríos se debilitan y las territorialidades tradicionales pierden piso a medida que se afianzan relaciones diádicas entre cada río y la ciudad. Este fenómeno es claramente perceptible al analizar los espacios de nupcialidad que cada vez más se estructuran alrededor de la ciudad de Tumaco (la mayoría de los cónyuges de los nativos de los ríos son originarios de la ciudad). Pero igualmente se constata, en una menor frecuencia, de intercambios económicos y políticos entre ríos, a favor de relaciones de cada uno con la ciudad.
- Correlativamente se imponen los polos urbanos como parte integrada a los espacios ribereños: Tumaco, como ya hemos notado, pero también Cali, destino de emigración temporal y muchas veces definitiva, todavía más para las mujeres que los hombres. Se consolidan las redes de migración, en las que las relaciones de parentesco y de paisanaje juegan un papel fundamental (Arboleda, 2002; Urrea y Murillo, 1999). No hay pues disociación entre territorio rural y redes de migración hacia las ciudades, unos y otras se confortan mutuamente.
- La principal innovación reside en el lugar cada día más imponente que ocupan agentes económicos externos muy potentes, como son el capital agroindustrial (palma africana) y maderero; en algunas zonas de la región, las mejor ubicadas y de mejor calidad agronómica, ellos llegan a controlar tanto el acceso a las tierras como las fuentes de empleo, lo que los hace principales actores del dispositivo socio-espacial.
- En este contexto geo-económico, se afianza el control político de la región desde el clientelismo “betista”, asociado a la poca presencia del Estado central. Es más, como se puede ver en la actualidad, se establecen alianzas políticas entre los gobiernos municipales y el sector agroindustrial, llegando así a un control multidimensional de la región.

Es difícil, en esta configuración, reconocer un “espacio regional” coherente. Se trata más bien de un conjunto de redes yuxtapuestas que activan la migración (y son activadas por ella), en articulación con territorios que, si bien se mantienen como espacio de identificación cultural y social para sus miembros, han perdido buena parte de la función de reproducción económica que les correspondía anteriormente.

Las fotografías 1 a 4, destacan diversos aspectos de la aproximación multi-escala (la región, el río, la localidad, la familia) que antes se analizó, mostrando la inserción de los territorios ribereños en espacios regionales diversos: la fotografía 1, panorámica del barrio La Isla de la ciudad de Tumaco; la foto 4, la proa de lancha en el río Mejicano (ensenada de Tumaco). Por otro lado, las fotos 2 y 3,

de un hombre y una mujer en sus trabajos en una plantación de palma africana, revelan la importancia de esta actividad en la conformación de la territorialidad regional en el sur del Pacífico (llanura de Tumaco). La fotografía 5 resalta un evento hoy en día de la región, el Carnaval de Tumaco, ejemplo de identificación cultural y social contemporánea de este territorio, a pesar de la pérdida del papel de significación económica del mismo, para un importante sector de sus antiguos pobladores.

3. Tiempos de movilización étnica: vuelve el territorio

En Colombia el contexto nacional de los años 1980 está marcado por las medidas de apertura económica, descentralización y democratización¹⁰, y por las dinámicas políticas que desembocan en la Asamblea Constituyente y la Constitución de 1991 y posteriormente en la Ley 70 de 1993. Esta ola de reformas fue precedida por fuertes movilizaciones políticas en todo el país (numerosos paros cívicos y protestas), expresiones de la crisis del modelo clientelista redistribuidor. Este conjunto heterogéneo de reformas, rupturas y participación popular también se dio en el Pacífico sur, asociado a procesos regionales de transformación económica, política y de reivindicación identitaria.

A nivel económico, se acentúa el afianzamiento del capital agroindustrial alrededor de Tumaco (Escobar, 1996), con una presión creciente sobre los recursos en tierras y trabajo en la zona de la carretera, para ampliar las áreas de palmicultura que hoy sobrepasan los 20.000 hectáreas (Cega, 1999). El fracaso del intento de industrialización maderero en los años 1970, aliado a la precarización de la agricultura campesina y la pesca artesanal frente a los industriales, provoca un desempleo muy alto y un descontento generalizado que encuentra expresiones variadas.

La movilización popular suscita, a la vez que se fortalece con ella, la emergencia de actores locales apoyados por las Ong (Plan Internacional Padrinos), los programas de desarrollo que por estos años se implementan en el Pacífico —en Tumaco es sobre todo la Cvc¹¹— y la Iglesia Católica que inicia una línea de

10. Entre las medidas importantes asociadas a la Ley de descentralización está la elección popular de alcaldes, en lugar del nombramiento de los alcaldes por el gobernador del Departamento, como era antes.

11. Corporación Autónoma Regional para el Valle del Cauca. Institución hoy en día adscrita al anterior Ministerio de Medio Ambiente, la cual fue encargada de proyectos de desarrollo en la parte sur del Pacífico colombiano hasta fines de la década de 1990, cuando se constituyen corporaciones en cada Departamento. En Nariño, la Cvc fue particularmente activa en la década de los noventa, por sus programas de desarrollo rural en cooperación con el gobierno de Holanda.

pastoral negra en los años 1980. Sean masivas o puntuales, a veces violentas¹², estas expresiones populares (Pardo, 1997) participan de una misma reivindicación de protagonismo frente a un Estado ausente y un capital cuyas lógicas y exigencias invaden todas las esferas de la vida regional. Las vías tradicionales de negociación clientelista se agotan y el “betismo” se debilita —y con él algunas redes regionales del litoral nariñense ligadas al caudillo—, mientras se estructura una competencia político-electoral alrededor de fracciones locales del liberalismo (Helfrich, op. cit. y Hoffmann, 1999a).

Nacida de la misma demanda por más participación, en el contexto de la Asamblea Constituyente, otra vertiente de la movilización se organiza en torno a la reivindicación étnica negra (ver capítulo 7 y Agudelo, 1999a). La coordinación regional del Proceso de Comunidades Negras: Palenque (en un principio ella unificada y hoy bastante fragmentada y debilitada), acompaña las organizaciones de base para constituir consejos comunitarios y promover la titulación de territorios colectivos, en el marco de la Ley 70. En este proceso, campesinos, líderes y asesores externos combinan esfuerzos y a veces se enfrentan entre sí, para elaborar los expedientes necesarios a la titulación colectiva de las tierras de las comunidades negras (Villa, 1998). Esto implica seguir las pautas marcadas por la Ley, entre las cuales está la necesidad de reconstruir la memoria social y geográfica de la comunidad (historia de la fundación y genealogías). Esto significa llevar una reflexión colectiva acerca del territorio, de la identidad y de la relación entre ambos. Se trata pues de construir consensos —o de lograr imposiciones— en torno a nuevos conceptos que van asociados a la figura de “territorio colectivo de comunidades negras”: la identidad étnica, la gestión colectiva, pero también el significado y el papel de nuevas instituciones locales como el consejo comunitario, la asamblea de pobladores o la junta de gobierno, entre otras.

La titulación de territorios colectivos, lejos de reducirse al simple reconocimiento de derechos territoriales anteriormente adquiridos, determina nuevas formas de manejar y dividir el espacio y nuevas relaciones entre los actores interesados. En este largo caminar, los campesinos a veces se apropian de nuevas técnicas y modos de pensar su espacio, por ejemplo, mediante la elaboración de mapas y la reconstrucción histórica de sus territorios. Por su lado, los asesores y militantes, urbanos en su mayoría, aprenden o re-aprenden valores “rurales” y pueden llegar a modificar algunos de sus planteamientos teórico-políticos para tomar en cuenta ciertas prácticas locales que habían soslayado (Hoffmann, 2000a). Se da

12. En 1988 unas manifestaciones en contra del deterioro del servicio público en Tumaco terminan en una confrontación violenta en el centro de la ciudad, la destrucción de edificios públicos, varios incendios y hasta una persona muerta. Este episodio es conocido como “el Tumacazo” en referencia al “bogotazo”, de 1948, que marcó el inicio de la Violencia en Colombia.

así, alrededor del espacio local y de su control, una interacción entre ámbitos sociales distintos pero reunidos en esta ocasión alrededor de la solicitud de titulación.

A la fecha de julio 2003, se habían realizado 27 titulaciones de territorios colectivos de comunidades negras en Nariño (concernientes a 342 veredas y 721.000 hectáreas), mientras otras tantas están en trámites: 15 solicitudes, para 58 veredas y 175.000 hectáreas. A nivel nacional, es decir para todo el Chocó biogeográfico, el total de superficies tituladas asciende a 4.612.000 hectáreas ubicadas en 1.184 veredas, mientras otras 1.147.000 hectáreas se encuentran en proceso de titulación (cf. Incora, 2003 y Mapa 1¹³). En julio de 2003, estas tierras representaban el 4% del territorio nacional y el Incora espera que al final de 2004¹⁴, la titulación de los territorios colectivos de la Ley 70 alcance un total de 5.760.000 hectáreas, o sea 5% del territorio colombiano (ver también el capítulo 9). Este proceso de titulación colectiva conoce una aplicación diferencial en función de los actores presentes. En el Chocó, donde se planean macroproyectos y se enfrentan guerrillas, paramilitares y narcotraficantes, los beneficiarios campesinos de los territorios recién titulados son masivamente desplazados por las violencias. En Nariño, los territorios eran hasta hace poco tiempo relativamente poco codiciados por estos actores, lo que permitió una movilización campesina y un proceso de titulación conforme a la Ley (con todos los matices amparados por las ambigüedades de la misma, cf. Agier et Hoffmann, 1999). Pero, como lo veremos más adelante, los recursos económicos y geoestratégicos de la región sur también despertaron el interés de muchos actores legales e ilegales, armados o no, cuyo “encuentro” y confrontación llevan hoy al aumento espectacular de la conflictividad regional (Sánchez, 2001; Hoffmann, 2002a). Al respecto, la ilustración 1 (cubiertas de publicaciones del Departamento Nacional de Planeación y del Incora) hace alusión al enfoque institucional, a partir de la Ley 70 de 1993, sobre el manejo de las tierras en el Pacífico, con amplia difusión en el municipio de Tumaco en los últimos años.

La interacción entre los niveles nacionales, regionales y locales, por una parte, la retroalimentación entre procesos políticos, económicos y culturales, por otra

13. El mapa fue realizado con los datos disponibles a octubre de 2001. Para esta fecha, la superficie titulada a través de la Ley 70 eran de 378.000 has. en el departamento de Nariño, 327.000 has. en el Cauca, 176.000 has. en el Valle, 1.610.475 has. en el Chocó y 204.000 has. en Antioquia; para un total de 2.686.000 has. En proceso de titulación se encontraban 296.000 has. en Nariño, 88.000 has. en Cauca, 132.000 has. en Valle, 1.276.000 has. en Chocó, 25.000 has. en Antioquia y 5.000 has. en Risaralda; para un total de 1.823.000 has. Ya hacia diciembre del 2001, según datos del Incora, existían 64 títulos colectivos compuestos por 2.695.475 has. en el Pacífico, que beneficiaban a 27.338 familias y 144.053 personas; además, a la misma fecha, estaban en proceso 84 solicitudes de titulación que cobijaban 2.304.525 has. y 26.700 familias.

14. Informe del Incora al 30/07/2003.

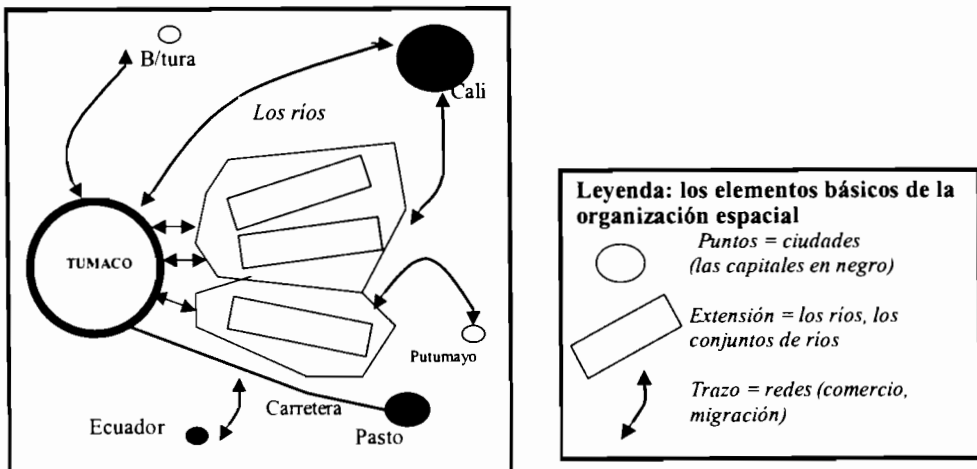
parte, desembocan en la última década en profundas transformaciones en las lógicas del “funcionamiento” regional. Entre otras, la dimensión migratoria adquiere otro matiz, con impactos evidentes en las estructuras demográficas de los lugares de expulsión y de llegada. Las tendencias demográficas en el Pacífico se acercan a los perfiles generalizados en el país, marcados entre otras características por unas tasas de masculinidad altas en el campo y una feminización de las ciudades. No salen los más jóvenes, ni los más pobres, sino que se nota un aumento de migración de sectores con mayor capital escolar. Los destinos mismos de migración se diversifican (Cf. capítulos 1 y 2). Al lado de Cali y Ecuador aparecen Nariño-interior, Putumayo, Venezuela (encuesta en el río Mejicano 1998; y Vanín, 1999). Sin embargo, es notorio que algunas de estas redes se consolidan, especialmente las que unen la región de Tumaco con Cali.

Se pueden hacer varias lecturas políticas de esta nueva configuración socioespacial (figura 4), entre ellas dos principales: una que apunta hacia la construcción de una sociedad regional, otra que enfatiza las fuerzas de fragmentación del espacio social y político. Serían como dos posibles escenarios futuros, que presentamos antes de describir, en conclusión, una situación presente más bien aterradoradora.

Figura 4: ¿el dispositivo de la integración o de la fragmentación?

Los referentes espaciales en el suroccidente del Pacífico

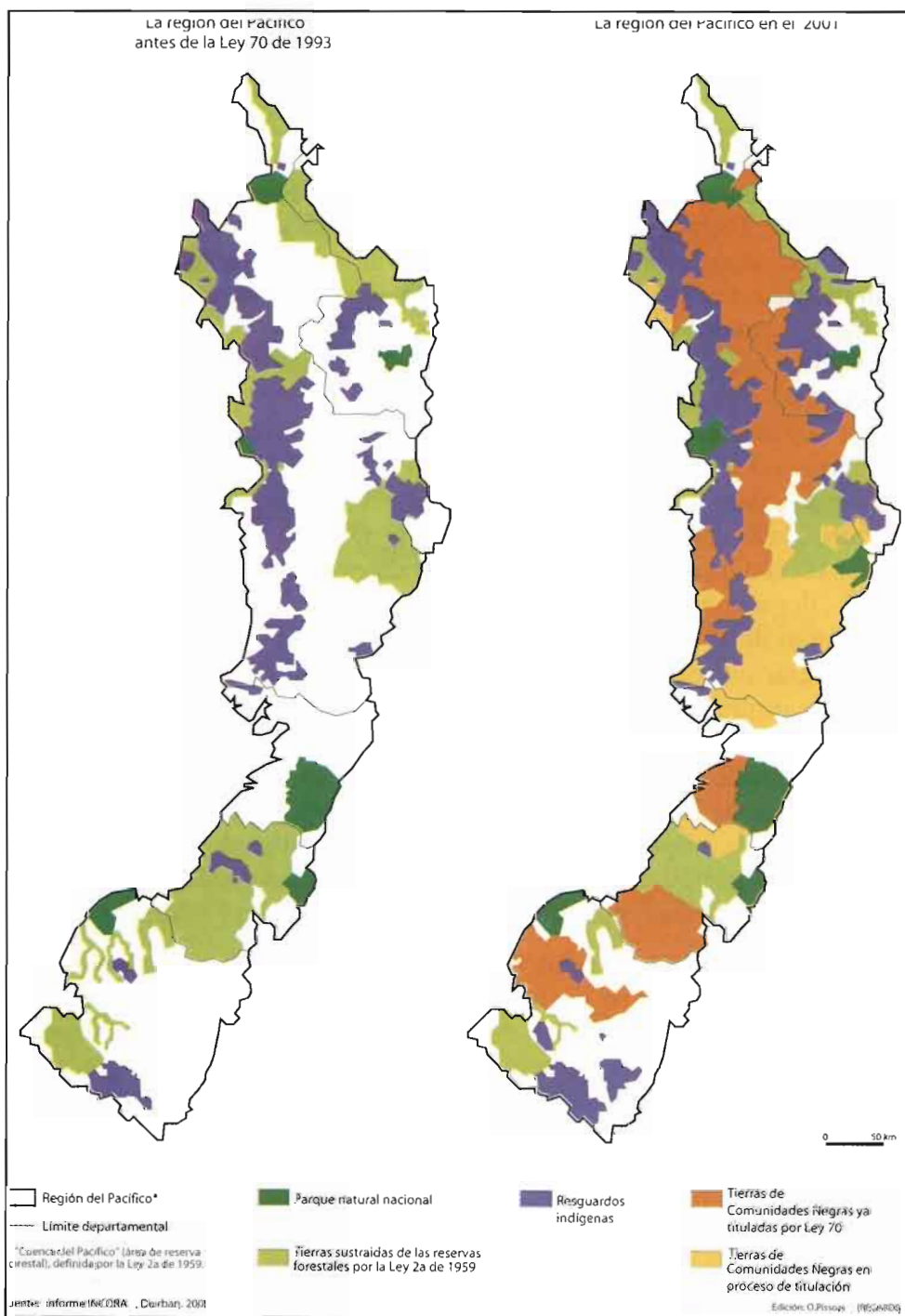
(En las tres situaciones se mantienen lazos con el exterior de la gran región, no representados en los esquemas)



3. ¿Hacia la integración?:
 - Revalorización de los ríos en cuanto territorios (consejos comunitarios) negros
 - Mayor integración con Pasto.

- Sigue el polo de Tumaco.
- Disminuye la importancia de Cali y aparecen otras redes (Putumayo)

Mapa 1: Los cambios en la tenencia de la tierra con la Ley 70



Hacia la construcción de una sociedad regional

Los últimos años propiciaron la emergencia de actores locales más potentes, diversos y numerosos. Hoy los líderes de las organizaciones étnico-territoriales, pero también los políticos, las Ong o los gremios pueden acogerse a instrumentos de legitimación nuevos y reconocidos como son la Ley 70, las medidas de descentralización o el interés renovado del gobierno central para la zona, por razones político-estratégicas. Para los pobladores negros, aunque sea de manera dispersa y fragmentada, se elaboran nuevos espacios de autonomía alrededor de los territorios colectivos titulados y de un vasto “territorio-región” de las comunidades negras en el Pacífico. Esto les permite asegurar el control de las tierras a la vez que les abre nuevas vías de inserción en los programas, gubernamentales o no, que se encargan de financiar proyectos alternativos de desarrollo en el Pacífico. El territorio se vuelve recurso en sí, sobre todo en el marco de proyectos de “desarrollo sostenible” que pretenden privilegiar las comunidades campesinas y étnicas por su papel en la conservación de los recursos naturales. Como se analizó con detalle en un consejo comunitario (Acapa, municipio de Pizarro), la titulación colectiva puede dar paso a un empoderamiento por parte de las comunidades o de algunos de sus líderes —con sus evidentes limitaciones—, llegando incluso a fomentar una nueva institucionalidad local basada en la defensa de la biodiversidad (ver capítulo 8 y Rivas, 2000). Por otro lado, cierto desarrollo económico se da alrededor de las actividades agro-industriales y del desarrollo urbano, con pasos hacia la integración con la sierra vecina y el interior del país (Pasto). La marginación geográfica de la región frente al país, eterna fuente de queja por parte de los tumaqueños, tendería a disminuir. Estos dos “pilares” de la dinámica regional —los territorios negros y el sector agro-industrial— se apoyan en recursos y discursos legitimados de afuera pero reapropiados y movilizadas por actores locales (discurso étnico y biodiversidad, por un lado, progreso económico e integración macro-regional, por otro).

La sociedad regional se podría desarrollar con base en la complementariedad entre estos dos proyectos, siempre y cuando existan canales de discusión y negociación entre ambos. En el contexto del Pacífico el término “*sociedad regional*” no es neutro ni retórico. En efecto, el vocablo “sociedad” casi no se oye cuando se habla del Pacífico, que todavía se percibe como un espacio donde viven “grupos”, “poblaciones”, “comunidades”, “veredas”, “gente”, palabras seguidas inmediatamente del adjetivo “negro” o “negra”. La concepción mayoritaria sigue viendo en el Pacífico colombiano un conjunto de entidades sociales elementales y separadas, significantes sobre todo por su pertenencia étnico-racial. De alguna forma se opone, tal y como lo hacía Tönnies ([1922] 1977) en su teoría clásica, la “sociedad” (*gesellschaft*), noble en su modernidad, a la “comunidad”

(*gemeinschaft*), reducida a ciertos territorios y registros de legitimación¹⁵. La noción de “comunidades negras” elaborada desde la Constitución de 1991 por intelectuales y militantes étnicos, reviste ciertamente otro significado, que entre otras cosas rebasa fronteras geográficas para proponer un sentido “ciudadano” de la identidad étnica. Las “comunidades negras” de hoy se reivindican como parte activa de la Nación y de la modernidad. Sin embargo, esta innovación conceptual y política no puede borrar siglos de estigmatización y reducción de toda una población organizada a su sola característica “cultural” o “racial”. Proponer acuñar el término de “sociedad regional” traduce la voluntad de desparticularizar el Pacífico, reconociéndole unas dinámicas sociales, económicas y políticas que se entienden por el contexto actual y sus antecedentes históricos, más que por una supuesta “especificidad cultural” negra. En cuanto miembros de una “sociedad regional”, como existen otras en el país (la región paísa, la región costeña, etc.), los habitantes se entienden como ciudadanos a la vez que como “comunidades negras”.

De la misma manera, el término región (más común es cierto) representa todavía un reto para los habitantes, las organizaciones y los políticos para concebir acciones que deriven en una verdadera construcción regional. No es casual que la Agenda XXI para el Pacífico (2000) haya adoptado como lema “Hacer región”, en aras de juntar iniciativas y propuestas de desarrollo para los próximos 25 años.

Los factores de fragmentación social, política y territorial

Las dinámicas actuales consolidan lógicas político-territoriales por parte de grupos que se legitiman en registros distintos, llegando en concreto a una yuxtaposición de espacios de estatutos diversos: territorios colectivos de comunidades negras, resguardos indígenas, grandes plantaciones privadas, concesiones madereras, reservas naturales, etc. Pero el espacio no es extensible y empiezan a darse situaciones de competencia territorial que adquieren matices étnicos, socioeconómicos o políticos según los casos. Cada “grupo” lucha por obtener recursos propios, amparado en un dispositivo jurídico-legal y un aparato institucional específico (Ley 70 para las comunidades negras, Ley 60 para los indígenas, leyes fundamentales de la propiedad privada para los agro-empresarios). La fragmentación territorial, étnica y política tiene entonces sustento legal, cuando los habitantes de los distintos tipos de territorios no se acogen a las mismas legislaciones.

De hecho, los conflictos entre organizaciones étnico-territoriales negras y grupos indígenas —sean familias o resguardos enteros— se multiplican a medida

15. La concepción de “comunidad” cerrada y autónoma y su evolución hacia la integración a la “sociedad”, fue desarrollada, entre otros, por Redfield (1944).

que se confirman las titulaciones de territorios colectivos (sobre todo en Chocó). En Nariño los conflictos oponen principalmente los consejos comunitarios a empresarios agroindustriales palmicultores. Estos últimos se apoyan en las políticas nacionales de desarrollo de la agricultura comercial para afianzar su presencia iniciada en los años 1950 y proseguir una expansión espectacular en los últimos dos años, en especial en la región del río Mira. Compitiendo por espacio con proyectos de territorios colectivos, promueven entre los pequeños agricultores negros un proyecto de desarrollo agrícola en asociación con ellos, prometiéndoles crédito, asesoría técnica y garantía de compra del producto. Les ofrecen además ciertas facilidades para titulaciones individuales de sus parcelas, con lo que se enfrentan brutalmente a los consejos comunitarios que gestionan la titulación colectiva sobre las mismas tierras. En efecto, en la lógica agroindustrial, la consolidación de los derechos de propiedad es condición necesaria para suscitar mayor circulación de bienes, productos y trabajadores, e integrar a los pobladores negros en su sistema de producción. Ambos “proyectos”, el empresarial y el étnico-territorial, se enfrentan en condiciones de enorme desigualdad de recursos económicos y políticos. El primero goza de capital propio y apoyo nacional indefectible, mientras el segundo difícilmente logra reunir esfuerzos y voluntades para construir un proyecto alternativo.

Hace un poco más de cuatro años (Agier et Hoffmann, 1999), podíamos presentar así las tendencias opuestas de un dispositivo socio-espacial muy original, y discutir sobre sus posibles desarrollos. En aquel momento nos preguntábamos: ¿cuánto tiempo puede durar esta situación “esquizofrénica”, donde cohabitan en un mismo espacio actores anclados en lógicas de poder y de expansión territorial, bien armados aunque sea con armas de distintos tipos (económica, política, militar)? Todo parece indicar que ya tenemos respuesta y que la historia regional se fue por el camino del enfrentamiento y la violencia, como veremos a continuación.

Conclusión: el devenir ya es pasado, una región hacia la anomia

En los dos o tres años la situación se ha vuelto preocupante. Los cultivos de coca se extienden en los campos. El control de las tierras bajas productoras de coca, de una parte y la constitución de un corredor entre la zona de despeje de las Farc y el océano Pacífico, de otra¹⁶, han llevado las guerrillas a acentuar su presión sobre el Pacífico. Al mismo tiempo, las fuerzas paramilitares, presentes

16. En una entrevista con un periodista en mayo 1999, Manuel Marulanda (“Tirofijo”) planteaba claramente las aspiraciones de las Farc en controlar una vía al mar de la zona sur del país.

desde hace algunos años en la zona de Tumaco¹⁷, buscan oponerse a estas tentativas y amenazan a todos los “activistas” de la sociedad civil, incluyendo en éstos a los militantes étnicos, sus asesores de Ong o de la Iglesia Católica, los sindicalistas, etc. El ejército abandonó en los años recientes sus bases de Caunapí y de Candelilla de la Mar —esta última pronto recuperada por paramilitares—, pero refuerza su presencia en la ciudad de Tumaco con la creación reciente de una unidad naval que tendría a su cargo el control de la zona de frontera internacional¹⁸. Finalmente, denuncias reiteradas conciernen a los grandes agentes económicos que, sintiéndose amenazados por la situación de crisis, pagan actores armados por su protección a la vez que aprovechan la situación para ampliar sus capitales. En particular, la palmicultura busca expandirse, como lo acabamos de ver, compitiendo por el espacio con los futuros territorios colectivos de los consejos comunitarios negros.

Asumiendo el riesgo de alimentar el “pensamiento apocalíptico”, queremos precisar que esta interpretación reposa en hechos comprobados. Asesinatos selectivos, desplazamientos colectivos, amenazas a líderes que buscan refugio en las capitales y hasta masacres son denunciados por Ong serias (Amnistía Internacional) como por la Iglesia: en Llorente-Tumaco en febrero de 2001, en el Alto Naya en abril del mismo año (acciones “compartidas” entre fuerzas guerrilleras y paramilitares), en Imbilí-Mira también en 2001... El 19 de septiembre de 2001 fue asesinada Yolanda Cerón, quien era pilar del trabajo de la pastoral católica con las comunidades negras en Nariño.

La región parece seguir un proceso de “aborto regional”, de dislocación social, política y territorial. Las personas y grupos involucrados en los movimientos sociales no pueden competir con los recursos que se ofrecen por parte de los agentes legales (los palmicultores) o ilegales (la coca y los paramilitares). En situaciones económicas de extrema precariedad, las poblaciones tanto rurales como urbanas pueden vislumbrar estas alternativas como una solución a corto plazo a sus dificultades del momento y se alejan de cualquier movilización que les exija tiempo y recursos, sin ofrecer garantía de éxito. Por su parte, las dinámicas políticas “tradicionales” (político-electoralmente esencialmente) parecen volver a sus cauces antiguos marcados por el clientelismo. Después de un “intermedio” cívico en el que se eligió un alcalde nativo y cercano al sector popular de Tumaco (Newton Valencia, 1997-2000), el debate político local se reduce de

17. Los paramilitares anunciaron su llegada a Tumaco “para el 10 de enero de 1999” (vox populi) y empezaron acciones de “limpieza social” contra delincuentes el año siguiente.

18. Muchos son los que denuncian incursiones del ejército en el tráfico de coca en la zona y sus lazos con los paramilitares.

nuevo a un enfrentamiento entre las tres facciones del liberalismo que se comparten el poder local desde hace décadas (cf. Hoffmann, 1999a).

El manejo complejo del espacio por parte de los distintos actores locales y regionales nos lleva a plantear la categoría de “capital espacial”, siguiendo a Levy (1994): un capital multivalor (*polyvalent*), que como cualquier capital es “cambiable”, es decir, susceptible de generar intereses “realizables” bajo otras modalidades, principalmente políticas y económicas, pero también en capital social o capital cultural (Levy, op.cit). En el contexto nacional colombiano esta categoría analítica es de evidente pertinencia para entender las actuaciones de los grupos guerrilleros y paramilitares; tanto en el marco de las negociaciones de paz como en el de la guerra, el control territorial es decisivo para adquirir poder. En el Pacífico se vuelve asimismo una noción que ayuda a entender los procesos contradictorios que se tejen alrededor de las reivindicaciones étnicas. Los territorios colectivos representan a menudo, para las poblaciones rurales negras que ya lograron la titulación, su único capital reconocido por las agencias gubernamentales. Se volvieron así un recurso para acceder al mundo de las instituciones, pero al mismo tiempo son también un escenario de competencia con los vecinos. El “*espacio étnico*” es ahora codiciado y peleado en cuanto tal, mientras el mismo espacio geográfico se ha vuelto objeto de inversiones financieras cuantiosas por parte de actores foráneos a la región. El control y la apropiación del espacio es objeto de negociación y competición, arreglos, y acciones llevadas por actores que disponen de medios desproporcionados entre sí y tienen objetivos variados (movimientos sociales, pero también acciones individuales, sociedad civil, partidos, etc).

Los procesos de transformación socio-espacial que hemos descrito y los esquemas que presentamos para cada configuración, demuestran una vez más que el espacio geográfico no determina nunca, de por sí, dinámicas sociales o políticas particulares, pero que éstas tampoco se pueden librar de la dimensión espacial. Los ejemplos citados mostraron cómo un territorio marginado y aislado se vuelve estratégico en el marco del conflicto armado, cuando otro decae por culpa de una iniciativa individual que le quitó todos sus recursos (por ejemplo, el canal Naranjo). Algunas políticas conciernen tierras y espacios concretos (los ríos) mientras otras se fundan en criterios étnicos, pero todas tienen consecuencias sobre la organización regional. La morfología del espacio regional cambia según las funciones que asumen sus distintas partes para los distintos actores, en un contexto histórico dado.

Las dinámicas socio-espaciales se asocian a cambios de otro orden, sea económico, cultural o político. En estas interacciones el análisis evidenció procesos de retroalimentación entre los niveles del centro y de las periferias, de lo local y de

lo global (ver también el capítulo 7). Las transformaciones político-étnicas, por ejemplo, suponen *procesos creativos* por parte de los actores individuales y colectivos que intervienen en ellas, como pueden ser procesos de recuperación e invención de la tradición para algunos o de elaboración de nuevos esquemas de participación ciudadana para otros. En ambos casos exige de los actores, campesinos de base o dirigentes de organización étnico-territorial, una cierta capacidad para jugar con los distintos niveles y registros de legitimación.

Por otra parte, los actores intervienen con capitales sociales, políticos, económicos y culturales variados y sumamente desiguales. La negociación entre los actores locales, entre ellos y el Estado o los actores regionales, es en sí una innovación que requiere de un aprendizaje, a veces brusco e incluso violento. En este proceso de aprendizaje aparece una nueva categoría “sociopolítica”: la de los *mediadores* (“brokers” en inglés o “courtiers” en francés), compuesta por asesores, dirigentes, militantes de Ong o expertos locales. Son personas capaces de manejar lenguajes distintos y de elaborar “traducciones” entre mundos distintos (por ejemplo, el campesino y el administrativo, o el empresarial y el político) y sobre todo son gente que “saben” de los dos mundos, porque, de alguna manera, pertenecen a ambos. En momentos de fuerte recomposición como es el caso en Colombia, se vuelven rápidamente actores que aspiran a reestructurar los escenarios políticos y las maneras de intervenir en ellos. En el Pacífico, son ellos los que difunden los discursos “universales” (etnicidad, derechos humanos, medioambiente, biodiversidad) hacia el campo, a la vez que controlan los recursos monetarios que están asociados a través de la elaboración de múltiples “proyectos” que hoy estructuran la vida asociativa en el Pacífico como en otras regiones del país y del planeta.

La “modernización” (escolarización, comunicación, entrada de capital) y la “modernidad” (la individuación vía etnicización, ecologización de los discursos) implican nuevos modelos de sociabilidad en los que “la ciudad” juega un papel preponderante. La urbanización de las poblaciones del Pacífico es un hecho que ya no se puede menospreciar, tanto en las regiones (Buenaventura, Quibdó, Guapi, Tumaco) como en las principales ciudades del país, por efecto de las migraciones. Cali, destino principal de los migrantes del Pacífico sur, adquiere una posición central en el dispositivo socio-migratorio de nivel macrorregional y aún nacional (capítulos 1, 2, 3 y 6). Estos cambios vuelven más complejas las construcciones de identidades, que se han elaborado principalmente hasta hoy y para las comunidades negras, desde lo rural y lo territorial, pero que ahora atañen a toda la población afrocolombiana (capítulos 6, 7, 8, 9 y 10).

ESPACIOS Y REGIÓN EN EL PACÍFICO SUR



Foto No. 1: Vista panorámica del barrio La Isla de Tumaco (M. González, Tumaco, 1999)



Foto No. 2: **Mujer trabajando en la recolección de palma africana** (M. González, Tumaco, 1999)



Foto No. 3: **Hombre trabajando en el procesamiento de palma africana** (M. González, Tumaco, 1999)

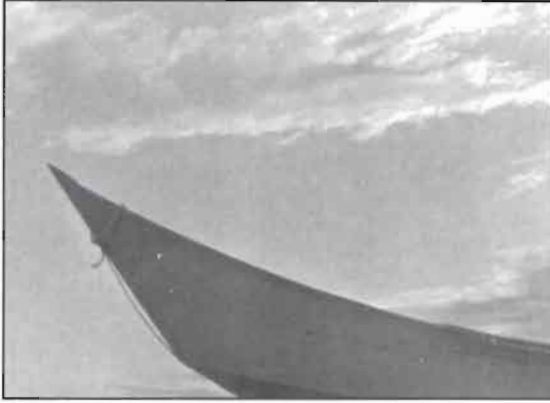


Foto No. 4: Proa de lancha, Río Mejicano, ensenada de Tumaco (M. González, Tumaco, 1999)



Foto No. 5: El carnaval de Tumaco (M. González, Tumaco, 1999)

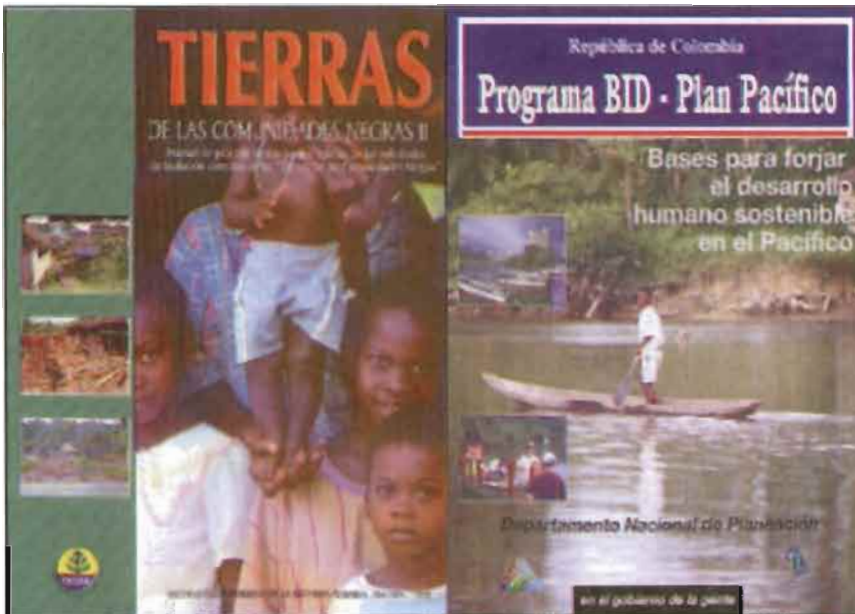


Ilustración No. 1: Publicaciones del Departamento Nacional de Planeación y del Incora (documentación C.E. Agudelo, 2002)

***Segunda parte:
La construcción de identidades
“étnico-raciales”***

ESENCIALISMO ÉTNICO Y MOVILIZACIÓN POLÍTICA: TENSIONES EN LAS RELACIONES ENTRE SABER Y PODER*

Eduardo RESTREPO**

Dos tendencias, a primera vista contradictorias e irreconciliables, sobre cómo entender la etnicidad parecen haberse consolidado en las últimas décadas en el mundo en general (Dirks, Eley y Ortner 1994: 23-24; Wade 1999: 267). De un lado, particularmente en las academias del “Norte”, han devenido dominantes disímiles enfoques que confluyen en argumentar la etnicidad como una contingente construcción histórica. De otro lado, a veces asociada a los movimientos sociales y organizaciones étnicas en el “Sur”, la etnicidad es esgrimida como una característica esencial que diferencia a determinadas poblaciones y que, en consecuencia, perfila y legitima su específica intervención política en las esferas locales, nacionales y transnacionales en aras de demandar una serie de derechos económicos y culturales derivados de su condición étnica.

Desde la perspectiva de los movimientos y organizaciones étnicas, algunos activistas y académicos se han preguntado si no es cuando menos sospechoso (por no decir, abiertamente reaccionario) que precisamente ahora que los grupos subalternizados se organizan en torno a aspectos como la etnicidad, ciertos académicos desde sus “torres de marfil” aparecen conceptualizándola como una contingente construcción que constituye un “capital político” instrumentalizado para posicionar ciertos sectores e intereses. Más aún, ¿acaso indicar la historicidad, incompletud, multiplicidad e inconsistencias de las narrativas y prácticas de la etnicidad e identidad étnica no es precisamente una forma de socavar y desempoderar¹ los movimientos sociales y organizaciones étnicas? Por su parte, desde

* Agradezco a Olivier Barbary, Odile Hoffmann, Pedro Quintín y Fernando Urrea por sus rigurosos comentarios a los borradores de este texto. Sus comentarios me indicaron debilidades argumentativas y de redacción haciendo de este artículo una versión más sólida en comparación con los primeros borradores. Obviamente, los problemas que aún se conservan son de mi entera responsabilidad.

** Departamento de Antropología, Universidad de Carolina del Norte. E-mail: restrepo@email.unc.edu.

1. En el texto he decidido recurrir a neologismos, anglicismos y galicismos en ciertos conceptos claves. Nociones como gubernamentalidad, empoderamiento o agentividad son algunos ejemplos,

ciertas perspectivas académicas, algunos se han preguntado por la “correspondencia” entre las narrativas de la etnicidad esgrimida por las organizaciones y la “realidad social” de las poblaciones a las que esas narrativas se refieren. ¿Cómo explicar la aparición de estas narrativas y de sus inconsistencias con respecto a dicha “realidad social”? En resumen, si desde una perspectiva se cuestiona la “verdad” de ciertos académicos en nombre de los efectos socavantes de sus análisis en los movimientos y organizaciones étnicas, desde la otra se cuestiona la “verdad” de determinadas narrativas étnicas esgrimidas por los movimientos y organizaciones en nombre de su consistencia con la “realidad social” de las poblaciones.

Este artículo examina críticamente dichas posiciones. Por un lado, argumento que cuestionar las posiciones esencialistas de la etnicidad no significa *necesariamente* el desempoderamiento del movimiento y organizaciones étnicas. En este sentido, como ha sido planteado para la teoría feminista (Butler 1990, 1995) o para las de clase (Laclau y Mouffe —[1985] 2001—; Laclau, 1985), se hace relevante un encuadre de las políticas de la etnicidad sin recurrir a un sujeto étnico ontológicamente fundado y preconstituido garante de una comunidad trascendental. Del otro lado, esgrimo que, a pesar de sus diferencias, tanto académicos como activistas tienden a suponer las relaciones entre “conocimiento experto”² y política desde una exterioridad instrumental; la cual imposibilita teorizar los densos entramados co-constitutivos del conocimiento experto y los ejercicios de poder.

Aunque mi discusión es principalmente teórica, hago reiterativas referencias a la etnicidad de comunidad negra en Colombia para ilustrar mis argumentos. No obstante, este artículo no pretende exponer explícita ni exhaustivamente las diferentes posiciones que académicos y activistas han asumido en torno a la etnicidad de comunidad negra en Colombia. Dada la proliferación de posibles definiciones, en la primera sección se clarifica el sentido de constructivismo para los estudios de la etnicidad. Así se presenta una conceptualización más precisa sobre cómo identificar un enfoque esencialista puesto que la especificidad de los

que han sido utilizados también por otros autores para mantener ciertas connotaciones que no permiten las palabras del “correcto” castellano.

2. Entiendo por “conocimiento experto” aquel conjunto de enunciados producidos desde la autoridad de la academia sobre la descripción, prescripción, explicación o interpretación del mundo; ya sea “tal cual es” (en el sentido supuesto por las diferentes tradiciones epistemológicas realistas y positivistas) o “como constituido” mediante la “experiencia” (fenomenología), de los juegos de lenguaje (filosofía analítica), de la historia (gnoseología marxista), o de lo discursivo (post-estructuralismo). Aunque es erróneo darle un estatuto epistemológico privilegiado sobre otras modalidades de conocimiento, sí es importante reconocer su lugar crucial en las tecnologías políticas de normalización, individuación y creciente gubernamentalización de la vida de los seres humanos (Foucault, 1992, 1990).

andamiajes constructivistas se encuentran en la problematización de dichos enfoques. En el segundo aparte se examinan cómo el conocimiento producido por los académicos es considerado, desde la perspectiva de los activistas y académicos, socavante o empoderador de los grupos subalternizados y de sus organizaciones en las disputas de las políticas de la etnicidad. Estas concepciones de las relaciones entre conocimiento experto y política suponen una exterioridad instrumental, que se cuestiona en el siguiente aparte, recurriendo a las discusiones adelantadas por teóricos de los estudios subalternos para terminar con unas anotaciones sobre los anudamientos más profundos indicados por el trabajo de Michel Foucault. En las conclusiones se retoma el planteamiento de la pertinencia conceptual y política, en lo que concierne a la etnicidad de la comunidad negra en Colombia, de desatar lo que, siguiendo a Butler (1990), puede ser denominado un “silogismo político de la etnicidad” desprendido de un sujeto étnico predeterminado.

1. El constructivismo en los estudios de la etnicidad

Durante la década del ochenta y primera mitad de los años noventa, asociadas con las contribuciones de Said (1978) sobre orientalismo como régimen de verdad, de Anderson ([1983] 1991) sobre la nación como comunidad imaginada y de Hobsbawm (1983), sobre la invención de tradición, las discusiones teóricas sobre la etnicidad se enfocaron en argumentar posiciones abiertamente anti-esencialistas (Briones, 1998; Mato, 1996). Por ello, en ciertas locaciones académicas como la antropología estadounidense o los estudios culturales anglosajones, es ya un lugar común argumentar que la etnicidad/etnia (o lo racial/raza), antes que una esencia compartida o la expresión de características primordiales de un grupo determinado, es histórica y culturalmente producida en relaciones de poder específicas (Alonso, 1994; Norval, 1996: 59). Sin embargo, estas discusiones anti-esencialistas sobre la etnicidad pueden fácilmente remontarse una década atrás. Para Vermeulen y Govers (1997), por ejemplo, estos debates sobre la etnicidad pueden organizarse a partir de dos rupturas. La primera ruptura estaría asociada principalmente al nombre de Fedrik Barth (1969), quien cuestiona los enfoques “primordialistas”. Al contrario de los enfoques que analizaban la etnicidad como la primordial expresión de los aspectos culturales compartidos de una sociedad o grupo determinado producidos en su aislamiento, Barth argumentaba que la etnicidad y la identidad étnica debían ser entendidas más como el resultado de las relaciones e interacciones entre diferentes grupos. Como “formalismo” (Briones, 1998), “situacionalismo” (Vermeulen y Grovers, 1997) o “transaccionismo” (Yeros, 1999) ha sido identificado el trabajo de Barth. To-

dos, sin embargo, reconocen su seminal contribución a la crítica de las posiciones primordialistas que hasta entonces imperaban en la teoría social de la etnicidad.

En mucho alimentado por la contribución de Barth, se puede identificar otra tendencia que se viene consolidando desde los setenta que puede ser denominada como “instrumentalismo”. Por instrumentalismo se pueden entender aquellos disímiles enfoques que conceptualizan la etnicidad como la expresión de una estrategia, como una suerte de “recurso” o “capital simbólico” instrumentalizado en el posicionamiento de unos sectores en relación con otros. Definido de esta manera, en el instrumentalismo cabrían posiciones teóricas tan disímiles como ciertos enfoques del funcionalismo (i.e. Cohen, [1969] 1996), de la teoría de la acción racional (i.e. Banton, 1983) o del marxismo (i.e. Balibar y Wallerstein, [1988] 1991), por mencionar sólo tres de ellas bien diversas. El instrumentalismo continúa signando muchos análisis de la etnicidad. En su más burda acepción, la etnicidad es entendida como manipulación de un grupo (generalmente una reducida elite) sobre otros para lograr específicos beneficios. Por lo tanto, las narrativas de la etnicidad y la identidad étnica no son otra cosa que enmascaramiento o falsa conciencia de dinámicas y relaciones sociales primarias de las cuales emana.

La segunda ruptura señalada por Velmeulen y Grovers (1997:2) estaría constituida por el “giro constructivista”. Para estos autores dicho giro no se definiría por una escuela o un movimiento, sino que indicaría un cambio de énfasis en la teoría de la organización social, hacia el análisis de la construcción social de las identidades étnicas así como de los significados, discursos e ideologías de la etnicidad. De acuerdo con Yeros (1999) y Comaroff (1996), sin embargo, la especificidad del constructivismo radicaría más en su problematización del esencialismo. Mientras que el “instrumentalismo” puede ser o no de corte esencialista, lo que define el constructivismo es precisamente el cuestionamiento al esencialismo.

Aunque generalmente imbricadas, existen dos grandes formas de entender el esencialismo y, en consecuencia, de definir la especificidad de un enfoque constructivista. De un lado, estaría una que superpone esencialismo con posiciones ontológicas y, del otro, la que lo identifica con posiciones reduccionistas. Desde una perspectiva ontológica, la etnicidad sería inmanente a la condición humana, ya sea como manifestación en grupos determinados de su “ser” biológico (como lo argumentan los enfoques socio biológicos de autores como Van der Berghe) o de su “ser” cultural (como lo sostienen corrientes como la escuela Soviética o los análisis primordialistas en los cuales Clifford Geertz ocupa un lugar destacado). Un ser-esencial-compartido condicionante de una serie de rasgos característicos —somáticos, culturales, lingüísticos e históricos—, consti-

tuiría la etnicidad y la conciencia de la identidad étnica. Es importante indicar que esta forma de entender la etnicidad *no* es incompatible con los análisis históricos cuando, desde supuestos propios del “presentismo” o “finalismo” histórico³, asumen ese ser-esencial-compartido como el profundo demiurgo del particular desenvolvimiento histórico de una población hacia su realización en la conciencia de su etnicidad. De otro lado, como esencialismo, siguiendo a Stuart Hall (1996a) y Lawrence Grossberg (1997), se pueden identificar aquellas orientaciones teóricas que suponen una *necesaria correspondencia* entre dos o más aspectos o planos de la vida social. Esto es suponer, por ejemplo, que una determinada locación económica o social (como la clase) se corresponde necesariamente con un orden de representaciones (conciencia de clase o identidad de clase). Si existiese un vínculo necesario entre dos aspectos o planos del orden social, desde uno de ellos se puede deducir lógicamente o históricamente el otro. Definido de esta manera, el esencialismo supondría una implicación definicional entre las diferentes posiciones del agente. Para las conceptualizaciones de la etnicidad, las posiciones reduccionistas son aquéllas que argumentan que las diferencias en las prácticas culturales son expresiones de una especificidad del grupo social que las antecede y son garantes de la identidad étnica.

Una posición constructivista cuestionaría estas dos formas esencialistas de entender la etnicidad. Antes que suponer un ser-esencial-compartido, una lectura constructivista historiza, eventualiza y desnaturaliza este supuesto a través del análisis, no sólo de las narrativas y prácticas de la etnicidad esgrimidas por quienes se representan como miembros del “grupo étnico”, sino también las de los académicos, funcionarios estatales, de Ong, etc., como mediadores en la consolidación/disputa de las mismas. Renunciando a un irreductible y primario “ser” biológico o cultural como “explicación” de la existencia de los grupos e identidades étnicas, el constructivismo se pregunta por los específicos y localizados procesos discursivos y no discursivos de la producción de la diferencia étnica. La diferencia étnica no aparece como un fenómeno natural inmanente a la condición (biológica o cultural) humana, sino históricamente localizado y que ha sido producido por un arduo proceso de mediaciones y confrontaciones en el

3. Como “presentismo histórico” se entienden aquellos estudios que de forma anacrónica proyectan en el “pasado” categorías de análisis específicas de las condiciones históricas y sociales del presente que no son pertinentes para entender relaciones o prácticas del pasado. Por ejemplo, nociones como “raza” o “etnia” se las deshistoriza y deseventualiza, considerándolas inmanentes a la condición humana usando dichas nociones por fuera de los contextos históricos del sistema moderno/colonial en el cual emergen (c.f. Quijano, 2000). Como “finalismo histórico” se conciben las modalidades de análisis histórico que suponen una teleología focal. Esto es, el historiador asume que lo sucedido en tiempos y sociedades pasadas puede ser leído como el embrionario desenvolvimiento de una institución, relación, práctica o representación que solo en el presente ha podido aparecer claramente.

espacio social. Así, la etnicidad o etnia en singular no existen. Lo que han existido son etnicidades en plural, con puntos de emergencia, sentidos, dispersiones y trayectorias específicas, siendo las etnias un efecto de superficie de las mismas. Igualmente, una posición constructivista sería anti-esencialista en el sentido que cuestiona la *necesaria* correspondencia entre aspectos o planos de la vida social. Así, por ejemplo, como lo argumentan Laclau y Mouffe (op. cit.), no existe una necesaria ni directa correspondencia entre las posiciones de clase ocupadas, las identidades sociales y las articulaciones políticas. Las relaciones establecidas entre dos o más aspectos o planos de lo social son el resultado de específicas articulaciones que no emanan directamente de un trascendental sujeto soberano o de una esencia determinada, sino que son contingentes e históricamente producidas y localizadas. Por lo que Hall plantea: “La gente no está irrevocable e indeleblemente inscrita con ideas que ellos *deberían* pensar; la política que ellos *deberían* tener no está impresa ya, como si existieran, en sus genes sociales” (1985:96; énfasis en el original). Esta perspectiva no-esencialista de las posiciones constructivistas de la etnicidad lleva a preguntarse por las modalidades e historicidades, desde las cuales específicas etnicidades han sido configuradas posibilitando ciertas articulaciones entre aspectos y planos de la vida social y política en un momento determinado.

El constructivismo, entendido en este doble sentido, contempla en su seno múltiples y, acaso aún, contradictorios enfoques. Así, por ejemplo, como constructivistas pueden ser referidos análisis tan diversos como los de Stuart Hall ([1989] 1996c, [1986] 1996d, [1992] 1996e) y Paul Gilroy (2000) desde los estudios culturales; el de John Comaroff (1996) desde la etnografía histórica marxista; los de Homi Bhabha (1994), Deborah Poole (1997) y Ann Stoler (1995) desde los estudios post-coloniales; o el de Banks (1996) desde el análisis de discurso⁴.

2. Perturbando esencialismos étnicos: ¿la postmoderna prosa de la contrainsurgencia?

Desde los activistas han sido indicadas las preocupaciones con respecto a la relación entre conocimiento experto y sus efectos en los movimientos y organizaciones étnicas. Como se ha dicho en la introducción de este artículo, dichas críticas no son circunscritas a los enfoques constructivistas de la etnicidad. Sin embargo, en él me centraré sobre aquellas preocupaciones asociadas a los efec-

4. Para una diferenciación detallada de las diferentes tendencias dentro del constructivismo en los estudios de la etnicidad, véase Restrepo (2002).

tos de las posiciones constructivistas en el movimiento étnico de comunidad negra en Colombia. Una anécdota ayudaría a introducir este punto. En noviembre de 1998, cuando pasaba rumbo al Pacífico nariñense, visité la sede del Proceso de Comunidades Negras en Buenaventura. Aunque nos conocíamos de años atrás con muchos de los activistas del Pcn, esta visita fue particularmente tensa. Los compañeros se mostraban preocupados con las investigaciones sobre su movimiento debido a las implicaciones políticas de las mismas. En particular, habían tenido recientemente la experiencia de que el director del Instituto de Investigaciones del Pacífico (Iiap) había llegado a una reunión cuestionando la representatividad de unas organizaciones usando como soporte un artículo publicado en una revista de estudios políticos de Bogotá. En aquel momento, este hecho constituía el detonante de las relaciones entre investigación/política y académicos/activistas. El cómo y el para qué de la investigación, no sólo en aspectos sociales sino también biológicos, ha estado siempre en la agenda de las organizaciones, siendo un objeto de discusión y, en algunos casos, de roce o abierta confrontación con instituciones o investigadores. En múltiples ocasiones, estas preguntas han sido esgrimidas porque la investigación se asocia a una modalidad de saqueo y explotación basada en relaciones verticales y de dominación, sobre la cual las poblaciones locales y sus organizaciones no encuentran un beneficio concreto. Pero lo que en esta ocasión se colocaba sobre la mesa eran los efectos políticos de la investigación en el socavamiento del movimiento y organizaciones étnicas. Dos fueron los puntos resaltados por los activistas al respecto. Uno era el de la adecuación misma de las interpretaciones de los investigadores con respecto a la realidad social y política que dicen describir. Esto es, si alguien “desde afuera” y “desde arriba” podía adecuadamente interpretar las situaciones y experiencias de las comunidades negras. El segundo era la pertinencia de plantearse cierto tipo de preguntas de investigación en determinados momentos que visibilizaban y enfatizaban sus debilidades y contradicciones, mas no sus fortalezas y coherencias. En el fondo, a los ojos de los activistas, lo que estaba en juego era el compromiso de los académicos con el proyecto político encarnado en las organizaciones que ellos representaban.

Ahora bien, no todos los académicos pueden ser criticados por su falta de compromiso con el proyecto político encarnado en las organizaciones étnicas de comunidad negra. Por el contrario, es en nombre de este proyecto como algunos académicos han llamado la atención sobre los efectos políticos de desempoderamiento de los movimientos y organizaciones étnicos desprendidos del análisis constructivista de la etnicidad. Así, en una reciente tesis doctoral en geografía en la Universidad de Glasgow, Ulrich Oslender señala los riesgos que pueden acarrear las posiciones que “deconstruyen” la etnicidad de comunidad negra en Colombia ya que se pueden “[...] socavar el trabajo y la efectividad de ciertos

grupos subordinados que se han movilizado en torno a una particular categoría construida [...]” (2001: 92). Aunque con otro tipo de preguntas y anclajes conceptuales, autores como Nina de Friedemann (1997) y Jaime Arocha (1999) han confluído en indicar los riesgos políticos de ciertos análisis académicos de corte constructivista que cuestionarían la etnicidad de comunidad negra.

Parece que, en general, las preocupaciones sobre las posiciones constructivistas de la etnicidad apuntarían a problematizar su “veracidad” o su pertinencia política. El cuestionamiento de la “veracidad” de las lecturas constructivistas (o, a veces, despectivamente denominadas “postmodernistas”) es entendida como su no correspondencia con “lo real”. Un ejemplo puede ilustrar este punto. En el caso de la etnicidad de comunidad negra en Colombia, un enfoque constructivista esgrime la tesis que esta etnicidad emerge a mediados de los ochenta en el medio Atrato asociada a las experiencias que constituyen la primera organización étnico-territorial (Asociación Campesina Integral del Atrato, Acia)⁵. Ante esta tesis, la crítica que problematiza su “veracidad” puede recurrir a datos históricos para argumentar que la comunidad negra ha manifestado sociológica y políticamente una etnicidad desde muchísimo antes que lo sucedido en la década de los ochenta en el medio Atrato⁶. Como puede deducirse, en mucho estas discusiones que desargumentan la “verdad” de los enfoques constructivistas con base en “datos” que expresan una “realidad social” se deben a las conceptualizaciones radicalmente diferentes, cuando no inconmensurables, de cómo se entiende precisamente etnicidad, grupo étnico e identidad étnica, entre otros.

El cuestionamiento de la pertinencia política de las posiciones constructivistas, por otro lado, radicaría en que el “desvelamiento” de la historicidad de aspectos sobre los que se edifican las narrativas o prácticas de los movimientos u organizaciones étnicas reforzaría las relaciones de dominación y hegemonía que estos últimos pretenden transformar. Para volver al ejemplo de comunidad negra, esta crítica indicaría que, aunque sea “acertada” una tesis como la que la etnicidad es una construcción que puede ser rastreada en su emergencia, despliegues y dispersión, esta tesis tendría efectos políticos contraproducentes para el movimiento de comunidad negra. De una parte cuestionaría a los ojos de los activistas y de la gente la legitimidad de su proyecto político y, de la otra, ante los funciona-

5. Para un análisis más detallado al respecto véase Khittel (2001), Pardo (2002), Villa (2001), Wade (2002b) y Wouters (2001).

6. Véase, por ejemplo, Maya (1998). Aunque no directamente cuestionando el constructivismo, autores como Hoffmann (2000: 100) presentan una lectura que combina el instrumentalismo con el situacionalismo de Barth para argumentar la existencia de una “proto-comunidad negra” de experiencia histórica y sentimiento de pertenencia debido a la discriminación racial y de exclusión. Esta “proto-comunidad” precede y es condición de la más reciente aparición discursiva de la etnicidad de comunidades negras.

rios del Estado, tesis como ésta constituiría el insumo indispensable para apocar y, acaso, erradicar los logros alcanzados en términos de derechos de la comunidad negra como grupo étnico (Oslender, 2001). En síntesis, las preocupaciones esgrimidas por algunos académicos, sobre los enfoques constructivistas, radicaría en que la “no-veracidad” de los planteamientos que deconstruyen la etnicidad sería un error metodológico o lógico, mientras que su “pertinencia política” sería un desatino ético, cuando no la expresión de una posición neo-conservadora o reaccionaria. Obviamente, quienes cuestionan la veracidad o pertinencia política de los enfoques constructivistas de la etnicidad se imaginan a sí mismos en una posición epistémica y ética privilegiada descrita en ocasiones como “progresista”, “crítica”, “comprometida” o “no positivista”.

A pesar de sus diferencias, tanto aquellos activistas como estos académicos confluyen en considerar que el conocimiento experto (o, más específicamente, los efectos políticos del conocimiento experto) puede ser crucial para el socavamiento o empoderamiento de determinadas posiciones y sectores en una densa filigrana de relaciones de dominación y resistencia. Por lo cual, no deberían ser ajenos al investigador las eventuales implicaciones políticas de su trabajo al reproducir o confrontar unas relaciones de poder determinadas. Ambos, además, consideran como particularmente socavantes o hasta paralizantes las interpretaciones que problematicen aquellas narrativas y prácticas de los movimientos y organizaciones étnicas que constituyen las condiciones mismas de su legitimidad y existencia. Por último, ambos parecen suponer que la autoridad-verdad de las narrativas y prácticas de las organizaciones étnicas radicaría en el origen mismo de los activistas como miembros de la comunidad negra y, sobre todo, en la legitimidad de su proyecto de transformar las condiciones de explotación, dominación e injusticia a las cuales ha sido sometida.

Ante las demandas de aquellos activistas por una investigación comprometida y de estos académicos por la producción de conocimiento en función del empoderamiento de los grupos subalternizados, desde la perspectiva de otros académicos no falta quien argumente que el “conocimiento científico” no es subordinable a los proyectos e intereses políticos de grupos específicos y que si bien la neutralidad y objetividad nunca son alcanzables, constituyen los horizontes metodológicos y éticos que guían la “recolección” de los “datos” sobre los cuales se basan las descripciones e interpretaciones de la “realidad social”. Sin embargo, dada la dinámica organizativa de la comunidad negra y las características de la academia en Colombia⁷ este argumento no es públicamente esgrimi-

7. Una academia en donde, como en gran parte de América Latina, no se favorecen las posiciones abiertamente positivistas debido al bagaje histórico-conceptual de las discusiones desde los setenta sobre la ética, la política y la función de los académicos.

do, aunque de hecho es asumido o al menos atribuido a ciertos investigadores, proyectos, programas o instituciones.

3. Las “políticas de la verdad”: ¿una contrainsurgente prosa de la insurgencia?

En relación con el compromiso o empoderamiento de los grupos subalternizados he descrito dos posiciones extremas. En la práctica, sin embargo, el grueso de las posiciones tomadas por los académicos y las representaciones que se hacen de sí mismos, así como las que de ellos se hacen, los activistas pertenecen a una más matizada y no pocas veces contradictoria, amalgama de estas dos posiciones extremas. En aras de la exposición, mantendré este contraste extremo para demostrar que incluso si existiera tal dicotomía para ambas el conocimiento experto y lo político se imaginan en una relación de exterioridad.

Como vimos, desde un extremo la “verdad” es ocultada o revelada por un sujeto del conocimiento que en el juego del encubrir o develar produce efectos políticos específicos al empoderar o socavar el movimiento o las organizaciones étnicas. Desde el otro extremo, la “verdad” debe ser descubierta y enunciada por quienes cuentan con los “apropiados” instrumentos conceptuales y metodológicos. Por “verdad” de una descripción, explicación o prescripción entienden ambos la correspondencia de la misma con el “mundo tal cual es”. Así, el empoderamiento o socavamiento de dichos movimientos y organizaciones es entendido como la directa consecuencia de develar u ocultar una correspondencia o no entre el “mundo tal cual es” y las representaciones o narrativas que dichos movimientos y organizaciones tienen de sí, de su proyecto y sujeto político en relación con los otros actores y posiciones. En consecuencia, las relaciones de poder vendrían a imponerse desde afuera y por un sujeto de conocimiento constituido de antemano sobre una “verdad” pre-existente e independientemente del mismo que él sacaría a la luz u ocultaría dependiendo, entre otras cosas, de una intencional agenda. La diferencia entre ambas posiciones radicaría en el contenido de dicha agenda: mientras que para unos sería el conocimiento por el conocimiento mismo como forma última y universal de emancipación humana, para los otros académicos el contenido de esta agenda estaría en función de las prioridades de consolidación del movimiento y organizaciones étnicas en un momento determinado y según una correlación de fuerzas concretas. El conocimiento develado/ocultado operaría, entonces, como argumento-instrumento que modificaría u osificaría las relaciones de poder existentes en un momento dado.

Dicha conceptualización, que está en la base de la crítica de los enfoques constructivistas de la etnicidad, desconoce la complejidad y densidad de las imbricaciones

de las relaciones entre el conocimiento experto y lo político. De este modo, por ejemplo, el “mundo tal cual es” es no sólo un efecto de superficie de la conjugación de las relaciones de saber/poder, sino esencialmente función y condición de la reproducción de las mismas (Mitchell, 2000). No hay un “mundo tal cual es”, un referente primordial, esperando a ser descubierto en su pureza por el ojo desnudo y la mano desinteresada de un sujeto trascendental al margen de la historia⁸. Imaginar dicha posibilidad de describir, explicar o prescribir el “mundo tal cual es” constituye, sin duda, uno de los más contundentes efectos ideológicos de la ilusión naturalista (Hall, 1985: 105)⁹. Como ha sido indicado por Donna Haraway (1988), la ineludible historicidad y posicionalidad de lo que aparece en un momento dado como conocimiento, no significa una apología a un nihilismo epistemológico en el cual el “mundo tal cual es” constituye el resultado del capricho o del delirio del sujeto. Al contrario, tomar seriamente la historicidad y posicionalidad del conocimiento implica comprender los anudamientos de específicos regímenes de verdad en los cuales emergen las condiciones mismas de posibilidad para esgrimir correspondencias o no de determinadas descripciones, explicaciones o prescripciones con un “mundo tal cual es”. En otras palabras, renunciando a un sujeto o referente trascendentales, habría que pensar las urdimbres entre conocimiento experto y política desde una “historia política de la verdad”, esto es, “[...] una historia política del conocimiento, de los hechos y el sujeto del conocimiento” (Foucault, [1976] 1996: 28).

En consecuencia, la instrumentalización política del conocimiento experto es menos mecánica y más profunda de lo que parecen indicar activistas y académi-

8. Véase Timothy Mitchell (2000), para una argumentación sobre cómo la separación ontológica entre realidad y representación es constituyente de unas ataduras de relaciones de poder propias de la modernidad.

9. En últimas, la discusión más de fondo acá radica en el estatuto ontológico de la realidad. Stuart Hall (1996b) comparte con otros teóricos contemporáneos el planteamiento que la realidad es discursivamente constituida y que es indispensable entender los dispositivos mediante los cuales se produce esta construcción. Más aún, en oposición a los modelos de análisis social que consideran el discurso como una suerte de pseudo-realidad, de epifenómeno social que no sería sino mera quimera sin ningún efecto de realidad, Hall argumenta cómo el discurso es un hecho social no sólo con efectos tan reales como lo es cualquier otra práctica social, sino el necesario mediador de la realidad de cualquier otra práctica social tan aparentemente alejada de lo discursivo como ha pretendido ser lo económico o la tecnología. Al respecto, vale la pena citar un extenso pero clarificante pasaje de Ernesto Laclau: “Por ‘discurso’ no entiendo lo que se refiere al texto en sentido restringido sino al conjunto de fenómenos de la producción social de sentido que constituye a una sociedad como tal. No se trata, pues, de concebir a lo discursivo como constituyendo un nivel, ni siquiera una dimensión de lo social, sino como siendo coextensivo a lo social en cuanto tal. Esto significa, en primer término, que lo discursivo no constituye una superestructura, ya que es la condición misma de toda práctica social o, más precisamente, que toda práctica social se constituye como tal en tanto es productora de sentido. Es claro, en consecuencia, que lo no discursivo no se opone a lo discursivo como si se tratase de niveles separados, ya que no hay nada específicamente social que se constituya fuera del campo de lo discursivo” (1985: 39).

cos. En efecto, es menos mecánica porque en la imagen del conocimiento-herramienta que se instrumentaliza para liberar u oprimir a los “grupos subalternos” (o a la “humanidad”) se asume que existe una relación directamente proporcional entre conocimiento y agentividad. Así planteado, conocimiento es poder (en el más literal sentido de ser-capaz-de) y el poder produce aquel conocimiento que lo reproduce como tal. Las relaciones entre conocimiento experto y política son más complejas de lo que parecen sugerir estos análisis.

De un lado, al afirmar que el conocimiento experto genera o imposibilita necesaria y directamente una práctica social o política específica se introduce un doble reduccionismo. Un reduccionismo discursivo en el cual el “discurso” es erróneamente considerado como una superestructura o un “estrato” que viene a agregarse a las prácticas sociales obturándolas o apuntalándolas según sea el caso. Esta conceptualización del discurso reproduce una serie de dicotomías cardinales al pensamiento moderno-colonial como son las de realidad/representación, mundo/palabra, materia/idea, cuerpo/mente, etc. (Mignolo, 2001; Mitchell, 2000). Al contrario, como argumentaba Laclau, el discurso no sólo es en sí mismo una práctica social, sino que en cuanto tal cualquier práctica social es discursivamente constituida. Esto no significa, sin embargo, que lo social es únicamente discurso, pero tampoco que lo discursivo es un suplemento de lo social. Este reduccionismo discursivo es erróneo por otra razón: porque no se puede establecer una identidad entre conocimiento experto y discurso. Establecer esta identidad es negar que el conocimiento experto se entrama con una serie de tecnologías¹⁰ que intervienen en la vida cotidiana de los individuos y las poblaciones.

El otro es un reduccionismo epistémico, ya que supone que no sólo es posible conocer (la verdad sobre) el mundo tal cual es, sino que este conocimiento tiene de suyo efectos emancipantes. Este ha sido también uno de los tópicos fundamentales del pensamiento moderno-colonial a través de lo que se ha conocido como la Ilustración (Chatterjee, 1997). Desde esta perspectiva, las relaciones entre conocimiento y política se reducen al develamiento u ocultamiento de la verdad, a las disputas por la verdad sobre el mundo. Las relaciones entre conocimiento y política ameritan entenderse más bien como los “efectos de verdad”¹¹ que se insertan de disímiles maneras en las concepciones del mundo que incluyen lo que Gramsci denominó “sentido común” y “hegemonía”. Por lo tanto, si bien es cierto que las concepciones sobre el mundo constituyen los resortes

10. Entendidas tanto en el sentido restringido, como por ejemplo en la tecnociencia (Escobar, 1999; Latour, 1999), como en el más amplio dado a este concepto por Foucault (1983, 1992).

11. Los cuales son resultantes no de la simple correspondencia de un conocimiento con el “mundo tal cual es”, sino de los “regímenes de verdad” como lo ha indicado Foucault ([1984] 1989, 1992).

desde los cuales los individuos o colectivos intervienen (o no), ellas no se circunscriben al conocimiento experto ni son garantes de una particular modalidad de intervención¹².

Así, por ejemplo, la deconstrucción teórica de los esencialismos étnicos, raciales o nacionalistas no significa la mágica desaparición de las prácticas, relaciones e imaginarios sociales esencialistas de la etnicidad, raza o nación. Entre otras cosas, porque estas prácticas, relaciones e imaginarios constituyen poderosos precipitados sociales históricamente anclados y anudados de diversas maneras en el sentido común y formaciones ideológicas que no se diluyen simplemente como consecuencia de los análisis de académicos. De esta manera, aunque los académicos “demuestren” una y otra vez que la etnia, la raza o la nación son arbitrarias (en el sentido de no inmanentes a la “naturaleza humana”) construcciones históricas, eso no implica que se diluyan en tanto *hechos sociales* que las constituyen *como si* fueran esenciales, troquelando de esa manera la experiencia y mirada de las gentes. Ya que, como argumentaba Stuart Hall, “*es muy tentador caer en la trampa de asumir que porque el esencialismo ha sido deconstruido teóricamente, entonces ha sido desplazado políticamente* [o socialmente, cabría agregar]” (1996f: 249; énfasis en el original).

Por el otro lado, tampoco se puede argumentar que exista una automática y directa “apropiación” o “rechazo” por parte de los grupos “dominantes” o “subalternizados” de los conocimientos expertos que “favorezcan” las condiciones de reproducción de su dominación o la confrontación de la misma respectivamente. Argumentar esto implicaría suponer no sólo la unidad de un preconstituido y monolítico sujeto político, sino también su carácter omnisapiente de las condiciones históricas y sociales sobre las que se fundamenta su dominación o sujeción. Como Judith Butler (1990, [1990] 1995) lo muestra para el caso del feminismo, Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (op. cit.) para el de la clase, o Stuart Hall ([1989] 1996c, [1992] 1996e) para el de las nuevas etnicidades, las políticas de la identidad no significan la pre-existencia de un

12. Que la eficacia del poder demande una suerte de velamiento de sus mecanismos (Bourdieu, 1990: 87), no significa que la exposición (en sus connotaciones de poner al descubierto y de presentar ante) desde el conocimiento experto de dicho ejercicio de poder suponga un acto de emancipación o de empoderamiento de aquellos sobre los que se ejerce. La exposición por parte de los académicos de los mecanismos del ejercicio del poder no es condición suficiente ni necesaria para la articulación de los procesos de resistencia y emancipación, debido a que la constitución del sujeto político de las transformaciones responde más a procesos de hegemonía y subalternización que a un “descubrimiento” de dichos mecanismos. Los efectos de verdad de estos “descubrimientos” son más subsumidos a las disputas por la hegemonía que a un trascendente valor intrínseco. Argumentar que existe un necesario efecto emancipante del conocimiento experto responde a una narrativa modernista desde la cual los académicos se imaginan aún en un estatus epistemológico privilegiado desde el que se perfilan las imágenes de intelectual como déspota ilustrado o profeta.

unificado y omnisapiente sujeto político. Al contrario, el sujeto político (cualquiera sea éste: “mujer”, “proletario”, “comunidad negra”) es resultado de articulaciones que no están garantizadas por ninguna esencia biológica, por una locación social determinada o por una experiencia histórica trascendente. De ahí que, cuando específicas narrativas del conocimiento experto devienen en objeto de disputa, en argumento para posicionar/socavar ciertas agendas, no es un efecto directo ni necesario del contenido de dichas narrativas sino, antes bien, expresión de las específicas relaciones de fuerza; las cuales, por lo demás, no desaparecen o se consolidan simplemente por la presencia/ausencia de dichas narrativas¹³.

Más aún, suponiendo incluso que pudiera asumirse la pre-existencia del sujeto político monolítico y omnisapiente que articulara automática y directamente el conocimiento experto, cabe preguntarse, siguiendo en ello un conocido artículo de Gayatri Spivak ([1988] 1994), ¿si los subalternos pueden hablar? Como ella lo demuestra, la “violencia epistémica”, asociada al núcleo mismo del “conocimiento experto”, anula la posibilidad de una palabra del Otro, de los grupos subalternizados; a no ser aquella que mediatizada por los propios expertos esté enmarcada y domesticada por su discurso que, en consecuencia, ya no es más un discurso desde lo Otro. En ese sentido, mientras que por definición los grupos dominantes hablan y el conocimiento experto constituye uno de sus idiomas privilegiados, los grupos subalternizados son hablados o, más problemático aún, son “domesticados” en estos tipos de lenguajes por los grupos dominantes que hablan a su nombre. En este sentido, para Spivak la violencia epistémica constituye una suerte de prosa de la conainsurgencia¹⁴.

El concepto de “prosa de la conainsurgencia” remite al nombre de Ranajit Guha. Por “prosa de la conainsurgencia”, Guha ([1983] 1994) se refiere a cierto tipo de discursos¹⁵ que atribuyen los actos insurgentes de los grupos subal-

13. La pregunta de fondo, que escapa a los propósitos de este ensayo, refiere a las relaciones entre una ontología histórica (en tanto la localizada y no-esencial co-producción del *ser*, ver Deleuze, 1988), la *política* (como práctica articuladora constituyente de posiciones de sujetos y de subjetividades, Laclau, 1985), y el *conocimiento* (en tanto componte y expresión de la construcción de lo real, de lo pensable, de lo deseable).

14. Así, la relación entre conocimiento experto y resistencia es menos instrumental de lo que se ha supuesto porque las relaciones de dominación no se encuentran en el afuera del conocimiento experto, sino que son constituyentes del mismo. Esto, sin embargo, no significa que las resistencias a los entramados de dominación y sujeción deban constituirse en un afuera del conocimiento experto, sino que las luchas de resistencia deben pasar también por la confrontación no solo de los contenidos, sino también de las modalidades e implícitos constituyentes del conocimiento experto.

15. En la literatura histórica de las rebeliones campesinas en la India, Guha distingue tres tipos de discursos que “[...] pueden ser descritos como *primarios*, *secundarios* y *terciarios* de acuerdo con su aparición en tiempo y su afiliación. Cada uno de ellos es diferenciado de los otros dos por el grado de su formal o reconocida (en tanto opuesta a real o tácita) identificación con un punto de vista oficial, por la medida de su distancia del evento referido y por la manera en que se distribuyen e integran los diferentes elementos en esta narrativa” ([1983] 1994: 337).

ternos a causas externas a su conciencia como una suerte de instintiva acción refleja, vaciando de esta forma la posibilidad misma de su “agentividad”. Luego, si la prosa de la contrainsurgencia es constituida por aquellos discursos que reproducen el punto de vista oficial mediante categorías de análisis que sólo permiten describir las insurgencias como acciones desordenadas, espontáneas, debidas a pasiones irracionales de hordas a veces manipuladas por un pequeño grupo e intereses ajenos a las mismas; en cambio, para los propósitos de este artículo, uno puede decir que la prosa de la insurgencia correspondería a aquellos discursos que problematizan dicho “punto de vista oficial”, mediante nociones que sacan a la luz la agentividad y la lógica de la resistencia en las acciones de los grupos subalternos.

Ahora bien, ¿se podría plantear que los enfoques constructivistas de la etnicidad son una suerte de prosa de la contrainsurgencia? En contraste, ¿podría decirse que aquellos análisis que presentan el esencialismo de las narrativas étnicas de forma literal o como un “esencialismo estratégico” configuran el punto de vista de los subalternos y, en consecuencia, una especie de “prosa de la insurgencia”? Mi respuesta sería no sólo una negación para ambas preguntas, sino que habría que plantearse incluso hasta dónde se presentaría una paradójica contrainsurgente prosa de la insurgencia.

No, como respuesta de la primera pregunta, porque tal como ha sido definida una posición constructivista no necesariamente lleva a la negación de la visualización de las agentividades y resistencias propias de las políticas de la etnicidad. Al contrario, las agentividades y resistencias devienen en un importante objeto mismo del análisis, sin tomarlas por sentado como algunos enfoques no constructivistas corren el riesgo de hacerlo. Las problematiza en el sentido de mostrar su historicidad, su no emanancia de un sujeto trascendental, su no necesidad en cuanto a una naturaleza humana o a una indispensable correspondencia entre aspectos o planos de la vida social. También, una respuesta negativa para la segunda pregunta porque, como Spivak (1988, 1994) nos recuerda, hablar a nombre de los subalternos es mucho más complejo de lo que quienes esgrimen hacerlo parecen suponer. Representar a los subalternos, en la doble acepción del concepto, como hablar *de* y hablar *por* es imposible desde la violencia epistémica propia del discurso experto. No se puede representar a los subalternos sin la implosión del discurso experto (Beverley, 1999). Por eso, aquellos académicos o activistas que, sin cuestionar los formatos mismos del discurso experto, imaginan hablar a nombre de y desde el lugar de, desconociendo así la radical disyuntiva indicada por Spivak. Además, al suponer las narrativas esencialistas (ya sea como esencialismo estratégico o no) se corre el riesgo de visualizar agencias y resistencias donde no hay tales o, peor aun, atribuir

agencias y resistencias a acciones que constituyen anudamientos de desempoderamientos y consolidación de modalidades de relaciones de dominación.

Paradójicamente, dicho riesgo constituiría el contrainsurgente lado de este tipo de prosa de la insurgencia. Es acá precisamente donde se anclan las más profundas relaciones entre el conocimiento experto y las relaciones de poder. Para Foucault el conocimiento experto, o mejor el saber, constituye ámbitos de visibilidad y decibilidad en los cuales emergen “problematizaciones” específicas (Deleuze, op. cit.). Estas problematizaciones permiten los anudamientos desde los cuales se establecen las prácticas de gubernamentalización propias de la sociedad de normalización donde las “poblaciones” son objeto de una biopolítica, mientras los “cuerpos” son blanco de una micropolítica individualizante (Foucault, 1983, [1984] 1989). Entonces, al representar desde el saber a los subalternizados, se inscriben órdenes de visibilidades y decibilidades que permiten la estatalización de aspectos, relaciones y prácticas que se habían mantenido en cuanto tales fuera del creciente efecto colonizador y reificador de las tecnologías de normalización y prácticas de gubernamentalización del Estado moderno (Foucault, 1990: 308-310).

En cuanto al conocimiento experto se refiere, no hay un afuera de los regímenes de poder/saber desde el cual una pura resistencia de los grupos subalternizados pueda esgrimirse. De ahí, que aquella prosa de la insurgencia que, aunque articulada desde el discurso experto, se imagina a sí misma como el punto de vista de los subalternizados, no puede dejar de producir un efecto contrainsurgente por su propia mediación. Es precisamente esta paradoja la que lleva a Dipesh Chakrabarty (2000) a argumentar que los “pasados subalternos” escapan a la labor de los historiadores, incluso de aquéllos del grupo de estudios subalternos, precisamente porque la constitución de los mismos supone temporalidades y entramados de relaciones que contradicen los propios supuestos y de la *doxa* (a la Bourdieu) sobre la que se edifica la historia como disciplina del conocimiento experto.

Conclusiones

En el epílogo de su libro, Peter Wade, indicaba cómo en el surgimiento de comunidad imaginada de la gente negra asociada al modelo étnico “*está por verse si puede mantenerse este delicado equilibrio entre lo abierto y lo exclusivo, si es posible progresar sin empujar hacia una etnicidad cada vez más exclusivista*” (1997: 416). En la literatura académica sobre el tema, existe un virtual consenso en considerar que el momento de articulación de la etnicidad de comunidad

negra entre mediados de los ochenta y primera mitad de los noventa ha constituido uno de los más cruciales anudamientos de las políticas de la identidad negra, debido a la inusitada consolidación organizativa y a la interpelación generada en una parte significativa de la gente negra en la región del Pacífico y, con menor intensidad, en otras partes de Colombia (c.f. Mosquera, Pardo y Hoffmann, 2002; Pardo, 2001; Wade, 2002a). No obstante, a casi dos décadas de iniciado este anudamiento, lo que antes fueron voces aisladas y preguntas al margen se ha ido consolidando como una preocupación nodal por el cerramiento de esta modalidad de etnicidad de comunidad negra. En este sentido, Fernando Urrea y Teodora Hurtado argumentaban que: “[...] *para la mayor parte de las poblaciones negras colombianas ya integradas a dinámicas urbanas [...] una construcción identitaria étnica sobre el supuesto de una comunidad ancestral es demasiado ajena. Las nuevas etnicidades y sus contenidos pasan por las condiciones de vida y los procesos de individuación/subjetivación urbanos*” (2002: 197). De ahí, que como lo indica Odile Hoffmann en un artículo sobre conflictos territoriales y territorialidad de comunidades negras: “[...] *la ciudad es ahora el caldo de cultivo de la nueva etnicidad negra. Sin justificación territorial, la comunidad negra urbana debe inventar sus propias pautas, fuera de los esquemas elaborados por las organizaciones étnico-territoriales.*” (2002: 364). La “ciudadanía étnica” que apela a lo cultural y lo político se perfila entonces como una alternativa a ser explorada y como el crisol desde el cual emergerán las “identidades negras del mañana” (Hoffmann 2002: 366). Por su parte, en un artículo que se detiene a analizar las recientes dinámicas del movimiento negro en Colombia, Mauricio Pardo (2002) sugiere que el “estilo organizativo” encarnado en un “modelo federativo” a partir de organizaciones territoriales locales, desde el cual se articularon reclamos territoriales apuntalados “*en imágenes de una cultura ambiental sostenible vernácula*” (2002:74), se ha extendido a otras áreas del Pacífico colombiano socavando otros estilos organizativos constituidos después de la Ley 70 como los Palenques que, aunque también federativos, apelan no sólo a organizaciones étnico territoriales, sino también a otras que esgrimen el discurso étnico pero anclado a lo “cultural”, “ambiental”, gremial, etc.

Sobre lo que los autores citados llaman la atención es lo que denominaría un “cerramiento” conceptual y político de la etnicidad. Esto es una suerte de obturación de unos modelos analíticos y de las narrativas y estrategias organizativas en torno a una modalidad específica de etnicidad: aquella históricamente encarnada en la Acia. No se puede desconocer la inmensa apertura conceptual y política en su momento producida por esta modalidad de etnicidad (Pardo, 2002; Villa, 2001). La titulación de cientos de miles de hectáreas por todo la región del Pacífico, la eclosión de organizaciones étnico-territoriales tapizando casi cada río y estero y la constitución de un sujeto político y de

identidad hasta entonces inexistente, son algunos de sus más evidentes logros. No obstante, a casi dos décadas de su gestación y en mucho debido al entramado institucional que la ha sedimentado, significa un paulatino cerramiento conceptual y político al obturar otras modalidades de etnicidad que no pasen por esta ruralización, pacificalización, exotización y comunalización (Wade, 2002b).

Como lo planteaba Judith Butler, “si las identidades no son ya más las osificadas premisas de un silogismo político, la política no puede ser entendida como una serie de prácticas derivadas de un interés que se esgrime pertenece a predeterminados sujetos” (1990: 149). Por ello, antes que recurrir a un “esencialismo estratégico” (a la Spivak) como alternativa al esencialismo reificante, se hace más sugerente imaginar nuevas políticas de las etnicidades (en plural), desvinculadas de un sujeto étnico predeterminado y trascendental. Para que estas “nuevas etnicidades” sean posibles, para desatar cualquier intento de silogismo político fundamentalista, se requieren reconceptualizar las nociones de etnicidad y de políticas de la identidad. En este sentido, los posibles aportes de los enfoques constructivistas radicarían en desanudar conceptualmente los fundamentalismos étnicos como momentos necesarios de apertura teórica y política a la visualización de novedosas etnicidades, que potencien las intervenciones desde grupos subalternizados en la subversión de las relaciones de explotación, dominación y sujetación.

Para el caso colombiano, el silogismo político de la etnicidad de las gentes negras ha sido constituido desde una comunidad negra rural de las áreas ribereñas de la región del Pacífico asociada con prácticas tradicionales de producción a las que corresponden unas formas de territorialidad y autoridad tradicional. No obstante, bajo las actuales condiciones, se hace indispensable desatar este silogismo para imaginar alternativas a lo que pudiera parecer un cerramiento por agotamiento, no sólo de las narrativas étnicas de las organizaciones sino también de los enfoques conceptuales de la etnicidad desplegados por los académicos. Se requiere, entonces, que activistas y académicos imaginen novedosas articulaciones de las etnicidades negras: unas que pasen por las experiencias urbanas, por otras formas de visualizar lo rural, de visualizar el Pacífico, por redefinir las historias, memorias y tradiciones. Etnicidades que politicen prácticas, locaciones y experiencias sociales en aras de precipitar identidades que permitan la confrontación de las disímiles modalidades de poder que pasan por cuerpos y subjetividades.

IDENTIDAD Y CIUDADANÍA AFROCOLOMBIANA EN EL PACÍFICO Y CALI *

Olivier BARBARY (Coord.), Héctor Fabio RAMÍREZ, Fernando URREA

Introducción: hacia una perspectiva contemporánea de la cuestión negra en Colombia

La nueva Constitución de Colombia (1991) reconoce en su preámbulo el carácter pluriétnico y multicultural de la sociedad y, con varias disposiciones jurídicas concretas, institucionaliza el multiculturalismo en las relaciones Estado-ciudadanos y hasta en el fundamento de la ciudadanía. En este contexto, el caso de la población afro-descendiente es particularmente significativo y problemático. Significativo, en primer lugar, debido a su importancia demográfica que, según varias fuentes estadísticas antes analizadas¹, se sitúa en aproximadamente entre 20 y 22% de la población total del país, lo que equivale entre 8,6 y 9,5 millones de personas. Significativo también, porque la cuestión de su condición social actual, aún marcada por las herencias de la esclavitud y de la sociedad colonial (exclusión territorial, marginalización social, económica y política), vuelve a surgir en primer plano del debate democrático, en términos bastante renovados por los avances constitucionales de los últimos años. Problemático, en segundo lugar, pues la “invisibilidad histórica” de la población negra en Colombia, combatida por los pioneros de los estudios afrocolombianos y sus sucesores (De

* Una primera versión de este texto ha sido publicado como artículo de la revista brasilera *Estudos Afro-Asiáticos* (revista do Centro de Estudos Afro-Asiáticos-Ceaa e do Centro de Estudos Afro-Brasileiros-Afro, Universidade Candido Mendes), Rio de Janeiro, Ano 25, Jan. Abr. 01, 2003: 75-121; Barbary y Urrea (editores, 2003).

1. Barbary, Ramírez, Urrea (Coord.) y Viáfara, capítulo 1, con base en varias fuentes estadísticas, avanzan este rango de estimativo, como promedio nacional a junio de 2001. En diciembre de 2000, la encuesta nacional de hogares realizada por el Dane (Departamento Administrativo Nacional de Estadística, etapa 110) en las catorce primeras ciudades del país arroja un estimado del 18% de la población en esas ciudades que se identifica de color de piel negra o morena con una pregunta de auto identificación de su color de piel por el encuestado a través de 4 fotografías. Ver los resultados detallados en el capítulo 1, en donde se presentan estimativos adicionales para otras regiones de Colombia, incluyendo las costas Pacífica y Caribe, que aumentan ligeramente el porcentaje al 20% para el total de la población colombiana y 22% al incluir áreas tradicionalmente “no negras” que muestran expansión de poblamiento negro en los últimos 20 años, pero que no tienen encuesta de hogares.

Friedemann, Arocha, para citar algunos de los más sobresalientes), dio lugar a una producción científica caracterizada, hasta hace muy poco, por el indigenismo, el ruralismo y un cierto culturalismo, de la cual se aprecia, con el tiempo, toda la influencia que ejerció en las decisiones del legislador, pero que se revela insuficiente para entender la totalidad de las implicaciones contemporáneas. Todos esos temas han sido ampliamente desarrollados en la introducción y la primera parte del libro². Así, la nueva movilización social y política de las poblaciones afrocolombianas³, que se produce en un contexto geográfico, económico y social profundamente modificado por la rápida integración de los “territorios tradicionales” afrocolombianos a la economía global y por la urbanización masiva de estas poblaciones, se fundamenta en dos reivindicaciones, las cuales conllevan cierta tensión: por una parte, el respeto de una especificidad ecológica, económica y cultural, y de otra, el derecho de acceso, en igualdad de oportunidades, a los distintos mercados (vivienda, educación, trabajo, consumo, etc.). En el estado actual, la ley privilegia claramente el primero de estos dos derechos.

Recuadro 1: Indigenismo, ruralismo y estudios afrocolombianos, las premisas de la Ley de Negritudes

La tradición de los “estudios afrocolombianos” se ha caracterizado por el análisis de las poblaciones negras como grupo social homogéneo y relativamente estable a partir de atributos culturales diferenciados respecto al conjunto de la población colombiana, especialmente en la región de la costa Pacífica, el municipio de San Basilio, próximo a Cartagena y en las islas de San Andrés y Providencia. Son estudios en áreas rurales con actividades de minería de aluvión, pesca, agricultura, silvicultura; ninguno relacionado en espacios y actividades urbanas. Los ejes analíticos de estos trabajos se apoyan en las tradiciones antropológicas del difusionismo y culturalismo anglosajón, pero también del cognitivismo antropológico de Bateson y del estructuralismo francés con Lévi-Strauss. Entre dichos estudios clásicos sobresalen Velásquez, varios trabajos⁴; Gutiérrez de Pineda, 1968; Motta, 1975 y 1993; De Friedemann, varios trabajos⁵; Arocha, varios trabajos⁶. Otros trabajos de intelectuales negros (Zapata Olivella, 1975)

2. Uno de los aspectos importantes de los debates actuales sobre la población afrocolombiana se centra en cómo devolverle su visibilidad en el sistema estadístico nacional. Ver al respecto, Barbary (2001b: 774-788); y sobre todo la introducción del libro (tercera sección).

3. Sobre los procesos de estructuración política de la población negra, ver por ejemplo J. Arocha (1992), C.E. Agudelo (1998a y b), M. Agier y O. Hoffmann (1999), N. S. De Friedemann (1998), C.E. Agudelo, O. Hoffmann y N. Rivas (1999).

4. Ver Velásquez: 1953, 1957 y 1961.

5. Ver De Friedemann: 1969, 1974, 1976, 1984, 1985, 1986, 1993, 1998.

6. Ver Arocha: 1989, 1992, 1999 y algunos trabajos con De Friedemann, citados con ella.

han combinado el ejercicio literario con descripciones antropológicas sobre usos y costumbres. Un tema importante en estos estudios ha sido la familia negra como modelo de organización cultural diferente a otros modelos de familia en Colombia, al igual que formas de “pensamiento” y organización social. Algunos de ellos han enfatizado los elementos de las tradiciones africanas en las poblaciones negras colombianas, como factor que las diferencia del resto. En cambio, difícilmente estos trabajos han orientado la mirada sobre las dinámicas culturales y las transformaciones sociales que viven desde hace varias décadas las poblaciones negras colombianas en el contexto de los procesos de modernización y más recientemente de “globalización”.

Con la Ley 70 de 1993 o Ley de Negritudes (precedida por el Transitorio 55, resultado de la nueva constitución) surge la noción de *comunidades negras*, entendido como un grupo de pobladores en un territorio determinado (de la costa Pacífica y las islas de San Andrés y Providencia) que pueden comprobar una ancestralidad afrocolombiana de varias generaciones atrás, residiendo en ese territorio. De esta manera, se construye, muy similarmente a la noción de grupo étnico indígena, una nueva identidad de tipo étnico-territorial, con un componente racial o fenotípico secundario, para la cual importa presentar las pruebas de tener ancestros que siempre han habitado el lugar. El carácter “afro” de la comunidad con ancestros se apoya sobre la descendencia de los pobladores negros procedentes del África entre los siglos XVI y comienzos del XIX, que en el caso colombiano venían en su totalidad como esclavos. A partir de este aporte de población, múltiples generaciones con diversos grados de mestizaje⁷, antes y después de la abolición de la esclavitud en 1851, habitaron esos territorios hasta el presente.

Apoyándose en los resultados del programa desarrollado conjuntamente desde 1996 por el Cidse y el Ird, sobre las condiciones de inserción económica y social de las poblaciones negras del sudoeste colombiano y las dinámicas demográficas, culturales y políticas recientes que actúan en diferentes espacios de la región del Pacífico, este capítulo explora las relaciones y las determinaciones recíprocas entre estas dinámicas y los niveles y modalidades de la afirmación identitaria y de la percepción de las discriminaciones socio-raciales por parte de los actores en Cali. A partir de lo anterior, proponemos algunas hipótesis sociológicas para explicar la emergencia de una reivindicación específica de acceso a la ciudadanía en las poblaciones negras.

En el contexto de la nueva legislación y las demandas de los movimientos negros en Colombia, durante la década del noventa se ha construido el término de población afrocolombiana. Con este término que usaremos a lo largo del texto, nos

7. Al respecto, hay que advertir que el fenómeno del mestizaje se desarrolló desde los siglos XVII y XVIII, en relación con el proceso de manumisión y, en algunos casos, con el otorgamiento de libertad por los propietarios de esclavos; pero también con el fenómeno del cimarronaje y conformación de “pueblos de libres”. Entre las obras clásicas de la historiografía colombiana más sobresalientes sobre el fenómeno del mestizaje y la esclavitud en los siglos XVII y XVIII son las de Jaramillo Uribe (1969) y Colmenares (1979 y 1990).

estamos refiriendo a las poblaciones contemporáneas de descendientes de africanos con diversos grados de mestizaje a lo largo de varios siglos (recuadro 1). En nuestro caso este término tiene una **utilidad exclusivamente descriptiva**, sin que nos preocupe el problema de ancestralidad cultural o los lazos de origen con los primeros africanos, lo cual nos permite hacer equivalentes poblaciones negras o mulatas y afrocolombianas (o afrodescendientes). Esto significa que nuestra dirección analítica tiene que ver fundamentalmente con las dinámicas culturales, socio-históricas y contemporáneas de estas poblaciones en la sociedad colombiana.

En la primera parte, el examen general de los resultados de la cuestión étnica incluida en el censo nacional de 1993 permite introducir el contexto histórico y contemporáneo particular en el cual se vuelve a plantear, desde la nueva Constitución de 1991, la cuestión de la identidad afrocolombiana. En la segunda parte, se presentan los datos estadísticos y el marco teórico de su análisis e interpretación sociológica. La tercera parte confronta un modelo logístico de las respuestas a esta pregunta en la región del Pacífico, uno de los territorios históricos del poblamiento negro en Colombia y espacio crucial de aplicación de la Ley 70, con los resultados de la investigación antropológica sobre el proceso social de construcción de una identidad afrocolombiana. Los resultados permiten comprobar la validez regional del modelo de identidad étnico-territorial propuesto por la Ley. En la cuarta parte, el mismo método aplicado a los datos recogidos en Cali, metrópoli de atracción de los flujos migratorios de la región del Pacífico, muestra que este modelo desaparece y da lugar a un juego más complejo de determinación de la identidad negra en reacción a las percepciones colectivas del fenotipo y a los motores sociales y raciales de discriminación. De esta manera, se pone en evidencia el efecto de la dinámica urbana sobre las identidades afrocolombianas teniendo en cuenta que hoy en día, al igual que el resto de la población colombiana, el 70% de los afrocolombianos residen en áreas urbanas.

1. La pregunta étnica del censo de 1993: un fracaso a escala nacional... muy heurístico

Al introducir una pregunta étnica a escala nacional en el censo —y después de muchas discusiones internas— el Dane creó grandes expectativas en las comunidades indígenas y afrocolombianas y en los gremios científicos⁸. En la mayoría

8. Ver en la introducción del libro, el subtema “en búsqueda de “estadísticas afrocolombianas: de lo étnico a lo socio-racial”. Como se advierte en este acápite de la misma introducción, en 1918 fue el último censo que incluyó identificación racial de la población en el país. Por supuesto, durante esa época se naturalizaba la “raza”, bajo un modelo en el cual las categorías (negro, blanco, indio,

de los casos, fue de igual magnitud la decepción cuando salieron los resultados nacionales y en las grandes ciudades: las etnias indígenas representan el 1,6% de la población total del país y las comunidades negras el 1,5%, mientras en Bogotá, Cali y Medellín, como en la mayoría de las ciudades importantes del país, estos dígitos son inferiores al 0,2% para cada una de las poblaciones (Dane, 2000b: 60-72). En el conjunto de la población de Cali, por ejemplo (Cuadro 1), las personas mayores de edad (18 años o más) que contestaron “sí” a la pregunta fueron solamente el 0,5%, mientras el 95,5% contestó que “no” y el 4% se negó a responder. Todavía más extraño: en poblaciones de inmigrantes a Cali nacidos en las regiones donde domina el poblamiento negro y mulato (franja del Pacífico y norte del Cauca) o indígena y mestizo (interior de los Departamentos del Cauca y Nariño), las respuestas afirmativas no crecen significativamente, ya que el máximo alcanzado por los nativos del Chocó sólo es de 2,6%, cuando Barbary, Ramírez, Urrea (Coord.) y Viáfara en el capítulo 1 estiman en 83% la proporción de población afrocolombiana en este departamento. El resultado paradójico del Censo de 1993 es que la población afrocolombiana a nivel nacional termina siendo inferior a la de los grupos indígenas: 502.393 versus 532.233 personas (op. cit.: 18).

Cuadro 1: Distribución de respuestas a la pregunta étnica del censo, según lugares de nacimiento de la personas censadas en Cali

Regiones de nacimiento:	Cali	Costa Pac. Nariño	Costa Pac. Cauca	Costa Pac. Valle	Chocó /...
SI	0,32	1,67	1,22	1,35	2,63
NO	95,97	93,82	94,66	94,61	92,93
NO RESP.	3,71	4,51	4,13	4,04	4,43
Total %	100	100	100	100	100
Observ.	882.124	33.232	18.805	22.764	13.018
Regiones de nacimiento:	Norte del Cauca	Otros Cauca	Otros Nariño	Antioquia Viejo Caldas	Total
SI	1,29	0,92	0,43	0,28	0,49
NO	94,63	94,93	95,68	95,65	95,45
NO RESP.	4,07	4,15	3,89	4,07	4,06
Total %	100	100	100	100	100
Observ.	28.272	57.883	36.849	148.972	1.661.433

Fuente: Censo de población y viviendas, Dane, 1993; tabulación de Barbary y Ramírez (1997: 7).

mestizo) no eran discutidas... ni discutibles. Por ello, dada la metodología de “autoempadronamiento” empleada entonces, la pregunta fue autoadministrada. En 1918, el 11% de las personas que contestaron se declararon de raza negra y el 8,5% de raza india (op. cit.: 60-61).

Sin embargo, tales dígitos que muchos consideraron surrealistas no deben sorprender. Volver operacional una noción tan vaga e inestable, como es la de pertenencia étnica, dentro de un formato censal administrado por encuestadores con capacitación necesariamente rápida a una población sumamente heterogénea, se convirtió en un reto prácticamente imposible. En primer lugar, el empleo de la palabra “etnia”, inusual y mal comprendida por una gran parte de la población, no dio el resultado esperado. Pero más allá de un problema de formulación, los factores histórico y sociológico son probablemente de mayor importancia. A diferencia de los Estados Unidos, cuya tradición estadística inspiró claramente esta pregunta (véase Simon, 1998, pp. 14-21), Colombia no es un país donde haya existido, después de la abolición de la esclavitud, una segregación racial institucionalizada. Tampoco es un país donde los movimientos etnopolíticos, como los derechos civiles en EE. UU. o la lucha anti-apartheid en Sudáfrica, hayan tenido un largo desarrollo histórico. En dichos países la segregación, herencia del pasado o resultado de las problemáticas actuales (incluyendo la “*affirmative action*”), ha trazado en lo político, lo jurídico, lo social y, por supuesto, en el interior de las conciencias colectivas, los hitos de una profunda división racial de la sociedad. La “etnización institucional”, para llamarlo de alguna manera, no es comparable en la historia o el presente colombiano; en consecuencia, tampoco son comparables los niveles de la identidad étnica.

Luego, los resultados del censo demuestran que no existe en la sociedad colombiana de hoy, por lo menos en el medio urbano, un sentimiento de comunidad étnica *compartido y libremente declarado* por grupos significativos de la población, en particular en la gente negra y mulata. Ahora bien, si en su propósito principal, que era medir el peso demográfico de las minorías étnicas a nivel nacional, la experiencia del censo fue un fracaso, los resultados son completamente distintos a escala local. Es el caso, en particular, para la región del Pacífico, con una tasa promedia de respuesta positiva del 44% y fuertes variaciones según subregiones y localidades. Tales datos ofrecen entonces la oportunidad de analizar en detalles, como lo haremos en la sección 3 de este capítulo, los factores determinantes (históricos y geográficos, económicos y sociales, etc.) de la variabilidad de respuesta. Volviendo a Cali, los dígitos del cuadro no significan que no haya discriminación socio-racial o que las personas estigmatizadas como “negros” o “indios” sean en una proporción tan reducida; son simplemente la constancia de que un tal enfoque de corte étnico no permite captar en la ciudad las nuevas percepciones e identidades sociales y culturales en torno a “lo negro”. En esta misma dirección se observa que en Cali, durante las dos últimas elecciones de alcalde y concejales (1998 y 2000), época en la que ya existía una amplia gama de organizaciones afrocolombianas en la ciudad y el Departamento del Valle, los candidatos negros que se lanzaron a nombre de causas de las

“negritudes” y trataron de movilizar a la población negra en los barrios donde se da su mayor concentración, usando de una argumentación “comunitaria”, tuvieron escasa votación⁹.

2. Variaciones de la afirmación de “identidad negra”: datos, métodos e hipótesis

Ya que con el censo de 1993 y la encuesta Cidse/Ird de 1998 se disponía de dos corpus de respuestas a preguntas de auto-percepción étnica y fenotípica¹⁰, la ocasión era propicia para poner en relación estas respuestas, por un lado, con las variables socio-demográficas individuales que estas dos fuentes nos suministran (sexo, edad, nivel de educación, categoría socio-profesional), y por el otro, con ciertos descriptores del contexto en el cual éstas son enunciadas: localización geográfica de la residencia, tamaño de la localidad, zona de residencia y estatuto migratorio de los individuos encuestados en Cali. Este segundo grupo de variables permite acceder, a través de la bibliografía, a los contextos regionales y locales y a sus dinámicas política y cultural, factores de los que se puede pensar tienen una influencia importante. Por último, en el caso de la encuesta realizada en Cali, también se cuenta con otras dos variables potencialmente determinantes: el fenotipo de los individuos observado por el encuestador y las características del mismo encuestador (sexo y fenotipo).

¿Cómo se articula este conjunto de factores para explicar las variaciones de la auto-percepción étnica en la región de poblamiento negro del sudoeste colombiano¹¹ y de la auto-percepción del color de piel entre la población afrocolombiana de Cali? ¿A qué hipótesis nos puede llevar este análisis respecto al proceso de construcción de una afirmación identitaria negra en Colombia? ¿Qué diferentes formas puede adoptar este proceso según los contextos en los cuales se expresan los actores y según sus características individuales o colectivas?

El instrumento estadístico escogido para contestar estas preguntas es la regresión logística. Ella se aplicará a las frecuencias de las variables dependientes dicotómicas (respuestas) observadas cuando se cruzan con las variables explicativas (regresores, ver recuadro 2).

9. Por el contrario, han salido elegidos concejales negros dentro de listas de los partidos tradicionales y con banderas populares o de clases medias, pero sin ninguna alusión a la cuestión racial.

10. Recordemos que en la encuesta Cidse/Ird de 1998, los encuestadores y encuestadoras formularon al encuestado (o encuestada) la pregunta: “¿Cuál es su color de piel?”.

11. Esta región se entiende aquí como los municipios de la costa Pacífica de los departamentos del Valle del Cauca, Cauca y Nariño y la totalidad del Departamento del Chocó.

Recuadro 2: Regresiones logísticas sobre dos tipos de afirmación de "identidad negra"

VARIABLES DE RESPUESTAS:

RESPNEG (pregunta étnica del censo de 1993): Se codifican con "SÍ" las personas que contestaron que pertenecen a una "comunidad negra".

RSPNEGRA (pregunta sobre el color de piel en la encuesta Cidse/Ird): Se codifican con "SÍ" las personas cuya respuesta contiene el adjetivo "negra/o", sólo o en una frase afirmativa.

VARIABLES EXPLICATIVAS:

–Características individuales generales: sexo, edad, nivel educativo, categoría socio-profesional

–Características específicas de la encuesta Cidse/Ird: fenotipo del individuo observado por el encuestador, sexo y fenotipo del encuestador.

–Variables contextuales (censo Dane 1993): localización geográfica y tamaño del municipio de residencia.

–Variables contextuales (Cidse/Ird 1998): zona de residencia en Cali y condición migratoria del individuo.

Las regresiones que presentamos aquí estiman, por el método del máximo de verosimilitud, los valores de los parámetros correspondientes a cada uno de los efectos incluidos en la ecuación log-lineal del modelo (efectos principales de las variables explicativas consideradas como independientes unas de otras, o efectos cruzados de las modalidades de varias variables). Esta ecuación expresa el logaritmo de la frecuencia de respuesta positiva (probabilidad empírica) como una función lineal del conjunto de los logaritmos de las frecuencias de modalidades explicativas. El signo del parámetro estimado caracteriza el efecto de determinación de la respuesta: favorable si el parámetro es positivo, desfavorable si es negativo. A cada parámetro está asociada una prueba de significatividad (y un intervalo de confianza) que mide la importancia estadística del efecto. Los procedimientos utilizados aquí son Logistic y Catmod, del software Sas, con pruebas basadas en el χ^2 de Wald (1943). Desafortunadamente, esta versión de Sas no permite tomar en cuenta el diseño de muestra; dado que la prueba es muy sensible a los tamaños de muestra, para la encuesta Cidse/Ird hemos utilizado los datos sin ponderarlos por los factores de expansión.

En el caso de Cali, al lado de los resultados estadísticos, los datos cualitativos de encuestas antropológicas permiten la aproximación de las mediaciones simbólicas entre los sujetos en estas preguntas: ¿cómo se autopercebe la gente negra en el barrio donde reside y cómo es percibida desde fuera, desde los "otros barrios"? Es decir, ¿bajo qué formas concretas, incluso a nivel lexical, se elabora la separación entre unos barrios y otros, de manera que simbólicamente, en algunas dimensiones de la vida cotidiana, se construye la segregación socio-espacial? A pesar de que las modalidades empíricas de la segregación en Cali no sean similares a las que existen en otras ciudades o en otras sociedades, aparecen

expresiones semánticas que atraviesan fronteras nacionales, procediendo de contextos sociales muy distintos. Es el caso de la palabra “ghetto”, actualmente reapropiada y resignificada por parte de los jóvenes para enunciar en términos émicos la segregación residencial¹².

Apoyada, como se verá en las secciones siguientes, en ambos tipos de información estadística y antropológica, nuestra principal hipótesis se dirige a mostrar que además de los factores socio-políticos, los contextos socio-geográficos urbanos y rurales son determinantes en la producción de las identidades étnico-raciales. Si concebimos la identidad como una manera de hacer visible, de parte del sujeto que la comporta, una subjetividad personal inscrita en algo más colectivo, entonces los espacios urbanos, sobre todo en las grandes ciudades, como productores de individualidades, las más de las veces fragmentadas, no tienen mucho que ver con sentimientos de *communitas*, de pronto más propios de los medios rurales. Mientras en las áreas rurales es posible la existencia relativamente estable de comunidades “de origen”, en la ciudad ya no es viable eso por la inevitable dispersión. Si bien existen en Cali barrios con alta concentración de población negra de un mismo origen (Charco Azul, El Retiro, Mojica, Valladito, etc.), incluso con miembros de la misma red familiar residiendo en manzanas próximas o en la misma calle (Urrea, Arboleda y Arias, 1999), esta concentración barrial no garantiza la formación de una comunidad, en términos sociológicos, ya que es más fuerte la dinámica urbana de separación entre los espacios residencial, laboral, lúdico, etc., de la vida cotidiana, en fin la dinámica de generación de nuevas amistades y relaciones micro. Aquí, en lugar de un asentamiento “rural”, con diferencias relativamente moderadas, aparecen redes sociales de familias y paisanos con profundas diferencias intergeneracionales y sociodemográficas, habitando a veces los mismos barrios, pero donde pueden registrarse estadística y etnográficamente condiciones de vida desiguales. La sociedad urbana como espacio de modernización y de vivencias modernas impone la dinámica de la individualización y fragmentación de la vida social, fenómeno que ya fue advertido por los clásicos de la sociología urbana, en particular por G. Simmel.

3. Un modelo “étnico-territorial” eficiente en el Pacífico

La pregunta étnica del censo de 1993 capta bien, en la región de poblamiento negro del Pacífico, el nivel general y las variaciones locales de la afirmación de

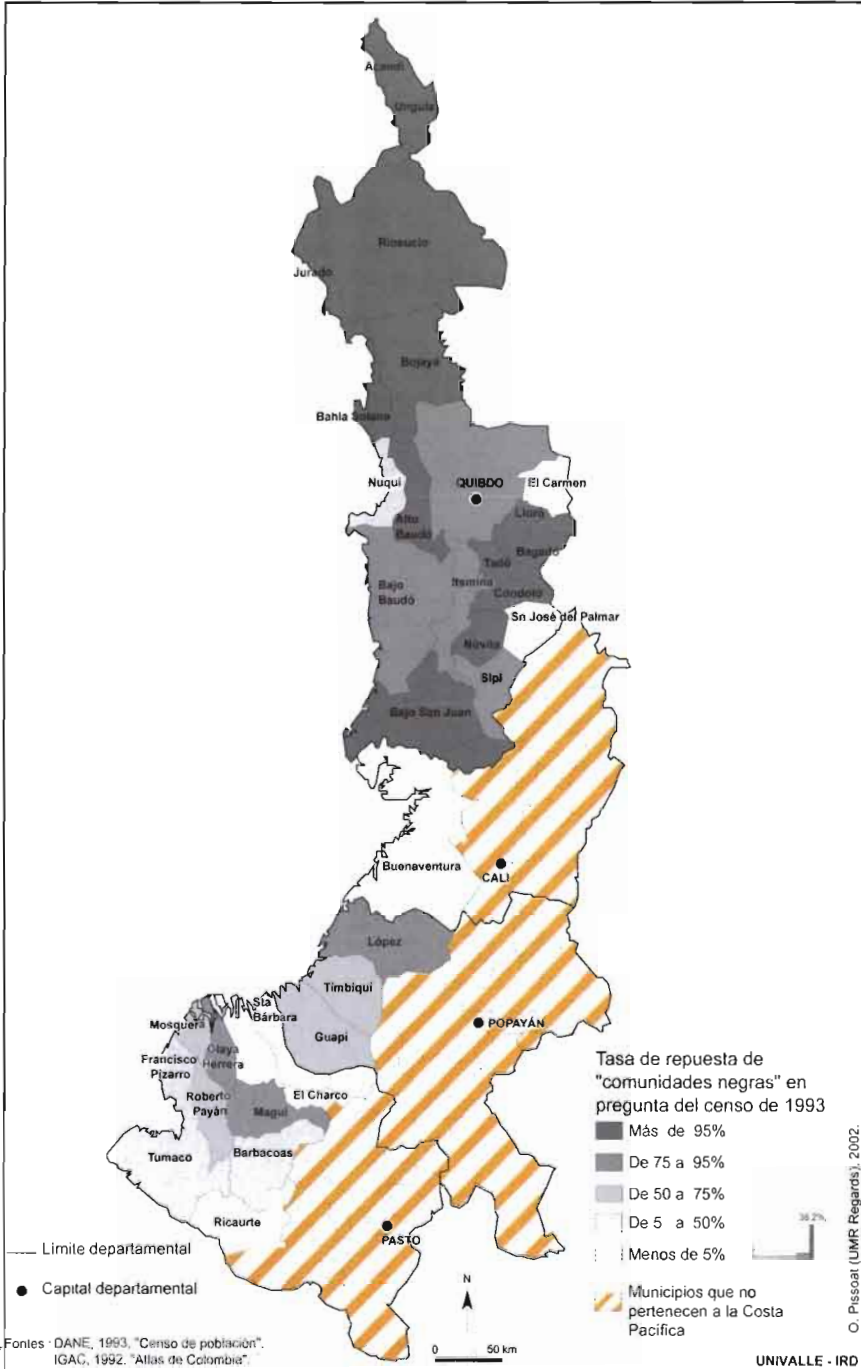
12. En muchos otros contextos urbanos nacionales o de otros países, caracterizados por crecientes consumos culturales, es también frecuente que determinados fenómenos transculturales como lo es el rap y la cultura hip hop, den lugar a representaciones del territorio urbano en las que se denuncian las características segregativas de ciertos barrios.

pertenencia a la comunidad negra, la cual se expresa, por ejemplo, en prácticas culturales “tradicionales” y “modernas”, como se observa en las fotografías 1 (mujeres tocando maracas en el carnaval de Tumaco) y 2 (baile de currulao en una plantación de palma africana en Tumaco). En la totalidad de la población mayor de 18 años de esta región, la frecuencia de respuestas positivas es del 44,5% y sufre muy fuertes variaciones locales: del 3% en el municipio de Buenaventura (costa Pacífica del Valle), pasa al 27% en la costa Pacífica de Nariño, al 71% en la del Cauca, a más de 80% en el conjunto de municipios del sur y centro del Chocó, incluyendo la capital, Quibdó, hasta superar el 95% en el norte y el este del departamento (Mapa 1). Frente a estas variaciones espaciales, la tentación es relacionarlas con la emergencia de las nuevas identidades étnicas o neo-étnicas que acompañan el movimiento social de las “comunidades negras” y sus implicaciones económicas y territoriales: esta dinámica surgió precisamente en la zona rural del norte del Chocó y Quibdó en el transcurso de los años ochenta (en particular con la experiencia organizativa de la Acia en la región del río Atrato) y condujo, justo antes del censo, a la adopción de la Ley 70 (véase la introducción del presente capítulo y la sección 3 del capítulo 7).

La regresión logística confirma ampliamente la hipótesis de una relación fuerte entre los dos procesos. En el modelo completo de los efectos principales, los seis parámetros correspondientes a las variables consideradas independientemente unas de otras (sexo, edad, nivel de educación, categoría socio-profesional, tamaño de la localidad y región de residencia) son todos significativos (Cuadro 2)¹³. Sin embargo, el efecto del contexto regional (captado a través de “la región de residencia”) domina ampliamente todos los demás, con una parte de variabilidad de las respuestas explicada diez veces superior a los dos efectos siguientes: la categoría socio-profesional y el tamaño de la localidad. En comparación, los efectos del sexo y del nivel de educación aparecen despreciables (más de cincuenta veces inferiores). Así, siendo iguales los demás factores, los habitantes de un municipio del norte del Chocó tienen una probabilidad de respuesta positiva 3,5 veces mayor que los de la costa Pacífica de Nariño, mientras que en Buenaventura dicha probabilidad es 4 veces inferior. El rol de la categoría socio-profesional es igualmente claro: éste opone los trabajadores independientes o familiares de la agricultura, la pesca y la minería (efecto positivo, en particular en el sector minero donde la probabilidad se multiplica por 2,5) a los obreros, empleados o patronos de todos los sectores (probabilidad disminuida en aproximadamente 5 a 10%).

13. Este modelo no permite descartar eventuales interacciones (se rechaza la hipótesis de interdependencia entre las variables). Pese a todo, el ajuste de las frecuencias marginales es satisfactorio (la desviación típica de los residuos es del 8%). En cambio, la hipótesis de independencia se admite para el modelo que integra todas las interacciones de orden 2 (ausencia de interacciones de orden superior), del que comentamos ciertos resultados.

Mapa 1: Tasas de auto percepción de pertenencia a “comunidades negras” en la región del Pacífico (censo de población de 1993)



Respecto al tamaño de la localidad, el modelo con interacciones de orden 2 muestra que su efecto propio desaparece ante los efectos cruzados con la categoría socio-profesional y la región de residencia, poniendo así de relieve los nichos sociales y geográficos de mayor afirmación étnica: empleados domésticos, obreros y empleados de las manufacturas, del comercio y los servicios, residentes en las aldeas de menos de 5.000 habitantes (en especial en la costa Pacífica del Cauca), trabajadores independientes o familiares de la explotación minera en estas mismas aldeas, pero sobre todo en las pequeñas ciudades de 5.000 a 50.000 habitantes del Chocó. En este modelo, hay que señalar finalmente la fuerte afirmación étnica de los habitantes del norte de Chocó que poseen un nivel de educación superior (probabilidad prácticamente duplicada en relación con el nivel de educación primaria incompleta), cuyo papel se conoce como determinante, desde su movilización en la fase preparatoria de los debates de la Asamblea Constituyente¹⁴, hasta las instancias actuales del movimiento de “comunidades negras”, pasando por la discusión de la Ley 70 entre los años 1991 y 1993, a través del mecanismo llamado Transitorio 55 que ordena la misma Asamblea Constituyente.

Cuadro 2: modelo logístico para las respuestas a la pregunta étnica del censo

Variables:	Grad. Lib.	Chi-cuadrado	Probabilidad
INTERCEPT	1	0.41	0.5237
SEXO	1	80.08	0.0000
EDADY	2	209.26	0.0000
NIVEDUY	5	1294.58	0.0000
SOCIOCUP	16	6693.06	0.0000
TAMLOCAL	4	5052.80	0.0000
REGIORES	5	57650.91	0.0000
LIKELIHOOD-RATIO	7910	19750.29	0.0000

14. Preparatoria para la expedición de la Constitución de 1991 y que operó en ese mismo año.

1) Análisis de varianza

Variables Categoría de referencia	Parámetro estimado	Nivel Sign.	Estimación Respuesta	Residuos (Obs-Est)	Efecto Marginal
Constante	-0.00820	0.5237	49,8%	-5,3%	
Hombre	-0.0525	0.0000	25,5%	-1,8%	-2,1%
Mujer	0.0525		27,6%	5,6%	
31 - 50 años	0.00626	0.3662	n.s.	n.s.	n.s.
Más de 50 años	-0.1044	0.0000	23,7%	1,7%	-3,9%
18 - 30 años	0.09814		27,6%	5,6%	
Ninguno-no respuesta	0.3710	0.0000	32,2%	2,2%	4,6%
Primaria completa	-0.1604	0.0000	21,8%	2,0%	-5,8%
Secundaria incompleta	-0.0536	0.0000	23,7%	-1,9%	-3,9%
Secundaria completa	-0.1148	0.0000	22,6%	-5,2%	-5,0%
Universit. post.	-0.1928	0.0000	21,2%	1,0%	-6,3%
Primaria incompleta	0.1506		27,6%	5,6%	
Inactivos	0.0961	0.0001	33,6%	-13,6%	6,0%
Estudiantes	0.1648	0.0000	35,1%	10,4%	7,5%
Desempleados	-0.0997	0.0000	29,3%	-10,4%	1,8%
Empleados Domést.	-0.3742	0.0000	24,0%	-10,3%	-3,6%
O/E Sec Descon	-0.1681	0.0000	27,9%	-5,7%	0,4%
O/E Ag-Pe-Mi-C-T	-0.5120	0.0000	21,6%	0,5%	-6,0%
O/E Manu-E-Com-S	-0.4247	0.0000	23,1%	-11,6%	-4,5%
O/E Fin-I-Gob-Ed	0.00113	0.9590	n.s.	n.s.	n.s.
Pos Des Ag-Pe-Mi	0.3415	0.0000	39,2%	7,5%	11,7%
Pos Des Otros Se	0.0162	0.5338	n.s.	n.s.	n.s.
Ind-Fam Sect, Des.	0.3187	0.0000	38,7%	0,5%	11,1%
Ind-Fam Agr-Pesc.	0.3445	0.0000	39,3%	25,4%	11,7%
Ind-Fam Minería	1.4624	0.0000	66,4%	-3,3%	38,9%
Ind-Fam Otros Se.	-0.1917	0.0000	27,5%	-13,2%	-0,1%
Patrón Ag-Pes-Mi.	-0.3769	0.0000	23,9%	9,4%	-3,6%
Patrón Otros Sec.	-0.4110	0.0000	23,3%	76,7%	-4,2%
Oficios del hogar	-0.18703		27,6%	5,6%	
Urb. <=5.000 pers.	-1.1882	0.0000	6,2%	-6,2%	-21,3%
5000<urb.<=50000	0.8757	0.0000	34,4%	12,8%	6,8%
50000<urb.<=100000	-0.0173	0.3795	n.s.	n.s.	n.s.
urbano>100.000	-0.2254	0.0000	14,8%	-3,8%	-12,7%
Rural	0.5552		27,6%	5,6%	
Pacífico Cauca	0.1087	0.0000	68,3%	-8,2%	40,8%
Pacífico Valle	-3.3417	0.0000	6,4%	-2,8%	-21,1%
Sur del Chocó	0.6512	0.0000	78,8%	-9,2%	51,2%
Centro del Chocó	1.0507	0.0000	84,7%	-6,9%	57,2%
Norte del Chocó	3.1589	0.0000	97,9%	-0,2%	70,3%
Pacífico Nariño	-1.6278		27,6%	5,6%	

Fuente: Censo de población y viviendas, Dane de 1993, modelo logístico de O. Barbary y H.F. Ramírez con el procedimiento Catmod de Sas.

2) *Estimación de los parámetros*

Conviene entonces situar la interpretación de estas diferencias en el contexto “neo-comunitarista” que enmarca el nacimiento político de la nueva “identidad afro-colombiana”. Agier y Quintín (capítulo 10, en el subtema *Política*) subrayan al respecto que *“es a partir de las políticas desarrollistas aplicadas a la región, así como de una revalorización, a escala mundial (pero retomada localmente por las organizaciones no gubernamentales y por la misma Iglesia Católica y por el Estado), de los discursos que reivindican el regionalismo, el localismo, la identidad étnica y la protección del medio ambiente, que la identidad afrocolombiana del Pacífico comienza a surgir de forma fuerte, en los escenarios políticos, aproximadamente a fines de los años ochenta e inicios de los noventa”*. Pero además, en estas condiciones, el acceso al estatuto y a los subsidios previstos en la Ley 70 reposa en la generación de una identidad cultural y étnica ligada ante todo a un territorio (las regiones rurales de la costa Pacífica) y a un sistema económico de explotación de los recursos cuyo núcleo es la microempresa familiar tradicional basada en la combinación de actividades agrícolas, pesqueras y mineras (por lo demás muy amenazada¹⁵). Uno observa entonces sin mayor sorpresa que las poblaciones más directamente interesadas por este nuevo dispositivo jurídico buscan ceñirse lo más posible a la afirmación de una identidad neo-étnica que, de alguna manera, la Constitución les exige al mismo tiempo que les otorga. Con base en su estudio de Tumaco, Hoffmann (op.cit.:19) resume esta situación de la siguiente manera: *“para las poblaciones rurales del Pacífico, la entrada a la modernidad pasa por la reivindicación — muchas veces la ‘invención’ en el sentido antropológico— de la ancestralidad y del particularismo étnico. (.../...) El territorio es fundamento y base de la movilización en un doble sentido: por un lado, legítima y condiciona el acceso a estos derechos nuevamente adquiridos después de siglos de ‘invisibilidad’ y, por el otro, propicia la construcción de un nuevo actor colectivo de envergadura nacional —las comunidades negras— cuyo rango de acción puede, legalmente, abarcar muchas otras esferas de la vida pública, electoral, educación, investigación, planes de desarrollo, etc.”*

Fuera de la región del Pacífico y de los territorios designados en la Ley 70 como propios de las comunidades negras, un modelo relativamente similar de afirmación étnico-territorial se observa en Puerto Tejada y en otras zonas del norte del Cauca, el que ha sido objeto también de estudios socio antropológicos (Hurtado, 2000; y Urrea y Hurtado, 2002). En el municipio de Puerto Tejada, el cual forma parte del área metropolitana de Cali, con una población asalariada, mayoritaria-

15. Agier et al.(1999: 7-24), Hoffmann, 2001b; y sobre todo el capítulo 4.

mente negra, constituyendo su núcleo urbano una “ciudad dormitorio” de Cali, la nueva identidad negra expresada por movimientos sociales y políticos locales se basa en la exaltación nostálgica de la sociedad campesina negra vinculada al cultivo del cacao, el tabaco y café, dominante hasta los años cuarenta. En oposición a esta sociedad campesina se impone progresivamente en la región desde los años cincuenta la gran plantación capitalista de caña de azúcar, con la consiguiente proletarización de su población. Las pequeñas propiedades que aún sobrevivieron a la expansión del cultivo de la caña y que continúan en manos de pobladores negros son tomadas como ejemplo de resistencia y no son pocas las voces entre los grupos de jóvenes negros universitarios que residen en Puerto Tejada, para reclamar la extensión de la Ley 70 a esta región. El proyecto de comunidades negras basadas en la tierra colectiva, que se le expropió en los años ochenta a una antigua hacienda ganadera, pasa como reconstrucción de un pasado idílico, el que hoy en día nutre las reivindicaciones étnico-territoriales (Urrea y Hurtado, op.cit.; y en particular el capítulo 9 de este libro).

En esta fase del análisis surgen dos interrogantes. Primero, la población tomada en cuenta en este primer modelo no incluye solamente personas de ascendencia africana susceptibles de contestar afirmativamente a la pregunta, ya que estas últimas no son identificables en el censo. De allí se desprende que gran parte de las respuestas negativas a la pregunta censal provienen de minorías blancas, indígenas y mestizas que no podemos excluir de la modelización, lo que evidentemente sesga la interpretación: en efecto, las mismas relaciones puestas en evidencia son sobre-determinadas por las estructuras geográfica, económica y social, propias de la población de ascendencia africana. En otros términos, los datos censales en la región del Pacífico no permiten saber en qué medida la ascendencia africana condiciona allí igualmente, quizá fuertemente, la afirmación de la pertenencia étnica. En segundo lugar, este enfoque asume implícitamente que las poblaciones negras y mulatas emigradas fuera del espacio geográfico amparado por la Ley 70, hoy en día mayoritarias, supuestamente deberían tener una afirmación neo-étnica al igual que la población negra del Pacífico, lo cual como vimos no es cierto. Pero entonces ¿qué hay de los procesos de construcción de una identidad negra en la ciudad? Y si ellos existen, ¿en qué se fundamentan?

Ante todo, es importante señalar que a partir de la Constitución de 1991 y de la Ley 70 se impuso un modelo multiculturalista en Colombia, que incluyó las formas institucionales del gasto público¹⁶. En ese sentido, se desarrollaron uni-

16. En el Ministerio del Interior, operaba la División de Negritudes, paralela a la de Pueblos Indígenas (con la administración Uribe Vélez fueron desmontadas); a escala departamental (Valle del Cauca) y municipal (Cali), las divisiones de “minorías étnicas o indígenas y negritudes”. Estas últi-

dades administrativas especializadas en el interior del Estado colombiano, a escala nacional, departamental y municipal, para la atención de la problemática de las “minorías étnicas y negritudes”. Por esta razón, el gasto social desde el Estado, por lo menos en teoría, tiene una distinción también “étnica”, aunque efectivamente las organizaciones indígenas han conseguido recursos en forma significativa por esta orientación, a diferencia de las organizaciones afrocolombianas, las cuales en su gran mayoría están ubicadas en los principales centros urbanos del país.

4. Un modelo de “reivindicación socio-racial” en Cali

En la encuesta llevada a cabo en Cali, además de las variables ya consideradas en la modelización de los datos censales (sexo, edad, nivel de educación, categoría socio-profesional), se dispone de otras cuatro variables:

- la caracterización fenotípica del encuestado observada por el encuestador (4 modalidades: negro, mulato, blanco, mestizo y otro);
- las características del encuestador (4 modalidades: mujer negra o mulata, hombre negro o mulato, mujer blanca o mestiza, hombre blanco o mestizo);
- la zona de residencia en Cali (4 modalidades: barrios populares del este, barrios de clase media del peri-centro y del este, barrios populares de la periferia occidental, barrios residenciales del sur);
- la condición migratoria (15 modalidades elaboradas a partir del cruce del lugar de nacimiento—nativos de Cali vs. migrantes— y del lugar de origen entendido como la región de nacimiento de los migrantes o, en el caso de los nativos, de sus padres, eventualmente migrantes¹⁷).

La población para la cual se construye el modelo es el conjunto de personas de la muestra que tienen un fenotipo negro o mulato (observación del encuestador), mayores de 18 años y que hayan contestado la pregunta. Entre estas 1.256 personas, el 42% declararon ser de piel negra y el 65% si se agregan los adjetivos “negra” y “morena”.

En Cali los contenidos semánticos de estos dos adjetivos son en general muy diferentes y dependen del contexto social en el que se emplean: el uso de “negro/a”

mas dependen de las Secretarías de Desarrollo Social o de Bienestar Social. Por otra parte, en algunos ministerios (especialmente en Educación, Salud y Medio Ambiente), existen programas focalizados para grupos étnicos.

17. Para una definición precisa de esta variable, ver Barbary, 1999a:10-11.

por la población blanca o mestiza contiene con frecuencia (pero no siempre) una intención de estigmatización, explícita o no, mientras que la apelación que se manifiesta a través del eufemismo “moreno/a” es una categoría que pretende sistemáticamente evacuar todo contenido racial explícito, sobre todo cuando la persona que la utiliza no tiene ascendencia africana visible, esto incluso en situaciones objetivas de discriminación racial. A los ojos de la mayoría de la población negra y mulata, “moreno/a” aparece a menudo como una forma paternalista de matizar o minimizar el estereotipo racista “negro/a”. Este contexto explica por qué estas dos palabras pueden atestiguar afirmaciones “identitarias” opuestas cuando se enuncian en respuesta a la pregunta de auto-identificación fenotípica, según un esquema de inversión del estigma. De acuerdo con esta hipótesis, la respuesta “negra” correspondería en muchos casos a una reivindicación de pertenencia a la “comunidad de descendientes de africanos”, en tanto que minoría históricamente discriminada, mientras que la respuesta “morena” puede interpretarse como una búsqueda de invisibilidad racial y una estrategia de “blanqueamiento”¹⁸. Algunos de los resultados de las pruebas estadísticas que vamos a presentar apuntan a pensar que así funciona. Sin embargo, desde la observación antropológica, hay que advertir que esto es válido sobre todo en aquellos contextos en donde la expresión “moreno/a”, está asociada a cierta invisibilidad del factor racial: por ejemplo, en espacios de circulación por fuera de las áreas de residencia (en el mercado de trabajo, en lugares de consumos o culturales más interraciales, etc.). Por otro lado, es también probable que la asociación de la respuesta “negro/a” a una pertenencia a la “comunidad de descendientes africanos” sea variable en el conjunto de la población negra; más frecuente en el seno de las organizaciones culturales negras, entre jóvenes con niveles educativos secundarios y universitarios o también en los círculos de profesionales negros de clases medias.

El análisis de las respuestas en las que se utiliza el adjetivo “negra/o”, opuestas a las otras (variable RESPNEGRA), corresponde entonces a la prueba de la hipótesis según la cual estas respuestas dan testimonio de una “afirmación socio-racial reivindicativa”. Tal elección de entrada para abordar el proceso de construcción de la identidad “negra” en Cali reposa, como se acaba de ver, en

18. De todas formas, hay que señalar que el referente cultural en el cual se sostiene la construcción de la negritud en Cali no viene en su mayor parte del África sino precisamente del mundo cultural norteamericano, a través de sus héroes deportivos negros, de sus músicos y actores de cine, y de la moda y las formas corporales de presentación, generalizadas entre los distintos grupos sociales negros de los Estados Unidos. De este último país y de Sudáfrica, provienen también las imágenes políticas de lucha contra el racismo, como puede observarse en las peluquerías “Afro” de Cali y Buenaventura: fotos de Nelson Mandela, Malcom X, Martin Luther King, al lado de jugadores famosos de la Nba y de raperos norteamericanos.

una interpretación semántica *a priori* de las respuestas, la cual orienta a su vez la interpretación sociológica; aun cuando ciertos datos antropológicos la sostienen, es importante ser consciente que ella no excluye en absoluto otras interpretaciones¹⁹.

El tamaño de muestra es insuficiente para armar un modelo completo con las ocho variables. El procedimiento Logistic permite seleccionar las variables en el orden de su contribución a la “explicación” de la variabilidad total de las respuestas. Se conservan entonces cuatro variables, ya que las otras no superan el umbral de significatividad del 90%, que son, en orden de importancia de los efectos: el fenotipo, la edad, la categoría profesional y la condición migratoria de los encuestados. La zona de residencia es determinante solamente cuando no se hace intervenir el fenotipo, lo que muestra una fuerte relación entre las dos variables y nos remite a la “especialización socio-racial” del espacio residencial en Cali, ya estudiada (cf. Barbary, 1999b: 37-41; Barbary, 2001a: 94-96; y Barbary, Ramírez, Urrea, 1999b).

El primer resultado notable es la ausencia de efectos importantes del sexo del encuestado y de las características del encuestador. En el conjunto de la muestra, existe un ligero efecto del sexo de los encuestados (significativo con probabilidad del 90%), teniendo las mujeres una probabilidad de declarar un color de piel negra superior en un 20% aproximadamente, frente a los hombres, pero no hay ningún efecto significativo de las características del encuestador²⁰. Por lo tanto, la relación encuestador/encuestado no reviste la importancia que se podía temer y que con frecuencia le atribuyen los antropólogos en sus críticas a este tipo de enfoque, enfatizando en lo que Agier y Quintín (op.cit.) llaman “el juego de roles goffmaniano entre el entrevistador y el entrevistado”. Más precisamente, si bien el modelo aporta algunos índices para sostener la existencia de tal juego, nos lleva también la prueba que sus consecuencias estadísticas son extremadamente limitadas. Eso indica claramente que el efecto micro de la rela-

19. Así, valdría la pena, para profundizar el análisis, repetir el ejercicio de modelización juntando las dos respuestas “*negra*” y “*morena*” asumiendo la hipótesis inversa que en los contextos barriales el uso de las dos expresiones es intercambiable en su contenido.

20. Sin embargo, existen efectos cruzados significativos (con probabilidad superior al 95%), que muestran que las características del encuestador juegan de manera específica para las subpoblaciones caracterizadas como “negras” o “mulatas”. Así, entre la población negra, los encuestadores (hombres) afrocolombianos obtuvieron una declaración de color de piel negra superior al promedio (68% vs. 57%), mientras que en la población mulata, son las encuestadoras afrocolombianas quienes obtienen esta sobre-declaración (18% vs. 12%); al contrario, las encuestadoras no-afrocolombianas registran una sub-declaración del fenotipo negro (7% vs. 12%). Pero a estas alturas, hay que advertir que el tamaño de muestra es demasiado pequeño para autorizar el control riguroso de todos los factores que pueden influir; por lo tanto, estos resultados no son de fácil interpretación; en todo caso, no necesariamente permiten sostener una hipótesis opuesta a la que aquí defendemos.

ción encuestador/encuestado no es ajeno al contexto societal mayor en donde opera un orden clasificatorio racial implícito y “oculto” (no institucionalizado a diferencia de los países en donde ha existido el apartheid), que todos los individuos, en un menor o mayor grado dependiendo de muchos factores, practican cotidianamente. En la sociedad caleña, los *habitus sociales* o *entramados de comportamientos* o *hábitos* (en el sentido de Elias, 1991: 238-240 [1987]; y 1982: 160 y 166 [1970]) de los diferentes grupos o clases tienen, en una gran medida, una matriz común de clasificación fenotípica de los cuerpos. De esta manera, los estereotipos raciales operan como un dispositivo social de distinción que clasifica a los individuos por su apariencia física.

El modelo que conserva las cuatro variables más determinantes muestra un desempeño bastante bueno, tanto para prever las respuestas individuales (74% de exactitud) como para estimar las frecuencias de respuesta de las diferentes categorías de población²¹. Analizando la determinación de las respuestas por las características individuales, es el efecto del fenotipo el que predomina ampliamente, explicando entre 5 y 30 veces más variabilidad que los otros tres caracteres (Cuadro 3). Así, siendo iguales los demás factores, las personas de fenotipo negro tienen una probabilidad de declarar un color de piel negra aproximadamente cuatro veces superior a las personas de fenotipo mulato. Sin embargo, este modelo conduce igualmente a rechazar la hipótesis de independencia entre las variables. En tal sentido, hay que interesarse, en particular, en las interacciones entre el fenotipo, el origen migratorio, la categoría profesional y la zona de residencia. Siendo demasiado reducida la muestra para modelizar las interacciones de orden superior a 2, nos limitaremos a los modelos saturados con dos variables, que cruzan el fenotipo con las otras tres (Cuadro 4).

Respecto a los efectos del origen geográfico y de la edad, los resultados consignados en los dos cuadros conducen a conclusiones opuestas en relación con la afirmación étnica en la región del Pacífico. En Cali, la única región de origen que favorece de manera significativa la afirmación de un color de piel negra es la costa Pacífica del Cauca. Más aún, el coeficiente significativo no es el que corresponde a los migrantes nacidos en la región, sino el de sus descendientes nacidos en Cali (probabilidad dos veces superior al promedio). En cambio, conforme a la lógica, los descendientes de migrantes de orígenes distantes de las zonas de influencia demográfica y cultural negra, como es el caso del interior de los departamentos del Valle, Cauca y Nariño y de los otros departamentos de Colombia, la declaran significativamente menos (probabilidad reducida en más

21. La desviación típica de los residuos es del 8%, exceptuando cuatro celdas muy mal ajustadas debido a efectivos muy reducidos.

de un tercio en relación con el promedio). El resto de la variabilidad de las respuestas según el origen migratorio no debe atribuirse al origen propiamente dicho, sino más bien a las variaciones de composición fenotípica de las poblaciones. Así, contrariamente a lo que se esperaba, teniendo en cuenta la afirmación masiva en el censo, de pertenencia a la comunidad negra por parte de los habitantes del Chocó, las personas oriundas de este Departamento encuestadas en Cali no declaran más un color de piel negra, en condiciones de fenotipo, profesión y edad iguales, que las personas de otros orígenes. Por último, el efecto del origen difiere a veces según el fenotipo. Es el caso para los migrantes de la costa Pacífica del Departamento de Nariño, sus descendientes nacidos en Cali y los migrantes de Buenaventura, entre los cuales las personas caracterizadas como “negras” declaran relativamente menos un color de piel negra que para otros orígenes, mientras que, al contrario, las personas caracterizadas como “mulatas” la declaran relativamente más. En cuanto a la edad, ésta juega en sentido inverso al modelo anterior en el que se observaba una sub-declaración moderada pero significativa entre las personas mayores de 50 años; en este caso, son los jóvenes entre 18 y 30 años quienes afirman ligeramente menos un fenotipo negro que las personas mayores.

Cuadro 3: efectos significativos sobre las respuestas a la pregunta “¿cual es su color de piel?” (modelo logístico sobre 1.256 respuestas)

Variables	Categorías significativas con probabilidad de: *** 99%; ** 95%, * 90%	Valor estimado parámetro	Nivel de Sign. (prob.)	Frecuencia marginal estimada	Frecuencia marginal observada
CONSTANTE		-0.6090	0.0000	35%	42%
FENOTIPO	<i>Negro (+)***</i>	1.0383	0.0000	61%	57%
	<i>Mulato</i>	-1.0383		16%	12%
EDAD	<i>18 - 30 años (-)**</i>	-0.2343	0.0275	30%	38%
	<i>más de 50 años</i>	0.1768		39%	43%
CAT. OCUPAC.	<i>Otros Asal Serv (-) *</i>	-0.4516	0.0751	26%	38%
	<i>Maest obr Manuf (+)**</i>	0.6334	0.0169	51%	55%
	<i>Desempleados (-)*</i>	-0.4567	0.0599	26%	34%
	<i>Inactivos</i>	-0.3709		27%	33%
COND. MIGRAT.	<i>Nac Ca Orig Pac Cauca-Paísa (+)**</i>	1.5522	0.0120	72%	73%
	<i>Nac Ca Orig Norte del Cauca (-)*</i>	-0.5346	0.0733	24%	36%
	<i>Nac Ca Orig Int. Va., Cau., Na (-)***</i>	-0.7234	0.0074	20%	19%
	<i>Mig Otros (-)**</i>	-0.6819	0.0149	22%	21%
	<i>Nac Ca y Otros</i>	-0.5149		24%	19%

Fuente: Encuesta Cidse/lrd de 1998, modelo logístico de O. Barbary y H.F. Ramírez con el procedimiento Catmod de Sas.

Cuadro 4: efectos cruzados sobre las respuestas a la pregunta “¿cual es su color de piel?” (1.256 respuestas)

Variables	Categorías significativas con probabilidad de: *** 99%; ** 95%, * 90%	Valor estimado parámetro	Nivel de Sign. (prob)	Frecuencia marginal estimada	Frecuencia marginal observada
Fenotipo y condición migratoria, con interacción					
CONSTANTE		-0,8776	0,0000	29%	42%
FENOTIPO	<i>Negro (+)</i> ***	1,2675	0,0000	60%	57%
	<i>Mulato</i>	-1,2675		11%	12%
COND.MIGRAT.	<i>Nac Cali Orig Cali (-)</i> ***	-0,3292	0,0013	23%	29%
	<i>Nac Ca Orig Pac Cauca-Paiza (+)</i> ***	1,4795	0,0019	65%	73%
	<i>Nac Ca Orig Int. Va. Cau. Na (-)</i> **	-0,6902	0,0118	17%	19%
	<i>Mig Otros (-)</i> **	-0,4223	0,0104	21%	21%
FENOTIPO×	<i>Negro Mig Pac Nariño (-)</i> ***	-0,7215	0,0034	54%	54%
COND.MIGRAT.	<i>Negro Nac Ca Orig Pac Nariño (-)</i> ***	-1,0291	0,0007	55%	55%
	<i>Negro Mig Pac Valle (-)</i> **	-0,6893	0,0177	57%	57%
Fenotipo y categoría ocupacional, con interacción					
CONSTANTE		-1,0808	0,0000	25%	42%
FENOTIPO	<i>Negro (+)</i> ***	1,3982	0,0000	58%	57%
	<i>Mulato</i>	-1,3982		8%	12%
CAT. OCUP	<i>Maest obr Manuf (+)</i> *	0,6552	0,0538	40%	55%
	<i>Ayu Art Cons Trsp (+)</i> *	0,4748	0,0880	35%	45%
FENOTIPO×	<i>Negro Secr. Pers admin (-)</i> **	-0,6806	0,0268	50%	50%
CAT. OCUP	<i>Negro Maest Artesanos (-)</i> **	-0,6680	0,0247	48%	48%
	<i>Negro Ayu Art Cons Trsp (-)</i> **	-0,5690	0,0409	56%	56%
Fenotipo y zona de residencia en Cali, con interacción					
CONSTANTE		-1,0087	0,0000	27%	42%
FENOTIPO	<i>Negro (+)</i> ***	1,132	0,0000	53%	57%
	<i>Mulato</i>	-1,132		11%	12%
ZONA RESID	<i>Barr. Pop Orien (+)</i> *	0,2342	0,0980	32%	46%
	<i>Barr. Pop Lader (-)</i> ***	-0,7716	0,0061	14%	15%

Fuente: Encuesta Cidse/Ird de 1998, modelo logístico de O. Barbary y H.F. Ramirez con el procedimiento Catmod de Sas.

Las categorías socio-profesionales no juegan, en la afirmación del fenotipo en Cali, el rol determinante que ejercen sobre la afirmación de la pertenencia a la comunidad negra en la región del Pacífico. Al umbral de confianza del 95%, sólo los obreros calificados de la industria tienden a declarar con mayor frecuencia un color de piel negra (probabilidad 1,8 veces superior a la de la población inactiva). Para ciertas categorías profesionales, tales como el secretariado y el personal administrativo, los artesanos o el personal no-calificado del artesanado, de la construcción y del transporte, la declaración de un color de piel negra depende nuevamente del fenotipo: las personas caracterizadas como “negras” la declaran con una frecuencia ligeramente menor que en las otras categorías laborales. Finalmente, los barrios populares de invasión en las laderas de la cordillera occidental, donde la proporción de población caracterizada como “negra” es la más baja (menos del 3% contra el 15% en promedio), constituyen la única zona de residencia en Cali que ejerza tal vez un efecto propio sobre la respuesta: en

esta zona, a igual fenotipo, la probabilidad de declararse de piel negra se divide por dos²².

- *Diferentes modelos de etnicidad*

El modelo identitario propuesto por la Ley tiene indiscutiblemente un impacto importante en la región del Pacífico, capaz de producir localmente, tal como lo hemos mostrado, un sentimiento masivo de pertenencia colectiva a las “comunidades negras”. De lo anterior, se puede concluir que en Cali la autoafirmación fenotípica de las poblaciones afrocolombianas funciona de una manera radicalmente diferente. Sus variaciones no siguen un principio estructurante único, contrariamente al papel que desempeñan en la afirmación neo-étnica en el Pacífico las dinámicas sociopolíticas locales, causas o consecuencias de la Ley 70. En la ciudad, la construcción de la identidad “negra” aparece a la vez más compleja y endógena en su elaboración, ante todo en estrecha relación con las categorías raciales de uso común (tanto étnicas como utilizadas por los encuestadores), las divisiones y las fronteras que ellas suponen, así como los estigmas, o en forma opuesta, las connotaciones positivas que ellas producen en diferentes contextos. Es necesario anotar que la fuerte correlación estadística entre la autopercepción del color de piel y la caracterización externa del fenotipo se explica a partir de un cierto consenso ambiguo entre diversos tipo de usos, tanto “discriminatorios” como “neutrales” de esas categorías “raciales”. Como evidencia, la denominación “negro/a” en Cali —y probablemente en los otros contextos urbanos colombianos—, a pesar de su uso más general estigmatizante, no conlleva siempre y en todas partes subentendidos racistas explícitos; en algunas situaciones su empleo corresponde a maneras intimistas que no tienen carácter despectivo.

Nos parece igualmente claro que el color de piel y más ampliamente la percepción del fenotipo, se colocan en una especie de interacción con otras características, tales como el origen migratorio, la edad, la categoría socio-ocupacional, el lugar de residencia o el sexo, para producir y determinar la construcción social de la alteridad y sus consecuencias en términos de segmentación, si es que no segregación, de los espacios y de los mercados urbanos. La “raza”, en el sentido que nosotros le damos de categoría fenotípica percibida e interpretada, eventualmente de modo racista, en las interacciones sociales, es entonces uno de los ingredientes de la “fábrica de las lógicas sociales”. Desde esta perspectiva,

22. Para asegurarse de ello, habría que probar este efecto cruzado en un modelo que integre la edad, la categoría socio-profesional y el origen migratorio, pero, nuevamente, se alcanzarían los límites permitidos por el tamaño de la muestra.

más que una hipotética transferencia de una identidad étnico-territorial, adquirida a través de la región de origen, el proceso de construcción de la identidad “negra” urbana nos parece que corresponde ante todo a la necesidad de enfrentar, en tanto que ciudadanos/as sometidos a diferentes tipos de discriminación —o que perciben dicho riesgo—, las desigualdades de acceso a los mercados de trabajo, la educación, el sistema de salud, el consumo, etc., en suma, a una reivindicación por la igualdad de oportunidades. Para desarrollar más esta hipótesis vamos ahora a retomar el análisis de las respuestas sobre opiniones en torno a la discriminación en la encuesta Cidse-Ird.

- ***La percepción de las discriminaciones socio-raciales en Cali***

Los comentarios que siguen se apoyan en los resultados de regresiones logísticas aplicadas a las preguntas sobre la existencia de discriminaciones raciales en diferentes contextos en Cali y en las declaraciones de experiencias personales de discriminación de parte de los encuestados (recuadro 3).

Recuadro 3: Regresiones logísticas sobre la percepción de discriminaciones sociales y raciales

En esta segunda serie de modelos logísticos las variables analizadas son las frecuencias de respuestas positivas a las preguntas sobre la existencia de discriminaciones raciales en distintos contextos y sobre experiencias personales de discriminación. Son un total de ocho variables dicotómicas: discriminación de la gente negra en hospitales y centros de salud, en escuelas y colegios, en transportes colectivos, en entidades de la administración pública, por la policía, en el barrio y, finalmente, ocurrencia de una experiencia personal de discriminación. Los modelos se aplican sucesivamente al conjunto de la muestra de la encuesta (1.880 personas), luego a la submuestra de personas caracterizadas negras o mulatas por los encuestadores (1.256 personas). Buscamos los determinantes de estas respuestas dentro del mismo conjunto de variables individuales que para la auto afirmación del color de piel. Para las siete primeras respuestas se investiga también en qué medida ellas dependen de las experiencias personales de discriminación. Simétricamente, para esta última respuesta, el modelo incluye como variables independientes las siete primeras respuestas. Los parámetros correspondientes a los diferentes modelos, demasiado numerosos, no son reproducidos aquí, pero, por supuesto, el comentario se fundamenta en ellos. Además, como apoyo a nuestra argumentación, el Cuadro 5 presenta las frecuencias de respuestas positivas observadas según el fenotipo y el sexo del individuo.

Los resultados, a pesar de ser interesantes, tienen calidades de predicción inferiores al del modelo de afirmación del color de piel²³. Pero si las opiniones sobre discriminación racial son en su conjunto un poco menos ligadas a los factores sociodemográficos que la afirmación del fenotipo, hay, sin embargo, una muy fuerte coherencia en los esquemas de determinación de los dos tipos de respuestas; veamos al respecto cuatro ejemplos.

1. La regresión confirma lo que muestran las frecuencias de la tabla (Cuadro 5): la declaración de una experiencia personal de discriminación, como la autopercepción del color de piel, está ante todo ligada al fenotipo. En el conjunto de la muestra, las personas caracterizadas “negras” por los encuestadores tienen, siendo iguales los demás factores y de modo extremadamente significativo, una probabilidad muy superior de declarar una experiencia de discriminación (32% versus 20% en promedio). Entre las poblaciones negra y mulata, la diferencia de probabilidad es casi del doble: 32% versus 17%. Por supuesto, hay que distinguir la declaración de la ocurrencia real y se puede así objetar que la calificación discriminatoria de tal o cual episodio es un asunto de percepción personal. Sin embargo, no hay duda de que esta relación entre fenotipo observado por los encuestadores y la ocurrencia de episodios discriminatorios prueba que existe en Cali, como ocurre en muchas otras partes, un substrato racista afectando una serie de contextos de la vida social.

2. Según la opinión de los encuestados, después del color de piel, el origen migratorio es el primer determinante “sociodemográfico” de la discriminación en casi todos los contextos (con excepción de los hospitales y centros de salud y en el barrio). Se observan en efecto diversas asociaciones estadísticas, las cuales varían según los contextos de la relación social (escuela, trabajo, transportes, etc.), entre la percepción de la discriminación y el origen geográfico de los encuestados o de sus padres. En síntesis, una especie de gradiente de exposición al racismo se dibuja: él parte de un nivel mínimo para los migrantes de la costa Pacífica del Cauca (en casi todos los contextos) y los migrantes del norte del Cauca y sus descendientes nacidos en Cali (contextos de trabajo, policía), luego se acentúa con los migrantes del Chocó (contexto de trato en la administración pública y privada) y del interior del Valle, Cauca y Nariño (contexto de transporte) y los nativos de Cali originarios de la costa Pacífica de Nariño (contexto escolar), para llegar a su máximo nivel en los migrantes de Buenaventura y sus descendientes nacidos en Cali (contextos de transportes, trabajo, policía, sistema escolar). Como veremos más adelante, este gradiente corresponde a unas dinámicas regionales diferenciadas, en términos de procesos socio-raciales locales.

23. Se ubican entre 55% de respuestas correctamente previstas para la discriminación en los hospitales y centros de salud y 62% para la discriminación en los transportes y en el barrio. El último modelo explica mejor la declaración de una experiencia personal de discriminación (70% de previsiones exactas).

Cuadro 5: Respuestas afirmativas a las preguntas de opinión sobre la discriminación, según la caracterización fenotípica y el sexo de los encuestados (diferencias significativas observadas)

1. Respuestas a las preguntas sobre la discriminación de los negros en diferentes contextos										
Caracterización hecha por el encuestador:		Discriminación hacia los negros								
		Hogares afrocol.		Hogares de control		Total				
Contexto:		Valores (1)	% (2)	Valores	%	Valores	%	Valores	%	
En los hospitales y centros de salud		1.504	32 *	376	27 °	1.880	31,0			
En la escuela o en el colegio		1.504	34	376	32	1.880	33,6			
En el transporte público		1.504	39 **	376	32 °°	1.880	37,6			
En los trámites administrativos		1.504	31 *	376	26 °	1.880	30,0			
En el trabajo		1.504	57 **	376	41 °°	1.880	53,8			
Por la policía		1.504	54 *	376	50 °	1.880	53,2			
En el barrio		1.504	19	376	18	1.880	18,8			

2. Respuestas afirmativas a la pregunta: ¿Usted mismo ha sido víctima de discriminación en su trabajo o en otras situaciones ?										
Caracterización hecha por el encuestador:	Negro		Mulato		Mestizo		Blanco		Total	
Sexo:	Valores	% (2)	Valores	%	Valores	%	Valores	%	Valores	%
Hombres	356	30 ++	180	14	104	5 <<--	148	10	788	12 <<
Mujeres	470	33 ++	251	17	154	16 >>	202	11 --	1.077	16 >>
Total	826	32 ++	431	15	258	11 -	350	10 --	1.865	14

Fuente: encuesta Cidse/1ra junio 1998, tabulación de O. Barbary

(1) Los valores corresponden al número de personas que respondieron la pregunta. Debido al reducido número de casos, las categorías "indígenas" y "otros" fueron excluidas de las tablas.
 (2) Las frecuencias corresponden a las respuestas afirmativas, estimadas a partir de la muestra sobre el conjunto de la población de 18 años y más; los datos han sido ponderados por los factores de extrapolación del muestreo. El test de significatividad está basado sobre los intervalos de confianza a los niveles de 95% y 99%, asociados al diseño muestral, con las siguientes anotaciones:

1. >, >> et <, <<: Diferencias positivas (>, >>) y negativas (<, <<) entre sexos, significativas con probabilidades del 95% (>, <) y 99% (>>, <<)
2. +, ++ et -, -: Diferencias positivas (+, ++) et negativas (-, --) para la categoría fenotípica, en relación al promedio de la muestra.
3. *, ** et °, °°: Diferencias positivas (*, **) et negativas (°, °°) para el tipo de hogar, en relación al promedio de la muestra.

3. Los otros factores determinantes de las opiniones respecto a la existencia de racismo varían según los contextos en donde se produce el evento. La población de los barrios residenciales del sur (clases medias y altas) es más sensible a las discriminaciones en el sistema escolar de primaria y secundaria, en los procedimientos administrativos y los transportes (las probabilidades aumentan de 15 a

30%); al contrario, los habitantes de las áreas pobres de la periferia occidental denuncian mucho menos esas discriminaciones (la probabilidad se reduce de aproximadamente 15%). Sin que cause sorpresa, las discriminaciones por parte de la policía golpean sobre todo a los jóvenes (entre 18-30 años) y las categorías profesionales expuestas a controles policíacos (comerciantes ambulantes y de plazas de mercado, trabajadores de los transportes). La misma lógica de exposición explica las variaciones de percepción en los transportes: frecuencias más elevadas para las categorías móviles (asalariados de los servicios, obreros manufactureros) que en el caso de los inactivos o las empleadas domésticas. El caso de la percepción del racismo en el barrio es particular, primero porque su nivel promedio es bajo (solamente 19% de respuestas afirmativas), segundo porque sus variaciones según el fenotipo son a la inversa del esquema observado en los otros contextos (las personas caracterizadas negras las perciben ligeramente menos que las personas blancas), y, tercero, sobre todo porque aparece claramente la colusión entre estigmatización social y racial. En efecto, tanto para el conjunto de la población como para la población negra y mulata, las frecuencias de percepción aumentan fuertemente entre los desempleados (35%) y los estatus socio-profesionales menos estables (trabajadores no calificados de tipo artesanal, de la construcción y los transportes: 31%), mientras que son particularmente débiles para los patronos artesanales y los obreros calificados manufactureros (15%). Así, a pesar de la referencia explícita a la discriminación de la gente negra, las discriminaciones percibidas en el barrio parecen más relacionadas con la exclusión de las categorías sociales marginales que con manifestaciones propiamente racistas. Nos confrontamos de nuevo aquí ante el fenómeno de la inequidad “socio-racial”, sobre el cual volveremos para interpretar estos resultados.

4. La percepción de los problemas de discriminación encontrados en el medio escolar se inscribe en un contexto que se hace indispensable recordar. El profundo atraso y pérdida de calidad del sistema educativo en la primaria y secundaria colombiana, principalmente debido al desplome de la enseñanza pública por causa de las políticas del Estado que favorecen al sector privado con desinterés por la educación pública, al igual que los altos costos de la educación privada (la que puede llegar a ser de aceptable calidad para los estratos socioeconómicos medios y altos o de pésimo rendimiento en los estratos bajos), en la coyuntura de recesión actual (particularmente crítica en Cali), constituye uno de los principales frenos a la reducción de la inequidad social. De modo progresivo, la carga financiera para los hogares de cualquier estrategia de acceso a un capital escolar valorizable en el mercado de trabajo, termina siendo insoportable para el conjunto de las clases populares y la mayor parte de las clases medias. Esto se convierte en el factor principal de una exclusión económica masiva por el desempleo o el subempleo, conllevando una involución considerable en la historia

social del país. En este contexto, la existencia de discriminaciones hacia la población afrocolombiana en la escuela o colegio es denunciada por una tercera parte de los encuestados de Cali, sin diferencia significativa de percepción entre la población afrocolombiana considerada en su conjunto y el resto de la población (Cuadro 5). La regresión logística pone en evidencia tres factores de variaciones importantes.

- Al igual que los otros tipos de discriminación, la percepción escolar de la misma aumenta significativamente en las personas que declaran un color de piel negro y en las personas que han reportado una experiencia personal de discriminación. El análisis de las respuestas abiertas que describen las situaciones de discriminación escolar muestra que, para las personas más expuestas de la muestra, la existencia de una inequidad racial en el acceso a la educación no tiene duda alguna. En las entrevistas realizadas por Urrea y Quintín (2000a) a jóvenes negros, hombres y mujeres, de los barrios populares y de “invasión” al Oriente de la ciudad, la evocación de la estigmatización socio-racial se conjuga con la ausencia de opción de movilidad social ofrecida por la educación, sobre todo en las escuelas públicas pero también en las privadas. Esta desvalorización de la educación permite explicar las impresionantes tasas de deserción escolar en estos barrios, sobre todo entre los adolescentes.
- El grupo entre 31-50 años se inquieta más por este problema que los mismos jóvenes (18-30 años) que lo sufren o que las personas de más de 50 años. Se observa así una mayor sensibilidad de los adultos encargados de los hogares, quienes en el contexto de la profunda crisis del sistema escolar tienen mayor conciencia de la gravedad de la situación.
- A través de las variaciones significativas según el nivel educativo, el lugar de residencia en Cali y el origen geográfico, aparece un gradiente sociocultural de percepción. Así, las personas que tienen un nivel de estudios universitarios, siendo iguales los demás factores, tienen una frecuencia de declaración muy superior a las que no tienen educación primaria (+64%); de igual manera, los residentes de los barrios de clases medias y altas en relación con los de los barrios pobres (+30%). En fin, en el interior de la población caracterizada como negra o mulata, los migrantes de la costa Pacífica del Cauca tienen una probabilidad de declaración inferior a la mitad del promedio, mientras que los nativos de Cali —de padres originarios de la costa Pacífica de Nariño—, los migrantes de Buenaventura y los del interior de los Departamentos del Valle, Cauca y Nariño se distinguen por las altas percepciones (superiores entre un 30 y 40% al promedio). No es entonces sorprendente que las clases medias negras y mulatas, que han efectuado su migración a

Cali con una perspectiva de ascenso social, si no para ellos mismos al menos para sus hijos y a menudo han pagado un alto precio para educarlos, sean las más sensibles a este asunto.

El conjunto de estos resultados debe interpretarse evocando al menos tres clases de factores distintos (histórico-culturales, socioeconómicos y residenciales). Como se verá en seguida, cada uno de ellos, considerado separadamente, no permite dar cuenta del conjunto de las diferencias observadas en la percepción de la discriminación, sino son sus efectos combinados los que ilustran entonces la imbricación de los motivos sociales y raciales de la discriminación. Esto nos pone frente a la complejidad de los retos y de las determinaciones de la identidad “socio-racial” en Cali.

1. Factores histórico-culturales

Se puede proponer primero unas explicaciones de orden geográfico e histórico, según el tipo de relaciones sociales y raciales que han caracterizado a las sociedades locales de origen y que pesan sobre las condiciones “culturales” de la inserción urbana. La costa Pacífica del Cauca y el norte del Cauca son regiones en donde el poblamiento negro, a pesar de ser antiguo y dominante en términos demográficos, no dio lugar a la constitución de sociedades “negras” tan encerradas, ya sea en el plano económico o cultural, como en la costa Pacífica de Nariño o el Chocó. El mestizaje, la interdependencia, incluso muy desigual, en los planos económico, político y cultural, respecto a la sociedad blanca y mestiza local, la influencia constante de centros urbanos del interior del país como Popayán y Cali (Urrea y Hurtado, 1997), han creado en las poblaciones una práctica y una memoria de la coexistencia interracial que, de algún modo, aportaron al orden socio-racial dominante hoy en día en Cali. Recíprocamente, la imagen del “negro/a” existe en Cali desde los orígenes de la ciudad, cuando era un simple villorrio, y en toda la región del valle geográfico del río Cauca, debido precisamente a que Cali y esta región fueron centros de la hacienda esclavista minero-ganadera que alcanza su mayor apogeo en el siglo XVIII, bajo la supremacía política y administrativa de Popayán (Colmenares, [1975] 1983). Esta dinámica continuará y en cierto modo se profundizará después de la abolición de la esclavitud (1851) y la decadencia de Popayán, cuando Cali asume el papel dominante en toda la región. Entonces se trata de una imagen que siempre ha estado presente en la historia de la ciudad en sus diferentes períodos de su evolución.

Por otro lado, hay que tener en cuenta la presencia en las últimas cuatro décadas en Cali de grupos mulatos procedentes de la costa Pacífica del Cauca (municipio de Guapi), que constituyen la “colonia guapireña”. A partir de los años sesenta los migrantes de este municipio, pequeño puerto en el Pacífico caucano, paulati-

namente han conformado redes familiares en la ciudad de Cali, dotadas de un capital cultural, escolar, económico y social, acumulados por las elites negras y mulatas locales hacia finales del siglo XIX en la explotación de los aluviones auríferos, si bien algunas de ellas son descendientes mulatos de las uniones entre técnicos extranjeros de las empresas europeas y americanas allí instaladas hacia finales del siglo XIX y comienzos del XX y mujeres negras nativas. Los capitales de los guapiereños aplicados en Cali han permitido el desarrollo de un empresariado en actividades que combinan los pequeños y medianos negocios con las prácticas culturales (restaurantes con productos del Pacífico, música, danza, etc.; véase Urrea y Mejía, 2000). Se trata de una clase media negra mestizada con sus descendientes nacidos en Cali, compuesta por profesionales y empresarios bien integrados, a nivel residencial, cultural y social, que ha podido interactuar con clases medias blancas y mestizas mediante alianzas económicas y matrimoniales.

Por el contrario, el Departamento del Chocó, la costa Pacífica de Nariño y en una menor medida, el hinterland rural de Buenaventura, en donde los poblamientos históricos han sido masivamente negros y el mestizaje muy reducido, son percibidos desde el exterior, en particular en Cali, como sociedades “negras” lejanas o apartadas. Los migrantes de estas áreas son en su mayor parte de origen rural²⁴ o bajo la modalidad de etapas sucesivas más o menos largas en los barrios pobres de los pequeños centros urbanos de municipios cercanos, con un bajo nivel de capitales de llegada a Cali, lo cual se traduce en una fuerte concentración residencial en los barrios más precarios, en los que pesa el estigma de “ghettos” y “barrios de negros”.

Se tiene entonces, entre las poblaciones negras y mulatas que residen en Cali y la sociedad mestiza local, una distancia cultural y social recíprocas que varía según el origen migratorio y ello determina, a su vez, prácticas y percepciones del racismo diferentes. Este esquema permite explicar los grados crecientes de percepción de la discriminación racial por los migrantes, desde los orígenes geoculturales más cercanos (costa Pacífica del Valle y norte del Cauca) hasta los más lejanos (costa Pacífica de Nariño y Chocó). En cambio, no explica los niveles relativamente altos de percepción de la discriminación entre los migrantes del interior del Valle, de la costa Pacífica del Cauca y de Nariño, y sobre todo, de los migrantes de Buenaventura y algunos afrocolombianos nativos de Cali.

24. En cambio, no es necesariamente el caso de los migrantes del Departamento del Chocó en Medellín y Bogotá, ya que una buena parte de ellos proviene de la ciudad de Quibdó y otros centros urbanos de ese Departamento, con mejores capitales adquiridos y por lo mismo con un acceso mejor en dichas ciudades. Es decir, hay también una gran heterogeneidad de la migración chochoana en el interior del país, incluyendo la ciudad de Cali, ya que también aquí han llegado capas medias de las zonas urbanas chochoanas, aunque en menor peso que las de procedencia rural.

2. Factores socioeconómicos

Una segunda explicación pone en relación los niveles de percepción del racismo con las condiciones de inserción socioeconómica de unos y otros y las dificultades que encuentran sus perspectivas y estrategias de ascenso social. Ella concierne tanto a los nativos como a los migrantes. En los otros análisis de los datos de la encuesta se mostró que las desigualdades más fuertes de condiciones de vida en Cali afectan a los hogares afrocolombianos de clase media. En estos estratos socioeconómicos los indicadores de hacinamiento en la residencia y el acceso a los servicios y bienes de consumo revelan las mayores disparidades en contra de la población negra y mulata (Bruyneel y Ramírez, 1999: 56-61). Se llega a una conclusión similar a través de la comparación en los niveles de desempleo y en las estructuras socio-ocupacionales (ver capítulo 1 y Urrea y Ramírez, 2000). Al respecto, es fuerte en el imaginario colectivo de amplios sectores sociales de la ciudad los estereotipos sobre los roles subordinados de empleada doméstica o sirvienta para la mujer negra y de trabajador de la construcción sin educación para el hombre negro, que además hablan un mal castellano. Un buen ejemplo lo constituye la caricatura de Nieves, publicada en el diario *El País* desde hace 30 años, donde son típicamente representados, a través de dos personajes, los oficios de “negro” en la región. En la caricatura, “Nieves” es la sirvienta negra y su compañero, “Hétor”, obrero de la construcción. Los dos corresponden a personajes ingenuos con baja escolaridad, que se atreven a opinar o “filosofar” sobre temas de la vida cotidiana y acontecimientos sociales y políticos a partir de frases de sentido común con las cuales generan reacciones de sorpresa por su ingenuidad y visión simplista de la vida (véase Urrea, 1997: 155; y Urrea, 2000: 30-35). No obstante su popularidad muy polémica²⁵, el valor simbólico de estos dos personajes en Cali conserva mucha ambigüedad, llegando en ciertos contextos a invertirse el estigma, para usarlos como figuras de “identidad negra”, como se puede ver en la foto 3 de M. González reproducida aquí, sobre un estilo de corte de cabello que reproduce la silueta del personaje “Hétor”.

25. En 1997 el profesor de la Universidad del Valle, Pascual Charrupi (estadístico negro de gran trayectoria, cuya desaparición en 1999 deploramos), encaminó una acción de tutela contra el diario regional *El País* por la publicación de esta caricatura, alegando su contenido racista y discriminatorio. Esta tutela fue fallada en contra del demandante por el juez local y el Tribunal Regional y luego llegó hasta la Corte Constitucional en donde se clasificó como no procedimental. Sin embargo, la demanda generó una interesante polémica en los medios de comunicación regionales e incluso nacionales (prensa, radio y televisión), entre los que apoyaban a la autora de la caricatura (Consuelo Lagos, una mujer de la elite blanca vallecaucana) y los que estaban de acuerdo con el recurso de tutela. Fue claro que entre los partidarios de las dos posiciones estaba presente el factor racial: los que simpatizaban con la caricaturista no eran negros o mulatos y consideraban sectaria la interpretación del demandante, mientras los que apoyaban la tutela eran en gran mayoría profesionales negros o mulatos que la juzgaban con los mismos criterios del demandante.

Además, el origen geográfico es un factor importante de diferenciación socio-económica de las poblaciones negras y mulatas de Cali, como ya fue anotado antes. En efecto, el contraste es muy fuerte entre las estructuras socio-ocupacionales que se observan entre los migrantes de Buenaventura o del interior del Valle del Cauca, de la costa Pacífica del Cauca y sus descendientes nacidos en Cali, las cuales testimonian una inserción económica satisfactoria, y las de los originarios de la costa Pacífica de Nariño y del Departamento del Chocó (migrantes y sus descendientes nacidos en Cali) que presentan al contrario una fuerte marginalización. En forma de ejemplo, la proporción de mujeres económicamente activas que trabajan como empleadas domésticas son 25 y 12% para los dos primeros orígenes mientras que aumentan al 41 y 37% para los segundos. Igualmente, los hombres activos que ocupan empleos no calificados son solamente el 11% del total en los primeros contra el 19 y 20% en los segundos. Las percepciones de las discriminaciones obedecen así a lógicas distintas. Esquemáticamente podría decirse que los originarios de Buenaventura, en su mayor parte clases medias, reaccionan más frente a la existencia de frenos específicos a la inserción económica y social de la gente negra y mulata, tales como un acceso más difícil a la educación, discriminación en los enganches o en la promoción laborales, arbitrariedad policial, etc., que ellos perciben como obstáculos discriminatorios a sus expectativas de ascenso social. Por el contrario, los de la costa Pacífica de Nariño y del Departamento del Chocó denuncian más moderadamente el origen racial de la exclusión residencial y ocupacional de que son víctimas, ya que tienen el sentimiento de compartir, en igualdad con las poblaciones blancas y mestizas en los barrios precarios donde todos residen, el reducido capital económico y social de que disponen.

3. Discriminación y segregación socio-espacial

El tercer factor nos introduce nuevamente en la cuestión de la segregación residencial y la dimensión socio-espacial de la discriminación. Hay que volver a los fuertes nexos que existen en Cali entre lugar de residencia, origen migratorio y características fenotípicas de la población. El capítulo 3 cuenta con análisis estadísticos (índices de disimilaridad y de Hutchens) para medir la diferenciación espacial de las regiones de residencia y avanzar así en un diagnóstico riguroso sobre los niveles de segregación socio-racial en Cali; la cartografía de los datos del censo y de la encuesta de 1998 muestran también la desigualdad en la distribución de los lugares de residencia (ver los cuadros, mapas y su análisis detallado en el capítulo 3 y en Barbary, 1999a y b). Se observa en particular que los migrantes de la costa Pacífica de Nariño, del Chocó, y sus descendientes nacidos en Cali, tienen una localización residencial muy concentrada en los barrios más pobres en el oriente de la ciudad (ibid.: 13-14), el Distrito de Aguablanca (co-

munas 13, 14 y 15) y en las comunas 6, 7 y 21, donde se encuentra la mayor proporción de hogares afrocolombianos y personas de fenotipo negro (respectivamente de 35 a 46% y de 18 a 27% en promedio por sector cartográfico del censo, si bien localmente estas concentraciones pueden ser más elevadas, ver *ibid.*: 38-40). Como se concluye en el capítulo 3, comparados con los promedios para el conjunto de la ciudad (30% de hogares afrocolombianos y 25% de la población negra o afrocolombiana²⁶), dichas cifras no atestatan para nada la existencia de un ghetto racial en Cali. Sin embargo, la marginalización económica y social de estos barrios por la pobreza, el desempleo masivo, el menor acceso a la infraestructura de servicios públicos, la delincuencia, etc. es una realidad incuestionable.

Complementando los datos estadísticos, los datos antropológicos permiten acercarse a las mediaciones simbólicas entre los actores involucrados: la población negra y mulata, concentrada en determinados barrios en donde representa una proporción importante de la población, a veces mayoritaria, genera en las percepciones externas a estos barrios, según ya fue advertido, la imagen de “barrios de negros”. Esto puede advertirse en las fotos del capítulo 3 del libro y en la que se reporta en este capítulo, la fotografía 5, en la cual son retratados niños en uno de los callejones del barrio de invasión de Sardi. Como reacción a este proceso se construye muchas veces en estos mismos barrios una identidad que valoriza una “personalidad racial”. De otro lado, cierto léxico a menudo traído de contextos sociales muy distintos, que traduce las separaciones simbólicas entre unos barrios y otros, ha fundado en varias dimensiones de la vida cotidiana la percepción de la segregación espacial, social y racial. Por ejemplo, aunque la realidad de la segregación en Cali no presenta una medida similar con las modalidades que prevalecen en las grandes metrópolis estadounidenses, la noción de “ghetto” es objeto de uso generalizado en una serie de barrios del Distrito de Aguablanca, siendo reapropiado y resignificado por los jóvenes afrocolombianos, quienes así expresan su percepción de los resultados de la segregación residencial. El término “ghetto” atraviesa así las fronteras nacionales vía los medios de comunicación, ya sea en los contenidos de denuncia del movimiento negro americano o a través de las músicas de reggae y rap, como el caso del reconocido grupo de rap “Ghetto’s Klan”, surgido en el barrio Charco Azul del Distrito de Aguablanca (ver fotografía 4), con audiencia en ciudades como Bogotá, en donde han intentado comercializar sus trabajos grabados.

26. La encuesta Cidse-Banco Mundial de 1999 arrojó un 37% de hogares afrocolombianos y cerca del 32% de población negra/mulata; la encuesta nacional de hogares del Dane de diciembre de 2000, etapa 110, un 26.5% de población autopercebida como negra/mulata. Esto significa que entre estos valores se ubica la población afrocolombiana en Cali, pero con presencia de una población mestiza en forma generalizada aún en los barrios con mayor concentración de población negra.

Las dos facetas, racial y de clase social, que interactúan una sobre la otra, son el soporte de la estigmatización del Distrito de Aguablanca, al tiempo que juegan un papel de autorepresentación: son la clave en la producción de la alteridad en estas áreas urbanas. Ellas permiten explicar el porqué las personas que proceden de la costa Pacífica de Nariño y del Departamento del Chocó, y que están sobre representadas demográficamente en el Distrito de Aguablanca, perciben la discriminación de una manera más aguda que otras poblaciones negras y mulatas más repartidas en el conjunto de la ciudad, como, por ejemplo, las de orígenes de la costa Pacífica y norte del Cauca.

Conclusión

Los resultados del enfoque neo-étnico implementado en el censo de 1993, en perfecta coherencia con los datos más finos de sociólogos y antropólogos, ponen de relieve la existencia, en la región del Pacífico, de una afirmación de pertenencia a la “comunidad negra” basada en un principio étnico-territorial, que se podría calificar de “utilitario” en la medida en que se encuentra instrumentalizado social y políticamente por un gran número de actores. El análisis de los datos censales demuestra en todos los casos que el modelo de identidad propuesto por la Ley 70 tuvo un impacto importante, capaz de promover localmente una pertenencia colectiva alrededor de las “comunidades negras”. Sin embargo, no se debe sacar de esta realidad una visión demasiado estereotipada de la nueva identidad afrocolombiana en el Pacífico. Como lo expresa Hoffmann en su estudio de las movilizaciones identitarias en la costa del Departamento de Nariño: *“de manera general, las categorías elaboradas por la ‘gente de los ríos’ en torno a la cuestión identitaria son, a menudo, más matizadas y flexibles que las categorías propuestas por los intelectuales y dirigentes del movimiento negro (cf. por ejemplo, las combinaciones de criterios fenotípicos, residenciales, de parentesco y de prácticas sociales para definir quién es miembro de un territorio, y por lo tanto ‘negro’). Más que una contradicción, este desfase es el producto de condicionantes externos por el momento insuperables: los dirigentes no pueden más que situarse en los marcos de pensamiento elaborados en otros contextos (en la ciudad de Bogotá y en otros centros urbanos, en los medios políticos) que exigen enfatizar en los particularismos y conducen así a una interpretación ‘esencialista’ de las realidades sociales, culturales, económicas y políticas de las poblaciones involucradas, mientras que, en la base, las experiencias cotidianas de coexistencia incitarían más bien a la flexibilidad y a la negociación”* (Hoffmann, 2000b: 50).

Por otro lado, de la encuesta realizada en Cali en 1998, se puede concluir que la auto-afirmación fenotípica de las poblaciones afrocolombianas en esta ciudad funciona de manera radicalmente distinta, antes que todo en relación estrecha con las categorías raciales de uso común (y utilizadas por los encuestadores), las divisiones y fronteras subyacentes a éstas, los estigmas o, al contrario, las connotaciones positivas que estas categorías conllevan según los contextos. Si bien otros determinantes existen, como son el origen migratorio, la edad, la categoría socio-profesional, el lugar de residencia o el sexo, sólo actúan en segundo rango. Parecería entonces que la construcción de la identidad “negra” en Cali es independiente de las disposiciones previstas en la Ley 70 y del proceso socio-político que conduce a su adopción. En esto ella se diferencia claramente de la identidad étnico-territorial en la región del Pacífico; por lo tanto, el marco interpretativo de esta última a la luz de las implicaciones sociales y políticas de la Ley (Agier y Hoffmann, 1999; Hoffmann, 2000a y b) debe ser modificado para dar cuenta de manera pertinente del avatar urbano de la nueva identidad afrocolombiana. En la ciudad, esta última aparece a la vez más compleja y endógena en su elaboración.

En el espacio urbano caleño (ver el Mapa 3 en la introducción del libro) entran a jugar en la construcción de las identidades otras lógicas diferentes a las territoriales “rurales” (Quintín, Ramírez y Urrea, 2000). En lugar de una referencia comunitaria de pertenencia, mediante la cual hay una relativa homogeneidad sociocultural y socioeconómica con un fuerte sentido de adscripción local, en los sectores más pobres de la ciudad, donde hay la mayor concentración de población negra (diversos barrios del Distrito de Aguablanca), opera una construcción territorial segmentada bipolar: desde “adentro” aparece la figura inventada por los jóvenes raperos, a través de los circuitos transculturales del reggae y del rap desde los años ochenta, del *ghetto*; mientras desde “afuera” (desde los barrios en donde residen supuestamente los otros, los “blancos”, los “mestizos”) se maneja la figura de “barrios de negros” (Urrea y Murillo, 1999). Curiosamente no hay una separación muy clara entre unos y otros barrios en el mismo Distrito de Aguablanca o con otras áreas urbanas colindantes, además porque el mestizaje es generalizado en todas las áreas (Barbary, 1999b; Barbary, 2001a; Urrea y Quintín, 2000a y b). Esto demuestra que las condiciones de vida urbana con un alto componente de exclusión en los sectores populares negros, relacionado con las percepciones fenotípicas, son el soporte de la construcción de identidades racializadas, pero a través de un contexto de clases sociales: el *ghetto* es de gente “pobre” y “negra”, al tiempo que desde los otros lugares se califica de “negra” la población de esos barrios; pero además porque en los “barrios de ricos viven los blancos”, de acuerdo a la percepción vivida por la “gente del *ghetto*”.

En otros términos, el color de piel, o más bien sus consecuencias en términos de segregación de los espacios urbanos en Cali, juega sin duda alguna un papel más importante que en la región del Pacífico. En efecto, podemos considerar que la discriminación socio-racial atraviesa las desigualdades de clase y profundiza otras formas de discriminación (de género, por edad, orientación sexual, etc.). Por esta razón, como ya lo hemos dicho, más que la transferencia de una identidad étnico-territorial desde la región de origen, la construcción de la identidad “negra” en Cali parece responder a la necesidad para la población afrocolombiana de enfrentar a distintos tipos de discriminaciones y desigualdades en el acceso a los diferentes mercados urbanos; en suma, a una reivindicación de ciudadanía y de igualdad de oportunidades.

IDENTIDADES Y CIUDADANÍA AFROCOLOMBIANA



Foto 1: **Mujeres tocando maracas, carnaval de Tumaco** (M. González, Tumaco, 1999)



Foto 2: **Baile de Currulao en una plantación de palma africana** (M. González, Tumaco, 1999)

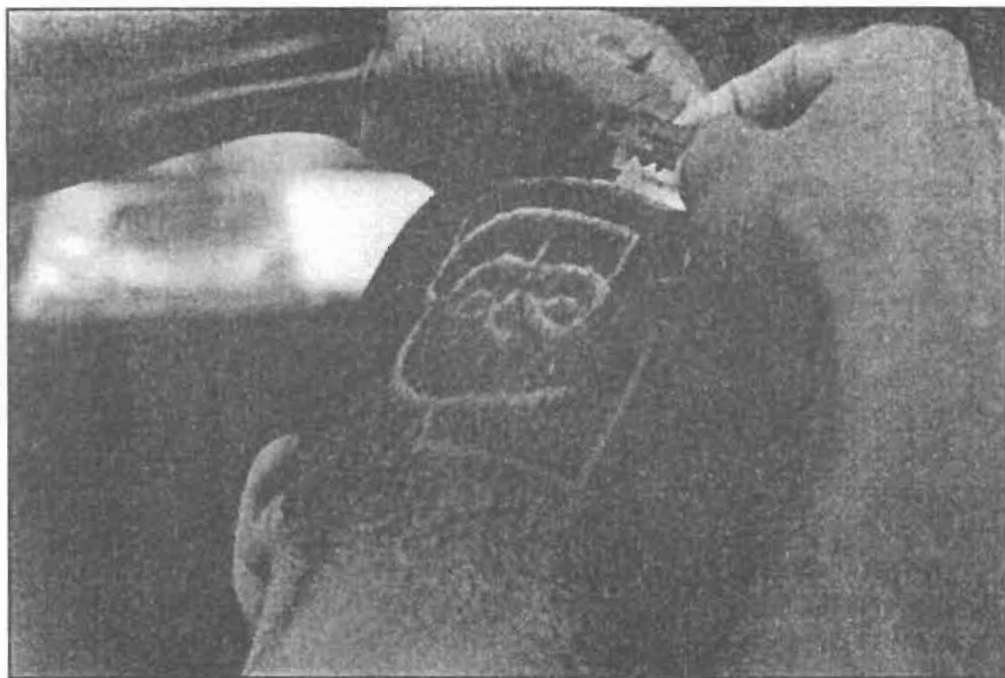


Foto 3: Corte de pelo "Hétor" en la peluquería Afro del barrio Charco Azul
(M. González, Cali, 1999)



Foto 4: Grupo de rap "Ghetto's Klan",
barrio Charco Azul (C. Arias, Cali, 1999)



Foto 5: Niños en el callejón, barrio Sardi
(C. Arias, Cali, 1999)

GUAPI: SOCIEDAD LOCAL, INFLUENCIAS GLOBALES*

Carlos Efrén AGUDELO

El título de este capítulo puede ser engañoso. Más que una monografía de Guapi en la que resaltemos la incidencia de procesos sociales que trascienden lo local y lo regional, queremos presentar problemáticas que conciernen al conjunto de la región del Pacífico colombiano, en las que Guapi, como terreno privilegiado en esta investigación, ofrece elementos que matizan o refuerzan nuestras percepciones. A través de un recorrido del proceso de construcción histórico local y regional, de la incidencia de factores como la presencia de la Iglesia, el impacto de la educación y finalmente el surgimiento de un movimiento social y político étnico, abordamos algunos aspectos de las dinámicas sociales, políticas y culturales del Pacífico, a manera de ejemplo, de procesos de interacción y construcción social en los que se cruzan de forma intermitente lógicas locales, regionales y globales.

La “reconditez” del Pacífico y la “invisibilidad” de sus poblaciones negras¹ no ha sido óbice para que esta región y sus pobladores mayoritarios hayan sido incluidos, así sea desde el margen o la periferia, en procesos sociales que superan de lejos el cuadro local y regional. Los procesos de participación de las poblaciones negras y del Pacífico en la sociedad nacional, así como la construcción y el desarrollo de las sociedades regionales y locales, son producto de interacciones entre diferentes actores. Estos actores sociales, llámense en nuestro caso poblaciones o comunidades negras, Estado, movimientos, partidos, Ong, Iglesia, etc., asumen diversas lógicas de comportamiento. Sin negar la existencia de unas estructuras, de unos campos y habitus a través de los cuales se interiorizan formas de comportamiento social, (Bourdieu, 1980, 1994), consi-

* Este trabajo retoma algunos elementos de análisis desarrollados más ampliamente en mi trabajo de tesis doctoral “Poblaciones negras y política en el Pacífico colombiano. Paradojas de una inclusión ambigua”, Instituto de Altos Estudios de América Latina, Iheal, Universidad Paris III, Universidad La Sorbonne Nouvelle, Paris, 2002a. La investigación se desarrolló en el marco del Proyecto Cidse-Ird-Colciencias: “Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del Pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización”.

1. Haciendo alusión a un conocido libro sobre el Pacífico *El litoral recóndito* (Yacup, 1934) y al concepto sobre la “invisibilidad” del negro en Colombia desarrollado por la antropóloga Nina de Friedemann (1992).

deramos importante afirmar que la relación actor-sociedad se presenta de manera ambigua y fluctuante (Dubet, 1994). Existe una heterogeneidad de prácticas y sentidos de las conductas de los actores en medio de una representación polivalente de la sociedad (Bayart, 1996). No es posible la comprensión del funcionamiento de la sociedad sin atender a las interacciones o mutuas influencias que la construyen y componen. En nuestro caso, se trata de analizar las lógicas de acción social en un contexto local y regional enfatizando sus relaciones con la “sociedad mayor” y los procesos globales. Estas son algunas de las premisas a partir de las cuales hemos desarrollado nuestra aproximación a las problemáticas que presentamos sobre el Pacífico y sus pobladores negros.

1. Construcción histórica local y regional

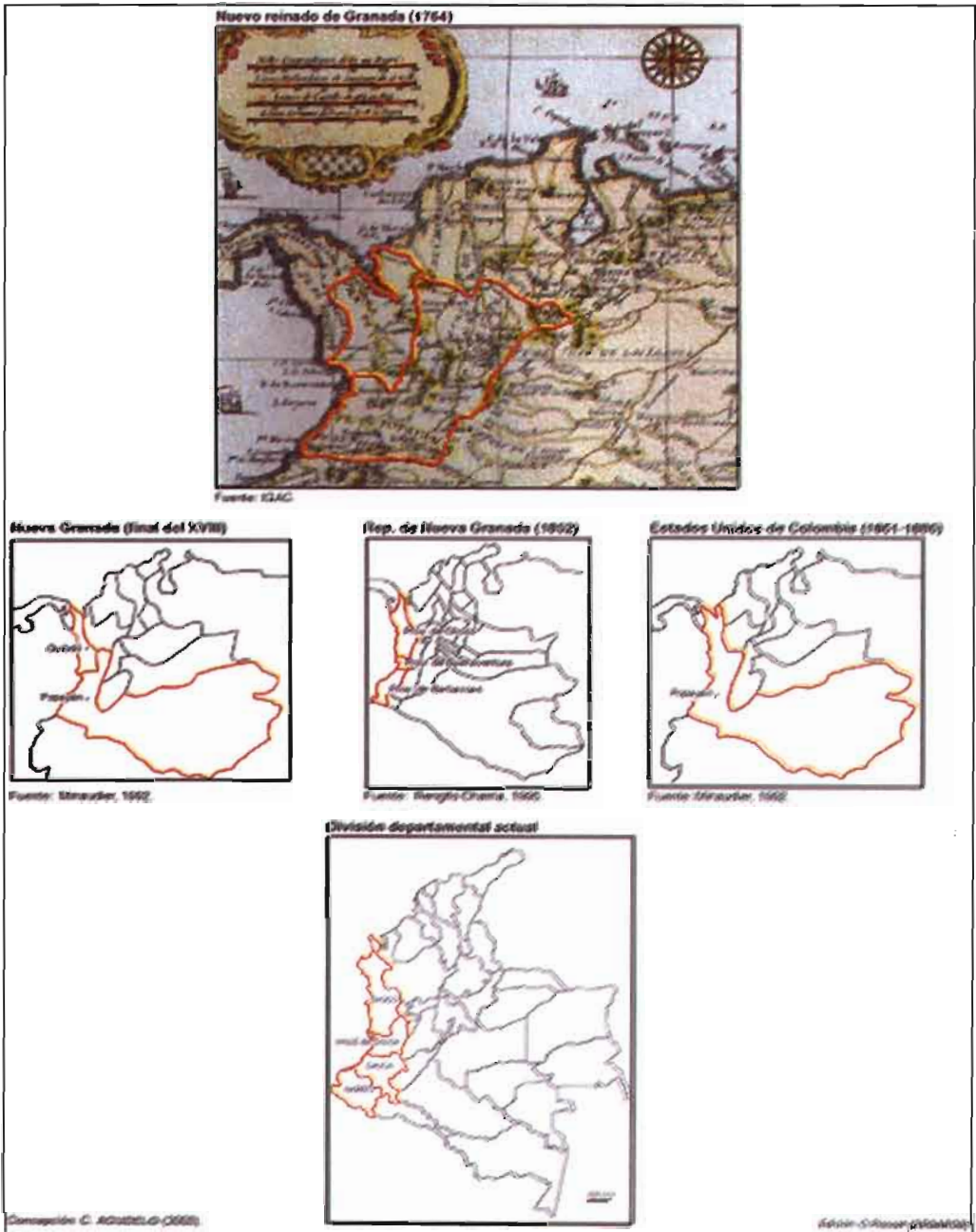
El Pacífico ha sido representado históricamente como región a partir de la confluencia de ciertos elementos de su geografía, de su proceso de poblamiento y de las formas que adoptan sus dinámicas económicas, sociales, políticas y culturales; pero también del imaginario que se ha formado la sociedad colombiana del interior del país de este espacio (figura 1).

Las concentraciones urbanas en el Pacífico se han configurado a través de procesos que guardan ciertas similitudes. Básicamente, fueron espacios que comienzan a ser construidos como producto de necesidades de las elites blancas que requerían de centros administrativos, de coordinación de actividades económicas y de control del poder político, mientras los pobladores negros ocupaban principalmente los espacios rurales fluviales. A pesar del segregacionismo que implementan las elites blancas frente a sus vecinos negros, la concentración de centros de educación, de salud, de actividades económicas, de ofertas de trabajo, de acceso a las comodidades de la vida urbana, tales como la electricidad y más tardíamente el teléfono, la radio y la televisión, representaron factores de atracción de las poblaciones negras rurales que terminaron por convertirse en los pobladores mayoritarios de las ciudades del Pacífico (Vanín, 1996). Las crisis de los modelos autónomos de subsistencia fluvial y los desastres naturales fueron otro estimulante para consolidar la presencia negra en las concentraciones urbanas (Villa, 1998).

Guapi es actualmente el principal municipio de la costa Pacífica que corresponde al Departamento del Cauca. Su cabecera municipal está ubicada sobre el río Guapi a 9 kilómetros de su desembocadura en el océano Pacífico². Este pueblo

2. Tiene una extensión de 7.225 Km². Lo bañan los ríos Guapi, Guajui, Napi, San Francisco, Anapanchi, Yantin y Pilpe. La zona rural la componen 24 corregimientos.

Figura 1: Evolución de los límites político-administrativos de la región Pacífico desde 1764



es el centro político y económico de la costa caucana. Su protagonismo subregional data del período colonial, aunque no sea hasta 1911 cuando adquiere el carácter de municipio y centro aduanero de la región. Hasta ese momento había sido la capital del cantón de Micay y desde 1874 cabecera del distrito de Guapi.

La fecha más aceptada para la fundación del poblado es la de 1772 por el español Manuel Valverde (Merizalde, 1921). Este poblado expresó durante el período de lucha por la Independencia las contradicciones entre las elites españolas y los criollos independentistas. En el período de la Independencia se presentó la “batalla de Guapi”. En 1811 el criollo Manuel de Olaya toma la población derrotando al fundador y autoridad realista Manuel Valverde. En 1819 es ocupada y saqueada por el inglés Jean Ylingworth.

Por ser Guapi lugar intermedio entre Tumaco y Buenaventura se convirtió en sitio de tránsito para actividades comerciales y escenario de los conflictos armados civiles que se vivieron en todo el país, teniendo ellos en la región suroccidental una expresión agudizada (Palacios, 1995; Guillén, 1979; Deas, 1983). En 1841 es Manuel de Jesús Zamora, en el marco de las guerras civiles entre colombianos, quien ataca la ciudad. *“La chispa que comenzó a cebarse en Pasto en 1841, convirtiéndose en voraz incendio que abrazó al Cauca y aun a toda la República. Obando fue la verdadera alma de la revolución en el Sur, y su voz tuvo eco poderoso en la costa. Los negros esclavos se insurreccionaron, capitaneados por el astuto y fogoso Manuel de Jesús Zamora, y consigo arrastraron a los indite, y después de la reñida batalla de Guapi, que dio remate a la guerra en la costa, fusilaron en este pueblo a muchos negros....”* (Merizalde, 1921: 75-76).

Para el conjunto del Pacífico, Guapi no fue la excepción, lograda la Independencia el interés fundamental de las elites políticas y económicas locales seguía basado en las riquezas mineras y posteriormente la de otros recursos a extraer, pero igualmente significaba la búsqueda de un control político a través de la implementación del modelo republicano de Nación que las elites nacionales pretendían construir. Por ello las elites locales se fueron identificando con las diversas fracciones de las elites del interior andino que se disputaban el poder. El resto de sus pobladores libres y esclavos —hasta el momento de la abolición definitiva de la esclavitud—, también adhirieron mayoritariamente a estas fracciones dirigidas desde el interior. El proceso de acercamiento y el grado de participación de los pobladores con los sectores que representaban intereses de poder enfrentados varía de acuerdo con las formas de poblamiento, con la mayor o menor cercanía de los principales centros de población, con la presencia o no de mediadores entre pobladores, elites locales y regionales. Esta identificación con las fracciones de las elites se convirtió en adhesión a los partidos políticos liberal y conservador, cuando éstos alcanzaron su consolidación (Agudelo, 2000a).

Sobre lo que era Guapi desde el punto de vista de su composición étnica y su dinámica social en el primer siglo de la República se cuenta con la información fragmentaria del padre Merizalde, que es la que reproduce posteriormente el intelectual y líder político liberal de Guapi, Sofonías Yacup en su libro *Litoral recóndito* (1934), pero este último le agrega algunos datos acerca de las principales familias que durante los conflictos civiles de este período poblaban la región. El casco urbano estaba poblado mayoritariamente por familias blancas. Hay una importante migración extranjera durante el siglo XIX, coincidiendo con lo ocurrido en Tumaco y Buenaventura (Hoffmann, 1999; Restrepo, 1999a; Valdivia, 1994).

Mientras algunas de las familias que poblaban la región emigraban hacia Panamá o Ecuador huyendo de los conflictos, muchos hombres se integraron activamente a los dos bandos enfrentados. En el último conflicto del siglo XIX llamado la “Guerra de los Mil Días” se libraron en la región importantes batallas: Los Pindos, Las dos Viciosas, Mosquera, Guapi, Aguadulce. En ese momento, ya se destacan algunos de los apellidos que aún hoy están presentes en el panorama político de Guapi. Los Martán, los Góngora, los Payán, los Rodríguez (Yacup, 1934). La tradición de fuerte participación política tiene sin duda sus raíces en su papel activo en la confrontación casi permanente del siglo pasado (Agudelo, 2002a).

- ***El poblamiento negro***

La abolición definitiva de la esclavitud en 1851 fue un factor que incrementó los procesos de poblamiento negro que venían desarrollándose en el Pacífico desde el siglo XVIII (West, 1957). En efecto, simultáneamente con la dinámica política generada por las luchas de Independencia y los inicios de la República, el proceso de poblamiento del Pacífico había proseguido a dos niveles: el del asentamiento fluvial rural desarrollado básicamente por libres y por esclavos, que seguían adquiriendo su libertad por diversos medios³, y la frágil continuación del crecimiento de las concentraciones urbanas en las que funcionaban los centros de control de los reales de minas durante la Colonia. Lograda la Independencia, este proceso se continuaba en el marco de la naciente república, ligado a nuevas dinámicas económicas extractivas y posteriormente, a la importancia creciente que adquirirían, entre finales del siglo XIX y principios del XX, los puertos de Buenaventura y Tumaco (Hoffmann, 1999b; Restrepo, 1999a; Aprile-Gnisset, 1993). Las dinámicas de urbanización y concentración gradual de la población en poblados respondían igualmente a una política agenciada por la Iglesia desde finales del siglo XIX para facilitar el proceso de evangelización. La abolición

3. Los indígenas, aunque prácticamente diezmados en las luchas de conquista, se habían replegado hacia las partes altas de los ríos.

implicó también el aumento de migración de las elites blancas hacia el interior del país así como el estímulo a una migración de población negra desde el interior hacia el Pacífico⁴.

Según testimonios recogidos en algunas veredas de Guapi hay versiones que hablan de 1700 como el año aproximado de llegada de los primeros grupos de esclavos para trabajar el oro conducidos por los esclavistas Perlaza y Grueso (río Napi). La fundación de lo que hoy es la vereda de San Agustín se produce en 1770 por los amos Castro y Perlaza. Alto Guapi se funda hacia 1810, Callelarga en 1819, Chuare en 1820, Soledad en 1821, las veredas de San Francisco hacia 1880. Se mencionan algunos casos de venta de terrenos por parte de los amos a los esclavos. Se puede hablar de un poblamiento rural con prácticamente la totalidad de población negra, *"en algunos casos con cierto número de mulatos producto de relaciones entre amos y negras"*⁵.

La movilidad que caracterizó el poblamiento fluvial ligado a la economía minera se reforzó luego de la abolición definitiva con las migraciones de pobladores negros hacia partes bajas de la costa o litorales, sobre todo en el Pacífico sur. Se incrementan las actividades agrícolas, de pesca, caza y recolección que se desarrollan adaptándose a las condiciones (suelos frágiles y de baja productividad) de las áreas ocupadas. Hay un flujo permanente entre las áreas fluviales rurales y los cascos urbanos; la población circula en busca de salud, educación, comercio, pero mantiene sus amarres con los ríos donde su encuentran sus cultivos, los puntos de extracción de oro, la pesca o la caza. (Jimeno, 1994: 77). Se afianza un modelo de subsistencia de alta movilidad y se consolidan formas de vida familiar que responden a esta forma de apropiación del espacio (Mosquera, 1993; Hoffmann, 1999a y b; Losonczy, 1997b).

Este proceso de construcción cultural y de adaptación al medio, que desarrollan los negros en su proceso de apropiación territorial, guarda similitudes a lo largo de todo el Pacífico. Las diferenciaciones comienzan a desarrollarse de acuerdo a las particularidades que van asumiendo los contactos con el resto de la sociedad, a las dinámicas económicas, la mayor o menor presencia de agentes de la sociedad mayor (la Iglesia, los administradores o representantes del nascente Estado) y las particularidades geográficas (litoral, tierras altas, curso de los ríos, concentraciones de población, etc.).

La urbanización gradual de ciertos poblados como Guapi, estuvo acompañada de procesos de asimilación cultural en los que el punto de referencia eran las

4. Afirmación basada en datos para la parte sur del Pacífico (Almarío y Castillo, 1996).

5. Información histórica fragmentaria suministrada por el Incora, la cual forma parte de los documentos en curso de elaboración para efectos de aplicación de la Ley 70 de 1993.

costumbres de la sociedad blanca y mestiza, minoritaria pero dominante⁶. Algunos negros o mulatos, aún antes de la abolición definitiva de la esclavitud, lograron desde su condición de libres, acumular un capital económico significativo, producto de actividades mineras y de comercio (Romero, 1995). Otros, lograban un espacio de aceptación en los medios urbanos de parte de las elites por sus capacidades como artesanos. El capital económico generaba cierto grado de aceptación de parte de las elites blancas y mestizas. Otro factor que ayudaba a ser aceptado o a lograr un lugar de reconocimiento en la sociedad fue en algunos casos el carácter de mulato. Ser hijo de un blanco, así no fuese reconocido legalmente, podía permitir cierta movilidad en la escala social, mayores posibilidades de acceder a la educación o desempeñar ciertos oficios en los que los negros eran difícilmente aceptados. Estas posibilidades de aceptación aumentaban cuando los padres blancos o mestizos reconocían a sus hijos mulatos. Es así como se va constituyendo una elite negra y sobre todo mulata que logra ganar un espacio en la sociedad urbana. Pero estos reconocimientos se encuentran relativizados por los prejuicios raciales que pesan en las relaciones que se establecen entre negros y el resto de la sociedad. El marco general de la construcción de un orden socio-racial de la sociedad colombiana se expresa con una geometría variable (Wade, 1997). Para los pobladores rurales del Pacífico es diferente su percepción del racismo de parte de la sociedad mayor que para los negros que habitan una ciudad en la que la mayoría de la población no es negra.

En Guapi no se cuentan con bases de archivos que den razón de los procesos de migración temprana negra desde las partes rurales hacia el casco urbano. Entre las familias extranjeras y blancas que habitan el pueblo se producen procesos de mestizaje, fruto de uniones entre algunos hijos de estas familias con mujeres negras o mulatas de la región. En los años 1920 y 1930 ya se percibe la presencia de elites mulatas con algún capital cultural y posibilidades de incursionar en la política a nivel local y regional. El caso más evidente fue el de Sofonías Yacup, al que ya nos hemos referido. En este municipio se van a consolidar sectores políticos liberales y conservadores. La hegemonía liberal en la región tiene una excepción en el casco urbano de Guapi donde elites locales adhieren a las ideas conservadoras y logran mantener durante muchos años un electorado constante (Agudelo, 2000a).

• *Dinámica social y económica*

En Guapi las actividades productivas básicas han sido la agricultura, la pesca, la minería y la explotación maderera, el comercio, el transporte, los empleos públi-

6. Esta situación se mantuvo en todo el Pacífico hasta mediados del siglo XX. Sobre el surgimiento de las elites negras en la región ver Agudelo (2000a).

cos (magisterio, trabajos varios en la alcaldía, instituciones oficiales, servicios). El Estado es el principal empleador de la región. Según resultados del censo de 1993 (Dane, 1996), el 95,7% de la población económicamente activa está ocupada pero fundamentalmente en actividades de subsistencia con muy bajos ingresos. Actividades agrícolas, pesqueras, mineras y madereras que en otra época permitieron acumulación de capital significativo para algunos empresarios, hoy están reducidas a niveles inferiores⁷. Las vías de comunicación de Guapi son el transporte fluvial y marítimo que lo conecta con las poblaciones vecinas de la región y el aeropuerto creado en 1962, para aviones menores con vuelos directos a Cali y Popayán. Desde los años 1920 se han realizado trazados para una comunicación terrestre con el interior del Departamento del Cauca pero el proyecto nunca se concretó. La costa caucana no ha alcanzado la importancia económica para los intereses de las elites gobernantes del Departamento y los líderes locales no tuvieron el peso suficiente para ejercer una presión que logre activar el proyecto de conexión carretable entre el Pacífico y el interior del país. Con el incremento de vuelos y de transporte marítimo, el establecimiento de la carretera no representa actualmente ninguna prioridad para los políticos guapireños ni para los pobladores. Algunos hasta argumentan que la no existencia de la carretera los ha preservado de la llegada de la violencia al municipio. Esto es una verdad relativa, pues si bien es cierto que Guapi continúa siendo el municipio de la región menos afectado por la violencia, la presencia guerrillera, paramilitar y de cultivos ilegales ya es una realidad en la zona (Agudelo, 2001a y b, 2002b).

Guapi es el centro administrativo de las principales instituciones del Estado o de carácter nacional con presencia en la costa caucana como la Iglesia, el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria —Incora—, el Plan Pacífico, la Corporación Autónoma Regional del Cauca —Crc—, el Servicio Nacional de Aprendizaje —Sena—. También es la sede del hospital San Francisco que atiende a toda la costa caucana y la sede de los principales colegios de la subregión. El que Guapi concentre dichas instancias de poder regional (educación, salud, administración, etc.) explica su importancia como receptora de población. Entre 1964 y 1973 se registra un crecimiento de la población del casco urbano del 37,16% (de 3.066 a 4.879; Dane, op.cit.). Este fenómeno se explica por la migración hacia la cabecera municipal provocada por el establecimiento de las instituciones de educación secundaria y normal (para la enseñanza). La población rural se desplaza allí en búsqueda de oportunidades de educación para los hijos. En el período

7. Diagnóstico Plan Pacífico 1997, Plan de Ordenamiento municipal. 1996. Consultoría Planificadores Ltda.

comprendido entre 1973 y 1985 la población crece en un 22,7% (de 15.837 a 20.479; Dane, op. cit.). Este aumento significativo está asociado directamente al desastre natural (maremoto) que afectó en 1979 el sur del Pacífico, especialmente a la región de Tumaco. Además del aumento permanente de poblaciones negras, tanto de la zona rural de Guapi como de otras regiones aledañas de la costa, entre finales de 1980 y principios de 1990, se produce también una importante inmigración de “paisas”⁸ que despliegan sus actividades comerciales en todo el casco urbano. De acuerdo a proyecciones hechas por el Dane (2001d) hacia junio de 2002, su población sería de 30.827 en total. Sobre la movilidad de la población se presentan, según diagnóstico de Plan Pacífico⁹, dos formas de migración: una que se describe como “un proceso difuso y disperso con desplazamientos a corta distancia y sin destino definido, relacionado con el patrón productivo migratorio, temporal y de subsistencia de las actividades productivas ligado a las actividades ocupacionales y la estacionalidad de éstas”. La otra forma es la que se da hacia la cabecera en busca de otras oportunidades económicas y de educación, pero que a veces es sólo un punto de tránsito hacia sitios como Buenaventura y Cali, que serían los de mayor interés para los emigrantes. Buena parte de las elites blancas y mulatas de mediados del siglo XX emigran hacia ciudades del interior del país, especialmente hacia Cali (ver recuadro 1). Los cambios en la composición socio-racial de la población implican transformaciones en la correlación de fuerzas entre las elites tradicionales y la insurgencia de nuevas generaciones de líderes negros provenientes de la migración rural y que han logrado acceso a la educación y en algunos casos a cierta movilidad económica. Este conjunto de factores les ha permitido entrar a formar parte de las nuevas capas gobernantes locales o a liderar los nuevos procesos organizativos y constituirse como políticos étnicos.

Las fotografías 1 a 3 registran tres espacios físicos bien representativos del casco urbano de Guapi, en donde se articulan elementos de modernización con las particularidades geográficas de constituir un puerto fluvial del Pacífico con cercanía al mar: el embarcadero principal, el aeropuerto y la llegada de productos por el río al embarcadero para el mercado que se lleva a cabo en ese espacio. En cambio, la foto 4 corresponde a una casa típica sobre la ribera de un río del Pacífico en una vereda de Guapi.

8. En general, las poblaciones negras del Pacífico denominan “paisas” a todos los blancos y mestizos del interior del país.

9. Diagnóstico, Plan de Ordenamiento Municipal 1997 (Guapi y costa caucana). Plan Pacífico (1997).

Recuadro 1: La elite ha emigrado, la “Colonia Guapireña” en Cali¹⁰

Cali, capital del Departamento del Valle, es el polo más importante de emigración del Pacífico. La “Colonia guapireña” en Cali se diferencia claramente del grueso de la migración proveniente de Guapi, que pertenece a categorías sociales de bajos recursos. La colonia está constituida por individuos que coinciden en tener cierto nivel de vida que los ubica entre los sectores medios de la estratificación socioeconómica del país. En la colonia participan guapireños que son profesionales exitosos, líderes políticos que alcanzaron figuración departamental o nacional y hoy se encuentran en retiro, estudiantes universitarios, maestros que han logrado integrarse laboralmente en Cali, profesionales de la música y la danza y pequeños y medianos empresarios.

Según los testimonios obtenidos, la primera expresión visible de la colonia se da en 1967, luego de un gran incendio que causa graves daños en Guapi. En ese momento familias de guapireños solventes que residían en Cali se organizan para recolectar alguna ayuda y llevarla a Guapi. Producto de sus aportes personales y de la gestión ante amigos caleños, reúnen algún dinero y ayudas materiales con destinación a la población. Ese fue el inicio de una labor de solidaridad y apoyo que ha continuado desarrollándose bajo diferentes formas hasta el presente.

Pero el principal motivo que aglutinaba de manera regular a estos guapireños era la organización de jornadas culturales alrededor del folclor regional. Se crearon grupos de danza y música y se celebraban las balsadas¹¹ o fiestas religiosas tradicionales de Guapi en Cali. Con la consolidación de estas prácticas lograron incluso tener acceso puntual pero significativo en la televisión regional (canal Telepacífico) y presentar muestras culturales locales frente a la población caleña en general.

El eje central de organización lo ha constituido la conocida “Sevichería Guapi”. Lo que comenzó como “un pequeño negocio que funcionaba en la sala de mi casa para venderle seviches a mis colegas y a algunos paisanos”¹² se convirtió en el sitio de comida del Pacífico más acreditado de Cali, con un amplio restaurante principal donde se presentan espectáculos folclóricos en vivo todas las semanas y algunas sucursales en otros sitios de la ciudad. Su propietaria es la negra guapireña doña Raquel Riascos quien llega a Cali como maestra graduada en la Normal de Guapi en el año 1968. De su trabajo como maestra pasa a convertirse en una empresaria próspera.

Se pueden presentar casos en que el ascenso social y la cooptación a la elite guapireña se da luego de la llegada a Cali a través del logro de una mejor posición socioeconómica adquirida en la ciudad, producto de los estudios realizados o del éxito en los negocios u otra actividad productiva. El caso de doña Raquel es diferente. Ella pertenece ya a la elite no por su nivel económico sino por efectos de sus orígenes. Uno de sus abuelos es

10. En esta parte me apoyo fundamentalmente en entrevistas con Raquel Riascos, Hernando Revelo y Teodoro Vanín, integrantes de la “Colonia”.

11. En alusión a las balsas, embarcaciones pequeñas usadas para el transporte fluvial individual o familiar y para la pesca en los ríos del Pacífico. Durante las celebraciones religiosas se utilizan las balsas para decorarlas y recorrer los ríos transportando estatuas de santos.

12. Entrevista Raquel Riascos

un importante líder conservador, quien fue, entre otros, alcalde del municipio, don Antonio Góngora Payán, quien es hijo del General Payán que juega un papel importante en la Guerra de los Mil Días a finales del siglo XIX. Don Antonio es mulato casado con negra y el padre de doña Raquel es mulato, su madre es una negra de Micay. En 1964 doña Raquel es coronada reina del litoral Pacífico en un reinado que había comenzado a realizarse en Buenaventura todos los años. Luego es elegida al concejo de Guapi y forma parte del directorio conservador municipal, incluso fue promovida como candidata a la Asamblea Departamental del Cauca, postulación que declinó pues según ella “yo no he tenido nunca vocación para la política, incluso hasta me han propuesto algunas veces que me lance a la alcaldía pero no he aceptado”.

Con respecto a la participación de la colonia en la política en Guapi, tanto las declaraciones de mis entrevistados de la colonia en Cali como algunas personas en Guapi me manifiestan que “como colonia nunca ha habido un apoyo político explícito hacia algún candidato pero que siempre han tenido buenas relaciones con las administraciones municipales”. La colonia se ha vuelto una instancia de poder y liderazgo “translocal” que se coloca por encima de las luchas políticas de la región. Sus aportes materiales son significativos pero no determinantes: regalos para los niños pobres en Navidad, contribuciones para la realización de las fiestas patronales, plantas eléctricas, brigadas de salud y de educación, colaboración para que grupos musicales y de danza viajen al interior del país, etc. El bien de carácter simbólico que representa tener en la colonia a una especie de embajada cultural de Guapi en Cali es lo más valorado por los guapienses con quienes hablé.

La colonia acumula un buen nivel de relaciones con sectores influyentes de la clase política y de círculos culturales del Valle y del Cauca, que según sus animadores es puesta al servicio de Guapi, cuando se trata de buscar algún apoyo para una tarea de solidaridad con el municipio. Pero este espacio de relaciones es también un mecanismo de afirmación como elite de provincia con reconocimiento entre ciertos espacios de la sociedad en Cali. Sólo en 1998 la colonia ha tramitado su personería jurídica que le da el carácter de fundación, lo que le permitirá gestionar la petición de recursos trascendiendo las gestiones personales y de amistad que es como habían venido funcionando hasta ahora. Según don Teodoro y doña Raquel, ellos quieren imprimirle un énfasis más social a la colonia.

Preguntándoles sobre los criterios de funcionamiento y la posición frente a la política, coinciden en señalar que “hay un acuerdo explícito de no hacer partidismo en la colonia. Todos tienen diversas opciones políticas y hasta ahora se ha respetado eso”. A pesar de las manifestaciones de “no injerencia” en asuntos políticos de parte de los dirigentes de la colonias, su influencia en la dinámica política local es significativa.

En el caso de Cali el elemento aglutinador fundamental ha sido la identificación por la cultura entendida ésta como sus expresiones folclóricas y también en la reproducción de formas de sociabilidad y solidaridad particulares. Pero la colonia es una expresión de un grupo específico al cual no acceden los guapienses pobres residentes en Cali. Son dos submundos que coinciden por el lugar de origen y seguramente en ciertas afinidades culturales pero se encuentran separados por barreras sociales muy claras.

Hemos dado una rápida mirada a algunos elementos del proceso de construcción histórica de la región Pacífica: el poblamiento rural y urbano, los cambios socio-económicos, la inclusión en conflictos políticos nacionales, el surgimiento de elites locales y regionales y las formas de movilidad y migración. En todas las facetas del proceso se evidencia una dinámica permanente entre los niveles locales, regionales, de orden nacional y en algunos casos internacional. Los actores que intervienen en estas interacciones responden igualmente a diversas escalas. En el caso de la colonia guapiense nos confrontamos con actores locales inmersos en un proceso de “transmutación” permanente entre lo local —Guapi— y lo regional-nacional que representa la ciudad de Cali, donde residen, en un proceso de retroalimentación socio-cultural de doble vía. Es precisamente en este ir y venir permanente entre local y global que enfocaremos ahora la Iglesia y la educación como factores de mayor importancia en las lógicas sociales que operan en el Pacífico.

2. La Iglesia y la educación en el Pacífico

La Iglesia es un actor central en la construcción histórica del Pacífico y uno de los hechos sociales que más han incidido en la dialéctica de inclusión/exclusión de las poblaciones negras es la educación en la región como mecanismo de movilidad social y política. En Guapi estos dos factores han intervenido de manera activa y protagónica en las dinámicas ambivalentes de la construcción social y política de la región y sus pobladores.

- *Un actor protagónico en el Pacífico: la Iglesia*

En la historia de la Conquista y la Colonia en América Latina mucho se ha hablado de la evangelización como herramienta básica del sistema colonial. En el Pacífico colombiano el acompañamiento de misiones de religiosos, especialmente jesuitas y franciscanos, fue un factor fundamental de la “pacificación” frente a la fuerte resistencia indígena que había retrasado considerablemente la penetración de los colonizadores (Aprile-Gnisset, 1994). Pasado el periodo de la conquista del territorio, en la medida que se va extendiendo la frontera, el establecimiento de los centros mineros o poblados estuvieron acompañados por misioneros, cuando las condiciones lo permitían. En general, la presencia de la Iglesia era itinerante. Sólo en las principales concentraciones de población se estableció de manera permanente (Almario, 2001).

Inicialmente la labor evangelizadora se dirigió a los indígenas. Con el aumento gradual de esclavos para las minas, éstos también se convirtieron en objetivo del

trabajo de las misiones. La Iglesia logró ser considerada por los negros esclavos y libres como una especie de “aliada”. Fue la Iglesia quien presionó al poder colonial para que los esclavos tuvieran días de descanso dedicados a la evangelización, al reposo y a trabajar por su cuenta y acumular bienes propios. Eran los misioneros quienes más abogaban por un tratamiento más humano de los esclavos. La institución de las “cofradías”, como forma de organización religiosa católica que congregaba esclavos y libres de todos los colores, se convirtió en algunos casos en foco de conspiración para organizar revueltas o fugas (Zuluaga, 1994). Seguramente esto puede explicar por qué, siendo la Iglesia uno de los soportes del sistema colonial, fue también un actor que logró el reconocimiento de los esclavos que se rebelaban contra sus amos y conformaban palenques. En los dos casos más representativos de conformación de palenques en la costa Caribe (Palenque de San Basilio) y Pacífica (Palenque El Castigo), representantes de la Iglesia llevaron a cabo una intermediación entre las autoridades y los palenques (Zuluaga, 1993; Escalante, 1954, 1979).

Sin embargo, la Iglesia Católica tuvo una posición ambivalente frente a la esclavitud de los negros. De una parte, fue el sustento ideológico que legitimó la esclavitud considerándola como no contraria a los principios católicos. De otra parte, hubo varios pronunciamientos de representantes eclesiásticos de todos los niveles manifestando, desde reservas hasta la condenación firme frente a la esclavización de africanos (Gutiérrez, 1996:145-160). Pero dichas posiciones nunca alcanzaron la incidencia de la defensa del indígena hecha por la Iglesia. El papel de la Iglesia se redujo, en concreto, al de “dulcificador” de la esclavitud¹³.

Con la Independencia y el advenimiento de la República la labor misionera se vio afectada inicialmente por la salida de algunas misiones conformadas por sacerdotes españoles. En el desarrollo de los conflictos entre las corrientes políticas que se fueron consolidando progresivamente como liberales y conservadores, uno de los temas de oposición más claros lo constituyó el papel de la Iglesia en la sociedad. Entre los liberales se desarrollaron desde posiciones abiertamente anticlericales hasta algunas moderadas que planteaban la necesaria separación entre la Iglesia y el Estado. Del lado de los conservadores se encontraban los defensores de la continuidad de la Iglesia como factor indisoluble en la estructura del poder. La Constitución Nacional de 1886, de corte conservador en lo ideológico, restableció mediante el concordato el papel central que debería seguir jugando la Iglesia Católica en la sociedad colombiana, convirtiéndola, a pesar de la libertad de cultos, en el pilar de la nacionalidad y el orden (Palacios, 1995:5 0).

13. El caso más conocido de protección de los esclavos durante el período colonial es el del misionero jesuita San Pedro Claver en el puerto de Cartagena.

La designación, a principios del siglo XX, del Pacífico como “tierra de misiones” va a institucionalizar la Iglesia en la región como representante prioritario del Estado. Así, se vuelve a afirmar el protagonismo regional de un actor caracterizado paradójicamente por una presencia intermitente. Si de un lado es incuestionable su importancia, de otro lado, habrá que relativizar su preminencia si se le compara con el gran poder de vector cultural e ideológico que jugó en el interior del país, mucho mayor y determinante que en el Pacífico, como lo veremos enseguida.

- ***Límites y adaptaciones de la evangelización***

Un problema que enfrentó la Iglesia en su labor evangelizadora desde la Colonia y hasta inicios del siglo XX, fue la resistencia de parte de las poblaciones negras a asumir sus orientaciones doctrinales tal como lo pretendían los misioneros. “...que los negros han de ir a buscar al Padre para que los catequice y les confiera los sacramentos es pensar en lo irrealizable...” los misioneros tienen que enfrentarse “a la apatía y la ignorancia de los negros” (Merizalde, 1921: 208).

Si bien es cierto que no hubo un rechazo frontal, la asimilación de la religión católica se dio desde formas originales de religiosidad en el que se mezclaron tipos de ritualización que surgen en el proceso de adaptación cultural de los negros a su entorno. Losonczy (1997: 171-254), muestra bien cómo los elementos del universo simbólico que construyen los pobladores negros articulan los ritos y santos de la religión católica con “imaginarios no concientes de formas religiosas africanas” y en menor o mayor grado, de acuerdo al contacto que hayan tenido estos grupos de población negra con los indígenas, también existen influencias de religiosidad indígena. El resultado son las expresiones de religiosidad popular que la Iglesia se resistió a reconocer hasta bien entrado el siglo XX. De otra parte, dicha religiosidad también se ha visto enfrentada a cambios importantes como resultado del contacto creciente de estas poblaciones con la sociedad mayor (Urrea y Vanín, 1995: 11-12)¹⁴.

Pero no solamente en las formas que adoptaban los rituales había adaptaciones originales de parte de los negros. Las pretendidas imposiciones de moral y valores católicos que impulsaba la Iglesia eran transgredidas o simplemente no aceptadas por la mayoría de estas poblaciones. Los llamados al recato en las ex-

14. Además de la religiosidad popular que es hoy reconocida como práctica legítima de parte de las jerarquías eclesíásticas, también existe una religiosidad no oficial, como serían diversas manifestaciones de brujería que se presentan entre las poblaciones negras, pero que son dadas también entre otros grupos sociales (Bourdieu, Wacquant, 1992, citados por Urrea y Vanín, op. cit.: 12).

presiones de danza y música, en las costumbres sexuales que la Iglesia consideró como pecaminosas y alejadas de “las buenas costumbres”, no tuvieron nunca la acogida que los misioneros esperaban: “*El baile de los negros costeños es de lo más vulgar y salvaje que hemos podido ver. Cuando por acaso en un río en que hay un baile aparece una canoa que lleva un misionero, cesan instantáneamente la música y la gritería; y si el padre sube a la casa la encontrará perfectamente vacía, porque todos los de la parranda se han arrojado por las ventanas y han huido al monte. Ello prueba que los negros no ignoran lo que han trabajado los sacerdotes para extirpar esas abominables orgías*” (Merizalde, 1921: 153).

Como en el ámbito nacional, aunque con más dificultades y debiendo adaptarse a formas originales de religiosidad, la Iglesia logra, sin embargo, convertirse en guía espiritual de la mayoría de la población de la región. Desde la precariedad que ha caracterizado la inclusión del Pacífico en las dinámicas del desarrollo nacional (Escobar y Pedrosa, 1996), la Iglesia ha sido protagonista determinante y en algunos casos como el de Guapi, el principal motor de construcción de la sociedad local.

- ***La iglesia en Guapi: imprescindible***

Desde antes de su fundación formal en 1777, Guapi contó con una presencia notable de misioneros y sacerdotes. En el punto llamado El Barro (río Napi) los padres franciscanos dirigieron una misión exitosa en la región a mediados del siglo XVII (Merizalde, 1921: 95). Hasta 1834 la parroquia de Guapi estaba bajo la jurisdicción de Quito. En ese año pasó a depender de Popayán. Merizalde reseña el paso por Guapi de numerosos sacerdotes en misión, particularmente se refiere a la presencia de misioneros capuchinos. Los agustinos estuvieron allí desde 1902 a 1922¹⁵. Por esos años llegaron también las hermanas de la Providencia. En 1954 la población pide masivamente (petición con 6.000 firmas) que se cree una prefectura apostólica en Guapi. Ese mismo año, por orientación papal (Pío XII) se dispone la creación de una nueva circunscripción misionera bajo responsabilidad de los franciscanos¹⁶. Hay una reorganización administrativa de la Iglesia y Guapi se convierte en sede de la Prefectura Apostólica que cubriría toda la costa caucana. Se establecen dos frentes de trabajo prioritario,

15. Aunque según Merizalde, los agustinos llegan al Pacífico en 1854, su presencia en Guapi se da desde 1902.

16. Reseña de actividades de los franciscanos en la costa caucana recogidos del periódico *Juventud Costeña*. Año 1964. Varios ejemplares. Igualmente la entrevista con Monseñor Morales, Prefecto Apostólico y Fray Gabriel Gutiérrez, párroco del municipio. Las dos citaciones siguientes entre comillas corresponden a apartes de *Juventud costeña*.

uno, que se ocupaba de la continuación de la evangelización, y el otro, que buscaría “la atención y protección material para mejorar el nivel de vida y levantar a su altura la dignidad humana”¹⁷. Los informes de balance de actividades nos muestran que inicialmente los franciscanos procedieron a establecer una especie de diagnóstico de necesidades a través de visitas a todos los corregimientos de la costa. Una de las prioridades fue la salud. Se inicia la construcción del Hospital San Francisco en Guapi y centros de salud en Timbiquí y Micay. En este mismo período llegan otras congregaciones (las hermanas misioneras, las lauritas, las franciscanas y las terciarias capuchinas).

Más tarde, las labores de la Iglesia en la región cubrieron también actividades sociales que remplazaban la presencia del Estado. La creación de hospitales y puestos de salud y sobre todo de instituciones educativas son las más notables. En 1972 las hermanas franciscanas misioneras de María Auxiliadora se encargan de la administración del Hospital de San Francisco, el único de la costa en el Cauca. En Guapi se crean por la Iglesia instituciones de beneficencia para atender los niños y ancianos de familias sin recursos, como el Hogar Mónica y Ancianato San Joaquín durante los años 1970. Es importante también el fomento del cooperativismo y la autogestión de pequeños proyectos económicos. Igualmente es la Iglesia quien gestiona ante el Estado central la construcción del aeropuerto que se inaugura en 1962. La construcción de la actual sede de la alcaldía, del concejo municipal y del teatro también son obras promovidas por la Iglesia, así como la construcción de algunos de los barrios que se van consolidando en Guapi con el crecimiento poblacional del casco urbano, generado justamente porque la presencia de las instituciones de educación produjo fenómenos migratorios desde las zonas rurales. La Iglesia se erigió pues como un poder que superaba en su capacidad de gestión y realizaciones a las limitadas administraciones nacionales y municipales. Los franciscanos tienen un discurso que se compagina con las propuestas modernizadoras y desarrollistas de los políticos que asumían la defensa de la región¹⁸. Se trataba de “redimir la región y su gente, de superar la miseria material y espiritual de la raza”.

La Iglesia como institución, se ha enfrentado en su historia a transformaciones y conflictos internos acerca de la concepción de su papel en la sociedad. Este fenómeno se expresa en Guapi a través de los matices en las formas de implementación de su trabajo pastoral. Uno puede encontrar en los sacerdotes que han estado al frente de la misión religiosa, desde posiciones que podríamos denominar tradicionales hasta discursos cercanos de la Teología de la Liberación,

17. En este frente, la educación se convierte en la actividad principal como veremos más adelante.

18. Sobre el discurso desarrollista de las elites locales ver Yacup (1934).

sobre todo en las nuevas generaciones. Estas posiciones diferenciadas se aprecian, por ejemplo, ante el proceso organizativo de estos últimos años alrededor de las propuestas étnicas. Mientras algunos sacerdotes o miembros de la misión se muestran favorables a esta dinámica, otros toman distancia frente a ella¹⁹. A diferencia del Chocó o Nariño, donde la Iglesia ha jugado un rol más institucional de apoyo e incluso ha sido uno de los principales impulsores del proceso organizativo de las comunidades negras, en el Cauca la relación con este proceso ha sido, hasta el momento de nuestra investigación, más bien producto de iniciativas individuales²⁰.

Hemos visto cómo la Iglesia ha jugado en el Pacífico un papel de actor intermedio entre diferentes escalas de las dinámicas sociales y culturales, transmitiendo hacia la región lógicas de lo universal (que podríamos llamar aquí lo global, como expresión de la cultura occidental cristiana), tanto en el orden de su discurso evangelizador como cuando opera como factor de desarrollo o finalmente en su compromiso con los procesos organizativos étnicos. Si bien, es cierto que esta transmisión cultural es la vocación general de la Iglesia en la sociedad y, por lo tanto, no es específica de su papel en el Pacífico, hay que destacar su preeminencia en este contexto regional y local. Observando el caso de la educación en el Pacífico nos encontramos nuevamente con la Iglesia como su gestor principal.

- ***La educación: precariedad crónica pero...***

Mientras que el régimen colonial preveía el establecimiento de escuelas para los indígenas que formaban parte de las “encomiendas” con el objetivo de enseñarles el español, la religión y algunas actividades manuales, para los esclavos no existía ninguna obligación de parte de los amos en este sentido, salvo la evangelización.

A medida que se iban consolidando algunos centros de poblamiento, como Barbacoas, Iscuandé, Nóvita, se crearon algunos pequeños colegios destinados a los hijos de los administradores y dueños de minas así como de los funcionarios coloniales. Sin embargo, lo más general era que los blancos propietarios y funcionarios enviaran a sus hijos a estudiar en las ciudades coloniales del interior o

19. Habría que precisar que la posición de la Iglesia frente a las dinámicas organizativas étnicas no corresponde necesariamente a la diferenciación entre Iglesia progresista y conservadora. De hecho, se pueden encontrar sectores de la Iglesia considerados como tradicionales que respaldan dichos procesos organizativos.

20. En entrevista con el obispo de Guapi, éste manifestaba la decisión institucional de comenzar a participar más activamente en el proceso organizativo relativo a la etnicidad negra. Sobre los movimientos étnicos negros en el nivel nacional y local, ver más adelante.

a la metrópoli. La enseñanza secundaria sólo se impartía en las principales ciudades coloniales y a ella tenían acceso exclusivo los hijos de españoles. Para los pertenecientes a las castas, e igualmente para los esclavos, la educación formal estaba expresamente prohibida por el régimen colonial. Se presentaban casos excepcionales de algunos negros esclavos a los cuales se les enseñaba a leer, escribir y el manejo de cuentas para administrar los bienes de sus propietarios (Gutiérrez, 1999: 431). Las dos universidades que existían en Santa Fe tenían la exigencia de “pureza de sangre” refiriéndose a un probado ascendente español sin “mancha”, como uno de los requisitos para ingresar en establecimientos de educación superior. Todas estas instituciones de enseñanza eran controladas por las diferentes comunidades religiosas presentes en el país durante la Colonia.

En el siglo XVIII, último del período colonial, dichas restricciones se pudieron franquear de parte de algunos mulatos en la medida en que el proceso de mestizaje fue avanzando y que algunos negros y mulatos libres lograron ascender económicamente como artesanos o pequeños comerciantes y sus hijos, en pocos casos y no sin dificultades, ingresaron en algunos centros de educación. Las excepciones se lograban, haciendo trampa en la presentación de pruebas de “pureza de sangre”, o como dádiva excepcionalísima hecha luego de largos procesos (Jaramillo Uribe, 1969: 184-185).

A nivel nacional, con la Independencia se promoverá la ampliación del cubrimiento de enseñanza sobre todo primaria y secundaria y aunque en la primera mitad del siglo XIX se crean algunas escuelas y colegios laicos, la Iglesia seguirá teniendo el predominio en la administración de la educación. La confrontación política entre liberales y conservadores va a reflejarse también en el aspecto educativo. Mientras los conservadores eran partidarios de la continuidad del papel dirigente de la Iglesia en la educación, los liberales abogaban por quitarle a ésta el monopolio en ese dominio. En los períodos en que los liberales tuvieron el control del exiguo Estado central durante el siglo XIX, trataron de impulsar reformas en la educación en dicho sentido. En los años 1860 se crearon varias escuelas Normales, para la formación de futuros maestros de enseñanza primaria. Este proyecto incluía la enseñanza religiosa pero bajo la dirección del gobierno. Pero ya hemos visto cómo la Iglesia y las elites conservadoras se resistieron a continuar en esta dirección. Las finanzas públicas en crisis tampoco permitieron un impulso importante de estas iniciativas. No obstante la Constitución de 1886 establece que es el Estado quien debe reglamentar y dirigir la instrucción pública, en los hechos se otorga de nuevo un espacio importante para la educación impartida por la Iglesia y, en lo que respecta a la educación laica, la presencia de la enseñanza religiosa era obligatoria.

La Iglesia, a través de diferentes comunidades misioneras, se encargaría de darle continuidad al papel evangelizador y de educación iniciado desde la Colonia

sobre los vastos territorios periféricos del país (incluido el Pacífico), llamados “territorios nacionales” y “tierra de misiones”. A partir de 1902, el Gobierno delega la administración y la dirección absoluta de la educación en estos territorios. Así surge la “educación contratada”. El Estado le da a la Iglesia el dinero para la educación y ésta lo administra, construye colegios, nombra y paga los maestros, etc. Entre los territorios de misiones va a ser el Chocó donde se registre la mayor presencia de instituciones escolares impulsadas por la Iglesia y el gobierno conjuntamente. (Helg, 1984:16-31).

En Chocó hasta 1906 sólo había 6 escuelas de enseñanza primaria. Dos años más tarde ya existían 126, una por cada cabecera municipal. En 1912 fue creado por las monjas de La Presentación el colegio para niñas de La Presentación. En 1915 se funda el colegio Carrasquilla para niños. Los dos colegios tenían costos de matrículas bastante altos, de tal suerte que la presencia de negros y mulatos era mínima. Años después, hacia la década de 1940 con la presión del movimiento político liderado por la elite negra y mulata y en particular por Diego Luis Córdoba (Agudelo, 2000a), se lograron fusionar los colegios de enseñanza primaria destinados, uno para las elites y el otro para los pobres. En 1934 se crea en Quibdó la primera escuela Normal de la costa Pacífica.

En Tumaco las monjas betlemitas crean el colegio para niñas en 1908. El Padre Merizalde habla en 1921 de la existencia de escuelas públicas y privadas y de los colegios para niñas y otro para jóvenes. Usualmente estos últimos deberían, como en el caso del Chocó, estar destinados a la educación de los hijos de las elites blancas. (Merizalde, 1921:131).

En Guapi, ya mencionamos cómo desde 1954, los franciscanos plantean que su tarea central es “el rescate del hombre de la costa de la esclavitud más terrible: la ignorancia”²¹. Por estos años la escuela urbana de niñas se convierte en Normal Superior de Señoritas (uno de los principales de toda la costa Pacífica) y la escuela de niños se transforma en el Colegio San José para bachillerato. Estas transformaciones estuvieron acompañadas de la construcción de nuevas instalaciones apropiadas a las exigencias de los planteles educativos.

- **... factor de movilidad social y acción política**

La educación en la costa Pacífica sigue siendo deficitaria con respecto a la demanda educativa²². No obstante, a pesar de su precariedad, la educación consti-

21. Periódico *Juventud costeña*, op. cit.

22. En el censo de población de 1918 aparece la cifra de una tasa de alfabetización promedio nacional de 32,5%, mientras que para el Chocó en la costa Pacífica era del 23,7% o para Bolívar en la

tuye uno de los factores de movilidad social más importantes en la región. Históricamente, el proceso de integración de sectores de poblaciones negras a los grupos dirigentes y las elites culturales de la región está en relación con el acceso gradual que éstas tuvieron a la instrucción primaria, secundaria y a la formación universitaria. Inicialmente, en los años 1920 y 1930, aún los estudios secundarios debían realizarse fuera de la región y esa posibilidad estaba restringida a pocos individuos. El mecanismo para poder avanzar en la formación hasta llegar a la educación superior generalmente estaba asociada a la posesión de un capital económico y en algunos casos a la obtención de becas o ayudas especiales, bien sea de la Iglesia, del gobierno (nacional o departamental), o de sectores políticos, como parte del intercambio clientelista (Agudelo, 2000a).

Desde principios del siglo XX se registra la migración de las pocas familias que lograban acumular algún capital económico, hacia las cabeceras urbanas y en menor medida hacia las grandes ciudades del interior. Una de las motivaciones principales de estos flujos migratorios era la búsqueda de acceso a la educación para las nuevas generaciones. El objetivo estratégico del proyecto de vida familiar se convertía en la educación para los hijos, entendida como la mejor garantía de ascenso social. Con la “toma del poder” político y administrativo local sucedido primero en Chocó en los años 40 y más adelante en la parte del Pacífico centro y sur²³, de parte de las elites negras y mulatas, la educación era un pasaje necesario para luego acceder a los puestos públicos y dar el salto social que ello implicaba²⁴. Este fenómeno continuó reproduciéndose con pequeñas variaciones hasta el presente (ver al respecto, la sección 2 del capítulo 2, y sobre las percepciones de discriminaciones en el acceso a la educación, el cuarto aparte de la sección 4 del capítulo 6).

costa Caribe era de 21,9%. En cuanto al número de estudiantes inscritos en enseñanza primaria para el Chocó se registra en 1922, un porcentaje menor del 4% de la totalidad de la población del departamento. Las cifras más bajas del país con el conjunto de los llamados Territorios Nacionales (las áreas selváticas amazónicas, las llanuras orientales y la costa Pacífica). En cuanto a la tasa de estudiantes inscritos en enseñanza secundaria para 1923, el Chocó aparece por debajo del 1%. Según el Cuarto Informe Anual de la Defensoría del Pueblo (1997: 537-538) y Hernández (1993: 543), las tasas de analfabetismo son de 43% en lo rural y 20% en lo urbano mientras en el nivel nacional son de 23,4% en lo rural y 7,3% en el urbano. La cobertura de educación primaria es de 60% en áreas urbanas y 41% en rurales, siendo de 87% y 73% respectivamente a escala nacional. La cobertura de secundaria es del 38% comparada con el 88% en promedio nacional. El ingreso a la universidad es del 2% y la calidad de la educación es 40% menor que en el interior (según las pruebas del Icfes). Existen 148 colegios de bachillerato, pero sólo 54 tienen el programa completo. Ocho universidades prestan sus servicios en forma presencial y a distancia.

23. Con la excepción del municipio de Tumaco (Hoffmann, 1999b).

24. Hay que mencionar aquí una excepción importante que es la empresa de Puertos de Colombia. Su instalación en Buenaventura desde los años 20 se convirtió en un importante polo de atracción de mano de obra de todo el Pacífico e inclusive del interior del país. Esta mano de obra no requería calificación especial ni ningún nivel de educación.

El establecimiento de las Normales para formación de maestros locales se convirtió en la oportunidad de acceder a esta categoría profesional para los jóvenes negros que no tenían posibilidad de salir a formarse en universidades del interior. También se constituyó en un mecanismo de ascenso social para muchas mujeres jóvenes cuyas familias no consideraban viable que continuaran estudios superiores alejadas de sus familias. *“Muchas mujeres que querían progresar y hacer estudios como los hombres tenían el problema que sus padres no les daban el permiso para viajar. Menos mal que surgió la Normal para señoritas. Yo creo que por eso aquí hay tantas maestras y no sólo aquí sino en todo el Pacífico y hasta diría que en todo Colombia son reconocidas las maestras del Pacífico que se han ido regando por Colombia”* (Declaraciones de Eugenia Ruiz, encargada de la biblioteca de la Normal, Guapi, 1998). Rápidamente hubo un superávit de maestros del Pacífico que la escasa infraestructura en escuelas y colegios no podía absorber. Empezó entonces un nuevo proceso de emigración hacia el interior del país en búsqueda de oportunidades de empleo en el magisterio. Aunque no se cuente con estadísticas al respecto, una observación empírica permite afirmar que hoy es común ver la presencia de maestros negros del Pacífico dispersos por todo el país.

Además, hay que decir que para muchos jóvenes, la realización de estudios en las Normales tenía justamente como propósito obtener la preparación necesaria para encontrar una oportunidad de insertarse laboralmente en el interior. Alfredo Vanín, intelectual de Guapi, manifestaba que *“la oportunidad de los negros de graduarse en las Normales se constituyó en una especie de revancha frente a los grupos de las elites blancas, mulatas y minoritariamente negras que habíamos logrado formarnos en el interior del país”* (información oral de Alfredo Vanín, Tumaco, 1998). Este fenómeno permitió a una nueva capa de la población participar desde su condición de maestros en procesos de liderazgo en la región, que en algunos casos se articulaba con las redes políticas de poder local y regional. Muchos de los líderes políticos, cívicos y de movimientos étnicos, así como los intermediarios de redes de clientela política son maestros (Agudelo, 2000a). *“Nací en Guapi. Mis padres eran maestros rurales de la región (Saija, Timbiquí, Guajui). Viví mi infancia en esas regiones. El bachillerato lo realicé en Popayán y aquí en Buenaventura. Luego me fui a estudiar historia en la Universidad del Valle en Cali. Me convencí que la situación de los negros no la podríamos solucionar sino nosotros mismos. Que había que ser un buen profesional para jugar un papel protagonista en el futuro de nuestras gentes. Una vez terminada mi carrera me decidí a trabajar en un pueblo de mayoría de población negra”* (Rosa Solís, maestra y activista. Buenaventura, 1998.)

A partir de los años 1970, con el surgimiento de algunos centros universitarios y programas no presenciales (modalidad de universidad a distancia) se diversifi-

caron las posibilidades de obtener títulos profesionales, pero al igual que en el caso de los maestros las limitaciones de la oferta laboral y el deseo de condiciones de vida diferentes estimulaban la emigración de estos nuevos profesionales.

En Guapi, además de la misión de franciscanos y los colegios San José y la Normal Superior para señoritas, ya mencionados, se impulsan la construcción de otras instituciones, básicamente de primaria, en las zonas rurales. Ser maestro en Guapi se convirtió entonces en el camino más expedito de ascenso social pues no implicaba ni siquiera salir al interior del país a realizar estudios universitarios, con todas las dificultades que ello implicaba para quien no contara con el capital necesario. El maestro nativo se convierte en el principal líder comunitario que conecta la comunidad con lo moderno. Es el interlocutor de las instituciones, estatales y privadas, que llegan a la región y se convierte también en el “teniente político” que hacía de correa de transmisión en la lógica clientelista. En tiempos de la política tradicional y del clientelismo de los años 1950 a 1970, el liderazgo político del maestro era incuestionable. Al respecto, las fotografías 5 y 6 recogen dos momentos de la vida educativa en Guapi. La foto 5 es una toma de la Normal Superior de Guapi, una de las instituciones de formación de maestros de mayor prestigio en el Pacífico colombiano, mientras la foto 6 es un registro cotidiano en los ríos de niños desplazándose hacia la escuela veredal.

Sin embargo, con la fragmentación del poder político y los demás fenómenos, que en la escala nacional y local, le marcan un giro a las formas de control partidista desde los años 1970 (Agudelo, 2000a), el liderazgo de los maestros se ve resquebrajado y aparecen otros actores como intermediarios entre los jefes regionales y la población. Otro fenómeno que explica la pérdida de este liderazgo en Guapi es la búsqueda individual de movilidad ascendente del maestro mediante la migración hacia ciudades donde encontrará otras posibilidades de elevar su estatus social. Haciendo un balance de la estrategia educativa de la Iglesia, Monseñor Morales dice que: “*La educación, que ha sido nuestra prioridad, le ha traído beneficios a la gente pero también ha destruido la costa pues los muchachos se han desarraigado al estudiar y ya no quieren volver a la tierra*”.

Con todo, el sector profesional más visible de Guapi sigue siendo el magisterio. Estando en Guapi tuve la oportunidad de asistir a una ceremonia de grado de una especialización o licenciatura en Ciencias Económicas y Sociales otorgados por la Universidad Libre. Los graduados, vestidos de toga y birrete, eran 150 personas, todos maestros, residentes principalmente en Guapi, aunque había también algunos de Timbiquí y Micay. Los acompañaban sus familias y amigos y en la noche era difícil encontrar una calle de Guapi en la que no hubiera fiesta de alguna de las familias de los graduados. Para estos maestros, su nuevo estatus, más allá del aumento de salario que les garantiza la legislación, representa un

reconocimiento social frente a su entorno y, para algunos, un escalón más en su perspectiva de salir de la región a “buscar un futuro mejor”²⁵.

- ***Los nuevos retos de la educación en el Pacífico***

Desde finales de los años 1970 se empiezan a producir en el Pacífico cambios significativos en materia de planeación regional, proyectos de desarrollo, descentralización, nuevos mecanismos de participación, derechos territoriales, protección ambiental y reconocimiento de derechos étnicos. La problemática educativa va a ser uno de los aspectos que atraviesen dichas transformaciones de la región. Con el telón de fondo de una reivindicación constante sobre el mejoramiento y la ampliación de la educación se presenta cierta variabilidad en el discurso y en las prácticas educativas de parte de los actores que intervienen en el sistema. Al lado de los actores tradicionales (los maestros, la Iglesia), surgen o llegan a la región nuevos agentes que impulsan el componente de educación como parte de los planes de desarrollo o de cooperación. Son las agencias internacionales y nacionales, gubernamentales o no, que impulsan proyectos de educación comunitaria, capacitación para el liderazgo, fomento de grupos culturales y de valoración de la cultura local en los programas educativos. Buena parte del liderazgo que se hace visible en el Pacífico en los años 1990, se formó en estas nuevas dinámicas.

Uno de los nuevos proyectos sobre la región fue la creación mediante Ley 65 de 1988 de la “Universidad del Pacífico” que tendría su sede principal en Buenaventura, con subsedes en Tumaco, Guapi y Bahía Solano. El propósito manifiesto de este nuevo centro educativo era *“suplir la falta de un centro de altos estudios que forme profesionales con suficiente calidad para vincularse al progreso del litoral Pacífico, que promueva y realice investigaciones científicas sobre el inmenso patrimonio de recursos naturales y sobre la complejidad del contexto socio-cultural de la región, que transfiera y adapte tecnologías que contribuyan a generar riqueza y bienestar, y que articule el saber de la academia con las experiencias y los saberes autóctonos, y en fin, que potencien en conjunto el desarrollo sustentable del Litoral Pacífico”* (Documento Plan de Desarrollo de la Universidad del Pacífico. Buenaventura, 1999).

En el Plan Nacional de Desarrollo de la población afrocolombiana “Hacia una Nación pluriétnica y multicultural 1998-2002”, se formuló la destinación de un presupuesto especial par la concreción del proyecto de la Universidad del Pacífico. La Universidad del Pacífico ha comenzado a funcionar en el primer semes-

25. Conversaciones con algunos graduados.

tre del año 2001, trece años después de su “creación”. A pesar de la importancia y la urgencia que presentan sus objetivos, esta tardanza dice mucho sobre la voluntad política del Estado sobre la implementación de un proyecto dirigido hacia el Pacífico: pesa aun la visión del Pacífico y de sus gentes como una región en que la educación superior está lejos de representar una prioridad. En estas circunstancias, es muy temprano todavía para evaluar el resultado de las primeras etapas de implantación de la Universidad del Pacífico.

A las reivindicaciones por la ampliación de la cobertura educativa formal y por consolidar la presencia de una educación superior de calidad en la región se agregan a partir de la década de 1990 las reivindicaciones concernientes a la etnoeducación desde la perspectiva de las poblaciones negras. La multiculturalidad y pluriétnicidad de la Nación que plantea la nueva Constitución de 1991, incluye modificaciones en el aspecto educativo y genera la necesidad de una educación que reconozca las diferencias culturales (Ley de Comunidades Negras de 1993 y Ley General de Educación de 1994, cf. Agudelo, 2001a). Algunos aspectos de este nuevo contexto legislativo han producido resultados, otros siguen sin concretarse. La Comisión Pedagógica y el establecimiento de una oficina de etnoeducación afrocolombiana en el Ministerio de Educación se ha convertido en un espacio de participación de representantes de grupos negros a nivel departamental y nacional. Dicha comisión, en tanto que asesora del Ministerio y otras instancias que definen políticas educativas, elaboró el articulado sobre cátedra afrocolombiana y ha hecho presiones para que se implementen proyectos específicos concernientes a la educación en poblaciones negras. La cátedra afrocolombiana ya es una realidad en la legislación mediante el decreto 1122 de 1998, estableciendo la obligación de incluirla como parte de los programas de ciencias sociales en la enseñanza pública y privada en los niveles preescolar, primaria y media.

En el caso colombiano son las experiencias indígenas las pioneras en materia de etnoeducación. Gros (2002), presenta algunos ejemplos de las características que asume la relación de las poblaciones indígenas con la educación:

1. Es la reivindicación de un “derecho” que se exige al Estado en tanto que parte de la nación: no ser discriminado en el acceso a la educación.
2. Es reafirmar el principio de identidad étnica al reivindicar el derecho a una educación diferenciada (con sus niveles de autonomía, que incluya sus particularidades culturales).
3. Pero es también exigir el acceso a la educación que incluya todos los saberes modernos y la posibilidad de competir en igualdad de condiciones de capacitación con el resto de la sociedad.

4. Las reivindicaciones educativas son parte central del proyecto político de los movimientos étnicos. La escuela es un espacio donde se transmite una idea militante de la identidad y donde se deben construir los liderazgos y las bases del proyecto político. Sin negar las diferencias entre la construcción de las identidades indígenas y negras (Agudelo, 2001a), es evidente en los lineamientos curriculares de la cátedra afrocolombiana esbozados en la Ley 70 y los discursos de los movimientos negros, cierta correspondencia con lo planteado por Gros para los indígenas. La “cátedra” apunta simultáneamente al doble objetivo de construir o fortalecer, entre las poblaciones negras, una autoafirmación de su identidad, al tiempo que hace énfasis en la búsqueda de su reconocimiento de parte de la sociedad nacional. El logro de un impacto significativo de proyectos de etnoeducación para poblaciones negras está en relación directa con la suerte que corra su proceso de consolidación como sujetos políticos étnicos.

En resumen, hemos hablado de la Iglesia como un gran transmisor de lo global hacia lo local y la educación es otra institución que conecta cultural y socialmente las diferentes escalas de organización social que hemos abordado en nuestra mirada hacia el Pacífico y los enfoques recurrentes sobre Guapi. No obstante, las acciones emprendidas por la Iglesia y, más recientemente, por otros actores sociales, la educación en el Pacífico continúa siendo deficitaria en relación con las necesidades de la población. El ser un recurso de difícil y restringido acceso la convierte en vehículo de ascenso y diferenciación social. Esta relación directa entre la construcción de elites y la adquisición de un capital educativo se evidencia particularmente tanto en los liderazgos locales y regionales tradicionales, vinculados a los partidos liberal y conservador, como también en la nueva generación de líderes de la movilización étnica.

3. Movimientos negros y etnización

Hasta mediados de los años 1980, los movimientos políticos y sociales negros en Colombia no superan el carácter marginal y restringido a un puñado de activistas estudiantiles, intelectuales y profesionales. Algunas formas incipientes de organización gremial, sindical o cooperativa en las que influyen algunos grupos de izquierda, Ong o la Iglesia, y hasta agentes del Estado que se desarrollan entre las poblaciones negras, no se apoyan en la “conciencia de raza” como elemento central y menos en un discurso sobre identificación étnica. El salto cualitativo y cuantitativo hacia la construcción de un movimiento social de masas se va a producir por una confluencia de factores que se entrecruzan en lo que llamaremos el “período constitucional”, entre finales de los 80 y principios de

los 90. La elaboración de una nueva Constitución por una Asamblea Nacional Constituyente de elección popular representó un hecho mayor en el panorama político nacional (Agudelo, 2001b).

El reconocimiento en la nueva Constitución del carácter multiétnico y pluricultural de la Nación, oficializó la “ruptura ideológica” (Gros, 1993, 1997a y b) con el tradicional proyecto nacionalista que funcionó para América Latina y que veía en el proceso de mestizaje la consolidación de las naciones modernas y la desaparición gradual de las minorías étnicas consideradas como rezagos del pasado y factor de atraso.

El artículo transitorio 55 de la Constitución ordena la elaboración de una ley que reconozca “...a las Comunidades Negras que han venido ocupando tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del Pacífico, de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción, el derecho a la propiedad colectiva sobre las áreas que habrá de demarcar la misma Ley”. Más adelante agrega “...La misma Ley establecerá los mecanismos para la protección de la identidad cultural y los derechos de estas comunidades....”.

Posteriormente, una “comisión especial” se encargó de redactar la Ley 70 de 1993 o “Ley de negritudes”, siguiendo un proceso complejo de movilización y negociación entre los diferentes actores que intervienen en esta dinámica (Estado, organizaciones negras, Ong, asesores, etc. (Agudelo, 2001a; y Restrepo, 1997b, 1998, 2001 y 2002a). Si bien, es cierto que el eje central de la ley es el otorgar unos derechos territoriales colectivos en la región de la costa Pacífica ligados a algunos criterios sobre protección de recursos naturales, medio ambiente y manejo de recursos mineros, adquiere también importancia la creación de mecanismos para la protección de la identidad cultural, la implementación de planes de desarrollo económico y social y la participación en diversas instancias administrativas del Estado relacionadas con la aplicación de la Ley en su conjunto.

En el diseño de los derechos territoriales se siguió en líneas gruesas el modelo aplicado con los indígenas, igualmente en la creación de algunos espacios de participación. Un referente de peso desde una experiencia organizativa negra en la región del río Atrato en Chocó fue la Acia (Asociación Campesina Integral del Atrato). Estas poblaciones organizadas inicialmente a principios de los años 1980 como Comunidades Eclesiales de Base estimuladas por la Iglesia, devienen una organización de lucha por la tierra y comienzan a construir una visión sobre derechos territoriales ligada a su carácter de grupo social con una identidad cultural particular. En 1988, conquistan el derecho de intervención en el manejo ambiental de un área de 800.000 hectáreas bloqueando las pretensiones de compañías madereras de explotar los bosques de las zonas de hábitat permanente de las poblaciones negras del Atrato medio. La pugna por los derechos de las pobla-

ciones negras quedó signada por este antecedente y en el diseño del AT55 y de la Ley 70, así como en el modelo organizativo para las poblaciones de la región, la experiencia de la Acia se convirtió en una especie de paradigma, el cual actuó como figura central de estructuración de la identidad étnica en el Pacífico, sobre todo en Chocó, como lo muestra el análisis de los resultados de la pregunta de auto identificación étnica del censo de 1993 (ver sección 3 del capítulo 6).

Otro sector importante del movimiento negro es el llamado “Proceso de Comunidades Negras, Pcn”, que surge hacia inicios de los años 1990, en el contexto de la coyuntura política generada por la nueva Constitución y la experiencia de la Acia. Los núcleos iniciales del Pcn se ubican fundamentalmente en sectores urbanos del Pacífico centro y sur, como Buenaventura, Guapi y Tumaco, pero también logra una presencia importante en el norte del Cauca y la costa Caribe. El Pcn lanza una ofensiva organizativa hacia las áreas rurales impulsando las organizaciones étnico-territoriales en las zonas que deberían ser tituladas colectivamente de acuerdo a la Ley 70 de 1993. Desde 1993 han surgido otras expresiones político-organizativas en las regiones de influencia del Pcn, que en algunos casos fueron integrantes iniciales de esta organización. No obstante, el Pcn continúa siendo el sector con más incidencia en las organizaciones étnico-territoriales del Pacífico sur y la expresión del movimiento negro con el discurso más elaborado. El énfasis fundamental está en la reivindicación de la “cultura negra” como el elemento central de su identidad y el punto de partida para el ejercicio de sus derechos al territorio, a la autonomía, a la construcción de una visión propia del desarrollo y de la relación con la naturaleza. Se insiste en la afirmación de la diferencia y se cuestiona la visión de integración y asimilación a la sociedad global planteada por otros sectores del movimiento negro²⁶.

• *Movilización étnica en Guapi: comenzando el camino*

Cuando se inicia la construcción del movimiento social de comunidades negras alrededor de la dinámica nacional sobre la nueva Constitución, apoyada en el ejemplo de las organizaciones rurales del Chocó, no hay presencia de individuos ni organizaciones de Guapi en dicho proceso. Esta población entra en la “onda étnica” entre los años 1991 y 1992, cuando se inicia la dinámica de consulta y participación de las comunidades negras del Pacífico promovida por el AT55.

Para que se implantara en Guapi el nuevo discurso sobre comunidades negras confluyeron varios factores. Dado el grado de compromiso de la Iglesia con el

26. Para un estudio sobre los factores que explican el surgimiento y desarrollo del movimiento negro en Colombia, ver Pardo (1997, 1998), Wade (1993a, 1994) y Agudelo (2001b).

proceso en el Departamento del Chocó, ésta irrigo algunas informaciones entre sus pares para el resto de la región. De esta manera la Iglesia en Guapi participó en las discusiones que se desarrollan en otros lugares del Pacífico, donde el proceso organizativo estaba más avanzado e igualmente hizo extensiva esta posibilidad a algunos líderes de la comunidad invitados a estas reuniones: *“Recuerdo que la primera vez que nos enteramos de lo que estaba pasando con la nueva Constitución y lo del Transitorio 55 fue cuando la Iglesia nos invitó a algunos a que fuéramos a una reunión que se hizo en Buenaventura. Esto fue a finales de 1991”*²⁷.

Como orientación para toda la costa Pacífica, surge entre los sectores ya organizados en forma de “coordinadora nacional” la iniciativa de crear organizaciones en toda la región, privilegiando el área rural, y mecanismos para escoger los delegados a las instancias de discusión departamental y nacional. Llegan entonces a Guapi, a mediados de 1992, dos delegados provenientes de Buenaventura y el Departamento del Chocó. El primer contacto se presenta con un grupo de trabajo femenino. Se hace un primer recorrido por algunos de los ríos de la costa caucana para difundir a través de charlas el contenido del AT55. Luego, se convoca una reunión en el casco urbano de Guapi a la que se aproximan otras organizaciones y algunos individuos interesados en la información aportada por los delegados de la “coordinadora”. Allí se definió quiénes deberían quedarse coordinando el trabajo para la continuidad de la difusión de información, la organización de las comunidades de los ríos y el nombramiento de delegados que deberían participar en las instancias de discusión departamental y en la “comisión especial” que discutiría con el gobierno el contenido de la Ley sobre negritudes. Los coordinadores iniciales fueron la Fundación Atrarraya (Ong de comunicación creada por los sacerdotes y apoyada por la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca, Cvc) y un grupo de mujeres organizado por un proyecto de la Unicef. *“A mucha gente aquí en Guapi nos cogió un poco de sorpresa eso de que llegaran a hablarnos de racismo, de negritudes y de territorio. Por aquí no sentíamos lo del racismo pues las pocas familias blancas siempre han andado con los negros compartiendo sus costumbres y no nos sentimos discriminados. Si siempre hemos hablado de nuestra cultura del Pacífico y de nuestras tradiciones es sobre todo del folclor y nunca se nos ocurrió organizarnos como negros aparte. Y sobre lo de la titulación, pues no era que el campesino sintiera urgencia de tener los títulos, no sentíamos que estuvieran buscando sacar a la gente de sus ríos, como sí pasaba según contaban en el Chocó y en Nariño. Pero de todas maneras a la gente en general si se le desper-*

27. Información oral de Gerardo Bazán, exconcejal y líder comunitario de San Antonio de Guajú vereda de Guapi, Guapi, 1998.

tó como la curiosidad de saber de qué se trataba todo esto" (Eugenia Ruiz, encargada de la biblioteca del colegio la Normal, Guapi, 1998).

Luego, se convoca una asamblea para definir delegados de todas las regiones negras del Departamento a las instancias departamentales y nacionales que ya comenzaban a funcionar. A esta asamblea llegan delegaciones de los otros municipios de la costa caucana, Timbiquí y López de Micay, así como representantes del norte del Cauca.

Un grupo de jóvenes estudiantes de Guapi, que se habían organizado desde finales de los años 80, primero como "Jucodeagro, Juventudes por la conquista del agro" y que posteriormente asumieron el nombre de "Junpro, Juventudes unidas por el progreso", se habían interesado en el AT55, pero todavía no hacían parte de la coordinación de actividades en el municipio. En la asamblea de definición de delegados, "Junpro" muestra su interés por integrarse a las actividades de coordinación y su disponibilidad de tiempo para iniciar un trabajo intenso de visitas a los ríos en aras de informar y organizar las comunidades. En poco tiempo los activistas de "Junpro" (una veintena) asumen el protagonismo en la coordinación de actividades. Algunos individuos pertenecientes al magisterio, que también se habían acercado al proceso, al no contar con el tiempo necesario para las actividades organizativas, quedan relegados a un segundo plano como grupo de apoyo. "Junpro", logra incluir a uno de sus dirigentes entre los dos delegados que participaran en la "comisión especial" en representación del Pacífico caucano. Ya que no existían prácticamente organizaciones en los ríos alrededor de las nuevas reivindicaciones étnico-territoriales, se fueron escogiendo representantes de las comunidades entre líderes ya reconocidos que estuvieran dispuestos a asumir esa tarea, que eran por lo general directivos de las juntas de acción comunal o maestros. En general, todas estas personas estaban políticamente vinculadas con sectores de los partidos tradicionales. En principio, esto no era un impedimento para participar del proceso de reivindicación étnico-territorial. A quienes sí les significaba un problema era a los representantes de las organizaciones negras que comenzaban a construir un proyecto político. Los activistas de Junpro, quienes se integrarán posteriormente al Pcn, se encontraban entre estos sectores con vocación política autónoma. Sin embargo, no podían impedir que fuesen dichos líderes quienes asumieran inicialmente la vocería de los ríos. Eran los únicos liderazgos existentes y en muchos casos continuarían siéndolo. Sobre este punto se anexan la ilustración 1, el plegable de convocatoria de la reunión nacional del Pcn, distribuido ampliamente entre los miembros de Junpro y otras organizaciones locales de Guapi, y la fotografía 8, de Carlos Rosero, líder nacional del movimiento Proceso de Comunidades Negras (Pcn), cuya influencia es reconocida en la región.

Las primeras orientaciones del trabajo a realizar en los ríos eran la de recopilación de las historias de poblamiento y un inventario de posibles títulos de propiedad o documentos con los que disponían las comunidades acerca de su posesión de las áreas ocupadas. Mientras en Bogotá se reunía la comisión especial, en los ríos del municipio de Guapi continuaba el trabajo de difusión del AT55 y los avances que se iban logrando en la comisión especial. En esta etapa del proceso es “Junpro” la organización más dinámica. Ya habían conseguido ayuda económica de parte del Estado para movilizarse por los ríos y organizar actividades con las comunidades. Se empiezan a crear las primeras organizaciones étnico-territoriales. *“...con la ayuda de los de Junpro organizamos a las comunidades de la parte baja del río Guapi. Ellos fueron los primeros que llegaron a esta parte a hablarnos del AT55”* (Gualberto Banguera, líder comunitario, Guapi abajo, 1998).

- ***Llega la Ley 70. Surge Cococauca***

Con la promulgación de la Ley 70 de 1993, en Guapi se da un salto en la dinámica organizativa. “Junpro” organiza una asamblea con representantes de todos los ríos de la costa caucana para evaluar lo realizado en la difusión del AT55 y el proceso organizativo y presentar las perspectivas abiertas por la nueva Ley. En esta reunión (septiembre de 1993), “Junpro” propone darle un nombre al organismo coordinador. Desde ese momento se llamarían Cococauca, Coordinadora de Comunidades Negras del Cauca. Ahora se contaba con nuevas organizaciones en los ríos. Algunas fueron jaladas por “Junpro”, otras surgieron apoyadas por la Iglesia y también continuaban integrados al proceso individuos procedentes sobre todo del magisterio. *“En la reunión de Septiembre participaron representantes de todos los ríos. Los coordinadores. En Saija llega Asoprodesa que era una organización creada por los curas para trabajar lo agrario, lo mismo que en el Guajú que aparece Asodergua, impulsada por la Iglesia también, pero ésa sí surge en el marco del AT55. También llegan los de Asopomi del Micay y los coordinadores de los ríos. Empezamos a ver cómo organizar los ríos que todavía no estaban organizados. Por ejemplo, en Guapi arriba creamos el Palenque²⁸. Guapi arriba, en Napi, el Palenque de Napi, etc.”* (Entrevista dirección de Cococauca, Guapi, 1999).

28. En la “comisión especial”, representantes de las organizaciones negras habían propuesto darle el nombre de “palenque” a las organizaciones de base de las comunidades negras para efectos de la solicitud y el manejo de los territorios colectivos. Esta propuesta no fue aceptada por el gobierno y confirma la de “consejo comunitario”. Sin embargo, los sectores del movimiento que conformarían el Pcn orientan para las áreas de su influencia de asumir el nombre de palenques para sus instancias de organización y coordinación en los ríos. Cococauca fue uno de los sectores que harían parte inicialmente del Pcn.

A pesar de la nueva denominación, seguirá siendo “Junpro” el núcleo que centraliza las actividades, controla la información que viene de Bogotá (comisión especial) y los recursos que habían comenzado a llegar para continuar el proceso. Esta situación ya venía generando prevenciones de parte de algunos sectores, sobre todo de maestros del caso urbano que se habían integrado a las actividades y que comienzan a exigir una mayor información y descentralización de responsabilidades. La llegada de recursos económicos importantes para ser manejados por organizaciones sin experiencia en la materia y en un contexto de precariedad como es el de la región, ha generado toda suerte de complicaciones para las nuevas organizaciones étnicas²⁹.

• *Las rupturas*

La centralización por parte de Cococauca de los recursos y la actitud de esta organización de restringir la participación en ella de otros sectores, sobre todo del casco urbano, les empieza a acarrear serios cuestionamientos desde diferentes sectores de la población. También, desde el mismo interior de Cococauca se dan acusaciones de concentración de funciones y no circulación de la información de parte del núcleo central de la organización que corresponde a “Junpro”. Empiezan los reclamos por la falta de cuentas claras sobre la forma como se invierte el dinero³⁰. Desde fuera los señalamientos ya son más graves y hablan abiertamente de desvío de fondos³¹. El argumento central de Cococauca para explicar el porqué ellos han obstaculizado la llegada de otros sectores tiene que ver con el hecho que dichos sectores o individuos *“no han participado desde el inicio de construcción del proceso, (y así) quieren aprovecharse políticamente desde los partidos tradicionales de la situación y no buscan más que beneficiarse económicamente de los recursos”* (entrevista dirección de Cococauca, Guapi, 1999).

Prácticamente todas las opiniones de la elite política Guapireña coinciden en señalar que el proceso está monopolizado por unos cuantos muchachos que no han sido capaces de hacer un trabajo eficaz, ni de difusión ni de desarrollo de la Ley y además han manejado mal los recursos y no le han rendido cuentas a nadie. Sin embargo, en esta posición hay matices que van desde los que plantean que no están de acuerdo con la Ley *“por racista, sobre todo en Guapi que no hay discriminación y además en la región el problema no es la tierra sino la*

29. En el caso del movimiento indígena hay también experiencias al respecto, pero hay que señalar que éste no es un problema exclusivo de los movimientos populares de tipo étnico.

30. Entrevista con Raquel Portocarrero, maestra y activista cultural, Guapi, 1998.

31. Entrevistas con Jesús Castro, alcalde; Hernando Vanín, secretario de la alcaldía; Harold Martán, coordinador del Incora en Guapi; Guapi, 1998.

necesidad de tecnologías apropiadas para explotarla” (declaraciones de Teodoro Vanín, antiguo líder político conservador de Guapi. Cali, 1998). Otros dicen que *“la Ley es buena porque le da al negro conciencia de su identidad, pero no creo que lo de los territorios colectivos funcione porque el negro es muy individualista”* (declaraciones de Osías Mosquera, director del Sena de Guapi. Guapi, 1998). Otros, que *“lo más importante no es el territorio sino que el negro adquiera una visión empresarial para manejar mejor sus recursos. El impulso de la Ley debe haber sido confiado a personas con más experiencia y capacidad”* (declaraciones de Silvio Sinisterra, director del Plan Pacífico Guapi, 1998). *“La Ley despertó buenas expectativas al principio pero faltó más difusión y con la llegada de la plata, el proceso se dañó. Ahora todo el mundo piensa que todo eso no sirvió sino para que algunos se beneficiaran con la plata del Estado”* (declaraciones de Parmenio Zúñiga, líder comunitario, Guapi, 1998).

En ese momento (1993), se establece en Guapi una seccional del proyecto Biopacífico³². Superados los conflictos iniciales sobre mecanismos de participación y consulta de parte de las comunidades en el desarrollo de este proyecto, Biopacífico comienza a impulsar la construcción de algunas organizaciones que estaban surgiendo en el municipio sin contar con el aval de Cococauca, o más precisamente, de “Junpro”. Algunos sectores descontentos con el desarrollo del trabajo de Cococauca se apoyan en Biopacífico para impulsar una nueva instancia de coordinación que se denominaría la “Federación”.

El descontento con Cococauca ya había trascendido a nivel regional y es así como el Pcn respaldó también el surgimiento de esta nueva instancia de coordinación. Cococauca quedaba reducida a “Junpro”, conservando influencia en algunos ríos. Sin embargo, eran sus delegados los que estaban nombrados para instancias de participación nacional y departamental, de tal suerte que continuaban aún con cierto poder de manejo a pesar del debilitamiento generado por la reciente ruptura. En el escenario de discusión nacional, el Pcn había logrado concretar su propuesta de creación de los “comités regionales” y se había reglamentado el decreto sobre la conformación de los consejos comunitarios. A nivel local se inicia la dinámica correspondiente a esta nueva fase pero con el ingrediente de la división entre Cococauca y la “Federación”. Esta situación genera complicaciones para el otorgamiento de los fondos necesarios para la organización de los consejos comunitarios.

Ante esta situación el Incora decide agilizar el proceso desde su propia perspectiva: la del simple trámite administrativo de cesión de títulos de propiedad. El

32. Proyecto de estudio de la biodiversidad del Pacífico, dirigido por el Ministerio del Medio Ambiente, con financiamiento exterior.

representante del Incora para Guapi manifestaba: *“La Ley 70 limitó mucho la acción del Incora para la titulación. Se le atribuyeron a las comunidades los poderes para determinar el ritmo de la titulación y esto en vez de agilizar estaba era retrasando el proceso. Pasados 5 años aquí había un poco de organizaciones en los ríos y ninguna solicitud de titulación a excepción de la impulsada por Unicosta. Las organizaciones estaban acumulando información, proyectos, recursos y el proceso no avanzaba. Otilia Dueñas al llegar a la gerencia del Incora se decidió a romper con este ritmo tan lento que traían las organizaciones. Aquí se le dio un contrato a la ‘Colonia guapireña’ de Bogotá para que viniera a formar consejos comunitarios en los ríos. Luego de conformados, los consejos comunitarios nos vinieron a hacer la solicitud de titulación y a solicitar la visita técnica que hace el Incora para verificar los datos, luego van los del Igac (Instituto Geográfico Agustín Codazzi) a tomar las medidas y límites del área solicitada, etc. etc.”* (declaraciones de Harold Martín, Incora, Guapi, 1998).

El proceso avanza atravesado por estos contingentes. *“Por trabajo de los de Cococauca habíamos formado el ‘Palenque del Napi’. Luego, con la capacitación del Incora formamos el consejo comunitario. Fuimos nosotros los primeros que nos organizamos por cuenca de río y no por veredas, como querían inicialmente los del Incora. Luego, se formaron también los consejos comunitarios de Guapi y de Guajui. Actualmente las comunidades todavía tienen dudas sobre las ventajas de este proceso. Faltó mucha capacitación a la gente. Nosotros nacimos sin recursos. Luego de la asamblea para formar el consejo comunitario, no tuvimos cómo continuar con la capacitación. A la asamblea llegamos 15 personas por comunidad, de 7 comunidades que tiene el río (105 personas en total más otros delegados). Lo de la junta directiva que encabeza el consejo comunitario está muy flojo todavía. Cada miembro no asume sus responsabilidades y no pasa nada. Yo quiero fortalecer el reglamento interno. Que cada cual sepa bien lo que le toca hacer y el que no cumpla se le apliquen medidas. Este problema es similar en los demás consejos comunitarios, según he podido hablar con otros representantes. Yo creo que se necesita más capacitación”* (declaraciones de Humberto Villa, representante legal del consejo comunitario del Napi, Guapi, 1999).

Simultáneamente, con la creación de la “Federación” se integran al proceso algunas organizaciones de mujeres que mantienen su autonomía con respecto a las coordinaciones existentes, constituyéndose en un tercer polo. *“En una reunión nacional los de la Federación planteamos que en la costa caucana había otra expresión de comunidades negras que eran las de la Red de mujeres ‘Matamba y Guasa’ [ver más adelante] y que ellas también debían estar pre-*

sentés en las reuniones departamentales y nacionales. Esto se logró. Pero Cauca debido a las divisiones y los problemas que tuvimos las organizaciones de comunidades negras fuimos el único departamento que no había tenido acceso a un fondo del Bid para implementar la titulación. Siempre terminábamos peleando entre nosotros delante de las instituciones y por eso nos bloqueaban los fondos. Entonces decidimos con la Red de mujeres no seguir así y conjuntamente le planteamos a Cococauca [...] una propuesta para la conformación de consejos comunitarios en una zona de la costa en la que no se había iniciado todavía esta etapa. Las instituciones encargadas de darnos los fondos aceptaron la propuesta colectiva y hemos empezado a trabajar sin mayores problemas. A 'Manos negras' le llega el dinero porque tiene personería. Ellos son la organización contratante y la administramos colectivamente. Hasta ahora eso funciona bien. Hasta nos han hecho interventoría y nos han felicitado por el manejo de las finanzas" (declaraciones de Evangelista Hurtado, coordinador de la "Federación", Guapi, 1999).

Para Cococauca este proceso de concertación forzada con los nuevos actores de coordinación se da a regañadientes. Ellos siguen considerándose como los legítimos representantes de las comunidades y consideran que el fraccionamiento que se ha producido no hace más que debilitar su capacidad de negociación con el Estado. Esta pérdida de la capacidad de centralizar funciones, puede tener que ver con un estilo de trabajo cerrado y una concepción muy rígida y excluyente sobre los que pueden formar parte de la lucha por derechos étnicos. Sin faltarles razón sobre sus prevenciones acerca de la actitud de ciertos sectores de los partidos políticos tradicionales, el hecho de excluirlos por principio, sin considerar de manera concreta sus intereses, fue un factor que debilitó a la organización.

No obstante, más que diferencias de concepción de lo que se ha tratado es de luchas por el manejo de los recursos y del poder de ser interlocutor con el Estado. Esto tampoco es exclusivo de Guapi pero el fenómeno supera aquí a situaciones similares en los otros departamentos. El dinero pasó de ser un medio necesario para el trabajo a convertirse en el tema estratégico fundamental y obsesivo de las organizaciones.

Entre Cococauca y el Pcn ha habido también una relación problemática. Hay cuestionamientos tanto de parte de la coordinación general del Pcn hacia Cococauca como de éstos hacia los demás miembros del Pcn, particularmente hacia los del Valle del Cauca, donde están los dirigentes más representativos de la organización. La coordinación general de Pcn habla de la torpeza de Cococauca para manejar la situación y los de Cococauca de la antidemocracia de los del Valle. Lo que para el Pcn se concebía como especie de embriones de poder de la

comunidad, en el caso del Cauca se está desarrollando como instancias organizativas sin un peso significativo en el contexto político y social de Guapi. Los consejos comunitarios no son considerados como interlocutores válidos por las autoridades formales y tampoco la mayoría de la población ve en ellos la autoridad suficiente como para asumir el futuro control de los territorios colectivos, una vez aprobada la solicitud en ese sentido.

Para el Incora lo importante es “*mostrar unos resultados concretos pronto, pues con el próximo gobierno ¿quién sabe qué pase?*”³³. Se trata, entonces, de agilizar la organización de los consejos y titular rápidamente sin tener en cuenta la complejidad del proceso emprendido, no sólo en términos técnicos sobre titulación y manejo sino sobre las implicaciones en la vida social y cultural que va a tener esta dinámica. La rapidez con que actúa el Incora parece tener que ver con una lógica particular de la gerente en ese momento (1998), la guapiense Otilia Dueñas. Supuestamente esta funcionaria sería remplazada al llegar el nuevo presidente de la República. Otilia es una política liberal que asume el discurso étnico a partir de la discusión sobre el tema en la Asamblea Nacional Constituyente. Su aspiración debe ser continuar una carrera política en ascenso y qué mejor balance que entregar su puesto luego de haber logrado la titulación colectiva de buena parte de las tierras del Pacífico. Todas las organizaciones étnicas de la costa caucana coinciden también en que “*es mejor titular ahora que tienen a una paisana en el Incora, así ella tenga sus intereses particulares al hacerlo*” (entrevista con dirigentes de Cococauca, Guapi, 1999).

En cuanto a la participación del movimiento étnico en la política electoral existen varias posiciones. De un lado, los de Cococauca afirman: “*Los afrocolombianos cuyo fin primordial es la participación electoral, actúan semejante a los políticos tradicionales, incluso obedecen a sus principios pensamientos y actitudes....*”. Pero hay otra actitud que sería la correcta, según ellos, y es aquella que ve “*importante el ejercicio de esta contienda como espacio que retribuye con información y posibilidad de incidir al fortalecimiento de los derechos de la Comunidades Negras*”³⁴. Para Cococauca, los dos representantes que tuvieron las Comunidades Negras en el Congreso en 1994 —Zulia Mena y Agustín Valencia— son de la corriente de los políticos que utilizan ese espacio para beneficio personal. Se incluyen las fotos 10 y 11 de ambos, al igual que los dos representantes en el período legislativo actual (Willington Ortiz, foto 12, y María Isabel Urrutia, foto 13)³⁵.

33. Entrevista a Harold Martán, Incora, Guapi, 1998.

34. Documento Cococauca.

35. Sobre estos dos últimos representantes, tanto en su elección como por el tipo de participación parlamentaria que han llevado a cabo, hay críticas generalizadas por parte de las diferentes

Dirigentes de Cococauca y de otras expresiones de los movimientos étnicos en la costa caucana han participado como candidatos en varias elecciones pero sin obtener resultados positivos. Algunos apoyaron al actual alcalde pero más a título individual que como movimiento. La posición electoral de la “Federación”, está expresada por su vocero: *“En lo electoral todos hemos participado individualmente en la política al lado de los liberales o de los conservadores. Pero en la Federación el trabajo de comunidades negras lo hacemos aparte y nadie habla de su afiliación partidista ni de política. Pensamos que más adelante los consejos comunitarios sí deberán negociar con los candidatos o tener sus propios representantes. Los gamonales tienen todavía mucho poder pero yo creo que de aquí a unas dos elecciones los consejos comunitarios van a exigirles a los candidatos que les digan qué piensan de la Ley 70 y después se tomarán decisiones, ojalá colectivas”* (declaraciones de Evangelista Hurtado, Guapi, 1999).

- ***Las organizaciones de mujeres: lo más sólido***

Las organizaciones de mujeres se constituyen actualmente en el sector más visible entre los diferentes actores sociales presentes en Guapi. Ellas tienen su origen en dinámicas anteriores a la coyuntura étnica del AT55, pero se integran al proceso en términos de asimilar el discurso de la defensa de la cultura, las prácticas tradicionales de producción, el respeto de la biodiversidad y la defensa del territorio.

De formas tradicionales de organización como las “madres comunitarias” o asociaciones y cooperativas de artesanas y grupos de capacitación en salud, se pasa paulatinamente a una dinámica donde lo cultural se vuelve central. La búsqueda de interlocutores, que implicó el proceso de elaboración de la Ley 70, significó para estas organizaciones de mujeres la apropiación de un nuevo discurso³⁶. *“A partir de una experiencia de trabajo comunitario en salud varias mujeres pensamos que podríamos construir algo como mujeres. Algunas de nosotras ayudamos a crear la cooperativa de mujeres de Guapi, pero nos pareció que teníamos que ir más allá del trabajo por el ahorro y trabajar para la organización*

organizaciones afrocolombianas, locales, regionales y nacionales, que se han conformado alrededor del impulso y desarrollo de la Ley 70, lo cual indica la tensión existente entre las organizaciones étnicas y la representación política parlamentaria. Si bien, es claro advertir que las críticas han sido más fuertes frente a la representación actual, por su desconocimiento de la problemática étnico-territorial.

36. Aunque en este período estas organizaciones participan en el proceso al lado de Cococauca, ellas mantienen su nivel de autonomía y no resultan afectadas por las crisis de fragmentación y luchas internas. Por el contrario, el contraste que muestran en términos de solidez les permite ganar reconocimiento incluso por los críticos de la Ley.

de las mujeres por otras reivindicaciones. El trabajo de la Ley 70 ya había empezado pero era un espacio muy cerrado. Por eso no nos vinculamos en ese momento. Luego, alguna gente nos estimuló para que empezáramos a incluir lo étnico en nuestro trabajo” (declaraciones de Edén Mancilla, activista de la Red de Mujeres “Matamba y Guasá”, Guapi, 1999). En 1999 la Red de Mujeres “Matamba y Guasá” está conformada por 74 grupos de mujeres de los ríos de la costa caucana (ver al respecto la fotografía 7) y define como objetivos centrales propósitos como: “la formación permanente de líderes, creación y fortalecimiento de más organizaciones; rescate de valores tradicionales de nuestra cultura; valoración y defensa del territorio e identidad étnico-cultural; intercambio organizativo en capacitación y enriquecimiento de experiencias; acercamiento con Ong que hacen presencia en la zona y otras que puedan contribuir al fortalecimiento de nuestra red; participación en diferentes espacios comunitarios; fortalecimiento organizativo en términos de apropiación de la Ley 70 para Comunidades Negras”³⁷.

Las líderes más representativas de esta experiencia han realizado capacitaciones en técnicas de comunicación popular y otras formaciones de dinámicas de grupos y gestión, manejo de cooperativas, etc. En el desarrollo de su discurso el problema de género está formulado en términos de elevar la autoestima de la mujer negra y mostrar su capacidad de participación en el proceso de organización de la comunidad en igualdad de condiciones con el hombre³⁸. Hay una articulación entre procesos de conservación y reconstrucción de prácticas ancestrales de relación con el entorno natural y de sociabilidad, y dinámicas modernas de organización, participación y gestión, que dan como resultado estas expresiones identitarias étnicas y de género. En la fotografía 9, que registra la asamblea de constitución del consejo comunitario del Alto Calima de Guapi, se puede observar de espaldas la afluencia de mujeres en esa reunión.

Sobre las relaciones de estas organizaciones con los poderes institucionales locales su coordinadora nos manifiesta: “Nosotros nos hemos planteado poder trabajar con las administraciones locales y los concejos municipales. Uno tiene propuestas que hacerles a esas instancias sobre el sentir de la comunidad pero no hemos tenido muy buenos resultados. El alcalde es uno y el candidato es otro. Cuando están de candidatos son muy abiertos y se comprometen con cosas. Luego, cuando son elegidos se olvidan de todo. Entonces, uno prefiere no estar detrás de ellos y continuar nuestro trabajo solas. Al fin y al cabo ellos saldrán algún día de ese puesto pero nuestro trabajo con la comunidad continuará. Por ahora les estamos dando conciencia a las comunidades para ver si

37. Documento de presentación de la Red de organizaciones femeninas “Matamba y Guasá”.

38. Entrevista con Teófila Betancur. Coordinadora de la Red.

algún día surge alguien que represente bien nuestros intereses. Es mejor no estar tan cerca de la administración pues ésta siempre está ligada a la politiquería” (declaraciones de Teófila Betancur, coordinadora Red “Matamba y Guasá”, Guapi, 1999). La mayoría de líderes de la “Red” apoyaron electoralmente al alcalde de la época Jesús Castro (elegido en 1997). Algunas de ellas han mantenido vinculación en puestos administrativos y su posición es menos crítica frente a la administración que la manifestada por la coordinadora de la red.

De otra parte la “Red” ha mantenido relaciones y recibido apoyo de varias organizaciones oficiales nacionales con presencia en Guapi, así como de parte de Ong: *“El proyecto Biopacífico fue un apoyo clave para el inicio de nuestras actividades; primero, como movimiento ‘Chillangua’ a nivel de Guapi y, luego, para la conformación de la Red. La Red de Solidaridad no tiene sede aquí en Guapi pero es uno de los programas de gobierno con los que hemos podido desarrollar propuestas concretas, como, por ejemplo, varios talleres de formación que nos han financiado. Con el Incora estamos adelantando los de la titulación colectiva de conjunto con la ‘Federación’ y Cococauca. Con Plan Pacífico las relaciones se reestablecieron luego de un período de ruptura que duró como dos años, debido a una consultoría que ejecutaron aquí despilfarrando el dinero y sin contar con la opinión de la comunidad. Nuestra Red hizo las denuncias del caso y nuestras relaciones fueron muy malas durante un período. Ahora, se están limando las asperezas poco a poco. El representante del Plan aquí está bien dispuesto pero tenemos mejores relaciones a nivel de la dirección nacional. Ahora estamos desarrollando con ellos un proyecto sobre fortalecimiento organizativo en formación agropecuaria. También, hay apoyo para pequeños proyectos productivos. En la medida que crecemos y demostramos más seriedad nos apoyan más. Con el Sena ahora tenemos una buena relación, ellos son los que más nos están apoyando en materia de transporte y algunas cuestiones de formación. Con el Iiap —Instituto de Investigaciones Ambientales del Pacífico— participamos en la decisión de cambio en su estructura que hubo recientemente, pero estamos a la expectativa sobre qué rumbo va a tomar su accionar. El programa de la Presidencia de la República ‘Equidad para la mujer’ nos ha financiado 2 asambleas. El cambio de gobierno (1998) nos afectó, pues traíamos algunas conversaciones adelantadas con instituciones y programas de gobierno que iban a continuar si triunfaba el candidato liberal. Cuando se inició el nuevo gobierno conservador nos dijeron que se habían recortado los presupuestos y muchos de los proyectos que teníamos planeados no se podían hacer. En cuanto a las Ong, la Fes había trabajado aquí en Guapi con la cooperativa de mujeres. Hacia el año 93 se creó una Red de mujeres negras del Pacífico, pero el proyecto perdió fuerza y sólo quedó el trabajo de la cooperativa. Ahora nos acaban de aprobar un proyecto peque-*

ño. Con la Fundación 'Habla Escribe', ellos siempre nos han apoyado en proyectos de comunicación, administración y gestión. Ahora estamos pendientes de un proyecto grande cofinanciado entre ellos y la Red de Solidaridad, para establecer equipos de comunicación en varios sectores de la costa. También está Fundepúblico, una Ong de asesorías jurídicas que nos apoyó en la pelea que tuvimos con Plan Pacífico. Otra Ong similar de Cali, 'Ante', también nos ha apoyado en ese sentido. Con organismos internacionales no hemos trabajado directamente. Que sepamos Caritas de Suecia ha financiado un programa de derechos humanos que ejecuta la Pastoral Social y en el cual nosotros participamos. De resto, no sabemos de fondos internacionales que reciban los organismos nacionales que nos apoyan" (declaraciones de Teófila Betancur, Guapi, 1999).

La mayor visibilidad y reconocimiento que adquieren estas organizaciones de mujeres a nivel local, regional y nacional, no representan un hecho aislado o excepcional y se explican por factores específicos. Uno de los aspectos priorizados por las agencias y proyectos de desarrollo que intervienen en el Pacífico a partir de los años 1970 fue el trabajo de formación y estímulo a las organizaciones de mujeres. En estos años comienza la discusión entre organismos internacionales de desarrollo sobre el papel de las mujeres en el impulso de sus políticas. Desde esta escala global se irradian modelos de activación de la presencia de mujeres en los proyectos de desarrollo local, regional y nacional (Lozano, 1996; Rojas, 1996). En el impulso de estos procesos confluyen corrientes feministas que reivindican y argumentan la participación de las mujeres en procesos políticos y de organización social. Lozano (*op. cit.*), muestra cómo en el Pacífico coincidía la presencia de las agencias de desarrollo y las reivindicaciones de género impulsadas por funcionarias de dichos organismos que compartían estos discursos.

Así, en Guapi, el dinamismo político que muestra el conjunto de actores étnicos, y particularmente las organizaciones de mujeres, aparece como un proceso complejo de lucha de intereses en el que se dan continuamente confrontaciones, transacciones y alianzas que comprometen la totalidad de los actores políticos con presencia local, pero cuyas lógicas remiten también a las estrategias de actores regionales, nacionales e internacionales.

A manera de conclusiones

El Pacífico se ha construido históricamente como región periférica. Pero esta construcción discursiva y práctica de aislamiento y marginalidad contrasta con la presencia recurrente de procesos económicos, políticos, sociales y culturales

en los cuales se cruzan dinámicas locales, regionales, nacionales y transnacionales. A lo largo de la historia de la construcción política y social del Pacífico, han desfilado una diversidad de actores internos y externos a la región que han jugado papeles más o menos trascendentales y más o menos contradictorios. Hemos destacado la acción de la Iglesia, impulsora y ejecutora de políticas de desarrollo y educación y finalmente dinamizadora de procesos organizativos y políticos alternativos en la región. Vimos igualmente cómo la educación se constituye, a pesar de las carencias que ha padecido el Pacífico en este aspecto, en el factor más importante de integración, reconocimiento y movilidad social para las poblaciones negras. Otro actor político protagónico ha sido el llamado Movimiento social y político de poblaciones negras. La forma que asume la dinámica de construcción de este actor en el plano local muestra al tiempo la incidencia de problemáticas y fenómenos inducidos desde espacios regionales y nacionales. La competencia por recursos y espacios de representación ha generado fragmentaciones que debilitan las expresiones del movimiento étnico negro en su correlación de fuerzas con el Estado y con los actores políticos que manejan el poder institucional. Pero, a pesar de los problemas que afectan la consolidación de las propuestas étnico-territoriales, estos actores políticos locales-regionales han añadido un nuevo elemento a la dinámica política local y se insertan ahora en un complejo proceso de transformación, hecho de continuidades y rupturas, de dinámicas locales e influencias globales, que incidirá ciertamente en el devenir social y político del Pacífico.

GUAPI



Foto 1: Vista de Guapi desde el río. En primer plano el embarcadero. (C.E. Agudelo, Guapi, 1998)



Foto 2: El aeropuerto de Guapi. Único medio directo de comunicación con el interior del país. (C.E. Agudelo, Guapi, 1998)



Foto 3: El Mercado. Llegada de productos por el río. (C.E. Agudelo, Guapi, 1998)



Foto 4: Guapi rural. Casa a orillas del río. Vereda San Francisco. (C.E. Agudelo, Guapi, 1998)

LA EDUCACIÓN EN GUAPI

Foto 5: Normal Superior de Guapi. Uno de los principales centros educativos del Pacífico.
(C.E. Agudelo, Guapi, 1998)



Foto 6: Grupo de niños de una vereda de Guapi dirigiéndose a la escuela (C.E. Agudelo, Guapi, 1998)

MOVILIZACIÓN Y ORGANIZACIÓN



Foto 7: Reunión de la Red “Matamba y Guasá” Organización de mujeres de la costa Pacífica caucana (C.E. Agudelo, Guapi, 1998)



Ilustración 1: Plegable de convocatoria Reunión nacional del PCN (ilustración cedida por C.E. Agudelo)



Foto 8: Carlos Rosero. Líder del “Proceso de Comunidades Negras, PCN” (foto cedida por C.E. Agudelo)



Foto 9: Asamblea de conformación del Consejo comunitario Alto Calima (C.E. Agudelo, Guapi, 1998)

REPRESENTANTES ELEGIDOS A LA CÁMARA POR LA CIRCUNSCRIPCIÓN ESPECIAL DE COMUNIDADES NEGRAS 1994 Y 2002



Foto 10: Zulía Mena: 1994-1998. Trabajadora social Líder de OBAPO, Organización de Barrios populares de Chocó. ("Aluna", 1990, cedida por C.E. Agudelo)



Foto 11: Agustín Valencia: 1994-1998. Abogado. Dirigente Movimiento Nacional de comunidades negras. Palenque afrocolombiano. (Publicidad electoral, cedida por C.E. Agudelo)



Foto 12: Willington Ortiz: 2002-2006. Exfutbolista (Archivo Internet Google, cedida por C. Agudelo)

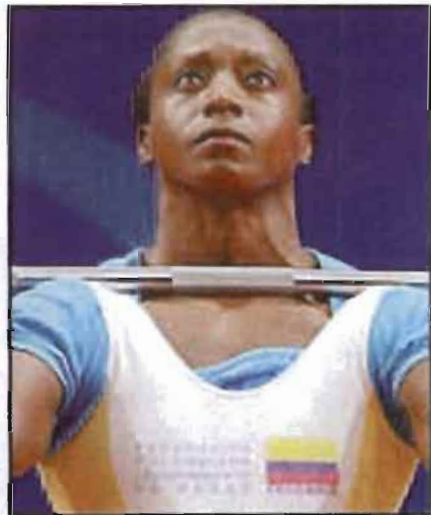


Foto 13: María Isabel Urrutia: 2002-2006. Campeona olímpica de alzamiento de pesas (Archivo Internet Google, cedida por C. Agudelo)

AMBIENTALISMO Y SURGIMIENTO DE NUEVOS ACTORES ÉTNICOS EN EL PACÍFICO SUR*

Nelly RIVAS

Introducción

Este trabajo gira en torno a los cambios que suceden hoy en día en comunidades rurales del Pacífico colombiano y las posibles consecuencias de la aplicación de la Ley 70, en el Parque Natural Sanquianga con la conformación del consejo comunitario Odemap-Mosquera Norte.

Entre los cambios locales más importantes se encuentran las resignificaciones de la naturaleza por parte de los habitantes locales, los nuevos discursos relacionados con sus espacios de vida y las nuevas formas de participación política local y nacional. Estos cambios se encuentran determinados por diferentes dinámicas: la aplicación de las nuevas leyes étnicas que reconocen derechos legales sobre el territorio a ciertos grupos, pero que también determinan obligaciones ambientales (Ley 70 de comunidades negras y los Artículos 7, 10, 63 y 286 de la Constitución colombiana de 1991 que consolida derechos para las comunidades indígenas); la importancia que adquiere la cuestión ambiental en el orden de lo global y que determina nuevas resignificaciones en la forma en que el Estado considera los recursos naturales del país; y finalmente, las nuevas funciones económicas y

* Este capítulo fue elaborado gracias a la contribución del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), en el marco del Programa de Becas Clacso-Asdi para investigadores jóvenes de América Latina y el Caribe 2000. El trabajo forma parte de los resultados del proyecto que lleva el mismo nombre y que fue premiado con una beca de investigación en el Concurso para jóvenes investigadores "Globalización, transformaciones en la economía rural y movimientos sociales agrarios". Por otro lado, este artículo hace parte de la continuación de la investigación realizada en el marco de los proyectos *Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas*, Convenio Cidse-Ird, y el proyecto, *Acción colectiva, sociedad civil y Estado en el Pacífico colombiano* del Icanh.

Deseo agradecer la colaboración irrestricta prestada por los miembros y comunidades del consejo comunitario Odemap-Mosquera Norte; en particular, a Jesús María Vallecilla, Pedro Ibarbo, Gabino Ibarbo, Clara Ibarbo y Arturo Perlaza, líderes del mismo, por sus entrevistas y por el acceso sin restricciones a toda la documentación disponible. También quiero agradecer a doña Cecilia Biojó por su hospitalidad.

geoestratégicas que la globalización asigna a ciertas áreas regionales en los diferentes países: en el caso colombiano, el Pacífico y la Amazonía.

Partiendo de lo que ha significado el Pacífico como región, haremos un análisis de las leyes ambientales que hablan sobre la forma en que ella era vista desde los centros de poder; después veremos cómo la población local se apropia y maneja sus espacios, terminando por analizar las reacciones de las comunidades rurales ante las leyes étnicas y ambientales y la manera en que hoy en día ello implica cambios en el manejo del espacio.

Nos apoyamos en este estudio sobre el ejemplo del consejo comunitario¹ Odemap-Mosquera Norte, y su relación con el Parque Natural Nacional Sanquianga, para observar las múltiples relaciones e interacciones conflictivas y contradictorias que se crean entre estas dos instituciones (la comunitaria y la estatal).

Partimos de varias constataciones: las comunidades rurales afrocolombianas han sido marginadas e invisibilizadas dentro de las políticas públicas agrarias; sin embargo, hoy existe una nueva Ley que implica un reconocimiento de la presencia de esta población en dichos espacios (Ley 70), y se traduce en la legalización de sus territorios; el reconocimiento territorial es sujeto a determinadas obligaciones (la conservación ambiental) e implica cambios en la forma de manejar los recursos y de hacer política a nivel local. En el caso que yo analizo, existe una institución por encima de los derechos otorgados por la Ley 70, el Parque Natural Nacional Sanquianga, que imposibilita la legalización de los territorios para las personas que lo habitan, pero que también implica formas determinadas de reivindicar y manejar el territorio.

Antes de empezar nuestro análisis, es necesario acercarse a las significaciones que la región de la costa Pacífica tiene en el Estado-nación colombiano. La costa Pacífica colombiana cubre cuatro departamentos (Chocó, Valle, Cauca y Nariño), dentro de los cuales hay 47 municipios. En esta región habitan 1,31 millones de habitantes, 55% en la zona rural, y 45% en la zona urbana. De estos habitantes se estima que el 90% es afrocolombiano, 5% indígena y 5% mestizo (Urrea, Ramírez y Viáfara, 2002; y capítulo 1 en este libro).

El poblamiento de esta zona existió desde antes de la época de la conquista; ella era habitada por aborígenes del lugar y en la época de la colonia se volvió un lugar importante para la extracción de metales preciosos, primero con mano de

1. Figura legislativa creada para manejar los territorios titulados colectivamente, prescritos por la Ley 70.

obra indígena y luego con mano de obra esclava, hasta mediados del siglo XIX, cuando se abolió legalmente la esclavitud. Por décadas, y aún hoy, la mayoría de la población de la costa Pacífica se concentraba en la zona rural: Villa (1996), nos dice que en la década de 1950 de los 397.230 habitantes del Pacífico, 87.908 (22%) se asentaban en las cabeceras y los restantes 309.322 (78%) eran habitantes rurales. Lo anterior tiene cambios sustantivos en 1985, época en que la población rural se reduce al 57% y la urbana sube a 43%. Sin embargo, a lo largo de la historia y hasta una época muy reciente, la población del Pacífico rural no adquirió presencia a los ojos de las instituciones y de los actores del centro del país. En los discursos oficiales, aparece de manera intermitente dependiendo de los objetivos de acceso a la región por parte de agentes o personas exteriores a ella. Por ejemplo, saltándonos la época de la esclavitud, es sabido que esta población participó activamente en el proceso de extracción del caucho (1910-1920), de la tagua (1930-1940), de la madera (1940-1970) y en algunos sitios de la costa Pacífica hasta hoy continúa esta última explotación; y en calidad de “obreros” trabajando para los negociantes de la ciudad (Hoffmann, 1999b y c). En los censos del país se especificaba la presencia de población en los diferentes municipios que componen la costa Pacífica y se hablaba que su población era eminentemente rural. Durante los procesos electorales esta población se volvía importante como capital electoral, no tanto por la cantidad de votos sino por la posibilidad de controlar regiones amplias. Pero en lo que tocaba a la legalización de ocupación de las tierras, parecía no existir. En las leyes ambientales y agrarias no se mencionaba esta población rural, salvo en la década de 1970, durante la cual se dieron títulos a unos pocos pobladores negros y se legalizaron varios resguardos a los indígenas. Hubo que esperar la década de 1990, cuando se promulgó la Ley 70, para ver reconocidos los derechos territoriales de las poblaciones negras, a través de la titulación colectiva.

A continuación, voy a ilustrar con mayor detalle lo anterior a partir de una rápida mirada a la historia de la legislación ambiental y agraria de Colombia dirigida hacia el Pacífico. Tomaremos en cuenta el siglo XX y nos centraremos en las poblaciones negras, dejando de lado a las poblaciones indígenas y mestizas, ya que éstas han tenido formas diferentes de insertarse dentro del Pacífico en relación con las políticas nacionales agrarias y ambientales y su estudio rebasa las limitaciones de este capítulo².

2. Un análisis más detallado de las diferencias y tensiones interétnicas dentro del proceso abierto por las leyes étnico-territoriales, es presentado en el capítulo 9, para el caso del norte del Cauca.

1. La normatividad ambiental: creación de las reservas forestales y los parques naturales

- *Algunas leyes ambientales, una revisión histórica*

Cuando algunos analistas hablan de la legislación ambiental en Colombia, consideran que ella empieza de una manera temprana, primero con la creación en 1968 del Inderena³, y luego con la expedición del Código de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente en 1974 (Medina, 2000). Es precisamente esta última fecha, según Medina (ibid), la que es significativa en la elaboración de políticas medio ambientales. Sin embargo, la normatividad ambiental en Colombia tiene antecedentes desde 1936, con la Ley 200 sobre “régimen de tierras”, donde se establece, por un lado, la definición de “baldíos y la normatividad para su adjudicación”, y, por otro lado, la necesidad de conservar los bosques que tuvieran ciertas características. Estos podían ser bosques donde predominaran maderas aprovechables, o bien que defendieran las vertientes de aguas⁴. Casi 20 años más tarde, en 1959 con la Ley 2, se habla de conservación de recursos naturales renovables y se establece una serie de normatividades en aras de conservar el medio ambiente. Entre ellas, se menciona el establecimiento de las “zonas de reservas forestales”, como los lugares en los que era prohibida la explotación del bosque, las cuales cubrían casi toda la región del Pacífico, el río Magdalena, espacios de la Cordillera Central, la Sierra Nevada de Santa Marta, la Serranía de los Motilones, el Cocuy y toda la región Amazónica (Ley 2 de 1959). Estas reservas se sustentaban en la idea de que en esos lugares no había gente. Las zonas reservadas en la costa Pacífica cubrían la mayor parte de la región.

Paralela a la consideración del Pacífico como reserva forestal, también se fueron creando los parques naturales, espacios sobre los que se asumía la ausencia de población y la imposibilidad de establecer hábitat humanos. La figura de reservas forestales era flexible —podían sustraerse espacios para titular a colonos—; no así la figura de los parques que era considerada como zona especial.

Hoy en día la reglamentación de las reservas forestales queda intacta, salvo algunos decretos para hacer sustracciones de la misma; es decir, esta legislación no sufre mayores cambios. Por el contrario, después de 1959, la legislación

3. Instituto Nacional de Recursos Naturales, el cual desaparece y es reemplazado en 1993 por el Ministerio del Medio Ambiente.

4. La expresión “baldíos” ya aparecía en la Ley No. 56 de 1905. Ella estaba dirigida a reglamentar la propiedad de la tierra, pero no tenía visos de legislación ambiental, como sí sucede con la Ley 200 de 1936.

sobre los parques naturales va evolucionando y su aplicación va cobrando importancia en el país⁵. En 1971 los parques nacionales naturales son reglamentados según el acuerdo No. 42 y se crea el “Estatuto de Reservaciones del Sistema de Parques Nacionales”. Según este código, se define como sistemas de parques Nacionales al “*Conjunto de reservaciones que el Inderena alinda y declara en diferentes categorías para la defensa, investigación y conservación de la fauna, de la flora, de las bellezas escénicas y de otros valores naturales que le corresponden administrar y manejar en el país*” (Acuerdo No. 42 del 20 de octubre de 1971).

El parque nacional natural es definido como “*Área autorregulada ecológicamente que reserva, alinda y declara el Inderena, por poseer valores naturales representativos de la fauna, de la flora y de las bellezas escénicas naturales de una región, a fin de conservarlos a perpetuidad, sometiéndolos a régimen especial de manejo para que al usarlos el público para esparcimiento, no sufran alteraciones de significación*” (idem).

De las anteriores citas se desprenden dos cosas: que en su momento los parques naturales tenían un valor patrimonial, estético y, por supuesto, investigativo, y que la idea era conservar unos ciertos elementos y características paisajísticas, para lo cual era necesario evitar la intervención de los seres humanos. Sobre todo, era necesario que el espacio que se declarara como parque natural nacional no fuese también un espacio donde se establecieran actividades productivas o de subsistencia para el ser humano. Por eso, la presencia humana sólo podía ser con fines recreativos, investigativos, o de vigilancia, y las actividades sólo podían ser “*conservacionistas, de recuperación y control, investigativas, educativas y recreativas*” (Artículo 39, Acuerdo 42).

Si bien en un principio (1959), la creación de los parques estaba relacionada con la idea de recursos patrimoniales de la nación, con la conservación de la fauna y la flora y con la investigación, la concepción de los parques cambia con los años. Poco a poco se establece la idea de los parques no sólo como patrimonio y valor estético e investigativo, sino también como una estrategia de desarrollo económico y como fundamento de conservación de la vida humana. Esto lo observamos en el Decreto 2811 de diciembre de 1974, en el cual por primera vez aparece la expresión “protección al medio ambiente”: “*el presente decreto será el texto del Código Nacional de Recursos Naturales Renovables y de Protección al Medio Ambiente*” (Decreto 2811 de diciembre de 1974). Es tal vez por esto que Medina (2000) establece esta fecha como inicio de la legislación ambiental en Colombia.

5. En la actualidad existen en Colombia 46 parques nacionales y en todo el Pacífico 8, con una extensión de 580.500 hectáreas.

Desde este Decreto se empieza a hablar del medio ambiente como patrimonio común de la humanidad y no de un país en particular y se concibe como elemento necesario para la supervivencia. Por otra parte, se reconoce su utilidad pública y su importancia para el desarrollo económico y social de los pueblos; y se formula como herramienta de desarrollo sostenible en Colombia y de conservación ambiental. Sin embargo, en estas políticas ambientales no eran tomadas en cuenta las poblaciones locales.

En lo que refiere al Pacífico colombiano, estos dos eventos jurídicos (creación de las reservas forestales y de los parques naturales), marcarán la historia futura de las poblaciones negras del lugar. En efecto, todas las leyes indicaban la imposibilidad de legalización de los territorios para los pobladores de esta región. Por otro lado, y como lo anotó Friedemann (1992), esta rápida historia de la legislación ambiental en el país resalta la invisibilidad legal a la que se tenía sometida a las poblaciones del Pacífico, con excepción de las comunidades indígenas. En la década de 1970 las comunidades indígenas habían logrado reconocimiento político y se les había reglamentado sus territorios bajo la continuación de la figura de los resguardos⁶.

Las sustracciones a la reserva forestal por lo general tenían como fin ceder grandes espacios en calidad de concesiones a agroindustrias nacionales e internacionales dedicadas a la extracción forestal o al cultivo agroindustrial. Por ejemplo, el cultivo de la palma africana para elaborar aceite en el municipio de Tumaco. En algunas ocasiones para titular a las personas que habitaban los espacios, pero esto se dio en contadas ocasiones. En términos generales, la situación de la tenencia de la tierra en el Pacífico colombiano hasta 1991, antes de expedirse la Ley 70, era la siguiente:

Territorio del Pacífico	Superficies
áreas de resguardo indígenas constituidos y en trámites	2.506.251 has.
áreas de parques nacionales naturales	580.550 has.
áreas de reservas especiales (Defensa Nacional y Universidades)	346.200 has.
áreas de perímetros urbanos	140.205 has.
áreas de sustracción de la reserva forestal y propiedad privada	1.426.844 has.
áreas tituladas a comunidades negras	0 has.
áreas no tituladas	4.999.950 has.
área total cuenca del Pacífico	10.000.000 has.

Fuente: Incora (2001).

6. Algunas de las reservas que les fueron legalizadas a los indígenas, llegaban a espacios ocupados por pobladores negros. Esto ha sido tratado por Villa (1993, 1996).

Una cuarta parte del espacio del litoral estaba conformado por resguardos indígenas, principalmente en el norte (Chocó). Otra proporción importante (cerca de 15%) lo cubrían propiedades privadas o las concesiones (sustracciones a las reservas naturales). Le seguían en importancia las áreas de parques, con casi 600.000 hectáreas. Excluyendo además las zonas urbanas y las propiedades de las Corporaciones Regionales (las “reservas especiales”), las áreas disponibles antes de la Ley 70, en teoría, para titulación a los pobladores quedarían en aproximadamente la mitad del espacio total del Pacífico, o sea 5 millones de hectáreas⁷.

- ***Los giros de fin del siglo XX: lo étnico y lo ambiental***

A finales del siglo XX, en un período que se inicia en la década de 1970 y que tiene su mayor auge a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990, se empiezan a modificar las significaciones del Pacífico colombiano desde puntos de vista a veces contradictorios. Estos cambios van desde considerar al Pacífico como un polo de desarrollo de cara a las potencias asiáticas, con miras a realizar mega proyectos industriales, como carreteras, nuevos puertos, un nuevo canal inter-oceánico, etc; pasando por considerarla como una de las zonas de mayor biodiversidad en el mundo y, por lo tanto, promulgando políticas de conservación ambiental; terminando con el reconocimiento de amplios derechos a las comunidades indígenas y después a las comunidades negras, en calidad de grupos étnicos habitantes en la región, o sea, promulgando leyes étnicas.

En lo que refiere a las comunidades negras se instituye la Ley 70 de 1993, que tiene como antecedente el Artículo constitucional Transitorio 55. El objetivo principal de esta Ley era regularizar la tenencia de las tierras ocupadas por la gente negra, anteriormente sin títulos de propiedad y consideradas por el Estado como territorios “baldíos”. Paralelamente a estas dinámicas se presentan nuevas formas de manejar la política ambiental. Este cambio se fundamenta en la firma del “Convenio de biodiversidad biológica” en la llamada cumbre de la tierra de 1992. Si antes el medio ambiente era considerado como patrimonio de la humanidad, lo que implicaba su libre acceso, ahora es considerado como soberanía de los pueblos nacionales, lo que determina una responsabilidad de los Estados de cuidar los recursos naturales (Van Dam, 2000). La firma por parte de Colombia de este convenio internacional desemboca en la creación del Ministerio del Medio Ambiente, mediante la Ley 99 de 1993.

7. En el capítulo 4 se advierte que hacia julio de 2003 las tierras en titulación colectiva para “comunidades negras” llegan en el Pacífico a 4.612.000 hectáreas (4% del país), y que la meta de los cinco millones se superaría en el 2004, con 5,76 millones de hectáreas (5% del país); o sea, se habría pasado en más de medio millón de has. la superficie estimada en 1991 de ser afectada por la legislación agraria.

Las leyes étnicas y la cuestión ambiental no están desconectadas. Es precisamente la emergencia de lo ambiental que determina la consolidación o aparición de leyes étnicas que reconocen las reivindicaciones territoriales (Casas, 1995a y b; Hoffmann, 1998b; Wade, 1997; Rivas, 2001; Ministerio de Relaciones Exteriores, 1996). Después de la década de los 70, el Pacífico es connotado como una región con alta biodiversidad, lo que le da un lugar destacado en la geopolítica mundial. De ahora en adelante, será necesario crear mecanismos para la conservación de esta biodiversidad. Una de las estrategias de conservación es la consolidación de los parques naturales, otra es la utilización sostenible de la naturaleza a partir de la continuación de prácticas tradicionales de producción: el llamado “desarrollo sostenible”⁸. Este último es uno de los objetivos claves de la creación y reglamentación de los territorios colectivos de comunidades negras y los resguardos indígenas. En efecto, cada una de estas leyes tiene inscrita la obligación de proteger el medio ambiente a partir de la conservación, o recuperación de formas supuestamente tradicionales de relacionarse con la naturaleza.

La figura de los parques naturales se consolida, pero también empiezan a cambiar sus formas de manejo: las anteriores prerrogativas de los parques naturales contemplaban la posibilidad de expropiación e indemnización de las mejoras que existieran antes de la creación del parque. La indemnización tenía que estar fundamentada en un título legal de propiedad, disposición adversa para las comunidades rurales del Pacífico. En efecto, la mayoría de ellas no tenían legalizados sus territorios, sino que vivían dentro de los “terrenos baldíos” de la Nación; por lo tanto, no eran dueñas de los mismos. Además, las reglamentaciones se referían al manejo autónomo de los parques por parte de la unidad correspondiente, en su momento el Inderena, ahora, es la Unidad de Parques Nacionales adscrita al Ministerio del Medio Ambiente. No se mencionaba a la comunidad, porque en la filosofía de parques no existía la comunidad, concepto simplemente impensable dentro de la figura de una zona cuidada por el Estado para evitar la intervención del ser humano. Si recordamos las reglamentaciones generales de los parques, algunas prohibían las agrupaciones políticas, o el lavado de ropa, etc., o sea, todas las actividades que implican la existencia de un grupo humano establecido en un territorio. Por último, en las propagandas del parque dirigidas al turismo, la presencia de la población no era mencionada porque no existía legalmente, según la terminología del parque y las políticas agrarias.

Ahora, a finales del siglo XX y principios del XXI, surge una nueva filosofía de los parques naturales que integra a la comunidad rural. Es decir, se acepta que

8. Pueden existir más, sólo ilustramos estas dos para dar continuación a la temática propuesta en la introducción de este capítulo.

en sus predios viven unas poblaciones étnicas. Obsérvese que no se está hablando de cualquier población, sino de aquéllas que están dentro de la política conservacionista: los indígenas en sus resguardos (los cuales hacen presencia en toda la geografía nacional), y los negros habitantes de las zonas rurales del Pacífico colombiano, en sus territorios colectivos. En la página web del sistema de parques naturales reza esta proclama que resume las nuevas políticas de parques:

*“Si bien a nivel mundial los parques nacionales se han manejado hasta el presente bajo una estrategia de control y coerción sobre las acciones que los amenazan, la situación de Colombia conduce a buscar una política que aporte a la solución de las causas y no sólo de las consecuencias de estas amenazas. Es con las personas y con las organizaciones sociales con quienes se ha forjado una política de alianzas basada en el entendimiento y adecuación de la institución a la diversidad étnica, cultural y al contexto económico que rodea los hábitat protegidos...”*⁹.

Todo esto se refleja en las nuevas propagandas de los diferentes parques naturales. Como se recordará, en apartados anteriores resaltábamos que en la resolución de constitución de los parques, por un lado, no se mencionaba la existencia de población, y por el otro lado, se establecía un sistema de manejo autónomo encargado por el Inderena. Miremos qué presenta la página web que promociona al Parque Natural Nacional Sanquianga. Los objetivos cambiaron, se trata ahora de *“conservar uno de los más ricos ecosistemas de manglar, en el complejo deltáico estuarino del Pacífico colombiano, además de involucrar a la comunidad existente en el parque en el manejo y protección del mismo”*¹⁰.

Las poblaciones del lugar, de ahora en adelante “comunidades étnicas”, son parte de lo que promociona el parque para los turistas: *“Sanquianga”*.

Una región mágica, así se puede describir el Pacífico Colombiano. Y más que sus paisajes de gran belleza, la magia se la da su gente, el ancestro africano de raíces intactas que, en cada actividad cotidiana dan muestra de la profunda relación que tienen con su tierra ...Entre las actividades que se pueden llevar a cabo están los recorridos por esteros... además de recorridos por las poblaciones de pescadores, caminata al Cauchal, sendero a la Laguna de Mulatos y de Amarales, entre otros, lo habitan grupos de mestizos, negros y blancos (culimochos), cuyas expresiones culturales afrocolombianas y raizales más vistosas son sus danzas folklóricas (chigualos, arrullos, alabaos,) y su gastronomía. La tradición oral se manifiesta en la construcción de coplas, décimas, cuentos, retahílas, historias

9. En www.minambiente.gov.co/html/uaespnn/politica/ondex.htm, diciembre del 2001.

10. En www.minambiente.gov.co/html/parques/areas/lasareas/sanquianga/sanqintro.htm, diciembre de 2001.

míticas y religiosas que mantienen vivos los valores etnolingüísticos de estas culturas. Con estos grupos se adelantan procesos de trabajo para la concertación de proyectos de conservación y educación ambiental con el fin de mejorar la calidad de vida y fortalecer la convivencia dentro de este territorio". (Ibidem).

Se observa, entonces, que a las bellezas faunísticas y florales, se ha agregado la importancia de la comunidad. Pero las comunidades y su modo de vida idealizado, parecieran ser vistas como parte del ornamento del parque, a pesar de que finalmente se les reconoce un papel en el proceso de concertación¹¹. En todo caso, esta nueva política que admite la existencia de la comunidad, no determina su posibilidad de titular el territorio. Estos grupos étnicos siempre estarán dentro de un parque y no dentro de un territorio colectivo, su territorio colectivo.

Lo anterior no significa que las comunidades rurales no intenten recuperar sus territorios: amparadas en la Ley 70, ellas inician un largo trayecto de lucha contra los parques naturales para que los espacios, la tierra, regrese legalmente a sus ocupantes tradicionales. Para las otras poblaciones rurales afrocolombianas de la región del Pacífico, que no están dentro de un parque natural, las nuevas leyes étnicas ya les ha dado una posibilidad real de reconocimiento y recuperación del territorio, como bien se ha mostrado en el capítulo 4, gracias a las numerosas resoluciones de títulos colectivos en el Pacífico colombiano.

En los siguientes apartados vamos a tratar el tema de la comunidad rural, viendo por un lado, cómo ella vivió desde la "invisibilidad" en sus territorios con diversas formas de manejarlo, y por el otro lado, cómo vive hoy con la llegada de la Ley 70. Para esto vamos a estudiar la génesis y evolución de un consejo comunitario, Odemap-Mosquera Norte, compuesto por 23 veredas ubicadas en la parte norte del Municipio de Mosquera, en la zona cercana al mar. Este consejo se ubica dentro del Parque Natural Sanquianga.

2. Algunas resignificaciones del territorio en el Pacífico

- ***Historia, memoria y territorio de las comunidades negras de la zona norte de Mosquera***

El espacio al cual pertenecen hoy las 23 veredas objetos de nuestro interés (Cuadro 1), estaba ocupado desde antes de la colonización por indígenas y después

11. La historia de la política ambiental en Colombia no ha estado desligada de las políticas ambientales internacionales, más bien es reflejo de ellas. Por ejemplo, la inclusión de la participación de las comunidades en la gestión de las áreas protegidas se encuentra inscrita en el convenio sobre la biodiversidad biológica de Río de Janeiro (Comier-Salem y Boutrais, 2002).

fue ligado, en términos tangenciales, al triángulo “demo-histórico” de la actividad esclavista (Almarío, 1996). Según este autor, el área que corresponde al actual municipio de Mosquera funcionó como punto de llegada de los esclavos huidos y negros libres: es allí donde se escondían o donde iban a vivir después de recuperada su libertad (Almarío, 2001). Sin embargo, para otros autores, no se dieron muchos procesos de cimarronaje en esta zona, pues la mayoría de los esclavizados obtenían su libertad por compra de la misma (Romero, 1995, citado por Oslender, 2001).

Cuadro 1: Veredas del Consejo Comunitario Odemap-Mosquera Norte

VEREDAS	Año de fundación	# de familias 2001	# de habitantes 2001	Procedencia de los primeros habitantes
Salango	1750	23	149	Timbiquí, Cauca
Cocal Payán	1764	67	349	Departamento del Cauca y Río Naya
Vaquería	1764	7	49	Departamento del Cauca e Iscuandé
Chapilar	1826	8	37	Río Sanquianga
Naranjo	1842	18	120	Sin dato disponible
Garcero	1843	36	157	Departamento del Cauca
Piñal Reyeno	1846	16	133	Belén, Cauca
Campo Alegre	1850	18	110	Departamento del Cauca
Playa Nueva	1857	52	224	Vereda La Posa Que Se Fue
Cantil	1859	16	76	Guapi y Río Sanquianga
Punta Piñal	1863	8	47	Ríos del Cauca
Firme Cifuentes	1867	37	207	Iscuandé, Posa, Nariño
Pampa Quiñonez	1867	14	104	Guajulí, Cauca; Pongamosa, Barbaocoas
San Francisco	1870	17	148	Departamento del Cauca
Capilla	1906	13	52	Sin dato disponible
Pampa Chapila	1928	23	163	Río Tapaje y Mosquera
Trejos	1930	89	320	Sin dato disponible
Garrapatillal	1931	6	37	Río Satinga
Chiriquí	1940	6	35	Río Sanquianga
Tortugo	1948	22	133	Departamento del Cauca
La Contra	1974	7	63	Sin dato disponible
Bajito	1979	69	343	Departamento del Cauca, reubicación después del maremoto
Lagartera		9	68	Sin dato disponible
TOTAL		581	3124	

Fuente: Información recogida por los miembros de la junta del Consejo Comunitario Odemap Mosquera Norte; datos tomados de “la solicitud de titulación colectiva” (2000).

¿Qué nos dice la historia oral? La aparición de estas veredas tiene una cronología, según los líderes del Consejo Comunitario, que data del siglo XVIII. Este municipio fue creado oficialmente en 1850, (*revista Pei*, 1998), pero su fundación, según sus habitantes, data de mucho antes:

“Según datos históricos de personas que habitaron estas regiones (Baudilio Bravo, Néstor Solís, y Luis Ponce) Mosquera fue fundado en el año 1824, por el general Tomas Cipriano de Mosquera, quien en ese entonces venía de Barbacoas en compañía del general Micolta de sostener un combate con el cacique indígena Agustín Agualongo”. (1997).

La cita anterior hace parte de una investigación realizada por estudiantes de antropología de la Universidad de Mariana, del Departamento de Nariño, oriundos del municipio de Mosquera. A partir de historias orales, ellos relatan la formación de este municipio desde el siglo XIX, años antes de abolida legalmente la esclavitud en Colombia, en 1851; en la cita queda implícita que eran pueblos donde habitaban negros libres. Los campesinos, líderes del consejo, realizan su propia historia, valiéndose también de la tradición oral, y teniendo como resultado fechas diferentes: la historia empieza con la reseña sobre la esclavitud y el cimarronaje para explicar la conformación de los caseríos. Veamos:

“Los principales palenques fundados por negros que ejercían en los ríos Patía e Iscuandé fueron el de los Sabana en el alto Patía y el Castillo en el río Iscuandé... Los habitantes de estos palenques trazaron fronteras de resistencia contra la colonización española creando un gran ejército para ejecutar a los esclavistas y colonizadores. Esta organización se logró debido a que la mayoría de los que lideraban los palenques habían sido reyes en África, conocedores de muchas estrategias”. Tomado de la solicitud colectiva, realizada por el consejo comunitario Odemap Mosquera Norte (2001).

En la forma en que es explicada la aparición de las veredas por los líderes se nota la invención de un pasado histórico glorioso en tanto que expresa la ocupación del territorio por procesos libertarios: una reinención de la historia de la esclavitud, desaparecida de la memoria de las personas del lugar (ver Almario, 2001; Losonczy, 1997b). Este trabajo de reconstrucción de la memoria colectiva se apropia de la historia académica escrita por otros, buscando los elementos más preponderantes de la misma, elementos que permitan establecer una comunidad imaginada honorable y una especie de orgullo histórico. Un ejemplo muy significativo es la rehabilitación y el uso de la palabra “cimarronaje” para hablar de resistencia, aunque esta misma palabra haya sido utilizada por el dominador con una connotación negativa (cimarrón = animal salvaje).

Es precisamente desde aquí, desde esta historia reconstruida, que empieza la reivindicación del territorio. Como un telón de fondo ancestral, está la historia de la esclavitud que habla de la fortaleza y del carácter guerrero de las personas negras, de sus resistencias y de la forma en que consiguieron su libertad. Pero la continuidad histórica no se asume completamente: todos los habitantes del lugar se consideran como descendientes de negros libres. Se acepta la historia de la esclavitud como parte de la historia nacional y regional, una “historia del negro en Colombia”, pero no como historia íntima, propia. De esta manera, no existen en esta nueva tradición oral, historias de la esclavitud en lugares precisos, ligadas a antepasados de las personas del lugar. La historia más cercana está referida a la construcción de las veredas, en la cual el pasado esclavo se diluye. Podría decirse que hay un intento de los líderes de adhesión al sueño de una comunidad imaginada, a la historia del negro en Colombia. Esta construcción de la historia realizada por las comunidades rurales no puede desligarse de la construcción o imaginario histórico que lideraron los miembros del movimiento negro en Colombia desde 1970. Éste era conformado por estudiantes influenciados por las luchas en África y en Estados Unidos (Wade, 1997; Agudelo, 1999b, entre otros). Finalmente, este intento de reconstrucción de la historia realizada en esa época es la base que tomaron los grupos campesinos negros. Sin embargo, en su trabajo de reconstrucción del pasado, aparece un elemento nuevo que hace parte del actual discurso de la identidad afrocolombiana: las prácticas particulares de manejo de los espacios.

- ***Usos y derechos de la comunidad***

El espacio geográfico de las comunidades de la zona norte del municipio de Mosquera es compuesto de terrenos “guandalosos”, con pocos espacios firmes susceptibles de uso agrícola. Los espacios firmes son utilizados en prioridad para construir viviendas y fundar veredas; quedan pocos para actividades agrícolas. Las veredas o los “firmes” agrícolas se ven constantemente inundados o desaparecen por el aumento del nivel del mar, lo que implica en muchos casos la fundación de nuevas veredas o que los habitantes se anexas a las veredas ya existentes. Las actividades principales son la recolección de moluscos (concha) y la pesca de camarón o peces. Estos productos son vendidos por lo general a intermediarios de Ecuador. En estas comunidades de Mosquera opera (nos podemos preguntar si antes había) un sistema normativo de apropiación y acceso a los recursos muy particular, el cual, como lo veremos, es principalmente determinado por las condiciones del terreno.

“Por ejemplo, mi papá compró esta playa hace como 25 años, se la compró a unos señores, entonces, cuando él ya muera digamos esta tierra pasa a mano

de los hijos, y así es que ha sido aquí, y entonces no existe el título y aquí no se le vende a nadie, el que necesita hacer su casa hágala aquí, cuando se vaya nos deja allí”. (Entrevista Pedro Ibarbo, líder consejo comunitario)

La cita ilustra una forma de tenencia de la tierra que podemos esquematizar en un escenario ideal típico:

1. Hay un espacio firme, propicio para fundar una vereda. Por lo general, cada vereda es una isla, aunque hay islas compartidas por dos veredas.
2. A este espacio llega una familia fundadora (una pareja) o a veces dos o tres hermanos que después traen a sus familias; poco a poco van llegando otros individuos, por lo general, relacionados con los primeros, solicitando espacios para construir vivienda. Hasta aquí no hay ninguna diferencia con la forma de construir hábitat en el Pacífico referenciada por Aprile-Gnisset (1993), Hoffmann (1999b) y Rivas (1998).
3. A las personas que llegan al lugar se les cede espacio, con la aclaración de que el espacio es de la familia fundadora y que por lo tanto se les presta el espacio, pero no se les dona el terreno. Esto implica que, si bien una familia que no es la fundadora puede vivir allí generación tras generación, el terreno nunca le pertenecerá, aunque los dueños fundadores jamás se lo demanden.
4. Lo anterior establece que todos los alrededores pertenecen a la familia fundadora, al igual que los recursos que en ellos existen. Pero si bien los recursos pertenecen a la familia fundadora, a ellos tienen acceso todos los individuos del lugar (aunque para este acceso existen otras reglas).
5. La familia fundadora no regala, pero tampoco vende los pedazos de tierras; más bien si ellos toman la decisión de vender, venden el derecho sobre el pequeño islote a otra familia (este es el caso que vemos en la cita), y si alguno de los miembros de la familia fundadora queda allí, ella lo haría en las condiciones en que estuvieron los otros, como ocupantes pero no como dueños.
6. Estas transacciones y manejos no son respaldados por ningún documento legal, pero sí por un sistema de derecho interno que legitima esta forma de tenencia de la tierra y de los espacios.

La repartición de los lotes para hacer casas y pueblo corresponde con la forma de crear pueblos de otros espacios del Pacífico, con la diferencia de que en nuestro caso el lote es “prestado” en lugar de ser “regalado”. Por ejemplo, existen testimonios de los descendientes de fundadores del río Mejicano (Rivas, 1998) que dicen que su abuelo regalaba lotes y después la gente empezó a vender-

los. Aquí observamos que la venta está prohibida. A los dueños de las veredas no les interesa vender pequeños lotes y más bien siguen prestando el derecho de uso.

No tenemos una certitud del porqué hoy continúa esta forma de tenencia de la tierra. No obstante, vamos a esbozar algunas hipótesis que pueden colocarse alrededor de cuatro aspectos principales:

1. El crecimiento demográfico es débil y hay mucha emigración. Los mayores procesos de instalación (inmigración) se establecieron a mediados del siglo XIX y principios del XX (ver cuadro 1). Ello ha repercutido en la existencia de pequeñas localidades, en las cuales todas las personas se conocen entre sí, han coexistido generación tras generación y han creado fuertes lazos de solidaridad y convivencia. En suma, hay poca presión sobre los espacios.
2. En estas áreas de manglares y guandales, no existen terrenos para crear fincas. Las pequeñas islas se inundan frecuentemente con agua salada o salubre, lo que hace el terreno infértil. Dado lo anterior, estas islas sólo son utilizadas para crear veredas. En múltiples localidades rurales del Pacífico coexisten diversos sistemas de propiedad que van desde los comunales hasta los privados (Rivas, 1998, 1999a). Las fincas son los lugares donde se ejercen los derechos más excluyentes y privados, ya que de estos espacios depende la reproducción material de las familias. Al no haber finca la zona se convierte en un espacio veredal y, por lo mismo, no en un espacio productivo, lo que determina su no apropiación exclusiva y que se inserte en otra dinámica de “derechos territoriales”.
3. Las veredas no son estables ya que sus terrenos están al nivel del mar¹². Es una zona riesgosa para el hábitat humano y se caracteriza por el desaparecimiento continuo de veredas. Así, en 1995 desaparecieron tres veredas y las personas se repartieron entre las 23 restantes. Este hecho determina que a nadie le preocupe ser dueña de un terreno que un día el mar reclamará para sí.
4. Si bien existe un discurso que habla de la propiedad de una familia, que tiene en esa propiedad unos “protegidos”, se observa que, de hecho, ellos son dueños del terreno, hasta que la naturaleza determine lo contrario, o hasta

12. Según los líderes del consejo comunitario, las veredas están por debajo del nivel del mar, mientras para otros están a un metro del nivel del mar. Yo no cuento con datos precisos. Lo cierto es que muchas de estas veredas están en zonas de alto riesgo. A varias veredas se les ha insistido la urgencia de su reinstalación, pero los pobladores se niegan a dejar los espacios que sienten como propios y que hacen parte de su historia familiar. Además, lo más probable es que dada la presencia del parque (según nuestra visión) los campesinos empiezan a sospechar de los motivos reales de la reubicación.

que ellos decidan partir para nunca regresar. Hasta hoy no se conoce ninguna historia de despojo de espacios. A pesar de que los terrenos simbólicamente pertenecen a una familia, en términos reales, todos se sienten parte de un territorio, de una vereda, de una zona, en tanto dueños y legítimos ocupantes.

Más allá de la ocupación de los lotes para hacer vivienda, existe otro sistema de derecho que regula el acceso a los recursos del entorno, los cuales no son apropiados individualmente. Los llamaremos recursos veredales. Para el acceso a los recursos veredales se pueden reconocer tres modalidades o niveles de regulación: el acceso a los recursos sin formalidad para los miembros de la vereda; el acceso a los recursos con poca formalidad para determinadas veredas que son vecinas y hacen parte de un “circuito veredal”; y el acceso a ciertos recursos con una formalidad real para cualquier otra persona, independientemente del área de donde provenga. Si bien en términos simbólicos la vereda y todos sus recursos pertenecen a una familia, en la práctica los miembros de cada vereda tienen acceso sin restricción a sus recursos (la madera para leña, los manglares para pesca de camarón o concha, la playa para pesca de peces, etc.). Para los individuos de otras veredas también se da el acceso libre a los recursos, a condición que hagan parte de un mismo “circuito veredal”. La pertenencia a este circuito depende de varios factores, como por ejemplo, tener ciertas facilidades de comunicación entre las veredas, ejercer las mismas actividades productivas y las mismas formas de captura del recurso, o poder compartir zonas de captura del recurso. Ello requiere de una formalidad mínima, como, por ejemplo, hablar con el que detenta el título simbólico de “dueño” de la vereda.

El objetivo del círculo veredal es compartir un mutuo acceso a los recursos del conjunto del territorio. De esta forma, en épocas en que escasea el recurso en una zona, la gente tiene la posibilidad de pescar o conchar en otra. Permitiendo el acceso de sus propios recursos a una comunidad, se establece la posibilidad de tener un acceso real y equitativo a los recursos de esa comunidad. Para mantener estos intercambios equitativos, las veredas que hacen parte de un círculo veredal deben poseer características comunes en sus actividades productivas. Es muy poco probable, por ejemplo, que una comunidad que pesca con dinamita sea aceptada en una comunidad que lo hace con atarraya.

¿Qué es lo que se regula? El acceso al río, a determinados manglares para recolectar concha, a un estero para coger camarones, a algunas playas para tirar la red. Especialmente se observa que lo que se regula es el acceso a los espacios que contienen los recursos principales de la actividad productiva de la zona. Hay otros recursos en los cuales se establece una libertad absoluta, como la madera para leña y los animales terrestres comestibles. Para apropiarse de estos recursos sólo se requiere la formalidad anterior, pedir permiso al dueño de la vereda.

Es sabido que los indígenas, habitantes de la zona alta del río Sanquianga, llegaban a este espacio a cazar animales que no eran consumidos por la gente de la localidad; esto lo hacían de manera libre. Por otro lado, en esta zona se estableció en la década de 1940 la empresa Manglares del Pacífico, que tenía como fin la extracción del manglar (madera que solamente es utilizada como leña por los campesinos de la zona). En esta actividad los campesinos de la zona trabajaban como mano de obra con baja remuneración.

A través del manejo de los espacios observamos cierta flexibilidad del sistema, tema ya tratado por Losonczy (1997b) y Hoffmann (1999b). Pero esa flexibilidad no descarta la necesidad de establecer un orden de regulación. Se podría llegar a pensar que esa es la importancia y la labor de los jefes fundadores, de los “dueños” de las veredas, cuidar un orden, vigilar que existan unos mínimos mecanismos sociales de regulación espacial que implican derechos pero también obligaciones. Las formas de regulación de los recursos traducen una determinada visión de la naturaleza por parte de los pobladores de la zona.

La naturaleza para los pobladores del Pacífico casi siempre se presupone infinita. Esto ha sido tratado por Restrepo (2001 y 2002a), ya que se considera que los recursos son imperecederos. Además, hay una versión casi divina según la cual los recursos son concedidos por Dios para el uso del hombre. En ese sentido, si bien hay reglamentaciones para el acceso a los recursos, no hay reglamentaciones para el límite de captura de ellos. En este espacio la naturaleza es vista como poderosa e infinita, renovándose constantemente, imponente y sobre todo proveedora. En la misma captura de los recursos, conviven formas tradicionales y modernas. Así, para extraer conchas se hace a mano ya que este es un trabajo ejercido generalmente por mujeres y niños; y consiste en adentrarse a los manglares y extraer la concha con la mano, a menos de encontrar otros animales ponzoñosos a su interior. El trabajo de la pesca se ha ido tecnificando, sobre todo a partir de la compra de motores (antes se pescaba con lancha a canaleta), con la compra de mallas y con el uso de la dinamita. En la década de 1990 se empiezan a establecer cambios en el manejo de los recursos; por un lado, por la creación del Parque Natural Sanquianga, y por el otro, por las nuevas leyes étnicas, especialmente por la Ley 70 de 1993, la Ley de comunidades negras.

- ***El Parque Natural Nacional Sanquianga, la promulgación de la Ley 70 y la constitución del Consejo Comunitario Odemap. Mosquera Norte***

Un año antes de la creación del parque se había estipulado extraer esta zona de la reserva forestal para titular a colonos (no ha sido específico qué colonos). Finalmente, se instituye la figura del parque y por ende se “asume” que es una

zona deshabitada. Este parque recibe su nombre de la bahía y el río que ahí desemboca en el litoral Pacífico, en el Departamento de Nariño. Se extiende entre los municipios de Mosquera, Olaya Herrera y el Charco y tiene una extensión de 80.000 hectáreas¹³. Su principal característica es la presencia de manglar y su importancia para la conservación y reproducción de la vida marina, no sólo local sino también mundial. Este parque, al igual que los otros del país, es considerado como “zona especialmente protegida”, por lo tanto, su carácter es inembargable e imprescriptible, lo que determina la imposibilidad de que las personas del lugar puedan legalizar sus tierras, aunque sean comunidades negras a las cuales cobija la Ley 70.

El conocimiento de la existencia del parque por parte de la comunidad es tardío. Ella comienza a enterarse en la década de 1980 por la labor de los curas que empezaban a difundir su “pastoral negra”. Sin embargo, la comunidad no alcanza a digerir esta información. Los pescadores campesinos no comprenden qué es un parque (o hacen una relación entre el parque y los parques que hay en las ciudades para la distracción de los niños). Aunque este parque había sido creado en 1977, la única evidencia de su existencia consistía en la edificación de una pequeña cabaña, a la cual llegaban de manera intermitente algunos funcionarios, los cuales no ejercían ningún tipo de labor o de restricción en la zona. Este parque era manejado por funcionarios del Parque Natural Gorgona del municipio de Guapi (Pacífico caucano), aledaño a Mosquera.

A partir de 1995 los funcionarios empiezan a hacer presencia real en el parque. Esto hace parte de las nuevas políticas ambientales y de la creación del Ministerio del Medio Ambiente. Más que por la presencia de funcionarios en la zona, la existencia del parque se hace evidente por las fuertes medidas de control ejercidas para regular el acceso a los recursos. Es así que los campesinos, otrora acostumbrados a tener sus propias normas de acceso a los recursos, se ven obligados a seguir nuevas reglas. Entre las prescripciones del parque están las obligaciones de pescar a determinadas horas, con ciertas mallas, en ciertos lugares, etc. Las personas del lugar se ven abocadas a seguir reglamentaciones exteriores que pretenden imponerles nuevas formas de manejar su territorio y más allá de eso, que pretenden desconocerle su preeminencia y su historia en el lugar. La presencia real del parque se va afirmando en el tiempo, paralelamente a la consolidación de la organización Odemap-Mosquera Norte. Sobre todo, coincide con la época en que la Odemap le pone una tutela al Ministerio del Medio Ambiente para que desapareciera el parque y que la comunidad obtuviera el título colectivo prescrito en la recientemente promulgada Ley 70. Como vere-

13. En el acuerdo se establecen 80.000 hectáreas. En los nuevos documentos que han salido sobre este parque se habla de 89.000 hectáreas.

mos más adelante, es precisamente la Ley 70 la que permite el cuestionamiento de la presencia del parque en la zona de Mosquera.

Lo anterior se presenta porque la Ley 70 apunta al reconocimiento de la cultura de las “comunidades negras”. Su objetivo principal es resolver un problema de tenencia de la tierra ocupada por las personas negras anteriormente sin títulos de propiedad y viviendo en territorios considerados por el Estado como baldíos. Este reconocimiento no se da en forma individual sino colectiva, mediante la conformación de consejos comunitarios. La titulación colectiva se enmarca en la zona rural ribereña de la costa Pacífica colombiana y se traduce en pequeños o grandes territorios pertenecientes a un grupo; es decir, hay una doble zonificación, primero, la zonificación en términos regionales (costa Pacífica rural) y luego una zonificación en términos locales (consejos comunitarios). En este contexto nace el consejo comunitario Odemap-Mosquera Norte, el cual se encuentra en la misma zona del Parque Natural Nacional Sanquianga.

El consejo comunitario objeto de nuestro interés nace con la ayuda de la Iglesia en reacción a la apropiación del Pacífico por agentes externos. Se basa en el miedo a la pérdida del territorio y se nutre de las nuevas ideas sobre las poblaciones negras rurales que se inician con el Transitorio 55 y se consolidan con la promulgación de la Ley 70: la reivindicación de la identidad negra y los derechos territoriales. Tiene como antecedente a la organización Odemap —Organización para la Defensa del Mar Pacífico— (creada en 1991), la cual era conformada por 2 municipios costeros: Olaya Herrera y Mosquera. La Odemap sólo tuvo un año de funcionamiento y se debilitó debido a que cubría un territorio extenso y había dificultad para comunicarse entre todos los miembros, lo que la volvía inoperante. Por eso se divide en 1992 en tres organizaciones: Odemap Mosquera Norte, Odemap Mosquera Sur y Odemap Olaya Herrera (hoy consejo comunitario Guelmares).

3. De organización a institución: discursos y prácticas de Odemap

- *Los derroteros discursivos de la organización Odemap*

Debido a la presencia del Parque Natural Nacional Sanquianga, los derroteros discursivos y de acción de esta organización corresponden a dos fases: la difusión del Artículo Transitorio 55, y la implementación de la Ley 70. La primera fase implica el conocimiento de los nuevos derechos de las comunidades negras y la autoridad legal del parque sobre el espacio local. La segunda fase consiste en comprender la Ley 70 que abre la posibilidad de titulación colectiva, a la vez que revela las limitaciones impuestas por la presencia del parque. En efecto, en

la Ley 70 se mencionan siete restricciones a la titulación colectiva, una de ellas es la imposibilidad de titular colectivamente en áreas del Sistema de parques naturales. Esto marca una especie de ruptura con el proceso regional que se venía siguiendo en el Pacífico nariñense, ya que, de ahora en adelante, en lo que toca a esta organización “étnica”, todas las luchas se establecerán en relación a esta limitación. Si en un principio el discurso de la organización estaba relacionado con la reivindicación territorial, después de promulgada la Ley 70 la filosofía de la organización va cambiando hacia un discurso étnico-territorial-ambientalista, en el cual el componente ambiental va a servir como medio y justificación de las luchas por el territorio.

No obstante las dos fases planteadas por nosotros, hoy, los líderes consideran que la organización siempre tuvo una inspiración ambientalista: *“Al inicio conformamos una organización grande, la Odemap, en general quiere decir Organización Para la Defensa del Mar Pacífico, ... la filosofía nuestra era defender al Pacífico en todo lo concerniente a la pesca y recursos naturales que era lo que nosotros planteábamos, con una posible desembocación en una titulación colectiva”*. (Jesús Vallecilla, presidente de la organización).

En esta cita, si bien el líder está hablando de los inicios de la conformación de la organización, en términos reales él se refiere a lo que denomino la segunda fase de la misma. Se podría llegar a pensar que, en una especie de “lapsus” o de reconstrucción, los líderes empiezan a priorizar esta etapa en términos de sus principales funciones y gestiones, ya que en sus referencias sobre el inicio del proceso también mencionan el parque y la imposibilidad de titular el territorio como principio de su acción.

Esta segunda fase de la organización Odemap-Mosquera Norte se caracteriza por una especie de aislamiento de la Odemap frente al Proceso de Comunidades Negras que se venía realizando en Nariño y que era liderado por el Palenque Regional Nariño. El Palenque regional se preocupa por aquellas áreas donde sí es posible titular e inicia todo el proceso en aras de concretar esos territorios para “comunidades negras”. Ello repercutió en que, a diferencia de otras organizaciones que en su momento dependieron del Palenque para que ejerciera su intermediación, Odemap y sus líderes empiezan a interactuar directamente con las instituciones que tuvieron una gran influencia en el proceso, y que, en este caso, estaban relacionadas con la cuestión ambiental. Es así como individuos, otrora campesinos, en la mayoría de los casos con bajo nivel educativo, puesto que muchos no habían hecho primaria, algunos pocos no habían terminado el bachillerato, ninguno había hecho la universidad, que vivían de actividades productivas, sea como pescadores, sea como concheras, sea como intermediarios, aunque también había algunos que habían participado en la política proselitista

local, empiezan a manejar un discurso académico ambiental en aras de seguir el proceso de lucha por el territorio. Estos individuos, hombres y mujeres, nunca habían mostrado interés por la cuestión ambiental, o por la misma problemática territorial, primero porque desconocían la presencia del parque, y segundo, y más importante aún, porque desconocían que no eran dueños del territorio que sus familias habían ocupado generación tras generación.

- ***Encuentros y rupturas entre el Parque Natural Nacional Sanquianga y la Organización Odemap-Mosquera Norte***

La primera relación entre el parque y la organización fue la jurídica, en los años 1994 y 1995, cuando los líderes se enteran de la imposibilidad de titulación colectiva e instauran una acción de tutela contra el Ministerio del Medio Ambiente y el Inderena¹⁴. El veredicto de la acción de tutela es adverso, y confirma la no pertinencia de titulación por el carácter de “bien público” de los parques. Se desconoce así toda la historia de ocupación del lugar. Hay que recordar que hasta ese momento no había presencia de funcionarios en el lugar. Ahora, por primera vez después de 17 años de su creación, se envían funcionarios a establecerse en la zona. De entrada, ante la presencia de los funcionarios, los líderes de la organización Odemap reivindican su propia autoridad ambiental, incluso antes de una posible autoridad territorial. Sin embargo, más que una autoridad ambiental, ellos reivindican su papel de cuidadores de los recursos naturales. Este nuevo punto está relacionado con la visión y en alguna medida los discursos de los indígenas, ya que estos últimos se consideran como cuidadores y no como dueños de los recursos naturales (Van Dam, op.cit.).

Se empiezan a establecer relaciones contradictorias entre el parque y la organización étnico-territorial. Por otra parte, desde Odemap se mira al otro como intruso, pero se acepta o se concede la continuación del parque, con la salvedad que toda regulación de ahora en adelante será en conjunto y en concertación. Este punto es importante porque se observa que la Odemap cede algo de su poder en términos simbólicos al parque y le permite asumir actividades en la zona. A la vez, se empieza a vislumbrar una cierta dependencia de los líderes de Odemap hacia el parque, en cuanto los primeros esperan que el segundo ayude en la resolución de los problemas de la organización, muchos de ellos de orden económico.

En cierta forma, esas concesiones dejan ver la juventud de la organización y la falta de experiencia de sus líderes, que, en su prisa por reivindicar su papel,

14. Desafortunadamente no tuve acceso a la misma para saber cuáles habían sido los argumentos de los líderes para pedir la recuperación del territorio (en ese momento no estaba en el lugar).

legitimar su organización y tener acceso a material logístico y económico, van cediendo espacios simbólicos y políticos al parque, y con ello, legitimando a sus funcionarios y allanándoles el camino para el encuentro con las comunidades campesinas. De hecho, las primeras relaciones entre la organización y el parque pasan sin demasiados problemas. Para los líderes uno de los factores que influenció lo anterior es que la persona enviada a dirigir el parque había sido asesor del Proceso de Comunidades Negras en Nariño. Pero, en nuestra opinión, lo que determinó que en un principio no se dieran demasiados conflictos entre Odemap y el parque fue la “bienvenida” que le hicieron los de la organización al parque, porque ya existía una reglamentación que determinaba la concertación de las comunidades étnicas en las decisiones del parque y sobre todo porque la presencia del parque permitió en alguna medida la institucionalización de la misma organización.

Tanto el parque como la organización comienzan a ejercer labores de restricción en la explotación de los recursos naturales: el parque porque ese es su objetivo fundamental; la organización porque esa es la forma en que espera convertirse en autoridad ambiental en la zona y legitimarse así como entidad de cara a las diferentes instituciones nacionales y limitar el accionar del parque.

Esta puesta en marcha de actividades en conjunto es seguida de la capacitación de los líderes en materia ambiental. En efecto, éstos se dan cuenta que, frente al nivel de tecnificación de los funcionarios del parque, no tienen las herramientas necesarias para negociar y están imposibilitados académicamente para reivindicar un manejo autónomo de los recursos. Tanto en sus intentos de tecnificación como en sus alianzas con el parque, los líderes tienen un objetivo: erigirse como la autoridad ambiental de la zona, eso quiere decir, cumplir con las funciones del parque. Dada la imposibilidad de titulación ellos aspiran a la existencia de un parque manejado por las comunidades.

Las principales coordinaciones entre el parque y la organización étnica-territorial tuvieron como objeto impedir el acceso a la zona de los barcos pesqueros, con el fin de disminuir la presión sobre los recursos. Con este mismo objetivo, el parque también intentó reducir la presión ejercida por los propios habitantes. El parque empieza a restringir el acceso a los recursos a la comunidad. Primero, como lo establecen sus funciones, prohíbe la pesca masiva, la cual se erige como la principal actividad productiva de la zona. Luego, en vista de sus fracasos en lo anterior, determinado por la presencia del consejo que defiende los derechos de la comunidad, el parque empieza a regular el uso de los equipos de pesca y a exigir equipos que no acaban con los recursos, equipos que por lo general son costosos para los campesinos-pescadores. Esta etapa coincide con la inserción de los líderes del consejo como funcionarios del parque. De ahí en adelante

fueron los mismos líderes quienes empezaron a ejercer funciones de vigilancia y de represión sobre el acceso a los recursos en la zona, en representación del parque. Aunque también es desde este momento cuando se empezaron a establecer acuerdos “inter-institucionales” entre el parque y el consejo.

Los acuerdos concertados entre 1997 y 1998 están compuestos de los siguientes puntos:

1. Sus principales objetivos están dirigidos a reglamentar los materiales permitidos para la pesca (el tipo de malla, etc.). Sobre todo, el objetivo es utilizar equipos de pesca que no lesionen el medio ambiente y que, por lo tanto, no terminen con los recursos naturales.
2. Ellos pretenden regular los horarios de pesca para que la pesca se haga de una manera coordinada entre todas las veredas.
3. Así mismo, si bien uno de sus principales objetivos es eliminar el uso de unos equipos de pesca, es permitido en determinados días utilizarlos, hasta lograr su total desaparición.
4. Estos acuerdos son firmados entre el parque y el consejo comunitario, pero el incumplimiento de ellos implica una penalización de parte del parque hacia los campesinos-pescadores.

Los líderes empiezan a elaborar sus propios reglamentos independientes de los del parque, también con fin de proteger los recursos naturales, como por ejemplo el reglamento pesquero, de 31 puntos, en los cuales establecen áreas de pesca, horarios de pesca, herramientas con los que se puede pescar, etc. Estos reglamentos son accionados contra la comunidad que se espera proteger. Para los líderes la forma de proteger a la comunidad es salvarla de su propia destrucción, como consecuencia ineluctable de la destrucción de los recursos naturales. Por otra parte, también se observa la inserción de los líderes en un discurso empresarial que a veces contradice sus objetivos conservacionistas. En la elaboración de estos reglamentos se empieza a observar la tecnificación de los líderes.

Los miembros del consejo comunitario establecen contactos con otros entes ambientales. En 1997 con Biopacífico realizan una “propuesta de apoyo a la formulación de programas de trabajo Odemap-Mosquera Norte” (informe final a Biopacífico). Dentro de los puntos que contiene dicha propuesta (censo poblacional, forma de tenencia de la tierra, actividades básicas de las familias, estrategias para la conservación de la biodiversidad) no falta la cuestión ambiental. Ejemplos del énfasis ambientalista relacionado con las tierras del Pacífico y el asunto étnico-territorial se observan en la serie de ilustraciones de cubiertas de cartillas de varias Ong (ilustraciones 1 a 3) y de entidades públicas o semi-

públicas, entre ellas el anterior proyecto Biopacífico y el Ministerio del Medio Ambiente (ilustraciones 4 a 6). La ilustración 7, en cambio, tiene un mayor énfasis en la dimensión étnico-territorial.

Se observa así un intento de institucionalizar la organización y convertirla en una real reguladora ambiental, asumiendo el papel del Parque Natural Nacional Sanquianga. Ello determina que empieza una competencia entre las dos autoridades (parque y consejo), no solamente para limitar el acceso a los recursos a personas foráneas, sino también a las personas de la zona. Finalmente, llegan a presentarse relaciones tan contradictorias entre parque y consejo que generan confusiones ante la comunidad campesina, que se encuentra en el medio de estas dos autoridades, la étnica-territorial y la institucional ambiental. Tanto así que los habitantes terminan viendo a las dos instituciones como un mismo sujeto y a percibir como enemigos a sus líderes, otrora pescadores. En efecto, por su lado los líderes empiezan a asumir que el objetivo de la Ley 70 es precisamente salvaguardar los recursos naturales, algo que no está muy lejos de la realidad (ver Rivas, 2001). Para ellos esta salvaguardia va en beneficio futuro de la comunidad rural. Al mismo tiempo, muchos campesinos que tienen que vivir las restricciones al espacio empiezan a preguntarse “¿para quién estamos cuidándolo?”.

A través de estos conflictos vemos cómo las dinámicas actualmente vigentes en esta área del Pacífico, que ponen en juego tanto actores como instituciones, inducen a innovaciones tecnológicas y sociológicas. Las mismas lógicas de reproducción de los pueblos y sus habitantes deben adaptarse, modificando ciertas prácticas descritas en párrafos anteriores¹⁵. Estos cambios afectan por lo menos dos aspectos fundamentales: la regulación de los conflictos territoriales y el ámbito mismo de accesibilidad a los recursos por parte de los habitantes.

El sistema anterior de regulación nunca estuvo exento de conflictos. Cada vereda tenía un “dueño” y por lo tanto era quien regulaba el acceso a los recursos y resolvía los problemas que podían surgir a partir de allí, de una manera personal o familiar. Ahora, estas veredas ya no dependen solamente de la autoridad del “dueño”, sino que empiezan a acudir y a depender del consejo comunitario para resolver ciertos conflictos, especialmente los relacionados con el permiso a la zona de personas extrañas que quieren extraer los recursos. Esto representa sin dudas una verdadera innovación institucional con la que deben contar los habitantes acostumbrados a negociar en ámbitos más reducidos, los de cada vereda.

15. Recordemos que en el manejo de los recursos, existía una especie de propiedad feudal, en la cual una familia regulaba el acceso a los espacios y recursos: ciertas comunidades rurales tenían acceso a la zona y otras no, ciertos recursos eran de acceso totalmente libre y otros no. O sea, simbólicamente el espacio de vida pertenecía a una familia.

Al lado de esta “apertura” del espacio institucional, se da un “encerramiento” de los espacios productivos. Cada vez más los recursos se reservan a quienes hacen parte del consejo comunitario y se van quedando por fuera comunidades cercanas que llegaban anteriormente al lugar en búsqueda de los mismos. El acceso al recurso también se restringe para los miembros de la misma comunidad, según criterios técnicos elaborados en aras de ejercer un desarrollo sostenible que preserve los recursos. Si bien siempre existió una limitación de acceso a los espacios, había unos de acceso libre a todas las personas de un mismo “circuito veredal”. Ahora, esos espacios continúan siendo de “acceso libre”, pero únicamente para las personas del lugar. Si llegan personas externas al radio de acción del consejo, empiezan a ser vistas como intrusas y se acude a su autoridad para limitar el acceso. Anteriormente cada familia o vereda resolvía sus conflictos, ahora la totalidad de las veredas pertenecientes al consejo acuden a él como regulador de acceso a los espacios (sobre todo en los conflictos que se presentan con personas foráneas). Con la institucionalización del proceso étnico los límites territoriales empiezan a cerrarse, por ejemplo, a los indígenas de zonas cercanas que antes acudían libremente a cazar animales, a personas negras de otros municipios, a personas mestizas, etc.¹⁶

Conclusión

En apartados anteriores se analizaron las relaciones entre la Ley 70 y el imperativo de conservación ambiental, pero también se mostró cómo la Ley 70, con sus procesos de etnización, da herramientas a los campesinos negros para legalizar sus territorios. Se observa, entonces, que lo que en un principio se constituyó como limitación (las antiguas leyes ambientales, con sus grandes reservas naturales), se convierte luego en una posibilidad de recuperación y legalización del territorio, pero también de reconocimiento político para comunidades que antes eran olvidadas y a las cuales se les estaba desconociendo sus derechos territoriales. Este cambio, aparentemente armónico, pasa por el rol asumido por las comunidades, especialmente por sus líderes, que integran el discurso ambiental en sus luchas políticas, identitarias y territoriales.

En el caso del consejo comunitario Odemap-Mosquera Norte observamos algo especial. Las ideas de conservación ambiental y de legalización del territorio se

16. Esta situación corresponde a una época determinada, mediados del año 2001, cuando hice mi trabajo de campo. El conflicto armado ya empezaba a agudizarse con la llegada de los paramilitares en esta zona del país. Hoy en día, como lo desarrolla O. Hoffmann al final del capítulo 4, sus efectos implican que nuestra pesquisa sobre el movimiento étnico-territorial, la lucha por la tierra, etc, ha cambiado radicalmente de sentido; quizás incluso haya perdido todo sentido.

entremezclan en un discurso en el que a veces parecen confundirse; en otras palabras, ambos ítem terminan fusionándose en el discurso de los líderes en un todo unificado que pretende reflejar los intereses comunitarios: conservar el ambiente y el territorio ancestral para el futuro de la comunidad, de sus hijos y demás generaciones. En ese sentido, a diferencia de otros consejos comunitarios donde la cuestión ambiental era un medio pero no un fin (por ejemplo, el consejo comunitario Acapa; Rivas, 2001), en el caso de Odemap-Mosquera Norte la cuestión ambiental es el principio, el medio y el fin, incluso si en el recorrido existen otras reivindicaciones como la apropiación y titulación del territorio, o el “rescate” de prácticas culturales, que se podrían calificar de metas importantes pero parciales.

Lo cierto es que hoy en día hay una real valoración de los recursos naturales por parte de los líderes; la conservación del medio ambiente se asume como un elemento vital para la comunidad y su territorio. Su filosofía puede resumirse así: *“Si no conservamos el medio ambiente no sobreviviremos, él es nuestro sustento, en la conservación de nuestros recursos está la conservación de nuestra vida, pero también está la posibilidad de participar en la sociedad como ciudadanos”*. Ello refleja una concepción que día a día cambia, de la percepción de unos recursos infinitos hacia la conciencia de unos recursos que generación tras generación se hacen más escasos y que, por lo mismo, es importante cuidarlos. Esta nueva idea está directamente relacionada con los discursos mundiales sobre el medio ambiente y el desarrollo sostenible e implica, a su vez, la apropiación discursiva de la naturaleza por parte de los actores locales, a partir del manejo aparentemente autónomo de los espacios y los recursos naturales que hay en ellos.

Pero la autonomía en el manejo de los espacios y el control de los recursos supone su legitimación, aportando la demostración que las formas, tradicionales o renovadas, de aprovechamiento del recurso certifiquen en últimas su buen uso. En el caso que nos interesa, observamos que van desapareciendo formas “tradicionales” de relacionarse con la naturaleza, ya que ellas no empatan con la política conservacionista, aunque tal vez en su momento hayan permitido una persistencia del recurso. Las prácticas “tradicionales” ejercidas por las comunidades locales no obtienen como tal la “certificación de protección del recurso”, mucho menos en el contexto del parque natural nacional en donde se encuentran ubicadas; puesto que la conservación debe ser total.

Lo anterior, se traduce en que el buen manejo de los recursos naturales requiere de una “tecnificación”, de un aprendizaje de su “buen uso”. Los líderes se ven entonces abocados a aprender este “buen uso” a partir de su adhesión al saber académico y técnico. En ese sentido, la reforma del manejo “tradicional” de los

recursos se vuelve prerrogativa de los biólogos e ingenieros forestales. Este punto conecta con la reflexión que hace Restrepo (2001 y 2002a) sobre una valoración del saber inscrita en relaciones de poder, donde finalmente es el saber de afuera el que termina legitimando “lo que se hace” como “lo correcto”. Aunque la conclusión de Restrepo es que la aparición o llegada de estos nuevos regímenes de conocimiento externo no desembocan necesariamente en la desaparición de los conocimientos tradicionales y locales, en el proceso de Odemap observamos que el conocimiento de afuera se impone poco a poco, descalificando en últimas los saberes anteriores, a pesar de la resistencia o el rechazo de unos, o de la aparente instrumentalización de otros.

Esto nos lleva hacia la discusión sobre qué puede ser definido como tradicional o no-tradicional y quién tiene legitimidad para determinar una práctica como “buena”. De hecho, existen contradicciones en el actual discurso de política ambiental. Por una parte, se reconoce que ciertos actores han contribuido con la persistencia del recurso a partir de sus prácticas “tradicionales” de producción; pero de otra, se considera imprescindible enseñar a estas comunidades cómo lograr que el recurso no desaparezca, a partir de la adopción de prácticas “tradicionales sustentables”. En el punto 5 de las “metas del cuatrienio” del sistema de parques naturales se lee: *“Desarrollar sistemas regulatorios ambientales con grupos étnicos que habitan las áreas protegidas y sus zonas de influencia”*. No especifican qué grupos étnicos. En realidad, de manera implícita, se asume en la cita que en las comunidades no existen sistemas regulatorios, aunque se ha dicho hasta la saciedad que las comunidades indígenas y su manera de relacionarse con la naturaleza ha contribuido a la persistencia del recurso. De ahí, la necesidad de un nuevo aprendizaje de la naturaleza (por ejemplo, sus ciclos) por parte de las comunidades locales, bajo la tutoría de los ingenieros, técnicos y antropólogos.

En síntesis, se van naturalizando los discursos al mismo tiempo que se van tecnificando los actores: la naturalización del discurso se apoya en conocimientos académicos ambientales (desarrollo sostenible, biodiversidad, prácticas de producción, etc.) y desemboca en una serie de tecnificaciones en sujetos anteriormente relacionados con el medio campesino.

Por último, no podemos dejar de lado la discusión de la cuestión étnica. La Ley 70 es una legislación étnica que tiene como fin la legalización del territorio y el rescate y conservación de la cultura de las “comunidades negras”. Ella remite, para justificar la reivindicación del territorio, a que se solucione en el discurso de las comunidades y sus líderes la problemática de lo que es “ser negro”, de su historia en Colombia, en particular en el Pacífico. Es decir, los derechos al territorio tienen que pasar por una puesta en escena de la historia del negro en Co-

lombia y el Pacífico. Curiosamente, a pesar del trabajo de recuperación o reinención de la historia “de los negros” y de la esclavitud que vienen haciendo los intelectuales y líderes de diversos movimientos afrocolombianos, a nombre de las comunidades rurales estudiadas, ello parece más un rito de paso necesario para su inserción al proceso de Ley 70, que la verdadera justificación de su lucha por el territorio. Esta disyuntiva es tratada por los líderes del proceso étnico negro. En un ensayo realizado en 1999, Hernán Cortés, uno de los primeros líderes regionales de Palenque, territorio negro de Nariño (Proceso de Comunidades Negras), expone las prioridades y objetivos del discurso que ha guiado el Proceso en esa zona del país. Él nos dice cómo, dado los atropellos sufridos por la gente (despojo de la tierra por terratenientes o agroindustrias, concesiones del Estado a las agroindustrias o terratenientes, etc.), el Artículo Transitorio 55 se convierte en una opción para la solución de estos problemas y para que los campesinos empiecen un proceso de construcción de su identidad como pueblo negro. Sin embargo, el autor concluye con una reflexión desilusionada sobre la adhesión de los mismos habitantes rurales a dicha identidad: *“Una cosa que para nosotros es muy dramática y nos afecta mucho, es que la gente en ciertos momentos se piensa como su municipio, como su organización, como su río, pero no como comunidad negra”* (Cortés, op. cit.:137). Léase aquí, que la gente no reivindica una cultura representativa de una “etnia” basada en el color de la piel o en esa misma cultura, sino más bien su derecho al territorio a partir de su presencia en un espacio.

En el caso del consejo comunitario Odemap-Mosquera Norte, notamos también que se van distorsionando los contenidos del porqué de la lucha “étnica”, a medida en que avanza el proceso de movilización. En el contexto de un parque natural nacional, la presencia ancestral no es suficiente como discurso de reivindicación territorial, ya que se desdibuja incluso el elemento cultural y el discurso de lo “negro” pierde sentido, mientras se toma como objetivo central de lucha la cuestión ambiental y la necesidad de proteger los recursos naturales. Es como si surgiera una nueva especie de “identidad ecológica”, ya no relacionada con el color, ni con la cultura (porque vemos que hasta los mismos patrones culturales van cambiando), sino relacionada con un nuevo sujeto “natural”, surgido paradójicamente de la modernidad, que intenta nutrirse de elementos académicos y técnicos para vivir en su entorno de una manera sostenible, pero sobre todo, para manejarlo de una manera autónoma, aunque bajo el control de los centros de poder.

Ampliando el análisis más allá del ejemplo de Odemap, algo que merece subrayarse es la manera en que se van acercando los discursos de los líderes locales con los de los negociadores y pensadores de la biodiversidad a escala mundial. Pueden

encontrarse ejemplos claros y tajantes. Por ejemplo, la importancia que le da la “Comisión Bruntland” —línea del convenio de diversidad biológica, inaugurada en 1987— a la cuestión generacional. En esta comisión es insistente un discurso: cuidar los recursos para las generaciones futuras (citado por Van Dam, op.cit.). Para dicho autor, este discurso hace parte de la letra chica del “convenio sobre biodiversidad”, porque deja para el futuro la problemática de las desigualdades sociales y porque las generaciones futuras no están aquí para dar su opinión sobre la forma en que se está tratando el tema de la biodiversidad y la equidad social. Otro punto de muchas consecuencias en el mismo accionar de los líderes locales es el relacionado con el acceso a los recursos. El paradigma de la economía ambiental es sobre los recursos que se han degradado dado su carácter de “acceso abierto”, por lo que es necesario regular y privatizar su acceso (ibid.). Este punto es importante porque conecta con la forma en que las comunidades rurales tenían formas de regular el acceso a los recursos de una manera “flexible”, “abierta”, como lo expuse anteriormente. Después de que se instauran los discursos ambientales, vimos cómo empieza a restringirse el acceso a los espacios a comunidades campesinas que antes tenían acceso “abierto” a ellos.

Pero si el discurso de los líderes locales se relaciona con el discurso de la economía ambiental, también es cierto que se relaciona con otro discurso con pretensión global, el de los antropólogos y ambientalistas que defienden (en cuanto asesores ideológicos) los derechos de los pueblos campesinos (pobres), ya sean mestizos, indígenas o negros, según el cual los verdaderos dueños de la biodiversidad son solamente aquéllos que ya han permitido su sustentabilidad, es decir, las comunidades rurales antes mencionadas, siempre y cuando estén sujetas a una serie de controles ambientales (ibid.).

En suma, las comunidades locales empiezan a apoderarse de un discurso global-mundial, a manejar sus referentes conceptuales, así como a adoptar en sus prácticas las recomendaciones planteadas por las instituciones internacionales. La articulación de la problemática ambiental a las luchas por mayor autonomía y participación política es un proceso que se viene dando en los movimientos sociales, étnicos y campesinos de toda Latinoamérica (Leff, 1998). El peligro para este autor, que refleja un punto de vista compartido por amplios sectores de los organismos internacionales, se da cuando la cuestión ambiental queda subordinada a las demandas sociales. Nuestra percepción del proceso de Odemap nos llevaría más bien hacia la preocupación inversa: que las otras reivindicaciones (sociales, territoriales y políticas) estén subordinadas o deban pasar por la intermediación de la cuestión ambiental, ya que aquí juega un papel importante la presencia del Parque Natural Nacional Sanquianga. Este ejemplo, aunque muy peculiar, plantea entonces una pregunta general: ¿más allá de la Ley 70, cómo están incluidas las “comunidades negras” en las políticas ambientales?

AMBIENTALISMO Y ETNICIDAD

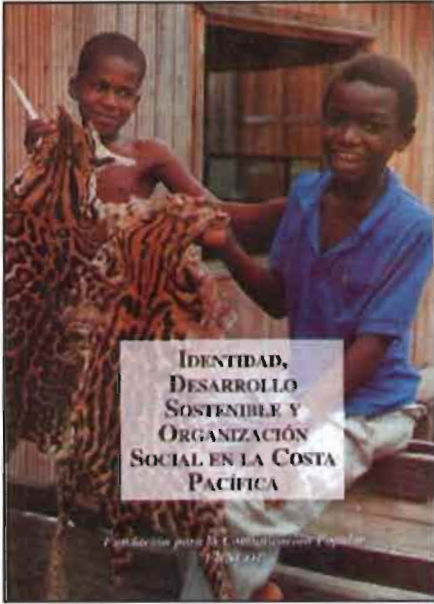


Ilustración No. 1: Fundación FUNCOP

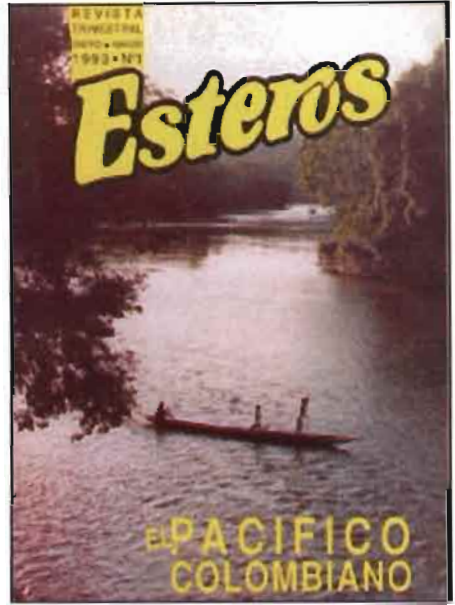


Ilustración No. 2: Publicación auspiciada por SWISAID

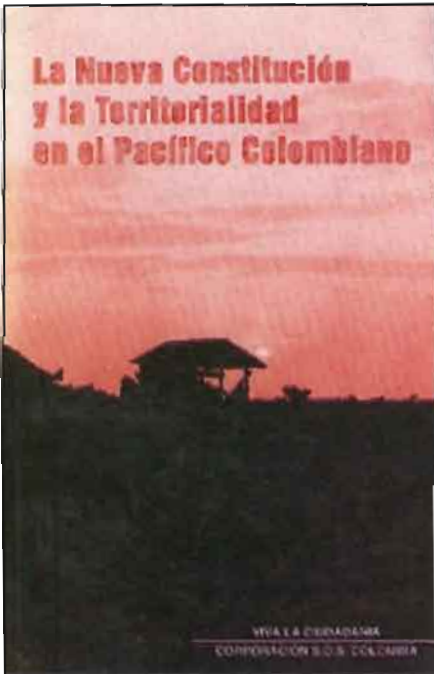
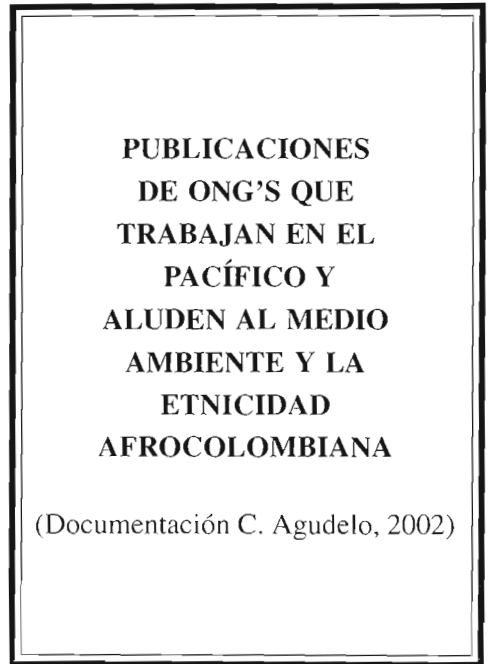


Ilustración No. 3: "Viva la ciudadanía" y Corporación S.O.S. Colombia



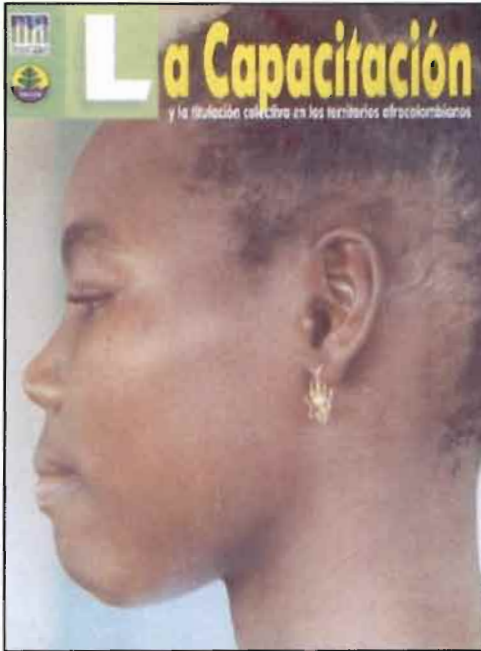


Ilustración No. 4: Ministerio de Medio Ambiente
1999

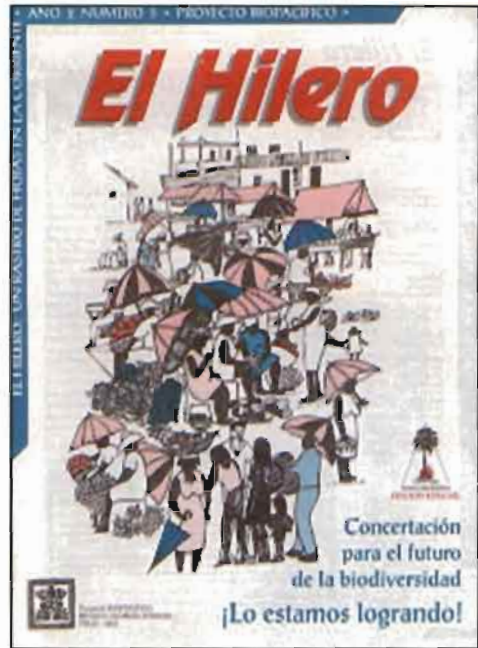


Ilustración No. 5: Revista Mensual
BIOPACÍFICO

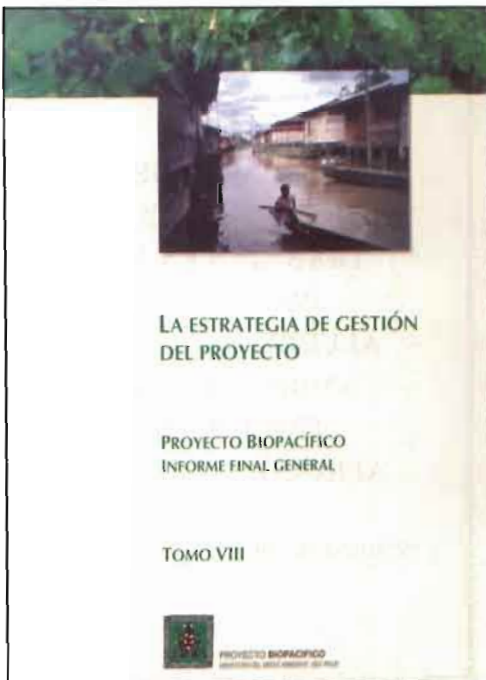


Ilustración No. 6: Informe Final BIOPACÍFICO

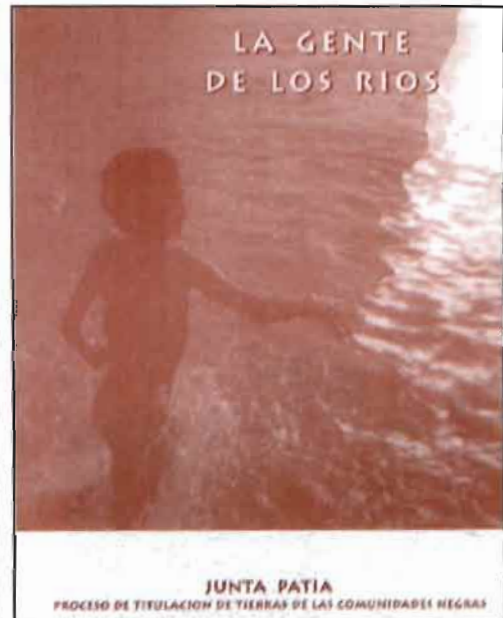


Ilustración No. 7: Publicación de organización
afrocolombiana del Pacífico que alude a la
relación medio ambiente y etnicidad

POLÍTICAS Y MOVIMIENTO SOCIAL NEGRO AGRARIO EN EL NORTE DEL CAUCA*

Teodora HURTADO, Fernando URREA

“Lo que los negros (nortecaucanos) queremos es recuperar el territorio para ser otra vez los dueños de la tierra y poder encontrar un sentido y una razón al estar aquí, una razón de ser, porque antes los negros sembraban cañas en su parcela, pero era caña panelera y ellos tenían su trapiche para procesar la panela y luego sacarla a vender. Ahora, la modalidad aquí es que al campesino el ingenio lo pone a cultivar caña y él le vende al ingenio. Es por ello que para nosotros esto (la Ley 70) aparece como una ley de reforma agraria, aunque hay que replantear esas leyes porque para el norte del Cauca no habría reforma. ¿Cómo va haber reforma agraria si eso atentaría contra los intereses de los que sancionan las leyes?”

Pero si la Ley 70 cumpliera con el propósito para que fue creada, creo que se le resolverían muchos problemas a las comunidades y uno de los problemas que se tiene que resolver es el de la tenencia de la tierra. Nosotros sabemos que si el negro volviera nuevamente a recuperar la propiedad de sus tierras, se le resolverían los otros problemas que le han afectado al no tener cómo trabajar, dónde producir”. Arnovia Lobo; representante de la Asociación Cultural Casa del Niño.

Introducción

La historia del movimiento social en el norte del Cauca ha estado ligada a la historia de sus pobladores y las disputas en torno a la apropiación y tenencia de la tierra, que en distintos momentos produce enfrentamientos de clase y raciales

* Este capítulo se apoya en los resultados del proyecto “Política y movimiento social agrario en un contexto de transformación de comunidades negras semi-rurales”, presentado por Teodora Hurtado al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), como becaria dentro del programa de becas Clacso-Asdi, para investigadores jóvenes de América Latina y el Caribe, 2000, titulado “Globalización, transformaciones en la economía rural y movimientos sociales agrarios”.

entre los moradores de la región (campesinos negros) y los terratenientes y capitalistas agroindustriales (blancos). Pero recientemente, estas disputas territoriales se expresan como conflictos interétnicos entre indígenas Páez versus pobladores negros. La lucha por la posesión de la tierra se origina en el conflicto histórico entre la producción agrícola campesina de los pobladores negros y la explotación de la hacienda colonial, hasta bien entrado el siglo XX, cuando ésta se transforma en plantación azucarera y de otros cultivos comerciales, o en finca ganadera. Este proceso, que se puede dividir en varias etapas, se inicia con posterioridad a la abolición de la esclavitud, entre 1851 y 1910, época de nacimiento y expansión de la producción agrícola campesina en la región. El período siguiente, entre 1910 y 1950, se conoce como la “época de gloria” de los pueblos nortecaucanos, etapa de prosperidad económica de los campesinos negros y de consolidación de la región con liderazgo político y autonomía económica. La tercera etapa, entre 1950 y finales de los años 70, se caracteriza por la implementación y expansión de la industria azucarera, con efectos directos en la disminución de la tenencia de la tierra por parte de los campesinos negros y un gradual proceso de proletarización¹ de los pobladores de la comarca, fenómeno reforzado con la llegada de inmigrantes de la costa Pacífica y la zona Andina, como mano de obra para la agroindustria. La cuarta fase, que arranca en los años 80, se destaca por la integración progresiva de los poblados nortecaucanos en el área metropolitana de la ciudad de Cali y, hacia mediados de los años 90, la instalación de parques industriales beneficiados con la Ley Páez.

Como componentes del desarrollo histórico de cada una de estas etapas, los nortecaucanos han emprendido numerosas formas de movilización social y política. Primero, la lucha de los campesinos negros por defender sus parcelas y mantener su autonomía socioeconómica; segundo, los movimientos políticos, a partir de los cuales la población nortecaucana, representada por sus dirigentes, adquiere reconocimiento a nivel nacional como una región con liderazgos políticos; tercero, la protesta sindical, que se presenta con el proceso de proletarización de la población nortecaucana y la reivindicación de derechos laborales de parte de los obreros de la caña; cuarto, los movimientos cívicos en defensa de los derechos civiles; y quinto, iniciando la década de los años 90, el movimiento “étnico”, a través del cual la población negra de la comarca se inscribe en un proceso de movilización de “comunidades negras”, apoyados en un discurso de reivindicación de derechos culturales y colectivos y un proyecto independiente de defensa de los intereses de la población negra local.

1. Entendido como el paso de una condición social campesina (pequeño propietario rural) a la de asalariado rural y urbano, ya sea como jornalero agrícola o agroindustrial o como obrero urbano no calificado o semicalificado.

Este capítulo describe y analiza estas diversas estrategias de la población negra de la región para lograr, frente al Estado colombiano, ser sujeto de políticas públicas y adquirir reconocimiento social y estatus político como “grupo étnico” más recientemente. El texto está dividido en dos grandes partes, la primera es una revisión histórica de las formas de movilización política y social más importantes a lo largo del siglo XX, la segunda aborda las más actuales, que tienen que ver con el surgimiento de las identidades étnicas territoriales.

El objetivo es mostrar cómo sectores de población negra, que han experimentado diversos procesos de modernidad-modernización², recurren a través del discurso étnico, a demandar políticas de acción afirmativa vinculadas con redistribución y titulación de tierras, para procurar ser sujetos de derechos, en la perspectiva del multiculturalismo e inscribirse así en una dinámica de inserción social, en la búsqueda de mejor estatus económico y sociopolítico. En esa dirección veremos cómo, para algunos sectores de la población negra en un contexto semirural cada vez más urbano, finalmente la re-invencción del territorio asociado a un nuevo estatus sociopolítico, constituye el pilar del ejercicio de movilización y el método a través del cual esta población en condiciones de exclusión económica y marginalidad social pretende acceder a la ciudadanía.

1. Historia de la movilización de los pueblos negros nortecaucanos frente a la gran propiedad

• *Primeras manifestaciones de luchas campesinas*

Los poblados nortecaucanos surgieron de remanentes de antiguos palenques y organizaciones de cimarrones provenientes del período colonial y primeras décadas del republicano, consolidados gracias a la abolición jurídica de la esclavitud, en el año de 1851. Se trataba entonces de una colonización de tierras planas, desarrollada por poblaciones de afrocolombianos ex-esclavos y sus descendientes, quienes se establecieron legal o ilegalmente en las vastas tierras de sus antiguos amos en calidad de colonos. Los registros históricos recopilados por Aprile-Gnisset (1994) demuestran que entre los siglos XVIII y XIX —durante la dominación española, el período de la Independencia y luego los primeros años de la República—, la población indígena como fuerza de trabajo de las haciendas es diezmada y luego desplazada de la zona plana del norte del Cauca, siendo sustituida progresivamente por población afrodescendiente, que llega a la región en calidad de mano de obra esclava, ya desde finales del siglo XVII,

2. Sobre estos dos conceptos ver la introducción al libro.

dedicada en las grandes haciendas a actividades de ganadería extensiva y a cultivos para el abastecimiento de la hacienda y de las explotaciones mineras del Pacífico y de la comarca, al igual que a las labores domésticas de las familias esclavistas, sobre todo para las mujeres. Una parte de esta mano de obra negra era periódicamente trasladada hacia la extracción de metales preciosos en los enclaves mineros del Pacífico, que pertenecían a un mismo propietario de la hacienda nortecaucana. Para este autor, durante la última fase de la Colonia y hasta el período republicano en el Gran Cauca, se concentró la mayor parte de población negra esclava del país y uno de sus núcleos más denso fue particularmente el municipio de Caloto³. En la actualidad, pese a los fenómenos de emigración de población negra e inmigración de población blanca y mestiza, la sociedad nortecaucana de la zona plana en un poco más del 60% sigue siendo mayoritariamente negra (ver Cuadro 1a, capítulo 1). Este peso demográfico mayoritario también tiene que ver con la considerable afluencia de inmigrantes negros de la costa Pacífica nariñense, caucana y valluna, como mano de obra para las plantaciones azucareras de la región entre las décadas del 50 y el 70 en el siglo XX.

Entre finales del XVIII y mediados del XIX hay una etapa de transición hacia la conformación paulatina de sociedades campesinas negras (Colmenares, 1990), marcada por las guerras de independencia y las primeras décadas de la República en la comarca nortecaucana. Con la consolidación de la República avanza la manumisión de la mano de obra esclava y viene luego la abolición de la esclavitud. Los libertos y manumisos cambian de base económica, se abandona el hábitat minero y agrícola concentrado y surge, mayoritariamente en la zona plana, un hábitat disperso, conformado por estancieros y minifundistas negros, quienes posteriormente entrarían a constituir una población campesina económicamente estable. El período comprendido entre 1851 y 1920, configura un ciclo de gran consolidación demográfica y económica de la población negra rural en el norte del Cauca. Es igualmente una etapa de gran agitación y conflicto social en la zona, desarrollado por campesinos que desean establecerse liberados de su anterior condición de terrazgueros, aparceros o arrendatarios en las tierras de sus antiguos propietarios, y por latifundistas caleños, quienes disputaban el control del territorio a los terratenientes payaneses (Aprile-Gnisset, op. cit.).

3. Los datos se apoyan en los registros históricos recopilados por el autor para su estudio del poblamiento y conformación de los poblados nortecaucanos. A partir de ellos, Aprile-Gnisset concluye que para los siglos XVIII y XIX el municipio de Caloto constituía, a nivel regional y quizás nacional, la comarca donde se verifica la más alta densidad de personas negras residentes en condición de esclavos (Aprile-Gnisset, op. cit.). Ver también los datos de McFarlane de la distribución étnica de la Nueva Granada, censo 1778-1780, por provincias y lugares (1997: 530). Para una descripción y análisis detallado del sistema de la hacienda esclavista en el suroccidente colombiano, con sede en Popayán, Cali y Buga, véase Colmenares (1975 y 1979).

Pese a las continuas tensiones entre terratenientes y campesinos negros, estos últimos llegaron a conformar una próspera economía que se consolidó, entre 1910 y 1950, como el primer centro de acopio e intercambio de productos agrícolas con la ciudad de Cali. Incluso, la comarca nortecaucana logró integrarse al mercado mundial, mediante la producción y exportación de cacao y de otros productos agrícolas como café, tabaco y plátano (aunque en menor escala), que se comercializaban en las casas de comercio y sus sucursales en Cali. Sin embargo, con la consolidación del modelo económico de sustitución de importaciones en el país los capitalistas azucareros y de otros cultivos agroindustriales requerían de nuevas tierras hacia el sur del valle geográfico del río Cauca⁴. Esto condujo definitivamente a una redistribución de las relaciones de fuerza en la región. Desde finales de la década del 40, el poder socioeconómico y político que había favorecido ligeramente a los campesinos negros durante la prosperidad cacaotera y de los cultivos de pancoger, cambió en forma rápida y decidida en favor de los grandes terratenientes y capitalistas agroindustriales vallecaucanos.

Varios factores, desenvueltos en un largo período de cuarenta a cincuenta años, llevaron a este fenómeno (Cabal, 1978): a) una primera fuerte expansión de la agroindustria azucarera, entre 1913 y 1928 en el municipio de Palmira y otros alrededores, luego sucesivas expansiones durante 40 años hasta consolidarse completamente en la zona del sur del valle geográfico del río Cauca hacia finales de los años 60; b) la terminación del ferrocarril del Pacífico —que conectó el valle geográfico con el Océano Pacífico—, en el mismo año en que se concluyó el Canal de Panamá, 1914, y su rápido desarrollo en las dos décadas siguientes; c) la sustitución de los cultivos tradicionales de cacao, plátano, café y frutas, de producción escalonada a lo largo del año, por cultivos tropicales como la soya y el sorgo, que además de producir una o dos veces al año, requerían de mayores esfuerzos e inversión de capital económico por parte del campesinado negro. Estos cambios aseguraron para nuevos grupos empresariales los medios para exportar, por primera vez en la historia, cosechas tropicales en gran volumen, pero lo más importante, vender para el pujante mercado interior. Como resultado de este proceso, a partir de finales de los años 40, la región se consolida como una de las principales áreas de expansión agroindustrial y de cultivos comerciales en el país, aumentando la presión capitalista sobre la tierra. Paralelo al mismo, se desenvuelven fenómenos de industrialización y urbanización con epicentro en la ciudad de Cali, aunque las particularidades de la expansión del cultivo de la caña y de los ingenios, amén de los cultivos capitalistas de cereales

4. Este fenómeno va a ser más claro en los años sesenta cuando una parte significativa de la cuota de exportación de azúcar de Cuba hacia los Estados Unidos, se le concede a Colombia, como consecuencia del embargo estadounidense en contra de la revolución cubana.

(una industria de alimentos especializada emerge en la región), arroz y algodón, permitieron la consolidación de una red de ciudades intermedias a lo largo del valle geográfico del río Cauca (Urrea y Mejía, 2000). No obstante, es sobre todo a partir de los años 50 que la región nortecaucana será fuertemente afectada por la expansión capitalista (Mina, 1975; Friedemann, 1976). Podría decirse, entonces, que hasta los años 40 todavía la economía campesina en esta zona gozaba de una relativa prosperidad.

En la comarca nortecaucana, entre los siglos XIX y XX, los campesinos negros más prósperos en alianza con capas pobres adoptaron una actitud defensiva para contrarrestar la arremetida de los terratenientes y capitalistas blancos, quienes intentaban despojarlos de sus parcelas. La posibilidad de perder sus terrenos, base de su economía, los llevó a asociarse en grupos familiares encargados de la defensa de sus propiedades, recurriendo a modalidades de bandidismo como principal forma de protesta social. Agrupaciones familiares, como las lideradas por la familia Cambindo y Balanta, convocaron y albergaron a su alrededor juntas de vecinos que se asociaron para defender sus parcelas y resistir la arremetida de terratenientes y capitalistas (Friedemann y Arocha, 1986; Romero, 2001). Para De Roux (1991), el bandidismo social se convirtió en una de las principales formas de expresión colectiva, empleada por los campesinos nortecaucanos, para manifestarse contra el poder y los abusos de los latifundistas tradicionales, en su mayor parte oriundos de Popayán.

Sin embargo, la resistencia campesina no se realizó como un movimiento popular articulado, más bien era una movilización de grupos dispersos por diferentes poblados de la misma región, los cuales no lograron constituir una organización articulada a una estrategia política. Estas acciones campesinas fueron realizadas más en defensa de sus pequeñas parcelas, frente a los terratenientes blancos payaneses que los acosaban continuamente. Así, el conflicto se desenvuelve en fuerte oposición al partido conservador, que para los campesinos constituía el símbolo del viejo poder terrateniente, y en contra de la intromisión de la curia en los asuntos de los pobladores negros⁵ (De Roux, op. cit.).

- ***Adscripción política al partido liberal como forma de expresión de la autonomía social***

Con posterioridad a estas formas de resistencia, que conllevaron disputas territoriales con los antiguos y nuevos hacendados, siempre bajo la hegemonía po-

5. La Iglesia para la población negra de la comarca estaba asociada al poder terrateniente y al partido conservador.

lítica del partido liberal, y sobre todo en medio de una relativa prosperidad económica, basada en los precios de los productos campesinos, se desarrolla un período de “gloria” de los poblados nortecaucanos, entre 1930 y finales de los 40. La pujanza de la región como una sociedad campesina floreciente, que abastece de productos básicos a Cali y participa en el mercado exportador, todavía sin la presión agroindustrial que ya se daba en otras áreas del centro y norte del valle geográfico, se manifestó a la vez en una fortaleza política a través de prestantes líderes negros de la comarca nortecaucana que alcanzaron representación en el Congreso de la República, la mayor parte a través del partido liberal. Se presenta así, para esta etapa la combinación de cuatro elementos: a) una tenencia de la tierra ampliamente democrática en manos de la gente negra; b) la formación de un campesinado negro rico, a partir de un proceso de diferenciación social sin descomposición campesina; c) una fuerte valoración de la educación como forma de ascenso social, en todas las capas sociales, pero especialmente entre los campesinos negros medios y prósperos, como era de esperar; y d) una férrea militancia en el partido liberal⁶. Este fenómeno de particular adscripción al partido liberal de la población negra nortecaucana durante la etapa de prosperidad económica puede interpretarse como una clara expresión de autonomía social regional.

En este contexto aparece una capa social negra intelectual en el norte del Cauca desde las primeras décadas del siglo XX. Así, Cabal (1978) manifiesta que *“Fue un campesinado negro rico el que posiblemente dirigió una parte significativa de sus excedentes económicos en proveer un capital escolar para sus hijos, la gran mayoría hombres, hacia estudios universitarios en profesiones liberales (derecho y medicina)”*.

De todos modos, se observa que otras capas campesinas menos prósperas valoraban también la educación, haciendo los esfuerzos necesarios para enviar a sus hijos a estudiar⁷. Hay pues una relación estrecha entre la prosperidad general del

6. La adscripción política de la población negra al partido liberal en la región del Gran Cauca (el cual incluía el litoral Pacífico), viene desde el gobierno liberal del general José Hilario López, quien firmó en 1851 el decreto reglamentario de abolición jurídica de la esclavitud. Esta pertenencia política mayoritaria se prolonga durante todo el siglo XX hasta la actualidad. Véase al respecto en Agudelo (2002b) su análisis sobre el fenómeno de la adscripción histórica mayoritaria de la población negra del Pacífico y suroccidente colombiano al partido liberal.

7. La educación como mecanismo de inserción y ascenso social y para enfrentar la discriminación racial fue un elemento importante de la dinámica social de los pobladores del norte del Cauca. Para contrarrestar la poca cobertura de escuelas públicas y la educación privada controlada por la Iglesia y abiertamente antiliberal, en la década de 1920 se crearon otras escuelas privadas, entre las que se distinguió la dirigida por el liberal Manuel María Villegas. Estas escuelas además de impartir la educación formal eran también espacios de afirmación de la ideología liberal. En el campo educativo, los nortecaucanos se comportaron como otras sociedades campesinas colombianas “no negras”

campesinado negro cacaotero en el norte del Cauca y el surgimiento de una intelectualidad negra en la región, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, pero que irrumpe en la política a través de la República Liberal en los años 30 y 40 (Urrea y Hurtado, 1999).

No hay que olvidar que la participación política electoral en todo el país estuvo restringida a los varones hasta mediados de los años 50 en el siglo XX, y que en las zonas pertenecientes de lo que fue durante el siglo XIX el Gran Cauca, era prioritariamente de hombres blancos, letrados y propietarios, hasta el año de 1932. Por otra parte, no es casual que el liderazgo político negro en el partido liberal haya tenido su auge más significativo durante el periodo de la República Liberal, entre 1930 y 1945, con una importante participación en el Congreso hasta el asesinato de Gaitán. En este periodo, graduados de las universidades de Popayán y Bogotá, retornan a la comarca nortecaucana las figuras de Jorge Fidel Fory, Alejandro Peña, Natanael Díaz, Gonzalo Lerma, Rafael Cortez Vargas, Miguel Gómez, Marino Viveros y Arquímedes Viveros, quienes se proyectaron en el ámbito nacional como congresistas, ante la Cámara y el Senado de la República, en representación de los intereses partidistas y económicos de los pobladores negros de Santander de Quilichao, Caloto y particularmente de Puerto Tejada⁸.

La dirigencia liberal negra nortecaucana formó parte del sector liberal lopista y luego del movimiento liberal gaitanista, en ambos casos la izquierda del partido liberal. Durante sus intervenciones en el Congreso los representantes norte-

(por ejemplo, las de la zona cafetera del Viejo Caldas), invirtiendo capital escolar en sus descendientes. De otra parte, hay una fuerte asociación entre educación no confesional e ideario del partido liberal. Es interesante que la prosperidad económica campesina en Puerto Tejada permitió la conformación de una intelectualidad negra paralela a la chocoana en el mismo periodo histórico. En el Chocó para los años de 1930, una de las figuras más representativas de elites negras regionales con proyección nacional es Diego Luis Córdoba, quien se convierte en la primera persona negra que llega al Congreso de la República como representante a la Cámara en el año de 1933, a través del partido liberal (Urrea y Hurtado, 1999; Agudelo, 1999b y c).

8. El primer diputado departamental que tuvo Puerto Tejada fue Jorge Fidel Fory, quien estudió derecho en Popayán y ejerció como diputado departamental en el periodo de 1933 a 1935. Le sigue Alejandro Peña, maestro formado también en Popayán. Peña será luego el primer parlamentario de Puerto Tejada en la Cámara de Representantes. El siguiente parlamentario del Puerto es el abogado Natanael Díaz, quien ocupó su curul entre 1945 y 1947. El periodo siguiente, le correspondió al abogado Arquímedes Viveros, quien llega a la Cámara asumiendo la curul de su antecesor. Más adelante, ya en los años 50, es su sobrino, el médico Marino Viveros, quien llegará al Congreso. Otros nativos del Puerto que llegan al parlamento son: Gonzalo Lerma, Rafael Cortés Vargas y Miguel Gómez, estos dos últimos en los años 70 (Urrea y Hurtado, 1997; Agudelo, 1999b). A partir de los años 48-49, algunas figuras negras del norte del Cauca llegan al Congreso a nombre del partido conservador, lo cual muy seguramente tiene que ver con la hegemonía conservadora impuesta en el país después del derrumbe de la República Liberal, luego del asesinato de Gaitán y la generalización de la violencia política conservadora.

caucanos negros denunciaron repetidas veces el racismo y las condiciones desventajosas de la población negra, en particular en la región del norte del Cauca. Sus principales reivindicaciones se centraron en expandir la educación pública y la salud. Apoyándose en el ideario liberal de la época de reforma agraria, lograron la titulación de tierras en manos campesinas y jugaron así seguramente un papel desestabilizador de los intentos de las familias de grandes hacendados payaneses por retomar el control de la región. Sin embargo, no tenían condiciones de prever y combatir la expansión capitalista que estaba en ciernes, la cual tenía su base en las elites vallecaucanas y en la ciudad de Cali, elites que cincuenta años atrás habían derrotado a las poderosas familias payanesas con la creación del Departamento del Valle del Cauca. Esta expansión tuvo un efecto devastador para la sociedad campesina que ellos representaban.

Según Urrea y Hurtado (1997), los años 50 marcan en efecto fuertes cambios en el norte del Cauca: *“Existen dos consecuencias de carácter político inspiradas en el peso específico que tienen los ingenios azucareros dentro de la estructura del poder local. En primer lugar, la descomposición del campesinado y la proletarianización subsiguiente, se vio acompañada de una dependencia del empleo generado por la industria azucarera. En segundo lugar, la expansión azucarera transformó los poblados de mercados de productos agrícolas, en campamentos de trabajadores, con el evidente empobrecimiento para los habitantes de la región”*.

De acuerdo con De Roux (op. cit.), el Frente Nacional⁹ generó un escenario político en la región en el que el clientelismo adquirió su máxima expresión. Con la proletarianización de la población nortecaucana, producto de la pérdida de la propiedad de la tierra como base de la economía campesina; y ante el desplome del liderazgo negro expresado en décadas anteriores a nivel nacional a través del partido liberal, se produce una rápida decadencia de los municipios nortecaucanos, en particular de Puerto Tejada. La vida política local evoluciona en la contraprestación de favores a redes de clientelas, mediante la captura de votos en contraprestación al intercambio de prebendas burocráticas. El liderazgo negro que sustituye las anteriores generaciones, a través de los partidos políticos liberal y conservador, abandona todo proyecto reformista. El ejercicio de los derechos de ciudadanía, por ejemplo, el acceso a los servicios públicos y el derecho a la educación, quedaron perdidos en cuotas burocráticas en la administración municipal y departamental, quienes se disputan ínfimos presupuestos locales, y al perder capacidad de negociación, en un Departamento como el Cauca, la

9. Alianza institucional establecida, desde final de la década de los años 50 hasta mediados de los 70, entre los partidos liberal y conservador para distribuirse por periodos presidenciales la administración del Estado.

región en términos de los entes municipales deviene sin recursos y en crisis (De Roux, op.cit.), a pesar de la prosperidad económica en ebullición.

• ***El proletariado agroindustrial y la movilización sindical en la comarca***

Las luchas sindicales en el norte del Cauca arriban con los procesos de industrialización azucarera, con la conversión del campesinado negro en obrero y la llegada de nuevos contingentes de trabajadores de la costa Pacífica, en su gran mayoría migrantes negros, como mano de obra para las plantaciones azucareras en expansión en la región. Estos últimos son también de origen campesino, pero poseen un menor capital patrimonial, escolar, cultural y social respecto a la población negra nativa. Así, nativos y migrantes, ambos sin ninguna tradición asalarada y, por lo mismo, sin experiencia en luchas colectivas obreras, comienzan a participar en el movimiento sindical de la época. Taussig (1978) y De Roux (op.cit.), confirman que el movimiento sindical de los obreros de la caña hace su aparición en el norte del Cauca en los últimos años de la década del 50 y primeros de los 60. Los trabajadores cañeros nortecaucanos sindicalizados entran a formar parte de la Federación de Trabajadores del Valle —Fedetev—, la cual aglutinaba ya un sector importante de los trabajadores de la caña de azúcar en los ingenios del Valle del Cauca, con una mayor tradición sindical (desde los años 40). Esta federación formaba parte a la vez de la Ctc (Central de Trabajadores de Colombia), confederación cercana al partido liberal hasta hace muy poco¹⁰.

Como antes se señaló, en el norte del Cauca el proletariado azucarero hacia las décadas del 60 y 70 era de reciente formación, por tal razón, su experiencia organizativa era escasa, comparada con los trabajadores de la caña del centro y norte del valle geográfico del río Cauca. Por ello, a pesar de los fuertes y combativos movimientos laborales en los ingenios azucareros durante los años sesenta, con nutridas movilizaciones que llegaron a bloquear el acceso a la ciudad de Cali desde Palmira, la participación de los trabajadores azucareros nortecaucanos (nativos y migrantes) fue casi inexistente¹¹. Mientras los trabajadores azucareros de mayor tradición hacia los años 60 habían logrado reivindi-

10. Para los años 50 y 60 en la Ctc convivían dos tendencias del movimiento sindical. Una de izquierda liderada por el partido comunista y otra por el partido liberal. Será hacia finales de los años sesenta que la Ctc se escinde, entre la Cstc (Central Sindical de Trabajadores Colombianos) y la Ctc. Esta última seguirá bajo la influencia del partido liberal. La información recogida en la región indica que los sindicatos azucareros nortecaucanos, como otros en el Valle del Cauca, continuaron en la Ctc bajo control liberal.

11. El grueso de las movilizaciones correspondió más a los trabajadores y sindicatos de ingenios y plantaciones azucareras en los municipios de Palmira, Cerrito, Buga, La Paila.

caciones ventajosas en el terreno de lo económico, con cuestionamientos importantes en el orden social, en el norte del Cauca el sindicalismo tuvo un desarrollo mucho más limitado, en términos de afiliados y una escasa capacidad de negociación. Tampoco las reivindicaciones salariales y condiciones laborales que alcanzaron tuvieron proyección en la vida de la población¹², como en la lucha por derechos civiles y raciales. Por lo mismo, ha sido reducida la interacción en la región entre los sindicatos y los movimientos sociales cívicos y étnicos, de los cuales se hablará adelante.

Hay que advertir que, a partir de los años 70, el movimiento sindical azucarero se debilita enormemente en todo el valle geográfico, quedando confinado a la factoría en el ingenio, ante la generalización del sistema indirecto de contratación de corteros de caña¹³. Además, los ingenios azucareros del norte del Cauca y sur del Valle se beneficiaron con la mano de obra migrante del Pacífico y la región Andina nariñense, más dócil a la disciplina laboral por su condición de inmigrantes campesinos con bajo capital escolar y cultural. Este tipo de trabajadores a su vez fueron más favorables a un sindicalismo paralelo y de carácter patronal. Para los intereses de la industria azucarera, los inmigrantes del Pacífico o Andinos supuestamente eran mucho más eficientes en el corte de la caña, pero sobre todo, trabajaban por menos dinero y estaban más dispuestos a laborar bajo las condiciones impuestas por los patronos¹⁴.

No obstante lo anterior, es indispensable señalar que el proceso de proletarianización de capas campesinas de la población nativa (las más pobres), con incorporación de importantes flujos de inmigrantes de la costa Pacífica y de la región Andina desde los años 50 y 60, permitió en el sector azucarero, incluyendo la región del norte del Cauca, la generación de un sector asalariado con una estabilidad relativa en empleo e ingresos, la posibilidad de jubilación (los trabajadores sindicalizados) y la satisfacción de las necesidades básicas (vivienda, alimentación, educación básica, etc.), para el trabajador y su familia. Esto quiere decir que el

12. Paz (1977), citada por De Roux (op.cit.:13-14), encontraba un bajo nivel de formación política entre los dirigentes sindicales de la región y prácticamente ningún intento desde los sindicatos para vincular el movimiento obrero a luchas orientadas a mejorar la situación global de la comunidad. Hacia 1975 surgieron en la región, especialmente en el municipio de Puerto Tejada, algunas "asociaciones de trabajadores agrícolas". En términos generales, dichas asociaciones buscaron consolidarse en la población rural y urbana y no sobre el eje laboral, para articular una base social que no se viera amenazada con despidos y que, por lo tanto, tuviera más posibilidades de estabilidad. Además, intentaron actuar sobre intereses amplios, buscando la convergencia de diferentes sectores sociales. Este proceso, sin embargo, no fue exitoso y tuvo poca influencia sobre la dinámica social.

13. A raíz de la introducción de una nueva variedad de caña erguida y con ella del sistema de corte "australiano" se generaliza la mano de obra subcontratada en todos los ingenios.

14. Desde antes de la introducción del corte australiano esa percepción era dominante en los ingenios, apuntando obviamente a fragmentar los intereses colectivos de los trabajadores.

empleo en los ingenios, incluso en labores de corte, ha producido una capa social de ingresos medios con acceso a una serie de consumos culturales (Urrea y Hurtado; 1999:324). Por lo anterior, es importante indicar que si bien la expansión de la industria azucarera produjo un empobrecimiento relativo en una serie de capas sociales nativas campesinas, y la proletarización absoluta de otras, en cambio desarrolló la formación de una clase obrera azucarera regional moderna, con nuevos mecanismos de movilidad social, diferentes a los de la sociedad campesina nortecaucana. Otra característica fue la inclusión significativa en esta clase obrera de inmigrantes procedentes de familias campesinas que tenían peores condiciones de vida en sus zonas de origen que las de la comarca. En este proceso de extensión de la modernidad para la gente negra de la región nortecaucana, el movimiento sindical ha jugado indiscutiblemente un papel significativo, a pesar que su capacidad negociadora ha sido menos fuerte respecto a otras regiones del país.

- ***Los movimientos populares de los años ochenta y el fortalecimiento de la sociedad civil en organizaciones populares***

Según De Roux (1991), los finales de los años 70 marcan el inicio de un fenómeno de movilización social en la comarca nortecaucana, dentro de un contexto más amplio a escala nacional de protestas sociales, las que le demandan al Estado soluciones al problema de los servicios públicos básicos urbanos, ya sea por carencia de ellos o la mala prestación de los mismos. Estas movilizaciones dominan el panorama de las luchas sociales durante la década del 80, especialmente en las cabeceras municipales y en diferentes ciudades del país. Igualmente, la presión era fuerte frente al fenómeno de hacinamiento urbano, debido a la escasez de viviendas y de áreas territoriales disponibles para el crecimiento urbano. También, por vez primera aparecen luchas relacionadas con el deterioro ambiental, causado por las empresas y explotaciones agropecuarias o mineras asentadas en las regiones. Estas protestas se conocieron como “paros cívicos”, porque en ellas se aglutinaban múltiples sectores sociales populares y de clases medias, muchas veces con el respaldo de otros sectores de tipo institucional (la Iglesia, el sector del magisterio, los sindicatos, las juntas comunales, etc.).

La carencia de los servicios públicos residenciales en el norte del Cauca, especialmente en las cabeceras municipales en plena expansión, debido al intenso proceso de proletarización de la población rural (caso de Puerto Tejada), además de la fuerte inmigración de mano de obra para trabajar en las plantaciones azucareras, fue un factor que contribuyó a la protesta social en la región. El extremo hacinamiento en las áreas habitacionales de los sectores populares en crecimiento agravó aún más el descontento en Puerto Tejada. A esto se añaden

los impactos negativos ambientales de polución de suelos y aguas causados por la caña de azúcar, tanto en las áreas campesinas, que se resistían ante el embate de la expansión azucarera, como en los barrios populares cercados por el cultivo de caña (De Roux, op. cit.).

La protesta civil en Puerto Tejada y otros municipios nortecaucanos se articula mediante organizaciones cívicas, culturales y asociativas de diverso índole y las acciones llevadas a cabo por sectores de la Iglesia Católica, simpatizantes de la izquierda y organismos de origen académico o universitario, que apoyaban la participación ciudadana en los asuntos públicos y la movilización popular¹⁵. La protesta se expresó, al igual que en otras regiones del país, en paros generalizados de varios días, los cuales bloqueaban todo tipo de actividad, especialmente el transporte de carga y de pasajeros, a veces con acciones físicas contra las edificaciones de las alcaldías y otras entidades públicas, locales, departamentales y nacionales. En todos los casos el asunto fue siempre el mejoramiento y ampliación de la prestación de servicios públicos, la solución con lotes urbanizables y la demanda para que las empresas pararan el uso de productos contaminantes y todo tipo de procedimientos que afectaban la calidad de vida de los campesinos, asalariados rurales y residentes urbanos (De Roux, op. cit.).

La demanda por tierras urbanas llegó a enfrentar la población urbana pobre asalariada en Puerto Tejada con los ingenios azucareros, ya que ellos copaban (y copan hasta hoy en día) con sus cultivos los límites reducidos del poblado urbano, impidiendo cualquier expansión del mismo. De ahí que, en la década de los 80, fueron múltiples las acciones, de hecho y jurídicas, implementadas por la población nortecaucana y sus dirigentes cívicos, para reivindicar la entrega de terrenos al lado del perímetro urbano, en manos de terratenientes e ingenios azucareros y resolver el problema del hacinamiento urbano. La estrategia desarrollada por los pobladores de la comarca fue demostrar la previa expropiación violenta e ilegal de tierras de campesinos negros por parte de los ingenios y dueños de plantaciones durante los años 50 y 60, al igual que la enajenación de propiedades públicas (ejidos) en favor de particulares, realizadas por la administración municipal, que era a su vez controlada por los grandes propietarios de tierras y los ingenios azucareros (De Roux, op. cit.). Las acciones emprendidas por los pobladores condujeron, entre otros hechos, a que el 21 de marzo de 1981, cerca de 1.500 familias invadieran un lote en la cabecera municipal de

15. En el norte del Cauca estos movimientos sociales generalmente fueron liderados por hombres y mujeres con escolaridad alta (secundaria y universitaria), profesionales universitarios, a la vez que asesores nacionales e internacionales con vínculos a organizaciones no gubernamentales y entidades académicas de prestigio. Se dio así una combinación de liderazgo nuevo de gente negra de la región con intelectuales blancos del exterior que jugaron un papel orientador de las luchas sociales.

Puerto Tejada de propiedad del ingenio La Cabaña¹⁶, y resistieron los intentos de desalojo de la fuerza pública.

Otra toma de hecho de características similares, en este caso de un predio rural, fue realizada hacia mediados de la década del 80 por 95 familias de gente negra, campesinos, asalariados y residentes urbanos, quienes en asocio con comunidades indígenas Páez invadieron la hacienda El Pílamo, en la vereda de Guachené, zona rural del municipio de Caloto, con el ánimo de recuperar tierras agrícolas para la producción campesina. Este proceso de movilización de campesinos y otros sectores de población negra se lleva a cabo cuando aún se encontraban en pleno apogeo los movimientos cívicos y las luchas campesinas lideradas por la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc), en diferentes regiones del país, pero en el caso del Cauca, el Cric (Confederación Regional Indígena del Cauca, de hegemonía Páez) era la organización que lideraba la recuperación de tierras. Por esta razón fue una acción de pobladores rurales y urbanos negros en alianza con campesinos indígenas Páez, que a través de esta toma inician un “proceso de recuperación de territorios” (Urrea y Hurtado, 2002).

La hacienda fue negociada por el Incora¹⁷ con los propietarios y cedida en condición de préstamo fiduciario a los ocupantes, mediante la Ley 135 de 1961, y luego fue adjudicada en la modalidad de propiedad mixta, una comunal y la otra parcelaria, la primera a los indígenas y la segunda a los negros. Llama la atención, aún para esa época, que esta hacienda haya entrado en la reforma agraria colombiana, debido a que la política del Estado desde los años 60 era muy restrictiva a latifundios improductivos, evitando por todos los medios que se comprometiesen las explotaciones agroindustriales y las tierras de alta calidad, como las del valle geográfico del río Cauca. Sin embargo, la fuerte presión de la alianza indígena-negra y el hecho de que se trataba de una hacienda en crisis de administración, facilitó la intervención del Incora.

16. Con la caída de los precios del azúcar hacia comienzos de la década del 80, lo que a la vez incidió en una caída de los precios de la tierra cultivada en caña, los moradores de Puerto Tejada lograron mejores condiciones de negociación con los propietarios que colindaban sus tierras con las del perímetro urbano. Por supuesto, dicha negociación se apoyó en un movimiento de ocupación de tierras agroindustriales, bajo la consigna de expropiación popular, espontánea e ilegal promovida por los destechados (De Roux, 1991; Mosquera, 1991).

17. La Ley 135 o Ley de Reforma Agraria, sancionada en el año de 1961, crea el Instituto Colombiana de Reforma Agraria (Incora), que tiene como objetivo principal llevar a cabo procedimientos de expropiación y compra de tierras, administrar las tierras baldías, adjudicar terrenos, conformar reservas y parques naturales y adelantar procesos de colonización. Campesinos de diversa condición socio-racial (blancos, negros, indígenas y mestizos) eran los sujetos a los cuales el Incora tenía como propósito adjudicarles pequeñas parcelas dedicadas a la explotación agrícola, sin que existiese todavía una orientación étnica. Sólo en el caso de los indígenas había disposiciones en la conformación de tierras de resguardos.

Los pobladores que participan en la toma de la hacienda en ese momento se constituyen a nombre de la Organización Comunitaria de Sociedades Negras de El Pílamó¹⁸. Se trataba de una organización compuesta por activistas de todo tipo que aún no tenía un claro discurso étnico. A pesar de ello, se comenzaron a introducir declaraciones contra la discriminación racial y había continuas alusiones a la condición de los pobladores negros del norte del Cauca. La principal reivindicación era la titulación de predios agrícolas, bajo la sustentación que en el caso de la hacienda El Pílamó, como otras en la región, eran terrenos que durante la Colonia habían sido explotados por mano de obra esclava, y que hacia mediados del siglo XIX y principios del XX, campesinos libres, en condición de manumisos y libertos, se asentaron en las tierras de sus antiguos propietarios para ejercer y presionar de hecho, dominio sobre pequeñas parcelas agrícolas, en condiciones de terrazgueros, aparceros, arrendatarios y colonos (Zuluaga, 1997). En su momento, para el caso de esta hacienda, campesinos negros libres igualmente se enfrentaron a los dueños por la posesión de predios dispuestos para la conformación de pequeñas parcelas agrícolas en los linderos de la hacienda. Con la decadencia de la economía de hacienda esclavista, El Pílamó fue prácticamente abandonada por sus propietarios y dedicada al pastoreo de ganado vacuno; lo que precisamente favorece la toma de hecho de los terrenos de la hacienda, 3.000 hectáreas improductivas de las mejores tierras agrícolas de la región del sur del valle geográfico del río Cauca.

El resultado de estas movilizaciones en el norte del Cauca durante los años 80 fue una dinámica de relativo fortalecimiento de la sociedad civil, en cuanto colectivo de organizaciones de corte popular y la ampliación de la democracia social. Ya en 1984, con el surgimiento y desarrollo de diferentes organizaciones populares, se da paso a la conformación de la Red de Organizaciones de Base, compuesta por grupos y asociaciones de toda la región, cuyo objetivo era coordinar bajo una sola estructura el trabajo que se venía realizando en los diferentes espacios, a fin de presionar, aun más, el logro de reivindicaciones comunes a los moradores de la comarca: servicios públicos, educación, salud, titulación de tierras, derechos ambientales, créditos, etc. La orientación de la red permitió la solidaridad intra-regional y grupal en la zona, y garantizó algún nivel de autoterminación de las organizaciones de base en sus respectivas localidades, veredales y municipales.

En algunas ocasiones, las organizaciones cívicas populares pretendieron convertirse en alternativa política partidista, postulando a sus líderes a la contienda electoral o llegando a participar en el quehacer político regional, mediante coali-

18. Como veremos más adelante, a medida que aparece ya una reivindicación "étnico-territorial", le cambian de nombre: actualmente se denomina Palenque El Pílamó.

ciones con sectores políticos tradicionales. En otros casos, varias organizaciones desaparecieron porque su lucha fue de carácter circunstancial o porque fueron asimilados por algún sector de los partidos tradicionales, liberal o conservador, apaciguando la movilización popular en la comarca.

De acuerdo con los antecedentes expuestos, las dinámicas de movilización social emprendidas por los pobladores negros en el norte del Cauca hasta finales de los años 80, se orientaban en la defensa de derechos sociales de amplio sentido reformista, como la propiedad sobre sus parcelas, la búsqueda de ascenso e inclusión social y la reivindicación de derechos civiles, socioeconómicos y políticos, ligados al libre ejercicio de la ciudadanía activa, ya sea como campesinos, líderes políticos, militantes sindicales o como miembros de diversos sectores sociales. No obstante el hecho que este movimiento era en su gran mayoría de pobladores negros, las manifestaciones en contra de la exclusión por condiciones raciales, si bien se hicieron presentes, no llegaron a constituir el eje central de la lucha.

2. La nueva movilización étnico-territorial en el norte del Cauca

Como lo colocan Deere y León (2000: 283-285), la irrupción del neoliberalismo en América Latina durante la década del 90 se apoya, en su vertiente política, sobre una serie de reformas jurídicas y constitucionales en las cuales los protagonistas más destacados son las mujeres y los grupos étnicos amerindios y negros. En Colombia, con la nueva Constitución, entrarán las poblaciones negras a ser sujetos de políticas públicas en la perspectiva anglosajona del multiculturalismo y de la “discriminación positiva” (Gros, 1997b:17), pero en condiciones diferentes respecto a las poblaciones indígenas, a pesar de su encuadramiento “étnico”.

Cuando el gobierno de César Gaviria da vía libre a la Asamblea Nacional Constituyente, el cuadro que presenta el movimiento afrocolombiano es el de pequeñas organizaciones de personas negras, muchas ellas profesionales y estudiantes de secundaria, localizadas en centros urbanos y grandes ciudades, que desempeñan actividades de divulgación de la presencia histórica de la población negra en Colombia y que promueven un movimiento social pro-defensa de los derechos civiles, inspirado en el movimiento afro-norteamericano y las luchas independentistas postcoloniales de los países africanos. Estos grupos, cuyo surgimiento se registra entre 1970 y 1980¹⁹, formaron la primera plataforma ideológica con base en la cual se fundan las organizaciones étnicas en el norte del Cauca.

19. Las primeras organizaciones que se formaron con el objeto de defender los derechos civiles y culturales de la gente negra fueron el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Negra,

- ***Articulación del norte del Cauca a los movimientos afrocolombianos***

Es necesario recordar que ya en los años ochenta se inicia la conformación de organizaciones campesinas negras en otras regiones del país que reivindican su derecho al territorio. El ejemplo más importante es el movimiento de la Asociación Campesina Integral del Atrato, Acia, la cual desde Quibdó y a lo largo de la región media del Atrato, en oposición al avance de la explotación forestal, inicia un proceso de movilización porque el Estado le garantice sus derechos territoriales en las áreas definidas en ese momento como “bosques comunales”. Este proceso pronto se extenderá hacia otras regiones del Chocó, donde igualmente la población rural se moviliza en procura de defender su aspiración territorial, de tal forma que para el año de 1991 la experiencia de Acia se convierte en el modelo del reconocimiento territorial manifiesto en el Artículo Transitorio 55 de la nueva Constitución (Villa, 1998).

El proceso de reforma constitucional da el impulso necesario para que en zonas rurales y centros urbanos un nuevo movimiento negro, apoyado en experiencias como la de Acia en el Chocó, tomara una dinámica organizativa a escala nacional, a la cual se suman las organizaciones nortecaucanas. Entre 1991 y 1993, este proceso orgánico se hizo más intenso y complejo, con la movilización de líderes afrocolombianos y voceros de los intereses de la población negra, para que el Artículo Transitorio 55 (AT. 55), sancionado por la Constituyente, se ratificara como ley de la nación, a través de la Ley 70 o “Ley de Comunidades Negras”. Pero como veremos a continuación, si bien en el caso de los poblados nortecaucanos la Ley 70 no les permite incluir territorios, las organizaciones afrocolombianas locales y externas van a desarrollar interpretaciones diversas, mediante las cuales buscan hacer extensiva a la región la nueva legislación.

Como se anotó antes, las diferentes movilizaciones y luchas sociales que se desarrollaron en la comarca del norte del Cauca en el período de las protestas populares de los años 80, favorecieron el surgimiento de líderes cívicos y comunitarios. Luego, ya desde finales de los años 80, y a lo largo de los 90, la mayor parte de ellos conforman nuevas agrupaciones o se incorporan a las filas de las organizaciones étnicas nacionales como el Proceso de Comunidades Negras (Pcn). En el ámbito local, Santander de Quilichao, Villarrica y Caloto son municipios alrededor de los cuales se activa la movilización étnica, mientras que Puerto Tejada se convierte en el epicentro principal, pues convergen en él las diversas manifestaciones organizativas de toda la comarca. El predominio en el liderazgo negro de Puerto Tejada no se debe sólo a su historia como municipio del norte

Cidcun, (fundado en 1975) y el círculo de estudios Soweto (fundado en el año de 1976), que se convirtió en 1982 en el movimiento Cimarrón (Wade, 1993; Hurtado, 2001).

del Cauca con mayor tradición política del partido liberal, sino también a su ubicación geográfica, como puerta de entrada y salida desde los poblados nortecaucanos al área metropolitana de la ciudad de Cali.

En la región, la primera organización étnica que se fundó fue el Movimiento Investigativo Histórico Cultural Sinecio Mina, en el año de 1989. Varios de sus fundadores venían trabajando en otras organizaciones como Cimarrón, en la temática de la discriminación racial y la marginalidad socioeconómica y política en la que se encuentra la población afrocolombiana. Otras organizaciones como la Asociación Cultural Casa del Niño y la Red de Organizaciones Campesinas Veredas Unidas, que se habían conformado en los años 80 bajo la bandera de los movimientos cívicos y de las luchas campesinas, asumen a partir de 1991 la lucha étnica, y en asocio con otras agrupaciones de la comarca y la organización Sinecio Mina, se vinculan a las mesas de trabajo en torno a las cuales se desarrolla la discusión del Artículo Transitorio 55, con el ánimo de argumentar cada uno de los apartados del proyecto de ley e incluir en la propuesta al norte del Cauca como una zona especial de asentamiento de “comunidades negras”. En este sentido, puede decirse que en esta región en paralelo a la región Pacífica, desde inicios de los 90 aparece la noción de “comunidad negra” en los discursos de los líderes negros locales.

Durante dos años (1991-1993), el quehacer de las organizaciones en el norte del Cauca fue de apoyo al proceso que se desarrollaba en Bogotá, enfocando su interés en los temas relacionados con la titulación de territorios, los fenómenos ambientales, la etnoeducación, la participación política y el plan de desempeño económico que el Estado y los particulares bosquejaban para las zonas de poblamiento negro y sus residentes. Todo ello con la esperanza de que la comarca nortecaucana fuera incluida en la Ley 70 como “territorio de comunidades negras” y bajo la modalidad que se aceptase un distrito urbano-rural que, al igual de la costa Pacífica, posee una alta concentración de población negra. La argumentación se apoyaba en la necesidad de incluir la comarca como espacio de titulación colectiva y de protección del medio ambiente; es decir, las mismas garantías y acceso a los recursos que la nación habría de destinar para las poblaciones rurales de la costa Pacífica²⁰.

Entre los derechos colectivos otorgados por la Ley 70 se destacan principalmente dos tipos: a) el de acceso a derechos territoriales; y b) los de derechos de autodeterminación y de autogobierno, equiparables a los que han obtenido las

20. En opinión del liderazgo negro nortecaucano, en su área rural la comarca posee territorios con características “ancestrales” similares a las exigidas por la Ley 70 para la costa Pacífica y, por lo tanto, con la misma legitimidad para acceder a la titulación colectiva.

poblaciones indígenas y alrededor de los cuales las organizaciones que se integran al discurso étnico-territorial concentran sus esfuerzos. Por supuesto, con el segundo tipo de derechos, en el caso de los indígenas, se reafirma el reconocimiento como “pueblo”, “nación” o “comunidad histórica ancestral”, que ocupan una “tierra ancestral” y comparten una historia y un lenguaje particular²¹. En este conjunto de prerrogativas los derechos territoriales, ligados a los de autogobierno, se constituyen en el eje central del nuevo proceso de los liderazgos negros (intelectualidad negra) para las áreas rurales del norte del Cauca. Según sus reivindicaciones, esos derechos son los que garantizarían la institucionalización de sus “identidades étnicas”. Por lo mismo hoy en día, para algunos sectores de las poblaciones rurales del norte del Cauca, la Ley 70 es vista fundamentalmente como una ley de reforma agraria que beneficia a las comunidades negras con el propósito de otorgarles título de propiedad sobre los espacios territoriales que ocupan. Es el caso de los actuales pobladores negros de El Pílamó²². En esta dirección, el liderazgo negro defiende que la titulación “étnico-territorial” por Ley 70 no tiene por qué limitarse única y exclusivamente a las poblaciones rurales del Pacífico y que la Ley, interpretada en un sentido más amplio, puede aplicarse en áreas territoriales no consideradas inicialmente²³. En esta dirección diversos materiales educativos y políticos llegan a circular en la intelectualidad negra de la región, en el cuadro también de los esfuerzos de nuevos grupos que emergen en Cali con el interés de hacer un esfuerzo pedagógico sobre la historia de las poblaciones negras en el país, sin que por ello pueda considerarse la existencia de un plan organizado o de alianzas específicas entre organizaciones afrocolombianas en el área metropolitana²⁴. Igualmente las publicaciones de las instituciones públicas van seguramente a alimentar los proyectos étnico-territoriales del movimiento social negro de la comarca (ver las ilustraciones 1-5 en este capítulo: cubiertas de publicaciones educativas y políticas que han tenido acogida en la región).

21. Este requisito no se cumple con la población afrocolombiana, al igual pasa con muchos pueblos indígenas que habrían perdido su lengua de origen, pero que se les reconoce su carácter de “nación”.

22. Esta interpretación no la acepta el Incora, ya que como veremos adelante los pobladores negros de El Pílamó son considerados por esta entidad exclusivamente como campesinos, a diferencia de los indígenas.

23. Esto ocurrió con las áreas de manglar en el litoral Pacífico, que inicialmente se encontraban por fuera de los áreas titulables por las comunidades rurales y costeras. La permanente presión ejercida por las gentes que dependían del manglar y las organizaciones afrocolombianas en el Pacífico, llevó a que el Estado permitiera que los pobladores titularan terrenos cenagosos en la zona de manglar.

24. Como se advierte en este mismo capítulo, Puerto Tejada y otros municipios de la zona plana del norte del Cauca, pertenecen a la gran región metropolitana de Cali.

- ***La recuperación de predios agrícolas en la comarca nortecaucana y la invención de territorios étnicos de “comunidades negras”***

“Sin duda es uno de los procesos que tiene mayor particularidad al interior del proceso, yo diría que al interior de las comunidades negras, porque El Pílamos, en primera instancia, una experiencia conjunta, interétnica entre comunidades negras e indígenas...” (Alfonso Cassiani, miembro de la coordinación nacional del PCN²⁵).

El movimiento agrario en El Pílamos, como antes se anotó, fue en sus inicios una alianza de campesinos indígenas Páez con pobladores negros semi-rurales, entre campesinos y asalariados, algunos en actividades más urbanas, estudiantes de secundaria y universitarios²⁶. La movilización conjunta tuvo como objetivo una “recuperación de tierras por vías de hecho” y presionar así al Incora la entrega de aproximadamente 3.000 hectáreas pertenecientes a propietarios particulares. La estrategia de las organizaciones, que ya existían en la región durante los años 80 y que impulsaron la ocupación de la hacienda El Pílamos, fue combinar la reivindicación agraria con la étnica, sobre todo en el caso de los indígenas Páez porque sus reivindicaciones se encontraban respaldadas en la legislación indígena existente, a través de las instituciones del resguardo y cabildo²⁷. Luego, a partir de la Constitución de 1991, la legislación indígena fue sustancialmente ampliada.

25. Hombre negro, historiador, 33 años, nacido en Palenque de San Basilio (Departamento de Bolívar). Reside en Cali y regularmente visita El Pílamos.

26. Se trata de una población socialmente heterogénea entre los pobladores negros, en términos educativos y patrimoniales, pero con experiencia y características de pobladores urbanos (Hurtado, 2001: 101-110), a diferencia de las poblaciones campesinas en el Pacífico, más rurales que urbanas. Es interesante que la mayor parte de los miembros de esta organización ya habían tenido una trayectoria de participación en anteriores modalidades organizativas durante los años setenta y ochenta: comités cívicos, liderazgos generados por programas de desarrollo social a través de intelectuales académicos (sociólogos, antropólogos), al igual que ingenieros y tecnólogos. La más famosa fue Emcodes (Empresa de Cooperación para el Desarrollo), que operaba como una organización no gubernamental con financiación internacional y dirección de profesores de la Universidad del Valle, con una enorme influencia en la región (Hurtado, op. cit.).

27. Hacia finales del siglo XIX, como corolario de la Constitución de 1886 durante la Regeneración y la enorme influencia de la Iglesia, se expide la legislación especializada para la población indígena, Ley 96 de 1890, que recupera una serie de figuras de la legislación colonial, principalmente el resguardo y el cabildo (Ruiz, 2000). El reconocimiento de la autonomía indígena en Colombia tiene así su precedente en la legislación sobre “resguardos indígenas” del siglo pasado, que establece la titulación en propiedad colectiva de los territorios indígenas. En realidad, esta legislación no entró en vigor sino hasta el decenio de los sesenta en el siglo XX, con las reformas agrarias por las que lucharon los movimientos campesinos indígenas. Hasta fines del decenio de los ochenta, la lucha campesina indígena logró la titulación de 417 territorios bajo la figura de resguardo. A principios de 1991, el gobierno firmó el Convenio 169 de la OIT sobre autonomía indígena, cuyos postulados fueron incorporados en julio de ese año a la nueva Constitución (Ruiz, op. cit.).

La alianza entre indígenas y negros en las primeras ocupaciones de la hacienda no estuvo exenta de altercados y enfrentamientos con los terratenientes y las Fuerzas Armadas y como parte de ello apareció la crisis de la alianza. El primer resultado fue la muerte de cuatro activistas indígenas, lo que sirvió como florero para la disolución de la unidad entre negros e indígenas. Según una representante de la organización Proceso de Comunidades Negras (Pcn)²⁸, que hoy en día lidera a las familias campesinas negras en El Pílamó, “ellos (los indígenas) habían puesto los muertos y los negros no”.

Como a continuación manifiesta Alfonso Cassiani, los conflictos entre negros e indígenas desde un comienzo estuvieron presentes y hay dos dinámicas distintas trazadas por los dos grupos de ocupantes que no se concilian fácilmente.

“Realmente fue una lucha conjunta que dieron los dos sectores; es decir, llegó un momento en donde campesinos negros e indígenas se encontraron peleando en esos territorios. Cuando llegan a la instancia del gobierno o a las instancias correspondientes del Estado se presenta una sola propuesta..... Por las vías de hecho se meten en la hacienda tanto negros como indígenas. Cuando uno habla con los señores que participaron en esas tomas, ellos son claros en afirmar que era una circunstancia coyuntural el hacerlo conjuntamente con los indígenas, porque había un interés concreto, de manera que se ponían de acuerdo para todo, hacer la olla comunitaria conjunta, trabajarla conjuntamente, asistir en conjunto, pero, en conjunto significaba liderazgo de ambas partes, es decir, no hay una fusión de intereses, que una delegación indígena hablara por los otros, una delegación de campesinos, hablara por los campesinos negros, ¡no! Ellos iban conjuntamente. Para señalar que, cuando se logra que El Pílamó sea entregado a las comunidades, simplemente cada quien siguió por su lado... ésta es su parte, ésta es la mía y continuaron, pero no hubo una fusión como tal.... Uno percibe toda una serie de confrontaciones que habían al interior del movimiento que organizó la toma de El Pílamó. Habían choques, habían peleas, ellos (los campesinos negros) permanentemente hacían alusión a ello, a las diferencias de costumbres, incluso con la comida, la posibilidad de hacer una o esta comida, el sabor de uno o del otro, eso era complicadísimo, pero afortunadamente el interés principal de lograr que se entregue la hacienda estuvo por encima de esa cantidad de contradicciones, de riñas cotidianas. Una vez que se consiguió la hacienda, cada quien, listo, ustedes sigan con lo suyo por su lado y nosotros por el nuestro, por nuestro lado”.

28. Julia Cogollo, mujer mestiza que se identifica a sí misma negra, 28 años, formación universitaria, nacida en Cartagena, dirigente del Pcn a nivel nacional y quien lleva viviendo en Cali hace más de cinco años. Periódicamente visita El Pílamó.

Los campesinos y asalariados negros obtuvieron en el año de 1992 el título de propiedad sobre 950 hectáreas, que fue oficializado en 1996 por el Incora, mientras que la población de indígenas Páez obtuvo 1.100 hectáreas aproximadamente. Hoy en día conviven bajo relaciones de vecindario y como “comunidades” que se consideran étnicas, la una como “comunidad negra”, a partir de la aplicación simbólica de la Ley 70 con el consejo comunitario de El Pílamó, y la otra en condición de Entidad Territorial Indígena (Eti²⁹), legalmente constituida.

Es necesario advertir que, a diferencia de la Eti Páez, ante la Ley no es reconocido el consejo comunitario negro de El Pílamó, porque para el Incora no es aplicable en el norte del Cauca la existencia de “comunidades negras”. Esto sociológicamente coloca a los dos grupos étnico-raciales en una condición desigual, a pesar de que ambos reclaman derechos étnicos-territoriales. De acuerdo con la ley, los indígenas, luego de cinco años de ocupación, pueden solicitar ante el Incora la conformación de un resguardo y constituir una Eti. Mientras que las poblaciones negras no pueden optar por este tipo de conquista territorial, incluso en las áreas de Ley 70, porque el estatus de “comunidad negra” no es reconocido en cuanto “pueblo”, como sí lo es en el caso indígena. Esta condición desigual es claramente señalada por Julia Cogollo:

“Los indígenas están constituidos como entes territoriales, en su estructura ellos tienen alcalde, gobernador, toda esa estructura política administrativa del Estado (...). Ellos no ceden territorios, por el contrario, ellos cada día corren la cerca más, la ambición por el territorio de ellos no tiene límites, ellos cada día se van corriendo la cerca y como la Ley los respalda, porque cuando ellos tienen más de 5 años ocupando un territorio ya es de ellos, entonces ellos en ese sentido se sienten con mayor autoridad”.

En este contexto, el Pcn tiene como objetivo impulsar la extensión de la Ley 70 a esta región del país, además de la adquisición de incentivos financieros para el desarrollo de programas de producción agrícola, educación y vivienda rural, etc. (Hurtado 2001: 104-115). Este objetivo apunta a la titulación de grandes extensiones de unas de las mejores tierras del país, a sectores del campesinado negro que aún se mantienen en la región, asalariados agrícolas y otros sectores ya urbanos, pero cuyas familias fueron campesinas hacía una o dos generaciones

29. A partir de los cambios constitucionales de 1991, cuando las poblaciones indígenas y negras se convierten en sujetos de derechos territoriales, el Estado reglamenta legislaciones especiales para estas poblaciones y la Ley 135 es reestructurada a partir de la formulación de la Ley 160 de 1993. Las leyes 160 de 1993, 52 de 1994, y la 338 de 1997 reglamentan los artículos 286, 287 y 357 de la Constitución de 1991, con lo cual los resguardos indígenas se constituyen en Eti y pasan a ser parte de la división político-administrativa de la nación (Ruiz, 2001), mientras que las tierras rurales de la costa Pacífica, susceptibles de titulación colectiva, se convierten en “Territorios de Comunidades Negras”, sin adquirir la categoría de entidades político administrativas.

atrás; tierras que las perdieron o vendieron a manos de grandes propietarios azucareros. En segundo lugar, para esta organización se trata de reivindicar la legitimación jurídica de territorios “ancestrales”, como región anteriormente conformada por pueblos negros. Por otro lado, la Ley 70 tiene la ventaja de establecer que los terrenos adjudicados pertenecen a la “comunidad negra” y como tales son de carácter inextinguible, inalienable e inembargable.

De todos modos, los límites de esta estrategia son comprendidos por la dirigencia negra. Como El Pílamó es una hacienda ubicada en el valle geográfico del río Cauca, se trata de una zona por fuera de la región Pacífica y como tal, los títulos de propiedad comunal sólo pueden obtenerse a través de la legislación agraria de los años 60 y 70. Esta legislación atañe sólo a la población rural sin tomar en consideración el carácter étnico de ella, ya que corresponde al modelo clásico de redistribución de la tierra mediante reforma agraria. Pero el otro factor que establece una dificultad es su inclusión en una zona de expansión industrial y urbana, con una clara hegemonía de las plantaciones azucareras.

“Es una experiencia en medio de unas zonas que tienen gran influencia urbana, por la cercanía a Cali y por la influencia que ejerce Cali y la Ley Páez. (...) El Pílamó es zona de Ley Páez, se siente en sus alrededores. (...) (Igualmente) estamos hablando de líderes de organizaciones que inicialmente fueron organizaciones campesinas, compuestas por activistas de todo tipo. No era una experiencia étnica, no era una experiencia de comunidades negras; inicialmente era una recuperación de tierra desde la perspectiva campesina, en un territorio de comunidades negras, y El Pílamó en la zona Andina es una experiencia de punta, frente a las posibilidades de recuperar tierras, de recuperar territorios desde la perspectiva étnica y poder aspirar a desarrollar el consejo comunitario por Ley 70” (Alfonso Cassiani).

Algunos de los líderes campesinos que realizaron la toma de la hacienda paulatinamente se han adherido al movimiento étnico negro y con otros de origen más urbano han aplicado simbólicamente en el asentamiento el modelo de consejos comunitarios, como lo contempla la Ley 70; si bien, adaptándolo a las condiciones específicas de la región, a las características del movimiento y a la forma como se ha dado la recuperación y posesión de predios en el norte del Cauca. El modelo general que ellos tienen es el seguido por las diferentes organizaciones rurales de la costa Pacífica: la titulación de tierras y la construcción de espacios de participación política y económica ante el Estado y los particulares, de acuerdo con las particularidades de cada zona. De esta manera, proyectan territorios étnicos apoyados en un referente cercano al de resguardo indígena y a una Eti. Por ello, las familias campesinas negras y sus asesores políticos y legales solicitan ante el gobierno, vía el Incora, la titulación de los terrenos que ocupan a

través de la transferencia de una legislación agraria por otra étnico-territorial, es decir, que la hacienda El Pílamó, que fue entregada a las comunidades a través de Ley 135 o de Reforma Agraria, pase a ser adjudicada por Ley 70. De una recuperación de predios agrícolas en la década del 80, en una región de expansión capitalista, se pasa así a una construcción de un territorio étnico.

“Nosotros aspiramos a que el Estado haga directamente las transferencias (de recursos económicos) a los consejos comunitarios, para que ellos administren el dinero. Por otro lado, aspiramos constituirnos como pueblo y no como una comunidad, y que sea la misma población quien ejerza la autonomía y la autoridad dentro del territorio, tener la guardia del territorio, tener toda la parte que tiene que ver con lo jurídico y promulgar leyes conforme a las prácticas tradicionales de la comunidad” (Julia Cogollo).

La respuesta del Estado a través del Incora ha sido clara al rechazar que la hacienda forme parte de los territorios de comunidades negras, y por lo mismo, esta entidad pública no puede aceptar la autoridad del consejo comunitario como mediador entre los campesinos y otros sectores sociales, políticos y económicos, de acuerdo con lo que dispone la Ley 70. La razón es muy poderosa, no solamente es un territorio por fuera de la jurisdicción de dicha Ley sino que al aceptar las demandas podría generar una bola de nieve de movilizaciones que se extenderían en toda la región del norte del Cauca y sur del Valle, donde se encuentran algunas de las mejores tierras del país con cultivos agroindustriales, afectando los intereses del gran capital.

A diferencia de la costa Pacífica, donde un grupo de personas son elegidas por la población para que los represente, el consejo comunitario en El Pílamó, que aún carece de reconocimiento legal, agrupa a las noventa y cinco familias que realizaron la toma. También, hay que volver a recordar que aquí el consejo comunitario no se formó para lograr la titulación de terrenos, como en el Pacífico, ya que el consejo se constituye con posterioridad a la entrega de los terrenos por parte del Incora a los ocupantes. En la región Pacífica el territorio titulado es de toda la comunidad, los campesinos lo aprovechan indistintamente, las viviendas están dentro del área titulada y se reivindican unas prácticas tradicionales de producción, utilización, administración y conservación de los recursos. En el caso de El Pílamó lo anterior no es posible, primero, porque el territorio es de menor extensión y el modelo de parcelaciones alinderadas no lo permite, pero ante todo porque en este caso ya no son campesinos en el sentido sociológico de familias cuya economía doméstica depende de la producción agropecuaria, con residencia en un espacio rural. De hecho, las familias de la gente negra en El Pílamó son bastante urbanas, con mayores niveles educativos que los de las

familias indígenas, ocupaciones e ingresos urbanos de una buena parte de sus miembros y sus principales residencias son urbanas.

Por supuesto, estos aspectos sociológicos, comunes en muchos aspectos a la mayor parte de la gente negra de las ciudades colombianas, los hace diferentes a los campesinos indígenas Páez y a los campesinos negros de las zonas rurales de la costa Pacífica. Se trata de familias que residen en el casco urbano, que aún poseen pequeños predios rurales productivos en los municipios de Caloto, Santander de Quilichao, Puerto Tejada y Villarrica, pero que los ingresos que perciben de ellos quizás ya sean menores a los que obtienen en sus actividades urbanas. Son familias que adicionalmente a su doble residencia, a diferencia de las poblaciones rurales de la costa Pacífica y de las poblaciones indígenas de la zona, sostienen una relación de circulación constante entre el campo, el poblado y, centro urbano. Un ejemplo son los empleos de mujeres negras en la galería de la ciudad de Puerto Tejada en ventas de pescado seco y “revuelto” (ver fotos 1 y 2). Estas mujeres nortecaucanas, de familias de procedencia campesina años atrás, ya llevan más de 20 años en actividades urbanas. Al tratarse de una región que en su conjunto forma parte del área metropolitana de Cali, sus habitantes se desplazan cotidianamente entre Puerto Tejada u otros municipios nortecaucanos y Cali, a realizar actividades laborales, educativas, de consumos básicos, culturales y sociales.

- ***La industrialización por Ley Páez en conflicto con el proyecto étnico territorial***

El proceso de modernización vía una urbanización acelerada, por el que atraviesan las poblaciones del norte del Cauca, se intensificó en los últimos años con la introducción de la Ley Páez en 1996³⁰. A través de esta Ley se produce una rápida instalación de factorías manufactureras, buena parte de ellas en parques industriales, que se construyen aceleradamente con el ánimo de aprovechar los incentivos tributarios que los eximen por un período de años del pago de impuestos a los empresarios que instalaran sus empresas e invirtieran capital financiero en la zona, con el compromiso de capacitar y contratar mano de obra local,

30. Ley de la República, expedida en 1995 a raíz del terremoto que afectó la zona Andina del Departamento del Cauca, especialmente con asentamientos indígenas Páez, de corte completamente pro empresarial, que otorga una generosa exención tributaria a las empresas manufactureras y de distribución y servicios especializados que se instalen en los Departamentos del Cauca y Huila. En realidad, más del 95% de la nueva producción se instala desde la expedición de la Ley en cuatro municipios del norte del Cauca (Caloto, Puerto Tejada, Villarrica y Santander de Quilichao), todos a menos de 30 minutos de la ciudad de Cali. Los cuatro forman parte del área metropolitana de esta ciudad.

aspecto que no se cumple. La estrategia de los empresarios ha sido la de contratar mano de obra externa en Cali y otras ciudades, propiciar en algunos casos que los trabajadores vinculados a las empresas desplacen su residencia a la zona de influencia, aprovechando la cercanía a la ciudad de Cali. Este fenómeno ha despertado el recelo de las organizaciones nortecaucanas, particularmente las asociadas al Pcn y otras organizaciones independientes³¹, pero también a las indígenas Páez. Mediante esta Ley las nuevas factorías industriales han inaugurado un nuevo modelo de industrialización soportado en plantas articuladas a los mercados de exportación y en la maquila.

Los principales beneficiarios de este modelo de producción son los inversionistas, mientras que los municipios y los pobladores no han ganado mucho, entre otras cosas, debido a las exenciones tributarias concedidas a las empresas, que despojan a los municipios de ingresos para inversiones básicas en educación, salud y vivienda social. Por el contrario, aparentemente los efectos adversos debido a contaminación industrial han aumentado y la generación de empleo, con mano de obra de la localidad, además de ser reducida se concentra en empleos de bajo perfil, obreros no calificados o personal dedicado a labores de vigilancia y aseo.

Según los dirigentes del Pcn, este impulso dado a la industrialización de la región estaría desestabilizando a las familias campesinas negras, agudizando aún más los efectos de la agroindustria azucarera, la cual en los últimos 40 años generó una proletarización en la zona plana de esa región. Por consiguiente, esta agrupación, percibe con preocupación la expansión de los nuevos empleos urbanos y lo que se propaga tras ellos, los cambios en los consumos culturales de la población, que se hacen cada vez más y más urbanos. A guisa de ejemplo, algunas de las prácticas culturales en la población joven son similares a las de los barrios populares de Cali, con fuerte influencia del *rap* y otras formas de la cultura *hip hop* (ver al respecto las fotos 3-6 del grupo *Black Angel's* de Puerto Tejada y, sobre Cali, los capítulos 6 y 10). Paradójicamente esta percepción del Pcn es contraria a las miradas de otros sectores de la población negra local —posiblemente su mayoría—, que demandan al contrario mayor incorporación de mano de obra local a las empresas y la oportunidad de acceder a posiciones laborales de mayor calificación, al igual que la población joven se identifica preferentemente con los consumos culturales urbanos.

31. Por ejemplo, la organización de Puerto Tejada, Sinecio Mina, o el grupo de jóvenes negros universitarios Masai, también de Puerto Tejada (Hurtado, op.cit.). En estos casos hay críticas referidas a que la mayor parte de los nuevos empleos para la gente negra del norte del Cauca son no calificados o semi-calificados. Sostienen que para los empleos calificados en las nuevas empresas se prefiere personal de la ciudad de Cali, dejando por fuera a la gente negra de la región. En este punto tienen diferencias con los reclamos de la organización del Pcn, para la cual el ideal es centrarse en una lucha étnica-territorial principalmente.

“No es posible desconocer que hay influencia de la región en El Pílamó, el hecho de que existan zonas ganaderas, alquiladas, de que exista la Ley Páez, que haya industrialización, también ejerce peso sobre la mente de la gente. Es decir, estar años bajo el dominio de una industria creciente que te determina lo que se come, lo que no se come e incluso en muchos casos lo que se viste, lo que no se viste, los horarios de los transportes y demás, ha influido en la mentalidad de la gente. Incluso en algunos casos se han planteado la idea, la necesidad de conseguir crédito para implementar el cultivo extensivo de un sólo producto, el monocultivo (de la caña de azúcar o de la piña, cultivo que ha proliferado en los últimos años)” (Julia Cogollo).

Quizás en esta dinámica social opere la memoria colectiva como mecanismo de reinención de tradiciones culturales (Halbwachs, 1997), que no existieron de ese modo en la región, pero que se mantienen idealizadas a partir, no sólo de la remembranza y persistencia de fragmentos de un pasado glorioso como campesinado agrícola próspero, sino también de una materialidad real constituida por la permanencia de un buen número de predios rurales, que todavía subsisten dispersos por la zona; rodeados por grandes extensiones de tierra dedicadas al cultivo de la caña de azúcar; y que se conservan en manos de descendientes de antiguos campesinos negros, así y todo ya no sean tan productivos. Algunos de los propietarios de predios o sus familiares forman parte de la experiencia del “consejo comunitario” de El Pílamó y son simpatizantes del Pcn o de otras organizaciones afrocolombianas de la zona que comulgan y coinciden con el discurso étnico-territorial de esta organización.

En el contexto de un mundo más urbano que rural, la construcción de una identidad étnica se ha venido apoyando en la idealización de un pasado glorioso como campesinos, vivido todavía como cercano. Estamos así en presencia de un movimiento negro étnico (el Pcn) que ha logrado diseñar y poner en marcha un proyecto étnico-territorial a través del experimento en El Pílamó, desde los espacios periféricos rural-urbanos en un área metropolitana, con toda la artificialidad y complejidad que implica esta experiencia: un proyecto microsocioal de recuperación de tradiciones “ancestrales” recreadas para sujetos urbanos, con necesidades de individuos urbanos, enfrascados en un proceso de diferenciación social típico de las grandes aglomeraciones y sus áreas periféricas.

- ***Conflictos inter-étnicos en el acceso a la tierra en el norte del Cauca***

El liderazgo afrocolombiano local considera que entre los argumentos expuestos para que el Estado se oponga al reconocimiento de una reivindicación étni-

co-territorial de los pobladores negros en el norte del Cauca y extender así los alcances de la Ley 70, se soporta en la percepción que tienen diversos grupos de población mestiza local de la gente negra como “inmigrantes” o “colonos”, sin territorio definido, sin lengua propia. Sin embargo, esto ya es manifiesto en la misma concepción que antecede la Ley 70 en el caso de las tierras del Pacífico, en cuanto *“se da a comunidades negras de esta región el estatus oficial de invasores de tierras baldías, a pesar de la ocupación continua, en muchos casos por más de un siglo”* (Wade, 1996: 291). Lo contrario sucede con las comunidades indígenas, que son percibidas como “pueblos aborígenes”, y por lo mismo, comunidades étnicas, propietarias “naturales” de los terrenos donde habitan. Como el mismo Wade lo dice: *“Otra diferencia es la calificación de la población negra de la región (en el Pacífico) de invasora, mientras por otra parte se reconoce a los indígenas derechos originales sobre la tierra”* (op. cit.).

Igualmente, ciertos sectores mestizos, según perciben algunos líderes afrocolombianos del norte del Cauca, podrían creer que las familias negras que obtuvieron una titulación en la hacienda El Pílamó son “invasores” o “usurpadores” de los espacios que ocupan, los cuales serían supuestamente propiedad de particulares, del Estado, o de las comunidades indígenas. Este fenómeno formaría parte de una cierta hostilidad más amplia, la cual no necesariamente estaría restringida a lo que pasa en la región nortecaucana. Ella es compartida por sectores de la población indígena Páez.

“Mucha parte del gobierno y de la sociedad mayor no nos ve como colombianos. Algunos indígenas han manifestado que nosotros tenemos es que irnos para África, ya que parte de los terrenos donde estamos asentados eran de ellos”. Jhanner Valencia, 34 años de edad, nacido en Puerto Tejada y estudiante de sociología en la Universidad del Valle. El comentario de un segundo líder afrocolombiano local de otra organización apunta en la misma dirección, pero en este caso introduce el conflicto con las elites empresariales:

“Estos municipios (nortecaucanos) en su totalidad son de negros. Ni los indios se vuelven un problema para ellos (el entrevistado hace alusión a los empresarios de la Ley Páez establecidos en el norte del Cauca). Estos municipios donde se establecen las empresas de Ley Páez son de negros casi todos. Aunque la Ley es para todo el Departamento, ellos se establecieron fue acá, entonces todos (los empresarios se) encuentran con esa talanquera de la Ley 99 (de 1993) y de la Ley 70. Se aferran (los empresarios) a una parte de la Ley 70, con el cuento de los territorios baldíos (en la medida en que en toda la región no hay terrenos

baldíos). *La gente de los empresarios (la Crc³²) dice que en estas tierras no hay comunidades negras, porque las comunidades negras, reconocidas en la Ley 70, están ocupando territorios baldíos, o sea que sólo hay negros en el Pacífico, en el resto no hay negros*". Línder Chara presidente de la fundación cultural afrocolombiana Masai.

El anterior comentario permite suponer que las reivindicaciones étnico-territoriales negras no son bien vistas por las élites empresariales, mientras que habría una posición neutral o de cierta tolerancia de esas élites con los indígenas³³.

Por otra parte, la investigadora Ng'weno (2000), también ha identificado empíricamente el conflicto interétnico en la región, además del escaso apoyo gubernamental, a través de las continuas quejas manifiestas por los miembros de las organizaciones negras sobre opiniones nada favorables provenientes de los representantes del gobierno nacional, pero sobre todo, por el cruce de ofensas verbales entre los campesinos negros e indígenas Páez, que habitan los municipios nortecaucanos de Suárez y Buenos Aires. Esta situación tiene que ver con las disputas territoriales por la posible ampliación del resguardo indígena Las Delicias hacia los terrenos de explotación agrícola y minera ocupados por pobladores negros. Los indígenas frecuentemente le solicitaban a los campesinos negros que *"regresen al África"*. Según la autora, detrás de esta hostilidad se esconde el interés de expropiar a los pobladores negros de las tierras que explotan libremente desde el derrumbe de las haciendas esclavistas en el siglo XIX, por grupos indígenas, en medio de un desinterés de los representantes del Estado por defender los derechos de la gente negra.

Así, con la reglamentación de las Entidades Territoriales Indígenas (Ley 160 de 1993 que reglamenta la Ley 89 de 1890) y la conformación de los "Territorios de Comunidades Negras" (Ley 70 de 1993), han comenzado a presentarse en la región nortecaucana conflictos entre campesinos o asalariados negros y sectores indígenas, en los que pueden entrar también a terciar, en algún momento, intereses de sectores mestizos y blancos, afectados por una potencial movilización de pobladores negros³⁴. Obviamente, no puede desconocerse que en esta

32. Corporación Autónoma Regional del Cauca, entidad encargada de evaluar el nivel de impacto ambiental de las empresas en la región y de otorgar los permisos ambientales para la implementación de los proyectos empresariales.

33. Lo cual se explica porque la principal presión de tierras de los indígenas es en la zona de montaña en las dos vertientes de la Cordillera Occidental y Central, áreas con poco interés comercial.

34. En términos comparativos con el norte del Cauca, si se quiere tomar como referencia los cambios que han introducido las identidades étnicas en el Pacífico, entre poblaciones que ahora se diferencian étnicamente —generando adhesiones y exclusiones—, ver Hoffmann, 2002b.

región, una parte de las tierras que podrían entrar en disputa potencial están ubicadas en la zona plana y forman parte de terrenos muy fértiles del valle geográfico, en su mayor parte dedicados a la caña; pero al igual, como se dijo antes, ellos están ubicados en la zona más importante de expansión industrial del área metropolitana de Cali.

Algunas consideraciones finales

Los procesos de construcción de identidades étnicas se inician hacia mediados de los años 70, particularmente a través del movimiento indígena caucano (Cric), cuando en el país comenzaban a perder visibilidad los proyectos reformistas de campesinos y de asalariados rurales que en las décadas del 60 y comienzos del 70 eran percibidos y se autopercebían como campesinos y jornaleros sin tierra. Mientras éstos pretendían ser favorecidos con programas de reforma agraria, las organizaciones indígenas en el Cauca incursionaban en los primeros procesos de movilización étnico-territorial. Hacia los años 90 la estrategia étnico-territorial entra a formar parte de diversos sectores del movimiento negro, con una primera cristalización a través de la Ley 70 de 1993. Luego se desarrollan experiencias como las que aquí se describen, por llevar los contenidos y extender los beneficios de dicha Ley a otras zonas del país.

Para llegar a las connotaciones presentes, los movimientos populares de la población negra en el norte del Cauca han variado de acuerdo con los cambios políticos, económicos y las dinámicas sociales de urbanización y modernización por la que ha atravesado la región en los últimos 50 años. El movimiento étnico-territorial negro en el norte del Cauca hoy en día tiene así un contexto histórico de luchas sociales precedentes, aunque las reivindicaciones que comporta tienen un nuevo cariz.

Hasta finales de la década del 80, la protesta social en la zona plana del sur del valle geográfico del río Cauca se caracterizó en algunas situaciones por su carácter localista, municipal e intermunicipal, en otras, por su dinámica clasista y conquistas de necesidades básicas, formando parte de un fenómeno más amplio que se vivía en el país o por lo menos en varias regiones. Sus gestores eran campesinos, militantes políticos, trabajadores y pobladores urbanos, que desplegaban acciones políticas y de hecho, para reivindicar derechos individuales y colectivos, asociados a la necesidad de incorporación real y efectiva a la identidad nacional y las políticas públicas de bienestar social, como ciudadanos con plenos derechos y en ejercicio activo. Para estos sectores la propiedad sobre la tierra, la educación y la militancia política se convirtieron en los motores de su

proceso de ascenso social, autonomía regional y reconocimiento nacional. Esto se expresó en el ideario reformista liberal de los líderes negros en los años 40, en una participación entre moderada y débil dentro del movimiento sindical azucarero —aunque lograron importantes beneficios los trabajadores de los ingenios— en los años 60 y 70, y en los movimientos cívicos de los 80.

En los años 80 las movilizaciones cívicas contribuyeron a la unidad entre campesinos negros e indígenas, conformándose en la comarca nortecaucana un movimiento campesino, indígena y negro, que exigía cambios en la estructura de propiedad sobre la tierra, a partir de medidas de hecho, como la invasión de latifundios improductivos. Hasta 1991, negros e indígenas, marcharon unidos; no obstante, los cambios constitucionales, las políticas multiculturales y la incursión de las identidades étnicas, propician que los indígenas y los negros se conviertan en actores políticos, definidos jurídicamente como grupos étnicos, con lo cual el movimiento social emprendido conjuntamente por estos dos actores se escinde. Aparentemente esta separación se produce tanto por factores de diferencias intergrupales como por efectos de la nueva Constitución. Los indígenas lograron mayores y mejores ventajas para consolidar territorios étnicos y conformar resguardos indígenas, en comparación con los campesinos y asalariados negros³⁵. Este sería el caso en el norte del Cauca: los indígenas han logrado

35. Lo cual tiene que ver con una mayor tradición y capacidad de presión política y social del movimiento indígena colombiano, a pesar de tener un peso demográfico muy inferior al de la población afrocolombiana. Mientras la población indígena es menos del 8% de la población rural colombiana, la afrocolombiana es el 18.5%. Para el conjunto de la población, la indígena es menos del 3% y la afrocolombiana fluctúa entre un 20 y 22% (ver capítulo 1). En términos territoriales sin embargo, la tendencia es inversa: las tierras de comunidades indígenas hacia el 2000 llegaban al 23,6% de la superficie del país, más de 27 millones de hectáreas (Gros, 2000), cuando en julio de 2003, las tierras tituladas a favor de “comunidades negras” sumaban 4.611.962 hectáreas, o sea el 4,0% de la superficie del país (estimaciones con base en el informe de Silvio Garcés Mosquera, Jefe de Programa de Atención a Comunidades Negras del INCORA -30/07/2003, ver también página Web: www.incora.gov.co/noticias). Según esta misma fuente, 1.146.611 hectáreas se encuentran actualmente en trámite para llegar, según la previsión de esta institución, a un total de aproximadamente 5,76 millones de hectáreas en titulaciones colectivas para “comunidades negras” en el 2004 (un poco más del 5% de la superficie nacional, concentrada en su totalidad en el Chocó biogeográfico, zona específica de la Ley 70). Ver capítulo 4 de este libro al respecto. Frente a estos guarismos sobre tierras tituladas a poblaciones indígenas y negras, hay que advertir que en su gran mayoría se encuentran ubicadas en regiones aún débilmente habitadas y explotadas (bosque húmedo, áreas de manglar, llanos y desierto). No obstante, algunas de estas tierras son estratégicas para el sector privado capitalista nacional e internacional (por ejemplo, áreas de yacimientos petroleros en territorios indígenas; áreas mineras o con potencialidad para cultivos como palma africana), otras en cambio, son más funcionales, al reconocerlas como territorios “ancestrales”, para adecuar programas conservacionistas de la flora y fauna, como parte de las estrategias de globalización del capital en el nuevo discurso de la biodiversidad. De este modo, por fuera de los 5 millones de hectáreas ya tituladas o en proceso de titulación en el Pacífico, se encuentran espacios que forman parte de parques nacionales y áreas de manglar. En varios casos también se trata de antiguos asentamientos de comunidades rurales negras e

ser sujetos de derechos de titulación colectiva, mientras que los campesinos y asalariados negros aún se mantienen en su lucha. Pero como lo hemos anotado antes, efectivamente ya existía un proceso de diferenciación social intenso entre la población negra nortecaucana, dependiendo más y más de ingresos y consumos urbanos, a pesar de la permanencia de fincas campesinas en medio de las plantaciones azucareras.

Luego de cien años de movilizaciones sociales en el norte del Cauca —vía la intelectualidad negra regional que militaba en el partido liberal, movimientos campesinos, militantes políticos de izquierda, líderes sindicales, o sectores populares urbanos en Puerto Tejada, Santander de Quilichao y otras cabeceras—, algunas de las organizaciones negras con asiento en la comarca han desarrollado como estrategia la movilización étnica, presionando nuevas interpretaciones de la Ley 70 de 1993. En esto ha jugado un papel interesante al lado de una intelectualidad negra formada en espacios académicos, con el concurso de científicos sociales.

Las reivindicaciones étnico territoriales apoyadas en la experiencia de la hacienda El Pílamó, serían en principio también aplicables a otros predios rurales de la zona plana, los cuales para las organizaciones afrocolombianas anteriormente formaban parte de explotaciones campesinas de la gente negra. En la actualidad se trata de predios dedicados a la caña de azúcar, la ganadería y otros cultivos agroindustriales. Es claro que este tipo de demandas no son aceptadas por las entidades gubernamentales (Incora) y además son vistas como una amenaza “populista” por los grandes propietarios de la región, al igual que por parte de los empresarios industriales de Ley Páez. Tampoco parecen ser de buen recibo para las organizaciones indígenas que sólo aceptan una expansión de sus territorios étnicos indígenas.

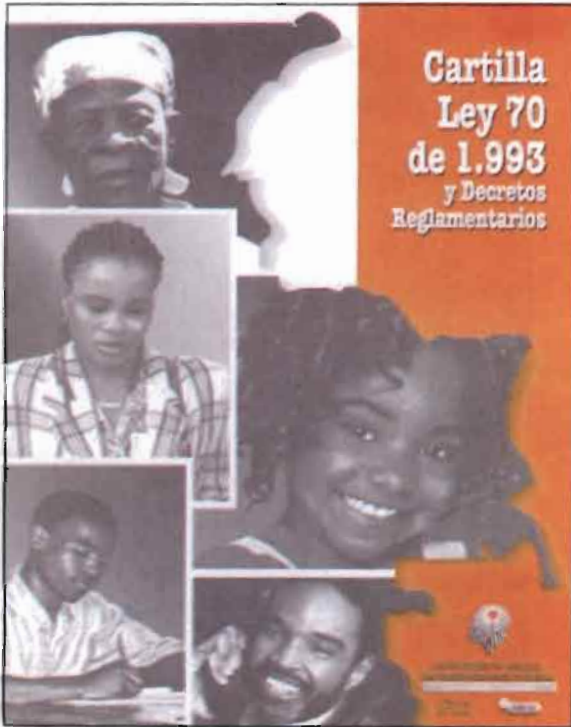
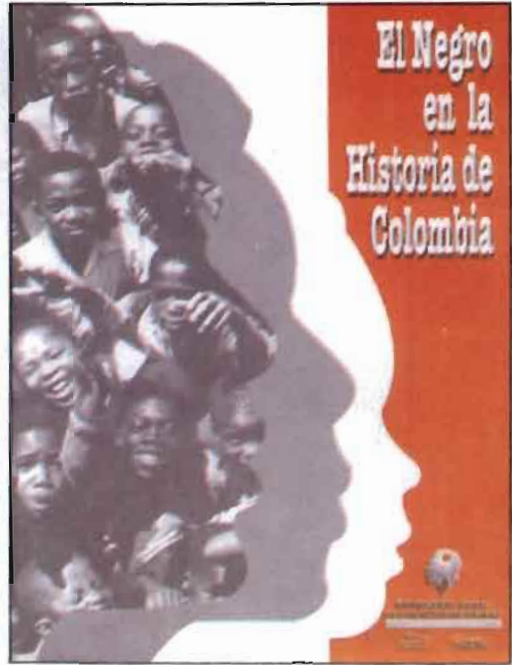
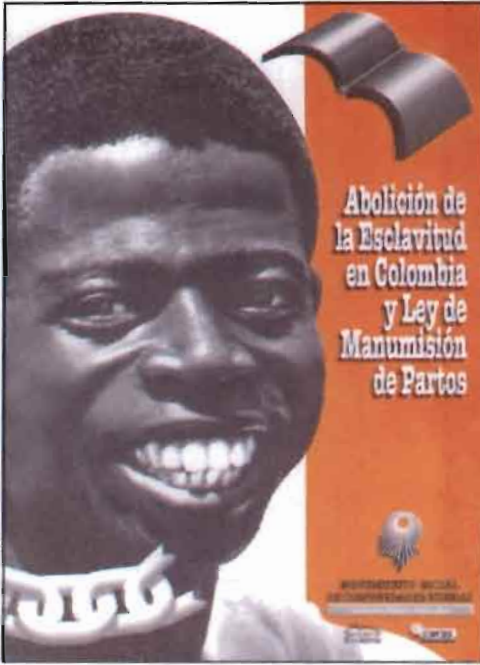
Finalmente, hay que tener en cuenta que los procesos de transformación de las poblaciones afrocolombianas rurales y semiurbanas en el norte del Cauca y la alternativa de construir territorios o comunidades étnicas está determinado por factores exógenos a ellas mismas y sus organizaciones. El fortalecimiento del nuevo modelo de industrialización a través de la Ley Páez, la acentuación de una urbanización periférica en la región como parte del área metropolitana de Cali, y

indígenas, antes de que fuesen declarados áreas de reserva natural, ahora con manejo ambiental y bajo la tutoría de los entes de control externos. Si se suman estos territorios de reserva natural con campesinos negros a las tierras tituladas colectivamente, entonces, el porcentaje de superficie con poblaciones negras rurales llegaría más alto (posiblemente supere los 5,5 millones de hectáreas antes mencionados). Sobre este punto que aborda la temática de ambientalismo y etnicidad en territorios de parques naturales y los nuevos conflictos entre actores colectivos, véase el capítulo 8.

el recrudecimiento a partir de los últimos cinco años de los fenómenos de violencia armada, guerrillera y paramilitar³⁶, constituyen serios constreñimientos a una estrategia étnico-territorial. En segundo lugar, no pueden desconocerse factores endógenos como la débil capacidad organizativa de los militantes y líderes del movimiento negro nortecaucano, para validar y lograr el reconocimiento de sus propuestas de recuperación y titulación de territorios por parte del Estado. En conjunto, llama la atención la enorme limitación que enfrenta un voluntarismo político alrededor de un proyecto campesino étnico negro, en el contexto de una sociedad nortecaucana cada vez más y más urbanizada.

36. Este último factor limita sustancialmente la labor de las organizaciones y de los pobladores rurales y urbanos nortecaucanos, al hallarse en medio del fuego cruzado de los grupos armados, tema que no fue abordado en el presente artículo, pero que está incidiendo en su movilización, en forma similar a lo que sucede en toda la región del Pacífico.

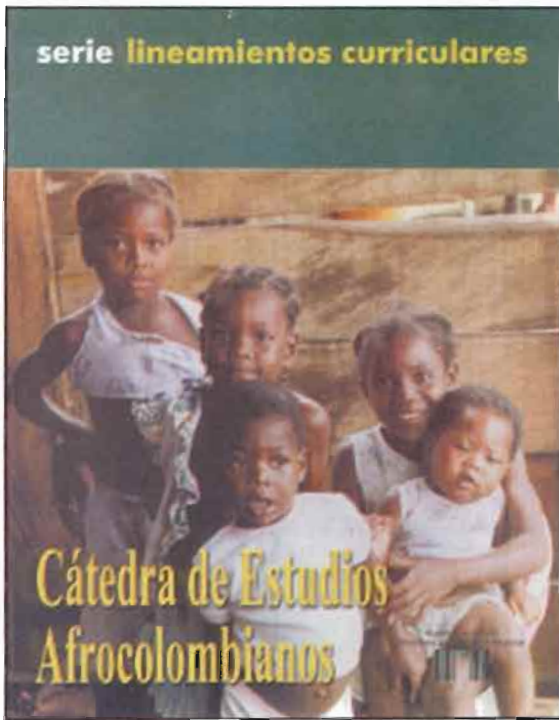
MOVIMIENTO SOCIAL NEGRO Y MATERIALES EDUCATIVOS Y POLÍTICOS



Ilustraciones de cubiertas:
1-3

Cartillas sobre la historia de las poblaciones negras en el país. Publicaciones del Movimiento Social de Comunidades Negras, Cali.

Ilustraciones de C. Agudelo,
2002

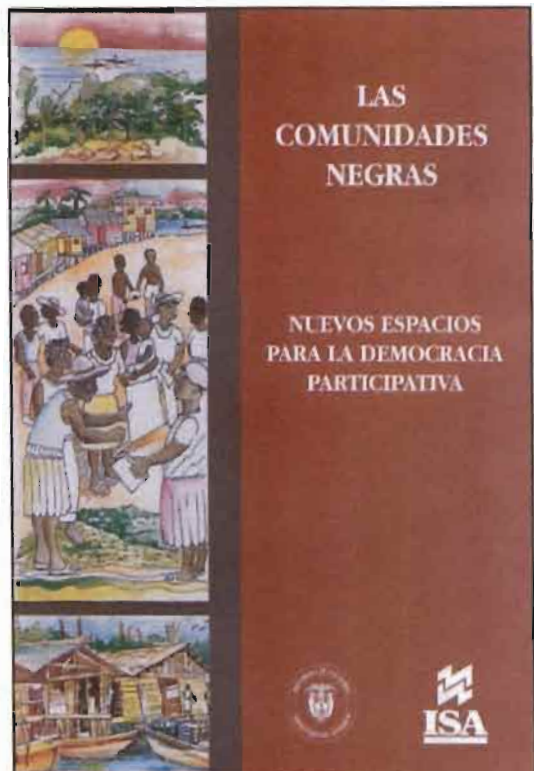


Ilustraciones de cubiertas:
4 y 5

Publicaciones institucionales
del Estado.
Publicación Ministerio de
Educación.

Ilustraciones de C. Agudelo, 2002

Publicación Ministerio del Interior



ALGUNAS ACTIVIDADES LABORALES URBANAS EN EL NORTE DEL CAUCA

Foto 1: Vendedora de “revuelto” en la plaza de mercado en Puerto Tejada

(“revuelto”: miscelánea de productos para el consumo popular diario)

(M. González, Puerto Tejada, 1999)



Foto 2: Vendedora de pescado seco en la plaza de mercado de Puerto Tejada

(M. González, Puerto Tejada, 1999)

PRÁCTICAS CULTURALES URBANAS EN EL NORTE DEL CAUCA



Fotos: 3-6

Grupo de Hip-Hop
Black Angel's,
Puerto Tejada

(M. González, Puerto Tejada, 1999)



POLÍTICA, CULTURA Y AUTOPERCEPCIÓN: LAS IDENTIDADES EN CUESTIÓN*

Michel AGIER, Pedro QUINTÍN

¿Cuándo y cómo empieza a existir la identidad negra en Colombia y, más específicamente, en la región del suroccidente colombiano? El punto de vista esencialista coloca la identidad como un hecho primero, independiente en sí mismo y causa a su vez de diversos fenómenos sociales y culturales, lo que lo convierte en el principal argumento de los movimientos identitarios. Desde esa perspectiva se asume, implícita o explícitamente, una progresión natural que irradia desde la cultura hacia la identidad; y desde la identidad hacia la política¹. Al tratar de recorrer el camino en sentido inverso (desde la política a la identidad y desde ésta a la cultura), nosotros queremos “deconstruir” ese proceso analíticamente. Por lo tanto, no se pretende aquí deslegitimar los movimientos sociales que lo gestan y usan dentro de un proceso de lucha por los derechos sociales y políticos a través de la diferencia cultural, sino simplemente mostrar explícitamente los entrecruces y los mecanismos complejos que están en la base de esta afirmación identitaria. En el centro de todo ello se encuentra el debate sobre la identidad cultural.

• **Política**

La invisibilidad política y cultural de las poblaciones negras, que es una de las formas de su inclusión marginal desde el punto de vista social y económico dentro de la Nación colombiana, duró aproximadamente hasta finales de los años sesenta (ver la introducción del capítulo 6 y la primera sección del capítulo 7). En esos momentos, junto con algunos tímidos movimientos políticos contra la discriminación racial (por ejemplo, el movimiento Cimarrón), tuvo lugar el

* Una primera versión de este texto ha sido publicado como artículo de la revista brasilera *Estudos Afro-Asiáticos* (revista do Centro de Estudos Afro-Asiáticos-Ceaa e do Centro de Estudos Afro-Brasileiros-Afro, Universidade Candido Mendes), Rio de Janeiro, Ano 25, Jan.Abr. 01, 2003: 23-4; Barbary y Urrea (editores, 2003).

1. El debate teórico al respecto es ampliamente desarrollado en la introducción y el capítulo 5.

inicio —precedido ciertamente por unos pocos estudios de corte folclórico— de las investigaciones de las ciencias sociales sobre la población afrocolombiana. Dos grandes corrientes de interpretación se hicieron dominantes: por un lado, se pusieron de evidencia las “estrategias adaptativas” desarrolladas por las poblaciones negras dentro del Nuevo Mundo; por otro, se resaltaron las “huellas de africanía” que sobrevivirían funcional y expresivamente entre estas poblaciones en el desarrollo de su vida americana. Estas dos interpretaciones reproducían, para el caso del Pacífico colombiano, los grandes modelos teóricos de la antropología de los años cuarenta, cincuenta y sesenta: el de las estrategias adaptativas y de los sincretismos nacidos del “encuentro” de los africanos con los europeos en el Nuevo Mundo, y el que supone la idea del “corte” entre los mundos africano y americano y el respectivo mantenimiento de “culturas en conserva” en el Nuevo Mundo.

En Colombia, el descubrimiento y reconocimiento de los aportes afro-americanos a la cultura nacional se hizo, en los años cincuenta, a partir de cierta valoración positiva de la costa del Caribe, inspirada a su vez por el éxito de las músicas y danzas negro-americanas y cubanas. Por su parte, los habitantes negros de la costa Pacífica permanecieron aún largamente olvidados y marginados, dentro de un orden racial en que la diferenciación regional se erigía en elemento jerarquizador a la hora de valorar o no a ciertas poblaciones: las de la costa Pacífica se ubicaban, de alguna manera, en uno de los peldaños más bajos. Esta posición se relacionaría con su consideración como reductos empobrecidos, excrescencias de la sociedad mayor, antes que como espacios relativamente autónomos, con ciertas peculiaridades y diferencias culturales y sociales. Así, por ejemplo, los varios siglos de represión, persecución y diabolización de las creencias, de los rituales y de las ceremonias de origen africano o amerindio por los representantes de la Iglesia Católica, española, primero, y republicana, después, habrían descompuesto sus formas culturales y habrían favorecido su disolución en los cultos a los santos católicos (con diferentes versiones de Cristo y de María, de San Antonio, etc.), así como en la aparición de santos, vírgenes y de figuras e imágenes selváticas de origen hispánico, indígena o africano (las visiones del duende, de la tunda, de la madreagua, etc.), e incluso en los ritos derivados de las celebraciones católicas; por ejemplo, en los funerales y velorios (Losonczy, 1997b; Vanín, 1999; y Agier, 2001a). Esta fuerte inclusión paradójica explica la inexpressión —que Nina de Friedemann ha llamado “invisibilidad”— de la identidad afrocolombiana: las creencias y rituales, de alguna forma mezclados (afro-indígena-hispánicos), se desarrollaron bajo el molde estructural católico impuesto por la colonización española en tiempos de la Inquisición —pero con continuidad republicana—, y crearon las condiciones para que se diera un “mestizaje” tanto desigual como original.

Es a partir de las políticas desarrollistas aplicadas a la región, así como de una revalorización, a escala mundial (y retomada localmente por las organizaciones no gubernamentales y por la misma Iglesia Católica y por el Estado), de los discursos que reivindican el regionalismo, el localismo, la identidad étnica y la protección del medio ambiente, que la identidad afrocolombiana del Pacífico comienza a surgir de forma fuerte en los escenarios políticos, aproximadamente a fines de los años ochenta e inicios de los noventa. La Constitución del año 1991 trata de favorecer las nuevas movilizaciones de la “sociedad civil” con el objeto de hacer frente a un contexto de incremento de la violencia y de reconocida pérdida de la legitimidad del Estado. El período 1991-1993 estuvo marcado por una movilización importante de los espacios y medios intelectuales y políticos negros y de los espacios académicos, desembocando en la implementación de la Ley 70 de 1993 y en los decretos de su aplicación de 1995 (Agier et Hoffmann, 1999).

Esta situación permitió la formación política de un nuevo movimiento negro (denominado Pcn, Proceso de Comunidades Negras), que desarrolla un discurso de carácter “étnico territorial”; es decir, de valorización de los particularismos culturales, educativos, laborales, territoriales de las poblaciones negras/afrocolombianas, perdiendo fuerza de manera explícita la estrategia de lucha anti racista y de integración igualitaria a la sociedad, que había liderado el movimiento Cimarrón en los años setenta y ochenta. De esta manera, el Pcn asegura un vínculo estrecho con la legitimidad institucional dada por la Ley 70. Pero esta dinámica fue mediatizada y cooptada inmediatamente por el Partido Liberal, que ha controlado históricamente el juego clientelista dentro de la región Pacífica. Ello, pese a los cambios en el período más reciente en los que se ha dado un acercamiento, relativo y tímido, entre los movimientos sociales en general y la política electoral (ver capítulos 4 y 7 a 9).

Sin embargo, los análisis desarrollados en estos capítulos muestran que son significativos el poder simbólico de la Ley 70 y sus correlatos institucionales y legales en las dinámicas sociales y políticas de finales de los años noventa. Ellos colocan en una situación nueva a las poblaciones afro-colombianas al dotarlas, quizás por primera vez en su historia, de argumentos ya legitimados (precisamente por provenir del mismo Estado), a partir de los cuales sus reclamos deben ser escuchados y evaluados. Los niveles en que esos reclamos y movimientos sociales son capaces de articularse a nivel local y regional, las idas y venidas, contradicciones y acuerdos que suscitan, los retrocesos y avances a que ellos llevan son, de todas formas, aspectos que ameritan nuevas y más profundas investigaciones: la posibilidad de reconocer tendencias o impactos más generales pasa por una comprensión de los procesos locales y micro-regionales. De momento, puede destacarse que en las formas y lógicas de esos procesos, y

ciertamente mano a mano con los líderes locales, la presencia de elementos externos sigue siendo fundamental a la hora de otorgarles continuidad y coherencia. También, que las luchas internas no sólo se dan al nivel de las bases sociales (entre campesinos, pequeños propietarios, comerciantes, etc.) sino incluso entre las instituciones y organizaciones que, más directamente vinculadas en su origen al desarrollo y generalización de la Ley 70 y dependientes de su reconocimiento por parte del Estado o de los organismos privados que trabajan con estas poblaciones, quieren convertirse en los representantes privilegiados o intermediarios exclusivos de las comunidades locales hacia el exterior. Igualmente, por último, que las continuidades y las rupturas en los procesos de la política formal de la región del Pacífico han sido producidos tanto por dinámicas de nivel local y regional como, y quizás en algunos casos de forma mucho más significativa y definitiva, por el discurso y las prácticas asociadas a la implementación de la Ley 70: a la necesidad de adaptaciones de los discursos, de nuevas estrategias y de tomas de posición ante la Ley, se han debido sumar las luchas y conflictos de interés con nuevos movimientos sociales, asociaciones y agrupaciones políticas surgidas al amparo de ella.

De esta forma, la Ley 70 estimula una situación de desarrollo de movimientos identitarios jamás vista hasta entonces, dado que el acceso a los recursos reposará, sobre todo, en la producción de una identidad cultural y sobre una nueva relación entre identidad y territorio: en el año 1993, las poblaciones negras del Pacífico colombiano devienen legalmente un “grupo étnico” gracias al agrupamiento, retórico en el texto mismo de la Ley, entre las nociones de “comunidades negras” y de “regiones rurales del Pacífico” (ver recuadro 1 del capítulo 6). La identidad existe (y es pensada), en tal sentido, sobre el modelo “étnico” de los indígenas (andinos) de los resguardos; y se centra principalmente en la cuestión de la propiedad de las tierras, con conflictos y relaciones de fuerzas políticas creadas alrededor de las instituciones y los créditos del desarrollo regional. Ella es, al contrario, más ambigua, invisible u opcional a partir del momento en que uno la aborda desde los aspectos existenciales e individuales (ver más abajo). De tal forma, que si la titularización de tierras y, con ella, la identidad negra, no son colectivas y “étnicas” (en un sentido holista, donde el todo debe remitir a las partes y el colectivo primar sobre el individuo), el conjunto del edificio jurídico y propietario pierde su sentido y resulta inaplicable (ver Agier et Hoffmann, 1999).

- **Percepción de sí (y del otro)**

Las auto-identificaciones muestran el carácter relativo, relacional y situacional de la identidad. Ante todo, la identidad tiene carácter relativo en la medida en

que ella depende estrechamente del contexto. Por ejemplo, la respuesta a la pregunta del censo de 1993, que hacía referencia a la pertenencia de los encuestados a algún grupo étnico, arrojó muy bajas respuestas positivas a nivel nacional. No obstante, las declaraciones de pertenencia a “una etnia, un grupo indígena o a una comunidad negra” fueron más numerosas en la región del Pacífico y llegan a ser ampliamente mayoritarios entre los sectores donde existía, al momento del censo, una movilización identitaria más fuerte para la realización y aplicación de la Ley 70 y la titulación colectiva de tierras (ver secciones 1 a 3 del capítulo 6). También, la identificación es un fenómeno relacional. Ella se construye en una relación cara a cara, en una interacción entre dos o más actores. Este escenario es una situación de miradas cruzadas, donde cada uno actúa en función de anticipaciones y de presupuestos sobre lo que puede ser la mirada del otro, por ejemplo, en el caso de la relación entre encuestador y encuestado en estudios cuantitativos. Y, finalmente, ¿estamos en presencia de identidades opcionales o situacionales? Hay una tendencia a la indefinición, es decir, a una voluntad de neutralizar las características raciales, que es perceptible principalmente en la identificación opcional de “trigueño”. De ahí, surge la idea de una cierta libertad de opciones identitarias en un país mestizo (como se puede ver por el número de ítems en respuesta a la pregunta del color de la piel en la encuesta Cidse/Ird de 1998). De hecho, la difusión del estigma racial en el conjunto de la sociedad y entre las poblaciones negras, sugiere que hay una serie de ajustes ante cada situación, más que unas “elecciones” identitarias realizadas a priori o para siempre. Por ejemplo, en Puerto Tejada (norte del Cauca), la vieja generación de pobladores negros rechaza a los “negros” procedentes del Pacífico sur que han migrado al pueblo en épocas recientes con los mismos argumentos sociales con que los blancos en otra época rechazaron a sus padres (Hurtao, 1999).

La realidad dominante pareciera ser, en definitiva, la de un racismo difuso y poroso, como dispositivo discriminador no homogéneo y no necesariamente dicotómico, con matices y variaciones que permiten la representación en gradaciones de “colores de piel”, dependiendo de contextos específicos, urbanos y regionales. No obstante, ¿qué cambio han introducido los recientes movimientos identitarios a partir de la retórica afro-colombiana en las representaciones de la identidad de las poblaciones negras de Colombia y en sus condiciones sociales?, ¿cuál ha sido su incidencia sobre los estereotipos racistas y sobre las respuestas desde sectores de la población afrocolombiana a la discriminación racial? La sección 4 y las conclusiones del capítulo 6 aportan algunos elementos de respuesta. Sin embargo, estas preguntas quedan abiertas para ser estudiadas más en detalle, desde la antropología, tanto en las poblaciones afrocolombianas como en las no afrocolombianas.

• **Cultura**

Hoy, la identidad cultural se configura como una construcción social de múltiples facetas. En síntesis, consideramos que esas facetas son las siguientes:

- Inversiones de capitalistas y profesionales que hacen de la cultura una “mercancía”. Sobre ella se efectúa toda una serie de trabajos y actividades, tanto al nivel de la producción y de la distribución como del consumo. Un trabajo que supone especializaciones, disponibilidad de tiempo, movilidades y desplazamientos espaciales, relaciones, vínculos y negociaciones con financiadores o “sponsors” (el municipio, las diferentes oficinas del Estado, las Ong, agentes privados). De este modo la cultura aparece entonces como una “mercancía” en tanto que objeto transformado por el capital y por el trabajo en él invertidos, más que un objeto ya hecho y acabado (Wade, 1999), y además como un “recurso” maleable, susceptible de múltiples usos, sean ellos políticos, económicos o ideológicos.
- El trabajo de la memoria. Las movilizaciones identitarias de carácter étnico han dado a la rememoración de los lugares y del pasado un papel central dentro del discurso de legitimación y simultáneamente de diferenciación de las poblaciones negras, a escala tanto individual como local y urbana-rural. El trabajo realizado sobre la memoria, que —como sucede con la cultura— puede pragmáticamente ser también político, económico o ideológico, pone en movimiento, actualizándolas, las relaciones interétnicas existentes hasta entonces entre negros, blancos, mestizos e indígenas. Las investigaciones, las censuras, las selecciones efectuadas, así como la inversión de la relación entre ancianos y jóvenes en el control de los saberes colectivos, constituyen progresivamente aquello que uno podría definir como una re-creación de la memoria en un contexto localizado, repleto de tensiones e incluso de conflictos (Hoffmann, 2000a; Quintín, 2000).
- El trabajo simbólico que se desarrolla en las innovaciones culturales. La puesta en relación de las estrategias identitarias y de las actuaciones artísticas y rituales, es decir, la ritualización de las identidades, coloca en escena figuras simbólicas que permiten crear los momentos de reconocimiento colectivo, más o menos efímero, dentro de los contextos de ceremonias, fiestas, carnavales, etc. Dentro de aquellas situaciones fuera de lo ordinario, el reencuentro entre los individuos y una historia o un destino común, es simbolizado por algunas figuras o entidades reconocibles, de origen local o híbrido. Estas formas simbólicas permiten crear un sentimiento de identidad y se multiplican desde el momento en que se deja libre curso a la imaginación. Ellas integran entonces una panoplia de símbolos identitarios étnico-

regionales en los que su engranaje y su articulación está a veces aún pendiente de ser realizada (Agier, 1999a, 2001a). Ciertas figuras, las visiones en particular (tunda, madreagua), ciertos objetos (marimba, tambores) o ciertas danzas y ceremonias (currulao, chigualo, arrullo) empiezan, en los contextos urbanos, una nueva vida en tanto que símbolos identitarios, al tiempo que ellos desaparecen de las orillas de los ríos, empujados por los ritmos del trabajo, los desplazamientos forzados, por la reducción del espacio público a causa de un clima de terror cada vez más generalizado en la región, o por la competencia de la radio, el tocacintas o los canales de televisión, cuyo uso se generaliza en las tardes gracias a las plantas generadoras de energía eléctrica. Al respecto, ver la foto 1, músico de marimba en Tumaco, y la foto 2, danzas folclóricas del Pacífico en el centro de desarrollo comunitario en Charco Azul, Cali.

- La producción de “imágenes” sobre la cultura del Pacífico. Gestadas tanto por parte de sus mismos residentes, como por gentes de afuera (negros y no negros) y, también en ocasiones, por la academia misma, las representaciones, ilustraciones, de la cultura del Pacífico tienden a reproducir una imagen holista de los lugares de origen (la comunidad idealizada) que se opone a otra imagen, individualizada y por lo tanto menos amable, de los lugares urbanizados a donde llegan a vivir estas poblaciones. Aquí, los lazos sociales (y de identidad) se diluirían, tenderían hacia lo “nada”, o hacia el sueño utópico y el fin apocalíptico. El recurso a fotografías para reconstruir el pasado familiar, la filiación genealógica, así ella sea exclusivamente imaginaria (dado que cada vez hay menos o más efímeros retornos a los lugares de origen), participan de una cierta “ficción” en las representaciones de la identidad negra del Pacífico (Quintín, 1999a, 1999b, 2000; Vanín, 1999).

La producción de identidad en el litoral Pacífico se sitúa, principalmente, dentro de esferas sociales e imaginarias alejadas del mundo al que parecía referirse en un principio —el litoral Pacífico— y, por lo tanto, de una perspectiva que asociaba históricamente la identidad “racial” y la regional (ver al respecto el ejemplo de Tumaco, donde la transición entre los varios dispositivos espaciales que fundan la sociedad “regional” es descrita en el capítulo 4). Ahora entran en juego los nuevos discursos identitarios vía eventos modernos que congregan a los especialistas de las culturas locales, por ejemplo, alrededor de la marimba o del carnaval en Tumaco (ver foto 1 del capítulo 6), o la chirimía y las fiestas de San Pacho en Quibdó. Por el lado de las grandes ciudades del litoral (Tumaco, Buenaventura, Quibdó) y más aún de la ciudad de Cali, y el Distrito de Aguablanca, se producen procesos de producción de “culturas negras”, no como simple difusión de prácticas culturales desde lo “rural” sino de modo más bien

propio, urbano; y además en el contexto de una modernidad globalizada. Las ciudades son los lugares receptores de múltiples y heterogéneas imágenes e informaciones a partir de las que se crean las referencias identitarias que permiten pensar la identidad negra, en primer lugar desde la modernidad urbana. La marimba y los bailes de currulao y chirimía, con sus tambores (ver foto 5 de joven tocando tambor en Tumaco), los cultos del catolicismo popular, las visiones de los ríos y de los bosques siguen una trayectoria de desplazamiento y transformación que las llevan de las orillas de los ríos hacia la ciudad de Tumaco y su carnaval, hacia las prácticas cotidianas de los pobladores populares de Buenaventura y, más allá aún, hasta la pobladísima ciudad de Cali (con más de dos millones de habitantes): con su Festival de Música del Pacífico Petronio Álvarez, el cual va para siete años, y los diversos grupos barriales de tipo cultural. Se trata de una migración de los espíritus que replica la migración de las gentes del Pacífico.

Pero en todo ese proceso, otras imágenes son re-encontradas y se mezclan con las primeras: el “mestizaje” resultante comienza ya desde la misma ciudad de Tumaco, donde es muy perceptible la presencia e influencia ideológica de actores “globales” (Plan Internacional Padrinos, Iglesia Católica, el mismo Estado—por vía de su sistema educativo, salud, judicial, represivo o administrativo—, y hasta de agentes externos vinculados al capital internacional—empresas agroindustriales, narcotráfico—), así como de informaciones e imágenes massmediáticas (radio, prensa, televisión): la política nacional e internacional, los héroes de Disneylandia, las estrellas de la música popular, del cine, la televisión y de los deportes, los orishas (que vienen de Cuba o de Miami), entre otras muchas, constituyen las imágenes que son transmitidas por esos canales y que se suman a las creencias, saberes e imágenes previas, ellas mismas resultados de otras mezclas más antiguas. Estas múltiples influencias se encuentran, por ejemplo, en el carnaval de Tumaco, cruzándose o mezclándose (Agier, 2001a). En Cali, las composiciones de música rap de los grupos de jóvenes del Distrito de Aguablanca incorporan y transforman las historias y leyendas que circulan por el barrio y que provienen, en parte, de un registro más antiguo traído desde las regiones de origen (es el caso de las visiones persistentes hasta hoy en las áreas rurales del Pacífico); pero lo cierto es que esta cultura hecha en la ciudad recibe e interpreta igualmente los estilos y emblemas de la cultura negra juvenil de procedencia estadounidense (obsérvese la foto 3, de la peluquería “Afro “Blacking’\$”, barrio El Vergel en Cali), diseminada mundialmente por los canales de consumo cultural masivo, aunque también por la vía de circuitos de nivel personal y familiar. En la actualidad existen más de 500 grupos de rap en esta zona de la ciudad y por lo menos 30 a 40 de breakdance. Esto permite explicar por qué los grupos de rap constituyen la expresión cultural más importante de

denuncia de segregación o exclusión social de la gente joven de la franja oriental y de ladera de Cali, con fuerte dosis de afirmación de autoestima, muchos de ellos a través de contenidos agresivos de sus líricas contra el racismo, la violencia, los estereotipos raciales y de pobreza que marcan estas regiones urbanas. Hoy en día es un movimiento en expansión, que cuenta poco a poco con circulación en discos compactos o CD de algunos grupos, llevando su influencia incluso a sectores de clases medias bajas y medias de población afrocolombiana, pero también a amplios sectores de jóvenes mestizos y blancos. Otros fenómenos de producción cultural entre las poblaciones afrocolombianas de Cali, en el contexto de invención de referentes “comunitarios”, al mismo tiempo constituyen una alternativa económica: el desarrollo en los últimos años de peluquerías masculinas “afro” en todos los barrios del Distrito de Aguablanca y en otras áreas de la ciudad, en forma de pequeños negocios entre jóvenes hombres negros-mulatos para la generación de ingresos. Las peluquerías “afro” (véanse las fotos 3 y 4) hoy en día son lugares de circulación de información cultural sobre música, bailes, rumbas, actividades deportivas y oportunidades laborales entre los jóvenes de los sectores populares del Distrito de Aguablanca y otras zonas de la ciudad con clientes hombres negros-mulatos y ya en muchos casos también mestizos.

De todas estas mezclas nace la posibilidad de una historia del hip-hop en el Distrito de Aguablanca, en la que el contexto de referencia es el de la marginalización social y económica, de la segmentación espacial urbana, de la discriminación socio-racial vivida en la ciudad como en el trabajo; y de la búsqueda, individual y colectiva, de una respuesta a esta situación: la auto designación como “ghetto”, término tomado prestado de la imagen del ghetto negro norteamericano, pero en una acepción que articula y solapa elementos raciales y de clase, participa de esta búsqueda de una comunidad imaginada que se forma alrededor de un estigma vivido localmente (véase sección 4 y foto 4 del capítulo 6 y Urrea, 2000: 22). Al final, como lo resalta Urrea (2000: 28), los jóvenes y niños del Distrito de Aguablanca en Cali pueden moverse en los dos registros culturales, de música “tradicional” del Pacífico y las variantes diversas del hip-hop, al igual que gozar de la música salsa para efectos del encuentro de parejas o de conquista amorosa. No se presentan oposiciones. Podría decirse que cada registro juega un papel según los contextos y dimensiones de la vida de los jóvenes: a través del “hip-hop”, sobre todo del rap, para la autoafirmación y denuncia social; de las danzas tradicionales para la continuidad de experiencias de comunidad cultural inventada procedente de diversas regiones del Pacífico; y de la salsa para el juego erótico-amoroso.

- **La conciencia identitaria, ¿para qué? El papel de los intelectuales, el rol de los investigadores**

Desde su inicio, el proyecto Cidse/Ird ha asociado, en tanto ello ha sido posible, a diferentes actores que estaban directamente concernidos por la propuesta de investigación tanto en su desarrollo como en sus resultados. Los talleres iniciales organizados por el “Laboratorio de Culturas Negras” de la Universidad del Valle durante el segundo semestre de 1995, el proceso de aplicación del cuestionario de la encuesta cuantitativa Cidse-Ird-Colciencias de 1998; las sucesivas presentaciones de resultados en Tumaco (al grupo Palenque, al sector cultural de la ciudad y a los consejos comunitarios de varias veredas) y en Cali (el seminario internacional del Proyecto Cidse-Ird-Colciencias, “Identidades y Movilidades en el Pacífico colombiano”, llevado a cabo en noviembre de 1998; y la presentación de resultados de la encuesta Cidse-Ird-Colciencias en los barrios El Retiro y Charco Azul en febrero de 1999): en todos estos casos, algunos intelectuales y líderes implicados en las situaciones estudiadas (y así mismo haciendo parte del “objeto”) han sido asociados, a diferentes niveles y de formas distintas, a la propia investigación.

Con ello, el equipo del proyecto ha podido constatar la difícil relación entre las encrucijadas del saber y las encrucijadas de la identidad (ver la introducción y el capítulo 5). Por ejemplo, en el análisis crítico de la Ley 70, que ha puesto en debate la correlación entre la identidad “negra” y la posibilidad de pensar en una identidad (o cultura) particular y específica del Pacífico. La idea de una cultura de los lugares (en el sentido de una serie de situaciones presentadas y observables en un marco concreto) permite a los investigadores des-substancializar la relación entre identidad y cultura, en particular en su versión aparentemente más naturalizante, aquélla de una verdad biológica que asociaría la “identidad racial” (ciertas apariencias físicas y características fenotípicas) a ciertas competencias culturales “africanas” heredadas. La relación entre identidad y cultura no es automática, única, dada, definitiva, sino, al contrario, problemática. Sin embargo, incluso esta idea es insuficiente, dado que ella puede, a su vez, establecer o validar la idea de “territorio” como a priori, cuando también es una fabricación provisional, transformable y un cruce constante de las sucesivas luchas existentes (ver capítulos 4, 8 y 9). Por lo tanto, la correlación entre cultura y lugar debe ser también re-examinada. El debilitamiento de las fronteras (sociales y culturales), gracias a los nuevos medios de comunicación y de transporte vuelve caduca la idea que un lugar materialmente delimitado pueda ser la referencia identitaria única, o principal, de un individuo o de un colectivo.

Pero, a su vez, es claro que este debate teórico se encuentra constantemente “perturbado” por las tensiones locales. Así, afirmar la “identidad territorial” contra la “identidad racial” termina por dar argumentos a aquellos agentes que predicen una titulación de tierras para todos los que viven y están en ella; ya sea con el argumento de la ancestralidad, el de los derechos de los primeros llegados (los “nativos”), se produce olvido o desconocimiento de los procesos históricos —no siempre pacíficos— de expulsión y expoliación de tierras, etc. Al final de la reflexión, no podemos dejar de ser conscientes del papel que juegan estos diferentes argumentos dentro de las posturas políticas, económicas y sociales que, entre unos y otros, se tejen dentro y sobre la zona Pacífica y de las que no podemos ser ajenos. ¿Debemos, por lo tanto, seguir dando argumentos (así sean falsos) a aquellos cuya postura y lucha política nos parece más legítima? Seguramente hoy los campesinos negros “agrupados en comunidades”, junto a los grupos indígenas, son los más desamparados y los más frágiles de la región (Agier, 1999b; Hoffmann y Quintín, 1999).

Sin duda, nos hace falta ir más allá de la deconstrucción para poner en relación de manera más sistemática la cultura, la identidad y la situación (más que el espacio). Estamos en medio de una situación de desarrollo (que falta caracterizar más finamente, pero cuyo elemento principal es la introducción de un “maná” financiero y de formas exteriores de acceso a los recursos) que condicionan los conflictos de identidad y los cambios culturales micro y macro-regionales. ¿Aún se puede dialogar con argumentos exclusivamente objetivos, “científicos” (sin que se dé un exceso de malentendidos) con unos agentes estrechamente implicados en esa situación y directamente afectados por ella? ¿Cuáles pueden ser los términos de ese diálogo? Se trata de preguntas cuyas respuestas ni son fáciles ni pueden ser dadas en abstracto. De una manera más pragmática, la formación, a lo largo de la investigación, de encuestadores y de investigadores “locales” y “comunitarios” es uno de los hechos y logros más evidentes del proyecto, en tanto que ellos se constituyeron no sólo en un medio básico de la investigación sino hasta en co-partícipes muy activos de la misma. Quizás sea este uno de los resultados más pertinentes, ya que ha permitido reintroducir constantemente la complejidad en las visiones más simplificadoras y dualistas que se enfrentaban en el terreno.

CULTURA Y AUTOPERCEPCIÓN AFROCOLOMBIANA EN TUMACO Y CALI



Foto 1: Música de marimba, Tumaco. (M. González, Tumaco, 1999)



Foto 2: Danzas folclóricas en el centro de desarrollo comunitario, barrio Charco Azul (C. Arias, Cali, 1999)



Foto 3: Peluquería afro "Blacking's" barrio El Vergel. (C. Arias, Cali, 1999)

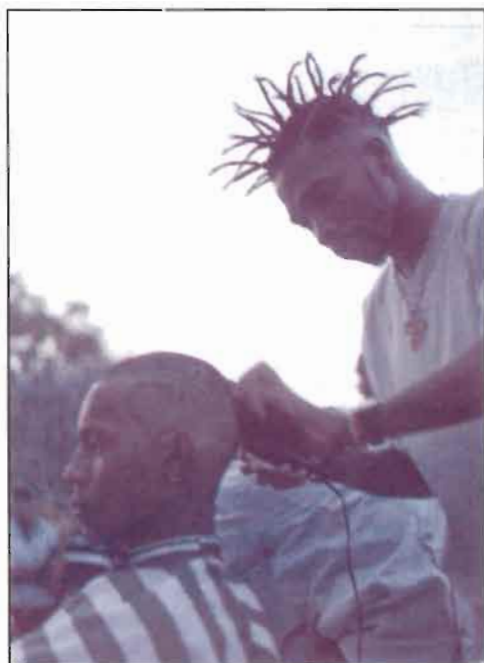


Foto 4: Corte de pelo, barrio Charco Azul (C. Arias, Cali, 1999)

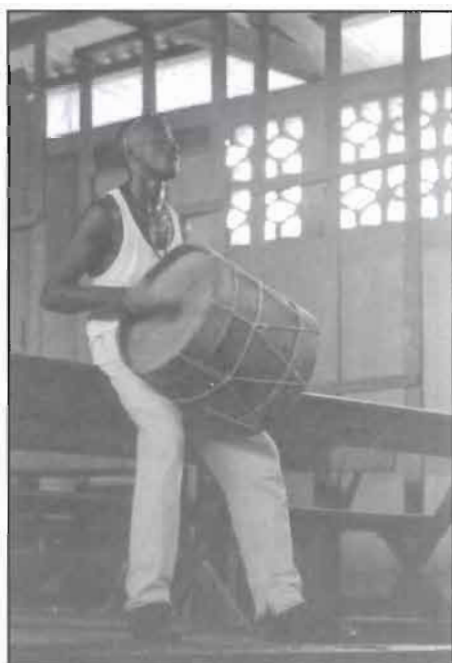


Foto 4: Joven tocando tambor, Tumaco (C. Arias, Cali, 1999)

Anexo

METODOLOGÍA DE LAS ENCUESTAS

Olivier BARBARY, Fernando URREA

1. Las encuestas biográficas sobre la movilidad

1.1. Encuesta Cidse-Ird: “Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas” (Cali - 1998)

Esta encuesta, realizada en Cali entre abril y junio de 1998, en el marco del programa de cooperación entre el Cidse y el Ird¹, tuvo como objetivo la observación y comparación de las condiciones sociodemográficas, socioeconómicas y socioculturales en las cuales se encuentran las poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas de la ciudad. Entre los determinantes de las dinámicas sociales que afectan estas poblaciones, el factor “racial” fue privilegiado con el fin de efectuar un diagnóstico sobre la segregación residencial de la población negra y mulata, la desigualdad en el acceso a los recursos y los procesos de discriminación socio-racial en Cali. Al respecto, ver la discusión sobre el uso estadístico de las categorías étnico-raciales en la introducción del libro.

La muestra: estratificación y probabilidades de inclusión

La selección de una muestra representativa en una subpoblación minoritaria y espacialmente segregada presenta ciertas dificultades, en particular por la ausencia de un registro confiable. Aunque el censo de 1993 no ofrece directamente ese registro, se puede obtener una aproximación, a partir del origen geográfico, de la distribución espacial de la población afrocolombiana y luego utilizarla en el diseño del muestreo. Para obtener una representatividad aceptable de esta población y reducir a la vez la dispersión de la muestra y el costo de la encuesta², nosotros excluimos del estudio el sector de la ciudad con la más baja densidad

1. El equipo responsable de diseñar y aplicar la encuesta estuvo compuesto, por el Cidse, de F. Urrea, H. F. Ramírez y A. Estacio; y por el Ird, de O. Barbary y S. Bruyneel. La coordinación estuvo a cargo de O. Barbary y la logística de terreno de V. Robayo. Esta sección es un resumen del informe metodológico completo de la encuesta, publicado en 1999 (cf. Barbary et al. 1999).

2. La encuesta fue financiada con recursos de Colciencias, dentro del presupuesto aprobado por esta entidad al proyecto Cidse-Ird-Colciencias (ver preámbulo).

de población afrocolombiana. El universo se compone entonces de cinco dominios de estudio, de los cuales cuatro están incluidos en el espacio urbano censado en 1993, el quinto corresponde a la urbanización Desepaz (que no existía en el año del censo, hoy en día la comuna 21). Este conjunto agrupa el 76% de los hogares censados en el área urbana de Cali y cerca del 90% de los hogares originarios de zonas de poblamiento histórico afrocolombiano. Además, tomando en cuenta que esta población no presenta características demográficas, sociales y económicas homogéneas, es fundamental que la encuesta recomponga correctamente su heterogeneidad, lo que supone una estratificación minuciosa de la base del sondeo. Con este propósito, se utilizó la información del censo para caracterizar la población de cada sector censal, por su composición étnica y un conjunto de indicadores socioeconómicos que el análisis factorial permite sintetizar. Luego, se procedió a una clasificación ascendente jerárquica de los sectores censales en cada dominio de manera que proporcionase estratos homogéneos de acuerdo con los criterios étnico y socioeconómico (20 estratos en total).

En la parte estratificada del universo (dominios 1 a 4), la técnica de sondeo consiste en un *muestreo aleatorio bietápico*³. En la primera etapa, las unidades primarias (UP) de muestreo (360 manzanas) son seleccionadas con probabilidades desiguales, proporcional al número de hogares originarios de la zona de poblamiento afrocolombiano residentes en cada manzana de la base (muestreo con probabilidades desiguales sin reposición, método de Hartley, Cochran y Rao⁴). Ahora bien, si el estudio pretende principalmente un análisis específico de la población afrocolombiana de Cali, precisamos también de una información equivalente sobre la población no afrocolombiana. En la segunda etapa entonces, después de un recuento de todos los hogares de las manzanas incluidas en la muestra y su caracterización racial entre hogares afrocolombianos y no afrocolombianos (cf. introducción al libro), se selecciona en cada manzana un número constante de unidades secundarias (US), cuatro hogares afrocolombianos y un hogar de control, por muestreo sistemático equiprobable en las listas de hogares de cada tipo. La probabilidad de inclusión de las manzanas puede considerarse aproximadamente proporcional al número de hogares afrocolombianos que allí residen. Nuestro plan de sondeo se acerca entonces al diseño bietápico auto ponderado clásico, con probabilidades primarias proporcionales al tamaño de las UP y número constante de US en cada UP. Las ventajas de este tipo de

3. El lector interesado encontrará una exposición completa de la metodología de muestreo en Barbary et al. (1999) pp. 17-43.

4. Hartley y Rao (1962), Rao, Hartley y Cochran (1962), Cochran (1977), pp. 266-267.

diseño son conocidas: simplicidad de los estimadores, mejor precisión que el muestreo aleatorio simple, reducción de costos y facilidad logística gracias a la concentración espacial de la muestra. Aún más, la estratificación garantiza la representatividad de un conjunto de componentes socioeconómicos de la población, observados en sus respectivos medios urbanos; medios que podemos describir con variables contextuales puestas a la vez en relación con la información de la encuesta. Esa propiedad es fundamental para comparar las poblaciones afrocolombianas y de control en condiciones de igualdad del contexto y evitar así en la interpretación sociológica, la confusión entre determinaciones raciales y sociales.

En la ciudadela Desepaz (dominio 5), carecemos de información numérica sobre la población desagregada por manzanas y la proporción de hogares afrocolombianos; solamente disponemos de los dígitos de población total en las zonas manejadas por cada entidad urbanizadora. El diseño de muestra es parecido, salvo que las unidades primarias no se pueden seleccionar con probabilidades proporcionales al número de hogares afrocolombianos. Estas 16 manzanas en total se escogieron con muestreo aleatorio sistemático equiprobable. La muestra total, repartida entre las 376 manzanas, comprendió 1.880 hogares: 1.504 hogares afrocolombianos y 376 hogares de control.

Con posterioridad a la encuesta Cidse-Ird se llevó a cabo la encuesta Cidse-Banco Mundial⁵, la cual retomó en forma adaptada los dominios y la estratificación de la encuesta Cidse-Ird. En tal sentido, las metodologías muestrales de ambas encuestas son compatibles. Además, la encuesta Cidse-Banco Mundial incluyó de la misma manera la caracterización fenotípica externa de los encuestados. A partir de la sumatoria de las muestras de las dos encuestas, obtuvimos una base confiable para calcular los índices de segregación residencial correspondientes a los diversos componentes fenotípicos de poblamiento en la ciudad, sobre los cuales se soporta el estudio de segregación socio-racial en Cali presentado en el capítulo 3 (ver el detalle de la metodología en los recuadros 1, 2 y 3 de este capítulo).

El cuestionario de la encuesta Cidse-Ird

El punto de partida de la problemática de la encuesta es el proceso de movilidad espacial, social y de cambio cultural en las poblaciones afrocolombianas, directa o indirectamente afectadas por la migración hacia Cali. Nos interesaba desarrollar una contextualización de las modalidades de este proceso en los espacios

5. Encuesta especializada en pobreza urbana y acceso a servicios públicos y privados (ver sección 2.1 de este anexo).

urbanos de llegada y su relación con las situaciones y las dinámicas de segmentación espacial y de segregación socio-racial en Cali. En esta perspectiva, además de los elementos originales del muestreo que comentamos antes, la encuesta se caracteriza por la importancia de la información longitudinal. Ella comprende, en efecto, para un individuo seleccionado en cada hogar, la recolección de su biografía residencial, laboral y familiar completa. Apoyándose sobre la experiencia acumulada por diversas encuestas biográficas del Ird, del Ined, y del Insee⁶, e igualmente por las encuestas del Dane, el conjunto del equipo realizó una reflexión multidisciplinaria⁷ y diferentes pruebas piloto que dieron como resultado el cuestionario final (Barbary, 1998)⁸.

La primera parte se compone de 13 capítulos (Ibid., cap. A a M) que abordan las características del hogar y de los individuos que lo componen: condiciones de vivienda y de equipamiento del hogar, caracterización sociodemográfica de los miembros del hogar (fenotipo observado, sexo, edad, estado civil, nivel de educación alcanzado, actividades principal y secundaria), resumen de la trayectoria migratoria, sistema de residencia durante el año anterior a la encuesta en Cali, los viajes a los lugares de origen, la participación social y política y la red de solidaridad doméstica del hogar. Este conjunto de información aporta las variables transversales (a la fecha de la encuesta) sobre los individuos, los hogares y las viviendas. Ellas permiten abordar, para la ciudad de Cali, tres temáticas importantes en este libro: (i) la movilidad espacial y su impacto sobre las estructuras demográficas y sociales de los medios de origen y destino (llegada) (capítulos 1 y 2); (ii) las dinámicas de especialización demográfica, social y racial del poblamiento (capítulo 3); y (iii) los modelos de construcción de las identidades étnica y racial en la ciudad versus la étnica en la Costa Pacífica⁹ (capítulo 6).

La segunda parte del cuestionario (Ibid., N a Q), alimenta los análisis longitudinales del capítulo 2 (trayectorias de los inmigrantes en Cali), al igual que el estudio de los determinantes sociales y espaciales de la auto declaración de pertenencia racial (color de piel) y de las percepciones de la discriminación racial en Cali (capítulo 6). Esta parte se realizó bajo la forma de una entrevista con uno de

6. Ver la síntesis metodológica realizada recientemente por el Grupo de Reflexión sobre la Perspectiva Biográfica (Groupe de Réflexion sur l'Approche Biographique, Antoine et al. Eds, 1999).

7. En este trabajo han participado: M. Agier (antropólogo), O. Barbary (estadístico), O. Hoffmann (geógrafa), P. Quintin (antropólogo), F. Urrea (sociólogo) y H.F. Ramírez (estadístico); y en ciertos temas específicos, C.E. Agudelo, T. Hurtado, F. Murillo, N. Rivas, V. Robayo y A. Vanín.

8. Un comentario detallado del cuestionario se encuentra en Barbary et al. (1999) pp. 43-50.

9. Para la identidad étnica en Cali y la costa Pacífica, como se explica en la parte metodológica del capítulo 6, se analizó la pregunta del censo de 1993 de pertenencia a una etnia o "comunidad negra".

los miembros del hogar de 18 años y más orientada a conocer su biografía residencial, familiar y laboral y sus percepciones y opiniones sobre eventos de discriminación. La selección de un solo individuo se debe al volumen de información a recoger. Con el objeto de evitar un sesgo en la composición de esta submuestra, se controla la selección del individuo según un sistema de cuotas, de acuerdo a sexo, edad, parentesco con el jefe del hogar, lugar de nacimiento y tipo de actividad. La parte biográfica del cuestionario se compone, según una técnica actualmente demostrada, de dos matrices cronológicas dedicadas; la primera, a la recolección de los calendarios residencial, educativo y laboral, y la segunda, a los eventos familiares y de co-residencia. El período de observación va desde el nacimiento a la fecha de la encuesta y la unidad de tiempo del registro de los eventos es el año. Estas biografías residenciales, manejadas con la ayuda de indicadores sintéticos simples (porcentajes de migración directa, número de etapas residenciales, duración promedio de las trayectorias migratorias) o por un método tipológico más sofisticado (el análisis armónico cualitativo), son la base para el análisis de las prácticas migratorias hacia Cali, su diferenciación según el origen geográfico y las características sociales de los inmigrantes, además de su articulación con las lógicas de reproducción socioeconómica de los grupos familiares y sociales (cf. secciones 1 y 2.2 del capítulo 2).

La encuesta se cierra con dos módulos de preguntas abiertas y semi-abiertas sobre las percepciones y opiniones del encuestado biográfico. Después de una focalización progresiva sobre el tema de la discriminación laboral y racial en Cali, tres preguntas buscan recoger la experiencia personal de discriminación que ha vivido el encuestado biográfico. La pregunta final sobre el color de piel (*¿Cuál es su color de piel?*) sirve para el análisis de la autopercepción de los individuos en relación con su caracterización externa y los otros temas de la encuesta. Estas preguntas son de interés particular para el capítulo 6 del libro, donde las respuestas se integran en modelos de regresión logística¹⁰, lo que permite un análisis estadístico del proceso de construcción social de las identidades raciales en Cali (secciones 2 y 4) y su relación con la percepción de las discriminaciones en el acceso a los recursos urbanos (sección 4).

1.2. Las encuestas y entrevistas Cidse-Ird en Tumaco (1996-1999)

Durante varias encuestas en el terreno, O. Hoffmann y N. Rivas han recolectado datos sobre el poblado rural de Bellavista, en el río Mejicano, al norte del muni-

10. Los elementos de método y la definición de las variables sobre las cuales son construidas los modelos se encuentran en los cuadros de la sección 2 y el recuadro 2 del capítulo 6.

cipio de Tumaco, que cuenta con una población total de 115.600 habitantes, de los cuales 58.400 habitantes en la cabecera municipal, según el censo de 1993. En un trabajo anterior se había elaborado la “red genealógica” del conjunto de los habitantes de Bellavista en 1996-97, a fin de entender las relaciones de parentesco y de residencia en el poblado. En una nueva etapa, se indagaron, a partir de este registro, los trayectos de los individuos que habían residido un tiempo en Bellavista, tanto los nativos (la mayor parte) como personas que hayan residido un largo tiempo antes de su salida (los esposos o casados con nativos: 6 casos sobre 142), ya sea que habiten o no en el poblado en el momento de la encuesta. El método se basa en entrevistas en profundidad con un número limitado de personas (30), solicitándoles la reconstrucción de sus propias trayectorias migratorias y las de sus familiares más cercanos (parientes, hijos y a veces colaterales, en edades de más de 15 años y no fallecidos). Los informantes eran tanto hombres como mujeres (16 y 14); la mayoría tenían más de 30 años (24/30); 28 eran nativos del río Mejicano, pero sólo 21 de ellos aún residían ahí ya que los otros vivían en Cali (1), Tumaco (6) o en bi-residencia Tumaco-Bellavista (2). La mayor parte de las entrevistas tuvieron lugar en Bellavista o en Tumaco. Se pudo así recoger informaciones sobre los presentes y los ausentes en 1998 (142 personas en total), con una repartición por rangos de edad cercana a la estructura promedia en Bellavista (ver Cuadros 1 y 2).

Cuadro 1: la muestra por rangos de edad y estructura por edades en (Bellavista, río Mejicano, 1998)

Grupo de edad	No. de observaciones	Porcentajes	% Estructura promedia de edades 1991 (Cvc)
15-29	58	41,0	45,0
30-39	26	18,0	16,4
40-49	25	18,0	15,8
50-59	12	8,0	12,8
>59	21	15,0	10,0
Total	142	100,0	100,0

Fuente: encuesta Bellavista, Cidse-Ird, 1998 y Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (Cvc).

**Cuadro 2: lugares de residencia en 1998 de los nativos
(Bellavista, río Mejicano, 1998)**

Residencia en 1998	% hombres	% mujeres
Bellavista	37,0	24,0
Otros ríos	7,0	6,0
Tumaco	21,0	39,0
Cali	25,0	15,0
Otras ciudades del Pacífico	7,0	6,0
Otras (Venezuela, Meta y en el ejército)	3,0	10,0
Sub-total región cercana	65,0	69,0
Total	100,0	100,0

Fuente: encuesta Bellavista, Cidse-Ird, 1998.

Los sesgos de este método eran múltiples, por ello no se ha visto útil profundizar los análisis en términos de “motivos de migración” o de “percepción de la migración”, con excepción de las personas directamente encuestadas. Esto explica el carácter más cualitativo de los resultados presentados (ver secciones sobre Tumaco en el capítulo 2).

2. Las otras fuentes de información

2.1. Encuesta Cidse-Banco Mundial-Alcaldía de Cali: “Acceso y percepción de los servicios ofrecidos por el municipio de Santiago de Cali” (1999)

Habiendo conocido los resultados de la encuesta Cidse-Ird de 1998, el Banco Mundial le confió al mismo equipo la concepción de una encuesta de hogares centrada en medir la pobreza y el acceso y percepción de los servicios públicos (educación, salud, seguridad, vivienda, etc.) en todos los sectores sociales de la ciudad. Se encuestó una muestra de 1.982 hogares representativa del conjunto de la ciudad¹¹. Al igual que la encuesta Cidse-Ird, se incluyó la caracterización

11. La encuesta Cidse-Banco Mundial realizada en septiembre de 1999, se basó en un diseño muestral bietápico. En la primera etapa, las unidades primarias de muestreo (manzanas) son seleccionadas con probabilidades desiguales, proporcional al número de hogares de cada una. En la segunda etapa, se seleccionó un número constante de unidades de observación (5 hogares) en cada manzana con muestreo sistemático equiprobable. Por lo tanto, los hogares afrocolombianos y de control tienen la misma probabilidad de selección. El marco muestral procedió de los resultados del censo 1993 actualizados con las proyecciones de población al año 1999. La base cartográfica utilizada es de 1993, igualmente actualizada, y la estratificación socioeconómica la del Dane, elaborada en 1989. La clasificación analítica de hogares afrocolombianos y no afrocolombianos se hizo con base en los mismos criterios de la encuesta Cidse-Ird, ver Urrea (2000), y Urrea y Ramírez (2000).

fenotípica externa por el encuestador de los miembros del hogar presentes en el momento de la visita. Según esta encuesta, para septiembre de 1999, la población de hogares afrocolombianos en Cali alcanzaba 769.000 personas (37% del total) y la población caracterizada negra o mulata 606.000 (31%). La diferencia con la encuesta de 1998 se explica por la cifra muy superior de población mulata (18% contra 10% en la encuesta Cidse-Ird) en detrimento de la población mestiza (20% contra 28%). Esta diferencia señala la importancia de la formación de los encuestadores y del consenso semántico sobre las categorías fenotípicas, que durante la aplicación de la encuesta Cidse-Banco Mundial, no pudo ser controlado de la misma forma que en la encuesta precedente. No obstante, los resultados de esta segunda encuesta confirman el orden de tamaño de las cifras de la encuesta Cidse-Ird. Por otra parte, la encuesta de 1999 tiene sobre la de 1998 una ventaja importante: su representatividad abarca toda el área urbana, con un diseño muestral que no produce ningún sesgo en términos de orígenes migratorios. Por esta razón, ella ha sido muy útil para evaluar los flujos y describir las estructuras por edad y sexo de los inmigrantes en Cali, según sus lugares de origen (sección 1 del capítulo 2). La segunda utilización de sus resultados, ya mencionada, consistió en acumular las dos muestras (1998 y 1999) para el cálculo de los índices de segregación racial (sección 2 del capítulo 3).

2.2. Las entrevistas y registros de observaciones de terreno en espacios barriales de Cali

Se llevaron a cabo durante los años 1997 y 1998, y 1999-2000, una serie de entrevistas en profundidad a líderes de organizaciones barriales, afrocolombianos y no afrocolombianos¹², relacionadas con la historia de los asentamientos, la presencia institucional y de servicios públicos y las condiciones de vida en estas áreas. Por otra parte, en una investigación realizada dentro del marco del proyecto Cidse-Ird sobre “La construcción social de las masculinidades entre jóvenes negros de sectores populares de la ciudad de Cali” (1999-2000)¹³, se adelantaron un poco más de 50 entrevistas biográficas con jóvenes negros (hombres y mujeres entre 12 y 26 años) y múltiples registros de observaciones de terreno.

12. Barrios Charco Azul, Sardi, Siete de Agosto, Marroquín, Mariano Ramos, Alfonso López, El Retiro, Antonio Nariño, El Poblado.

13. Informe final: “Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales”, proyecto Cidse-Fundação Carlos Chagas, coordinadores F. Urrea y P. Quintín, ver Urrea y Quintín (2001). De este proyecto salieron varias publicaciones que avanzaron en la línea de los estudios sobre sociabilidades barriales en las áreas de alta concentración de población negra en Cali: Urrea (2000, op. cit.), Urrea y Quintín (2000a y 2000b), Quintín y Urrea (2000), Urrea y Quintín (2002) y Urrea (2003).

Además, C. Arias fue encargado de un trabajo fotográfico sobre los espacios de sociabilidades barriales: vida cotidiana en las calles, juego de fútbol, rumbas, movimiento en discotecas, peluquerías afrocolombianas, etc. Se hizo además un seguimiento continuo a cinco grupos de pares juveniles, registrando las interacciones de los muchachos. Al mismo tiempo, se levantó una información sobre el movimiento hip hop y, en particular, el rap (grupos y letras). En un estudio cualitativo sobre segregación socio-racial y violencia en el Distrito de Aguablanca (Cali), se realizaron dos entrevistas a ex militantes del M-19, conocedores de las dinámicas de violencia social y los conflictos en las zonas oriente y de ladera de la ciudad, en los años 80 y 90 (Quintín y Urrea, 2001). Este tipo de información y su análisis cualitativo está presente en varios componentes de los capítulos 3, 6 y 10. En los dos primeros, como complemento y sostén interpretativo del análisis sociodemográfico y estadístico del poblamiento y la segregación residencial en Cali, en relación con la discriminación racial; en el último, como parte del análisis de las prácticas culturales de jóvenes negros en la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- Agier, Michel. 1995. "Lugares y redes. Las mediaciones de la cultura urbana". En *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. XXXII, Ican, Bogotá: 221-243.
- Agier, Michel. 1999a. "Tres estudios sobre la cultura del Pacífico colombiano". En VV.AA. Imágenes de las "culturas negras" del Pacífico colombiano. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 40, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 15-26.
- Agier, Michel. 1999b. "Etnología y compromiso". En J. Camacho y E. Restrepo (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Natura/Ecofondo/Ican, Bogotá, pp. 335-349.
- Agier, Michel. 1999c. "Pérdida de lugar, despojo y urbanización. Un estudio sobre los desplazados en Colombia". En F. Cubides y C. Domínguez (eds.), *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*, Ces - Universidad Nacional, Bogotá, pp.104-126.
- Agier, Michel. 1999d. "¿Cómo hacer ciudad en el nuevo siglo?". En M. Agier, M. Álvarez, O. Hoffmann y E. Restrepo, *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad*, Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, 1999, pp. 279-286.
- Agier, Michel. 1999e. *L'invention de la ville. Banlieues, townships, invasions et favelas* Éditions des archives contemporaines, Paris.
- Agier, Michel et Hoffmann, Odile. 1999. "Les terres des communautés noires dans le pacifique colombien. Interprétations de la loi et stratégies d'acteurs". In *Problèmes d'Amérique Latine*. No. 32, janvier-mars, La Documentation Française, Paris: 17-42. Hay versión en español: "Las tierras de las comunidades negras en el Pacífico colombiano: Interpretaciones de la ley, estrategias de los actores". En *Territorios. Revista de Estudios Regionales y Urbanos*, No. 2, febrero-julio, Bogotá, 1999: 53-76.
- Agier, Michel; Álvarez, Manuela; Hoffmann, Odile y Restrepo, Eduardo. 1999. *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad*. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, 286p.
- Agier, Michel. 2000. "La ciudad desnuda. Emergencia de una nueva condición urbana". Manuscrito, 15 p. Conferencia en la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, el 29 de marzo de 2000 y en la Universidad del Valle, Cali, el 7 de abril de 2000.
- Agier, Michel. 2001a. "Le temps des cultures identitaires. Enquête sur le retour du diable à Tumaco (Pacifique colombien)". In *L'Homme*, No. 157, pp. 87-114.

- Agier, Michel. 2001b. "Disturbios identitarios em tempos de globalização". In *Mana, Estudos de Antropologia social*, Rio de Janeiro, No. 7/2: 7-33.
- Agier, Michel; Barbary, Olivier; Hoffmann, Odile; Quintín, Pedro; Ramírez, Héctor Fabio y Urrea, Fernando. 2001. "Espacios regionales, movilidad y urbanización, dinámicas culturales e identidades en las poblaciones afrocolombianas del Pacífico sur y Cali, una perspectiva integrada". Informe final para Colciencias, Proyecto Cidse-Ird-Colciencias "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas", Cidse, Universidad del Valle, Cali. En *Proyecto Cidse-Ird-Colciencias: Movilidad, Urbanización e Identidades de las Poblaciones Afrocolombianas en el Pacífico Sur, Norte del Cauca y Cali*, versión CD ROM, edición en archivos Adobe (sección informe de síntesis), Cidse-Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, 89 p.
- Agudelo, Carlos E. 1998a. Aproximación a la dinámica política de un pueblo del pacífico. El caso de Guapi. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 23, Cidse-Ird, junio, Universidad del Valle, Cali, 43 p.
- Agudelo, Carlos E. 1998b. Cambio constitucional y organización política de las poblaciones negras en Colombia. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 26, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, 28 p.
- Agudelo, Carlos E. 1999a. "Colombie: changement constitutionnel et organisation des mouvements noirs". In *Problèmes d'Amérique Latine*, No. 32, janvier-mars, La Documentation Française, Paris: 43-52.
- Agudelo, Carlos E. 1999b. "Política y organización de poblaciones negras en Colombia". En VV. AA. Hacer política en el Pacífico sur: algunas reflexiones. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 39, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 3-36.
- Agudelo, Carlos E. 1999c. "Participation politique des populations noires en Colombie". In *Cahiers des Amériques latines*, No. 30, Iheal, Paris: 151-176.
- Agudelo, Carlos E; Hoffmann, Odile y Rivas, Nelly. 1999. Hacer política en el Pacífico sur, algunas aproximaciones. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 39, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, 83 p.
- Agudelo, Carlos E. 2000a. "Comportamiento electoral en poblaciones negras. Algunos elementos para el análisis". En C. Agudelo, T. Hurtado y N. Rivas. Impactos de la Ley 70 y dinámicas políticas locales de las poblaciones afrocolombianas: Estudios de caso. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 50, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 64-140.
- Agudelo, Carlos E. 2000b. "El conflicto armado en el Pacífico colombiano y el comportamiento de los movimientos sociales de comunidades negras". Colloque "La Société prise en otage", 23-25 novembre 2000, Ird - Shadyc - Ehess, Marseille, 25 p.

- Agudelo, Carlos E. 2001a. "El Pacífico colombiano: de 'remanso de paz' a escenario estratégico del conflicto armado". En *Cuadernos de Desarrollo Rural*, No. 46, Universidad Javeriana, Bogotá: 5-38.
- Agudelo, Carlos E. 2001b. "Nuevos actores sociales y relegitimación del Estado. Estado y construcción del movimiento social de comunidades negras en Colombia". En *Análisis Político*, No. 43, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá: 3-31.
- Agudelo, Carlos E. 2002a. "Populations noires et politique dans le pacifique colombien: paradoxes d'une inclusion ambiguë". Thèse pour obtenir le grade de Docteur de L'université Paris III, Discipline: Sociologie. Université Paris III- Sorbonne Nouvelle. Institut des Hautes Etudes de L'Amérique Latine (Iheal). Paris. 611 p.
- Agudelo, Carlos E. 2002b. "Etnicidad negra y elecciones en Colombia". In *The Journal of Latin American Anthropology*. American Anthropological Review, Volume 7, No. 2: 168-197.
- Almario, Oscar y Castillo, Ricardo. 1996. "Territorio, poblamiento y sociedades negras en el Pacífico sur colombiano". En J. I. del Valle y E. Restrepo, (eds.), *Renacientes del guandal: "grupos negros" de los ríos Satinga y Sanquianga*. Biopacífico, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 57-117.
- Almario, Oscar. 2001. "Tras las huellas de los renacientes. Por el laberinto de la etnicidad e identidad de los grupos negros o afrocolombianos del Pacífico sur". En M. Pardo (ed.), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, pp. 15-40.
- Almario, Oscar. 2002. "Desesclavización y territorialización: el trayecto inicial de la diferenciación étnica negra en el Pacífico sur colombiano, 1749-1810". En C. Mosquera, M. Pardo y O. Hoffmann (eds.), *Afrodescendientes en las américas. Trayectorias sociales e identitarias. 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Institut de Recherche pour le Développement, Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, Bogotá, pp. 45-73.
- Alonso, Ana M. 1994. "The politics of space, time and substance: state formation, nationalism, and ethnicity". In *Annual Review of Anthropology*, No. 23: 379-405.
- Álvarez, Manuela. 1999. "Prácticas espaciales y regímenes de construcción de la ciudad de Tumaco". En J. Camacho y E. Restrepo (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*, Fundación Natura-Ecofondo-Ican, Bogotá, pp. 193-220.
- Anderson, Benedict. [1983] 1991. *Imagined communities*. London: Verso.
- Angulo Paredes, N. d. C.; Saya, O. M., y Riascos Torres, J. J. 1991. "Aspectos demográficos de la zona de intervención del convenio Cvc-Holanda". Convenio Cvc-Holanda, Tumaco, noviembre 1991 (multigr.).

- Antoine, Ph.; Bonvalet, C.; Courgeau, D; Dureau, F. (Groupe de réflexion sur l'approche biographique) Eds. 1999. *Biographies d'enquêtes. Bilan de 14 collectes biographiques*. INED, IRD; Réseau Socio-Economie de l'habitat, Collection Méthodes et savoirs, No. 3, Paris, 336 p.
- Aprile-Gnisset, Jacques. 1990. ¿Quién planifica la ciudad? A propósito del nuevo plan de desarrollo de Cali. En *Comunidad y democracia*, No. 1, Cali: 4-61.
- Aprile-Gnisset, Jacques. 1992a. *La ciudad Colombiana: siglo XIX y siglo XX*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá.
- Aprile-Gnisset, Jacques. 1992b. "La colonización en el Chocó (Apuntes)". En *Colonización del bosque húmedo tropical*. Corporación Colombiana para la Amazonía Araracuara, Fondo de Promoción de la Cultura, Banco Popular y Fen, Bogotá: 249-274.
- Aprile-Gnisset, Jacques. 1993. *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Colección de Edición Previa, Universidad del Valle, Cali.
- Aprile-Gnisset, Jacques. 1994. "Los pueblos negros caucanos y la fundación de Puerto Tejada, Ensayo". *Colección de Autores Vallecaucanos*, Gobernación del Valle del Cauca. Gerencia de Desarrollo Cultural, Cali, 245 p.
- Arboleda, Santiago. 2002. "Paisanajes, colonias y movilización social afrocolombiana en el suroccidente". En C. Mosquera, M. Pardo y O. Hoffmann (eds.), *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias. 150 años de la abolición de la esclavitud en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Institut de Recherche pour le Développement, Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos, Bogotá, pp. 399-420.
- Arocha, Jaime. 1989. "Hacia una Nación para los Excluidos". En *Magazín Dominical, El Espectador*, No. 329, Bogotá: 14-21.
- Arocha, Jaime. 1992. "Los negros y la nueva Constitución colombiana". En *Revista América Negra*, No. 3. Pontificia, Universidad Javeriana, Bogotá: 25-35.
- Arocha, Jaime. 1999. *Obligados de Ananse. Hilos ancestrales y modernos en el Pacífico colombiano*. Universidad Nacional de Colombia-Ces, Bogotá, 204 p.
- Balán, J. et Dandler, J. 1987. "Marriage process and household formation: migration in the Cochabamba region (Bolivia) and Bolivian migrants in Buenos Aires (Argentina)". Séminaire "L'insertion des migrants dans les villes africaines", Crdi-Orstom-Urd, Lomé, 10-14 Février 1987, 47 p.
- Balibar, Etienne and Wallerstein, Emmanuel. [1988] 1991. *Race, Nation, Class: Ambiguous Identities*. London: Verso.
- Banks, Marcus. 1996. *Ethnicity: Anthropological constructions*. Routledge, London and New York.

- Banton, Michael. 1983. *Racial and Ethnic Competition*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Barbary, Olivier. 1996. "Análisis tipológico de datos biográficos en Bogotá". Universidad Nacional de Colombia, Col. *Textos*, No. 24, Bogotá, 254 p.
- Barbary, Olivier y Ramírez, Héctor Fabio. 1997. "Tabulación del censo de población y vivienda de 1993 en Cali, Informe de etapa de la parte cuantitativa No. 1". Proyecto movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas, Vol. 1, Universidad del Valle, Cali, 752 p.
- Barbary, Olivier. 1998. Cuestionario de la encuesta "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas". Universidad del Valle, Cali, 32 p.
- Barbary, Olivier. 1999a. "Observar los hogares afrocolombianos en Cali, Problemas teóricos y metodológicos ilustrados". En Barbary et al. Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 38, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 5-30.
- Barbary, Olivier. 1999b. "Afrocolombianos en Cali: ¿cuántos son, dónde viven, de dónde vienen?", En VV. AA. Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 38, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 33-51.
- Barbary, Olivier. 1999c. Mapa "Población afrocolombiana estimada por sector censal", con base en resultados de la encuesta Cidse-Ird-Colciencias.
- Barbary, Olivier; Ramírez, Héctor Fabio; y Urrea, Fernando. 1999a. "Resultados preliminares del análisis de la encuesta (tabulación de la información), Informe de etapa cuantitativa No. 3". Proyecto 'Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas'. Universidad del Valle, Cali, multigr., 530 p.
- Barbary, Olivier; Ramírez, Héctor Fabio y Urrea, Fernando. 1999b. "Población afrocolombiana y no afrocolombiana en Cali: segregación, diferenciales sociodemográficos y de condiciones de vida". En F. Cubides y C. Domínguez (eds.), *Desplazados, Migraciones Internas y Reestructuraciones Territoriales*. Centro de Estudios Sociales, Ces, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp.301-336.
- Barbary, Olivier; Bruyneel, Stéphanie; Ramírez, Héctor Fabio y Urrea, Fernando. 1999. Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 38, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, 98 p.
- Barbary, Olivier et Pinzón, Luz Mary. 1999. "L'analyse harmonique qualitative et son application à la typologie de trajectoires individuelles". In *Mathématique, informatique et sciences humaines*, No. 144, Ehess, Paris: 29-54.
- Barbary, Olivier et al. 1999. "Metodología de la encuesta sociodemográfica en Cali", Informe de etapa cuantitativa No. 2, Proyecto 'Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas', Universidad del Valle, Cali, multigr., 84 p. + anexos.

- Barbary, Olivier. [2000] 2003. "¿Sirven las categorías fenotípicas para entender la segregación socio-racial en Cali (Colombia)?" En F. Lartigue, A. Quesnel (coordinadores). *Las dinámicas de la población indígena. Cuestiones y debates actuales en México*. Ciesas, Ird, Miguel Ángel Porrúa, Grupo Editorial, México D. F., 149-187.
- Barbary, Olivier. 2001a. "Segmentación socio-racial y percepción de discriminación en Cali: una encuesta sobre la población afrocolombiana". En *Revista Desarrollo y Sociedad*, No. 47, Cede, Universidad de Los Andes, Bogotá: 89-149.
- Barbary, Olivier. 2001b. "Mesure et réalité de la segmentation socio raciale: une enquête sur les ménages afrocolombien à Cali". In *Population*, No. 5, vol. 56, Ined, Paris: 773-810.
- Barbary, Olivier y Ramírez, Héctor Fabio. 2002. "Reseña metodológica de indicadores de segregación urbana" (próximo a publicarse en el país, disponible ante los autores: obarbary@ehess.vcharite.univ-mrs.fr y hframirez@yahoo.com.es), 20 p.
- Barbary, Olivier (coord.); Dureau, Françoise y Hoffmann, Odile. [2002] 2004. "Mobilité et systèmes des lieux". In (coordonné par) F. Dureau, O. Barbary, V. Gouëset, O. Pissoat, *Villes et sociétés en mutation. Lectures croisées sur la Colombie*, ouvrage coll., Anthropos-Ird, collection villes, Paris, 69-122 (chapitre 2).
- Barbary, Olivier y Urrea, Fernando (editores). 2003. "La población negra en la Colombia de hoy: dinámicas sociodemográficas, culturales y políticas". Presentación y título de la colección de artículos de la revista *Estudios Afro-Asiáticos*, No. 01, Año 25, Jan. Abr. Revista do Centro de Estudos Afro-Asiáticos -Cea e do Centro de Estudos Afro-Brasileiros -Afro, Universidade Candido Mendes, Rio de Janeiro, 178 p.
- Barth, Fredrik. 1969. "Introduction". In Fredrik Barth (ed.). *Ethnic Groups and Boundaries: The Social Organization of Cultural Difference*. Universitets Forlaget-George Allen and Unwin, Berger-London, pp. 9-38.
- Barth, Fredrik. 1995. "Les groupes ethniques et leurs frontières". In P. Poutignat et J. Streiff-Fenart (Presses Universitaires de France) *Théories de l'ethnicité*, Puf, (1969), Paris, pp. 203-249.
- Bastide, Roger. 1967. *Les Amériques noires*. Payot, Paris.
- Bayart, Jean François. 1996. *L'illusion identitaire*, Fayard, Paris.
- Beverly, John. 1999. *Subalternity and representation. Arguments in cultural theory*. Duke University Press, Durham.
- Bhabha, Homi. 1994. *The Location of Culture*. Routledge, New York-London.
- Bonniol, Jean-Luc. 1992. *La couleur comme maléfica. Une illustration créole de la généalogie des Blancs et des Noirs*. Albin Michel.
- Borja Gómez, J. H. 1998. *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada*. Ariel, Bogotá.

- Bourdieu, Pierre. 1978. "Sur l'objectivation participante". In *Actes de la recherche en sciences sociales*, No. 23: 67-94.
- Bourdieu, Pierre. 1980. *Questions de sociologie*, Éd. de Minuit, Paris.
- Bourdieu, Pierre y Wacquant, Loïc. 1992. *An invitation to reflexive sociology*. The University of Chicago Press, Chicago.
- Bourdieu, Pierre. 1990. *Sociología y cultura*. Editorial Grijalbo, México.
- Bourdieu, Pierre. 1994. *Raisons pratiques, sur la théorie de l'action*. Seuil, Paris.
- Bourdieu, Pierre. 1997. *Méditations Pascaliennes*. Seuil, Paris. 316 p.
- Briones, Claudia. 1998. *La alteridad del "cuarto mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Ediciones del Sol, Buenos Aires.
- Brun, Jacques. 1994. "Essai critique sur la notion de ségrégation et sur son usage en géographie urbaine". In J. Brun et C. Rhein (éds), *La ségrégation dans la ville*. L'harmattan, Coll. Habitat et Sociétés, Paris, pp. 21-57.
- Brun, Jacques et Rhein, Catherine. 1994 (éds.). *La ségrégation dans la ville*. L'harmattan, Coll. Habitat et Sociétés, Paris, 261 p.
- Bruyneel, Stéphanie y Ramírez, Héctor Fabio. 1999. "Comparación de indicadores de condición de vida de los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos en Cali". En *Documentos de trabajo Cidse*, No. 38, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 53-62.
- Butler, Judith. 1990. *Gender Trouble*. Routledge, London.
- Butler, Judith. [1990] 1995. "Contingent Foundations: Feminism and the question of 'postmodernism'". In S. Benhabib et al, *Feminist Contentions: A philosophical exchange*. Routledge, New York, pp. 35-58.
- Cabal, Carlos A. 1978. "Norte del Cauca: de la finca y la hacienda a la empresa agrícola". Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Desarrollo Rural, Cimder, Cali, 189 p.
- Casas, Fernando. 1995a. Editorial. En *Revista El Hilero*. Proyecto Biopacífico, Ministerio del Medio Ambiente, Pnud, Gef, edición 1.
- Casas, Fernando. 1995b. "Controversia, consensos y discensos". En *Revista El Hilero*. Proyecto Biopacífico, Ministerio del Medio Ambiente, Pnud, Gef, edición 1: 6-9.
- Cega (Centro de Estudios Ganaderos). 1999. "Análisis de factibilidad y diseño institucional para el desarrollo de cinco núcleos de cultivo de palma de aceite en Tumaco, Nariño" Informe de la consultoría, Bogotá.
- Chackiel, Juan y Villa, Miguel. 1993. *América Latina y el Caribe: dinámica de la población y desarrollo*. Naciones Unidas, Santiago de Chile, 119 p.

- Chakrabarty, Dipesh. 2000. *Provincializing Europe. Postcolonial thought and Historical Difference*. Princeton University Press, Princeton.
- Chamboredon, Jean-Claude et Lemaire, Madeleine. 1970. "Proximité spatiale et distance sociale, les grands ensembles et leur peuplement". In *Revue française de sociologie* XI(1), janvier-mars: 3-33.
- Chatterjee, Partha. 1997. *Our Modernity*. Codesria-Sephis, Dakar-Rotterdam.
- Cochran, W. G., 1977. *Sampling Techniques*. Third edition, Wiley, New York, 428 p.
- Cohen, Abner. [1969] 1996. "Ethnicity and Politics". In J. Hutchinson y A. Smith (comp.), *Ethnicity*. Oxford Readers. Oxford University Press. Oxford, pp. 83-89.
- Colmenares, Germán. 1975. *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*. Ediciones Universidad del Valle, División de Humanidades, Cali, 263 p. Una segunda edición: 1983. En *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca*. Tomo I, Biblioteca Banco Popular, Textos Universitarios, Bogotá.
- Colmenares, Germán. 1979. *Popayán: una sociedad esclavista. 1680-1800. Historia económica y social de Colombia*. Tomo II, Editorial La Carreta, Bogotá.
- Colmenares, Germán. 1990. "El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada. Cartagena y Popayán, 1780-1850". En *Revista Huellas*, No. 29: 8-24.
- Comaroff, John. 1996. "Ethnicity, Nationalism, and the Politics of Difference in an Age of Revolution". In E. Wilmsen y P. McAllister (eds.), *The politics of Difference. Ethnic Premises in a World of Power*. University of Chicago Press. Chicago, pp. 192-184.
- Comier-Salem, Juhé et Boutrais, Roussel. 2002. (eds.), "Introduction". In *Patrimonialiser la nature tropicale*. Ird, Centre de Recherches Africains, Paris, pp. 15-26.
- Comisión para la Formulación del Plan Nacional de Desarrollo de la Población Afrocolombiana. 1998. "Plan Nacional de Desarrollo de la Población Afrocolombiana. 'Hacia una nación pluriétnica y multicultural' 1998-2002". Departamento Nacional de Planeación, Programa Bid-Plan Pacífico, Bogotá, 37 p.
- Cortés, Hernán. 1999. "Titulación colectiva en comunidades negras del Pacífico nariñense". En J. Camacho y E. Restrepo (editores), *De montes, ríos y ciudades: territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Fundación Natura, Ecofondo, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, pp. 131-142.
- Cortés, Guillermo. 2000. *Partir pour rester. Survie et mutations de sociétés paysannes andines (Bolivie)*. Editions Ird, Paris.
- Cosío-Zavala, María-Eugenia. 1980. "Industria petrolera y cambio sociodemográfico en la zona sur de Veracruz". En M.E. Cosío-Zavala (ed), *Impactos regionales de la política petrolera en México*, México, pp. 224-239.

- Courgeau, Daniel. 1988. *Méthodes de mesure de la mobilité spatiale. Migrations internes, mobilité temporaire, navettes*. Ined, Paris, 301 p.
- Cvc-Pladeicop. 1988. *Saneamiento básico integral*. Cali.
- Dane (Departamento Nacional de Estadística). 1998. *Grupos étnicos de Colombia en el Censo de 1993*. Dirección de Censos y Demografía. Departamento Administrativo Nacional de Estadística, Dane, Bogotá.
- Dane. 2000a. *Los grupos étnicos en los censos: el caso colombiano*. Dirección de Censos y Demografía, Dane, Banco Mundial, Bid, Bogotá.
- Dane. 2000b. *Los grupos étnicos de Colombia*, CD-ROM ISSN 0124-437X, Bogotá: 1. El carácter multiétnico de Colombia y sus implicaciones censales. 2. Los grupos étnicos de Colombia en el censo de 1993 - Memorias. 3. Intentos de cuantificación y criterios censo 1993. 4. Resultados. 5. Análisis de resultados.
- Dansereau, Francine. 2000. "Montréal: ségrégation socio-résidentielle et cohabitation sociale". In F. Dureau *et al* (coord.), *Métropoles en mouvement. Une comparaison internationale*, Anthropos-Ird, Paris, pp. 290-297.
- Deas, Malcolm. 1983. "La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la República". En M. Palacios (ed.), *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*. México.
- Deere, Carmen Diana y León, Magdalena. 2000. *Género, propiedad y empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. T.M. Editores, Universidad Nacional-Facultad de Ciencias Humanas. Bogotá, 501 p.
- Del Valle, Jorge Ignacio y Restrepo, Eduardo (eds.). 1996. *Renacientes del guandal: "grupos negros" de los ríos Satinga y Sanquianga*. Biopacífico-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 473 p.
- De Roux, Gustavo. 1991. "Orígenes y expresiones de una ideología liberal". En *Boletín Socioeconómico*, No. 22. Cidse (Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica). Universidad del Valle, Cali: 5-24.
- Defensoría del Pueblo. 1997. *Cuarto Informe Anual*.
- Delaunay, Daniel et Dureau, Françoise. 2003. "Des individus dans la ville: les transitions résidentielles à Bogota". In M. Bertrand (editeur) *Autrepart*, dossier sur *Dynamiques résidentielles dans les villes du Sud*. Ird et Editions d l'Aube, Numero 25, Paris: 87-106.
- Deleuze, Gilles. 1988. *Foucault*. University of Minnesota Press, Minneapolis.
- D.N.P. (Departamento Nacional de Planeación). 2000. *Informe de desarrollo humano para Colombia 1999*, Misión Social, T. M. Editores, Bogotá.
- D.N.P. (Departamento Nacional de Planeación). 2001. *Informe de desarrollo humano para Colombia 2000*, Misión Social, T. M. Editores, Bogotá.

- Deville, Jean Claude. 1982. "Analyse des données chronologiques qualitatives, comment analyser les calendriers?" In *Annales de l'INSEE*, No. 45: 45-104.
- Deville, Jean Claude et Saporta, Gilbert. 1980. "Analyse harmonique qualitative". In *Data Analysis and Informatics*, E. Diday et al (eds.). North Holland Publishing Company, pp. 375-389.
- Díaz, Rafael. 1993. "Hacia una investigación histórica global de la población negra en el Nuevo Reino de Granada durante el período colonial". En A. Ulloa (compiladora) *Contribución africana a las culturas de las Américas*. Proyecto Biopacífico-Inderena, DNP-GEF-PNUD, Col 93/G31 Instituto Colombiano de Antropología/Colcultura, primera edición, Bogotá: 15-22.
- Dirks, Nicholas B; Geoff, Eley, and Sherry B., Ortner. (eds.). 1994. *Culture/Power/History: a Reader in Contemporary Social Theory*. Princeton University Press, Princeton.
- Domenach, Henry et Picouet, Michel. 1987. "Le caractère de réversibilité dans l'étude de la migration". In *Revue Population*, No. 3, vol. 42, Ined, Paris: 469-484.
- Dubet, François. 1994. *Sociologie de l'expérience*. Seuil, Paris.
- Duncan, O.D. and Duncan, B. 1955. "A Methodological Analysis of Segregation Indexes". In *American Sociological Review*, No. 41: 210-217.
- Dupont, Véronique et Dureau Françoise. 1994, "Rôle des mobilités circulaires dans les dynamiques urbaines. Illustrations à partir de l'Equateur et de l'Inde". In *Revue Tiers Monde*, No. 140, t. XXXV: 801-829.
- Dureau, Françoise. 1987. "Migrations et urbanisation. Le cas de la Côte d'Ivoire". Orstom, Collections Etudes et thèses, Paris, 654 p.
- Dureau, Françoise; Flórez, Carmen E., y Hoyos, María Cristina. 1993. La movilidad de las poblaciones y su impacto sobre la dinámica del área metropolitana. *Documento Cede-Orstom*, No. 1. Cede-Orstom, Bogotá, 286 p.
- Dureau, Françoise; Flórez, Carmen E., y Hoyos, María Cristina. 1994. "El programa de investigación Cede-Orstom sobre las formas de movilidad de las poblaciones de Bogotá y su impacto sobre la dinámica del área metropolitana: metodología del sistema de encuestas". En *Revista Desarrollo y Sociedad*, No. 34, Bogotá: 73-94.
- Dureau, Françoise. 1995. "La recolección de datos sobre movilidad espacial de las poblaciones urbanas. Algunas enseñanzas de una encuesta de migraciones realizada en Quito". En *Las nuevas formas de movilidad de las poblaciones urbanas en América Latina. Memorias del taller Cede-Orstom*, Bogotá, 7-11 de Diciembre de 1992. *Documentos del Cede*, No. 97, Bogotá, pp. 141-152.
- Dureau, Françoise; Lulle, Thierry y Parias, Adriana. 1998. "Las transformaciones de los barrios de clase alta en Bogotá: nuevas lógicas y estrategias de producción de vivienda en un marco reglamentario altamente permisivo". En *La investigación*

- regional y urbana en Colombia. Desarrollo y territorio 1993-1997*. Ediciones Carlos Valencia, Dnp - Fideter - Aciur, Bogotá, pp. 372-406.
- Dureau, Françoise et Flórez, Carmen E. 1999. "Dynamiques démographiques colombiennes: du national au local". In *La Colombie à l'aube du troisième millénaire*, Iheal, Paris, pp. 139-166.
- Dureau, Françoise; Dupont, Véronique; Lelièvre, Eva; Lévy, Jean-Pierre et Lulle, Thierry (coordonné par). 2000. *Métropoles en mouvement. Une comparaison internationale*, Anthropos-Ird, Paris, 656 p. Versión en español: 2002. *Metrópolis en movimiento. Una comparación internacional*, Ird-Cids/Universidad Externado de Colombia-Editorial Alfa y Omega Colombiana S.A., Bogotá, 497 p.
- Dureau, Françoise. 2002. "Les systèmes résidentiels: concepts et applications". In J.P. Lévy et F. Dureau (ed.), *L'accès à la ville. Les mobilités en question*. L'Harmattan, coll. Habitat et sociétés. Paris.
- Dureau, Françoise (coord.); Barbary, Olivier; Gouëset, Vincent et Pissoat, Olivier. 2004. *Villes et sociétés en mutation. Lectures croisées sur la Colombie*, ouvrage coll., Anthropos-Ird, collection villes, Paris, 370 p.
- Dureau, Françoise; Barbary, Olivier et Lulle, Thierry. 2004. "Dynamiques de peuplement et ségrégations métropolitaines (Bogota et Cali)". In (coordonné par) F. Dureau, O. Barbary, V. Gouëset, O. Pissoat, *Villes et sociétés en mutation. Lectures croisées sur la Colombie*, ouvrage coll., Anthropos-Ird, collection villes, Paris, 123-182 (chapire 3).
- Elias, Norbert. [1970] 1982. *Sociología fundamental*. Gedisa, Barcelona, 216 p.
- Elias, Norbert. [1987] 1991. *La Société des individus*. trad. Franç., avant-propos de R. Chartier, Fayard, Paris, 302 p.
- El Tiempo. Domingo, 26 de agosto, 2001. "Plan Nacional de Desarrollo de la Población Afrocolombiana". Bogotá.
- Ereuse, Michel. 1987. "Sistemas agrarios y transformaciones de la agricultura". En E. Malpartida y H. Poupon (comp.), *Sistemas Agrarios en el Perú*. Unalm-Orstom, Lima.
- Escalante, Aquiles. 1954. "Notas sobre Palenque de San Basilio". En *Divulgaciones etnológicas*, IV. Universidad del Atlántico, Barranquilla.
- Escalante, Aquiles. 1979. *El palenque de San Basilio*. Editorial Mejoras, Barranquilla.
- Escobar, Arturo. 1996. "Viejas y nuevas formas de capital y los dilemas de la biodiversidad". En A. Escobar y A. Pedroza (invest.) *Pacífico. ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos en el Pacífico colombiano*. Ecofondo-Cerec., Bogotá. pp. 109-131.

- Escobar, Arturo y Pedrosa, Álvaro (comp). 1996. *Pacífico. ¿Desarrollo o diversidad?* Cerec, Ecofondo, Bogotá.
- Escobar, Arturo. 1997. "Política cultural y biodiversidad: estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano". En M. V., Uribe y E. Restrepo (ed.), *Antropología en la modernidad*. Instituto Colombiano de Antropología, Colcultura, Bogotá, pp. 173-206.
- Escobar, Arturo. 1998. *La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*, Grupo Editorial Norma, Bogotá, 474 p.
- Escobar, Arturo. 1999. *El Final del Salvaje. Naturaleza, Cultura y Política en la Antropología Contemporánea*. Ican-Cerec, Bogotá.
- Flórez, Carmen E. 2000. *Las transformaciones sociodemográficas en Colombia durante el siglo XX*, Banco de La República y Tercer Mundo Editores, Bogotá, 181 p.
- Flórez, Carmen Elisa; Medina, Carlos Alberto y Urrea, Fernando. 2001. "Understanding the Cost of Social Exclusion Due to Race and Ethnic Background in Latin American and Caribbean Countries". Documento para el BID; 53 p.
- Foucault, Michel [1976] 1996. *La verdad y las formas jurídicas*. Gedisa, Barcelona.
- Foucault, Michel. 1983. "The subject and power". Afterword of Hubert L. Dreyfus and Paul Rabinow. *Michel Foucault. Beyond structuralism and hermeneutics*. Second edition. University of Chicago Press, Chicago, pp. 208-226.
- Foucault, Michel. [1984] 1989. "The concern for truth" In: *Foucault Live*. Semiotext(e), New York, pp. 293-308.
- Foucault, Michel. 1990. *La vida de los hombres infames*. Ediciones la Piqueta, Madrid.
- Foucault, Michel. 1992. *Microfísica del poder*. Ediciones la Piqueta, Madrid.
- Frémont, A. 1976. "Espace vécu et niveaux sociaux". In *L'espace vécu*, Cnrs, Universités de Caen, Orléans, Paris I, Rouen, Vincennes. Colloque tenu à Rouen les 13 et 14 octobre 1976, Cnrs, Rcp No. 354, Paris: 218-226.
- Friedemann, Nina de. 1969. "Güelmambí: formas económicas y organización social". En *Revista colombiana de antropología*, No. 14, Vol. XIV, Bogotá: 55-70.
- Friedemann, Nina de. 1974. "Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño". En *Revista colombiana de antropología*, No. 16, Bogotá: 9-86.
- Friedemann, Nina de. 1976. "Negros: monopolio de tierra, agricultores y desarrollo de plantaciones de caña de azúcar en el valle del río Cauca". En Nina S. De Friedemann (coordinadora), *Tierra, Tradición y Poder en Colombia. Enfoques Antropológicos*. Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá: 143-167.

- Friedemann, Nina de. 1984. "Estudios de negros en la antropología colombiana". En J. Arocha y N. de Friedemann (editores), *Un siglo de investigación social: antropología en Colombia*. publicaciones ETNO, Bogotá.
- Friedemann, Nina de. 1985. "Troncos" among black miners in Colombia". In T. Greaves y W. Culver, (editors), *Miners and mining in the America*, Manchester University Press, Manchester.
- Friedemann, Nina de y Arocha, Jaime. 1986. *De sol a sol: génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Planeta editores, Bogotá.
- Friedemann, Nina de. 1992. "Negros en Colombia: identidad e invisibilidad". En *América Negra*, No. 3, Pontificia, Universidad Javeriana, Bogotá: 25-35.
- Friedemann, Nina de. 1993. *La saga del negro: presencia africana en Colombia*. Instituto de Genética Humana, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Friedemann, Nina de y Espinosa, Mónica. 1993. "La familia minera en el litoral Pacífico". En P. Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, Vol. II, editorial del Fondo Fen, Bogotá: 560-569.
- Friedemann, Nina de. 1997. "Diálogos Atlánticos: Experiencias de investigación y reflexiones teóricas". En *América Negra*, No. 14: 169-178.
- Friedemann, Nina de. 1998. "Le rôle de l'Afrique et des Noirs dans la construction de l'Amérique". In *La chaîne et le lien, Une vision de la traite négrière*. Unesco, Paris, pp. 383-394.
- Giddens, Anthony; Bauman, Zygmunt; Luhmann, Niklas y Beck, Ulrich. 1996. En J. Beriaín (Comp.), *Las consecuencias perversas de la modernidad*, Editorial Anthropos, Barcelona, 282 p.
- Gilard, Jacques. 2000. "Scandale noir en pays métis: la Colombie et les danses négro-américaines [1940-1950]". In E. Apprill [dir.], *Danses latines et identités*, L'Harmattan, Paris, pp. 33-45.
- Gilroy, Paul. 2000. *Against Race: Imagining Political Culture beyond the Color Line*. The Belknap Press of the Harvard University Press, Cambridge, MA.
- Godelier, Maurice. 1989. "Territorio y propiedad en algunas sociedades precapitalistas". En *Lo Ideal y lo Material, Pensamiento, Economía y Sociedad*. Tours, Madrid.
- Gouëset, Vincent. 1998. *Bogotá: nacimiento de una metrópoli. La originalidad del proceso de concentración urbana en Colombia en el siglo XX*, Tercer Mundo Editores, Observatorio de Cultura Urbana, Cenac, Ifea, Fedevivienda, 357 p.
- Grafmeyer, Yves. 1994. "Regards sociologiques sur la ségrégation". In Brun J. et Rhein (éds), *La ségrégation dans la ville*. L'harmattan, Coll. Habitat et Sociétés, Paris, pp. 85-117.

- Gros, Christian. 1993. "Derechos indígenas y nueva Constitución en Colombia". En *Análisis Político*, No. 19: 8-24.
- Gros, Christian. 1997a. *Pour une sociologie des populations indiennes et paysannes de l'Amérique latine*, L'Harmattan, Paris.
- Gros, Christian. 1997b. "Indigenismo y etnicidad: el desafío neoliberal". En M.A., Uribe y E. Restrepo (editores), *Antropología en la modernidad*. Instituto Colombiano de Antropología – Colcultura. Bogotá, pp. 15-60.
- Gros, Christian. 2000. *Políticas de la etnicidad: identidad, Estado y modernidad*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Santa Fe Bogotá, 216 p.
- Gros, Christian. 2002. "Le multiculturalisme à l'école: entre mythe et utopie". Document de discussion, Ersipal, Paris.
- Grossberg, Lawrence. 1997. *Bringing it Back Home. Essays on Cultural Studies*. Duke University Press, Durham.
- Groupe de Réflexion sur l'Approche Biographique (éds. P.h., Antoine; C. Bonvalet; D. Courgeau; F. Dureau et E. Lelievre). 1999. "Biographies d'enquêtes. Bilan de 14 collectes biographiques", Ined-Puf, Coll. *Méthodes et savoirs*, No. 3, Paris, 336 p.
- Gruzinski, Serge. 1999. *La pensée métisse*. Fayard, Paris.
- Guha, Ranajit. [1983] 1994. "The prose of counter-insurgency" In N. Dirks B., G. Eley, and S.B. Ortner. (eds.), *Culture/Power/History: a Reader in Contemporary Social Theory*. Princeton University Press, Princeton, pp. 336-371.
- Guillaumin, Colette. 1992. *L'idéologie raciste*. Editions Gallimard, Collection Folio Essais.
- Guillén, Fernando. 1979. *El poder político en Colombia*, Punta de Lanza, Bogotá.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. 1968. *Familia y Cultura en Colombia*. Coediciones del Tercer Mundo y Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. 1999. *Miscegenación y cultura en la Colombia colonial, 1750-1810*. Colciencias – Uniandes, Bogotá.
- Gutiérrez, Ildefonso. 1996. *Los Afroamericanos. Historia, cultura y proyectos*. Editorial El Búho, Bogotá.
- Halbwachs, Maurice. 1997. *La mémoire collective*. Édition critique établi par Gérard Namer. Bibliothèque de l'évolution de l'humanité. (deuxième édition 1950, Presses Universitaires de France), Paris.
- Hall, Stuart. 1985. "Signification, Representation, Ideology: Althusser and the Post-structuralist Debates". In *Critical Studies in Mass Communication*, pp. 91-114.

- Hall, Stuart. 1996a. "Introduction: Who needs 'identity'?" In Stuart Hall and Paul Du Gay (ed.). *Questions of Cultural Identity*. Sage Publications, London, pp. 1-17.
- Hall, Stuart. [1986] 1996b. "On postmodernism and articulation. An interview with Stuart Hall. Edited by Lawrence Grossberg". In David Morley and Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies* Routledge. London-New York, pp. 131-150.
- Hall, Stuart. [1986] 1996c. "Gramsci's relevance for the study of race and ethnicity". In David Morley and Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies* London-New York, pp. 411-440.
- Hall, Stuart. [1989] 1996d. "New ethnicities". In David Morley and Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*. Routledge. London-New York, pp. 441-449.
- Hall, Stuart. [1992] 1996e. "What is 'black' in black popular culture". In David Morley and Kuan-Hsing Chen (eds.), *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*. London-New York, pp. 465-475.
- Hall, Stuart. 1996f. "When was 'The post-colonial'? Thinking at the limit". In Iain Chambers and Lidia Curti (eds.). *The Post-colonial Question*. London-New York, pp. 242-260.
- Haraway, Donna. 1988. "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective". In *Feminist Studies*. 14 (3): 575-599.
- Hartley, H.O. and Rao, J.N.K. 1962. "Sampling with unequal probabilities without replacement". In *Ann. Math. Stat.*, Vol. 33: 350-374.
- Hasenbalg, Carlos. 1996. "Desigualdades raciales en Brasil y en América Latina: respuestas tímidas al racismo encubierto". En E. Jelin y E. Hershberg (editores), *Construir la democracia: derechos humanos, ciudadanía y sociedad en América Latina*. Nueva Sociedad, Caracas.
- Helfrich, Linda. 1998. "Elecciones: entre gamonalismo y civismo. El caso de Tumaco en la costa pacífica". Documento Iepri, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, multigr.
- Helg, Aline. 1984. *Civiliser le peuple et former les élites. L'éducation en Colombie 1918-1957*. Editions L'Harmattan, Paris.
- Henry, L. 1981. Dictionnaire démographique multilingue, volume français. Uiesp-Ordina éditions, Liège, 180 p.
- Hernández, Martha. 1993. "Visión general de la educación", En P. Leyva, (ed), *Colombia Pacífico*, FEN, Bogotá: 542-545.
- Herskovits, Melville J. 1941. *Myth of the Negro Past*. Beacon Press, Boston.

- Hobsbawm, Eric. 1983. "The invention of tradition" In E. Hobsbawm and T. Ranger (eds.). *The invention of Tradition*. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 1-14.
- Hoffmann, Odile. 1997. Desencuentros en la costa: la construcción de espacios y sociedades en el litoral Pacífico colombiano. En *Documentos de trabajo Cidse*, No. 33, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, 34 p.
- Hoffmann, Odile. 1998a. "Políticas agrarias, reformas del Estado y adscripciones identitarias: Colombia y México". En *Revista Análisis Político*, No. 34. IEPRI, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, mayo/agosto: 3-25.
- Hoffmann, Odile. 1998b. "La titulación de territorios colectivos de las comunidades negras en Colombia, entre innovaciones y contradicciones". Conferencia presentada en "Indigenous peoples and reform of the state in Latin América". Cedla, october 29-30th, 1998, 15 p.
- Hoffmann, Odile. 1999a. "La política VS lo político. La estructuración del campo político contemporáneo en el Pacífico Sur colombiano". En *Hacer política en el Pacífico Sur: Algunas aproximaciones. Documentos de trabajo Cidse*, No. 39. Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 37-68.
- Hoffmann, Odile. 1999b. "Sociedades y espacios en el litoral Pacífico sur colombiano". En Agier, Michel; Álvarez, Manuela; Hoffmann, Odile y Restrepo, Eduardo, *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad*. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, 1999: 15-53.
- Hoffmann, Odile. 1999c. "Identidades locales, identidades negras: la conformación del campo político en Tumaco [1950-1998]". En VV. AA. *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad*. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, 1999: 245-276.
- Hoffmann, Odile. 1999d. "Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el Pacífico". En J. Camacho y E. Restrepo (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Fundación Natura-Ecofondo-Ican, Bogotá, pp. 75-94.
- Hoffmann, Odile y Pissoat, Olivier. 1999. Aproximación a la diferenciación espacial en el Pacífico, un ensayo metodológico. En *Documentos de trabajo Cidse*, No. 42, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, 75 p.
- Hoffmann, Odile y Quintín, Pedro. 1999. "Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del Pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización". En *Boletín socioeconómico*, No. 31 Cidse, Universidad del Valle, Cali: 134-140.
- Hoffmann, Odile. 2000a. "La movilización identitaria y el recurso de la memoria (Nariño, Pacífico colombiano)". En C. Gnecco y M. Zambrano (eds.), *Memorias hegemónicas, memorias disidentes*. Icanh-Universidad del Cauca, Bogotá, pp. 97-120.

- Hoffmann, Odile. 2000b. "Jeux de parole et de mémoire autour des mobilisations identitaires (Colombie)". In *Autrepart: Logiques identitaires, logiques territoriales*, No. 14 ; édit. L'aube - Ird, Paris, pp. 33-51.
- Hoffmann, Odile; Pissoat, Olivier y Agudelo, Carlos E. 2000. Mapa "La población negra en Colombia". Univalle-Ird, Cali-Paris.
- Hoffmann, Odile. 2001a. "Del territorio étnico a la ciudad: las expresiones de identidad negra en Colombia a principios del siglo XXI". II Seminario Internacional sobre Territorio y Cultura. Universidad de Caldas, Manizales, Colombia, 23 y 24 de octubre 2001.
- Hoffmann, Odile. 2001b. "Espacios, movilidad y región en el Pacífico sur". En Agier et al. 2001. "Espacios regionales, movilidad y urbanización, dinámicas culturales e identidades en las poblaciones afrocolombianas del Pacífico sur y Cali, una perspectiva integrada". Informe final para Colciencias, Proyecto Cidse-Ird-Colciencias 'Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas', Cidse - Universidad del Valle, Cali. En *Proyecto Cidse-Ird-Colciencias: Movilidad, Urbanización e Identidades de las Poblaciones Afrocolombianas en el Pacífico Sur, Norte del Cauca y Cali*, versión CD ROM, edición en archivos Adobe (sección informe de síntesis), Cidse-Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, pp. 7-24.
- Hoffmann, Odile. 2002a. "Conflictos territoriales y territorialidad negra: el caso de las comunidades afrocolombianas". En C. Mosquera; M. Pardo y O. Hoffmann. (eds.), *Afrodescendientes en las Américas: trayectorias sociales e identitarias*. Universidad Nacional-Icanh-Ird-Ilsa, Bogotá, pp. 351-368.
- Hoffmann, Odile. 2002b. "Collective Memory and Ethnic Identities in the Colombian Pacific". In *The Journal of Latin American Anthropology*. American Anthropological Review, Volume 7, No. 2:118-138.
- Hoffmann, Odile (coord.); Barbary, Olivier; et Cunin, Elisabeth, 2004. "Cite, ethnicité: les configurations de l'ethnicité noire en ville". In (coordonné par) F. Dureau, O. Barbary, V. Gouëset, O. Pissoat, *Villes et sociétés en mutation. Lectures croisées sur la Colombie*, ouvrage coll., Anthropos-Ird, collection villes, Paris, 183-228 (chapitre 4).
- Hurtado, Teodora. 1999. "Siervos sin tierra: poblaciones de migrantes en Puerto Tejada, entre el estigma, la incertidumbre y la aceptación". En VV.AA. Imágenes de las "culturas negras" del Pacífico colombiano. *Documentos de trabajo Cidse*, No.40, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 27-43.
- Hurtado, Teodora. 2001. "Treinta años de protesta social: el surgimiento de la movilización "étnica" afrocolombiana en el norte del Cauca". En M. Pardo (editor), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Bogotá, pp. 95-122.
- Hutchens, R. 2001. "Numerical measures of segregation: desirable properties and their implications". In *Mathematical Social Sciences*. No. 4, pp. 13-29.

- Incora. 2001. "La experiencia colombiana en titulación colectiva de tierras para comunidades negras". Informe sobre titulación colectiva a comunidades negras, presentado por el gerente general de Incora (Jorge Enrique Cardozo Luna) para la conferencia contra el racismo y la xenofobia en Durban (Sudáfrica), 12 p.
- Inderena. 1984. "Parque Nacional Natural Sanquianga". En *Colombia, Parques Nacionales*. Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente, Inderena; Financiera Electrica Nacional S.A., Fen; Fondo para la protección del Medio Ambiente José Celestino Mutis, Fen Colombia, Bogotá, pp. 188-192.
- Jaramillo Uribe, Jaime. 1969. *Ensayos sobre historia social colombiana*. Universidad Nacional de Colombia, Dirección de Divulgación Cultural, Ediciones Imprenta Nacional, Bogotá, 272 p. Existen ediciones posteriores.
- Jaramillo, Samuel y Cuervo, Luis Mauricio. 1987. *La configuración del espacio regional en Colombia*, Cede, Facultad de Economía, Universidad de Los Andes, Bogotá, 367 p.
- Jiménez Mantilla, L.C. 1998. "El barrio, lugar entre la ciudad y la vivienda". En El barrio, fragmento de ciudad. *Documentos barrio taller*. Serie Ciudad y Hábitat. No. 5, Bogotá: 61-70.
- Jimeno, Myriam. 1994. "Región, Nación y diversidad cultural en Colombia". En R. Silva (editor), *Territorios, Regiones, Sociedades*, Univalle – Cerec, Cali, pp. 65-78.
- Khittel, Stefan R. F. 2001. "Usos de la historia y la historiografía por parte de las Ong y Ob de las Comunidades Negras del Chocó". En M. Pardo (ed.), *Acción Colectiva, Estado y Etnicidad en el Pacífico Colombiano*. Icanh – Colciencias, Bogotá, pp. 71-94.
- Laclau, Ernesto. 1985. "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política". En J. Del Campo (ed), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*. Siglo XXI. México, pp. 19-44.
- Laclau, Ernesto and Chantal Mouffe. [1985] 2001. *Hegemony and Socialist Strategy. Towards a Radical Democratic Politics*. London: Verso.
- Lartigue, François et Quesnel, André (coordinadores). 2003. *Las dinámicas de la población indígena. Cuestiones y debates actuales en México*. Ciesas, Ird, Miguel Ángel Porrúa, Grupo Editorial, México D. F., 474 p.
- Latour, Bruno. 1999. *Pandora's Hope: Essays on the Reality of Science Studies*. Harvard University Press, Cambridge.
- Le Bras, Hervé. 1998. *Le démon des origines, Démographie et extrême droite*. Editions de l'Aube, Paris, 261 p.
- Le Bris, E.; Marie, A.; Osmont, A. et Sinou, A., 1987. *Famille et résidence dans les villes africaines. Dakar, Bamako, Saint-Louis, Lomé*. L'Harmattan, Villes et entreprises, Paris, 268 p.

- Leff, Enrique. 1998. "La reapropiación social de la naturaleza". En *Saber Ambiental: Sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. Siglo XXI Editores/Ceich-Unam/Pnuma, México, (capítulo 5).
- Lévy, Jacques. 1994. *L'espace légitime*. Presses de la Fondation de Sciences Politiques, Paris, 442 p.
- Lévy, Jean-Pierre et Brun, Jacques. 2000. "De l'extension au renouvellement métropolitain: mosaïque sociale et mobilité". In F. Dureau et al (coord.), *Métropoles en mouvement. Une comparaison internationale*, Anthropos-Ird, Paris, pp. 229-246.
- Losonczy, Anne-Marie. 1997a. "Hacia una antropología de lo inter-étnico: una perspectiva negro-americana e indígena" En M. V., Uribe y E. Restrepo (ed.), *Antropología en la modernidad*. Instituto Colombiano de Antropología, Colcultura, Bogotá: 253-278.
- Losonczy, Anne-Marie. 1997b. *Les saints et la forêt. Rituel, société et figures de l'échange avec les indiens emberá chez les Négro-Colombiens du Chocó*. L'Harmattan, Paris-Montreal, 419 p.
- Lozano, Betty Ruth. 1996. "Mujer y desarrollo". En A. Escobar y A. Pedrosa *Pacífico. ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimiento social en el Pacífico colombiano*, Cerec, Bogotá, pp. 176-204.
- Macionis, John y Plummer, Ken. 1999. *Sociología*. Prentice Hall, Madrid, 704 p.
- Mauro, A. 1986. *Albañiles campesinos. Migración temporal de los obreros de la construcción*. Ciudad, Quito, 133 p.
- Massey, D.S. and Denton, N.A. 1988, "The dimensions of residential segregation". In *Social forces*, No. 67-4, pp. 281-315.
- Massey, D.S. and Denton, N.A. 1989. "Hyper segregation in U.S. Metropolitan Areas: Black and Hispanic Segregation Along five dimensions". In *Demography*, No. 3, Vol. 26, pp. 373-391.
- Massey, D.S.; White, M. J. and Phua, V. 1996. "The dimensions of segregation revisited". In *Sociological Methods & Research*, No. 2, Vol. 25, pp. 172-206.
- Mato, Daniel. 1996. "On the Theory, Epistemology and Politics of the Social Construction of 'Cultural Identities' in the Age of Globalization: Introductory Remarks to Ongoing Debates". In *Identities* 3(1-2): 61-72.
- Maya, Adriana. 1998. "Demografía histórica de la trata por Cartagena 1533-1810". En: A. Maya (ed.), *Los afrocolombianos. Geografía humana de Colombia*, Tomo VI. Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, pp. 9-52.
- Mcfarlane, Anthony. 1997. *Colombia antes de la Independencia. Economía, sociedad y política bajo el dominio borbón*. Banco de la República, El Áncora Editores, Bogotá.

- Medina, Carlos Alberto. 2001. "Diferencias de la oferta laboral en Colombia con base en el color de la piel". Documentos del Cede, Facultad de Economía, Universidad de Los Andes, Bogotá, 69 p.
- Medina, Yaniro. 2000. "La fijación de estándares ambientales en Colombia. La intervención de las Comunidades Científico -Tecnológicas en los procesos de fijación de estándares". En *Ciencia y tecnología en la política y el derecho ambiental, el caso particular de la fijación de estándares ambientales*. Organización de Estados Americanos, documento de Internet: <http://www.farn.org.ar/docs:p08†/publicaciones8.html>.
- Merizalde, Bernardo. 1921. *Estudio de la costa colombiana del Pacífico*. Estado mayor general, Bogotá.
- Mesclier, Évelyne (coordinadora científica) 1999. *Dinámicas socioeconómicas del espacio colombiano*. Crece – Dane – Ird, Bogotá, 147 p.
- Meyer, S.G. 2000. "As long as they don't move next door, segregation and racial conflict" In *American neighborhoods*, Rowman & Littlefield Publishers inc. Lanham, 343 p.
- Mignolo, Walter. 2001. "Introducción" En W. Mignolo. (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate contemporáneo*. Ediciones del Signo- Duke University. Buenos Aires, pp. 9-53.
- Mina, Mateo. 1975. *Esclavitud y Libertad en el Valle del Río Cauca*. Publicaciones de La Rosca, Bogotá.
- Ministerio de Relaciones Exteriores. 1996. *Estrategia de Colombia en el Pacífico*. Ministerio de Relaciones Exteriores, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Pnud; Consejo Colombiano de Cooperación en el Pacífico, Copecc, Editorial Utópica Ediciones, 223 p.
- Mintz, Sidney and Price, Richard. [1976] 1992. *The Birth of the African-American Culture*, Beacon Press, Boston.
- Mitchell, Timothy. 2000. "The Stage of Modernity" In: T. Mitchell (ed.), *Questions of Modernity*. Minnesota, Minneapolis: pp. 1-34.
- Moriconi-Ebrard, F. 1994. *Geopolis. Pour comparer les villes du monde*. Anthropos, Collection Villes, Paris, 246 p.
- Morley, David and Kuan-Hsing, Chen (eds.). 1996. *Stuart Hall. Critical Dialogues in Cultural Studies*. Routledge, London-New York.
- Mosquera, Claudia; Pardo, Mauricio y Hoffmann, Odile (eds.). 2002. *Afrodescendientes en las Américas: trayectorias sociales e identitarias*. Universidad Nacional-Icanh-Ird-Ilsa. Bogotá.
- Mosquera, Gilma. 1991. *Puerto Tejada, un caso del sur occidente colombiano*. Citce, Universidad del Valle–Funcop. Tomo I, diciembre de 1991, Cali.

- Mosquera, Gilma y Aprile-Gnisset, Jacques. 1999a. "Municipio, urbanismo y vivienda: Cali 1920-1995". En revista del Citce *Territorio, Construcción y Espacio*. No. 1, Cali, pp. 81-92.
- Mosquera, Gilma y Aprile-Gnisset, Jacques. 1999b. "Hábitats y habitantes del Pacífico, Síntesis y reflexiones finales". En *Cuadernos Citce*, Serie Investigaciones, No. 2, Universidad del Valle, Cali, 87 p.
- Mosquera, Gilma. 2000. "Sobre el sistema urbano-aldeano del pacífico". En *Cuadernos del Citce*. Serie investigaciones, No. 4, Universidad del Valle, Cali, 92 p.
- Mosquera, Gilma. 1993. "La vivienda en el Chocó". En P. Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*, FEN, Bogotá.
- Motta, Nancy. 1975. "Estratificación social en Salahonda", Tesis, Universidad del Cauca, Popayán.
- Motta, Nancy. 1993. "Mujer y familia en la estructura social del Litoral Pacífico". En *Revista Colombiana de Trabajo Social*, No. 6, Cali: 57-76.
- Ng'weno, Bettina. 2000. "Vuelvan a África. Me voy para África aún cuando sea en una foto: África y la identidad afrocolombiana en el norte del Cauca". Ponencia presentada en el IX Congreso de Antropología en Colombia. Universidad del Cauca. Popayán, pp. 14.
- Norval, Aletta. 1996. "Thinking identities: Against a theory of ethnicity" In E. Wilmsen y P. McAllister (eds.), *The Politics of Difference. Ethnic Premises in a World of Power*. University of Chicago Press. Chicago, pp. 59-70.
- Oslender, Ulrich. 1998. "Espacio e identidad en el Pacífico colombiano". En J. Camacho y E. Restrepo (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Fundación Natura-Ecofondo-Ican, Bogotá, pp. 25-48.
- Oslender, Ulrich. 2001a. "Black Communities on the Colombian Pacific Coast and the 'Aquatic Space': A Spatial Approach to Social Movement Theory". Doctoral Thesis in Geography. University of Glasgow, 322 p.
- Oslender, Ulrich. 2001b. "La lógica del río: Estructuras espaciales del proceso organizativo de los movimientos sociales de comunidades negras en el Pacífico colombiano". En M. Pardo (ed.) *Acción colectiva; Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Colciencias, pp. 123-148.
- Osorio, F. E. 1995. *Pobladores rurales en situación de desplazamiento: condiciones y perspectivas*. Codhes, Bogotá.
- Palacios, Marco. 1995. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*. Editorial Norma, Bogotá.
- Paquette, Catherine. 2000. "Santiago du Chili: une ségrégation spatiale importante et "organisée". In F. Dureau et al (coord.), *Métropoles en mouvement. Une comparaison internationale*, Anthropos-Ird, Paris, pp. 311-317.

- Pardo, Mauricio. 1997. "Movimientos sociales y actores no-gubernamentales". En M. Uribe y E. Restrepo (eds.), *Antropología en la modernidad*. Ican-Colcultura, Bogotá, pp. 207-252
- Pardo, Mauricio. 1998. "Construcción de elementos de liderazgo en el Pacífico colombiano reciente". En M. Sotomayor (ed.), *Modernidad, Identidad y Desarrollo*. Ican-Colciencias, Bogotá.
- Pardo, Mauricio. 1998. "Poblaciones Negras y modernidad". Proyecto de investigación Colciencias, Ican, Ministerio de Cultura, Bogotá.
- Pardo, Mauricio. 2001. *Acción Colectiva, Estado y Etnicidad en el Pacífico Colombiano*. Colciencias-Icanh, Bogotá.
- Pardo, Mauricio. 2002. "Entre la autonomía y la institucionalización: Dilemas del movimiento negro colombiano". En *Journal of Latin American Anthropology*, 7(2): 60-85.
- Park, Robert. 1952. *Human Communities: The City and Human Ecology*. Glencoe, III: Free Press.
- Paz, Nery J. 1977. *El proletariado agrícola como sector de clase en el Valle Geográfico del Río Cauca*. Emcodes, Mimeo, Cali.
- Perea, Berta. 1990. "Estructura familiar afrocolombiana". En *Cuadernos de trabajo de Hegoa*, No. 5, Bilbao.
- Petrucelli, José Luis. 1993. "Influences françaises sur la pensée brésilienne: races, peuple et population (1890-1930)". In *Annales de Démographie Historique*. Société de Démographie Historique - Ehess, Paris: 251-262.
- Petrucelli, José Luis. 2000. "A Cor Denominada. Um estudo do Suplemento da Pesquisa Mensal de Emprego de Julho de 1998", In *Textos para Discussão*, Ibge, No. 3, Rio de Janeiro, 30 p.
- Petrucelli, José Luis. 2002. "A Declaração de Cor/ Raça no Censo 2000: Um Estudo Comparativo", In *Textos para Discussão*, Ibge, No. 6, 25 p.
- Pierson, Donald. 1971. *Branços e Pretos na Bahia (Estudo de contato racial)*. Companhia Editora Nacional, São Paulo. La versión original [1942] *Negroes in Brazil: A Study of Race Contact at Bahia*. University of Chicago Press.
- Pinzón, Luz Mary. 1998. "Manejo del tiempo en el análisis armónico cualitativo: aplicación al análisis tipológico de datos biográficos". Tesis de magíster en estadística. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias, Departamento de Matemáticas y Estadística, Bogotá, 128 p.
- Plan Pacífico. 1997. "Diagnóstico, Plan de Ordenamiento Municipal 1997 (Guapi y costa caucana)". Consultoría Planificadores Ltda.
- Poole, Deborah. 1997. *Vision, race, and modernity. A visual economy of the Andean image world*. Princeton University Press, New Jersey.

- Poulain, M. 1985. "La migration, concept et méthodes de mesure". In *Migrations internes. Méthodes d'observation et d'analyse*. Ucl, Louvain, pp. 7-38.
- Proyecto Cidse-Ird-Colciencias. 1995. "Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del Pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización", versión original, Cidse/Univalle-Ird, Cali: 85 p. A partir de 1996 el título del proyecto es "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas en la región del Pacífico", con una nueva versión del documento (77 p.).
- Quijano, Aníbal. 2000. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En E. Lander (ed.), *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Clacso, Buenos Aires, pp. 201-245.
- Quintín, Pedro. 1999a. "Memorias y relatos de lugares: a propósito de una migrante de la Costa Pacífica en Cali". En J. Camacho y E. Restrepo (eds.), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Natural Ecofondo/Ican, Bogotá, pp. 245-262.
- Quintín, Pedro. 1999b. "Ilustraciones de la Costa Pacífica". En VV. AA. "Imágenes de las 'culturas negras' del Pacífico colombiano". *Documentos de trabajo Cidse*, No. 40, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 45-63.
- Quintín, Pedro. 2000. "Los dramas de los lazos de sangre y de parentesco". *Documentos de trabajo Cidse*, No. 51, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, 98 p.
- Quintín, Pedro y Urrea, Fernando. 2000. "Segregación urbana y violencia en Cali: los jóvenes del Distrito de Aguablanca". En *Anuario de Investigaciones 2001*. Cidse, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali: 319-338.
- Quintín, Pedro; Ramírez, Héctor Fabio; y Urrea, Fernando. 2000. Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 49, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali.
- Rao, J.N.K., Hartley, H.O. and Cochran, W.G., 1962. "A simple procedure of unequal probability sampling without replacement". In *Journal of the Royal Statistical Society (J.R.S.S.)*, B24.
- Reboratti, C.E (ed.). 1986. "Se fue a volver". Seminario sobre las migraciones temporales en América Latina. Pispal-Ciudad-Cenep, Mexico, 596 p.
- Redfield, Robert. 1944. *Yucatán, una cultura de transición*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Restrepo, Eduardo. 1997a. "Unos bosques sembrados de aserrios, la industria maderera en el Pacífico colombiano". Informe al Proyecto Biopacífico, Bogotá, 257 p.
- Restrepo, Eduardo. 1997b. "Afrocolombianos, antropología y proyecto de modernidad en Colombia". En M.V., Uribe y E. Restrepo (ed.), *Antropología en la modernidad*. Instituto Colombiano de Antropología, Colcultura, Bogotá, pp. 279-320.

- Restrepo, Eduardo. 1998. "La construcción de la etnicidad: Comunidades Negras en Colombia". En M.L., Sotomayor (ed.), *Modernidad, Identidad y Desarrollo*, Ican-Colciencias, Bogotá, pp. 447-473.
- Restrepo, Eduardo. 1999a. "Hacia la periodización de la historia de Tumaco". En M. Agier, M. Álvarez, O. Hoffmann y E. Restrepo. *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad*. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp. 54-86.
- Restrepo, Eduardo. 1999b. "Aletosos. Identidades generacionales en Tumaco". En M. Agier, M. Álvarez, O. Hoffmann y E. Restrepo. *Tumaco: haciendo ciudad. Historia, cultura e identidad*. Ican/Ird/Universidad del Valle/Colciencias, Bogotá, pp. 151-196.
- Restrepo, Eduardo. 2001. "Imaginando comunidad negra: Etnografía de la etnización de las poblaciones negras en el Pacífico sur colombiano". En M. Pardo (editor), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Icanh, Bogotá, pp. 41-70.
- Restrepo, Eduardo. 2002a. "Políticas de la alteridad: Etnización de "comunidad negra" en el Pacífico sur colombiano". In *The Journal of Latin American Anthropology*. American Anthropological Review, Volume 7, No. 2:34-58.
- Restrepo, Eduardo. 2002b. "Etnicidad sin garantías: Contribuciones de Stuart Hall a los estudios de la etnicidad", 30 p.
- Rivas, Nelly. 1998. "Territorialidad y derechos de propiedad en el río Mejicano, Costa Pacífica nariñense". Tesis de grado para optar el título de socióloga en la Universidad del Valle, Cali.
- Rivas, Nelly. 1999a. Prácticas espaciales y construcción territorial en el Pacífico Nariñense, río Mejicano-Tumaco. *Documentos de Trabajo Cidse*, No. 41. Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali, 86 p.
- Rivas, Nelly. 1999b. "Modalidades de acceso a la tierra en el Pacífico nariñense: río Mejicano-Tumaco. En J. Camacho y E. Restrepo (eds), *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Natura/Ecofondo/Ican, Bogotá, pp. 95-106.
- Rivas, Nelly. 2000a. "Ley 70, medio ambiente y relaciones intra-municipales: El consejo comunitario Acapa, pacífico nariñense". En VV. AA. Impactos de la ley 70 y dinámicas políticas locales de las poblaciones afrocolombianas: Estudios de caso. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 50, Cidse-Ird, 1-28.
- Rivas, Nelly. 2000b. "Ley 70, medio ambiente y relaciones intra-municipales: el consejo comunitario Acapa, pacífico nariñense". En *Documentos de trabajo Cidse*, No. 50, Cidse-Ird Universidad del Valle, Cali: 3-50.
- Rivas, Nelly. 2001. "Ley 70 y medio ambiente". En M. Pardo (editor), *Acción colectiva, Estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Icanh, Bogotá, pp. 149-171.

- Rojas, Jeannette. 1996. "Las mujeres en movimiento: crónicas de otras miradas". En A., Escobar y A., Pedrosa (editores), *Pacífico. ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimiento social en el Pacífico colombiano*. Cerec, Bogotá, pp. 205-219.
- Romero, Mario D. 1995. *Poblamiento y sociedad en el Pacífico colombiano. Siglos XVI al XVIII*. Univalle, Cali.
- Romero, Mario D. 2001. "Los pueblos de afrocolombianos". En *Historia, geografía y cultura del Cauca. Territorios posibles*. Tomo I. Universidad del Cauca; Popayán: 360-372.
- Rubiano, Norma; Gonzalez P., y Granados, E. 1998. "Estudio nacional sobre migración interna y fuerza de trabajo en Colombia". Universidad Externado de Colombia, Cids, Bogota, 129 p.
- Rueda, José Olinto. 1993. "Población y Poblamiento". En P. Leyva (editor) *Colombia Pacífico*, tomo II, Fen-Biopacífico-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Ruiz, S., Carlos A. 2000. "Donde estemos estamos con el pensamiento propio: Elementos de Jurisdicción Especial Indígena y prácticas comunitarias de justicia". Funcop-Cauca, Rjctc, Aesco, Popayán, 185 p.
- Sabatini, F. and Arenas, F. 2001. "Residential segregation pattern changes in Chile's main Cities. Scale shifts and increasing malignancy". Communication à 'International Seminar on Segregation and the City'. Lincoln Institute of Land Policy, Cambridge, Mass. 26 p.
- Said, Edward. 1978. *Orientalism*. Vintage Books, New York.
- Sánchez, John Antón. 2001. "La estrategia étnica afrocolombiana en el Pacífico: conflicto, territorio y región", II Seminario Internacional sobre "Territorio y Cultura", Universidad de Caldas, Colombia, 23 y 24 de octubre 2001, Manizales, 25 p.
- Schnapper, Dominique. 1998. *La relation à l'Autre. Au cœur de la pensée sociologique*, Gallimard, Essais, Paris.
- Simon, Patrick. 1997. "La statistique des origines, race et ethnicité dans les recensements aux États-Unis, Canada et Grande Bretagne". In *Sociétés contemporaines*, No. 26, Paris, pp. 11-44.
- Simon, Patrick. 1998. "Nationalité et origine dans la statistique française Les catégories ambiguës". In *Population*, No. 3, Paris: 541-568.
- Simon, Patrick. 2000. "La division sociale et ethnique de l'espace parisien" In F. Dureau et al (coord.), *Métropoles en mouvement. Une comparaison internationale*, Anthropos-Ird, Paris, pp. 299-309.
- Simon, Patrick et Stavo-Debaugé, Joan. 2002. "Lutte contre les discriminations et statistiques: à la recherche d'une cohérence". Rapport final au Fasild. Ined (Institut national d'études démographiques), Paris, 189 p.

- Spivak, Gayatri Chakravorty. 1988. "Subaltern Studies: Deconstructing Historiography" En *In other words: essays in cultural politics*. Routledge, New York, pp. 197-221.
- Spivak, Gayatri Chakravorty. [1988] 1994. "Can the Subaltern Speak?" In P. Williams y L. Chisman (eds.), *Colonial Discourse and Post-colonial theory. A Reader*. Columbia University Press, New York, pp: 66-111.
- Stoler, Ann Laura. 1995. *Race and the Education of Desire. Foucault's History of Sexuality and the Colonial Order of Things*. Duke, Durham.
- Taguieff, Pierre-André et al. 1993. *Face au racisme*, tome 1: "Les moyens d'agir". tome 2: "Analyses, hypothèse, perspectives". La Découverte, Paris, 237 p. & 336 p.
- Taussig, Michael. 1978. *Destrucción y resistencia campesina: el caso del Litoral Pacífico*. Punta de Lanza. Bogotá, 230 p.
- Tribalat, Michèle (avec la participation de P. Simon et B. Riandey). 1996. *De l'immigration à l'assimilation, enquête sur les populations d'origine étrangère en France*. La Découverte/Ined, Paris, 302 p.
- Tonnies, Ferdinand. [1922] 1977. *Communauté et société. Catégories fondamentales de la sociologie pure*. Les Presses Universitaires de France, Paris, 286 p.
- Uribe, Pilar. 2002. "Gobierno cumple metas en materia de titulación colectiva". En Incora-Comunidades negras, página Web: www.incora.gov.co/noticias, (30/07/2003).
- Urrea, Fernando y Vanín, Alfredo. 1995. "Religiosidad popular no oficial alrededor de la lectura del tabaco, instituciones sociales y procesos de modernidad en las poblaciones negras de la Costa Pacífica colombiana". En *Boletín socio-económico Cidse*, primer semestre de 1995, No. 28: 36-58.
- Urrea, Fernando. 1997. "Dinámica sociodemográfica, mercado laboral y pobreza urbana en Cali durante las décadas de los años 80 y 90". En *Coyuntura social*. Fedesarrollo e Instituto Ser de Investigación, No. 17, Noviembre, Bogotá: 105-164.
- Urrea, Fernando y Hurtado, Teodora. 1997. "Puerto Tejada: de núcleo urbano de proletariado agroindustrial a ciudad dormitorio". En F. Zuluaga (editor), *Puerto Tejada. 100 Años*. Municipio de Puerto Tejada, Alcaldía Municipal, Cali, pp. 197-242.
- Urrea, Fernando. 1999. "Algunas características sociodemográficas de los individuos y hogares afrocolombianos en Cali". En VV. AA. Afrocolombianos en el área metropolitana de Cali. Estudios sociodemográficos, *Documentos de trabajo Cidse*, No. 38, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 63-98.
- Urrea, Fernando y Murillo Fernando. 1999. "Dinámica del poblamiento y algunas características de los asentamientos populares con población afrocolombiana en el oriente de Cali". En F. Cubides y C. Domínguez (eds.), *Desplazados, migraciones internas y reestructuraciones territoriales*. Ces-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, pp. 337-405.

- Urrea, Fernando y Ortiz, Carlos Humberto. 1999. "Patrones sociodemográficos, pobreza y mercado laboral en Cali". Documento elaborado para el Banco Mundial, Cali, 85 p.
- Urrea, Fernando y Hurtado, Teodora. 1999. "Imágenes sobre las transformaciones sociales de un pueblo de negros: el caso de Puerto Tejada". En J. Camacho y E. Restrepo (editores), *De montes ríos y ciudades: territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Fundación Natura – Ecofondo – Instituto Colombiano de Antropología. Santa Fe de Bogotá: 297-334.
- Urrea, Fernando y Quintín, Pedro. 2000a. "Modelos y fisuras de la masculinidad entre jóvenes negros de sectores populares en la ciudad de Cali". En VV. AA. Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 49, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 36-53.
- Urrea, Fernando y Quintín, Pedro. 2000b. "Ser Hombre Negro y Joven: construcción de identidades masculinas entre sectores populares excluidos en Cali (Colombia)". En *Caderno CRH*, No. 32. Dossier Identidades, Alteridades, Latinidades. Revista Semestral do Centro de Recursos Humanos, Faculdade de Filosofia e Ciências Humanas, Universidade Federal da Bahia, Salvador (Bahia), Brasil: 171-211.
- Urrea, Fernando; Arboleda, Santiago y Arias, Javier. 2000. "Redes familiares entre migrantes de la costa Pacífica a Cali". En *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. 35, enero-diciembre 1999, Icanh, Bogotá: 180-241.
- Urrea, Fernando y Mejía, Carlos Alberto. 2000. "Innovación y cultura de las organizaciones en el Valle del Cauca". En F. Urrea; L.G. Arango; C. Dávila; C.A. Mejía; J. Parada; y C.E. Bernal, *Innovación y cultura de las organizaciones en tres regiones de Colombia*, Colciencias - Corporación Calidad, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, pp. 81-218.
- Urrea, Fernando y Ramírez, Héctor Fabio. 2000. "Cambios en el mercado de trabajo de Cali (Colombia), reestructuración económica y social del empleo de la población negra en la década del 90: un análisis de segregación socio-racial a partir de las transformaciones más recientes del mercado de trabajo". En VV. AA. Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 49, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 54-83.
- Urrea, Fernando. 2000. "Relaciones interraciales y clases en la construcción de ciudadanía: el caso de Cali (Colombia)". En VV. AA. Relaciones interraciales, sociabilidades masculinas juveniles y segregación laboral de la población afrocolombiana en Cali. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 49, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 2-35. También en *Anais I Simposio Internacional O Desafio da Diferença. Articulando gênero, raça e classe*. Versión CD ROM, Universidade Federal da Bahia, Salvador, Bahia, Brasil, 09 a 12 de abril de 2000.

- Urrea, Fernando y Quintín, Pedro, (2001). "Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales", Informe final del proyecto Cidse- Fundação Carlos Chagas, "La construcción social de las masculinidades entre jóvenes negros de sectores populares de la ciudad de Cali" (1999-2000), Cidse, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, 300 pp. En *Proyecto Cidse-Ird-Colciencias: Movilidad, Urbanización e Identidades de las Poblaciones Afrocolombianas en el Pacífico Sur, Norte del Cauca y Cali*, (en informe de síntesis) versión CD ROM, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali.
- Urrea, Fernando; Ramírez, Héctor Fabio; Viáfara, Carlos. 2002. "Perfiles socio-demográficos de la población afrocolombiana en contextos urbano-regionales del país a comienzos del siglo XXI". En *Anuario de Investigaciones 2002. Cidse*, (ISSN1657-6365) Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali, pp. 155-203. Una segunda publicación en L. Wartenberg (comp.). 2003. *La cátedra abierta en población 2000-2001*. Universidad Externado de Colombia, Fondo de Población de las Naciones Unidas-UNFPA, Bogotá, pp. 207-264.
- Urrea, Fernando y Hurtado, Teodora. 2002. "La construcción de las etnicidades en la sociedad colombiana contemporánea: un caso ejemplar para la discusión sobre etnicidad y grupos raciales". En N. Fuller (editora), *Interculturalidad y política. Desafíos y posibilidades*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Universidad del Pacífico, Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, Lima: 165-199.
- Urrea, Fernando y Quintín, Pedro. 2002. "Subjetividades masculinas en jóvenes de clases subalternas urbanas". In *Cahiers des Amériques Latines*, No. 39. Dossier Rapports de Genre et Masculinités. Iheal Éditions, Paris: 83-107.
- Urrea, Fernando. 2003. "El grupo de pares en la construcción masculina de jóvenes de clases subalternas". Ponencia presentada en el seminario internacional "Varones adolescentes: Construcción de identidades de género en América Latina. Subjetividades, prácticas, derechos y contextos socioculturales". Flacso-Chile, Santiago de Chile, 6-8 de noviembre del 2002: 19 páginas. En proceso de publicación.
- Urrutia, Miguel. 1990. *40 años de desarrollo social, su impacto social*. Biblioteca Banco Popular, Textos universitarios, Bogotá, 207 p.
- Valdivia, Luis. 1994. *Buenaventura, un desarrollo frustrado. Evolución económica y social del puerto*, Universidad del Valle, Cali.
- Van Dam, Chris. 2000. "La Equidad en el Convenio sobre Diversidad Biológica: transitando un campo minado". In World Conservation Congress, Amman, Jordan, 4-11 October, 2000.
- Vanín, Alfredo. 1996. "Lenguaje y modernidad". En A. Escobar y A. Pedrosa (eds.), *Pacífico. ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimiento social en el Pacífico colombiano*. Cerec, Bogotá, pp. 41-65.

- Vanín, Alfredo. 1999. "Alianzas y simbolismos en las rutas de los ausentes". En VV. AA. Imágenes de las "culturas negras" en el Pacífico colombiano. *Documentos de trabajo Cidse*, No. 40, Cidse-Ird, Universidad del Valle, Cali: 3-14.
- Vásquez, Edgar. 2001. *Historia de Cali en el siglo 20. Sociedad, economía, cultura y espacio*. Santiago de Cali, 320 p.
- Velásquez, Rogerio. 1953. *Memorias del odio*. Alianza de Escritores Colombianos, Bogotá.
- Velásquez, Rogerio. 1957. "La medicina popular en la Costa Colombiana del Pacífico". En *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. VI, Bogotá: 195-258.
- Velásquez, Rogerio. 1961. "Ritos de la muerte". En *Revista Colombiana de Folklore*, 2(6), Bogotá.: 9-74.
- Verger, Pierre. 1957. *Note sur le culte des Orisa et Vodun*, Ifan, Dakar.
- Vermeulen, Hans and Cora, Govers. 1997. "From Political Mobilization to the Politics of Consciousness". In C. Govers and H. Vermeulen (eds.). *The Politics of Ethnic Consciousness*. St. Martin's Press, New York, pp. 1-30.
- Villa, William. 1993. "Territorio y Territorialidad en el Pacífico Colombiano". En M. Restrepo y B.A., Bustos (compiladoras), *Comunidades Negras, territorio, identidad y desarrollo*. Pnr, Pnud, Colcultura, pp. 29-41.
- Villa, William. 1996. "Ecosistemas y Desarrollo". En *Comunidades negras, territorio y desarrollo*, edición especial revista Esteros, Red de Solidaridad Social, p. 17-28.
- Villa, William. 1998. "Movimiento social de comunidades negras en el Pacífico colombiano. La construcción de una noción de territorio y región". En A. Maya (ed.), *Los afrocolombianos*. Geografía humana de Colombia. Tomo VI, Instituto colombiano de cultura hispánica, Bogotá, pp. 431-448.
- Villa, William. 2001. "La sociedad negra del Chocó: identidad y movimientos sociales" En: M. Pardo (ed.), *Acción Colectiva, Estado y Etnicidad en el Pacífico Colombiano*. Colciencias-Icanh, Bogotá, pp. 207-228.
- Wade, Peter. 1993a. "El movimiento negro en Colombia". En *América Negra*, No. 5. Pontificia Universidad Javeriana, Santa Fe de Bogotá: 172-191.
- Wade, Peter. 1993b. *Blackness and race mixture: The dynamics of racial identity in Colombia*. Johns Hopkins University Press. Baltimore. Versión española. 1997. *Gente negra. Nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Editorial Universidad de Antioquia, Instituto Colombiano de Antropología, Siglo del Hombre Editores, Ediciones Uniandes. Bogotá.
- Wade, Peter. 1994. "Identités noires, identités indiennes en Colombie". In *Cahiers des Amériques Latines*, No. 17, Iheal, Paris: 125-140.

- Wade, Peter. 1996. "Identidad y etnicidad". En A. Escobar y A. Pedrosa (editores), *Pacífico. ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimiento social en el Pacífico colombiano*. Ecofondo - Cerec. Bogotá, pp. 283-298.
- Wade, Peter. 1999. "Trabajando con la cultura: grupos de rap e identidad negra en Cali". En: J. Camacho y E. Restrepo (eds.). *De montes, ríos y ciudades: Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Natura-Ecofondo-Ican. Bogotá, pp. 263-286.
- Wade, Peter. 2002. "Introduction: The Colombian Pacific in perspective". In P. Wade (ed.), *Black identity and social movements in Latin America: Colombian Pacific Region*. In *The Journal of Latin American Anthropology*. American Anthropological Association, 7(2): 2-33.
- Wald, Abraham. 1943. "Tests of statistical hypotheses concerning several parameters when the number of observations is large". In *Trans. Amer. Math. Soc.* 54, 426-482.
- Weber, Max. 1964. *Economía y Sociedad*. Tomo I. Ediciones Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- West, Robert. 1957. *The Lowlands of Colombia*. Louisiana State University Studies, Baton Rouge, Louisiana. Versión española: 2000. *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*. (traducción: Claudia Leal). Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá, 301 p.
- Whitten, Norman. 1986. *Black Frontiersmen: a South American case*. Illinois. Prospect Heights, Waveland Press.
- Whitten, Norman. 1992. *Pioneros negros: la cultura afro-latinoamericana del Ecuador y Colombia*. Centro cultural Afro-ecuatoriano. Quito.
- Wouters, Mieke. 2001. "Derechos étnicos bajo el fuego: el movimiento campesino negro frente a la presión de grupos armados en el Chocó. El caso de la Acia". En M. Pardo (ed.), *Acción Colectiva, Estado y Etnicidad en el Pacífico Colombiano*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia - Colciencias, Bogotá, pp. 259-285.
- Yacup, Sofonías. 1934. *Litoral recóndito*. Renacimiento, Bogotá.
- Yepes, Diego y Arias, J. 1976. "Inmigración a Bogotá: 1922-1972". *Revista de Planeación y Desarrollo*, Vol. VIII, No. 2, Bogotá: 207-226.
- Yeros, Paris. 1999. "Towards a normative theory of ethnicity: Reflections on the Politics of Constructivism". In P. Yeros (ed.). *Ethnicity and Nationalism in Africa. Constructivist Reflections and Contemporary Politics*. St. Martin's Press, New York, pp. 101-131.
- Zambrano, Fabio. 1994. "La ciudad colombiana. Una mirada de larga duración". En *Pobladores Urbanos. Ciudades y espacios*. Tercer Mundo Editores, Ican-Colcultura; pp. 35-71.

- Zapata Olivella, Manuel. 1967. "Aportes materiales y sicoafectivos del negro en el folklore colombiano". En *Boletín cultural de la biblioteca Luis Ángel Arango*. 10(6), Bogotá.
- Zuluaga, Francisco. 1993. *Guerrilla y sociedad en el valle del Patía: una relación entre clientelismo político e insurgencia social*. Colciencias-Universidad del Valle, Cali.
- Zuluaga, Francisco. 1994. "Conformación de las sociedades negras del Pacífico". En *Historia del Gran Cauca*. Separata del diario Occidente. Fascículo 13. Cali.
- Zuluaga, Francisco. 1997. "Las haciendas esclavistas en el Norte del Cauca". En F. Zuluaga (editor académico), *Puerto Tejada 100 años*. Alcaldía Municipal, Municipio de Puerto Tejada: 67-80.

Estadísticas¹

- Censo de población 1918. 1920. Archivo Nacional de Colombia.
- Dane (Departamento Nacional de Estadística). 1993. *Formulario Censal (hogares particulares), Censo 1993*.
- Dane, 1996. *Censo 1993. Resumen Nacional*. Sistema de consulta del XVI Censo Nacional de Población y V de Vivienda. Departamento Nacional de Estadística, CD ROM, Bogotá.
- Dane, 1997. Micro datos censo 1993: Cali, municipios costa Pacífica y norte del Cauca, CD ROM, Bogotá.
- Dane. 2001a. Encuesta Nacional de Hogares, Bases de micro datos etapas 103, 105, 107, 109; marzos y septiembres de 1999 y 2000.
- Dane. 2001b. Encuesta Nacional de Hogares. Tabulado preliminar para las 13 áreas metropolitanas del módulo de percepción socio-racial; etapa 110, diciembre del 2000.
- Dane. 2001c. *Formulario para Hogares Particulares, Censo Experimental – Rionegro (Antioquia), octubre del 2001*. Dirección de Censos y Demografía, Dane, Bogotá.
- Dane. 2001d. Proyecciones municipales de población 1993-2005. Archivo Excel.
- Encuesta Cidse-Ird-Colciencias. 1998. "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas". Metodología, formulario y bases de micro datos. Mayo-junio, Cali.

1. Fuentes estadísticas especialmente de la introducción y los capítulos 1, 2, 3, 6 y 7.

- Encuesta Cidse/Univalle-Banco Mundial. 1999. "Encuesta de acceso y percepción de los servicios ofrecidos por el municipio de Santiago de Cali". Metodología, formulario y bases de micro datos. Septiembre, Cali.
- Censo barrio Sardi (Cali). 2000. Proyecto Cidse-Ird-Colciencias/Asociación Etnoeducativa Ashanty. Metodología y micro datos.
- Encuesta Sisben (Sistema integrado de subsidios para el bienestar social) del municipio de Tumaco: 1994-1996. Procesamiento de micro datos, 1997.

Otra documentación y fuentes orales y escritas

Documentos

- Agenda XXI para el Pacífico. 2000. "Hacer región", Buenaventura-Bogotá, 20 p.²
- Documentos de autoría de los líderes del Consejo Comunitario Odemap y profesores Colegio del Pacífico en Mosquera Norte³:
- 1997 Notas de campo de estudiantes de antropología de la Universidad Mariana del Departamento de Nariño, oriundos del municipio de Mosquera.
- 1997 "Propuesta de apoyo a la formulación de programas de trabajo Odemap Mosquera Norte" (informe final a Biopacífico) 61 p.
- 1999 "Primer informe de constitución de Consejos Comunitarios al Incora". 127 p.
- 1999 "Segundo informe de constitución de Consejos Comunitarios al Incora. 212 p.
- 2000 "Tercer Informe de constitución de Consejos Comunitarios", 2 volúmenes de 137 y 140 pp.
- 2000 Proyecto: "Aprovechamiento Pesquero sostenible y monitoreo de los recursos hidrobiológicos en la zona marina aledaña al Parque Nacional Natural Sanquianga".
- 2000 "Solicitud de titulación colectiva Consejo Comunitario Odemap, Mosquera Norte".
- 2001 "Dificultad escuela nueva integrada, Colegio del Pacífico". En *Revista PEI* (Plan Educación Integrada).
- 2001 "1810-1998, Mosquera, Nariño, Colombia" (documento elaborado por los profesores del municipio de Mosquera).
- SF "Reglamento Interno Consejo Comunitario Odemap, Mosquera Norte" (naturaleza jurídica, características, constitución y régimen interno).
- Universidad del Pacífico. 1999. "Plan de desarrollo". Buenaventura, 50 p.

2. Documento utilizado en el capítulo 4.

Entrevistas referidas capítulo 7

(entrevistas realizadas entre 1997 y 1999)

Raquel Riascos, propietaria “Sevichería Guapi” de Cali.

Monseñor Rafael Morales, Prefecto Apostólico, Guapi.

Fray Gabriel Gutiérrez, párroco del municipio de Guapi.

Eugenia Ruiz, encargada de la biblioteca de la Normal, Guapi.

Rosa Solís, maestra y activista. Buenaventura.

Gerardo Bazán, exconcejal y líder comunitario de San Antonio de Guajú vereda de GuapiGualberto Banguera, líder comunitario, Guapi abajo.

Entrevista dirección de Cococauca (varios líderes colectivamente), Guapi.

Teodoro Vanín, antiguo líder político conservador de Guapi.

Raquel Portocarrero, maestra y activista cultural, Guapi.

Jesús Castro, alcalde Guapi.

Hernando Vanín, secretario alcaldía.

Harold Martán, coordinador del Incora en Guapi.

Parmenio Zúñiga, líder comunitario, Guapi.

Humberto Villa, representante legal del consejo comunitario del Napi, Guapi.

Evangelista Hurtado, coordinador de la “Federación”, Guapi.

Edén Mancilla, activista de la red de mujeres “Matamba y Guasá”, Guapi.

Teófila Betancur, coordinadora red “Matamba y Guasá”, Guapi.

Entrevistas referidas capítulo 8

(entrevistas realizadas en 1999 y 2000)

Pedro Ibarbo, líder consejo comunitario Odemap Mosquera Norte.

Jesús Vallecilla, presidente de la organización Odemap Mosquera Norte.

Entrevistas líderes norte del Cauca⁴

Arnovia Lobo, representante de la Asociación Cultural Casa del Niño.

Julia Cogollo, miembro de la coordinación técnica nacional del Pcn.

Alfonso Cassiani, miembro de la coordinación técnica nacional del Pcn.

Jhanner Valencia, directivo del Movimiento Investigativo Histórico Cultural Sinecio Mina.

Línder Chara, presidente de la fundación cultural Afrocolombiana Masai.

Otras fuentes

El País (diario caleño). Julio 2 de 1999. "Municipios del norte de la costa nariñense piden anexarse al Departamento del Valle". Sección Región, página 2 C, Cali.

Periódico "Juventud Costeña". 1964. Guapi. Varios ejemplares.

Informe Incora. 2001, Bogotá.

Páginas Web:

www.incora.gov.co/noticias, informe de Silvio Garcés Mosquera, Jefe de Programa de Atención a Comunidades Negras del Incora -30/07/2003.

www.minambiente.gov.co/html/uaespnn/politica/ondex.htm, diciembre del 2001.

www.minambiente.gov.co/html/parques/areas/lasareas/sanquianga/sanqintro.htm, diciembre de 2001.

4. Fuente de información cualitativa utilizada en el capítulo 9. Entrevistas realizadas entre 1999 y 2001.

ÍNDICE TEMÁTICO

A

Abolición de la esclavitud 247 286-287 329
338 360 361-363

Actividades:

Económicas (combinación flexible de)
200-201

Laborales 101 107

Lógica agro-industrial 217-218

Sector agroindustrial 49

Actores del conflicto:

Acción de las fuerzas paramilitares 218-
219

Amenazas a todos los "activistas" de la
sociedad civil 218-219

Armado 38 120

Del narcotráfico 38

Presión de la guerrilla sobre el Pacífico
218-219

Aislamiento y marginalidad (del Pacífico) 72-
73

Ámbitos urbanos 55-56 83-84 166-167

América Latina (grupos étnicos en) 30 47-
48 54-55 71-72 115-116 120

Análisis:

Crítico (de la Ley 70) 405-406

Sociodemográfico 70-73 79-80 114-115
161-162 207-208 340-341 362 389

Ancestralidad 30 54-55 247-248 258-259
406-407

Anomia (en el Pacífico sur) 219

Aportes afro-americanos a la cultura nacional
(descubrimiento y reconocimiento) 397-
398

Aprile-Gnisset, Jacques

Asentamientos en la región Pacífico 71-
72

Poblamiento ribereño en el Pacífico 203

Aproximación multi-escala (perspectiva me-
todológica) 202-211

Áreas metropolitanas (población afrocolom-
biana en) 48-49 78-80 118-119

Arocha, Jaime:

"Invisibilidad histórica" de la población
negra en Colombia 50

Aspectos sociológicos del estudio 30 52-53
59-60 383

Auto caracterización racial 33-34 70-71

Autoafirmación fenotípica en Cali 265-266
278 307

Autodeclaración de pertenencia étnica 178

Auto-identificaciones 401

Autopercepción:

De color de piel 69-70 265-268

Étnica y fenotípica 251 417

Autoafirmación (modalidades de) 44-45

B

Barth, Fredrick

Grupo étnico como grupo social con fron-
teras fluidas y cambiantes 53-54

La primera ruptura con los "primordia-
listas" 229-230

Barranquilla 44-45 80-84 86-89

"Betismo" (en Tumaco) 207-208-209

Bogotá 165-166

Bolívar (Departamento de) 71-84 90-106
144-145

Bonniol, Jean-Luc

Reflexión sobre las relaciones entre lo so-
cial y lo biológico 52-55

Bourdieu, Pierre

"Objetivación" 34-35 159-160

Conocimiento científico y método reflexi-
vo y crítico 43-44

Doxa (a la Bourdieu) 242

Estructuras, *habitus* e interiorización de
formas de comportamiento social 283-284

Sociología y antropología de las prácti-
cas sociales 30

Brasil 23-24 54-55 57-62 70-72

Buenaventura 23-24 72-73 79 97-99 119 121-
122 126-128 130-131 133-134-136 138-139

141-150 190-191

C

Cali:

- Cali 22-24 59-65 69-73 75-108 113-131 135-139 141-150 157-192
- Cali frente a ciudades norteamericanas 39-40 186-188
- Como el polo más importante de emigración del Pacífico 292-293
- Concentración de población negra 28 36 253

Configuración espacial y socioeconómica regional (cambios) 207

Capital:

- Educativo 38 144-145 147 176
- Escolar 127 270-271 365-366 369-370
- Espacial 219-220
- Político 227
- Simbólico 45-46

Agroindustrial alrededor de Tumaco (afianzamiento del) 211

Característica de los hogares Afrocolombianos y no afrocolombianos 79-90 93-94 96-101 104-106 108 123-124

- En Cali 82-84 89-90 93-94 104-105

Características:

- Análíticas y metodológicas del estudio sobre poblaciones afrocolombianas 21-22
- Residenciales 32-33
- Socioeconómicas 69 80 81-82 85 125-127 141 150-151

Caracterización fenotípica 33-34 62 157 161-162 186 265-266

Caribe 23-24 50-51 72-73 76-77 81-82 86-87

Cartagena 36 50-51 71-73 75-77 79-81 95-96 100-101 122-123

Cátedra afrocolombiana 306-307

Categorías raciales de uso común 265-266 278

Categorización socio-racial 33-36

Cauca (Departamento del) 23-24 41 47-49 58-59 71-78 80 87-88 118-119 121-122 127-128 130-131 141 147 164-165 176-177 185

Censos de población 28 58-59 70-71 116-117 162-164

Censo de 1993 251 401

Centro político y económico de la costa caucana (Guapi) 284-286

Chocó (Departamento del) 23-24 97-99 119 119-122 130-131 133 135-136 141-146

Ciclo de vida 30-31 134-135 147-149 166-167 171-172 174-175

Cimarronaje (ocupación del territorio por procesos libertarios) 338-339

- Conformación de los palenques 338

Ciudadanía 21-22 41-44 63-65 106-107 360-361 367-368

"Ciudadanía étnica" 242-243

Clase Social

- Campesinado negro 72-73 107 338-339 360 363-368 380-381

Campesino 203

Capa social intelectual negra en el norte del Cauca (Aparición de) 365

Clase media negra mestizada 272-273

- Clase social 23-24 30-33 36-40 43-45 51-52 55-56 86-88 105- 108 128 147 171 173-174 176 185 190-191

Clasificación fenotípica de la población 63 69-70 178-179 251-252 262-263

Cohesión social 38-39 149-150 152-153

Colmenares, Germán

- Hacienda esclavista 247 361-362

Papel de la raza y la clase social en 276-277

Proletariado agroindustrial 367-370

Proletarización de la población nortecaucana 367-370

Sectores medios asalariados 92-93

Sociedades campesinas en norte del Cauca 362-363

Colombia:

- Población afrocolombiana en 22-24 30-33 36-39 41-42 45-46 48-49 50-60 63-65 113 117-120 152-153 157-158 160-161 163-164 178

Frente a América Latina (población negra y mulata) 71-72

Frente a Brasil (población negra y mulata) 71-72

Colonia "guapireña" en Cali 146-147 149-150 272-273

Color de piel 33-34 50 52-55 57-59 63-65 71-72 79-80 181-182 190- 192

- Apariencia fenotípica 69-70 161-162 178-179 186 188
- Competencia por recursos y espacios de representación 322
- Componente racial 31-32 106-107 147 178 190-191 247
- Comportamientos socio-demográficos 87-89 104-105 107-108
- Comunidades:
- Étnicas 250-251 335-336
 - Indígenas 332
 - Negras 195 212 216-217 256-259 276-277
 - Nuevo discurso sobre comunidades negras 309-310
 - Rurales del Pacífico 327-328 342-343
- Concentración de la población:
- afrocolombiana 70-73 75-81 93-94 101-102 106-107 162-163 329
 - afrocolombiana en Cali 181-182
 - En locales de viviendas de gente negra 190-191
 - Negra 70-71 253 376 397-398
 - Pobre 166-168
 - Residencial 39-40 93-94 161-162 177-178 181-182 187-188 190-191
- Condiciones:
- De reproducción familiar 87-88
 - De vida de los afrocolombianos en Cali 189-190
 - De vida de los hogares afrocolombianos 21 69 79-82 85 89-90 93-94 101-102 151-152 189-190
- Condiciones sociodemográficas 30-31 105-106
- Socioeconómicas de los hogares afrocolombianos y no afrocolombianos 37-38 84-86 94-95 107
- Configuraciones:
- Espaciales urbanas 152-153
 - Socio-espaciales 163-164
- Conflictos interétnicos:
- Entre negros e indígenas 379
 - Inter-étnicos por el acceso a la tierra 366-367 385-386
 - Interétnicos en la región del norte del Cauca 360 387-388
- Conocimiento experto 41-43 242
- Instrumentalización política del conocimiento experto 237-238
- Consejo comunitario 45-48 314 315-317 344-345 382
- Consejo comunitario Odemap-Mosquera Norte como regulador de acceso a los espacios 351
- Constitución de Colombia (1991) 32-33 47-48 54-55 178 211 245 248 259-260 306 398-399
- Construcción (como proceso social):
- Social 28 31-36 40-45 54-56 59-60 60-64 70-71 108 134-135 152-153
 - De identidad como pueblo negro 354-355
 - De la negritud en Cali 261
 - De una identidad étnica 385-386
 - De una nueva identidad tumaqueña 208-209
 - De una sociedad regional 195
 - Del silogismo político de la etnicidad 244
 - Histórica local y regional 283-284
 - Social de la alteridad 266-267
- Constructivismo en los estudios de la etnicidad 228-229 233-234 241
- Efectos de las posiciones constructivistas en el movimiento étnico de comunidad negra en Colombia 232-235
- Contexto multiculturalista 158-159
- Contextos socio-geográficos urbanos y rurales 253
- Contextualización geográfica regional 197-198
- Costa Pacífica 24 26 36-37 39-40 48-49 70-71 80-81 113 119 127 145 176-177 181-182 190-191
- Crecimiento de la población 290-291
- Crecimiento demográfico en Tumaco 207-208
- Crisis económica 83-84 89-90 91 95-96 107 174-175
- Cuestión étnica 247-248
- Cuestionamiento a los enfoques "primordialistas" 229-230
- Cultura y lugar (correlación) 406-407
- Cultura negra juvenil de procedencia estadounidense 403-404
- Culturas en conserva 30 397-398

D

Debate:

- Político local 219-220
- Sobre la desigualdad racial en Cali 191-192
- Sobre la identidad cultural 397

Decadencia de la economía de hacienda esclavista 372-373

Derechos colectivos otorgados 376 401

Derechos territoriales colectivos 307-308 336 351

De Roux, Gustavo

Bandidismo social en el norte del Cauca 364

Movilizaciones sociales norte del Cauca 370-371

Desigualdades sociales 32-34 36 39-41 45-46 50-51 54-55 57 59-60 63-64 69 71-72 81-84 86-94 103-104 106-108 113-114 125-126 147-150

Desigualdad en el acceso:

A bienes materiales y simbólicos 113-114 139-140 152-153 191-192

Al conjunto de los recursos urbanos (desigualdad en) 149-150 192

Al mercado global y "la modernidad" 139-140

Patrones de desigualdad 91-93 105-106 108

Desplazamiento forzado 84-86 123-124 148-149

Desplome del liderazgo negro 367-368

Determinismo:

Social 30-31 49

Sociológico 34-35

Diferenciación:

Racial 188-189

Social 87-88

Social de los espacios metropolitanos 171-172

Difusión cultural 30

Dimensiones sociales:

Cultural 30

Demográfica de la segregación 160-161

Étnico-racial 21-23 28 30 33-34 41 43-44 56-58 63-65

Ideológica 35-36 49

Política 35-36 49

Sociodemográfica 38-39

Socioeconómica 165-167

Socio-económica y racial de la segregación residencial en Cali 157 159-160

Territorial y étnica 196-197

Dinámicas sociales:

De expansión de la ciudad 167-168

Demográficas, culturales y políticas recientes 247

Étnica y territorial nueva 195-197

Políticas "tradicionales" 219-220

Regionales 23-24 35-36 72-73 76-77 95-96 139-140

Rurales 35-36 47-49 57-58 64-65 70-72 81-82 84-96 98-99 101-102 105-108 113 121-123 127-131 139-143 146-147 149-152

Social y económica 289-290

Sociales, políticas y culturales (procesos de interacción y construcción social) 283

Socio-espaciales 220-221

Sociopolíticas 34-36

Territoriales 28 113

Urbanas 22-23 28 35-36 38-39 45 48-49 57-58 64-65 70-72 76-77 80-82 84 87-97 101-108 119 121-122 151-153

Discriminación:

Directa 57

Discriminación 21-22 31-34 44-45 51-52 55-58 63-65 104-105 106-107 147 149-150 152-153 191-192

Indirecta 56-58

La hiper segregación de los afroamericanos 187-188

Positiva 374-375

Racial 260-261

Socio-racial 266-270 273-274 278-279 313-314

Y segregación socio-espacial 275-276

Discursos:

(Sociales) 21-22 28 30-31 41-47 52-53 56 147 150-153

Ambientales globales 45-46

De contra poder 42-43

Étnico y biodiversidad 216

- Étnicos 41-42
 Dispositivos socio-espaciales 195-204 206
 Disputas territoriales 387-388
 Distinción:
 "étnica" 259-260
 Entre identificaciones étnica y racial 157-158
 Distribución:
 Del ingreso 36 81-82 89-93
 Espacial de la población negra 185
 Espacial periférica de las poblaciones más jóvenes 173
 Distrito de Aguablanca 24 176-178 181-182 185 188-189
 Distrito de Aguablanca (estigmatización) 276-277
 División racial 188-189
 Dureau, Françoise
 "Densidad de residencia" 116
 Diversificación de los destinos, los ritmos y las formas de la movilidad 113
 Migración y crecimiento urbano (con Flórez) 118-119
 Segregación urbana (con Barbary y Lulle) 163-164
- E**
- Edad 30-34 44-45 84-88 121-125 128-129 136-138 160-166 171-174 178-180
 como grupo etéreo 108
 Educación 45 63-65 84-86 124-126 134-138 145-147 149-152 301-302 307
 A partir de la Independencia 300
 Bajo el régimen colonial 299-300
 Clima educativo 85 89-91 93-94
 Como confrontación política entre liberales y conservadores en el siglo XIX 300
 Como mecanismo de movilidad social y política 293-294 301-304 321-322
 Como vehículo de ascenso y diferenciación social
 Deserción escolar 270-271
 Educación en Guapi y el Pacífico 301-307
 Nivel educativo 36-37 86-87 93-94 96-97 104-105
 Normales y población negra (su establecimiento) 302-303 305-306
 Oferta escolar 84-86 145
 Participación de los maestros en procesos de liderazgo en la región Pacífica 303-305
 Productora de fenómenos migratorios desde las zonas rurales 298-299 301-303
 Relación de las poblaciones indígenas con la educación 306-307
 Eje espacial Cali-Pacífico sur 22-24 28 35-36
 Eje geográfico Tumaco-Cali 23-24 147-148
 Elección de alcaldes populares 211 214-216
 Elias, Norbert
 Procesos "subjetivos" de producción de individuos 31-32
 Encuestas:
 Cidse-Ird: "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas" (Cali, 1998) 69-70 178-179 251 413 415-417
 Cidse-Banco Mundial, "Encuesta de acceso y percepción de los servicios ofrecidos por el municipio de Santiago de Cali" 69-70 414-415 419-420
 De hogares, Dane 28 33-36 38-39 44-45 50 58-59 69-71 75 80-81 89-90 114-119 129-130 157 159-160-162 178-180
 Locales semiabiertas 28
 Y entrevistas en Tumaco (1996-1999) 417-419
 Enfoque de lo "racial" 70-71
 Época de gloria" de los pueblos nortecaucanos 359-360 365
 Escala social 37-38 188-190
 Esencialismo:
 Estratégico 43-44
 Étnico 41-42 227-228 230-233 238-239 243-244
 Espacios:
 "Étnico" 220-221
 Del Pacífico 198-199
 Matrimoniales 36-37 130-131
 Residencial por clase social 167-168
 Sociales 22-24 28-30 32-33 36-37 39-40 44-46 49 57 63-65 81-82 93-94 105-106
 Urbanos (divisiones sociales) 165-166

- Especificidad agraria (de los habitantes del Pacífico) 40
- Estatus de "comunidad negra" 380-381
- Estatuto de ocupación 171
- Estereotipos raciales 262-263 274-275
- Estigma racial 401
- Estimación y distribución urbana y rural 70-75
- Estimaciones poblaciones 35-36 76-77
- Estrategia étnico-territorial 388-389
- Estratificación del hábitat 146 188-189
- Estructura:
- Del mercado de trabajo en Cali (hogares afrocolombianos y no afrocolombianos) y en tres zonas urbano-rurales 94-97 105-106
 - Geográfica de la región 195-196
 - Por edad 171-172
 - Social 34-36 39-41 43-44 48-49 50-52 57 71-73 79-82 107-108 113 119 134-137 166 148-149 151-152
 - Social y de organización familiar 84-86
 - Socio ocupacional 36
- Etnicidad:
- Agentividades y resistencias (de las políticas de etnicidad) 241
 - Cerramiento conceptual y político de la 242-243
 - Correspondencia entre las narrativas de la etnicidad esgrimida por las organizaciones y la realidad social 227-228
 - De comunidad negra en Colombia 228-229
 - Etnicidad 23-24 32-34 41-42 53-54 63-64
 - Etnicidad/etnia 229-232
 - Etnicidades 239-240 243-244
 - Institucional 250-251
 - Tendencias sobre cómo entender la 227
 - Y políticas de la identidad 243-244
- Evolución de la vida política local en el Pacífico 367-368
- De los patrones de territorialidad 207
- Exclusión 80-81 107
- Masiva de los jóvenes afrocolombianos del mercado de trabajo 174-176
- Expansión de los nuevos empleos urbanos 384-385
- Expresiones políticas en la población afrocolombiana 41-42
- Explotación de los recursos locales y del trabajo (nuevas formas de) 206
- F**
- Factor-es (sociales):
- De diferenciación de la población afrocolombiana 190-191
 - De localización residencial del conjunto de la población 176-178
 - Étnico racial 178
 - Racial 413
 - Socio-políticos 253
 - Socio-racial 97
- Familias de la gente negra en El Pilamo (norte del Cauca) 382
- Fecundidad 36-37 121-122 128-129
- Fenotipo 262-263 267-268
- Afirmación de 265-268
- Festival de Música del Pacífico Petronio Álvarez 403-404
- Friedemann, Nina de
- Campesinado negro norte del Cauca 363-364
 - Crítica al construccionismo por cuestionar la etnicidad de la comunidad negra 233-234
 - Intensidad de la migración en el Pacífico (y otros) 128-129
 - Pacífico colombiano desde diversos enfoques antropológicos diferentes a este estudio (con Velásquez R., Gutiérrez de Pineda V., Arocha J., Motta N., y otros) 245-247
 - Pionera en los estudios del
 - Sobre la invisibilidad de la población afrocolombiana 50
 - Su énfasis funcionalista a partir del parentesco (con otros) 134-135
- Formas (sociales):
- De distribución espacial 173
 - De migración 290-291
 - De movilización social y política 359-360
- Fortalecimiento de la sociedad civil 370-376 398-399

Foucault, Michel

Relaciones entre conocimiento experto y política 228-229

Fragmentación social, política y territorial 217-218

G

Género 30-33 44-45 55-56 84-86 95-108 134-135 147-151

Geografía:

Del poblamiento 179-180

Física 24-25 93-94

Residencial de los migrantes 175-177

Social 171-172

Gestión colectiva 212

Ghetto 191-192 253 276 278-279

Ghetto negro 157-158

Ghetto (autodesignación) 404-405

Cali y las principales ciudades de Estados Unidos (existencia de ghetto) 187-188

Giro constructivista 230-237

Gros, Christian

“Discriminación positiva” e indígenas en Colombia 374-375

“Ruptura ideológica” con el tradicional proyecto nacionalista 307-308

Etnoeducación 306 307

Los indígenas pioneros en

Tierras de comunidades indígenas 389

Grupo:

De solidaridad 38-39 152-153

Dominante-s 42-43 240-241

Étnico 30 53-55 58-59 63

Indígena-s 57-58 63-64

Social 30 49 53-54 129-130 148-151

Subalterno-s 42-43

Gruzinski, Serge

“mestizaje” 197-198

Guapi 23-24 45-46 108 283 284-286

Dinamismo político de los actores étnicos 321-322

Papel de la Iglesia 287 293-300 321-322

Tradicón de fuerte participación política 287

H

Habitantes del Pacífico 40 142-145

Habitus 34-35 262-263

De los grupos o clases en la sociedad calleña 262-263

Hacinamiento 174-175

Hacinamiento promedio 89-90

Hall, Stuart

Crítica al esencialismo 231-232 237-240

Hegemonía política del partido liberal en la población negra 364-367

Historia (de la población afrocolombiana):

De la construcción política y social 321-322

De la esclavitud 338-339

De la legislación ambiental y agraria 329-330

En el norte del Cauca 359

Hogares 28 33-39 50 53-54 58-59 62-63 78-91 93-94 96-98-108 113-114 123-124 134-135 139-140

Composición de los hogares 36 82-84 89-90 171-172

Tamaño de los hogares 36-37 88-89

Tipología de los hogares:

Compuesto completo 82-83

Compuesto incompleto 82-83

Nuclear completo 81-83

Nuclear incompleto 82-83

Extensos completos 81-82

Extensos incompletos 81-82

I

Idea de “territorio” 406-407

Identidad:

Afirmación identitaria 247 256-259 263-264 397

Afrocolombiana 44-45 69-70 150-151 247-248 256-258

Afrocolombiana del Pacífico

Conciencia identitaria 406

Configurada como una construcción social de múltiples facetas 401-403

- Conflictos de identidad y los cambios culturales micro y macro-regionales (condicionantes) 407
 Cuestión identitaria 276-277
 Cultural 402
 Esencialista 30
 Étnica 35-36 41-45 48-49 64-65 149-150 212
 Étnicas 377
 Étnico-raciales en el pacífico 253 308-309
 Étnico-territorial 247 250-251 256-258 259-260 278
 Identidad 28 30 34-36 41-45 48-49 51-52 57-58 60-62 64-65 69-70 149-150
 Identidades étnico-raciales (nuevas) 28 41
 Incursión de las identidades étnicas 389
 Negra 251 253-254 258-259 261 265-267 278-279 339-340 397
 Negra, desde la modernidad urbana 403-404
 Neo-étnica 258-259 265-266
 Nuevos discursos identitarios 28 402-403
 Producción de identidad en el litoral Pacífico 402-403
 Producción de identidades diferenciadas 44-45
 Producción de una identidad cultural 400
 Raciales 417
 Rural 34-35
 Sociales 41-42 48-49 141 152-153
 Surgimiento de las identidades étnicas territoriales 360-361
 Temáticas identitarias 21-22
 Urbana 34-35
 Y cultura (relación entre) 406-407
 Y territorio (nueva relación) 400-401
 Igac (Instituto Geográfico Agustín Codazzi) 315
 Igualdad de oportunidades 44-45 63 117-118
 Inasistencia escolar 84 89-90
 Incora (Instituto Colombiano de Reforma Agraria) 314-317 344-345
 Indicadores sociodemográficos 36 81-82 85 86-87 89-90 93-96 104-106 126-127 142
 Índice de hacinamiento 36 89-90
 Índice de masculinidad 84-87 90
 Tasa de dependencia 36
 Tasas de jefatura femenina 84
 Indicadores de mercado laboral:
 Tasa de desempleo 95-97
 Tasa de ocupación 95-97
 Tasa de participación 95-97
 Índice de Hutchens 163-164 188
 Indigenismo, ruralismo y culturalismo 245-246
 Inmigración de "paisas" 290-291
 Inmigración urbana 84-86 91
 Inserción en el mercado laboral 93-94
 De migrantes 37-38 63 71-72
 En el Departamento de Bolívar 80
 En la ciudad de Cali 80
 En la costa Pacífica 79-80
 En la región del Pacífico 73
 En la región del Urabá antioqueño 80
 En Tumaco 84-86
 Inserción por ramas de actividad 97-101
 Por posición socio-ocupacional 102-105
 Intelectuales y el rol de los investigadores 405-406
 Institucionalización del proceso étnico 351
 Integración:
 Al espacio económico 113
 Al mercado mundial 362-363
 De espacios migratorios 113-114
 Inversión extranjera y nacional 45 73 102-103
 Inversiones capitalistas 73
 Invisibilidad:
 Política y cultural 397
 Racial 261
- J**
- Jefatura de los hogares 36-37 83-88
 Jerarquía:
 Entre los factores de segregación 165-166
 Social 31-32 107-108 137-138
 Social racializada 107-108
- L**
- Legislación:
 Legislación multicultural 28
 Ley Páez (1996) 383-384 386-387 390

- Ley 135 de 1961 371-372
 Ley 60 para los indígenas 217-218
 Ley de negritudes (Ley 70 de 1993) 32-33 63-64 195 199-200 205-206 211-214 216-218 245-248 253-254 256-260 266 306-308 312-315 327 327-330 333-334 343-346 359 375-377 379-380 386-387 398-401
 Liderazgo político negro 366
 Líderes locales 45-46
 Línea constructivista anglosajona 41-42
 Líneas de indigencia y pobreza 36 80-81 85 87-92 93-94 101-102 105-107
 Inequidad social 270-271
 Oportunidades desiguales en el acceso a los bienes materiales y simbólicos ofrecidos por la ciudad 191-192
 Litoral Pacífico de Nariño 23-24 40 45-48 50-51 122-123
 Losonczy, Anne-Marie
 Modelo de subsistencia de alta movilidad 288
- M**
- Manglares del Pacífico 342-343
 Marginación geográfica de la región del Pacífico 216
 Marginalidad socioeconómica y política 376
 Marginalización económica y social 276
 Masacres 84-86
 Materialismo científico 43-44
 Mecanismos de movilidad social 369-370
 Para la protección de la identidad cultural 307-308
 Medellín 36 64-65 73 76-80 101-102 104-105 118-119 141-142
 Mediaciones simbólicas entre los actores involucrados 252 276
 Mediadores: una nueva categoría "socio-política" 221
 Método reflexivo y crítico 42-43 (también Bourdieu)
 Métodos cuantitativos y cualitativos 38-39
 Memoria colectiva 384-385
- Mestizaje 33-34 51-52 403-404
 Sociedad mestiza 31-34
 Merizalde, Bernardo
 Iglesia, misioneros y población negra (Guapi y costa Pacífica)
 Mezcla social 171 177-178
 Migraciones:
 Comportamientos migratorios 73 107 118-119 124-125 128-129 150-151
 Corrientes migratorias 176-177
 De las prácticas migratorias hacia Cali 24 118-119 128-129 143-145 149-150 271-272 415-417
 Dinámicas migratorias 38-39 41 47-48 84-86 107 116-118 148-150 152-153 176-177 190-191
 Flujos migratorios 23-24 73 113 119-120 122-123 128-129
 Flujos migratorios campo-ciudad 73
 Migración 24 38-39 43-44 102-103 106-107
 Migrantes de Antioquia y del Viejo Caldas 188
 Población que migra hacia la capital del Valle 175-176
 Prácticas residenciales de los migrantes (otra dimensión clásica de las) 176-177
 Selectividad de la migración 175-176
 Temporales 36-37
 Trayectorias migratorias en Tumaco y Cali 36-37 116-117 124-125 129-130 136-137 143-144 150-151
 Mirada culturalista 30
 Modelos:
 "Étnico-territorial" en el Pacífico 253-254
 Clásico de redistribución de la tierra mediante reforma agraria 380-381
 De 'reivindicación socio-racial' 260-261
 De campesinado móvil y multi-recursos 207
 De ciudadanía 41-42
 De poblamiento ribereño 203 (ver Aprile-Gnisset)
 Familiar universal 88-89
 Identitario 266
 Modelos de etnicidad 266

- Modelos socio-espaciales 40
 Multiculturalista en Colombia 259-260
 Modernización-modernidad: (procesos de) 31-32 40 45 106-108 221
 Modernización (años 1950-70) 206
 Módulos (en la encuesta Cidse-Ird-Colciencias) sobre percepciones y opiniones del encuestado biográfico 417
 Morfología del espacio regional 220-221
 Movilidad:
 Centrífuga 174-175
 De la población 290-291
 Del poblamiento fluvial 288
 En la escala social 288-289
 Espacial 22-23 28 34-38 113 129-130 151-152
 Residencial 174-176
 Social 45 106-108
 Movilización:
 Agitación y conflicto social norte del Cauca 362-363
 Cien años de movilizaciones sociales norte del Cauca 390
 Étnica en Guapi 309-313
 Lucha étnica 376
 Luchas campesinas 361-362
 Movilizaciones cívicas 389
 Política 227
 Político-étnica 40
 Popular y la emergencia de actores locales 211
 Protesta social 364 388-389
 Sindical 367-368 370-371
 Social y política 245-246
 Tiempos de movilización étnica 211
 Movimiento-s (sociales):
 Afrocolombianos 374-375
 Agrario en El Pílamó 377-378
 Cimarrón 397-399
 Étnico negro 316-317 381-382 388-389
 Identitarios 399-400
 Negro en Colombia 242-243 338-339
 Políticos contra la discriminación racial 397
 Políticos y sociales negros en Colombia 307 321-322
 Populares de la población negra 388-389
 Populares de los años ochenta 370-371
 Sinecio Mina 375-376
 Y organizaciones étnicas 227
 Muestreo (encuestas Cali):
 Aleatorio bietápico 413-414
 Sistemático equiprobable 414-415
 Multicultural (proyecto de sociedad) 41-42
 Multiculturalismo 178 245 306 374-375
 Municipio de Mosquera (costa Pacífica sur) 339-343 355
- N**
- Nariño (Departamento de) 24 40 78 118-123 130-131 141-146 198-199
 Neoliberalismo en América Latina 373-375
 Neutralidad y objetividad 235-236
 Normas locales y tradicionales de apropiación en el Pacífico sur 200-202
 Norte del Cauca 23-24 41 47-49 71-72 80 146
 Nuevas funciones económicas y geoestratégicas del Pacífico 327-328
- O**
- Observación etnográfica 28 30-31 34-35
 Organización social:
 Organización económica 40
 Organización familiar o doméstica 84-86 107
 Organización socio-espacial 166-167
 Organización territorial 28 39-40 113-114
 Organizaciones:
 28 278-279
 Acia (Asociación Campesina Integral del Atrato) 307-309 374-375
 Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (Anuc) 371-372
 Asodergua 312-313
 Asopomi del Micay 312-313
 Asoprodesa 312-313
 Cococauca – Coordinadora de Comunidades Negras del Cauca 311-312

Consejo Comunitario
 Consejo comunitario de El Píamo 384-386
 Cric (Confederación regional indígena del Cauca, de hegemonía Páez) 371-372 388-389
 Ctc (Central de Trabajadores de Colombia) 368-369
 Federación de Trabajadores del Valle – Fedetev 367-368
 Fundación Atarraya 309-310
 Junpro – Juventudes unidas por el progreso 310-312
 Nuevas organizaciones étnicas 313-317 373-374
 Nuevos procesos organizativos y políticos étnicos 291
 Odemap-Mosquera Norte 327 336-337 344-345 354-355
 Organización Comunitaria de Sociedades Negras de El Píamo 372-373
 Organizaciones de mujeres 317-322
 Organizaciones sociales 21-22 41-43 47-48 59-60 64-65
 Red de Mujeres “Matamba y Guasá 318-319
 Universidad del Pacífico 305-306
 Orientación de movimientos negros 41-42
 Orientación sexual 30-31
 Origen geográfico 44-45 56 62 91 127 129-130 133-134
 Origen geográfico como factor de diferenciación socioeconómica 275-276
 Origen migratorio 160-161
 Otras regiones del país 23-24 57-58

P

Pacífico colombiano 283
 Conflicto con las elites empresariales de la gente negra en el Pacífico 386-387
 Poblaciones negras de 283 284-288 295-296 373-374
 Pacífico Sur 22-24 28 32-36 40 41 45-48 71-72 128-129

Palenques:
 Palenque de Guapi 312-313
 Palenque de Napi 312-313
 Palenque Regional Nariño 339-340
 Papel de la Constitución Nacional 307-308
 Papel de las redes de parentesco en la vida social local 200-202
 Pardo, Mauricio
 Expresiones populares en el Pacífico frente a un Estado ausente y un capital que afecta varias esferas 211
 Políticas de la identidad negra 242-243
 Parentesco 82-83
 Parques:
 Convenio de biodiversidad biológica 333-334
 Cuestión ambiental 332-334 338-340 344-345 350 352-355 360-361
 Cuestión ambiental como el principio, el medio y el fin 351-352
 Desarrollo sostenible 333-334
 En el orden de lo global 327-328 354-355
 Pacífico (como reserva forestal) 330-332
 Pacífico (como una región con alta biodiversidad) 333-334
 Parque Natural Sanquianga 327 328 343-344 346-350 352-353 355
 Parques nacionales naturales 330-335
 Salvuarda de los recursos naturales 350-355
 Sanquianga 46-47
 Sistema de Parques Nacionales 330-331
 Participación en la política electoral en el Pacífico 316-318
 Partido liberal y población negra 205-206 398-399
 Patrón o empleador en poblaciones afrocolombianas y no afrocolombianas 102-105
 Patronos (como tendencias):
 Patrón de inserción espacial y social 175-176 178-179
 Patronos de ruralidad y urbanidad 80-81
 Patronos demográficos 28 51-52 69 73 71-72 84-88 106-107
 Patronos espaciales 195-196
 Patronos socioeconómicos 28 69 83-84 91 94-95 106-108

Percepción:

Percepción de las discriminaciones socio-raciales 247 275-276

Percepción del fenotipo 266-267

Perfil socio-laboral 94-95

Perfiles demográficos y socioeconómicos 69

"Pertinencia" (pilares fundamentales de la noción) 201-202

Pertenencia étnica (noción de) 249-250

Perspectivas teóricas:

Instrumentalismo 229-230

Perspectiva "étnica" 69-70

Perspectiva científica 21-22

Perspectiva materialista 30

Perspectiva sociológica 69

Presentismo o finalismo histórico 230-231

Prosa de la contrainsurgencia 240-241

Silogismo político de la Etnicidad 228-229

Situacionalismo 229-230

Transaccionismo 229-230

Violencia epistémica asociada al núcleo mismo del conocimiento experto 240-241

Peso demográfico 69

De las minorías étnicas 250-251 362

Pierson, Douglas

Escuela de Chicago y Brasil como "democracia racial" 188

Plan Nacional de Desarrollo de la población afrocolombiana "Hacia una Nación pluriétnica y multicultural" 1998-2002" 305-306

Poblaciones:

Comunidad negra 376

Evolución histórica de 70-73 75 247-248

Negra-mulata 36 50-51 79 80-82 90-94

Población afrocolombiana 31-41 43-45 50-52 69-72 74 83-84 86-95 101 104-105-108 113 130-131 135-137 143-147 221 247-248 260-261 398-400 404-405

Población blanca 32-33 39-40 50-51 57-58

Población esclava negra 51-52 58-59 71-73 79

Población indígena 361-362

Población negra esclava en el Gran Cauca 361-362

Población no afrocolombiana 28 32-33 36-37 62 83-84 92-94 106-107

Poblaciones negras o mulatas 247-248 259-260 267-268

Poblaciones rurales, ribereñas 195

Poder simbólico 399-400

Política formal (las continuidades y las rupturas de la) 399-400

Políticas 21-23 31-32 34-35 41-43 45-50 52-53 61-64 150-151

Política ambiental (nuevas formas de manejar la) 333-334 351

Políticas de la identidad negra 242-243

Políticas de la verdad' 235-237

Políticas multiculturales 389

Posibilidad de reconocimiento político 351

Prácticas:

Culturales 28 30-32 46-47 115-116 133-134

Culturales en la población joven 384-385

De discriminación laboral 104-105

De movilidad residencial 158-159

Prácticas y normas de apropiación del espacio 203-204

Sociales 30-31 55-56

Tradicionales de producción, utilización, administración y conservación de los recursos 382

Predominio del liderazgo negro de Puerto Tejada 375-376

Pregunta étnica del censo de 1993 248-251 253-256 276-277 401

Prejuicios raciales 288-289

Problemática (de las poblaciones negras) 22-24 34-35 41 45 47-49 52-53 63-65 91-92

Procesos sociales

De "mestizaje" 197-198

De adaptación cultural 295-296 304-305

De asimilación cultural 288-289

De concentración residencial 181-182

De construcción de identidades étnicas 388-389

De desigualdad social 80-81 91 107 266-267

De inserción social 28 36-38 51-52 64-65 71-72 91 93-95 97-98 101-102 107

- 117-118 125-126 128 130-131 141 143-147 149-150
 De modernización-modernidad 31-32 40 45 106-108
 De movilidad 22-23 28 34-38 45 107-108 113-119 127-131 134-135 138-145 147-148 150-153
 De movilización de campesinos y otros sectores de población negra 371-372
 De movilización étnica-territorial 388-389
 De organización étnico-territorial 47-49 57-58
 De producción de "culturas negras" 403-404
 De proletarización 360
 De transformación de las
 De transformación socio-espacial 220-221
 Demográficos 21-22 28 34-36 51-52 116-117 119-120 128-129
 Étnico-raciales 21-23 28 30 33-34 41 43-44 56 57-58 63-65
 Étnicos afrocolombianos 41-42
 Incidencia en las organizaciones étnico-territoriales 308-309
 Migratorios 287-288
 poblaciones afrocolombianas rurales y semiurbanas 360 390-391
 Proceso:
 Sociales contemporáneos 30-31
 Proceso de Comunidades Negras (Pcn) 212 233-234 243-244 308-312 379-380 384-386 398-399
 Proyecto Cidse/Ird:
 Perspectiva diferente a la étnica 69-70
 Sobre el papel de los intelectuales y el rol de los investigadores 405-407
- Q**
- Quintiles de ingreso 36 91-93
- R**
- Racismo 21-22 41 52-57 63-64 268-270
 Racismo difuso y poroso 401
- En la región del Norte del Cauca 366-367
 Prácticas y percepciones 273-274 288-289
 Peso del factor racial 161-162
 Raza 23-24 30 52-53 54-56 58-59 63 144-147 149-150 153
 Moreno/a 260-261
- Redes:
 Redes de nupcialidad 207-208
 Redes familiares en la ciudad de Cali 272-273
 Redes yuxtapuestas que activan la migración 210-211
- Reforma agraria colombiana 371-372
- Región-es:
 Región 216-217
 De Tumaco 198-199
 Del Patía 23-24 119 121 127 141
 Pacífica 36-38 44-45 50-51 63-64 70-77 79-80 83-86 97-98 100-104 107 108 113-114 117-119 129-131 133 136-137 140-143 147-148 150-153 398-399
 Campesinas 102-103
 Proletarias 102-103
- Regresión logística 251-252 254-256 270-276 417
- Regulación de los conflictos territoriales 350
- Re-invencción del territorio 360-361
- Reivindicación-es:
 De la identidad negra 345-346
 De los derechos territoriales 345-346
 Del territorio 338-339
 Étnico-territorial 44-48
 Étnico-territoriales negras 386-387 390
- Relación (como interacción):
 Actor-sociedad 283-284
 Encuestador/encuestado 262
 Relaciones entre "conocimiento experto" y política 227-229 236-238
 Relaciones entre investigación/política y académicos/activistas (detonante de las) 233-235 238-239
- Relaciones sociales:
 De poder y dominación 42-44 46-47 55-56 61-62
 Étnico-raciales 43-44 51-52
 Socio-raciales 32-33 133

Reproducción familiar 87-88 105-116 128
130-131 133-134
Resignificaciones del territorio 336-337
Resistencia campesina 364
Río Mejicano, en la ensenada de Tumaco
(1997-1999) 199-201
Ríos del Pacífico 23-24 71-73 107 130-131
133-139 147-148

S

Segmentación:

Localización residencial 171-172 275-276
Lógicas de concentración residencial en
la ciudad 190-191
Mecanismos de segmentación residencial
190-191
Polarización social del espacio urbano
176-177
Según las clases sociales en Cali 174-175
Social del espacio urbano en Cali 179-
181 188-189
Social según la distancia al centro 171
Socio-espacial 38-39 128 149-150

Segregación:

Segregación 37-40 108 146 158-159 249-
250 252-253 276
A través del filtro de la vivienda 191-192
De la población negra 181-182
De la población negra en los más bajos
segmentos del mercado de vivienda 185
De segregación (componentes de) 160-
164 187-188
Desigualdades en el acceso al espacio 191-
192
En Cali 178 186
Espacial 205-206
Estudio sobre la segregación urbana en
Colombia 163-164
Intensidad del proceso segregativo 165-
166
Manchas residenciales 188-189
Motor de segregación residencial 38-39
Motores de la segregación racial objetiva
en Cali 191-192
Nivel de segregación en la población mes-
tiza 187-188

Pluridimensional 157
Racial 38-40 157-158
Residencial 28 35-36 38-39 51-52 106-
107 145-147 158-159 253
Residencial de las minorías étnicas (cin-
co dimensiones) 186
Residencial de migrantes 128 142-143
146 150-151
Residencial y social de las “minorías
étnicas” en Colombia
Segregación (enfoque multidimensional
de la) 160-161
Segregación (nivel e intensidad) 187-192
Segregación (procesos de) 179-180
Segregación demográfica (configuracio-
nes espaciales de la) 174-175
Segregación en Cali (diagnóstico de la di-
mensión socio-racial de la) 160-163
Segregación étnica y racial en la ciudad
(paradigmas en la reflexión sobre) 157-
158
Segregación socio-espacial en la ciudad
(Percepciones de la) 157
Segregación socio-racial y violencia en el
Distrito de Aguablanca (estudio cualita-
tivo sobre) 420
Segregación urbana (paradigma sobre los
estudios de) 177-178
Según el paradigma del ghetto 160-161
Socio-racial en Cali 157-158
Segregacionismo 284-286
Según posición socio-ocupacional 101-
104
Sentido común y hegemonía 238-239
Simmel, George
Individualización y fragmentación de la
vida social 253-254
Simon, Patrick
“Gota de sangre” en Estados Unidos 187-
188
La discriminación “étnico-racial” *indirec-
ta*, en contraste con la *directa* 57
Segregación residencial como fenómeno
“multiforme” 163-164
Tradición estadística étnico-racial en Es-
tados Unidos 249-250

- Sistema:
 De dominación 205-206
 De lugares 36-37 113-114
 De reproducción económica y social 37-38 151-152
 De residencia 207-208
- Situación colombiana en el contexto latinoamericano (peso de la población negra-mulata) 166-167
- Sociabilidades urbanas 38-39 134-135
- Sociedad-es:
 Campesinas negras 362-364
 Capitalista colombiana 31-32
 Del Pacífico 45
 Local 45
 Regional 216
- Schnapper, Dominique
 Clasificación étnica racial 55
- Spivak, Gayatri Chakravorty 240-241
 Surgimiento de comunidad imaginada de la gente negra asociada al modelo étnico 242
- T**
- Tamaño de las viviendas
- Técnicas:
 Cuantitativas 34-35
 De análisis documental 34-35
 Etnográficas 34-35
- Tendencias:
 De la estructuración demográfica y social del medio urbano 173-174
 Demográficas en el Pacífico 213-214
- Tenencia de la tierra 332-333
- Territorio-s:
 Ancestrales 380-381
 Colectivos 219-220
 Negros 40
 Recurso en sí (como) 216
 Rurales 64-65
- Tipo de poblamiento (ver Aprile-Gnisset) 197-198
- Titulación de territorios colectivos 212 216
- Trabajo intelectual 21-22 34-35
- Tradición cultural 31-32
- Transformaciones político-étnicas 220-221
- Tumaco 23-24 28-29 36-37 40 49 116-120 122-131 133-152
 "Tumacazo" 211
- U**
- Unidad espacial "río" 200-202 139-140
- Unidad espacial del barrio 176-177
- Urabá antioqueño 36 71-72 81-82 115
- Urbanización 23-24 35-36 43-45 51-52 63-64 69-73 81-82 87-89 94-95 134-135
- Urbanización de las poblaciones del Pacífico 221
- V**
- Valle del Cauca 24 71-73 76-80 82-83 91 143-144
- Vermeulen, Hans y Cora, Govers
 "Situacionalismo" 229-230
- Venezuela 23-24 135-136
- Villa, William
 Crisis de los modelos autónomos de subsistencia fluvial 284-286
 Líderes y asesores externos y titulación colectiva comunidades negras 212
- Violencia epistémica 42-43
- Visibilidad estadística de la población afrocolombiana 69
- Visión materialista compleja 30-31
- W**
- Wade, Peter
 "Blanqueamiento" de la población 52-53
 Comunidad imaginada de gente negra y modelo étnico 242
 Construcción del orden socio-racial colombiano como una geometría variable 288-289

- Estatus oficial de baldíos a terrenos de poblaciones negras en el Pacífico y percibidas como invasoras 385-386
 Etnicidad, dos tendencias 227
 Geografía y jerarquías sociales racializadas 57
- Weber, Max
 Trabajo de tipo científico 21-22
- Comunidades étnicas 55-56
- West, Robert
 “Tierras bajas” del Pacífico 197-198
- Whitten, Norman
 Propensión de los hombres en el Pacífico a migrar 123-124
- Y**
- Yeros, Paris
 “Transaccionismo” 229-230
- Yacup, Sofonías
 El Pacífico como “Litoral recóndito” 283
 Guapi, elites locales 298-299
- Z**
- Zuluaga, Francisco
 “Cofradías”, esclavos y libres 294-295

LOS AUTORES

Michel Agier, Antropólogo, director de investigación en el Ird (Institut de Recherche pour le Développement) e investigador del Centre d'Études Africaines (Ehess, Paris). Sus primeras investigaciones las llevó a cabo en África. Luego, con una larga experiencia como investigador en Brasil (más de 12 años), vinculado al Centro de Recursos Humanos (Crh) de la Universidade Federal da Bahia, y en colaboración con diversos centros de investigación en São Paulo y Rio de Janeiro, sobre las dinámicas culturales de la población negra brasileña. Posteriormente, durante tres años largos, fue investigador principal y coordinador por la parte francesa del proyecto Cidse-Ird/Colciencias, "Movilidad, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas en la región del Pacífico colombiano sur" (título resumido)¹. En la actualidad lleva a cabo una investigación sobre refugiados y poblaciones desplazadas por efectos de conflictos armados, analizando el caso colombiano y el de varias sociedades africanas.

Carlos Efrén Agudelo, Sociólogo con un Dea del Iheal (Institut des Hautes Études de l'Amérique Latine, Université de la Sorbonne Nouvelle) en Sociología rural y doctorado en Sociología política de la Universidad París III; su trabajo investigativo ha sido sobre los procesos sociopolíticos en el Pacífico colombiano. Becario del Ird dentro del proyecto Cidse-Ird/Colciencias, desarrolló un intenso trabajo de campo durante dos años (1997-1999) en varias localidades del Pacífico en el marco de su tesis doctoral. Su aporte en el proyecto se centró en el estudio de los tipos de participación política de las poblaciones afrocolombianas y la dinámica de inserción de estas poblaciones en la sociedad nacional. Tiene varios trabajos publicados en Colombia y Francia en su línea de investigación. En la actualidad se desempeña como investigador asociado del Ird y profesor en el Iheal, teniendo a cargo el seminario sobre poblaciones y movimientos negros en las sociedades latinoamericanas. Es también investigador visitante del Icanh en el país.

1. Para recordar que el título ampliado de este proyecto es "Organización social, dinámicas culturales e identidades de las poblaciones afrocolombianas del Pacífico y suroccidente en un contexto de movilidad y urbanización".

Olivier Barbary, Estadístico, investigador del Ird. Con residencia en Marsella, Francia, este investigador ha realizado diferentes estudios en África (Senegal) y América Latina (Colombia y Ecuador) en el campo de los procesos de movilidad espacial y dinámicas rural-urbanas y urbanas-urbanas, en relación con las lógicas residenciales y de los mercados de trabajo. A partir de su participación en el proyecto Cidse-Ird/Colciencias, coordinando el componente cuantitativo del mismo, ha trabajado en la dimensión estadística de la variable “étnico-racial” y su interacción con las demás variables sociodemográficas y socioeconómicas, incorporando los análisis de movilidad espacial. En la actualidad continúa trabajando en esta dirección, con énfasis en los procesos de segregación espacial y discriminación por factores “étnico-raciales” en contextos urbanos y es el coordinador de una red recién constituida de investigadores e institutos de estadística sobre el uso de las estadísticas y estudios cualitativos “étnico-raciales” en cuatro países (Brasil, Colombia, Francia y México).

Odile Hoffmann, Geógrafa, investigadora del Ird, con sede en París. Esta investigadora tiene una larga experiencia en estudios sobre movimientos sociales campesinos e indígenas en la sociedad mexicana, aunque antes había llevado a cabo estudios cercanos en sociedades africanas. Sin perder su vinculación con sus trabajos sobre México, fue investigadora principal en el proyecto Cidse-Ird/Colciencias, responsable de los estudios sobre el Pacífico sur de Colombia, enfatizando el componente “étnico-territorial”. El tipo de estudios de la autora se mueven entre la geografía y la antropología. En la actualidad inicia la dirección de un proyecto de investigación en su unidad del Ird, comparativo Colombia-México, sobre los movimientos sociales indígenas y negros en las dos sociedades.

Teodora Hurtado, Socióloga de la Universidad del Valle, investigadora joven asociada del Cidse, en el proyecto de investigación Cidse-Ird/Colciencias. Su trabajo de investigación se concentra en las poblaciones afrocolombianas del Norte del Cauca, con una serie de artículos publicados desde 1997. Entra a formar parte del equipo de investigadores asociados al ICANH (Instituto Colombiano de Antropología e Historia) entre 1998 y 1999 en el estudio de los movimientos sociales afrocolombianos en la década del noventa. Luego, becaria del programa Clacso (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales) como joven investigadora en el período 2000-2001 continuando con la temática anterior. En la actualidad se encuentra adelantando la maestría de población de Flacso (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) en México.

Pedro Quintín, Antropólogo, investigador del Cidse y profesor asociado del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle. Investigador con un primer trabajo de campo intensivo en los Andes peruanos, con una tesis doctoral sobre las sociedades andinas. Desde 1995 inicia su vinculación al proyecto Cidse-Ird/Colciencias, concentrando su atención en los sistemas de parentesco y los procesos de movilidad espacial, además de las expresiones culturales de los movimientos “étnico-raciales”. Llevó también a cabo un estudio sobre masculinidades entre la población de jóvenes negros. En la actualidad realiza un estudio sobre lazos de parentesco y relaciones interraciales en Cali.

Héctor Fabio Ramírez, Estadístico de la Universidad del Valle, investigador vinculado al Cidse, en la actualidad como coordinador del laboratorio de Estadística Social en este centro. Investigador con una amplia experiencia en el Ciat (Centro Interamericano de Agricultura Tropical). Se vincula al proyecto Cidse-Ird/Colciencias en el año de 1997, y tiene a su cargo el apoyo estadístico en la producción de las encuestas especializadas, además del análisis de varios de los resultados en forma interdisciplinaria, de modo que ha participado en la explotación e interpretación de todo el material cuantitativo y coautor de varios artículos sobre condiciones de vida, mercado laboral e identidades de las poblaciones afrocolombianas.


Eduardo Restrepo, Antropólogo de la Universidad de Antioquia. Ha desarrollado sus investigaciones en el Pacífico colombiano desde principios de los noventa sobre conocimientos locales y ecología política. Sus trabajos también comprenden las políticas de la etnicidad y la genealogía de lo negro en Colombia. En estos campos tiene múltiples publicaciones, entre ellas las más recientes están: *Unos bosques sembrados de aserríos: historia de la extracción maderera en el Pacífico colombiano* (Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia, en coautoría con Claudia Leal, 2003), y “Políticas de la alteridad: etnización de ‘comunidad negra’ en el Pacífico sur colombiano” (*Journal of Latin American Anthropology*. 7 (2): 34-59, 2002). Investigador asociado del Instituto Colombiano de Antropología e Historia (Icanh). Participó en el proyecto Cidse-Ird/Colciencias en el estudio de la ciudad de Tumaco entre 1997 y 1998, en el contexto de la cooperación Icanh-Cidse, sobre investigación de poblaciones afrocolombianas en el Pacífico. Actualmente es candidato a Ph.D. en la Universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill y profesor del postgrado de Estudios Culturales en la Universidad Javeriana de Bogotá.

Nelly Yulissa Rivas, Socióloga de la Universidad del Valle, realizó su trabajo de campo en el río Mejicano (ensenada de Tumaco), dentro del proyecto Cidse-Ird/Colciencias, bajo la coordinación de la investigadora Odile Hoffmann. A partir del año 2000 es investigadora joven asociada al Cidse en el área de los movimientos sociales étnico-territoriales surgidos a partir de la Ley 70 en el Pacífico sur. Becaria del programa Clacso en el período 2000-2001 para jóvenes investigadores en la temática anterior. Con varias publicaciones en esta línea. Luego, mediante beca del Ird, obtiene un Dea en la Iheal de Paris y está próxima a presentarse para continuar sus estudios doctorales en Francia.

Fernando Urrea, Sociólogo, investigador del Cidse, y profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle. Coordinador del proyecto Cidse-Ird/Colciencias por parte de la Universidad del Valle y responsable ante Colciencias (Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología, Francisco José de Caldas) del mismo desde su inicio en 1996. Este investigador ha tenido una extensa trayectoria en estudios sobre migraciones y mercados de trabajo urbano-rurales desde finales de la década del 70 y a partir de los años noventa comienza su preocupación por el estudio de la problemática “étnico-racial”. A partir de 1996 organiza en el Cidse el grupo de investigación relacionado con el mencionado proyecto y tiene a su cargo el análisis sociodemográfico de los resultados cuantitativos de la encuesta especializada, así como diversos trabajos de campo etnográficos sobre redes familiares y conformación de barrios con alta participación de población negra. En la actualidad trabaja las temáticas de segregación espacial y discriminación en contextos urbanos, además de aspectos relacionados con masculinidades y sexualidad entre población negra.

Carlos Viáfara, Economista de la Universidad del Valle, investigador joven asociado al Cidse a partir del año 2000. Sus trabajos de investigación han estado enfocados al estudio de los mercados de trabajo y procesos de desigualdad social. Ha participado en varias etapas del proyecto Cidse-Ird/Colciencias entre los años 2000 y 2002. Tiene publicaciones en el campo del análisis de coyuntura regional socioeconómica. Investigador del DANE (regional del Suroccidente) en este campo. En la actualidad se encuentra adelantando la maestría de población de Flacso en México.

EDITORIAL
LEALON

Carrera 54 Nro. 56-46
 571 94 43 y 231 43 64
Medellín - Colombia
Marzo de 2004

Fernando Urrea: Sociólogo, investigador del Cidse, y profesor titular del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle. Coordinador del proyecto Cidse-Ird/Colciencias por parte de la Universidad del Valle y responsable ante Colciencias (Instituto Colombiano para el Desarrollo de la Ciencia y la Tecnología, Francisco José de Caldas) del mismo desde su inicio en 1996. Investigador con extensa trayectoria en estudios sobre migraciones y mercados de trabajo urbano-rurales desde finales de la década del 70 y a partir de los años noventa comienza su preocupación por el estudio de la problemática “étnico-racial”. Desde 1996 organiza en el Cidse el grupo de investigación relacionado con el mencionado proyecto y tiene a su cargo el análisis sociodemográfico de los resultados cuantitativos de la encuesta especializada, así como diversos trabajos de campo etnográficos sobre redes familiares y conformación de barrios con alta participación de población negra. En la actualidad trabaja las temáticas de segregación espacial y discriminación en contextos urbanos, además de aspectos relacionados con masculinidades y sexualidad entre población negra.

En Colombia, como en otros países de América Latina, se ha llegado en los últimos diez años al reconocimiento progresivo de la diversidad étnica y de la multiculturalidad hasta el punto, incluso, de llegar a convertirse en una norma constitucional. Esta evolución es el resultado, entre otros factores, de la movilización de la sociedad civil y de los medios políticos y científicos en torno a la condición de diversas poblaciones en situación de "minorías" demográficas, sometidas a procesos de segregación y discriminación. Tomando como punto de partida un programa integrado de varias investigaciones realizado entre 1996 y 2002 en la región sudoeste de Colombia (costa sur del Pacífico, norte del departamento del Cauca y la ciudad de Cali), este libro aborda el estudio de los componentes sociodemográficos, socioeconómicos y político-culturales de la población afrocolombiana en la sociedad contemporánea. En la primera parte, se presentan los resultados de las investigaciones acerca de los "factores materiales", construidos a través de la medición y el análisis de los vínculos entre la segregación racial y la movilidad espacial y social en el eje espacial Cali-costasur del Pacífico. Los resultados ponen en evidencia la fuerte heterogeneidad de esta población, relacionada con la diversidad de sus orígenes geográficos y con la variedad de los contextos históricos y económicos en que se produce su inserción en la sociedad nacional. En la segunda parte, se analiza la dinámica y los determinantes de la reciente reivindicación de identidad y ciudadanía afrocolombiana, que ofrece una nueva perspectiva para la definición del lugar de la población negra en la sociedad mestiza colombiana.

Esta publicación reúne contribuciones de: Michel AGIER, Carlos Efrén AGUDELO, Olivier BARBARY, Odile HOFFMANN, Teodora HURTADO, Pedro QUINTÍN, Héctor Fabio RAMÍREZ, Eduardo RESTREPO, Nelly RIVAS, Fernando URREA, Carlos VIÁFARA

Los mapas y figuras han sido realizados con la colaboración de Olivier PISSOAT. Las fotos son de Manuel GONZÁLEZ, Carlos ARIAS y Carlos Efrén AGUDELO.

Foto de portada: Carlos ARIAS

ISBN UNIVALLE: 958-670-328-2

ISBN IRD: 2-7099-1540-5

